SUSANNA

KEARSLEY

Mar de invierno



En el noreste de Escocia, donde las olas rompen contra los acantilados y una lluvia pertinaz cae sobre las ruinas de antiguos castillos, se oculta una historia de rebelión, intrigas, amor y traición.

Para Carrie McClelland, aquel pueblecito escocés únicamente iba a ser un alto en el camino. Sin embargo, al visitarlo, queda atrapada por su paisaje agreste y el perfil de las ruinas del castillo de Slains sobre el acantilado. Cediendo a un impulso, se instala allí para trabajar en su próxima novela; mucho tiempo después comprenderá que no tomó aquella decisión por azar.

Poco a poco esos parajes y sus gentes, que le resultan extrañamente familiares, se adueñan de ella. Y empieza a escribir una historia olvidada, como si la recordara… o se la dictase una voz del pasado. Una historia que sucedió trescientos años atrás.

Pasado y presente se entrelazan en una novela evocadora, bañada de romanticismo y misterio, basada en un episodio real y apenas conocido de la historia de Escocia.

Susanna Kearsley

Mar de invierno

Título original: *The Winter Sea*
Susanna Kearsley, 2008
Traducción: Francisco Javier Calzada Jiménez

Índice de contenido

Mar de invierno
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
Sobre los personajes
Sobre la autora
Notas

A mi padre:

Me pediste en cierta ocasión que escribiera para ti un relato que pudiera gustarte tanto como te gustó Mariana, así que…

Por todo lo que me has dado, y todo lo que me has ayudado a ser, este libro es tuyo, con cariño.

¡Vuelve a casa! El tiempo te ha envejecido;
deja esas piedras grises, cíñete este chal;
y envuélvete en él, porque la noche es fría;
¡vuelve a casa! Él no te oirá llamar;

nada te aguarda allí, salvo el romper
de las olas en la playa,
la descarnada sombra del peñasco con las patas de gaviota
impresas en la arena,
y los mástiles y las algas marinas tendidas
bajo una luna pálida.

¡Vuelve a casa! Él no te oirá llamar;
solo responden los vientos de la noche cuando soplan
a lo largo de la playa,
y eternamente
solo las caracolas marinas
cuando cantan sobre las piedras grises,
y las blancas campanas de espuma
que resuenan en el mar del Norte.

E. J. PRATT, «En la playa»

1

No fue por azar. Nada de cuanto sucedió fue por mero azar.

Lo supe después; aunque, cuando me di cuenta, me costó asimilarlo porque siempre había confiado plenamente en mis propias decisiones. Mi vida hasta entonces parecía confirmarlo: había escogido determinados caminos que me habían conducido a determinados objetivos, todos buenos, y aceptaba que los pequeños baches con los que me había tropezado eran resultado de haberme equivocado en mis apreciaciones y no fruto de la mala suerte. Si hubiera tenido que elegir un credo, habrían sido los valientes y clamorosos versos del poeta William Henley: «Soy el dueño de mi destino, soy el capitán de mi alma».

Por eso aquella mañana de invierno en la que todo empezó, cuando me subí al coche de alquiler en Aberdeen para dirigirme al norte, ni una sola vez se me ocurrió pensar que fuera otra la mano que guiaba el timón.

Creí sinceramente que el impulso de dejar la carretera principal para tomar otra local que bordeaba la costa había sido decisión mía. Y no la más acertada, por cierto, ya que en las cunetas se acumulaba la que, me habían asegurado, era la nevada más abundante caída en Escocia en los últimos cuarenta años; me habían advertido que podría encontrarme con mucha nieve y demoras. La precaución y la conciencia de que tenía que ajustarme a un plan de viaje deberían haberme empujado a seguir por la autopista más frecuentada, pero el pequeño letrero que rezaba CARRETERA DE LA COSTA hizo que me desviara.

Mi padre siempre decía que yo llevaba el mar en la sangre. Había nacido y me había criado junto al océano, en la costa de Nueva Escocia, y jamás pude resistirme a sus cantos de sirena. Por eso, al salir de Aberdeen, cuando la carretera principal empezó a adentrarse en el interior, yo giré a la derecha y tomé la ruta de la costa.

No sabría decir cuánto trecho había recorrido cuando distinguí por primera vez el castillo en ruinas sobre el acantilado, una silueta oscura y dentada recortándose contra el cielo nuboso, pero desde el momento en que lo vi, me cautivó. Conduje algo más deprisa con la esperanza de poder llegar hasta él cuanto antes, sin prestar atención a los grupos de casas que iba dejando atrás, y me llevé una desilusión cuando tras una curva brusca lo perdí de vista. Luego, pasada la maraña de un bosque, la carretera serpenteó de nuevo, y allí estaba otra vez: unas ruinas alargadas y oscuras que parecían surgir de los campos aislados por la nieve que se extendían intimidatorios entre el borde del acantilado y la carretera.

Un poco más adelante vi un aparcamiento, una pequeña área simplemente allanada y con estacas para delimitar las plazas de los coches; cediendo a un impulso entré y aparqué.

Estaba vacío. No me sorprendió, porque aún no era mediodía, hacía frío, soplaba viento y no había ninguna razón para detenerse allí a menos que se quisiera visitar las ruinas. Cuando observé el único sendero que parecía conducir hacia ellas, un camino de carro, helado y sepultado bajo tal cantidad de nieve que probablemente me llegaría por encima de las rodillas, supuse que no habría mucha gente deseosa de pararse en aquel lugar ese día.

Sabía que tampoco yo debería haber parado. No tenía tiempo. Debía estar en Peterhead hacia la una. Pero algo dentro de mí sintió la imperiosa necesidad de saber dónde me hallaba exactamente y, por ello, eché mano de mi mapa.

Había estado en Francia los últimos cinco meses; allí había adquirido el mapa, que tenía sus limitaciones, pues indicaba más carreteras y autopistas que ciudades y ruinas. Me concentré tanto en estudiar la línea sinuosa que simulaba la costa y en intentar descifrar

los topónimos en letra pequeña que no me fijé en el hombre hasta que pasó junto al coche, caminando despacio, con las manos embutidas en los bolsillos y seguido por un spaniel manchado de barro.

Me pareció un lugar extraño para que alguien paseara. Pasaban bastantes coches por la carretera y la nieve amontonada a los lados dejaba poco espacio para caminar, pero no me hice preguntas acerca de su presencia. Siempre que he podido escoger entre una persona viva y un mapa, he optado por la primera. Con cierta dificultad, abrí la portezuela del coche con el mapa en la mano, pero el viento salado que soplaba desde el mar era más fuerte de lo que había pensado y apagó mi voz. Tuve que intentarlo de nuevo:

—Disculpe, señor…

Creo que el spaniel fue el primero en oírme. Se dio la vuelta, y a continuación lo hizo el hombre que, al verme, volvió sobre sus pasos. Era más joven de lo que había supuesto, no mucho mayor que yo, unos treinta y tantos quizá, con el cabello oscuro azotado por el viento y una barba recortada que le daba cierta apariencia de pirata. Su manera de caminar también mostraba una confiada arrogancia.

—¿En qué puedo ayudarla? —se ofreció.

—¿Podría indicarme dónde estoy? —pregunté tendiéndole el mapa.

Dio la vuelta para dar la espalda al viento y se colocó a mi lado, con la cabeza inclinada para estudiar la línea de costa impresa.

—Aquí —dijo, y señaló un cabo sin nombre—. Cruden Bay. ¿Adónde deseaba ir?

Su cabeza se alzó levemente al preguntármelo, y entonces vi que sus ojos no eran los de un pirata. Eran de un tono gris claro, cordiales, como también lo era su voz, dotada de la agradable cadencia del escocés septentrional.

—Voy al norte, a Peterhead —respondí.

—Bien, entonces no hay ningún problema. —Señaló otro punto en el mapa—. No está lejos. Siga por esta carretera. La llevará

directamente hasta Peterhead. —Pegado a su rodilla, el perro gimoteó; él suspiró y bajó la vista—. Espera un minuto. ¿No ves que estoy hablando?

—¿Cómo se llama? —pregunté sonriendo.

—Angus.

Me incliné para rascar las orejas colgantes del animal, salpicadas de barro.

—Hola, Angus. Has salido a dar un paseo, ¿eh?

—Sí, estaría todo el día correteando si lo dejara suelto. No puede estar quieto ni un momento.

Y tampoco su dueño, pensé. El hombre transmitía energía, impaciencia, y yo ya lo había entretenido bastante.

—Entonces no los molesto más —dije, enderezándome—. Gracias por su ayuda.

—No hay de qué —me aseguró. Se volvió y echó a andar de nuevo, con el spaniel trotando feliz delante de él.

El camino helado se extendía delante de ellos en dirección al mar; al final, el castillo en ruinas se alzaba descarnado, recto y sin techumbre bajo las nubes que pasaban veloces. Al mirarlo, sentí el súbito impulso de quedarme allí, de dejar aparcado el coche y seguir al hombre y al perro, para oír el rugido del mar en torno a aquellos muros derruidos.

Pero tenía compromisos que respetar.

Por ello, a regañadientes, me metí de nuevo en el coche de alquiler, giré la llave de contacto y partí de nuevo hacia el norte.

—Tienes la cabeza en otra parte. —La voz de Jane, en tono de reproche pero amable, interrumpió mis pensamientos.

Estábamos las dos sentadas en la habitación del piso superior de su casa en Peterhead, un dormitorio empapelado con un motivo de cadenitas de capullos de rosa, lejos del barullo de la reunión que tenía lugar en el piso inferior. Negué con la cabeza y protesté sonriendo:

—No es cierto… yo…

—Te conozco, Carolyn McClelland… —empezó, empleando mi nombre y apellido completos, tal como hacía siempre que me pillaba a punto de decirle una mentira—. He sido tu agente durante casi siete años, y a mí no puedes engañarme. ¿Es por el libro? —Su mirada era penetrante—. No debería haberte arrastrado hasta aquí de esta forma, ¿es eso? No cuando estás ocupada escribiendo.

—No seas boba. Hay cosas más importantes que escribir —repliqué. Y, para demostrarle que lo decía en serio, me incliné hacia delante para contemplar de nuevo al bebé dormido y envuelto en una mantilla que descansaba en su regazo—. Es realmente precioso.

—¿Verdad que sí? —Con orgullo siguió mi mirada—. La madre de Alan dice que es la viva imagen de él de pequeño.

Yo no estaba de acuerdo.

—A mí me parece que tiene mucho más de ti. Fíjate en el pelo.

—Oh, el pelo… ¡Cielos, sí, pobre pequeñín! —exclamó, tocando la suave pelusilla de color rubio cobrizo que cubría la cabecita del bebé —. Esperaba que al menos pudiera librarse de eso. Y me temo que también será pecoso.

—¡Pero las pecas les sientan tan bien a los niños pequeños…!

—Sí, bueno. No olvides recordárselo cuando tenga dieciséis años y me maldiga por ellas.

—Por lo menos —objeté—, no podrá quejarse del nombre que le habéis puesto. Jack es un nombre perfecto, fuerte, varonil.

—Una elección a la desesperada. Yo deseaba algo que sonara más escocés, pero ¡Alan es tan testarudo! Cada vez que yo proponía un nombre, él replicaba: «No, tuve un perro que se llamaba así», y con eso daba por zanjada la discusión. Te lo aseguro, Carrie, durante un tiempo creí que tendríamos que acabar bautizándolo como «el bebé Ramsay».

Pero, naturalmente, no lo habían hecho. Jane y Alan siempre encontraban el modo de salvar sus diferencias, y el pequeño Jack Ramsay había sido bautizado aquel mismo día, después de que yo llegara a tiempo para convertirme en su madrina. El hecho de que

para lograrlo hubiera tenido que saltarme todas las señales de limitación de velocidad entre mi parada en Cruden Bay y Peterhead lo dejó tan indiferente que, en cuanto posó su mirada en mí, bostezó y se quedó dormido al momento; no despertó ni siquiera cuando el párroco derramó el agua sobre su cabeza.

—¿Está siempre tan tranquilo? —pregunté mirándolo.

—¿Acaso no creías que yo pudiera tener un bebé tranquilo? —Jane rio; conocía bien su propio carácter. No era ni por asomo lo que podía decirse una persona tranquila. Al contrario, tenía mucho carácter; era tan impulsiva, vehemente y vivaz, que yo, a su lado, me sentía una persona apagada y gris, cansada, incapaz de mantener su ritmo.

Tampoco ayudaba que el mes anterior yo hubiese pillado un virus que me había tenido en cama durante las Navidades y me había privado de toda la diversión del Año Nuevo, ni que ahora, pasada ya una semana, todavía no hubiese recuperado mi buena forma habitual. Pero incluso cuando me encontraba bien, la energía de Jane era siempre muy superior a la mía.

Por esta razón trabajábamos tan bien juntas; por eso la había elegido. Yo no tenía mucha maña con los editores; cedía con demasiada facilidad. No soportaba los conflictos y había aprendido a dejarlos en manos de Jane, que los peleaba por mí. Por todo ello, a mis treinta y un años, ya había escrito cuatro novelas de éxito y gozaba de libertad para vivir dónde y cómo quisiera.

—¿Qué tal tu casa en Francia? —me preguntó, volviendo a mi trabajo, como era su inevitable costumbre—. ¿Sigues viviendo en Saint-Germain-en-Laye?

—Bien, gracias. Y sí, sigo allí. Me ayuda mucho para precisar bien los detalles. El palacio tiene un papel central en la trama; es el lugar en el que se desarrolla casi toda la acción.

Saint-Germain, en efecto, fue el refugio que ofreció el rey de Francia a los reyes de Escocia durante los primeros años de su exilio allí, y donde los dos Jacobo Estuardo, el padre y el hijo, mantuvieron una corte con sus leales seguidores y tramaron y promovieron con

los nobles escoceses los tres infortunados levantamientos jacobitas. Mi relato se centraba en Nathaniel Hooke, un irlandés residente en Saint-Germain que me pareció el héroe ideal para una novela.

Hooke había nacido en 1664, el año anterior a la Peste, y solo cuatro años después de la restauración del rey Carlos II al maltrecho trono de Inglaterra. Cuando murió el rey Carlos y le sucedió su hermano católico, Jacobo, Hooke se alzó en rebeldía y tomó las armas, pero después cambió de bando y abandonó la fe protestante por el catolicismo, convirtiéndose en uno de los defensores más acérrimos del rey Jacobo. No sirvió de nada. Inglaterra era una nación llena de protestantes y ningún rey que se confesara católico podía tener la esperanza de mantenerse en el trono. Sus derechos al trono le fueron disputados por su propia hija, María, y su marido, Guillermo de Orange. Aquella situación condujo a la guerra.

Nathaniel Hooke se encontraba en el mismo centro de los acontecimientos. Combatió en Escocia en favor de Jacobo, lo capturaron por espía y lo encarcelaron en la terrible Torre de Londres. Tras su liberación, se apresuró a empuñar de nuevo la espada y luchar por Jacobo. Una vez concluidas las batallas, con la consiguiente llegada de Guillermo y María al trono, Jacobo se vio forzado al exilio; Hooke se marchó con él a Francia.

Pero ni siquiera entonces aceptó la derrota. En lugar de eso, dedicó todo su talento a convencer a cuantos lo rodeaban de que una invasión conjunta y bien planeada del rey de Francia y de los escoceses podría cambiar las cosas y devolver a los exiliados Estuardo al trono que legítimamente era suyo.

A punto estuvieron de conseguirlo.

La historia siempre ha recordado los trágicos sucesos de Culloden y el gentil príncipe Carlos, ocurridos muchos años después de la época de Hooke. Pero no fue en aquel frío invierno en Culloden cuando los jacobitas —literalmente los «seguidores de Jacobo» y de los Estuardo— estuvieron más cerca de conseguir su propósito. Eso ocurrió en la primavera de 1708, cuando una flota invasora de soldados franceses y escoceses ancló, siguiendo el plan de Hooke,

frente a la costa de Escocia en el fiordo de Forth. A bordo del buque insignia viajaba un muchacho alto y espigado de veinte años, Jacobo Estuardo; no el hombre que había huido de Inglaterra, sino su hijo, al que muchos, y no solo en Escocia, sino también en Inglaterra, reconocían como su verdadero rey. En la costa, tropas de *highlanders* unidas a nobles escoceses leales lo aguardaban impacientes por darle la bienvenida y por dirigir su fuerza contra los debilitados ejércitos del sur.

Largos meses de cuidadosos preparativos y planes secretos iban a dar su fruto; parecía al alcance de la mano el momento en el que un nuevo rey de la dinastía Estuardo reclamaría el trono de Inglaterra.

Cómo y por qué fracasó esta gran aventura es una de las historias más fascinantes de ese período; una historia de intrigas y traiciones que todos los bandos enfrentados se esforzaron en ocultar y enterrar apoderándose de documentos, destruyendo correspondencia y difundiendo rumores y falsedades que hasta el momento se consideraban hechos ciertos.

La mayoría de los detalles que han llegado a nuestros días fueron reseñados por Nathaniel Hooke.

A mí me gustaba aquel hombre. Había leído sus cartas y me había paseado por los mismos salones de Saint-Germain-en-Laye que él había recorrido. Conocía detalles de su matrimonio y de sus hijos, así como de su vida, relativamente larga, y de su muerte. Por eso me resultaba decepcionante que, después de cinco largos meses escribiendo, estuviera aún luchando con las páginas de mi novela sin haber conseguido imprimir vida al personaje de Hooke.

Era consciente de que Jane intuía que yo había tropezado con problemas; como ella misma decía, me conocía demasiado bien y desde hacía demasiado tiempo para no percibir mis cambios de humor. Pero también sabía que a mí no me gustaba hablar de lo que me inquietaba, así que trataba de no mencionarlo directamente.

—La semana pasada estuve leyendo los capítulos que me enviaste.

—¿De dónde sacas tiempo para leer?

—Siempre encuentro algún momento. Después de leerlos me pregunté si no se te ha pasado nunca por la cabeza contar las cosas desde el punto de vista de otro… de un narrador, como hace Fitzgerald con Nick en *El Gran Gatsby*. Se me ocurre que tal vez alguien ajeno a los hechos podría moverse con más facilidad y enlazar las escenas. Es una idea. —No dijo más y, puesto que sabía que mi primera reacción ante cualquier consejo era ofrecer una terca resistencia, cambió inmediatamente de tema.

Veinte minutos después, mientras estaba riéndome con su descripción de las satisfacciones de cuidar a un recién nacido, Alan, su marido, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Habéis olvidado que tenemos una fiesta abajo? —preguntó en un tono de reproche que me habría tomado mucho más en serio si no hubiera sabido que era pura comedia. En el fondo, Alan era un bonachón—. Yo solo no puedo con toda esa gente.

—Querido —replicó Jane—, son tus parientes.

—Razón de más para que no me dejes solo con ellos —se quejó; y guiñándome el ojo añadió—: Espero que no haya estado dándote la lata con cuestiones de negocios. Le dije que te dejara tranquila, pero está demasiado preocupada por los contratos.

—Es mi trabajo —le recordó Jane—. Y, para tu información, jamás me ha preocupado que Carrie incumpliera un contrato. Tiene aún siete meses antes de la fecha en la que se ha comprometido a entregar el primer borrador.

Lo había dicho para animarme, pero creo que Alan debió de ver cómo se me hundían los hombros, pues me tendió la mano diciéndome:

—Vamos. Ven conmigo a tomar una copa y me cuentas cómo te ha ido el viaje. Me sorprende que hayas logrado llegar a tiempo.

Siempre solían bromear con mi tendencia a despistarme cuando viajaba, así que había optado por no hablarles de mi rodeo por la costa. Pero su comentario me recordó algo.

—Alan —le pregunté—, ¿volarás mañana?

—Sí. ¿Por qué?

La pequeña flota de helicópteros de Alan colaboraba en el suministro de las torres petrolíferas que moteaban el mar del Norte frente a las escarpadas costas de Peterhead. Era un piloto intrépido, como había podido observar la única vez que accedí a volar con él. Al regresar a tierra, apenas había podido sostenerme sobre mis piernas.

—Me preguntaba si podría sobrevolar contigo un rato la costa —le dije—. Nathaniel Hooke vino aquí en dos ocasiones desde Francia, para intrigar con los nobles escoceses, y en ambas desembarcó en Slains, el castillo del conde de Erroll, que, según mi mapa, bastante viejo por cierto, está en algún lugar al norte de aquí. Me gustaría ver el castillo, o lo que quede de él, desde el mar, tal como debió de aparecérsele a Hooke cuando lo vio por primera vez al llegar.

—¿A Slains? Sí, claro que puedo llevarte hasta allí. Pero no está al norte siguiendo la costa, sino hacia el sur. En Cruden Bay.

Lo miré con cara de asombro.

—¿Dónde?

—Cruden Bay. La carretera que tomaste para llegar pasa por allí.

Jane, alerta como siempre, debió de notar algo en la expresión de mi rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

A mí jamás ha dejado de sorprenderme eso que algunos llaman serendipia: la forma en las que algunos hechos fortuitos confluyen e inciden sobre mi vida. Tuvo que ser precisamente allí, pensé, de entre todos los lugares donde habría podido detenerme. Sin embargo, solo dije:

—No, nada. ¿Podríamos ir allí mañana, Alan?

—Por supuesto. Te propongo algo: te llevaré temprano, para que puedas echarle un vistazo desde el mar. Y, si quieres, cuando regresemos, cuidaré de Jack un rato para que Jane y tú podáis ir de excursión en coche hasta allí. Os irá muy bien a las dos respirar un poco el aire del mar.

Y eso fue lo que hicimos.

Desde el aire, el edificio se veía mucho mayor de lo que me había parecido desde el suelo: unas ruinas extensas, sin tejado, en el borde mismo de los acantilados, con el mar y su hirviente espuma blanca abajo. Aquella visión me produjo un escalofrío que recorrió mi espina dorsal, y experimenté una ya familiar sensación de impaciencia por volver a tierra y que Jane me llevara hasta allí en coche.

Esta vez había otros dos coches en el aparcamiento, y en la nieve del camino se apreciaban profundas y resbaladizas pisadas. Me adentré por él precediendo a Jane, con la cabeza erguida para sentir las ráfagas del viento, que dejaban un sabor salino en mis labios y hacían temblar mi cuerpo bajo los gruesos pliegues de la chaqueta.

Confieso que más tarde no sería capaz de recordar que hubiera allí otras personas, aunque sin duda tenía que haberlas. Ni tampoco recuerdo demasiados detalles de las ruinas; solo imágenes de muros en punta y piedras de duro granito rosado moteado de partículas grises que destellaban al dar la luz en ellas… la alta torre cuadrada que se alzaba, maciza, al borde del acantilado… el silencio reinante en las estancias interiores, donde no llegaban los embates del viento aunque parecía que se oían sus gemidos y su llanto, y donde las desnudas vigas de madera del techo proyectaban sombras sobre la nieve acumulada. En una amplia habitación había un gran ventanal que daba al mar, y cuando incliné el cuerpo para mirar por él y apoyé las manos en el alféizar calentado por el sol, distinguí abajo las huellas de las patas de un perro pequeño, tal vez un spaniel, y junto a ellas las pisadas más profundas de un hombre que se había acercado a contemplar, al igual que yo, el horizonte sin límites.

Casi pude sentirlo de pie a mi lado, pero ya no era el desconocido con el que el día antes había conversado en el aparcamiento, sino alguien de un tiempo pasado; un hombre ataviado con botas y capa, y armado con una espada. Aquella imagen me pareció tan real que me volví… pero allí solo estaba Jane, observándome.

Sonrió al contemplar la expresión de mi cara. La conocía bien, de otras veces en las que había estado presente cuando mis personajes empezaban a despertar dentro de mí, a hablar, a cobrar vida. Por eso dijo con toda naturalidad:

—Supongo que ya sabes que, si lo deseas, puedes instalarte en casa con nosotros y trabajar tranquilamente. Tenemos espacio y una habitación para ti.

Yo sacudí la cabeza.

—Tenéis un bebé. Solo te faltaría tener que ocuparte de un huésped alojado en casa.

Me miró de nuevo, y lo que vio pareció decidirla.

—Entonces, vayamos a ver si encontramos algo para alquilar en Cruden Bay.

2

La calle Mayor de Cruden Bay descendía suavemente por la colina, torciendo a la derecha y después a la izquierda, alejándose de la vista del puerto. Era una calle estrecha. En uno de sus lados había una hilera de casas de una sola planta y unas pocas tiendas; el otro lindaba con el cauce de un torrente que bajaba impetuoso entre las orillas heladas y pasaba junto a un establecimiento aislado, un quiosco de prensa, antes de desembocar en la amplia y desierta playa que se extendía más allá de las altas dunas cubiertas de nieve.

La oficina de correos era reconocible por el emblema rojo en las grises paredes de piedra y por la gran variedad de avisos pegados al cristal que anunciaban objetos en venta o eventos próximos, como cierta tentadora «Jornada de la Mantequilla» que se celebraría en el ayuntamiento local. En el interior del establecimiento había postales, libros, algunos recuerdos para turistas y una mujer de lo más servicial. Sí, sabía de un lugar en el pueblo que podría convenirme. Una casita pequeña, sencilla, amueblada sin ningún tipo de lujos.

—Perteneció a la anciana señorita Keith hasta su muerte —explicó—. Ahora es propiedad de su hermano, que apenas la utiliza porque tiene una casa abajo, en el puerto. La alquila a turistas durante el verano. En invierno no la habita nadie, salvo sus hijos que vienen de vez en cuando y apenas paran en casa. Al más joven le gusta viajar, y su hermano está en la Universidad de Aberdeen, así que probablemente Jimmy Keith estará encantado de alquilársela unos meses. Puedo darles su teléfono, si lo desean.

Y fue así como, minutos más tarde, llevando en el bolsillo de mi chaqueta un paquete de postales recién compradas, bajé con Jane por la acera que bordeaba el curso del torrente hasta donde la carretera formaba un recodo y cambiaba su nombre por el de calle del Puerto. Las casas eran muy parecidas a las de la calle Mayor: de una planta y adosadas, pero más allá había diversos pequeños huertos, algunos con cobertizos, que se interponían entre nosotras y la amplia playa de arenas rosadas.

Desde allí pude ver que la playa era enorme; trazaba una curva de más de tres kilómetros, con dunas que se alzaban como colinas detrás de ella y que proyectaban sombras en la arena. Una estrecha pasarela de madera blanca salvaba el poco profundo cauce del torrente en el punto donde se iniciaban las dunas, pero mientras yo hacía una pausa y me detenía para estudiarlo, preguntándome si tendría tiempo para pasar al otro lado, Jane exclamó con satisfacción:

—¡Aquí está el camino! —Me guio hasta más allá del puente y torcimos donde un ancho y embarrado camino se separaba de la calle para ascender por una colina de considerable altura: Ward Hill, como la había llamado la mujer de la oficina de correos.

Ciertamente era una atalaya, alta y redondeada, que se encaramaba por encima del mar. Cuando llegué arriba, miré hacia atrás y pude ver que había ascendido por encima del nivel de las dunas y que, desde allí, no solo podía divisar toda la playa, sino también las lejanas casas del pueblo y las colinas de más allá. Me volví de nuevo y vi, hacia el norte, las rojizas ruinas del castillo de Slains, que se destacaban claramente contra las peñas del promontorio siguiente.

Sentí un breve escalofrío de emoción.

—¡Dios, es perfecto!

—¿Tú crees? A mí me parece más bien deprimente… —replicó Jane despacio mientras miraba la casita que se alzaba aislada en lo alto de la colina.

Estaba construida con piedra tosca, con las paredes sencillamente enjalbegadas bajo un tejado de pizarra gris del que goteaba la nieve que se iba fundiendo. Tenía ventanas pequeñas, con la pintura de los marcos descascarillada; las viejas persianas interiores, bajadas, parecían párpados cerrados, como si el pequeño edificio estuviera cansado de observar el incesante flujo y reflujo del mar.

Alargué la mano para llamar a la puerta.

—Únicamente es un lugar solitario.

—Así te sentirás tú, si vives aquí. Tal vez no sea una buena idea…

—Ha sido idea tuya.

—Sí, pero lo que a mí me rondaba por la cabeza era un sitio más acogedor en el pueblo, cerca de las tiendas.

—A mí me gusta. —Llamé de nuevo—. Quizá no ha llegado aún.

—Prueba con el timbre.

Yo no había visto el timbre, que estaba profundamente enterrado en la maraña de una tenaz enredadera cuyas menudas hojas temblaban cada vez que las sacudía la brisa procedente del mar. Me disponía a pulsarlo cuando oí la voz de un hombre con un fuerte acento escocés que se acercaba por el camino que quedaba a mi espalda:

—No le servirá de nada. No suena. El salitre estropea los cables en cuanto los reparo. Además… —prosiguió el hombre, que ya había llegado hasta nosotras—, yo no estoy en la casa, ¿verdad?

La sonrisa con la que acompañó esta frase hizo que su rostro rudo, casi feo, resultara inmediatamente amable. Andaría por la mitad de la sesentena, tenía el cabello canoso y la constitución y la tez rubicunda de quien se ha pasado toda la vida trabajando duramente al aire libre. La mujer de la oficina de correos se había mostrado segura de que me caería bien, aunque me había prevenido de que quizá tuviese alguna dificultad en entenderlo.

«Habla el dórico —me había dicho—. El dialecto de esta zona. Tal vez le resultará difícil entender lo que dice».

Pero la verdad era que no me costaba. Tenía un acento cerrado y hablaba muy rápido; si hubiera tenido que traducir cada una de sus palabras, me habría costado hacerlo, pero no era difícil captar el sentido general de lo que quería dar a entender.

Le tendí la mano.

—¿El señor Keith? —dije—. Muchas gracias por venir. Soy Carrie McClelland.

—Encantado de conocerla. —Su apretón de manos era firme—. Pero no soy el señor Keith. Mi padre era el señor Keith, pero lleva veinte años muerto y enterrado. Llámeme Jimmy.

—Jimmy, entonces…

Jane se presentó a sí misma; siempre le molestaba quedarse al margen. No llegó exactamente a apartarme de un codazo, aunque, después de todo, era mi agente y, si bien difícilmente lo reconocía, prefería tomar las riendas cuando se trataba de negociar.

No se mostró agresiva, para nada, pero empezó a llevar la conversación. Yo oculté una sonrisa y dejé que tomara la iniciativa, contentándome con seguirlos. Jimmy Keith introdujo una llave en la cerradura de la pequeña puerta del edificio y con un chirrido y un golpe del pestillo la abrió hacia dentro, arañando las baldosas del suelo.

Mi primera impresión fue de oscuridad general, pero cuando se alzaron con estrépito las persianas y se descorrieron las descoloridas cortinas, pude ver que el lugar, aunque no era espacioso, parecía confortable: una sala de estar, con delgadas alfombras persas en el suelo; dos butacas con cojines y un sofá, y una gran mesa de madera encerada arrinconada en la pared del fondo y rodeada de sillas también de madera. La cocina, instalada en uno de los extremos de la casita, era reducida y sucinta como la de un barco; no tenía muchos armarios, ni una gran superficie de encimeras, pero todo estaba en su sitio y era útil, desde el fregadero de un solo seno, con su escurridor de acero inoxidable, hasta la pequeña placa eléctrica que, supuse, habían colocado allí para sustituir la antigua

cocina económica de carbón, una Aga, que se alzaba maciza en una hornacina practicada en el muro debajo de la chimenea.

Jimmy me aseguró que la cocina económica funcionaba aún perfectamente.

—Es un poco caprichosa… difícil, pero es útil para calentar la habitación y le ahorrará electricidad.

Jane, que estaba junto a la puerta y miraba hacia arriba, hizo una observación mordaz sobre lo práctico que me resultaría aquello.

—¿Sabes? —prosiguió—. No había visto uno de estos trastos desde la primera vez que alquilé un piso.

Me acerqué y vi una cajita metálica negra atornillada en la parte superior del marco de la puerta, con un contador acristalado y diversos indicadores encima. Había oído hablar de semejantes artilugios, pero jamás había visto ni empleado uno de ellos.

Jimmy levantó la mirada también.

—Sí, por supuesto —admitió—. Ya no se ven muchos de estos.

Explicó que funcionaba con monedas de cincuenta peniques y que había que alimentarlo como un parquímetro, ya que cuando se agotaban las monedas, se iba la luz.

—Pero no tiene por qué preocuparse —me tranquilizó. Me prometió que me vendería un cartucho de monedas y que, cuando se agotaran, vendría, abriría la caja, las sacaría y me las vendería de nuevo.

Jane dedicó a la caja una última y dubitativa mirada y continuó la inspección. No había mucho más; solo un dormitorio, no demasiado amplio, en la parte de atrás, y un poco más allá un cuarto de baño, inesperadamente espacioso y completo, con bañera de patas y lo que los británicos llaman un «armario aireado», con los estantes dispuestos en torno a un calentador de agua amarillo, excelente para almacenar las toallas y poner ropa a secar.

Jane se acercó para colocarse a mi lado.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me gusta.

—No tiene muchas comodidades…

—No necesito gran cosa cuando estoy trabajando.

Ella consideró mi respuesta y se volvió hacia Jimmy Keith.

—¿Cuánto pide usted de alquiler? —preguntó. Lo cual era también una indicación hacia mí, para que los dejara discutir el asunto a ellos dos.

Jane me había hecho saber a menudo que me consideraba una inepta para hacer tratos, y estaba en lo cierto. A mí jamás me había preocupado demasiado el precio de las cosas. Cuando me lo decían, si podía permitírmelo, lo pagaba sin más, y no perdía el tiempo pensando si habría podido conseguir un precio mejor. Tenía otros asuntos en los que ocupar mi mente.

Volví de nuevo a la sala de estar y estuve unos momentos contemplando a través de la ventana el promontorio que se adentraba en el mar y sobre el que se perfilaban en la parte superior los muros en ruinas del castillo de Slains.

Al mirarlos me pareció sentir una vez más cómo despertaban mis personajes; la débil, pero audible insinuación de sus voces y sus movimientos junto a mí, del mismo modo como se siente la presencia de otro en una habitación a oscuras. No necesitaba cerrar los ojos para ello. Tenía la mirada fija en los cristales de la ventana, pero no los veía; estaba sumida en aquel extraño trance que, como escritora, se adueñaba de mí en cuanto mis personajes comenzaban a hablarme y yo me esforzaba en oírlos.

Había supuesto que Nathaniel Hooke llevaría la voz cantante y que sería la primera y la más potente que oiría; pero, al final, las palabras que oí no salieron de él, sino de labios de una mujer, y su contenido me resultó inesperado.

«Ya lo veis. Mi corazón es prisionero para siempre de este lugar —dijo—. No puedo dejarlo».

«No puedo dejarlo».

Eso fue todo lo que dijo. La voz desapareció, pero esta frase siguió resonando y repitiéndose dentro de mí como una letanía, y con tanta urgencia que, una vez cerrado el trato, cuando Jane y

Jimmy Keith se hubieron puesto de acuerdo y me preguntaron cuándo querría ocupar la vivienda, respondí:

—¿Podría ser ahora? ¿Esta misma noche?

Me miraron como si pensaran que había perdido el juicio.

—¿Esta noche? —repitió Jane—. Pero si todavía tienes tus cosas en nuestra casa y querías volver a Francia mañana, ¿no?

—Además —observó Jimmy Keith—, habría que limpiarla a fondo.

Sabía que tenían razón; en realidad, un par de días más no supondrían ninguna diferencia. Por tanto fijamos la entrega para el miércoles, al cabo de dos días. Pero eso no impidió que, mientras cerrábamos la puerta de la casita, me asaltara la sensación de estar cometiendo una traición.

Así me sentí durante todo el viaje de vuelta a Peterhead y durante mi última noche en casa de Jane, Alan y el pequeño Jack. A la mañana siguiente, de regreso a Aberdeen, pasé a propósito por la costa, por Cruden Bay, como si pretendiera hacer saber a las ruinas del castillo que no las había abandonado.

No me costó mucho arreglar mis asuntos en Francia. Había alquilado la casa para la temporada, pero el dinero importaba poco y las cosas que tenía en ella apenas ocupaban dos maletas. Mi casera, que no perdía nada porque le había pagado el alquiler por anticipado, me miró un tanto ofendida a pesar de todo, hasta que le dije que probablemente volvería antes de que finalizara el invierno para investigar un poco más en el castillo. Sin embargo, yo sabía que no volvería. Ya no había ninguna necesidad.

Mis personajes habían elegido no cobrar vida en Saint-Germain-en-Laye, porque su historia no iba a tener lugar allí. Se suponía que sucedería en Slains. Y yo estaría allí, con ellos.

Jamás había estado tan segura de algo como lo estaba en ese momento.

El martes por la noche, la última noche que pasé en Francia, soñé con Slains. Desperté, en mi sueño, oyendo el rugido del mar bajo las ventanas y los embates del viento contra los muros que hacían que el gélido aire de la habitación fuera como un frío

mordisco en la piel. El fuego casi había consumido los leños de la chimenea y tan solo quedaban pequeñas lenguas de llamas moribundas que proyectaban sombras vacilantes sobre el suelo y apenas luz para ver.

—Déjalo así —murmuró junto a mi cuello la voz grave de un hombre—. Tendremos calor suficiente.

Cuando me rodeó con su brazo, fuerte, seguro, y me atrajo con firmeza hacia el refugio de su pecho, sentí paz, volví la cara sobre la almohada y me dormí.

¡Fue todo tan real! Tan real que casi me sorprendió encontrarme sola en la cama cuando desperté el miércoles por la mañana. Parpadeé unos momentos bajo la suave luz gris; después, sin tan siquiera encender la lámpara, alargué el brazo en busca del papel y la pluma que dejo sobre mi mesilla de noche para momentos como este, y narré la escena. Escribí rápida, apresuradamente, reproduciendo el diálogo antes de que las voces del sueño comenzaran a desvanecerse. He aprendido, a través de una dura experiencia, que los retazos de trama que me llegan de esta manera, desde mi subconsciente, a menudo desaparecen antes de que mi mente despierta haya tenido tiempo de anotarlos. Sabía que no podía confiarlos a mi memoria.

Cuando dejé por fin la pluma, me senté unos momentos en silencio a leer lo que había escrito. De nuevo estaba viendo a una mujer, del mismo modo que había sido la voz de una mujer la que oí cuando estaba en la casita. Hasta entonces, todos mis personajes principales habían sido hombres, pero ahora me encontraba con una mujer que exigía ser parte importante de la trama. No era infrecuente que los personajes entraran en mis libros de esa manera: sin premeditación ni previo aviso, a menudo sin ser deseados. Pero me dije que tal vez en este caso debería incluir a este personaje en concreto. Quizá Jane estaba en lo cierto cuando propuso que mi relato lo narrara alguien que no fuera Nathaniel Hooke, alguien creado por mi imaginación, cuya presencia enlazara las escenas.

Además, a mí me resultaba más fácil escribir acerca de una mujer. Sabía cómo actuaban cuando lo hacían a su manera, y cómo pensaban. Tal vez mi sueño de esa noche fuera una advertencia de mi subconsciente, que me avisaba de que lo que realmente necesitaba mi novela era el punto de vista de una mujer.

Ese personaje, me dije, se formaría a sí mismo; yo solo tenía que ponerle un nombre.

Pero, como ocurre siempre, era más fácil decirlo que hacerlo.

Los nombres definen a los personajes y, como la ropa, unas veces se les ajusta bien, y otras no. Para cuando llegué al aeropuerto de París ya había probado y rechazado varios.

En el avión a Aberdeen recurrí a un enfoque más metódico: tomé mi cuaderno de notas, dividí una página en dos columnas y empecé a hacer una lista de todos los nombres escoceses que conocía —porque había decidido que sería escocesa— y a probar diferentes combinaciones de estos con los apellidos, en busca de alguna que funcionara literariamente.

Había logrado elaborar una lista bastante larga cuando advertí que mi compañero de asiento observaba con interés mis tanteos. En el momento de subir a bordo había visto que dormía o, por lo menos, estaba reclinado con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos cerrados; puesto que yo no estaba de humor para entablar una conversación, había optado, satisfecha, por dejarlo tranquilo. Pero ahora estaba despierto, sentado recto y con su morena cabeza inclinada ligeramente en ángulo para ver lo que yo estaba escribiendo. Lo hacía con discreción, pero cuando lo sorprendí mirando, aguantó mi mirada alegremente, sin mostrar embarazo porque lo hubiera pillado; a renglón seguido, señalando con un gesto el papel, preguntó:

—Eligiendo un alias, ¿verdad?

Su acento escocés zanjó mis dudas acerca de su nacionalidad. Yo había estado pensando que podía ser francés, con sus cabellos casi negros y su aspecto agradable, pero no había confusión posible en su forma de pronunciar las erres. Parecía tener poco más o menos

mi edad, y su sonrisa era cordial, sin intención de flirtear, así que se la devolví sin reservas.

—No es algo tan emocionante. Estoy tratando de buscar un nombre para un personaje.

—¡Ah! Entonces, ¿es usted escritora? ¿Debería conocerla?

—¿Lee usted novela histórica?

—No, desde que dejé la escuela.

—En tal caso, no es probable que me conozca. —Y le tendí la mano, diciéndole—: Soy Carolyn McClelland.

—Este sí es un excelente y sonoro apellido escocés… Maclellan.

—Bueno, sí. Salvo que lo pronuncia usted mal. Mi familia es escocesa del Ulster —dije—, del Norte de Irlanda. Pero mis antepasados provenían de Escocia. De Kirkcudbright.

Lo pronuncié «Kir-CUU-Brii», tal como me habían enseñado a hacerlo. Mi padre era un apasionado de la genealogía y había dedicado sus horas libres a bucear en la historia de nuestra familia. Yo aprendí desde muy niña los detalles de mi linaje y cómo el primer McClelland cruzó la frontera desde el sudoeste de Escocia hacia el Ulster. Por cierto, ahora que lo pensaba, aquello había ocurrido en los primeros años del siglo XVIII, más o menos la misma época en la que se desarrollaba la historia de mi novela. Había sido un tal David John McClelland quien se había marchado y había viajado a Irlanda con… ¿cómo se llamaba su esposa? Sophia… algo.

Con el ceño inconscientemente fruncido, escribí su nombre en la lista.

Mi compañero de asiento, al observarlo, comentó:

—Me gusta el nombre de Sophia. Tuve una tía abuela que se llamaba así. Fue una mujer notable.

Descubrí de pronto que a mí también me gustaba aquel nombre. Tenía una hermosa sonoridad. Si consiguiera recordar su apellido… Pero no importaba; sin duda mi padre lo sabría. Y le complacería muchísimo que empleara en una novela el nombre de nuestra antepasada. ¿Y qué más daba si había vivido en la otra punta de Escocia y por tanto era probable que jamás hubiera visto Edimburgo,

y no digamos ya Slains? Si la época en que había vivido era la adecuada, también su nombre debía de serlo. Además, yo la hacía revivir de otra forma; no estaba escribiendo su biografía, por lo que podía colocarla donde deseara.

—Sophia —repetí—. Sí, creo que le va.

Satisfecha, doblé la página del cuaderno y me recosté en el asiento para mirar por la ventanilla, en la que en aquellos momentos comenzaba a aparecer la línea de la costa.

El hombre sentado junto a mí se recostó también y me preguntó:

—Está escribiendo usted algo que sucede en Escocia, ¿verdad? ¿En qué zona?

—A la altura de la costa de Aberdeen. En un lugar llamado Cruden Bay.

—¿Y por qué allí precisamente?

Yo no suelo entablar conversación con los desconocidos, por lo que no estaba muy segura de qué me impulsaba a hacerlo ahora; quizá era la falta de sueño o que sus ojos, cuando sonreía, tenían una mirada cálida que me invitaba a hablar.

No sabría decir si encontró interesante lo que le conté acerca de Slains, de la fracasada invasión jacobita y de Nathaniel Hooke, o si su actitud fue simplemente la de una persona cortés acostumbrada a escuchar. En cualquier caso, me dejó hablar hasta que aterrizamos, y seguí haciéndolo mientras él caminaba a mi lado, aguardaba a que yo recogiera mis bultos y me ayudaba con los más pesados.

—Cruden Bay es un buen lugar para un escritor —me dijo cuando yo concluí mis explicaciones—. ¿Sabía usted que Bram Stoker escribió las mejores páginas de su *Drácula* mientras estaba alojado allí?

—No, no lo sabía.

—Sí, fue el castillo, Slains, el que lo inspiró. Y no el de Whitby, como han dicho algunos. Seguro que las personas de allí le hablarán de esta historia. Porque ha dicho usted que piensa quedarse algún tiempo, ¿verdad?

—Sí, he alquilado una casita.

—¿En invierno? Realmente es usted muy valiente. —Habíamos llegado ya al mostrador de alquiler de vehículos, y él dio un descanso a sus brazos dejando en el suelo las maletas; luego torció un poco el gesto ante la larga cola de los que esperaban delante de nosotros—. ¿Está segura de que no quiere que la lleve?

Su ofrecimiento era muy tentador, pero mis padres me habían enseñado desde muy niña que no era buena idea aceptar paseos en coche con desconocidos, por amables que me parecieran. Así que respondí:

—No, no hace falta. Ya me las arreglaré. Muchas gracias.

Él no insistió. En lugar de ello, sacó su cartera y buscó un pedazo de papel. Una vez lo encontró, hizo aparecer la punta de un bolígrafo.

—Aquí, por favor. Escríbame su nombre aquí; así la próxima vez que entre en una librería buscaré sus libros.

En cuanto lo hube hecho, añadió sonriendo:

—Y si apunta también su número de teléfono iré a verla para invitarla a almorzar.

Me pareció muy tentador, pero me vi obligada a confesarle:

—Lo siento, pero no sé cuál es mi número de teléfono, ni siquiera sé si tengo teléfono. —Luego, puesto que me agradaba su cara, añadí—: Pero el nombre de mi casero es Jimmy Keith. El sabrá cómo puede ponerse en contacto conmigo.

—¿Jimmy Keith?

—En efecto.

Con una sonrisa tan amplia que parecía que iba a convertirse en una carcajada, se agachó para coger mis maletas.

—Entonces será mejor que me permita que la lleve, después de todo. No soy tan mayor como para que mi padre no me dé un cachete si se enterase de que he permitido que alquilara un coche cuando yo mismo voy hacia el norte.

—¿Su padre?

—Sí. Ah, ¿no me había presentado todavía? Soy Stuart Keith. —Sonrió—. Y puesto que, según parece, ha alquilado usted la casita

en la que me gusta alojarme, con lo que me obligará a dormir en la cama de más que tiene mi padre, que por cierto es muy incómoda, lo menos que espero de usted es que me haga compañía durante el viaje —concluyó—. Vamos, entre.

En realidad no tenía ningún argumento para oponerme, así que no tuve más remedio que hacerle caso.

3

Conducía un Lotus plateado, de líneas aerodinámicas y veloz, y lo hacía de forma bastante temeraria, así que me resultó difícil fijarme en las cosas que me señalaba mientras las íbamos dejando atrás a toda velocidad.

—Ni que decir tiene que todo esto está muy cambiado desde que, en los setenta, comenzaron a instalar las grandes plataformas petrolíferas frente a la costa —dijo—. No es que yo recuerde cómo era antes, no soy tan viejo, pero se ha construido mucho en esta zona, y hay mucha gente que ha llegado del norte para trabajar en Aberdeen y Peterhead. Ahora contamos con el campo de golf y la playa. El campo de golf es excelente y atrae a muchos turistas. ¿Juega usted?

—¿Al golf? La verdad es que no. ¿Y usted?

—Depende de lo que entienda usted por jugar. Sé golpear la bola, pero ponerla cerca del hoyo ya es otra cosa. —Se encogió de hombros—. Es un deporte demasiado lento para mi gusto.

Por la forma como conducía deduje que no le gustaba nada que fuera lento. Recorrimos los treinta y tantos kilómetros que había desde el aeropuerto en la mitad de tiempo que yo había empleado el domingo. La gruesa capa de nieve que había entonces se había fundido, de forma que el verde de la hierba asomaba ahora en algunos lugares a través del blanco. Mientras bajábamos por la calle Mayor hacia el puerto, pude ver la vegetación dorada que crecía, silvestre, a lo largo de las dunas por encima de la amplia curva rosada de la playa. Ese lugar me resultaba acogedor, casi familiar.

Después de aparcar el coche en la calle del Puerto, tuve una sensación parecida a la que sentía cada vez que volaba a Canadá y sabía que estaba de vuelta en casa.

Era una sensación agradable, después de haber pasado el último año yendo de acá para allá, de una entrevista a una conferencia de escritores, de un hotel a otro, y después de unos meses de infructífero trabajo en Francia. Algo me decía que pasar el invierno en Escocia iba a ser bueno para mí y para mi libro.

—Vamos —dijo Stuart Keith—. Supongo que querrá tener la llave enseguida, y mi padre querrá acompañarla hasta lo alto de la colina para asegurarse de que tiene todo cuanto necesita. De hecho, si lo conozco bien —dijo, consultando su reloj de pulsera—, probablemente va a tener que quedarse usted a almorzar.

Jimmy Keith vivía en una casa de piedra gris, de una sola planta, metida casi con calzador entre las que estaban a ambos lados y situada hacia el final de la calle. La sala de estar se encontraba en la parte delantera; lo supe porque la ventana estaba entreabierta y se oía la retransmisión por televisión de algo que parecía un partido de fútbol.

Stuart no pulsó el timbre ni llamó a la puerta; simplemente utilizó su propia llave para entrar, y yo tras él. El estrecho recibidor, con un espejo y una alfombrilla, y el alegre papel de las paredes, que amarilleaba, me envolvieron en una acogedora atmósfera de débiles y persistentes olores a un almuerzo de huevos fritos y salchichas.

—Hola, ¿quién está ahí? —gritó Jimmy desde el salón.

—Soy yo, papá.

—¡Stuie! No te esperaba hasta el viernes. Entra, muchacho. Deja tus cosas y ven a ver el partido conmigo. Es un vídeo. Lo rebobinaré para que lo veamos desde el principio.

—Dentro de un minuto. Ahora solo vengo a por la llave de la casita.

—La casita, sí… —La voz de Jimmy adoptó un tono de disculpa—. Verás, ha habido un pequeño cambio de planes…

—Ya lo suponía. —Stuart dio un par de pasos hasta la puerta abierta del salón y me hizo señas para que fuera a colocarme a su lado—. He traído a tu inquilina.

Jimmy Keith se levantó de su asiento de inmediato, un gesto caballeroso que algunos hombres de su generación no han perdido y que la mayoría de los de la mía no han aprendido nunca.

—Señorita McClelland —dijo con satisfacción—, ¿cómo demonios se las ha arreglado para conocer a mi chaval? —me preguntó con su fuerte acento escocés y usando palabras del dialecto local.

—Viajamos en el mismo avión —se adelantó Stuart—. Y yo…

—Tú tendrías que dejar hablar primero a la chica.

Todavía me costaba comprender algunas palabras, pero mis oídos empezaban a acostumbrarse a los sonidos del dialecto dórico que hablaba Jimmy Keith; además, intuí el significado general de la frase por la expresión de su mirada, que era la de un padre advirtiendo a su hijo que vigile sus modales.

Pero luego debió de pensar en alguna otra cosa porque se dirigió a mí:

—No habrá dejado que mi Stuie la trajera en coche desde el aeropuerto, ¿verdad? ¡Dios nos ayude! —exclamó mientras yo asentía—. Siéntese, querida. Debe de haber temido usted por su vida.

Stuart se apartó para dejarme llegar hasta él.

—¿Sabes, papá? Se supone que tendrías que hablarle de mis virtudes y no de mis defectos. Y, de paso, podrías intentar expresarte en inglés.

—¿Con qué objeto? —preguntó Jimmy—. Ella me entiende perfectamente —añadió.

Tenía razón, cada vez lo entendía mejor, aunque Stuart parecía dudarlo. Jimmy me invitó a sentarme en una butaca junto a la ventana, desde donde tenía una visión privilegiada del televisor; una vieja estufa eléctrica colocada en la chimenea me calentaba los pies.

—Stuie —pidió a su hijo—, acércate al Saint Olaf y tráenos tres platos de merluza con patatas fritas.

—En el Saint Olaf no hacen comidas para llevar a casa.

—Sí, sí —replicó su padre, con seguridad—, lo harán si es para mí. Y usted se queda a almorzar —me ordenó, aunque logró que sus palabras sonaran como una invitación y no como una orden—. Después de haber viajado en coche con mi Stuie, necesita recuperarse. Más tarde subiremos sus cosas a la casa de la colina.

Stuart no discutió; se limitó a sonreír como si supiera desde hacía tiempo que no servía de nada resistirse.

—¿Le apetece almorzar merluza con patatas fritas? —Fue lo único de lo que deseó asegurarse antes de ponerse en camino—. De acuerdo, entonces. No tardaré.

Sus pisadas resonaron en la calle mientras pasaba ante la ventana. Su padre comentó secamente:

—No puedo creerlo. Mi Stuie jamás pasa por delante del hotel Saint Olaf sin detenerse a beber una jarra de cerveza. Entiéndame, no es un mal muchacho —añadió al captar mi mirada—, pero no le diga que pienso eso de él. En realidad, él tiene un gran concepto de sí mismo.

Sonreí.

—Me han dicho que tiene usted dos hijos.

—Así es. Stuie, que es el más joven, y su hermano Graham, que está en la Universidad de Aberdeen.

—Estudia allí, ¿verdad? —dije, tratando de recordar lo que me había contado la mujer de la oficina de correos.

—Ah, no, querida. No es estudiante, sino profesor. Da clases de historia. —Sus ojos se arrugaban en las comisuras en un gesto de diversión—. Mis dos hijos no se parecen en nada.

Intenté en vano imaginar a Stuart Keith asistiendo a clase, y no digamos ya dándolas.

—Graham ha salido a su madre, que en paz descanse. A ella le encantaba la historia; le gustaba leer.

Aquella habría sido la ocasión perfecta para explicarle qué hacía yo y por qué había ido a Cruden Bay; pero en aquel instante, con el calorcillo de la estufa a mis pies y la comodidad de la butaca, no

consideré urgente hablarle de mi trabajo. También me dije que pronto lo sabría por su hijo. Y, en cualquier caso, dudaba de que un hombre como Jimmy Keith estuviera interesado por el tipo de libros que yo escribía.

Permanecimos en un amigable silencio mirando los dos el partido que ofrecían por televisión: Escocia contra Francia. Al cabo de unos minutos, Jimmy preguntó:

—Usted venía de Francia, ¿verdad? —Y, cuando asentí, añadió—: Yo no he estado nunca allí. Pero últimamente Stuie viaja mucho a ese país por trabajo.

—¿A qué se dedica?

—A hacer que a su padre le salgan canas —respondió Jimmy con expresión de severidad—. No trabaja mucho tiempo en una misma cosa. Ahora se trata de ordenadores, pero no sabría decirle qué es lo que hace con ellos.

Fuera lo que fuese, supuse que debía de irle muy bien para poder permitirse un Lotus. Y su ropa, aunque de aspecto informal, era de calidad. Pero cuando volvió minutos después con el pescado y las patatas fritas en unas bandejas de cartón, el viento salino —con la colaboración, sin duda, de una jarra de cerveza en el bar del hotel — la había arrugado lo suficiente para hacerle perder ese atildamiento de ciudad y darle un aspecto más casero, más relajado. Los tres nos sentamos a ver el partido.

No me enteré demasiado de las incidencias del juego. Las horas en vela de la noche anterior me estaban pasando factura, y con el calorcillo de la habitación, la abundante comida y la conversación que mantenían Jimmy Keith y Stuart con sus profundas y cadenciosas voces, tenía que hacer un esfuerzo para evitar que se me cerraran los párpados. Luché contra el sueño lo mejor que pude, pero casi había sucumbido a él cuando Jimmy dijo:

—Será mejor que acompañemos a la chica a su casa antes de que oscurezca, Stuie.

Me obligué a abrir los ojos. Fuera comenzaba a caer la tarde, y la luz del día daba paso al habitual atardecer grisáceo y frío que marca

el final de la jornada durante el invierno.

Stuart se puso en pie.

—Yo la acompañaré, papá.

—No, no. —El padre se levantó también—. No permitiré que la lleves tú solo a casa de noche.

Stuart agachó la cabeza.

—No soy tan malo, en realidad —me aseguró, al tiempo que me tendía la mano y me ayudaba a levantarme.

Pero a mí me encantó que me acompañaran los dos mientras nos dirigíamos colina arriba en la oscuridad que caía rápidamente sobre el camino lleno de surcos de ruedas, que en algunos lugares tenían varios centímetros de profundidad y estaban llenos de nieve fundida. Y no solo porque cargaron galantemente con mis maletas y con la pesada cartera que contenía mi ordenador, sino también porque en un determinado momento sentí dentro de mí un inesperado sentimiento de intranquilidad: una sensación de algo amenazador a mi espalda, que hizo que mirara hacia atrás.

De haber estado sola, habría recorrido a toda prisa el resto del camino hasta la casa, con o sin las maletas; gracias a la compañía, me sacudí de encima el temor y miré hacia el mar, donde apenas podía distinguir el movimiento de las líneas blancas que formaban las olas en su rítmico avance hacia la orilla. El firmamento estaba cubierto por una densa capa de nubes, tras las que se escondía la luna, con lo que resultaba difícil distinguir la línea oscura en la que el mar se encontraba con el horizonte. Sin embargo, miré hacia allí buscando algo, aunque sin saber qué era exactamente lo que buscaba o lo que esperaba ver.

—Tenga cuidado —oí que decía la voz de Jimmy. Y su mano se acercó paternalmente para devolverme al camino—. No querrá salirse del camino en su primera noche aquí.

Habíamos llegado a la casa. También estaba a oscuras, pero no por mucho tiempo. Otro arañazo de la puerta sobre las baldosas del suelo, el clic de un interruptor, y al momento siguiente estábamos de pie en la brillante y acogedora sencillez de la habitación principal,

con sus gastadas alfombras persas, sus butacas, la larga mesa de madera encerada arrimada a la pared y la cocina económica de carbón instalada en el pequeño hueco de la cocina.

Jimmy cerró la puerta a nuestra espalda, comprobó que el cerrojo funcionara adecuadamente y me tendió la llave.

—Toda suya, querida —dijo—. Tiene usted carbón para la cocina en la parte de atrás. ¿Ha empleado usted antes una cocina económica? Bueno, no se preocupe. Yo le enseñaré cómo hacerlo.

Observé atentamente sus maniobras, y después intenté repetirlas; dispuse los carbones como él me había enseñado y cerré la puerta de hierro fundido de la cocina con un sonoro golpe metálico.

—Muy bien. Lo ha hecho usted perfectamente —aprobó Jimmy—. La habitación se calentará en pocos minutos.

—Hay estufas eléctricas también —añadió Stuart, no tan seguro —. Una aquí y otra en el dormitorio, por si necesita enchufarlas. No olvide echar monedas en el contador.

—Sí, necesitará otra recarga. —Jimmy metió la mano en el bolsillo y sacó de él un rollo de monedas envueltas en papel de estraza—. Aquí tiene diez libras, para empezar.

Le tendí un billete de diez libras por las monedas, y él me dio las gracias.

Stuart vio que yo alzaba la cabeza para examinar la cajita negra de encima de la puerta, con su colección de indicadores y botones. Se inclinó hacia mí sonriendo, y me explicó:

—Este indicador muestra cuánto tiempo le queda. Y este otro es el contador, por el que puede ver cuánta electricidad está gastando. Si enciendo otra luz… ¿ve cómo gira más rápido? Así que debe estar atenta y, cuando vea que el indicador está por debajo de esta señal, tiene que poner otra moneda si no quiere encontrarse de pronto a oscuras. Permítame que introduzca esas monedas, así no tendrá usted que preocuparse de este trasto durante un buen rato.

El era lo bastante alto como para poder echar sin problemas las monedas por la ranura. Cuando me llegara el momento de hacerlo

tendría que subirme a una silla.

—Le he traído algo de comida también —dijo Jimmy—: pan, huevos, leche… Para que no tenga que ir a comprar por la mañana.

—Muchas gracias —dije, valorando sinceramente las molestias que se había tomado.

Me fijé en que también lo había limpiado todo. No es que antes estuviera sucio, pero ahora no había ni una mota de polvo y olía a jabón y a abrillantador. Una vez más tuve la sensación de que algo me envolvía como un chal rodeando mis hombros, como si hubiera encontrado un lugar donde poder descansar y sentirme en casa.

—Ha tenido usted muchísimas atenciones conmigo —agradecí de nuevo.

—No es nada —dijo Jimmy encogiéndose de hombros, pero su voz mostraba satisfacción—. Si necesita alguna otra cosa, no tiene más que decirlo. No estoy lejos. —Miró a su alrededor y, aparentemente satisfecho con todo, anunció—: Y ahora la dejaremos tranquila, querida. Para que pueda descansar un poco.

Les di las gracias de nuevo, me despedí dándoles las buenas noches y los acompañé a la puerta. Estaba a punto de cerrarla cuando Stuart se volvió y me dijo:

—Por cierto, hay un teléfono en la casa. Está ahí mismo. —Lo señaló con el dedo para asegurarse de que lo veía—. Y sé el número.

Finalmente, con una última y seductora sonrisa, giró de nuevo sobre sus talones y se alejó, dejándome a mí la tarea de cerrar con llave la puerta.

Escuché sus pisadas y sus voces en el camino mientras se alejaban, y después se hizo el silencio. Únicamente se oía el crujido de las ventanas al dar en sus cristales el viento de la noche y, entre una y otra ráfaga, el rítmico romper de las olas en la playa al pie de la colina.

No temía estar sola. Estaba acostumbrada y me sentía a gusto. Aun así, una vez hube vaciado mis maletas, y tras haberme preparado en la cocina una taza de café instantáneo, algo me llevó a

sentarme en la butaca del rincón, junto a la mesa sobre la que estaba el teléfono, y me hizo marcar el número al que siempre llamaba cuando necesitaba hablar con alguien.

—Hola, papá —dije en cuanto él descolgó—. Soy yo.

—¡Carrie! ¡Qué bien que hayas llamado! —Era la voz cálida de mi padre, que salvaba los miles de kilómetros que había entre nosotros para sonar junto a mi oído—. No cuelgues. Aviso a tu madre.

—No, espera. Es contigo con quien quería hablar.

—¿Conmigo? —Por mucho que me quisiera, mi padre no se sentía cómodo hablando por teléfono. Unos pocos segundos de charla, y enseguida quería pasarle el aparato a mi madre, mucho más charlatana que él. A menos, claro está, que yo tuviera…

—Querría hacerte una pregunta sobre la historia de la familia —dije—. Acerca de la esposa de David John McClelland, la que se trasladó con él a Irlanda, desde Escocia. ¿Cómo se apellidaba? Su nombre de pila era Sophia, ¿verdad?

—Sophia… —Repitió el nombre como dejándose empapar por él, y dejó pasar unos momentos, pensando—. Sí, Sophia. Se casaron hacia 1710, creo. Déjame que consulte un instante mis notas. Hace tiempo que no trabajo en nada relacionado con los McClelland, cariño. He estado ocupado con la familia de tu madre. —Pero era un hombre organizado, y no le costó mucho encontrar lo que buscaba —. Oh, aquí está. Sophia Paterson. Con una sola «t»,

—Paterson, claro. Gracias.

—¿A qué viene este repentino interés por ella?

—Voy a convertirla en un personaje —dije—, en mi nuevo libro. La acción se sitúa en Escocia y pensé que, ya que pertenece a la misma época…

—Creía que tu libro estaba ambientado en Francia.

—Lo he cambiado. Ahora será en Escocia. Por eso estoy ahora aquí. En Cruden Bay, no lejos de donde viven Jane y su marido. A propósito, toma nota de la dirección y el teléfono.

Él los anotó.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?

—No lo sé. El resto del invierno, tal vez. ¿Qué más sabemos sobre Sophia Paterson? —pregunté.

—No gran cosa. No he encontrado la fecha de su nacimiento, ni las de sus padres, ni el lugar donde nació. Veamos… según la Biblia de la familia, se casó con David John en junio de 1710, en Kirkcudbright, Escocia. También constan los nacimientos de tres de sus hijos: John, James y Robert, en Belfast. Y sé que la enterraron en 1743, el mismo año en el que murió su marido. En realidad, es una suerte conocer tantas cosas de ella. Como sabes, no es fácil averiguar detalles de la vida de una mujer.

Lo sabía, en efecto, por mi larga experiencia en ayudarle a seguir las huellas de nuestra familia. En cuanto te remontabas más allá de mediados del siglo XIX, de las mujeres apenas encontrabas más que alguna referencia ocasional. Incluso las iglesias, en sus registros de nacimientos, a menudo olvidaban citar los apellidos de las madres. Y los periódicos se limitaban a anunciar el fallecimiento de «la esposa del señor tal y cual». A menos que se tratara de una familia adinerada, cosa que rara vez se dio en la nuestra, la vida de una mujer dejaba escasamente huella en los libros de historia. Podíamos considerarnos afortunados de conservar una Biblia que había pertenecido durante generaciones a nuestra familia, en cuyas primeras páginas en blanco se habían ido anotando los nacimientos, matrimonios y defunciones habidas con los años.

—Con eso bastará —dije—. Solo trato de crear su biografía para mi libro, así que puedo ponerle la edad que desee. Imaginaré que tenía veintiún años cuando se casó, lo cual sitúa su nacimiento… en 1689 —añadí haciendo la resta. De ese modo, tenía dieciocho años en el momento de iniciar mi relato; una edad que me parecía casi perfecta para mi heroína.

Una voz apagada habló en segundo término, y mi padre me anunció:

—Tu madre quiere hablar contigo. ¿Necesitabas algo más acerca de los McClelland, ahora que tengo a mano los archivos?

—No, gracias. Solo me hacía falta saber el apellido de Sophia.

—Descríbela de forma positiva —fue su único consejo, que dio de pasada—. No necesitamos gente malvada en la familia.

—Es la heroína.

—Perfecto. Te paso a tu madre.

Como era previsible, a mi madre le interesaban menos la historia de la familia y el libro en el que yo estaba trabajando que saber el motivo de que me hubiera marchado tan repentinamente de Francia y por qué demonios se me había ocurrido alquilar una casa en la costa escocesa en pleno invierno. También me preguntó si había acantilados.

—Aunque, pensándolo mejor, no me lo digas.

—No hay acantilados cerca de mi casa, mamá —le prometí, pero ella era demasiado lista para dejarse engañar.

—Bueno, pero no te acerques al borde —insistió.

Sus palabras me hicieron sonreír cuando las recordé un rato más tarde, mientras me preparaba otra taza de café. Era imposible acercarse más al borde del acantilado de lo que estaban las ruinas de castillo de Slains, y a mi madre le habría dado un infarto si me hubiera visto triscar por allí el pasado lunes. Más valía que no viera las cosas que tenía que hacer algunas veces para documentarme.

El fuego había bajado un poco en la cocina, por lo que arrojé una palada de carbón del gran cubo metálico que Jimmy había dejado allí para mí; sin embargo, no sabía cuánto tenía que poner para que estuviera encendida toda la noche. Aticé el fuego de una forma absolutamente inexperta y observé cómo prendía en los carbones recién añadidos, que cobraron vida con un siseo característico y despidieron llamas de color azul claro que parecían danzar sobre la piedra negra. Mientras contemplaba el fuego, sentí cómo se apoderaba de mí el trance del escritor. Me pareció ver de nuevo el fuego moribundo en el interior de aquella cámara del castillo, y oír la voz del hombre que decía a mi espalda: «Tendremos calor suficiente».

No necesité nada más. Cerré con fuerza la puerta de la cocina económica y, con el café en la mano, fui a sentarme frente a mi

ordenador. Si mis personajes estaban de humor para hablarme, lo menos que podía hacer era averiguar qué tenían que decir.

I

Luchó contra la necesidad de dormir, que la asaltaba en oleadas al ritmo de los movimientos de su cabalgadura y arrullaba su cansado cuerpo hasta que, relajada, acabó cediendo. Se abandonó a las sombras que la rodeaban y empezó a deslizarse en la silla de montar, pero al perder el equilibrio se despertó completamente. Tiró con fuerza de las riendas. El caballo, que seguramente debía de estar tan cansado como ella, respondió con un irritado movimiento de la cabeza y le dirigió una mirada de reproche mientras volvía de nuevo el morro hacia el norte.

Los ojos del clérigo que cabalgaba a su lado se mostraron más comprensivos.

—¿Estáis demasiado cansada? No nos queda mucho trecho y quisiera llegar a nuestro destino esta noche. Pero, si creéis que no podéis seguir cabalgando...

—Puedo seguir, señor Hall —replicó la joven, y enderezó el cuerpo para demostrarlo. No tenía el menor deseo de detenerse teniendo tan cerca la meta. Habían pasado dos semanas desde que partió de los condados del oeste, y le dolían todos los huesos por el cansancio del viaje. La excepción había sido Edimburgo, por supuesto: una noche en una cama como Dios manda y agua caliente para bañarse. Pero habían pasado cuatro largos días desde entonces, y el recuerdo parecía lejano.

Cerró los párpados y trató de evocar la cama con sus colgaduras de color carmesí y doradas; las sábanas recién planchadas que, al acercarlas a su cara, conservaban aún el suave olor del tejido levemente chamuscado, la sonriente doncella que le llevó la jarra de agua y la jofaina, y la inesperada amabilidad de su anfitrión, el duque de Hamilton. Había oído hablar de él, por supuesto; en aquellos tiempos eran pocas las personas que no tenían una buena opinión del gran James Douglas, duque de Hamilton, alma del Parlamento de Edimburgo y considerado desde hacía mucho uno de los más fervorosos patriotas escoceses.

Corría el rumor de que simpatizaba con el rey Estuardo exiliado en Francia, aun cuando no lo expresara abiertamente. Incluso le habían contado que en su juventud fue arrestado por sus contactos con una conspiración jacobita y encarcelado en la Torre de Londres. Ese delito le había granjeado el afecto de sus paisanos escoceses, que no sentían ningún aprecio por Inglaterra ni por sus leyes, y mucho menos aún desde el Acta de Unión promulgada el invierno anterior, que había despojado de un plumazo al pueblo escocés de los restos de independencia que conservaba como herencia de Wallace y Bruce. En adelante, no existiría un gobierno en Escocia, ni un Parlamento en Edimburgo. Los miembros de este último serían dispersados y enviados de vuelta a sus posesiones; unos enriquecidos con las tierras que les habían sido otorgadas a cambio de haber aprobado la Unión, y otros amargados y rebeldes por haber hablado abiertamente de oponerse a ella con las armas.

Se estaban formando alianzas donde jamás habían existido. La joven había oído rumores de que su propia familia, proveniente de los condados del oeste, todos

ellos presbiterianos acérrimos y con una larga tradición de odio hacia los jacobitas, buscaban ahora unirse a ellos para conspirar por la restauración al trono de Escocia del rey católico Jacobo Estuardo. Se decía que más valía ser gobernados por un católico escocés, que por Ana de Inglaterra o, lo que aún era peor, por el príncipe alemán al que la reina había nombrado su sucesor.

Al conocer al duque de Hamilton, se había preguntado en qué bando se alineaba él. Difícilmente podría darse una restauración de los Estuardo sin que él tuviera conocimiento de ella: estaba muy bien relacionado y era muy poderoso por derecho propio. Ella sabía que alguna gente seguía considerándolo jacobita, pero su esposa era inglesa, poseía tierras en el Lancashire y parecía encontrarse tan a gusto en la corte de la reina Ana como en Escocia. Resultaba difícil saber qué bando elegiría en el caso de iniciarse una guerra.

Mientras ella fue su huésped, el duque no había hablado de política, pero ella tampoco había esperado que lo hiciera. La habían confiado a él de repente —en contra de la voluntad de la joven— cuando el familiar que viajaba con ella desde el oeste había enfermado al llegar a Edimburgo. El hombre alegó tener cierta familiaridad con el duque por haber estado anteriormente al servicio de su madre, la duquesa viuda, así que se apoyó en esta circunstancia para solicitar para su joven pupila una cama donde pasar la noche en la gran mansión del duque en Holyroodhouse.

La recibieron amablemente y le ofrecieron alimentos que ella casi había olvidado después de tantas jornadas de viaje: carne, pescado, verduras humeantes y vino servido en copas de cristal en las que se reflejaban como joyas las luces de las velas. La habitación en la que la

instalaron había sido el dormitorio de la esposa del duque, que a la sazón se hallaba visitando a unos parientes en el norte de Inglaterra: un aposento lujosamente amueblado, con cortinajes de color carmesí y dorados, visillos de seda india, pinturas y tapices, y en una de sus paredes un espejo mayor que cualquiera que ella hubiera visto jamás.

Se miró en él y suspiró; había tenido la esperanza de que su reflejo mostrara algo más que aquella imagen de una muchacha cansada y sin hogar que le devolvía el suspiro, con los brillantes rizos despeinados y oscurecidos por el polvo, y los ojos claros enrojecidos y ojerosos por la falta de sueño. Después se volvió para lavarse en la jofaina, pero no le sirvió de nada. Su reflejo, aunque más limpio, siguió pareciéndole lastimoso.

Tras ello buscó solaz en el sueño.

Por la mañana desayunó, y después el propio duque de Hamilton se presentó a verla. Le pareció un hombre encantador, tal como su reputación prometía. Decían que en su juventud había sido un miembro gallardo y galante de la corte. Ahora, en la madurez, las facciones de su rostro probablemente se habían suavizado y eran menos firmes, pero no había perdido ni un ápice de su galantería. Hizo una reverencia ante ella, con los oscuros rizos de su peluca cayendo en cascada por debajo de sus hombros, y le besó la mano como si se tratara de una persona de su mismo rango.

—Así que, según parece, os han dejado aquí a mi cuidado —le dijo—. Mucho me temo que vuestro pariente esté gravemente enfermo; tiene accesos de fiebre. He encargado que lo alojen con la mayor comodidad posible y he ordenado que le presten los cuidados que necesite,

pero no estará en condiciones de cabalgar durante algún tiempo.

—Oh, comprendo —asintió ella sin lograr ocultar su decepción.

—¿Tan faltas de comodidades encontráis estas habitaciones, que ya deseáis abandonarlas? —Se estaba burlando, por supuesto, pero su voz delataba una auténtica curiosidad ante la reacción de la oven.

—Oh, no, no es eso, excelencia. Es solo que... —empezó, pero no pudo precisar ninguna causa, excepto que deseaba finalizar su viaje.

No conocía a la mujer con la que iba a vivir, ya que no era familia suya, sino de su tío, por matrimonio. Una mujer influyente y rica, a quien de algún modo la Providencia, tras la reciente muerte de su tío, había impulsado a escribir que deseaba tomar a Sophia a su cargo y ofrecerle un hogar.

Un hogar. Esta palabra fue para ella como un faro cuando la leyó, y lo seguía siendo ahora.

—Es solo —dijo balbuceando— que están esperándome en el norte.

El duque la escrutó un instante.

—Sentaos, os lo ruego.

Ella tomó asiento, incómoda, en el estrecho sofá que había junto a la ventana, mientras el duque lo hacía en el sillón de terciopelo situado enfrente y la miraba con expresión de curiosidad.

—Tengo entendido que vais a vivir con la condesa de Erroll, en el castillo de Slains.

—Así es, excelencia.

—¿Qué relación tenéis con esa noble dama?

—Se casó con mi tío, John Drummond.

El duque asintió.

—Pero vos no sois una Drummond.

—No, señor. Mi apellido es Paterson. Fue mi tía quien emparentó con los Drummond. Yo he vivido con ellos estos ocho años, desde que murieron mis padres.

—¿Cómo murieron?

—La disentería se llevó a los dos, excelencia, mientras viajaban hacia el Darién.

—¡Al Darién!

Aquel nombre, pronunciado por él, resonó como un martillazo. La joven sabía que el duque había sido uno de los más ardientes defensores del sueño escocés de fundar una colonia en el Nuevo Mundo asentada en la lengua de tierra situada entre las dos Américas. Eran muchos los que habían creído en ese sueño e invertido en aquella empresa todo cuanto tenían, confiando en que daría a los escoceses el control de ambos océanos: una ruta a la India con la que nadie podría rivalizar, en la que los cargamentos serían transportados por tierra de un océano al otro a través del istmo, y que aportaría riquezas que aumentarían el poder del país a extremos insospechados.

El padre de la joven había puesto toda su fe en el empeño y había vendido todo cuanto poseía para comprar un pasaje en la primera, y arriesgada, expedición. Pero el sueño resultó ser una pesadilla. Tanto los ingleses como los españoles se opusieron al asentamiento escocés en el Darién y nada quedó de él salvo los nativos y las chozas vacías de quienes habían ido allí con el propósito de construir un imperio.

El duque de Hamilton no había tenido pelos en la lengua cuando se trató de condenar a cuantos habían tenido alguna responsabilidad en el desastre del Darién, por lo que ahora observó a la joven con ternura.

—Fue una gracia de Dios que vos no viajarais con ellos, de haberlo hecho también habríais perdido la vida.

—Reflexionó un instante—. Entonces, ¿sois pariente de William Paterson? —preguntó, aludiendo al mercader y aventurero que había sido el primero en soñar con el Darién y el que había puesto en marcha aquella empresa.

—Creo que es un primo lejano, pero no nos hemos visto jamás.

—Más vale así, probablemente. —El duque sonrió y se recostó en el respaldo del sillón para reflexionar—. Entonces, ¿deseáis proseguir vuestro viaje hacia el norte, hasta Slains?

La joven lo observó, esperanzada.

—Necesitaréis que alguien os guíe y os proteja de los peligros del viaje —prosiguió el duque, aún reflexionando—. Se me ocurre una persona que podría ser la adecuada para vuestro propósito, si consentís fiaros de mi parecer.

—¿Quién es ese hombre, excelencia? —preguntó ella.

—Un clérigo apellidado Hall. Conoce bien el camino hacia Slains, pues ha estado allí alguna vez por encargo mío. No tendríais nada que temer —añadió—, si él os acompañara.

Nada que temer. Nada que temer.

Resbaló una vez más en la montura y el señor Hall extendió la mano para enderezarla sobre la silla.

—Ya estamos llegando —dijo, animándola—. Veo allí delante las luces de Slains.

Ella sacudió la cabeza para despertarse y forzó la vista para escrutar las brumas de la tarde que se arremolinaban en las yermas tierras que los rodeaban. También podía ver luces; puntitos amarillos que ardían en los negros salientes de las torres y en los inaccesibles muros. Más abajo, se escuchaban los furiosos embates del mar del Norte contra las rocas; cuando se acercaron,

un perro los recibió ladrando de forma alarmante y escandalosa.

Pero, en el momento en el que, titubeando, ella se disponía a hacer retroceder al caballo, se abrió una puerta de par en par y una luz cálida se derramó sobre la áspera hierba. Salió a su encuentro una mujer, vestida con ropas de luto. No era joven, pero aún se la veía hermosa; se acercó a ellos con la cabeza descubierta, sin chal ni capa, indiferente a la humedad de la noche.

—Vuestra llegada es muy oportuna —les dijo—. Nos estábamos sentando a la mesa para cenar. Llevad vuestros caballos a los establos, donde mi lacayo os ayudará —dijo al señor Hall—. La muchacha puede venir conmigo. Sin duda estará deseando refrescarse y cambiarse de ropa. —Alargó el brazo para ayudar a la joven a desmontar, y se presentó—: Soy Anne, la condesa de Erroll y, hasta que no se case mi hijo, la señora de Slains. Me temo que he olvidado vuestro nombre.

La voz de la joven sonó áspera después de horas de silencio; tuvo que aclararse la garganta para hablar.

—Sophia Paterson, señora.

—Bien —dijo la condesa con una sonrisa que contrastaba con el desolado paisaje que había a su espalda—. Sed bienvenida a casa, Sophia.

4

Alguien llamaba a la puerta de la casa.

Me costó un rato darme cuenta de qué se trataba. Medio dormida aún, levanté la cabeza, que notaba rígida por la posición en la que había estado en las últimas horas: apoyada en el brazo, que estaba extendido sobre la dura madera de roble de la mesa. Mi ordenador portátil se había cansado de esperar a que prosiguiera y delante de mí aparecía ahora el salvapantallas, en el que una infinidad de estrellas parecían abalanzarse y dejarme atrás como si estuviera surcando a toda velocidad el espacio.

Pestañeé y, al recordar dónde me hallaba, pulsé una tecla y aguardé a que reaparecieran las palabras. En realidad, no esperaba que estuvieran allí. No creía realmente que las hubiera escrito. Nunca he sido una escritora veloz y escribir quinientas palabras en un día era, para mí, un considerable esfuerzo. Así que mil palabras me habrían dejado emocionada. Sin embargo, la noche anterior había escrito de un tirón el doble de esa cifra, con tanta facilidad que tenía la certeza de que todo había sido un sueño.

Pero no lo había sido. Allí tenía la prueba, en la pantalla, negro sobre blanco; no podía evitar sentirme como si hubiera abierto los ojos y hubiera descubierto que había un dinosaurio en el jardín de delante de mi casa. Todavía incrédula, guardé el documento otra vez y pulsé «imprimir».

Llamaron de nuevo a la puerta. Eché hacia atrás la silla para ponerme en pie y fui a abrir.

—No quería despertarla. —Allí estaba Jimmy Keith, deshaciéndose en disculpas aunque no tenía ninguna razón para ello puesto que probablemente debía de ser ya mediodía.

—No me ha despertado, tranquilo —mentí, al tiempo que tensaba los músculos de las mejillas para reprimir un bostezo que me habría delatado—. Pero entre, por favor.

—Pensé que tal vez necesitaba ayuda, con la cocina, por ejemplo. —El frío entró con él, pegado a su chaqueta como el vigorizante aire salino del mar. Yo no podía ver mucho más allá de su espalda porque la bruma que se extendía sobre las olas era parecida a un gran nubarrón, demasiado pesado para elevarse. Tras dejar sobre el felpudo de la entrada sus botas con las punteras manchadas de barro, siguió adelante, entró en la cocina y abrió la portezuela de la cocina económica para observar cómo estaba el fuego—. Vaya, se ha apagado, pero aún está bastante caliente. Debería haberme llamado.

Tras barrer las cenizas, volvió a poner los carbones con tal rapidez y precisión que de nuevo me intrigó saber cuál era o había sido su oficio. Se lo pregunté.

Él levantó la vista.

—Era pizarrero —respondió—. Colocaba tejados de pizarra.

Pensé que eso explicaba por qué daba la impresión de haber pasado toda su vida al aire libre.

Señalando con un gesto mi ordenador portátil y la impresora, que aún funcionaba en el extremo de la larga mesa de madera apoyada en la pared, me preguntó a qué me dedicaba.

—¿Qué hace usted con eso?

—Escribo —respondí—. Libros.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de libros?

—Novelas. Ambientadas en el pasado.

Cerró de golpe la puerta de la cocina económica y me miró, muy impresionado.

—¡Vaya!

—Sí. La que estoy escribiendo ahora está ambientada aquí —dije —. Por eso quería alquilar esta casa. Mi relato se desarrolla en el castillo de Slains.

—¡Vaya! —repitió Jimmy, como si hubiera descubierto algo de sumo interés. Tuve la sensación de que quería preguntarme más cosas, pero en aquel instante volvieron a llamar a la puerta de la casa.

—Está usted muy solicitada hoy —comentó Jimmy mientras yo iba a abrir la puerta y me encontraba, sin sorprenderme demasiado, con Stuart en el umbral.

—Buenos días. Se me ocurrió acercarme a ver cómo te iba —me dijo.

—Estoy bien, gracias. Pasa, tu padre está aquí.

—¿Mi padre?

—Sí —dijo Jimmy desde la cocina, frunciendo el ceño—. Jamás te había visto madrugar tanto, muchacho. ¿Te encuentras bien?

Stuart encajó la pulla con una sonrisa.

—Son más de las once.

—Sí, ya sé qué hora es.

Acabó de avivar el fuego en la cocina y se incorporó mientras le daba las gracias. Pero como no me pareció que ni él ni Stuart tuvieran prisa por irse, pregunté:

—¿Les apetecería un poco de café? Estaba a punto de prepararme una taza.

La idea, por lo visto, les pareció excelente a los dos. No se sentaron a esperar. Jimmy fue a la habitación principal silbando entre dientes, mientras Stuart entraba detrás de mí en la cocina y se apoyaba en la pared con los brazos cruzados.

—¿Qué tal te ha ido tu primera noche en la casa? —preguntó—. Debería haberte prevenido de que los vidrios de la ventana del dormitorio tiemblan endiabladamente cuando el viento sopla desde el mar. Espero que no te hayan impedido dormir.

—La verdad es que no he pasado la noche en el dormitorio. He estado trabajando —dije, señalando con un gesto la mesa de

madera de la sala.

Jimmy, que debía de haber echado un vistazo a mi ordenador, añadió:

—Es escritora.

—Sí, ya lo sé —respondió Stuart.

—Va a escribir acerca de nuestro castillo —especificó Jimmy.

Stuart me miró con lo que tal vez podía ser compasión.

—Es un gran error habérselo contado a mi padre.

Puse agua a hervir en la jarra eléctrica.

—¿Por qué?

—Porque hoy irá a almorzar al Saint Olaf y para antes de que caiga la tarde todo Cruden Bay sabrá exactamente por qué estás aquí, y qué es lo que estás haciendo. No tendrás ni un momento de paz.

—No haga caso —dijo Jimmy—. Ese chico no sabe de lo que habla. Yo no tengo tiempo para chismorrear.

—Quiere decir chismorrear —tradujo Stuart—. Y no le creas. Le encanta contar historias.

Su padre agregó:

—Sí, y es una suerte para mí tenerte cerca, así me das algo de lo que hablar. ¿No es eso el hervidor eléctrico?

Lo era. Preparé el café y nos sentamos para tomarlo amigablemente, hasta que al rato Jimmy consultó su reloj y dijo:

—Bien, tengo que irme a casa. —Le dio un codazo a su hijo, añadiendo—: Y tú no te quedes mucho rato.

Me dio las gracias por el café y salió.

Se estaba levantando la bruma, pero detrás de ella llegaba el aire frío del mar, que noté en cuanto cerré la puerta. Sentí cierta desazón.

—Te propongo una cosa —le dije a Stuart—. ¿Qué tal si me pongo el abrigo y me guías por un recorrido turístico de Cruden Bay?

Él echó un vistazo hacia la ventana.

—¿Con este tiempo?

—¿Por qué no?

—¡Y dice que «por qué no»! —exclamó, aunque había aceptado y ya se levantaba de la butaca—. En fin, el tiempo es mejor de lo que cabe esperar en esta época del año, así que supongo que vale la pena aprovecharlo.

Fue una sensación muy agradable pasear con aquel viento que alborotaba mis cabellos y me rociaba con la espuma del mar que arrastraba de las olas que rompían en la vacía playa de arenas rosadas. El camino que bajaba de la colina estaba aún resbaladizo por el agua y el barro, pero todos los recelos que había sentido en la oscuridad de la noche habían desaparecido con el nuevo día; el puerto, abajo, mostraba un aspecto acogedor y cordial.

No era un gran puerto, sino solo un remanso de aguas en calma tras un muro que las protegía del océano. No había en aquel momento ninguna embarcación amarrada; las pocas que pude ver estaban fuera del agua y varadas en la arena, por lo que deduje que allí nadie salía de pesca durante el invierno.

Stuart me condujo por el otro camino, que pasaba por la casa de su padre y por las que estaban apiñadas junto a ella, con las paredes toscamente revocadas y con tejados de pizarra que goteaban. Dejamos atrás la larga pasarela pintada de blanco que cruzaba por encima de las altas dunas y de la playa; a mí me habría gustado desviarme en aquella dirección, pero Stuart tenía otro lugar en la cabeza.

Llegamos a la pronunciada curva en la que la calle del Puerto se transformaba en la calle Mayor, con su hilera de casas y unas pocas tiendas a un lado y el rápido torrente descendiendo en pequeñas cascadas bajo las ramas de árboles sin hojas por el otro. En lo alto de la colina, la calle Mayor se terminaba en el costado de una carretera; era la misma por la que yo había llegado conduciendo el fin de semana, solo que entonces no me detuve sino que seguí por ella a través de los bosques. Aquel día iba tan concentrada admirando las ruinas del castillo, que no presté atención a nada más. Ni siquiera al hermoso edificio que se alzaba junto a la carretera al final de la calle Mayor.

Era una mansión de dos pisos con muros de granito rosa, ventanales blancos y diversos salientes de perfil arqueado que le daban una elegancia victoriana. Nos acercábamos a ella por un lado; su larga fachada daba a un prado que descendía en pendiente hacia el cauce del río, que en ese lugar fluía despacio bajo un puente de la carretera principal, como si fuera consciente de que el edificio merecía cierto respeto.

—Y este —anunció Stuart en tono grandilocuente— es el «Killie», el Kilmarnock Arms Hotel. Donde tu amigo Bram Stoker se alojó la primera vez que vino a Cruden Bay, antes de trasladarse a Finnyfall, en el extremo sur de la playa.

—¿Adónde?

—A Finnyfall. Se escribe Whinnyfold, pero aquí todo el mundo lo pronuncia como se diría en el dialecto dórico. No es propiamente un pueblo, sino un simple puñado de casas pequeñas.

Por la razón que fuera, no podía imaginar a Bram Stoker viviendo a gusto en una casita. El Kilmarnock Arms encajaba mucho mejor con él. Me resultaba más fácil representarme al creador del vampiro más famoso del mundo sentado ante su escritorio junto a uno de los ventanales del piso de arriba y contemplando a través de los cristales una costa azotada por la tempestad.

—Podríamos entrar, si lo deseas —propuso Stuart—. Tienen un bar en el que sirven un almuerzo decente.

No hizo falta que insistiera. Siempre me ha encantado conocer lugares en los que han estado otros escritores antes que yo. Mi hotel favorito de Londres es un pequeño establecimiento en el que solía alojarse Graham Greene, y en su comedor siempre me siento en la misma silla en la que lo hacía él, con la esperanza de que se contagie algo de su genio. Por tanto, decidí, un almuerzo en el Kilmarnock Arms tal vez me daría la oportunidad de comunicarme con el espíritu de Bram Stoker.

—Muy bien —respondí—. Te sigo.

El bar estaba amueblado con bancos tapizados de piel roja y lámparas de bronce, globos de cristal, sillas en los extremos, y

mesitas y sillas de madera oscura sobre una moqueta de color azul intenso. Todos los elementos de carpintería estaban pintados de blanco y todas las paredes, excepto una de piedra en el fondo, estaban empapeladas con un motivo de color amarillo pastel, lo que, con las ventanas y la luz diurna, daba al lugar un ambiente animado y en absoluto oscuro. Allí no había vampiros.

Pedí sopa, ensalada y una copa de vino blanco seco. Tomar vino con el almuerzo era un hábito que había adquirido en Francia y que probablemente tendría que romper ahora que estaba en Escocia. Me recordé a mí misma que debía permanecer completamente sobria para afrontar los sinuosos caminos de la costa. Incluso sin la advertencia de mi madre, sabía por experiencia que no debía acercarme a los acantilados. Pero, por el momento, dado que solo pretendía dar un pequeño paseo, me consideraba a salvo.

Stuart, fiel a la predicción que sobre él había hecho su padre el día anterior, pidió una jarra de cerveza y se sentó conmigo en uno de los reservados del bar con la espalda apoyada en el cuero rojo del banco. Era un hombre muy apuesto, me dije, con los cabellos casi negros cayéndole sobre la frente de forma descuidada y con los ojos vivos y siempre a punto de mostrarse risueños. Me fijé en que los tenía azules, como su padre, pero no se parecía a Jimmy. Aun así, bajo aquella luz, advertía en sus rasgos algo que me resultaba familiar, como si hubiera visto su rostro, u otro muy parecido al suyo, en algún lugar y momento anteriores.

—¿Por qué frunces el ceño? —preguntó Stuart.

—¿Perdón? Oh, por nada —contesté—. Solo estaba pensando. Son cosas del oficio.

—Entiendo. Nunca había compartido mesa con una escritora. Quizá debería comportarme, por si acabo siendo uno de los personajes de tu libro.

Le aseguré que no corría ningún peligro.

—Vaya, ¿por qué? —preguntó fingiendo estar decepcionado.

—Mis personajes nunca están inspirados en gente a la que conozco. Ni uno solo; nunca. Quizá a veces algunos rasgos o

detalles; cierta costumbre, la forma de moverse, cosas que podría decir un conocido. Pero todo ello se mezcla con el personaje que imagino —expliqué—. Aunque le utilizara no te darías cuenta.

—¿Me describirías como el héroe o como el villano?

Me sorprendió. No tanto la pregunta como el tono en el que la había formulado. Por primera vez desde que lo conocía estaba flirteando. No me molestó, pero me había cogido desprevenida, así que me tomé unos segundos para recuperarme y adaptarme a esa nueva situación.

—No lo sé. Acabo de conocerte —respondí finalmente.

—Pero ¿cuál sería la primera impresión?

—Villano —contesté sin pensar—. Pero deberías dejarte barba.

—Hecho —prometió—. ¿Podría llevar capa?

—Por supuesto.

—Un villano siempre debe llevar capa.

Sonrió burlonamente, y de nuevo tuve la extraña sensación de que había visto su cara anteriormente.

—¿Qué hacías en Francia? ¿Fuiste allí por negocios o de vacaciones? —pregunté.

—Negocios. Siempre trabajando. —El suspiro que dejó escapar mientras se apoyaba en el respaldo y levantaba su jarra era tan exageradamente resignado que no pude evitar el reto.

—¿Siempre?

—Bueno, tal vez ahora no —admitió—. Pero en unos días habré vuelto a ello. Lejos de aquí, en Londres.

—Tu padre me dijo que trabajas con ordenadores, ¿es así?

—En cierto modo. Soy técnico de preventas para una empresa de sistemas de planificación. —Mencionó el nombre de la firma para la que trabajaba, pero no significó nada para mí—. Tienen un producto excelente, así que estoy muy solicitado.

Y con una sonrisa como la suya, probablemente tendrá un ligue en cada puerto, pensé. Pero lo cierto era que había conseguido hacerme reír, y hacía por lo menos un año que no tenía una cita con un hombre. Estaba demasiado absorbida por mi trabajo; no tenía

tiempo para conocer hombres, y tampoco para hacer gran cosa con él aunque conociera a uno. Escribir producía ese efecto en mí. Consumía todas mis energías. Cuando me metía de lleno en un relato, me olvidaba incluso de comer, de dormir, de cualquier necesidad. El mundo que yo misma había creado me parecía más real que el que había al otro lado de mi ventana, y solo deseaba evadirme a mi ordenador, perderme dentro de otro lugar, de otra época.

Por tanto, estaba muy bien que el trabajo de Stuart Keith lo reclamara. Porque, de haberse quedado, habría encontrado en mí una compañía muy pobre.

El Kilmarnock Arms fue el inicio y el final de mi primera excursión por Cruden Bay. Stuart parecía sentirse feliz sentado en aquel salón cómodo y confortable, y no manifestó un particular interés en llevarme a ninguna otra parte. Volvió a mostrarse cordial durante el camino de vuelta a casa. No hubo ningún flirteo entre los dos; solo una sonrisa frente a la puerta de la casa y la promesa de que volvería al día siguiente.

Comprobé el fuego de la cocina y me pareció que estaba bajo, por lo que puse más carbón tal como Jimmy me había enseñado; ya casi me sentía una experta en la materia.

—Ya está —dije, y me incorporé levantando la mano para tapar un súbito bostezo que pretendía recordarme que apenas había dormido la noche anterior, que había bebido un vaso de vino y que necesitaba acostarme.

Mi pequeño dormitorio, en la parte trasera de la casa, tenía solo un armario ropero y una cama de hierro dotada con un anticuado somier de muelles que chirrió cuando me senté sobre él. Por la única ventana, orientada al norte, podía ver el saliente rocoso sobre el que se alzaban las ruinas de Slains; su color rojizo contrastaba con el fondo del cielo. Pero estaba demasiado cansada para fijarme en el paisaje.

La cama chirrió al acostarme, pero mi cansado rostro notó que la funda de la almohada era fresca y suave, y cuando me deslicé bajo

el cobijo de las sábanas recién lavadas y las mantas, me pareció sentir que mi estado de conciencia se sumergía también entre ellas.

Debía dormir.

Pero lo que veía cuando cerraba los ojos no era ni oscuridad ni un sueño.

Vi un río, y verdes colinas pobladas de árboles bajo un cielo azul de verano. Y aunque no reconocía el lugar, su imagen no me abandonaba; siguió proyectándose en el interior de mi mente como una película privada, hasta que desapareció la sensación de cansancio.

Me levanté y me puse a escribir.

II

Soñaba con los bosques y con las suaves colinas del oeste, con las aguas del río Dee danzando bajo la luz del sol más allá de los verdes campos y con el suave roce de las hierbas altas que se inclinaban ante ella a su paso. Podía sentir el aire limpio de la mañana, la delicada y agradable brisa, y la dicha que la embargaba mientras su madre, allí cerca, se sentaba a cantar una melodía que Sophia no podía recordar más que en sueños.

Pero todo desapareció cuando abrió los ojos. El sol también se había ido. La luz era de un gris uniforme y duro, y puesto que no podía llegar a los rincones del aposento, estos quedaban en la penumbra, aunque ella sabía bien, por lo que había podido ver la noche anterior a la luz de la vela, que habría poco que ocultar en las sombras. La habitación era sencilla; solo había un simple tapiz que intentaba suavizar el gris uniforme de

las paredes de piedra y una sola pintura —el retrato de una desconocida de ojos tristes— colgada sobre la repisa de la chimenea. El hogar encendido debajo era demasiado débil para desafiar el ulular del viento y el batir de la lluvia contra los cristales de la ventana.

La joven asió una manta para protegerse del frío y se puso en pie. Después cruzó la estancia para mirar a través de la ventana. Esperaba ver colinas o árboles, aunque no recordaba haberlos visto cuando se acercaron al castillo de noche. En realidad, aquella parte de Escocia parecía completamente desnuda de vegetación, salvo por las aulagas y los hierbajos que crecían a la orilla del mar. Tal vez la sal imposibilitaba que florecieran plantas más delicadas.

Otra furiosa ráfaga de lluvia se estrelló contra la ventana en el momento en el que llegaba a ella. Por un instante no vio nada, pero luego el viento convirtió las gotas en finos regueros que resbalaron sobre el cristal y le permitieron ver a través de él.

Fue una visión inesperada, que la dejó sin respiración. Vio el mar... y nada más. Podría perfectamente estar a bordo de un barco tras varios días de viaje; a su alrededor únicamente vería un cielo gris y olas tempestuosas que se extendían hasta el gris horizonte. La condesa de Erroll le había contado durante la cena, la noche anterior, que los muros del castillo de Slains se habían levantado, en algunos puntos, al borde de los acantilados. Pero, en ese momento, Sophia tuvo la impresión de que debían de alzarse directamente del precipicio para que su aposento tuviera aquella vista, que bajo ellos no podía haber más que la pura roca cortada a pico sobre la hirviente espuma del mar que se estrellaba contra los peñascos de la costa.

El viento arrojaba contra su ventana una violenta cortina de lluvia. Sophia se volvió, se acercó a la pequeña chimenea y descolgó del perchero su mejor vestido; haría todo lo posible para estar presentable. Aquel vestido había sido de su madre, aunque ni de lejos era tan elegante como el que llevaba la noche anterior la condesa; pero el color azul claro la favorecía y con los cabellos peinados cuidadosamente y recogidos como solía llevarlos, se sentía más capaz de encarar lo que pudiera depararle la suerte.

Aún no sabía cuál sería su posición en aquella casa. No lo habían comentado durante la cena, pero la condesa se había mostrado tan contenta de alimentar a sus huéspedes y había atendido sus necesidades con tan generosa hospitalidad que Sophia tenía la esperanza de que aquel fuera el hogar acogedor y feliz con el que había soñado todos los días y todas las noches desde que iniciara su viaje hacia el este.

Pero la vida ya le había enseñado que no siempre podía fiarse de sus esperanzas y que lo que al principio se presentaba como una brillante oportunidad podía trocarse al final en un amargo desengaño.

Inspirando profundamente para tranquilizarse, irguió el cuerpo, se alisó con las manos el corpiño del vestido y se dirigió hacia la escalera. Era temprano aún y tuvo la sensación de ser la única que estaba despierta en la casa. Fue pasando de habitación vacía en habitación vacía, pero el edificio era tan grande, con tantos accesos, que pronto se dio cuenta de que se había desorientado. Habría podido seguir deambulando sin rumbo de no ser porque de repente llegaron hasta ella unos sonidos que provenían de una estancia en la parte trasera: voces, un ruido metálico que le pareció el de un cazo, y fragmentos de una alegre canción que llevaron sus

pasos hacia la puerta de la cocina. No tenía duda de que allí estaba la cocina. Incluso a través de la puerta de roble con cuarterones llegaban a ella, acogedores, cálidos y apetitosos olores; la puerta se abrió por completo nada más tocarla.

Era una cocina amplia y perfectamente limpia, con un enorme hogar en el extremo, el suelo de losas de piedra y una mesa alargada, muy sencilla, a la que estaba sentado un joven toscamente vestido y con una pipa entre los dientes; la silla estaba inclinada hacia atrás y sus pies enfundados en unas botas estaban cruzados a la altura de los tobillos. Aún no había visto a Sophia, porque sus ojos seguían fijos en la muchacha que había estado cantando y que, tal vez porque había olvidado la letra de la canción, ahora la tarareaba mientras trajinaba una bandeja llena de platos limpios.

Junto al hogar, una mujer de mediana edad, con la ancha espalda vuelta hacia los dos, removía algo en un cazo sin tapa. A Sophia, aquel «algo» le pareció cebada y provocó en su estómago una punzada de hambre mientras saludaba:

—Buenos días.

Cesó el tarareo. El joven de la silla bajó los pies de golpe y tres cabezas se volvieron al mismo tiempo con expresión de sorpresa.

La muchacha fue la primera en hablar tras aclararse la garganta.

—Buenos días, señora. ¿Deseabais algo?

—¿Eso es caldo?

—Si pero prepararemos algo más para el desayuno. Lo serviré dentro de media hora en el comedor.

—¿Podría, por favor, tomar un tazón aquí mismo? ¿Sería posible?

La sorpresa de los otros tres aumentó. Sophia estaba allí de pie, incómoda, buscando las palabras para explicarles que no estaba acostumbrada a una gran mansión como aquella, que la suya había sido siempre una vida sencilla, no exactamente pobre, pero jamás por encima del nivel que ocupaba en la sociedad, y que para ella aquella cocina limpia y luminosa tenía un aire familiar del que carecía el comedor.

La mujer mayor, que hasta aquel instante había permanecido en silencio ante el hogar, miró a Sophia de arriba abajo y dijo.

—Venid a sentaros entonces, si lo deseáis, señora. Tú, Rory, quita de ahí tus holgazanas posaderas y deja sitio a la dama.

—No, por favor —se excusó Sophia—. No pretendía...

El joven Rory se levantó sin protestar y sin que nada en su expresión delatara lo que pudiera pensar de semejante intrusión.

—Es hora de que siga con mi trabajo —fue todo lo que dijo antes de salir por el corredor de detrás. Sophia oyó un chirrido de goznes, al que siguió un portazo que envió una corriente de aire frío que se arremolinó en la tibia cocina.

—No deseaba que nadie se fuera —se lamentó Sophia.

—No ha sido por vos —dijo la mujer mayor con firmeza—. Debía hacerlo. Ese muchacho se pasaría ahí sentado media mañana si yo se lo permitiera. Tráeme un tazón y un cazo, Kirsty, para que pueda servir a nuestra invitada.

Kirsty parecía tener más o menos la edad de Sophia, o quizá fuera un poco más joven; tenía negros cabellos rizados y grandes ojazos. Se movió, como Rory había

hecho antes, con esa rápida obediencia que no nace del temor, sino del respeto.

—Sí, señora Grant.

Sophia se sentó y tomó el caldo caliente sin decir nada, para no interrumpir a aquellas mujeres en su trabajo más de lo que ya había hecho. Notaba sus ojos fijos en ella mientras andaban atareadas con sus cosas, y se sintió aliviada cuando, al terminar, pudo apartar el tazón y darles las gracias.

La señora Grant le aseguró que no les había causado ninguna molestia.

—Pero —añadió cautelosamente— no creo que complaciera a la condesa que lo convirtierais en una costumbre.

Sophia levantó la vista, con la esperanza de que los sirvientes ya supieran qué lugar se le había asignado en la casa.

—¿Queréis decir que se espera que coma con la familia?

—Sí, claro. ¿Dónde, si no? —preguntó la señora Grant—. Estáis emparentada con la condesa.

Sophia replicó despacio:

—Pero existen muchos grados de parentesco...

La mujer la miró fijamente unos instantes, como si tratara de adivinar lo que había tras aquellas palabras, pero después levantó otro cazo por el asa y sentenció:

—No, para la condesa de Erroll no los hay.

—Parece una buena mujer.

—La mejor que he conocido. He trabajado treinta años en esta cocina, desde que tenía la edad de Kirsty, y conozco a la condesa mucho mejor que nadie. Por eso puedo deciros que no encontraréis a ninguna como ella en toda la faz de la tierra. —Su sonrisa ladeada se amplió—. ¿Creíais que iba a poneros a su servicio?

—No sabía qué pensar —respondió Sophia, reacia a revelar a una extraña todas sus ilusiones y temores. Después de todo, el pasado ya no contaba, y ¿qué les importaba a aquellas dos mujeres todo cuanto había sufrido desde que había perdido a sus padres? Sonrió al decir—: Pero ya veo que he venido a parar a un buen lugar.

De nuevo los ojos de la señora Grant la observaron fijamente unos instantes antes de asentir:

—Sí, así es. Kirsty...

La muchacha se volvió al oírla.

—A estas horas estarán echando de menos a nuestra invitada en el salón. Lo mejor será que le muestres el camino.

—Sí —dijo Kirsty—. Ahora mismo.

Sophia se puso en pie, agradecida:

—Muchas gracias por todo.

Las arrugas del rostro de la señora Grant, que al principio le habían parecido severas, ahora daban la impresión de ser las huellas de sus sonrisas.

—No tenéis que preocuparos por nada, señora. Pero recordad que ahora tenéis que desayunar en la mesa, o se darán cuenta de que os he servido a escondidas.

Pero Sophia descubrió que no tenía ninguna dificultad para comer todo lo que Kirsty servía. Los cuatro días de viaje a caballo desde Edimburgo la habían dejado hambrienta, y la excelente cocina de la señora Grant no tenía nada que envidiar a los manjares de la mesa del duque de Hamilton.

La condesa de Erroll no hizo ningún comentario que diera muestras de que le había sorprendido el retraso de Sophia; solo le preguntó amablemente si había encontrado de su gusto el aposento en el que había dormido.

—Sí, muchas gracias. He descansado muy bien.

—Es una habitación sencilla —dijo la condesa—, y hay que encender la chimenea para calentarla, pero las vistas son incomparables. Los días que haga buen tiempo fijaos en el amanecer, y ya me diréis si no es el más precioso que hayáis visto nunca.

El señor Hall, al tiempo que alargaba la mano para alcanzar el pan, dirigió a Sophia un guiño de complicidad.

—Eso tan solo ocurrirá un día al mes, querida. El Señor se ha mostrado generoso con Slains en muchos aspectos, entre los que no es el menor haber puesto al frente del castillo a una dama tan amable, pero por razones que solo Él conoce ha optado por dejar todos esos favores envueltos en la bruma y los vientos. Si lográis ver la salida del sol un par de veces antes de que llegue el verano, podréis consideraros una persona afortunada.

La condesa soltó una carcajada.

—¡Mi buen señor Hall! ¡Vais a lograr que esta pobre joven se ponga melancólica! Reconozco que vos jamás habéis tenido la oportunidad de ver Slains con buen tiempo, pero incluso aquí el sol brilla de vez en cuando.

La risa hizo que pareciera una mujer más joven. Sophia le había echado unos sesenta años, pero su rostro era firme y de agradable complexión, y tenía unos ojos claros luminosos, con la vivacidad propia de la inteligencia. Enseguida captaron que la mirada de Sophia se dirigía a los retratos colgados a cada lado de la ventana.

—Son los dos muy apuestos, ¿verdad? —dijo la condesa—. Ese es mi marido, el difunto conde. El artista lo representó con semblante severo, pero en realidad era un hombre extremadamente amable. El otro es mi hijo

Charles, que ahora es el conde de Erroll y, por nacimiento, lord gobernador de Escocia. Aunque, ¿qué gobierno se le ha dejado a Escocia —comentó secamente—, ahora que el Parlamento ha ratificado la Unión?

—Sí —asintió el señor Hall—, es una pregunta inquietante.

—Una injusticia —remachó la condesa—, que espero sea subsanada algún día.

El señor Hall miró a Sophia como lo hacía su tío cuando una discusión trataba cuestiones que no consideraba adecuadas para que las oyera ella. Cambió de conversación.

—¿Cómo le va a vuestro hijo? Lamento no haberlo visto mucho últimamente en Edimburgo. ¿Está bien?

—Muy bien, gracias, señor Hall.

—Su excelencia el duque de Hamilton me comentaba el otro día que temía que el conde de Erroll tuviera un mal concepto de él, ya que hace mucho que no lo visita.

La condesa se echó atrás en su asiento para que Kirsty pudiera retirar el plato vacío y sonrió con una cautelosa sonrisa que contenía una nota de advertencia.

—Desconozco las opiniones de mi hijo e incluso sus negocios.

—Claro, por supuesto. No decía que debierais saberlo. Lo único que comentaba es que el duque...

—Seguro que no tendréis ningún problema en preguntarle directamente a mi hijo lo que deseéis saber, ya que no deberíais fiaros de mi palabra en esta materia.

Era una amable reprimenda, que el señor Hall aceptó.

—Disculpad, señora. No pretendía ofenderos.

—No ha habido ofensa ninguna, señor Hall. —Llevó hábilmente la conversación a un terreno más seguro—.

Supongo que ahora no tendréis tanta urgencia en proseguir vuestros viajes, ¿verdad?

—No, señora.

—Me complace oírlo. Nos iría bien disfrutar de la compañía de un hombre en Slains. Este invierno hemos tenido pocas diversiones y nuestros vecinos han optado por no salir de sus tierras. Confieso que últimamente se me han hecho muy monótonos los días aquí.

—Tal vez las próximas semanas traerán algún cambio —dijo el señor Hall.

—En eso confío —respondió la condesa sonriendo. Y, volviéndose hacia Sophia para incluirla en la conversación, añadió—: Ahora ya no creo que me aburra, con una compañía tan joven y llena de vitalidad. Mucho me temo que seáis vos, querida, quien encontréis esta casa tan aburrida que deseéis dejarla.

—Puedo aseguraros que no será así —dijo Sophia. Se expresó con mayor contundencia de la que inicialmente pretendía, por lo que matizó enseguida en tono más ligero—: No estoy acostumbrada a pueblos y ciudades. Prefiero una vida más tranquila.

—Eso puedo dároslo —dijo la condesa—. Durante un tiempo, al menos. Hasta que las familias de los alrededores se enteren de que ahora vive conmigo una linda joven soltera de nuestra familia, porque me temo que a partir de entonces nos asediarán los curiosos.

Los ojos de la condesa danzaron divertidos solo de pensarlo. Sophia se lo tomó a bien y no hizo ningún comentario. No tenía ninguna expectativa de que los jóvenes locales acudieran en masa reclamando sus atenciones, porque sabía que no era una beldad sino solo una joven corriente, de ascendencia común, sin bienes ni dote que pudieran hacerla deseable para un hombre de noble cuna.

—Entonces —observó el señor Hall—, tal vez será oportuno que me quede para ayudaros a enfrentaros a ellos. —Desplazó hacia atrás su silla—. Pero ahora, si me disculpáis, debo ir a escribir una carta a su excelencia para hacerle saber mis planes. Supongo, señora, que tendréis medios para hacer que mi mensaje llegue a Edimburgo, ¿verdad?

La condesa respondió que los tenía. Tras hacer una elegante reverencia, el señor Hall las dejó, deseándoles los buenos días. La joven doncella, Kirsty, se apresuró a retirar su plato, momento que aprovechó la condesa para decirle:

—Te agradezco, Kirsty, que esta mañana hayas mostrado a la señorita Paterson el camino para llegar hasta nosotros. Fue una suerte que te encontrara.

Kirsty la miró con cara de sorpresa y dio la impresión de que callaba unos momentos como si estuviera buscando la manera de ocultar la verdad.

—No tenéis por qué dármelas, señora —dijo finalmente—. Todo lo que hice fue encontrarme con ella en el pasillo. Habría llegado hasta aquí sin mi ayuda.

La condesa sonrió.

—Puede que así fuera, pero reconozco que olvidé mis deberes como anfitriona y lo fácil que puede ser extraviarse en Slains. Y ahora, Sophia, si habéis terminado, venid conmigo y permitidme que os muestre las dependencias del castillo, para que no tengáis ya nunca el temor de perderos.

El recorrido fue largo y exhaustivo.

Al final, la condesa le mostró una pequeña estancia de la planta baja, en un rincón del castillo.

—¿Sabéis coser? —le preguntó.

—Sí, señora. ¿Hay algo que deseéis que os arregle?

La respuesta causó en la condesa una extraña reacción, porque hizo una pausa, clavó sus ojos en Sophia unos momentos y dijo:

—No, solo quería deciros que este aposento es muy adecuado para coser, pues recibe la luz del sur. Me temo que a mí no me atraen las labores de costura. Mi mente no se concentra en los trabajos que requieren detalle, tiene cierta inclinación a derivar vergonzosamente hacia otros pensamientos.

Lo dijo sonriendo, pero sin apartar sus ojos del rostro de Sophia.

La pequeña habitación era más cálida que las otras debido a sus dimensiones y también más agradable, ya que por sus ventanas entraba luz, lo que no permitía que hubiera rincones sombríos.

—Decidme, Sophia —preguntó la condesa—, ¿cuánto tiempo vivisteis con la familia de John Drummond?

—Ocho años, señora.

—¡Ocho años! —Hubo una calculada pausa—. ¿Sabéis? Yo no conocí bien a mi pariente. En Perth, hace muchos años, cuando éramos unos niños, jugamos juntos durante algún tiempo. Lo recuerdo como un chiquillo muy desagradable. Y muy dado a romper cosas. —Levantó una mano y, con gesto maternal, apartó un rizo brillante del rostro de Sophia—. Cosas que yo preferiría reparar.

Fue todo lo que dijo, y todo lo que tenía que decir acerca de John Drummond.

A medida que fueron pasando los días, Sophia se dio cuenta de que la condesa rara vez se aventuraba a hablar mal de alguien, por más que fuera una mujer de opiniones firmes, y que trataba con igual consideración y cortesía a todos los sirvientes de la casa, desde la más humilde doncella que trabajaba en el fregadero al

clérigo de apariencia solemne. Pero poco a poco, Sophia empezó a tener la sensación, basada meramente en cierto tono de voz contenido o en el vislumbre de algo más profundo en los ojos de la condesa cuando conversaban ella y el señor Hall, de que ella no compartía la admiración del clérigo por el duque de Hamilton.

Aun así, era evidente que hacía lo posible por complacer al señor Hall, puesto que habían transcurrido ya tres semanas de la llegada del clérigo a Slains, sin que nadie hablara de su partida.

Cada día seguía la misma rutina: desayunaba por la mañana; luego se retiraba en privado a su aposento, durante un tiempo que Sophia suponía que dedicaba a sus oraciones o a atender sus asuntos, y después, con independencia del tiempo que hiciera, salía a caminar por el borde de los acantilados que dominaban el mar. Sophia le envidiaba aquellos paseos. De ella se esperaba, por su condición femenina, que se mantuviera junto a los muros del castillo y no se aventurara más allá del huerto de la cocina, donde se hallaba bajo la siempre vigilante mirada de la señora Grant. Pero aquel día el cielo estaba despejado, el sol brillaba como un faro y había en todos cierto desasosiego, como el que sienten todas las criaturas en los primeros días en los que el invierno moribundo comienza a dar paso a la primavera. Por eso, cuando el señor Hall anunció que se disponía a dar su paseo, Sophia le suplicó que le permitiera ir con él, pese a sus protestas de que el camino le resultaría demasiado dificultoso.

—Voy demasiado lejos y por un terreno muy abrupto. Destrozaréis vuestros escarpines.

—Entonces me pondré los viejos. No temo el camino si vos me guiais.

La condesa la miró con expresión entre divertida y comprensiva, y después compartió la misma mirada con el señor Hall.

—Tiene una salud de hierro. Por mi parte no hay ninguna objeción en permitir que lo acompañe, siempre y cuando usted vigile que camina con precaución por los acantilados y que no se acerca demasiado al borde.

El clérigo no la llevó por los acantilados, sino tierra adentro, más allá de los campos en barbecho y de las granjas de los aparceros, donde las vacas de ojos mansos salían a mirar y chiquillos de sonrosadas mejillas atisbaban su paso a través de las puertas de las casas. A Sophia, aquello le resultó mucho más familiar que el agreste paisaje de la costa del mar del Norte; aunque esa mañana una parte de ella parecía deseosa de experimentar aquella rudeza no puso reparos cuando el señor Hall propuso que volvieran a Slains.

El cielo sobre el mar estaba casi completamente despejado y radiante hasta donde alcanzaba la vista. Y aunque el viento había rolado y ahora soplaba del sudoeste, las ráfagas sobre su cara no le parecían tan frías. También las aguas, aunque todavía coronadas por espuma blanca, habían perdido parte de su furia y alcanzaban la arena más tranquilamente, sin romper contra las rocas; las abrazaban con su espuma y retrocedían con un ritmo pausado y casi relajante.

Pero no fue el mar lo que atrajo la mirada de Sophia, sino el barco que, surcándolo, se acercó para anclar allí, con las velas amainadas y estrechamente plegadas bajo el blasón de la Cruz de San Andrés en un campo del azul de Escocia.

Sophia no había esperado ver un barco tan próximo a tierra y tan al norte, por lo que su presencia la pilló por sorpresa.

—¿Qué barco es ese? —preguntó.

Dio la impresión de que la visión del barco afectaba todavía más al señor Hall que a ella misma, porque tardó unos instantes en responder y, cuando lo hizo, su voz manifestaba una emoción extraña que a la joven le pareció tal vez decepción o disgusto.

—Es el *Royal William*. La nave del capitán Gordon.

Estuvo observándolo por espacio de más de un minuto, antes de añadir:

—Me pregunto si desea simplemente presentar sus respetos a la condesa o si se propone recalar aquí.

La respuesta los aguardaba en el salón del castillo.

El hombre que se puso en pie para presentarse era todo un caballero. Sophia calculó que tenía unos cuarenta años; se le veía elegante con su uniforme de capitán de marina, con un galón dorado en su larga casaca azul, relucientes todos los botones, una corbata blanca anudada elegantemente al cuello y peluca rizada a la última moda. Pero su actitud era firme y nada afectada, y la mirada de sus ojos azules era franca.

—Para serviros —le dijo inclinándose ante Sophia.

—El capitán Gordon —dijo la condesa— es un antiguo y apreciado amigo que nos honra con su compañía. —Se volvió hacia él—. Os echamos de menos el pasado invierno, Thomas. ¿Estabais enfermo o tal vez realizando otro viaje a las Indias?

—El *Royal William* ha pasado estos meses en los astilleros de Leith, señora. Este es nuestro primer viaje hacia el norte.

—¿Y hacia dónde os dirigís ahora?

—Me han encargado patrullar de nuevo entre las islas Órcadas y la desembocadura del Tyne, aunque no me cabe duda de que esto cambiará en cuanto tenga efecto la Unión.

—El capitán Gordon —explicó el señor Hall a Sophia — es el comodoro de nuestras fragatas escocesas militares en la costa oriental, que pronto serán absorbidas por la armada de Gran Bretaña.

—¿Y quién protegerá entonces nuestras costas de las incursiones de los corsarios? —preguntó la condesa. Pero sonreía mientras hablaba, por lo que Sophia tuvo de nuevo la sensación de encontrarse al margen de algo que los demás ya sabían. Después añadió—: Pero poneos cómodo, os lo ruego, y permitidnos disfrutar de vuestra visita.

Dicho esto, la condesa se sentó y llamó a Sophia para que tomara asiento en la butaca que tenía a su lado mientras los caballeros se apresuraban a ocupar las sillas tapizadas de cuero rojo que se hallaban más cerca de la ventana.

Sophia era consciente de que el capitán Gordon no apartaba los ojos de ella y, puesto que se sentía un poco incómoda, se adelantó a romper el silencio.

—¿Son muchos los corsarios dispuestos a atacar nuestra costa, señor?

—Sí, lo son —respondió el capitán—. Los franceses y los españoles tienen la vista puesta en los barcos escoceses.

—Y yo diría que de ese interés sacáis más provecho vos que ellos —comentó sonriendo el señor Hall—. ¿No es cierto que retenéis el botín de cualquier barco que capturáis?

—Sí —reconoció de buen grado el capitán Gordon—. Y son pocos los barcos capaces de batir al *Royal William*. Incluidos los franceses.

—¿Habéis dado con algún barco francés últimamente?

—No he avistado ninguno. Pero me han dicho que la reina Ana tiene particular interés en las naves que zarpan de Francia esta primavera. Mis superiores me han prevenido para que aumente mi vigilancia.

—¿De veras?

—Sí. —La respuesta del capitán planeó en silencio unos instantes, como si requiriera una reflexión. Pero entonces se encogió de hombros y dijo—: Aun así, no es fácil estar al mismo tiempo en todas partes. Me temo que alguien decidido a lograrlo podría pasar inadvertido.

La condesa dirigió una mirada a Sophia y después, con naturalidad, orientó la conversación hacia las noticias que traía el capitán Gordon de Edimburgo y las habladurías acerca de la Unión.

Cuando el capitán se despidió, una hora más tarde, se dirigió afectuosamente a la condesa:

—Recordad, lady Erroll, que sigo siendo vuestro más fiel amigo y servidor. Tenedlo siempre muy presente.

—Lo sé, Thomas. Id con mucho cuidado.

—No hay nada que pueda perjudicarme. —Se inclinó con una sonrisa, le besó la mano y se volvió hacia Sophia todavía sonriendo, pese a que seguía dirigiéndose a la condesa—. Podría ser que este año me vierais por aquí más a menudo. Tengo debilidad por la compañía agradable y Dios sabe que mi tripulación no es capaz de proporcionármela.

Besó con igual galantería la mano de Sophia, se despidió del señor Hall y se marchó para dirigirse al bote que lo devolvería a su barco.

—Un hombre muy gallardo, ¿no os parece? —preguntó la condesa a Sophia mientras las dos miraban a través de la ventana cómo se alejaba.

—Es muy apuesto, sí.

—Y muy leal, cosa que en estos tiempos no abunda demasiado.

A sus espaldas, el señor Hall dijo en voz alta:

—Os ruego que me excuséis, señora. Tengo correspondencia que escribir.

—Sí, por supuesto —asintió la condesa volviéndose. El clérigo se despidió y se fue tras hacer una reverencia. La condesa sonrió, fue a sentarse e hizo una señal a Sophia para que ocupara la butaca a su lado—. Ya lo veis, sin duda ahora escribirá una carta al duque de Hamilton, ya que está obligado a informar a su amo de todo. —Hizo una breve pausa y preguntó—: ¿Qué opináis de él?

—¿De quién, señora?

—Del duque de Hamilton.

Sophia no sabía qué responder.

—Fue muy amable conmigo —dijo al cabo.

—No es eso lo que os he preguntado, querida. Deseaba saber vuestra opinión acerca de su carácter. —Después, viendo que el rostro de Sophia reflejaba consternación, añadió—: ¿O acaso pensáis que la opinión de una mujer carece de valor? Porque os aseguro que yo prefiero conocer las opiniones de una mujer con respecto al carácter de una persona que las de cualquier hombre, puesto que las de una mujer son más certeras y es menos probable que estén influenciadas por las apariencias.

—Entonces, me temo que os decepcionaré, señora, porque, aunque hablamos poco, el duque me pareció una persona encantadora.

—¿De qué hablasteis?

—Me preguntó acerca de mi parentesco con vos.

—¿Eso hizo? —preguntó la condesa en ese tono de cauto interés que Sophia comenzaba a asociar con

cualquier conversación que aludiera al duque de Hamilton—. ¿Y qué más?

—Hablamos del Darién. Me dijo que fue una bendición para mí que no hubiera viajado allí con mis padres.

—Y lo fue, realmente.

—No hablamos de nada más. La entrevista duró solo un cuarto de hora, aproximadamente. No dio para más.

—Y a vos os pareció encantador.

—Sí, señora.

—Bien —concluyó la condesa—. Puedo perdonároslo.

No dio ninguna explicación acerca de esta indulgencia, ni reveló su opinión acerca del duque, pero Sophia dedujo razonablemente que, a juicio de la condesa, se había dejado engañar.

Pero no hubo ningún otro comentario al respecto.

Pasaron dos semanas; los días comenzaban a ser más largos y la inquietud que atenazaba a cuantos vivían en el castillo se hacía cada día más evidente.

—Hoy me apetecería cabalgar —dijo cierta mañana la condesa después del desayuno—. ¿Querréis acompañarme, Sophia?

—Sí, por supuesto —respondió, sorprendida.

—Creo que no hará falta que molestemos al señor Hall. Aún está ocupado —dijo sonriendo la condesa, y añadió—: Me parece que tengo un traje de montar que tal vez os sentará bien.

La habitación de la condesa era mucho más amplia que la de Sophia, y también estaba orientada al mar, aunque la vista no era tan impresionante como la de la joven puesto que en parte quedaba tapada por un muro del castillo. El lecho, ricamente tallado, tenía colgaduras de seda azul, y las sillas de la estancia así como los respaldos de los asientos estaban tapizados todos con la

misma seda azul, que se reflejaba artísticamente en el espejo de marco dorado que captaba la luz del día a través de las estrechas ventanas. El azul era claramente el color favorito de la condesa, porque el traje de montar de terciopelo que extendió en la antecámara era también azul, de un maravilloso azul oscuro como el de las aguas transparentes de un lago en otoño.

—En otro tiempo mis cabellos tenían el mismo tono que los vuestros —dijo la condesa—, y siempre pensé que este traje me favorecía mucho. Me lo trajo mi marido de Francia, donde lo eligió, según me dijo, porque hacía juego con el color de mis ojos.

—No podría ponerme algo que tiene tanto valor para vos.

—¡Tonterías, niña! Prefiero que lo utilicéis a tenerlo escondido en un rincón del armario, sin que nadie lo luzca. Además —añadió—, aunque no estuviera de luto, no existe ninguna fórmula mágica capaz de conseguir que quepa dentro de él. Vamos, tomadlo y ponéoslo para ser mi compañera de paseo.

El mozo que les llevó los caballos era Rory, el mismo joven al que Sophia había visto meciéndose en su silla y observando a Kirsty en la cocina la mañana en la que se había perdido en el castillo. Desde entonces lo había visto en varias ocasiones, pero siempre había pasado junto a ella con la mirada baja y asintiendo solo con un gesto cuando lo saludaba. «Es hombre de pocas palabras», fue la explicación que le dio Kirsty cuando Sophia le preguntó si había ofendido al muchacho de algún modo. «En cierta ocasión me contó que había tanta gente viviendo en su casa cuando era niño, que ahora solo desea un poco de paz».

De todos modos, Sophia le dio los buenos días, y Rory asintió en silencio mientras la ayudaba a montar

en la silla. Le habían dado el mismo caballo con el que había viajado hacia el norte desde Edimburgo: una yegua tranquila con una cerneja blanca y una forma característica de amusgar las orejas para captar el menor sonido o palabra.

La yegua parecía nerviosa e impaciente, como si también ella sintiera el cambio de la estación y el aumento de la temperatura del aire y estuviera ansiosa de que la soltaran. Sophia tuvo que sujetar con firmeza las riendas una vez estuvieron en el camino, para que se mantuviera al paso. Cuando el animal se inclinó levemente hacia un lado en una maniobra que casi hizo que chocaran contra la condesa y su montura, Sophia se disculpó:

—Mi caballo tiene ganas de correr.

—El mío también —dijo la condesa, sonriendo. Y, mirando a Sophia, añadió—: ¿Les dejamos seguir su instinto?

Fue tan maravillosa la sensación de correr libre por el camino, con el viento a su espalda, el sol de cara y el sentimiento de aventura ante ella, que Sophia deseó que se prolongara indefinidamente. Pero al final la condesa tiró de las riendas de su caballo y lo hizo volver grupas. Sophia la imitó, a su pesar.

Sin embargo, el caballo de la joven se negó a aflojar el paso y, antes de que Sophia pudiera adivinar la intención de la yegua, se encabritó. Sophia tiró de las riendas con fuerza, pero el animal no respondió; solo le dio la opción de aferrarse a su montura lo mejor que pudo, mientras veía con temor cómo la yegua se salía del camino y corría en dirección al mar. Hacia los acantilados.

Cuando ya creía que debía soltar las riendas y los estribos y saltar de la silla para salvar su vida, la yegua,

de repente, giró sobre sí misma y cambió de dirección; ya no iba hacia el mar, sino siguiendo la línea de los acantilados. A cada ruidosa batida del galope del animal, los poderosos muros de Slains, que se alzaban al borde de la costa, parecían hallarse más cerca.

«Tengo que pararla», pensó Sophia. Porque, de no hacerlo, la yegua podría tomar el camino equivocado para rodear aquellos muros y caer por el precipicio. Tirando de las riendas con todas sus fuerzas, gritó al animal, que amusgó las orejas y se detuvo inesperadamente en un terreno resbaladizo, lanzando a Sophia por el aire.

La joven tuvo la vaga conciencia de que el cielo y el suelo habían intercambiado sus posiciones antes de que este último se precipitara sobre ella con lacerante fuerza y le cortara la respiración.

Un pájaro marino la sobrevoló, observándola con curiosidad.

Sophia lo estaba mirando cuando oyó que la voz de un hombre, imponiéndose al zumbido de sus oídos, preguntaba:

—¿Estáis herida?

No estaba segura. Intentó moverse y vio que sus miembros obedecían, así que respondió:

—No.

Unas manos fuertes se deslizaron por debajo de ella y la ayudaron a sentarse. Se volvió para ver mejor a aquel hombre y se dio cuenta de que no era ningún extraño.

—¡Capitán Gordon! —exclamó, a la vez que se preguntaba si tal vez sus sentidos habrían sufrido daños más graves de lo que creía.

Pero él parecía real y sonrió complacido cuando ella mencionó su nombre.

—Sí —respondió—, tengo la mala costumbre de aparecer cuando no se me espera, y es una suerte para vos que lo haya hecho ahora.

El ruido de cascos de un caballo los interrumpió cuando la condesa consiguió finalmente alcanzarlos.

—Sophia... —empezó. Y después exclamó—: ¡Thomas! ¡Dios bendito! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Por la gracia de Dios, señora —dijo el capitán, arrodillado aún junto a Sophia—. Me ha enviado, se diría, para salvar a vuestra joven pupila de un grave accidente, aunque debo reconocer que no he hecho más que ayudarla a incorporarse. —Y añadió con una sonrisa —: ¿Acaso mi señora se ha aficionado ahora a las carreras? Tal vez debería deciros que, a vuestra edad, no me parece prudente.

La expresión preocupada del semblante de la condesa se esfumó.

—Sois un impertinente —replicó sonriendo. Luego preguntó a Sophia—: ¿De verdad estáis bien?

Sophia respondió que así era, y se puso en pie para demostrarlo. Sin embargo, vacilaba, por lo que agradeció que la firme mano del capitán Gordon la sujetara por el codo.

Él miró a la yegua, que ahora estaba tranquila e inmóvil a unos pasos de distancia.

—No parece una montura tan peligrosa ahora. ¿Querréis probar de nuevo si me coloco junto a su cabeza?

No dijo nada más, pero la joven era consciente de que tenía una buena razón para instarla a montar de nuevo a caballo. Solo en otra ocasión, cuando era niña, había sufrido una gran caída como esta, y recordaba aún a su padre ayudándola a montar el poni que acababa de

derribarla, mientras le decía: «No dejes pasar ni un momento antes de montar otra vez a la silla, o perderás toda tu confianza».

Por eso cuando se acercó valientemente a la yegua, que esperaba inmóvil, y permitió que el capitán Gordon la ayudara a subirse a la silla vio en sus ojos una mirada de aprobación.

—Y ahora —dijo el capitán mientras sujetaba la brida —, si me lo permitís, regresaremos al castillo a un paso más lento.

La condesa cabalgaba junto a ellos en su dócil capón.

—Sinceramente, Thomas, ¿a qué se debe vuestra llegada a Slains? —preguntó—. No teníamos noticia de vuestra visita.

—No envié ninguna. Ignoraba si sería posible tocar tierra aquí. Estamos de vuelta de las Órcadas y debemos continuar nuestra patrulla; pero como los vientos nos han sido extremadamente favorables, he decidido que podíamos anclar unas pocas horas aquí sin que ello nos retrasara.

—¿No habéis tenido problemas con los corsarios?

—Ninguno, señora. Ha sido un viaje terriblemente aburrido, frustrante, incluso para mi joven colega, el capitán Hamilton, que navega conmigo. Él está deseando combatir con algún barco francés y apenas puedo contener su afán de salir a mar abierto en busca de alguno.

La condesa sonrió levemente al oírlo, pero se quedó pensativa.

—Reconozco que me había olvidado de vuestro capitán Hamilton —dijo.

—Lo sé. Pero yo no. —Su mirada de soslayo inspiraba seguridad—. No os inquietéis. Lo tengo todo controlado.

Sophia pensó que sus palabras explicaban perfectamente su carácter. De hecho, parecía gustarle asumir la responsabilidad. Al minuto de haber llegado a Slains, ya había enviado la yegua a Rory para que la atendiera y viera si había sufrido alguna lesión; Kirsty había sido llamada con igual propósito para asistir a Sophia, mientras el capitán y la condesa esperaban abajo, en el salón.

—No estoy herida —aseguró Sophia al ver llegar a Kirsty cargada con una jofaina y paños limpios—. De verdad que no necesito ninguna ayuda.

—Son órdenes del capitán Gordon —replicó Kirsty, rehuyendo gustosamente cualquier responsabilidad—. ¡Oh, mirad cuánto barro!

—Me temo que he destrozado el precioso traje de montar de la condesa.

—Bueno, digamos que no le habéis hecho ningún bien. Y tampoco a vos misma. Fijaos en vuestra espalda: tenéis grandes magulladuras. ¿No os duelen?

—Solo un poco —respondió Sophia, aunque hizo una mueca cuando Kirsty las tocó.

—Por la mañana estaréis toda dolorida. Iré a pedirle a la señora Grant que os prepare algún emplasto para reducir la hinchazón. Aunque no me sorprendería que el capitán Gordon ya se lo hubiera encargado. —Kirsty hizo una pausa, como reflexionando; lo cual hizo pensar a Sophia que, al igual que ella, la muchacha no estaba segura de cuáles eran los límites de aquella nueva amistad, por mucho que ella deseara tenerla. Finalmente, Kirsty se decidió—: Debéis de sentiros muy complacida de que un hombre como el capitán Gordon se interese por vos.

—¿Que se interese? Oh, no. Estoy segura de que solo trata de mostrarse amable —replicó Sophia. Luego, al

advertir la mirada de Kirsty, añadió—: Debe de andar por los cuarenta, y seguro que ya tiene esposa.

—Una esposa rara vez impide a un hombre así buscar donde le place.

Sophia notó que el rubor comenzaba a encender sus mejillas.

—Estás muy equivocada —protestó.

—Si eso es lo que creéis... —dijo Kirsty mientras recogía las ropas manchadas de barro. Pero estaba sonriendo, y su sonrisa se amplió al ver que Sophia elegía el vestido más sencillo y menos favorecedor que tenía para ponérselo y bajar a la sala.

No era que a Sophia el capitán le pareciera un hombre poco atractivo, pero no quería conquistar su admiración de aquella manera; por ello la tranquilizó ver que apenas se fijaba en ella cuando se reunió con los demás en el salón.

Él estaba de pie y hablaba con el señor Hall.

—¿Estáis seguro de que queréis partir? Los vientos arrecian estos días.

—No puedo quedarme. Su excelencia, el duque de Hamilton, me ha enviado aviso de que me necesita urgentemente en Edimburgo.

—Entonces, será un placer para mí llevaros a Leith. Pero tenemos que zarpar dentro de una hora. ¿Estaréis listo?

—Lo estaré, capitán —dijo, y se volvió hacia la condesa—. Y a vos, mi señora, os doy las gracias por vuestra amabilidad al haber permitido que me quedara aquí todo este tiempo. De no ser por el tono apremiante del reciente mensaje de su excelencia, el duque, temo que nunca os habríais librado de mí.

—Mi buen señor Hall, vos sabéis que sois bien recibido en Slains, ahora y siempre. Os deseo un feliz

viaje de regreso al hogar.

El clérigo aceptó con un gesto la bendición de la condesa.

—¿Hay algún mensaje que queráis enviar al duque? —preguntó.

—Ninguno, salvo que le deseo que se encuentre bien de salud y que tendré mucho gusto en hablar en su favor a mi hijo, el lord gobernador, si desea en algún momento que lo haga.

El clérigo inclinó nuevamente la cabeza, y dijo a Sophia:

—Os deseo toda clase de bienes, querida. Rezaré por vos.

Después los dejó, presumiblemente para ir a recoger sus pertenencias.

El capitán Gordon se quedó unos minutos más y tomó asiento para hablar de cosas intrascendentes, pero estaba claro que él también deseaba irse. Al final se puso en pie y se despidió de las dos.

—Tendré que ir a Tynemouth, después de Leith —informó a la condesa—. No pasarán menos de catorce días antes de que vuelva hacia el norte, pero estad segura de que os anunciaré adecuadamente mi llegada.

—Os lo agradezco, Thomas. Nos será de muchísima ayuda saberlo.

—Señorita Paterson... —dijo, a la vez que rozaba la mano de la joven con sus labios sonrientes. Sin embargo, cuando se irguió, Sophia observó con consternación que Kirsty estaba en lo cierto, puesto que los ojos del capitán mostraban algo más que un amistoso interés—. Confío que durante mi ausencia no emprendáis más aventuras peligrosas. Por más que apostaría a que no tardaréis mucho en encontrar demasiado difícil evitarlas.

Sophia murmuró una cortés pero breve respuesta, porque no deseaba detenerlo. No fue hasta más tarde, al dejar de ver en el horizonte las velas del *Royal William*, cuando lamentó vivamente no haberle pedido que le explicara el sentido de aquellas palabras finales. Porque a sus oídos sonaban ahora más bien como una advertencia.

5

Jane, mi agente, dejó a un lado la última página y dobló las piernas bajo el cuerpo en la butaca de la salita de mi casa.

—¿Y has escrito todo esto en solo dos días? Debe de haber una treintena de páginas.

—Treinta y una —puntualicé, al tiempo que arrastraba por la habitación una silla de madera para subirme a ella y depositar más monedas en el contador negro de electricidad.

—No recuerdo que escribieras tan deprisa antes.

—Eso es porque nunca lo he hecho. Ya sé que suena maravilloso, pero es que realmente lo es. Es como si me hubiera convertido en un cauce. Las palabras llegan por sí solas a mi cabeza y fluyen hasta salir por mis dedos. ¡Me resulta tan fácil darles voz! Me alegro de que me aconsejaras que la narradora fuese una mujer.

—Bueno, sí —dijo secamente—. Como ves, te sirvo de algo. —Agitó de nuevo las páginas, como si, al igual que a mí, le costara creer que estuvieran allí—. A este ritmo acabarás el libro en un mes.

—Oh, lo dudo. —Me tambaleé un poco encima de la silla y tuve que agarrarme a la jamba de la puerta para mantener el equilibrio—. Lo normal es que escriba más lentamente cuando voy por la mitad. Es lo que suele pasar. Además, este nuevo enfoque me está llevando a líneas de trama que jamás había explorado. He dedicado la mayor parte del tiempo a leer desde el punto de vista francés y de Nathaniel Hooke, para saber qué lo condujo a París. Naturalmente, sé algo de lo que sucedía en Edimburgo entre los jacobitas. Pero,

aparte de lo que escribió Hooke, no sé casi nada de Slains y de las cosas que ocurrieron allí. Tendré que hacer averiguaciones.

—Me gusta tu capitán Gordon —decidió Jane—. Es un excelente personaje para complicar la trama. ¿Lo has tomado de la realidad?

—Sí. Fue una suerte que lo recordara. —Las monedas cayeron una a una en el contador, y la fina aguja que había comenzado a apuntar hacia la señal de «vacío» se desplazó con reticentes sacudidas hacia la de «lleno»—. Es curioso cómo se te graban en la memoria algunas cosas. El capitán Gordon aparece mencionado un par de veces en los papeles de Nathaniel Hooke. No con detalle, puesto que Hooke ni siquiera hace constar su nombre de pila, pero yo diría que le causó buena impresión, puesto que lo recordaba.

Jane me miraba con curiosidad.

—Entonces, ¿por qué lo has llamado Thomas? Creía que tenías ideas muy firmes acerca de respetar el nombre de los personajes históricos y que eras partidaria de no hacer conjeturas.

Tenía razón. Normalmente prefería dejar en blanco el nombre de pila del personaje hasta que tenía la posibilidad de cotejarlo, pero en esta ocasión no había ocurrido así.

—Quiso ser Thomas —fue la única explicación que se me ocurrió —, y yo lo consentí. Siempre podré cambiarle el nombre más adelante, cuando averigüe cómo se llamaba en realidad.

El nombre de su barco, el *Royal William*, también era fruto de mi imaginación; pero sabía que sería sencillo arreglarlo. La armada británica conserva excelentes registros y con seguridad figuraría mencionado en algún lugar.

—Por cierto —dijo Jane—, cuando te pongas en ello, tendrás que cambiar el nombre de su joven colega: el capitán Hamilton. Ya tienes un duque de Hamilton. No puedes poner otro Hamilton, si no quieres confundir a los lectores.

—Vaya. No me había dado cuenta. —Era una mala costumbre mía tener debilidad por algunos nombres. En uno de mis primeros libros casi hice que hubiera dos «Jack» mezclándose el uno con el otro. Jane también había advertido aquel error en el último

momento—. Gracias —le dije, y comencé a buscar mi cuaderno de notas para anotarlo y no olvidarlo.

Ese cuaderno era la única forma que tenía de mantenerlo todo bien organizado. Antes solía ir con los bolsillos llenos de notas y pedazos de papel garabateados. Ahora escribía todas mis ideas acerca de los personajes y la trama en las páginas de un gastado cuaderno de anillas, en el que conservaba asimismo páginas fotocopiadas de los libros que había utilizado para investigar y de los mapas y líneas cronológicas a los que me referiría, mientras cobraba forma mi relato. Para ello me había inspirado en la forma como mi padre llevaba las carpetas de la historia de nuestra familia, cuidadosamente registradas y divididas de manera que satisficiera su idea del orden. Él había trabajado de ingeniero toda la vida, construyendo cosas, y su necesidad de combatir el caos con la pura lógica solo era comparable con su afán de crear superficies perfectamente lisas.

Eso intentaba yo. Hojeé mi cuaderno hasta encontrar la sección titulada «Datos que comprobar», y añadí allí los nombres del capitán Gordon y su barco, así como el del capitán Hamilton.

—Pero ¿te ha parecido bien? —pregunté.

—Me encanta. Es estupendo. Pero no hace falta que yo te lo diga —respondió Jane sonriendo, como un padre consintiendo a un chiquillo—. La verdad es que sois de lo que no hay los escritores; ¡siempre con vuestras inseguridades! ¡Pero si tú misma decías que tenías la sensación de estar creando algo maravilloso!

—Dije que era maravillosa la sensación de escribirlo. Lo que no significa que el resultado fuera bueno.

—Vamos. Tú sabes que lo es.

—De acuerdo —asentí—. A mí también me parece estupendo. Pero, aun así, es agradable oírselo decir a otra persona.

—¡Insegura! —repitió Jane.

—No puedo evitarlo. —Era algo que iba con el trabajo, con todas esas horas pasadas a solas con un montón de hojas de papel en blanco que tenían que transformarse en un libro. A veces me sentía

como la niña de aquel cuento de hadas, *Rumplelstiltskin*, encerrada y obligada a hilar la paja para convertirla en oro—. Jamás estoy segura de lograrlo —reconocí.

—Pero lo haces siempre, y brillantemente —observó Jane.

—Bueno, te agradezco que así lo creas.

—Te has ganado un descanso. Podría llevarte a almorzar.

—Me parece muy bien, pero no hace falta que salgamos de casa. Puedo prepararte un bocadillo.

Jane miró a su alrededor.

—¿De qué? —preguntó.

Hasta que lo vi con mis propios ojos no caí en la cuenta que había agotado prácticamente todos los comestibles que Jimmy Keith había almacenado en mi cocina. Todo lo que quedaba eran tres rebanadas de pan y un huevo.

—Oh —dije—, me parece que tendría que comprar alguna cosa.

—Podemos hacerlo —dijo Jane— cuando volvamos de almorzar.

Sin embargo, tras el almuerzo me las arreglé para convencerla de subir paseando hasta Slains. En esta ocasión salimos del pueblo por el sendero que arrancaba de la calle Mayor. Este nos llevó a través de un bosque de enmarañados árboles que se extendía por detrás de Ward Hill, donde había un tranquilo arroyuelo que bajaba hasta el mar a través de un barranco. El sendero cruzaba el cauce por un puente y después trepaba por la colina del otro lado; al salir, por encima del nivel de los árboles, dejaba de ser un tosco camino entre la maleza para transformarse en un acantilado en toda regla. Otra curva más y nos encontramos en lo alto, con el mar bajo nuestros pies a gran distancia, y Slains a la vista. El sendero allí no era difícil, como suele ocurrir con los senderos de la costa, pero sí resbaladizo en algunos puntos, tanto que en un par de ocasiones Jane perdió pie cerca del borde.

—Ni se te ocurra venir aquí tú sola —dijo rotundamente.

—Me parece estar oyendo a mi madre.

—Porque tu madre es una mujer sensata. Vamos, piénsalo bien, ¿quieres? ¿A qué loco se le ocurriría construir su casa al borde de un

acantilado?

—A un loco que busca un lugar con buenas defensas.

—Pero aquí no existen esas defensas. ¿O sí? Si tus enemigos vinieran por tierra, estarías atrapada. No tendrías adónde ir.

Miró de nuevo a lo lejos, hacia el mar encrespado que se estrellaba contra las rocas allá abajo, y pude ver que aquello la afectaba. No me había esperado que tuviera vértigo. Después de todo, Jane había volado con Alan, y ambos tenían fama de hacer algunas locuras en sus vacaciones, como practicar la espeleología y el paracaidismo en el Amazonas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien —respondió, pero no volvió a mirar abajo.

Yo, en cambio, me sentía en mi elemento. Me encantaba el sonido del mar y la sensación fresca del viento en mi cara; mis pies se asentaban con firmeza en el sendero, como si estuvieran completamente seguros del camino.

No había otras pisadas aparte de las nuestras, ni huellas de un perro en los lugares blandos y embarrados. No me sorprendió, puesto que no había ninguna razón para pensar que el hombre con el que me había encontrado el primer día en el aparcamiento y al que le había pedido orientación fuera a volver al castillo todos los días o se pasara las horas allí. Incluso podía ser alguien que no viviera en la localidad. No lo había visto por el pueblo, y eso que lo había estado buscando, aunque solo fuera porque me había gustado su sonrisa.

Lo busqué también en ese momento pero, al ver que no estaba allí arriba, me esforcé en no manifestar mi decepción. A Jane no se le escapaba casi nada, y siempre había sido rápida cosiéndome a preguntas cada vez que me interesaba por un hombre. Después de todo, en esta ocasión no había nada que contar. Solo había visto a aquel hombre una vez, y ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Aun así, Jane me preguntó:

—¿A qué ha venido ese suspiro?

—¿He suspirado?

—Sí, y con sentimiento.

—Bueno, mira esto. —Extendí los brazos como para abarcar todo el paisaje—. ¡Es una vista tan maravillosa!

Esa tarde, las ruinas parecían mucho más solitarias, ya que éramos las únicas visitantes. El viento rodeaba los altos muros de granito rosado y nos seguía mientras caminábamos sobre las losas de lo que en otra época fueron corredores y donde ahora crecía hierba.

Yo había querido verlo para, a partir de lo que aún quedaba de él, poder trazar un plano de la planta, y Jane, recuperado ya el equilibrio ahora que estábamos algo más alejadas del precipicio, estaba deseando sumarse a mi juego.

—Creo que esto tal vez era la cocina —dijo—. Aquí hay un trozo del cañón de la chimenea. Mira el tamaño que debía de tener ese hogar.

—No sé. —Me adentré un poco más—. Para mí que la cocina debía de estar por el otro lado, cerca de las cuadras.

—¿Y qué te hace pensar que eso eran las cuadras?

No estaba convencida y me di cuenta de que yo misma estaba dejando que la casa que había imaginado la noche anterior, cuando había escrito las escenas de Sophia en Slains, estableciera mi juicio acerca de dónde debían de hallarse las cosas. En aquel extremo de la casa, no había nada que indicara el uso al que habían estado destinadas las habitaciones; eran meros espacios rectangulares sin techo, con muros que se desmoronaban. Aun así, pasé algunos minutos dando vueltas por allí, jugando a encajar mis habitaciones imaginadas con las que me mostraba la realidad.

Pensé que el dormitorio de Sophia podría hallarse en aquella alta torre de planta cuadrada que se alzaba, orgullosa, en un ángulo de la fachada del castillo, justo encima del acantilado. No logré ver ningún camino que condujera a ella, pero mi imaginación podía representarse los detalles del interior e imaginar las vistas que debía de tener. Y allí abajo, al final de aquel largo pasillo lleno de puertas, estarían el comedor del castillo y esa otra estancia, me dije mientras

pasaba por debajo de un estrecho arco, de apuntadas paredes que tanto me había llamado la atención en mi primera visita. Allí era desde donde había visto las huellas del hombre y del perro, y cuyo abierto ventanal ofrecía una espléndida vista del mar; debía de ser el salón. Bueno, el piso inferior al del salón, en realidad, puesto que ahora nos encontrábamos en lo que debió de ser la planta baja del edificio; la ausencia del suelo de las habitaciones principales nos permitía ver la disposición de las plantas superiores y, en concreto, el gran ventanal de la sala que veía más arriba en el muro. Desde allí, una persona que hubiera estado mirando hacia el este, habría podido seguir con la vista el brillante reflejo de la luz sobre las olas hasta el horizonte.

Era lo que yo estaba haciendo cuando Jane se acercó para unir su mirada a la mía.

—¿Qué hay? —preguntó.

Yo me volví sin comprender:

—¿Perdón?

—¿Qué es lo que encuentras tan interesante?

—Oh, nada. Solo miraba. —Pero volví la cabeza de nuevo para seguir contemplando unos instantes la línea en la que el mar se encontraba con el cielo, como si necesitara asegurarme, ahora que lo decía Jane, de que allí no había nada.

Jane se marchó en cuanto dieron las dos, y yo me dirigí a Cruden Bay a comprar algunas cosas para la cena. Nunca me ha gustado hacer las compras en los supermercados modernos, porque se pierde mucho tiempo buscando las cosas; por eso me encantó encontrar una tiendecita en una esquina de la calle Mayor. No era mucho lo que necesitaba; solo manzanas, una chuleta de cerdo y otra hogaza de pan. El tendero era un hombre amable y, como mi rostro no le resultó familiar, me preguntó de dónde venía. Estábamos enzarzados en una charla sobre Canadá y el hockey, cuando la puerta se abrió de par en par y el viento nos trajo a Jimmy Keith.

—¡Hola, hola! —Parecía feliz—. He estado buscándola.

—¿De veras? —pregunté.

—Sí. Ayer estuve en el hotel Saint Olaf, y encontré a un tipo que podría ayudarla con su libro. Le he hecho una pequeña lista.

Su «pequeña lista» incluía por lo menos media docena de nombres. Los leyó y me dijo quién era cada uno, aunque no fui capaz de recordarlos de memoria. Al final, no estaba segura de si era el maestro o el fontanero el que se había ofrecido a ser mi guía por la zona. Pero sí me fijé en uno de los nombres.

—El doctor Weir —dijo Jimmy en último término— es particularmente interesante para la historia local. Es un gran tipo. Siempre ha luchado por salvar Slains. Estará en casa esta noche, por si quiere usted darse una vuelta por allí y hablar con él.

—Me encantaría hacerlo. Gracias, Jimmy.

—Tiene una casa arriba, en Castle Wood. Le indicaré el camino; no le será difícil encontrarlo.

Salí después de cenar. Ya era de noche, y en el camino que iba desde mi casa a la carretera me asaltó de nuevo una extraña y molesta sensación de intranquilidad, aunque no había nada ni nadie que me amenazara. Me sacudí de encima ese temor e hice que mis piernas se movieran con mayor rapidez, pero me siguió, como una fuerza invisible que me perseguía hasta la carretera y se retiraba después a la oscuridad, a esperar, sabiendo que tendría otra oportunidad, esa misma noche, cuando volviera a casa.

6

Castle Wood no se hallaba lejos del Kilmarnock Arms. Yo había pasado por allí la primera vez que me dirigía en mi coche a casa de Jane, y a la luz del día me había parecido un lugar apacible, pero en la oscuridad de la noche era diferente; di gracias por poder pasar por el lado interior de la carretera. Había bandadas de grajos que volaban ruidosamente por encima de las copas de los árboles y sus ásperos graznidos me ponían nerviosa. Incluso los árboles, altos y con extrañas y nudosas ramas, parecían retorcerse y componer figuras fantasmagóricas, como los de los bosques que ocultaban al lobo y a las brujas en las ilustraciones de mi viejo libro de *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.

La casa del doctor Weir resultó ser una visión tranquilizadora: una casita de una sola planta, limpia, con campanillas que el viento hacía sonar colgadas junto a la puerta y una familia de figuras de gnomos que atisbaban desde el cuidado jardín delantero.

Estaba claro que me esperaba. Apenas había llamado a la puerta cuando esta se abrió. El doctor Weir tenía también cierto aspecto de gnomo; de baja estatura y cara de luna, con anticuadas gafas redondas. Me resultó imposible calcular su edad. Sus cabellos eran canosos, pero su tez tersa poseía un saludable tono rubicundo y los ojos que miraban desde detrás de las lentes eran claros y agudos. Jimmy ya me había dicho que se trataba de un cirujano recientemente jubilado.

—Pase, pase usted —invitó.

Tomó mi abrigo, lo sacudió para evitar que calara la humedad y lo colgó cuidadosamente en el antiguo perchero con espejo del recibidor. En cada detalle de la entrada se apreciaba buen gusto y amor por las antigüedades. No había exceso de objetos, pero las descoloridas láminas que colgaban de las paredes, la alfombra persa del suelo y la suave luz de los apliques antiguos de cristal que había en las esquinas prestaban a aquel espacio un acogedor ambiente de estabilidad.

Aquella atmósfera era todavía más acusada en el pequeño y bien iluminado estudio al que me llevó. Una de las paredes estaba revestida de librerías con puerta de cristal, desde el suelo hasta el techo. Los estantes se hallaban repletos de volúmenes antiguos y nuevos, encuadernados en rústica o en tapa dura. Donde faltaba espacio para colocar bien un libro en el estante, lo había dejado horizontalmente sobre la hilera con otros apilados encima de él, por lo que había libros encajados en todos los huecos de la estantería. El efecto que tuvo en mí fue el mismo que podía tener para una niña de seis años la visión de una tienda de juguetes.

Pero, puesto que no quería parecer una chiquilla de seis años, contuve mi entusiasmo y le dejé que me presentara a su esposa, que había permanecido sentada en una de las dos sillas con tapicería de chintz estampada con motivos florales brillantes que flanqueaban la mesita redonda situada en la estrecha pared del fondo. Detrás de ellas se hallaba la única ventana de la estancia, sobre la que estaba corrida una cortina a rayas verticales de apretados pliegues, que ocultaba la oscuridad exterior y mantenía dentro el calor y la luz de las lámparas de lectura. Un sillón orejero de cuero, con una mesita con artículos de fumador al lado, completaba el mobiliario de la habitación; en la pared enfrente de las estanterías había diversas marinas y grabados náuticos que reflejaban la luz en sus marcos acristalados.

La mujer del doctor, Elsie, era de pequeña estatura como él y tenía los cabellos canosos, pero sus formas no eran redondeadas

como las de su marido. Se parecía más a un hada que a un gnomo, pensé. Sus ojos azules parecían danzar.

—Estábamos a punto de tomar nuestro whisky de la tarde —dijo —. ¿Quiere acompañarnos? ¿O prefiere, tal vez, una taza de té?

Respondí que el whisky me iría de perlas.

Puesto que el sillón orejero era, evidentemente, el del doctor, me senté en la otra silla tapizada de chintz, con uno de mis hombros formando un ángulo hacia las librerías y el otro hacia las cortinas de la ventana, y con la mesita redonda entre Elsie Weir y yo.

El doctor Weir se ausentó un momento, y volvió con tres grandes vasos de cristal tallado, cada uno de ellos lleno hasta un tercio de su capacidad con un whisky de rica tonalidad ambarina. Me tendió uno de ellos.

—Jimmy decía que es usted escritora. De novela histórica, ¿es así?

—En efecto.

—Me avergüenza confesarle que no reconocí su apellido.

—Muy propio de un hombre —intervino Elsie sonriendo—. Jamás elige un libro cuya autora sea una mujer. Da siempre por sentado que terminará con un beso.

—Bueno, los míos suelen acabar así —reconocí. Tomé un sorbo de whisky y dejé que la sensación de calor trazara un camino hacia mi estómago. Me encantaba el sabor puro de un whisky escocés de malta, pero tenía que beberlo a tragos cortos y medidos, para evitar que me hiciera efecto enseguida—. La novela en la que estoy trabajando ahora tiene que ver con los franceses y los jacobitas que intentaron traer a Escocia a Jacobo VIII en 1708.

—¿De verdad? —El doctor enarcó las cejas—. Se trata de una pequeña escaramuza poco conocida. ¿Qué la llevó a elegirla?

No estaba muy segura de ello. Las ideas para mis novelas jamás se me ofrecían con la inmediatez de una descarga eléctrica; se iban formando por etapas, como una bola de nieve que va creciendo, con elementos acumulados aquí y elementos arrancados allá, hasta que el todo quedaba redondo y perfecto. Pero, cuando este proceso

había concluido, me resultaba imposible precisar la forma del primer puñado de nieve que había recogido, de la primera idea que lo había puesto en marcha.

Traté de recordar qué era lo que había iniciado este.

Había estado trabajando en mi último libro, ambientado en España, y, puesto que necesitaba averiguar algunos detalles menores acerca de los hospitales del siglo XVIII, había ido a buscarlos en las memorias de un médico que había vivido en Francia más o menos por la misma época que me interesaba. Aquel médico había sido cirujano de Luis XIV, el Rey Sol, y estaba tan orgulloso de ello que había escrito varias páginas sobre su experiencia, redactadas con todo detalle. Lo cual me llevó a interesarme por Luis XIV.

Había empezado a leer acerca de él y de su corte, y de todas sus idas y venidas. Por placer, más que nada. Una noche, encendí el televisor para ver las noticias y, por error, sintonicé un canal equivocado. Estaban dando una vieja película —Errol Flynn en *El capitán Blood*— y, puesto que siempre he tenido debilidad por Errol Flynn, olvidé las noticias y me quedé viendo la película, disfrutando con los duelos con espada, los amores y las aventuras, y con ese momento, hacia el final, en el que se encarama al castillo de proa de su barco y dice a sus compañeros piratas que podrán volver a Inglaterra, ahora que el miserable rey Jacobo ha huido a Francia y reina en el país el buen rey Guillermo.

Aquello me hizo pensar, perezosamente, en la mala suerte que habían tenido los reyes Estuardo, el rey Jacobo en particular, y en lo duro que debió de ser para él perder la corona, renunciar al trono y verse obligado a vivir en el exilio.

Pensando en ello, apagué el televisor y abrí el libro que estaba leyendo: una biografía de Luis XIV. Justo en la página en la que lo había dejado se aludía al palacio de Saint-Germain, que el rey Luis había cedido a los reyes Estuardo en el exilio para que pudieran mantener en él una corte real. Intrigada, comencé a leer sobre todos los nobles escoceses que entraban y salían de Saint-Germain y las conspiraciones que llevaron a cabo. Y lo encontré fascinante.

Poco después di con los papeles escritos por Nathaniel Hooke, conocí sus sueños de una rebelión, y…

Me daba cuenta ya de que era una explicación un poco enrevesada y que la mayoría de las personas que me preguntaban de dónde había sacado mis ideas querían una respuesta más breve, por eso respondí al doctor Weir que había elegido la rebelión de 1708 simplemente porque «me caía bien Nathaniel Hooke».

—Ah, Hooke —asintió el doctor—. Un personaje interesante, sin duda. Aunque en realidad era irlandés, no escocés. ¿Sabía usted eso? Sí, vino a Slains en dos ocasiones, creo. La primera en 1705, con objeto de obtener el apoyo de los nobles para su plan de restaurar al joven rey, y la segunda en 1707, para ponerlo todo en marcha.

—Yo me centro únicamente en la segunda visita. Y en su intento de llevar a cabo la invasión en el siguiente invierno. —Me recosté en la silla, tomé cautelosamente otro sorbo de whisky y conté que, puesto que había empezado a escribir mi libro desde el punto de vista francés, ahora necesitaba cubrir algunas lagunas en mis conocimientos acerca de Slains—. Jimmy me dijo que usted sabía un montón de cosas acerca del castillo.

—Así es, en efecto.

—Es su tema favorito —comentó Elsie con una cariñosa e indulgente sonrisa—. Confío en que no tenga usted ninguna otra cosa que hacer esta noche.

El doctor Weir no le prestó atención y preguntó:

—¿Qué es, concretamente, lo que necesita saber?

—Cualquier cosa que pueda decirme. —Había aprendido, a lo largo de años de investigación, a no poner restricciones a las cosas que me contaba la gente y, aunque probablemente trataría cuestiones sobre las que yo ya había leído, aprendería más de él si me limitaba a dejarle hablar y mantenía la boca cerrada.

Empezó con la historia de los Hay, los condes de Erroll, que habían construido Slains.

—Se trata de una antigua y noble familia. Corre una leyenda acerca de ellos que tal vez conozca. Cuenta que, en los viejos tiempos, un antepasado suyo estaba arando la tierra con sus dos hijos, cerca de un campo de batalla en el que los daneses estaban destrozando a las tropas escocesas. Según dice la leyenda, cuando una de las líneas escocesas comenzó a batirse en retirada, aquel granjero, que era un hombre fuerte y dotado de poderosos brazos, agarró el yugo al que estaban uncidos sus bueyes para emplearlo como arma, llamó a sus hijos y, entre los tres, reunieron a los soldados escoceses para que volvieran a la batalla, reagruparon sus líneas y, finalmente, consiguieron derrotar a los daneses. El rey llevó al granjero y a sus hijos a Perth, soltó un halcón desde Kinnoull Hill y les concedió el señorío de todas las tierras que sobrevolara. El ave voló hasta una peña que aún se llama Hawk's Stone, la Piedra del Halcón, en la parroquia de St. Madoes, con lo que al granjero se le otorgaron algunas de las tierras más fértiles al norte del Tay, y se convirtió en un hombre muy rico.

»Se trata de una simple leyenda, recuerde, y no hay ningún escrito que pueda corroborarla, pero hasta hoy los descendientes de los Hay llevan en su escudo de armas el halcón del rey y el yugo de los bueyes, así como tres escudos manchados de sangre; uno por cada uno de ellos: el valiente granjero y sus dos hijos. La divisa de la familia, traducida, significa "guardad el yugo", o eso es lo que se cree, al menos.

Hizo una pausa porque se había dado cuenta de que yo había sacado mi cuaderno de notas y estaba escribiendo la leyenda, y quiso darme tiempo para que acabara.

—¿Lo ha anotado todo? —preguntó—. Bien. Intentaré ir más despacio para que pueda hacerlo. Y ahora, hablemos de los Hay. Procedían de Normandía, según cuentan los libros de historia. Recibieron el título de condes a mediados del siglo XV y, más de cien años antes, habían sido nombrados lores gobernadores de Escocia por el mismísimo rey Roberto Bruce. El cargo de lord gobernador daba mucha influencia y, además, era hereditario; durante

generaciones fue pasando de un miembro a otro de la familia, junto con una tenaz devoción por la fe católica.

»Apoyaron al hijo de la reina María de Escocia, Jacobo VI, hasta que este decidió hacerse protestante. Semejante conversión fue demasiado para el noveno conde de Erroll, quien organizó un ataque contra las fuerzas del rey. Si no recuerdo mal, resultó herido por una flecha. Consiguió que el rey Jacobo se enfureciera tanto con él, que viajó al norte para saquear personalmente los castillos del conde de Erroll de Delgatie y el Viejo Slains, al sur del actual. Destruyó los dos atacándolos con cañonazos y pólvora. El conde de Erroll pasó unos pocos años condenado al exilio y después volvió a Escocia donde, en lugar de intentar reconstruir el Viejo Slains, decidió edificar otro nuevo en torno a un torreón que los Hay tenían aquí, y que rebautizaron como el Nuevo Slains.

»El Nuevo Slains es el único que a usted le interesa, puesto que el otro había desaparecido mucho antes de que llegara el coronel Hooke. En 1708… déjeme que piense… el entonces conde de Erroll habría sido el decimotercer poseedor de ese título, Charles Hay, el último varón del linaje, cuya madre, Anne Hay, habría sido una firme impulsora de la conspiración. Comprenda que ella era una Drummond y su hermano era el duque de Perth, un hombre poderoso en la corte de los Estuardo en Francia. La acusaron de propiciar el regreso del rey. ¡Una mujer notable! Las condesas de Erroll han tenido a lo largo de la historia un papel de lo más interesante, más que el de sus hombres» —concluyó.

Bebió el whisky y la cálida luz de la pequeña habitación se reflejó en los mil puntos de la intrincada talla de su vaso y en las redondas y anticuadas gafas tras las que sus ojos se movían pensativos.

—De todos modos —prosiguió—, su hijo, el decimotercer conde, fue un hombre apasionado. Odiaba a la Unión, y la combatió hasta su último aliento de todas las formas que pudo. Además, por supuesto, era un Hay y un firme partidario de los reyes Estuardo, lo cual en aquel entonces no era una elección que un hombre tomara a la ligera. Porque aquellos eran ciertamente tiempos muy peligrosos.

—Reflexionó en silencio unos instantes, y continuó—: No pensó en casarse y tener un heredero antes de morir, así que el título pasó a su hermana, otra interesante condesa de Erroll, aunque, a la vez, con una historia muy diferente. En cualquier caso, tampoco ella tuvo ningún heredero, por lo que el título se transmitió fuera de la antigua familia, a sus sobrinas y sobrinos. Sin embargo, Slains siguió en poder de los condes de Erroll hasta 1916, cuando el vigésimo conde tuvo que venderlo para pagar los derechos de sucesiones. El nuevo propietario renunció a gastar más en él, y en 1920 mandó eliminar los tejados; dicen que por seguridad, aunque lo más probable es que lo hiciera para no tener que pagar impuestos. Después de eso, el lugar fue simplemente declarado en ruinas.

—Una vergüenza para una gran casa como esa, con tanta historia a sus espaldas —se lamentó Elsie—. Samuel Johnson se alojó aquí en una ocasión, ya sabe, con su biógrafo, el señor Boswell. Tú tenías copias de lo que escribieron los dos sobre Slains, ¿verdad, Douglas? Era muy interesante.

—Ah, sí. Lo había olvidado. —Se levantó de su butaca, salió de la habitación y volvió a los pocos minutos con un archivador lleno de papeles—. Puede quedárselos, si lo desea. Tengo otras copias. El relato de Boswell es, con mucho, el más pintoresco. El de Johnson es más árido, pero aun así vale la pena leerlo. Hay una o dos cosas más en la carpeta que tal vez puedan serle de ayuda, puesto que guardan relación con la historia de Slains. Y en alguna parte tenía también los antiguos planos del castillo, que mostraban la disposición de las estancias, pero no sé qué he hecho con ellos —dijo, manifestando su perplejidad.

—Los habrás prestado, probablemente —dijo Elsie.

—Sí, es posible. —Volvió a sentarse y me sonrió—. Es la maldición de la vejez. No puedo recordar nada. Pero veré si consigo encontrar esos planos para usted. Seguro que querrá echarles un vistazo.

—Sí, me encantaría.

—Debe de ser muy divertido escribir sobre el pasado —dijo Elsie sonriendo—. ¿Qué la llevó a interesarse por la historia?

No era una pregunta a la que pudiera responder con brevedad, pero hice lo que pude. Les hablé de la afición de mi padre por la genealogía y de los viajes que habíamos hecho a los lugares de donde procedían nuestros antepasados y de todas las horas que había paseado con él por los cementerios en busca de las lápidas de nuestros tatarabuelos. Todas aquellas personas eran reales para mí. Sus rostros en las amarillentas fotos enmarcadas que colgaban por toda nuestra casa me resultaban tan familiares como el mío propio y, cuando me detenía a mirarlos, sus ojos me devolvían la mirada y me llevaban con ellos al pasado.

El doctor asintió, comprensivo.

—Sí. Mi padre no sentía gran afición por la historia, pero había heredado un retrato, un retrato excelente, de un Weir que había sido capitán de barco. Lo tenía colgado en su estudio cuando yo era niño. ¡La de cosas que imaginé mirando aquel retrato! Sin duda me aficioné al mar en aquel entonces.

Aquellas palabras me recordaron algo.

—¿Sabría dónde podría encontrar algo acerca de la historia naval escocesa de principios del siglo XVIII?

El doctor sonrió y, dejando el vaso sobre la mesita, paseó la vista por las estanterías.

—Veamos… tal vez tenga algunos volúmenes sobre ello.

—Un estante lleno —intervino Elsie—. ¿Necesita usted información sobre los barcos?

—Sobre personas, más que nada. Necesito investigar acerca de uno de los capitanes que menciona Nathaniel Hooke.

—El capitán Gordon, ¿verdad? —El doctor Weir me miró para cerciorarse de que su suposición era correcta y después dirigió la mirada hacia los estantes—. Hay un montón de cosas acerca de Gordon en *La antigua armada escocesa*. Tenía un ejemplar por ahí… Sí, aquí está. Puede llevárselo, si lo desea, y leerlo despacio para ver

si lo que necesita está ahí. Si no, tengo otros libros que quizá podría…

Lo interrumpió una llamada a la puerta.

—Discúlpeme —dijo el doctor, y se encaminó al recibidor. Oí que se abría una puerta y, después de las voces apagadas de mi anfitrión y de otro hombre, una carcajada y los pasos de alguien que cruzaba el umbral.

El doctor Weir regresó, deshaciéndose en sonrisas.

—Ha llegado su chófer.

—¿Mi chófer?

Pisándole casi los talones entró tras él Stuart Keith, apuesto con su cazadora de piel y sus cabellos prácticamente negros.

—Iba camino de casa —explicó— y pensé que tal vez necesitarías que te llevara en coche hasta el puerto. El viento está arreciando cada vez con más fuerza.

Yo no lo había notado mientras conversábamos, pero ahora oía cómo azotaba los cristales de la ventana que tenía a mi espalda. La idea de que Stuart me llevara en coche hasta mi casa de la colina, en lugar de regresar caminando sola, primero por Castle Wood y, después, por el solitario camino que me conduciría a casa desde la calle del Puerto, me pareció súbitamente excelente.

Así que di las gracias a los Weir por la que había sido realmente una útil velada, apuré mi whisky de un trago tal vez demasiado generoso y, con el libro prestado y la carpeta de copias en la mano, les di las buenas noches.

Fuera, el viento mecía la aerodinámica carrocería del coche de Stuart mientras me deslizaba en su interior.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —pregunté.

—Alguien lo mencionó anoche en el pub —respondió; pero cuando vio la expresión de mi cara, añadió—: Te lo advertí, ¿no es así? Una hora en el hotel Saint Olaf y mi padre es capaz de difundir cualquier noticia por medio pueblo. ¿Te ha hecho ya un programa de actividades?

—No exactamente. Solo me dio una lista de personas que creía que podrían ayudarme.

—Ah, ¿sí? ¿Quiénes eran?

—La verdad es que no recuerdo sus nombres. Pero se supone que haré un recorrido turístico este fin de semana, aunque no sé si será con un fontanero o con un maestro de escuela.

Stuart sonrió.

—Con el fontanero, supongo. No tienes por qué ir; yo podría llevarte. —En ese momento giró diestramente el volante y los neumáticos traseros rechinaron al tomar la calle Mayor.

Yo me agarré al reposabrazos.

—Me parece que tendré más posibilidades de sobrevivir con el fontanero —dije. Él se rio, momento que aproveché para añadir—: Además, tú volverás a estar fuera este fin de semana, ¿no? En Londres.

—Sí, pero no por mucho tiempo. —Noté su mirada sobre mí, aunque no podía verla con claridad en la cálida oscuridad del interior del coche deportivo—. Volveré.

Me daba cuenta de que le atraía. Y él a mí también, aunque no de la misma manera. A pesar de su agradable aspecto físico, no encendía en mí ninguna chispa y, aunque había pasado bastante tiempo desde la última vez que había sentido eso con alguien, sabía reconocer cuando no sucedía. Por eso me sentí un poco culpable cuando le permití aparcar el coche y acompañarme a pie hasta mi casa por el sendero embarrado. No quería alentarlo ni darle falsas esperanzas, pero tampoco quería estar sola. No allí. No en aquella oscuridad, en la que cada cabello de mi nuca se erizaba con la sensación de que había algo maligno en marcha.

—Vigila dónde pisas —dijo Stuart, al tiempo que extendía la mano para asirme del brazo—. Es la segunda vez que lo haces: salirte completamente del sendero. —Se detuvo y se volvió para observarme—. ¿Qué te ocurre?

No pude responder. Justo en el instante en el que me sujetó, sentí un pánico repentino e ilógico. Mi corazón palpitaba con tal

fuerza en mi pecho que podía oír sus latidos, aunque no tenía la menor idea del motivo. Tomé aire y compuse una sonrisa forzada.

—Es solo que me ha cogido por sorpresa —fue la única explicación que pude ofrecerle.

—Ya veo. Lo lamento.

—No ha sido culpa tuya. Si he de serte sincera, no me gusta este camino de noche —confesé mientras los dos recuperábamos el paso —. Durante el día no hay ningún problema, pero por la noche es espeluznante.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que es la maldición de mi oficio: tener una imaginación desbordada.

—Puedes llamarme siempre que quieras. Vendré y te acompañaré a casa.

—Pero no estarás aquí —objeté.

—Es cierto. Me marcharé mañana por la mañana temprano. Pero, como te dije, volveré.

Ya habíamos llegado a la casa. Stuart observó cómo metía mi llave en la cerradura y preguntó:

—¿Quieres que entre y mire a ver si hay algún monstruo en tus armarios?

Por su sonrisa deduje que era más probable que estuviera pensando en buscar monstruos debajo de mi cama, pero yo no iba a picar el anzuelo. Así que me tomé a broma su ofrecimiento:

—No, no hará falta. Estoy bien.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

Vi cómo me miraba y supe que estaba considerando la posibilidad de darme un beso de buenas noches, pero antes de que pudiera seguir con esa idea, me adelanté y le di un abrazo; fue un abrazo fraternal que no hacía ninguna promesa y no podía ser malinterpretado.

—Gracias de nuevo por traerme a casa —le dije—. Te deseo un buen viaje a Londres.

El abrazo pareció sorprenderlo, pero se lo tomó con toda normalidad.

—Así será —dijo, y se apartó retrocediendo un paso en el sendero—. Volveré a verte muy pronto —prometió.

Pese a ser consciente de todas las complicaciones que acababa de evitar, me entristeció un poco que se fuera. La casa me pareció solitaria cuando entré. Y fría. El fuego de carbón de mi cocina se había consumido tanto que, para reavivarlo, necesité una hora de esfuerzos y para entonces estaba tan helada y rendida que solo deseaba dejarme caer sobre la cama y conciliar el sueño.

Sin embargo, me acosté con el libro que me había prestado el doctor Weir acerca de la marina escocesa, porque, rendida o no, me sentía en la obligación de trabajar en algo, ya que estaba claro que esa noche no iba a escribir nada. Era un volumen bastante antiguo, con tapas de cartón azul, en cuya portada se daba la siguiente útil puntualización: «*La antigua armada escocesa. De 1689 a 1710. Editado por James Grant, L. L. B.*». En el frontispicio, en blanco y negro, había un retrato de un oficial naval con peluca blanca y pose autoritaria, que señalaba con el índice un barco que navegaba a lo lejos. Había algo en sus ojos, en su rostro, que me resultó familiar, así que me fijé más detenidamente en el texto en cursiva fina que había debajo de él, buscando su nombre. Lo encontré.

Thomas Gordon.

Almirante Thomas Gordon, para ser exactos. Pero todo almirante había sido capitán en algún momento de su vida.

Me senté en la cama. El frío se colaba entre las mantas y me rodeaba, pero yo apenas lo notaba. Consultando el índice, comencé a leer cuidadosamente las referencias a Thomas Gordon.

«Thomas Gordon —decía el libro— tuvo una destacada carrera… Sus viajes lo llevaron a lugares tan distantes como las islas Shetland, a Estocolmo, Noruega y Holanda. El 17 de julio de 1703 se le asignó una misión oficial en la armada escocesa como capitán del *Royal Mary*».

Bien, pensé, casi he acertado. El *Royal Mary*… Guillermo y María habían reinado como pareja. Al elegir el nombre para mi barco en la ficción, simplemente había elegido la mitad errónea.

Seguí leyendo, y me encontré con la transcripción de parte de una carta de Nathaniel Hooke, escrita a propósito de su primera visita a Escocia, anterior en dos años al inicio de mi relato:

> Mientras me alojaba con milady Erroll, nuestra fragata [la *Héroïne*] se hallaba a tiro de mosquete del castillo. Al día siguiente de mi llegada, el señor Gordon, capitán de una fragata escocesa encargada de la vigilancia de la costa, apareció con rumbo al sur. Milady Erroll me indicó que no tuviera temor de ser capturado, y envió a un caballero en una barca para expresarle al capitán su deseo de que tomara otro rumbo, a lo que este accedió. La dama tiene ascendiente sobre él, y cada vez que pasa y vuelve a pasar por esa ruta tiene la atención de avisarla…

Sabía que había leído antes este fragmento, porque había recordado su papel cuando evitó al barco francés en el que Hooke viajaba.

Después venían más documentos de diversa naturaleza: órdenes y más órdenes para el capitán Gordon; una autorización a nombre del capitán Gordon para dirigirse a Scarborough; el nombramiento en 1705 del capitán Thomas Gordon para asumir el mando de la nave *Royal William*…

Releí esto último para cerciorarme de que no cometía un error. Pero allí estaba, con absoluta claridad. Y, más abajo, en la misma página, un nombramiento similar: el de James Hamilton de Orbieston como comandante de la nave *Royal Mary*.

Mentalmente, reviví la escena que había escrito hacía unas horas, en la que la condesa decía: «Reconozco que me había olvidado de vuestro capitán Hamilton…».

Y el capitán Gordon, el capitán Thomas Gordon, respondía con seguridad: «Lo sé. Pero yo no».

Eso era todo lo que yo tenía, por lo visto. Pero ¿cómo había podido recordar un pequeño detalle, tan insignificante como el nombre del capitán Hamilton? Debía de haberlo leído en alguna

parte, aunque no tenía ni idea de dónde podía ser. Llevaba por escrito una lista de todos los documentos que había empleado en mi investigación, por si olvidaba algo y tenía que volver a comprobarlo, y estaba segura de que no había leído una sola palabra acerca de la armada escocesa, aparte de la mención que había hecho Nathaniel Hooke, lo cual era bien poco. Pero, sobre todo, ¿cómo era posible recordar algo, si previamente no lo había guardado en mi memoria?

¿O sí se puede?

A mi espalda, la ventana vibraba con fuerza por las ráfagas del viento, que me invitaban a deslizarme bajo las mantas buscando calor. Cerré el libro y lo deposité sobre la mesilla de noche, pero no abandonó mis pensamientos; cuando el sueño me reclamó por fin, confieso que habría pagado una fortuna por un vaso más del excelente whisky del doctor Weir.

7

Yo era hija de mi padre en más de un sentido. Cuando algo parecía absurdo, intentaba abordarlo con lógica. Cuando todo eso falló —después de haber releído todas mis notas y todos los papeles de Hooke, y no haber encontrado en ellos ni una sola mención ni del nombre de pila del capitán Gordon, ni del nombre de su barco o el del capitán Hamilton—, pasé a la segunda táctica: poner cualquier otra cosa en orden.

Elegí retomar mis observaciones de las ruinas del castillo y las páginas que había escrito al respecto, e intentar dibujar un plano de la planta del castillo que yo había imaginado. Hasta que el doctor Weir me proporcionara uno exacto, me ayudaría al menos a hacer coherentes los movimientos de mis personajes, de forma que no los hiciera girar un día a la derecha para ir al salón y al siguiente a la izquierda.

Mi padre llamaría a lo que estaba haciendo «colorear mapas». Era lo que decía cuando veía que dedicaba tiempo y malgastaba esfuerzos, a su juicio, tomándome muchas molestias en hacer algo del todo superfluo, como cuando coloreaba mapas geográficos en el instituto pintando de azul los contornos de las costas y sombreando valles y montañas. Pero siempre me lo decía con cariño, porque sabía y comprendía que había momentos en los que lo único que necesitaba el cerebro era, sencillamente, colorear mapas.

Así que lo hice, y obtuve cierta satisfacción mientras elaboraba mi plano del castillo, con todas las líneas pulcramente trazadas sobre la página, y con los nombres de las habitaciones escritos en letras

mayúsculas. No tenía lápices de colores porque, de haberlos tenido, también lo habría coloreado. Pero una vez hecho, me sentí mejor.

Lo dejé junto a mi ordenador, donde podría verlo mientras trabajara, y fui a prepararme un bocadillo. Estaba comiéndolo, de pie junto a la ventana, mirando hacia el mar, como a menudo hacía, sin pensar en nada en particular, cuando vi al perro.

Un perro pequeño, que correteaba por la playa, con las orejas agitándose, feliz, chapoteando entre el rastro de espuma que dejaban las olas al morir en la playa, sin notar apenas el frío, mientras perseguía algo redondo y brillante que rodaba por la arena; una pelota de tenis, supuse. Observé cómo el perro la atrapaba triunfalmente y la hacía rodar hacia el lugar de donde había venido. Era un spaniel, con el pelaje moteado de castaño y blanco.

Incluso antes de ver al hombre hacia el que corría el perro, un hombre con las manos en los bolsillos y los hombros desafiando al viento, yo ya había dejado a un lado el plato de mi bocadillo, había ido a buscar mi cepillo de dientes… y mi abrigo.

No sabía exactamente por qué. De haber necesitado explicarlo, habría tenido varias formas de hacerlo. Él se había comportado amablemente conmigo aquel primer día y, después de haberme pasado toda la mañana encerrada en casa, me apetecía salir y conversar con alguien; aparte de que me gustaba su perro. Esto es lo que me decía a mí misma mientras bajaba de la colina hasta la carretera a través de la estrecha pasarela y rodeaba las altas dunas. Pero cuando llegué a la playa, él volvió la cabeza hacia mí y me recibió con una sonrisa, supe enseguida que ninguna de aquellas era la verdadera razón.

Esa mañana tenía más aspecto de pirata; de un pirata jovial, con sus oscuros cabellos cortados más o menos a la altura del cuello y alborotados por el viento, y con la luminosa sonrisa de sus blancos dientes contrastando con la recortada barba.

—Entonces, ¿mis indicaciones no le sirvieron de ayuda? —preguntó.

—¿Perdón?

—La última vez que nos vimos se dirigía usted a Peterhead. ¿No encontró el camino?

—Oh, sí. Lo encontré, gracias. Pero he vuelto.

—Ya veo.

—He alquilado una casita —dije—, para este invierno.

Sus ojos grises se dirigieron con interés hacia el lugar que le señalaba.

—No me diga. ¿La vieja casa de Ward Hill?

—Sí.

—Corre la voz de que la ha alquilado una escritora.

—Exacto. Soy yo.

Me miró de arriba abajo con expresión divertida.

—No tiene usted mucho aspecto de escritora.

Enarqué las cejas.

—¿Debo tomármelo como un cumplido?

—Sí, debería. Lo he dicho con esa intención.

El perro había vuelto, con las patas llenas de barro, meneando la cola y olisqueando mis rodillas con su húmedo hocico. Le rasqué las blandas orejas y le dije: «Hola, Angus». El spaniel dejó caer a mis pies la pelota de tenis, expectante. Yo la recogí y la lancé lo más lejos que pude.

El hombre que estaba a mi lado pareció asombrarse.

—Tiene usted un buen brazo —dijo.

—Muchas gracias. Mi padre jugaba al béisbol —dije, como si aquello lo explicara. Después, al caer en la cuenta de que no nos habíamos presentado, añadí—: Por cierto, me llamo Carrie.

Tomó la mano que le ofrecía, y en aquel rápido y breve contacto, algo caliente, eléctrico, me subió por el brazo.

—Y yo soy Graham —dijo.

—Encantada.

Pensé que realmente tenía una sonrisa extraordinaria. Espontánea, auténtica, con el brillo de unos dientes perfectos que destacaban sobre la cuidada barba, recortada siguiendo la línea de

su mandíbula. La eché de menos cuando volvió la cabeza para ver cómo se alejaba el perro.

—Y bien, Carrie, ¿qué estás escribiendo?

Yo ya sabía que todos aquellos a los que conociera en Cruden Bay me harían esa pregunta y había preparado una respuesta concisa y clara, en una sola frase; que satisficiera su cortés interés sin peligro de aburrirlos y provocarles sueño. Era el momento de probarla.

—Es una novela ambientada en Slains, cuya acción transcurre a principios del siglo XVIII.

Había esperado un gesto de asentimiento, o que dijera tal vez que lo encontraba interesante, y que allí acabara la conversación. Pero en vez de eso, volvió la cabeza de nuevo, con la cara enfrentada al recio viento que le apartaba de los ojos los cabellos, y preguntó:

—Ah, ¿sí? ¿En qué año?

Se lo dije, y volvió a asentir.

—El año de la invasión francoescocesa, ¿verdad? O del intento de invasión, como creo que debería llamarlo, ya que no fue lo que se dice un clamoroso éxito. —Se agachó un instante para quitarle a Angus la pelota de entre los dientes y volvió a lanzársela varios metros más allá de donde había llegado la mía—. Una elección interesante para una novela —comentó Graham—. No sé de nadie que haya utilizado ese episodio para narrarlo de esa forma. Es algo que solo se encuentra en los libros de historia.

Intenté ocultar mi sorpresa de que estuviera al corriente de lo escrito en los libros de historia. No porque hubiera hecho alguna suposición acerca de su inteligencia, sino porque, basándome en su aspecto y en la forma como se movía, había supuesto que se encontraría más a gusto en un campo de fútbol que en una biblioteca. Eso demostraba lo poco que sabía de él, pensé.

No me había dado cuenta de que el perro tardaba en regresar, pero Graham, sí. Escudriñó la orilla con la mirada, entrecerró los ojos para protegerlos del viento y silbó con fuerza para llamar al spaniel.

—Me parece que se ha hecho daño —dijo.

Poco después, en efecto, Angus volvió cojeando hacia donde estábamos, con la pelota entre los dientes, pero con una de sus patas delanteras sangrando.

—Habrá pisado algo —conjeturó Graham, y se agachó para comprobarlo—. Tal vez un vidrio roto. No es un corte grave, pero necesitaré quitarle esa arena.

—Puedes hacerlo en el fregadero de mi cocina —ofrecí.

Cargó fácilmente con Angus abrazándolo contra su pecho, como haría un hombre con un niño herido. Mientras los guiaba a través de la pasarela blanca y la abrupta ladera de Ward Hill, apenas pensé en otra cosa que no fuera el bienestar del perro. Pero, una vez dentro, la casa me pareció muy pequeña y empecé a sentirme más cohibida.

—Lamento el desorden —dije, e intenté despejar un poco el espacio para que pudiera dejar al perro sobre la estrecha encimera.

—No te preocupes. Los he visto peores. ¿No hay una toalla en el armario aireado? Una de esas viejas de color amarillo servirá; no utilices una buena.

Me quedé inmóvil de repente, en plena acción de cambiar de lugar una taza de té, y lo miré fijamente. Fue entonces cuando los engranajes de la memoria avanzaron un punto, y recordé cómo Jimmy Keith había descrito a sus dos hijos. Me había dicho: «Stuie, que es el más joven, y su hermano Graham, que está en la Universidad de Aberdeen».

—¿No te apellidarás Keith, por casualidad? —pregunté.

—En efecto.

Esta era la razón de que pareciera encontrarse allí como en su casa y de que estuviera al corriente de la historia local. Tenía que saberla, me dije. Daba clases de eso en la universidad.

Me miró, manteniendo todavía la pata del perro bajo el chorro del agua corriente.

—¿Ocurre algo?

Desviando la vista, sonreí.

—No, nada. Ahora mismo voy a buscar la toalla.

Encontré las que quería, las amarillas, apretujadas en la parte de detrás del armario, y elegí una que estuviera gastada, pero limpia.

Me dio las gracias sin levantar la cabeza y siguió trabajando en la herida. Observé que tenía unas manos hermosas, bien formadas, capaces y fuertes; y que, sin embargo, su presión sobre la pata del spaniel era delicada.

—No me digas que papá ha estado contándote chismes acerca de mí. ¿Es eso?

—No. Es solo que no hago más que tropezar con miembros de tu familia. Primero fue tu hermano, y ahora contigo. ¿Quedáis muchos otros Keith rondando por Cruden Bay?

—Si no contamos a los primos, solo somos nosotros dos. —Concentrado en su tarea y sin levantar la cabeza, preguntó—: ¿Cómo conociste a mi hermano?

—Viajaba conmigo en el avión. Y me trajo aquí desde el aeropuerto.

Aquello le hizo girar la cabeza.

—¿El aeropuerto?

—Sí, en Aberdeen.

—Sé dónde está. Pero cuando te vi la semana pasada, ibas camino de Peterhead, y conducías tu propio coche. ¿Cómo lograste ir desde allí al aeropuerto? —preguntó.

Se lo expliqué. La historia de mi visita al castillo de Slains, de cómo comprendí que tenía que ser el escenario de mi novela, de que volé a París para recoger todas mis cosas y volví, todo ello en un par de días, sonó rara incluso para mis propios oídos. Pero si a Graham también se lo pareció, no me lo dijo. Cuando hube acabado, cortó una tira larga de uno de los lados de la toalla y vendó con cuidado la pata de Angus.

—O sea, que has roto con Francia —sentenció a modo de conclusión.

—Sí, eso parece. El libro marcha, ahora que estoy aquí.

—Bueno, eso está bien. Veamos —dijo, dirigiéndose al perro—, ¿qué tal ahora? ¿Te encuentras mejor?

Angus estiró el cuello para darle a Graham un lametazo en la cara, y este se rio y pasó la mano por las orejas del animal, atusándole el pelo.

—Ahora nos iremos para dejar que la señora trabaje tranquila.

Yo no quería que se marcharan. Deseaba que siguieran allí. Quería decirle que normalmente escribía a última hora del día y que tenía libres las primeras de la tarde, por lo que podía preparar un poco de té y tal vez charlar… Pero no logré encontrar una manera de decírselo sin que pareciera descarada, y él no me había dado ningún motivo para hacerme creer que accedería, o que se sentía atraído por mí ni una décima parte de lo que yo me sentía atraída por él.

Así que me hice a un lado mientras me daba de nuevo las gracias por mi ayuda, levantaba en brazos a Angus y yo les abría la puerta. Pero en ese momento él bajó la cabeza, pensativo.

—¿Has estado ya en los Bullers de Buchan? —preguntó.

—¿Los qué?

Repitió el nombre, poniendo especial cuidado en pronunciarlo lentamente.

—Es una especie de gruta marina no muy lejos de aquí, hacia el norte —explicó.

—No, no he estado nunca.

—Estaba pensando que, si te apetece dar un pequeño paseo, podría llevarte allí mañana.

—Sería estupendo —acepté, sorprendida.

Al momento estaba reprochándome la torpe elección de mi respuesta, pero no me dio la impresión de que él lo hubiese notado.

—Perfecto, entonces. ¿Qué te parece mañana a las diez? ¿Será un problema si vamos a pie siguiendo el camino de la costa?

—Ninguno en absoluto —aseguré.

—Entonces, te veré mañana.

De nuevo me deslumbró el destello de su sonrisa, y mientras lo miraba comprendí por qué había tenido la preocupante sensación de haber visto antes la cara de Stuart. Los hermanos no eran muy parecidos, pero existía entre ellos cierta semejanza; para mí, sin

embargo, los rasgos de Graham revelaban un carácter marcado, una fuerza de la que carecía el rostro de su hermano, aunque fuese más atractivo.

En resumen, Stuart me parecía una persona agradable. Pero Graham era el tipo de hombre del que no podía apartar la mirada.

Quizá por ello, cuando se fue, lo primero que hice fue redactar una larga nota acerca de él en mi cuaderno. En la sección titulada «Personajes», dediqué tres páginas a describir con todo detalle a un hombre que tenía los ojos del color del mar en invierno.

Ignoraba por completo cómo lo usaría, pero tenía la sospecha de que, cuando me pusiera a escribir esa noche, él aparecería en algún momento y entraría a formar parte del relato con una facilidad y desenvoltura que confirmarían su derecho a figurar en ella.

Era casi la hora de cenar cuando llamaron a mi puerta.

Sabía que era improbable que se tratara de Graham, pero mi rostro debía de mostrar un rastro de decepción cuando vi que el recién llegado era el doctor Weir, porque el hombre dijo en tono de excusa:

—Espero no interrumpir su trabajo.

Me recuperé rápidamente de la desilusión.

—Oh, no. ¡Claro que no! Entre, se lo ruego.

—Será solo un momento. —Se limpió las suelas en el felpudo y pasó al interior—. Le prometí a Elsie que estaría en casa antes de que oscureciera. He encontrado los planos que le decía, los que muestran cómo era Slains en los viejos tiempos, antes de que los condes victorianos transformaran el lugar. Y he encontrado también unas pocas fotografías antiguas que pensé que podrían interesarle. ¿Dónde las habré metido? —Tras hurgar a tientas en el bolsillo de su abrigo, encontró el pequeño envoltorio que contenía las fotos. Llevaba los planos enrollados en un tubo de cartón marrón, que a su vez había envuelto en una bolsa de plástico transparente para que no se mojara. Pensé que era una sabia precaución, a juzgar por las

salpicaduras de agua que el fuerte viento del mar había lanzado contra los cristales de sus gafas.

Se las quitó para enjugarlas mientras yo ponía los planos y las fotos sobre mi mesa de trabajo.

—No tengo whisky —le dije—, pero podría prepararle una taza de té o un café.

—No, gracias. —Miró a su alrededor sin esconder su interés y su aprobación—. Jimmy ha hecho de esto un lugar muy confortable.

—Ha sido muy amable conmigo.

—Sí, todos los Keith lo son —me dijo—. Incluso Stuart, a pesar de sus defectos. Veo que la devolvió a casa de una sola pieza.

—Efectivamente.

—Stuart es buen chico, pero… —Me dio la impresión de que el doctor elegía cuidadosamente sus palabras—. Todavía es un muchacho en muchos aspectos. —Lo cual, deduje, equivalía a una paternal advertencia hacia mí.

Sonreí para demostrarle que no la necesitaba.

—Sí, ya lo he notado. —Después, fingiendo ignorancia, pregunté —: ¿Cómo es el otro hermano? El que da clases, quiero decir.

—¿Graham? Bueno, verá, Graham es muy diferente de Stuart. Muy diferente, sí. —Se quedó pensativo—. Por cierto, ahora que lo pienso, es una persona con la que debería usted hablar. Su memoria es extraordinaria y cuenta con medios para localizar información que puede serle útil. Además —siguió—, el joven Graham tiene algo de jacobita. Cualquier cosa relacionada con lo ocurrido en el año 1708, seguro que él la sabe. Ahora vive en Aberdeen, pero viene aquí casi todos los fines de semana. Podrá verlo a veces en la playa; siempre está con su perro, un pequeño spaniel. —Dio unos golpecitos en su reloj—. ¿Es ya esta hora? Tengo que irme. Puede quedarse usted con estas fotografías si le son útiles. Al igual que con los planos. Espero que le sean de alguna ayuda.

Yo sabía que lo serían, y así se lo dije.

Cuando se hubo ido y me quedé sola de nuevo pensé que, aunque me servirían, también harían que todo mi trabajo de la

mañana resultara una pérdida de tiempo. Fui a mi mesa de trabajo y aparté a un lado mi boceto del plano con objeto de dejar sitio para el real.

Lo deslicé suavemente fuera del tubo de cartón y lo desenrollé sobre la mesa, sujetando los bordes curvados con una regla y el lomo de mi cuaderno de notas. Allí lo tenía: el plano auténtico del castillo de Slains, dibujado a escala y perfectamente rotulado.

Lo examiné y luego, frunciendo el ceño y con mano incrédula, busqué el plano que había dibujado esa misma mañana. Lo extendí cuidadosamente a su lado, para compararlos.

Me dije que era imposible que aquello hubiera podido ocurrir. Pero había ocurrido.

Eran iguales.

No solo se parecían; eran idénticos. La cocina, el salón, la habitación donde dormía Sophia, la pequeña habitación de la esquina con suficiente luz para coser… Todas estaban allí, en los lugares donde yo las había situado en mi relato, donde las había visto mentalmente.

Pero ¿cómo podía una persona dibujar con tanta exactitud algo que nunca había visto antes?

Sentí una conmoción en las profundidades de mi subconsciente y, de nuevo, dentro de mí, la voz de la mujer que me decía suavemente: «Ya lo veis. Mi corazón es prisionero para siempre de este lugar. No puedo dejarlo».

Salvo que en esta ocasión no se trataba de la voz de Sophia.

Era la mía.

Jane estaba ya al teléfono intentando calmarme.

—De acuerdo, es muy extraño. Lo reconozco.

—Extraño no es la palabra —repliqué—. ¡Es de locos!

—Carrie, querida, tú tienes memoria fotográfica, Y también eres capaz de citar conversaciones enteras que hemos tenido hace tres

años. Hazme caso. Debes de haber visto antes en algún sitio los planos de ese castillo… eso es todo. Y lo has olvidado, simplemente.

—Si mi memoria es tan fabulosa, ¿por qué iba a olvidar eso?

Jane suspiró.

—No discutas con tu agente. Acepta sin más que tengo razón.

Tuve que sonreír al oírla. Jamás había intentado discutir con Jane, porque estaba segura de que no ganaría. Cuando ella estaba convencida de que tenía razón, tenía más posibilidades de mover montañas que de hacerla cambiar de opinión.

—No crees que me he vuelto adivina, ¿verdad?

—Cuando empieces a ganar a la lotería, pensaré que te has vuelto adivina —bromeó—. Pero si quieres que te sea sincera, lo que creo es que estás tan absorbida por ese nuevo libro, que dejas que te agote. Necesitas una noche de descanso. Tumbarte con los pies en alto y no hacer nada.

Objeté que, si no escribía, no tenía otra cosa que hacer. Que en la casa no había televisor.

—Pues, entonces, busca un pub y tómate unas copas.

—No, eso tampoco me conviene. Mañana por la mañana iré a caminar por el sendero de la costa. No puedo estar resacosa.

La voz de Jane se tornó acusadora.

—Me prometiste que no te adentrarías sola por el sendero de la costa.

—No iré sola —respondí, y al instante deseé no habérselo dicho. Jane tenía un instinto de hurón para olfatear ciertas cosas y yo no podía contar con que su radar pasara por alto algo como Graham Keith.

—¡Ah! ¿Sí? —Su tono era de fingida indiferencia—. ¿Quién te acompañará?

—Un conocido de mi casero —respondí y, en un intento de confundir las pistas, le conté que Jimmy había venido a verme con una lista de personas que supuestamente me convenía conocer—. Me ha hecho incluso una lista.

—Muy amable por su parte —dijo. Pero enseguida volvió a la carga—. ¿Cómo es ese amigo suyo? ¿Joven? ¿Mayor? ¿Bien parecido?

—Da clases de historia en la Universidad de Aberdeen.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Vale. ¿Cómo son, según tu experiencia, la mayoría de los profesores de historia?

Lo dejó correr, pero la conocía lo suficiente para saber que no había acabado con las preguntas. Aquello era solo el principio.

—En todo caso —dijo—, no escribas esta noche. Es evidente que tu pobre cerebro necesita que le des un descanso.

—Puede que tengas razón.

—¡Por supuesto que la tengo! Llámame mañana después de tu paseo, para que sepa que no te has despeñado por los acantilados.

—Sí, mamá.

Pero seguí su consejo de no trabajar. Ni siquiera leí las páginas que el doctor Weir me había dado la noche anterior: los artículos relacionados con el castillo de Slains y las fotocopias del relato de la visita que realizaron Samuel Johnson y Boswell. Aunque resultaban tentadores, allí, junto a mi butaca, en su carpeta. Deliberadamente, no les hice caso. En lugar de ocuparme de ellos me preparé una taza de té, conecté la estufa eléctrica y me quedé sentada sin hacer absolutamente nada hasta que me venció el sueño.

III

No le gustaba el jardinero. No era como Kirsty, o Rory, o la señora Grant, la cocinera; ni como el parsimonioso encargado de la fermentación de la malta que se cuidaba de la fragante destilería y al que Sophia solo había visto

en una ocasión; ni como las mozas de la lechería y del establo, que apenas ocultaban las risitas a su paso, cuando se aventuraba a salir del castillo. No, el jardinero era distinto.

No era un hombre demasiado viejo, pero a veces lo parecía cuando estaba inclinado sobre sus herramientas de remover la tierra, con sus rasgos angulosos y aquellos ojos oscuros y amargados que parecían siempre fijos en ella cuando Sophia se volvía a mirarlo.

Ahora que había llegado la primavera, parecía que estuviera todo el día en Slains, aunque no vivía allí.

—Oh, sí —dijo Kirsty, asintiendo—. Billy Wick. Yo tampoco puedo soportar a ese hombre. Cuando me mira, me siento como si estuviera en camisa. El difunto conde tenía afecto por su padre, que era el jardinero que había aquí antes. Esta es la razón de que su señoría, la condesa, lo mantenga en el puesto.

La muchacha había estado encendiendo el fuego en las habitaciones y ahora volvía por el corredor hacia la cocina, seguida por Sophia. No había nadie a su alrededor que pudiera fruncir el ceño si veía cómo conversaban las dos jóvenes. Aquella mañana había llegado un mensaje del actual conde de Erroll, que llevaban varios días esperando; al recibirlo, la condesa se había retirado a su aposento para responder.

Por eso, cuando llegaron a la puerta de la cocina, Sophia entró en ella detrás de Kirsty; la señora Grant ni siquiera dio muestras de desaprobación, ya que hacía tiempo que había renunciado a sus intentos de persuadir a Sophia de la inconveniencia de tratar con tanta familiaridad a la servidumbre. Estaba claro para todos que a Kirsty y a Sophia, siendo ambas de la misma edad y de carácter cordial, les resultaría difícil mantener las distancias. En Escocia, era habitual que los hijos de los

señores y los hijos de los granjeros se sentaran juntos en la escuela y jugaran a los mismos juegos; una amistad que en las grandes casas había hecho que nacieran sentimientos de afecto entre los que se sentaban a la mesa y los que la servían. Mientras Kirsty mostrara hacia Sophia la deferencia y el respeto debidos cuando se hallaban en las habitaciones principales del castillo, a la señora Grant no parecía importarle gran cosa lo que hicieran en las dependencias de la servidumbre.

Tampoco ella tenía nada bueno que decir del jardinero.

—Siempre está mirando por lo suyo ese Billy Wick. Apenas vio muerto a su padre, se quedó con todo el dinero que pudo de él. No era gran cosa. Por eso sigue aquí aún. Pero Billy se cree por encima de todos nosotros. Alejaos de él —previno a Sophia en tono maternal—. No es el tipo de hombre que necesitáis conocer.

Rory, que entraba en aquel momento por la puerta de atrás, alcanzó a oír la última frase y enarcó un poco las cejas como pidiendo explicaciones.

—No estamos hablando de ti. Me refería a Billy Wick —dijo la señora Grant.

—Oh, sí. —Él asintió con un gesto, lo que significaba que, o bien se daba por enterado de su comentario, o bien estaba de acuerdo con él. Nunca era fácil meterse en la mente de Rory.

Tomó una galleta de avena de la fuente que tenía más cerca y se la comió. Cuando la señora Grant se disponía a reprenderlo, le respondió que probablemente sería todo cuanto podría comer esa tarde.

—Salgo dentro de una hora con la señora. Iremos a caballo hasta Dunottar.

Dunottar era otro castillo en lo alto de unos peñascos al sur de Aberdeen; en ese momento, como le dijo Kirsty a Sophia, era el hogar del conde Marischal, el sobrino político de la condesa. No eran nada infrecuentes las visitas entre Slains y Dunottar, pero sí que se dieran sin previo aviso. Kirsty frunció el ceño.

—¿Hay algún problema?

—No lo sé —respondió Rory encogiéndose de hombros—. La condesa me dijo que preparara los caballos y me dispusiera a ir con ella. Eso es todo lo que puedo decir.

—Y tú, Kirsty —interrumpió la señora Grant—, no deberías preocuparte por lo que haga o deje de hacer la condesa. En esta casa pasan cosas sobre las que ninguno de nosotros debe hacer preguntas.

Kirsty aguantó la reprimenda en silencio, pero torció el gesto cuando la señora Grant se volvió de espaldas.

La cocinera, sin volverse, añadió:

—Pero si sigues con eso, tal vez me arrepienta de la intención que tenía de darte el día libre.

—¿Un día libre? —preguntó Kirsty, asombrada.

—Una pequeña fiesta, sí. Te querré de vuelta aquí para la hora de la cena, pero si la condesa está en Dunottar y solo se queda la señorita Paterson aquí, no habrá mucho trabajo que hacer y no te necesitaremos durante todo el día.

La perspectiva de disponer de un día entero para hacer lo que le apeteciera dejó a Kirsty sin habla un momento, algo que ninguno de ellos había visto nunca.

Pero enseguida se le ocurrió qué hacer con tan inesperado regalo.

—Iré a ver a mi hermana.

—Será una buena caminata —dijo Rory.

—Solo una hora si voy por la costa. No la he visto desde que nació su último hijo. —Dejándose llevar por la inspiración, le preguntó a Sophia—: ¿Querréis acompañarme? Nos dirá que comamos allí; de eso estoy segura. Ni siquiera el rico caldo de la señora Grant puede compararse con el guiso de col y los dulces que prepara mi hermana. Además, estará muy contenta de conoceros.

La señora Grant no estaba muy convencida de que las dos jóvenes hicieran un trayecto tan largo por su cuenta.

—¡Pero si durante todo el camino tendremos el castillo a la vista! —arguyó Kirsty—. Y la condesa es muy respetada en estas tierras, por lo que a nadie se le ocurrirá hacernos daño sabiendo que venimos de Slains.

—A la condesa no le gustará —dijo la señora Grant mirando fijamente a Sophia.

—Pero ¿se lo diréis? —se adelantó a preguntar Kirsty.

La señora Grant consideró el asunto unos instantes.

—No —respondió, y volvió a ocuparse de sus guisos —. Yo no diré nada, pero harás bien en recordar que, incluso aquí, el demonio cambia los pensamientos de los hombres cuando le place.

—¿Es eso lo que te atormenta a ti, Rory? —preguntó Kirsty al mozo, sonriéndole.

No hubo cambio en los rasgos estoicos del joven, pero sus ojos se iluminaron una pizca.

—Sí —contestó—, pero yo ya no tengo remedio. Llevaos el perro —fue su consejo al marcharse, tras meter en el bolsillo de su casaca una última galleta de avena—. Con pensamientos diabólicos o sin ellos, nadie se atreverá a poneros la mano encima si os acompaña Hugo.

A Sophia le pareció un buen consejo, y a la mañana siguiente después del desayuno, cuando se puso en marcha con Kirsty, llevaba a Hugo, el enorme mastín, sujeto por la correa. Hugo dormía en los establos y durante el día vagaba con Rory por los terrenos del castillo, sin apartarse del mozo más de lo que se alejaría un niño de las rodillas de su padre. Era un animal tranquilo, por más que ladrara a los extraños y ante cualquier ruido que le pareciera amenazador. Pero en cuanto pasaron la tapia del huerto donde Billy Wick estaba cavando con la azada la dura tierra para hacer un parterre en el que plantar hierbas medicinales, el mastín arrugó el morro, echó atrás las orejas y emitió un ronco gruñido.

El jardinero no le prestó atención. Enderezó la espalda, se apoyó en la azada y las miró.

—¿Vienen a verme las señoras? —preguntó con sorna. Sus duros ojos tenían una expresión calculadora que a Sophia le resultó incómoda.

Se dio cuenta de que Kirsty también la advertía, pues la muchacha se atrevió a mentirle.

—Vamos a hacer un encargo para la condesa.

Y, sin mayores explicaciones, instó a Sophia a avivar el paso, de forma que al momento pasaron por delante de él y dejaron atrás la gran sombra protectora del castillo. Delante se veía la amplia extensión de tierra cubierta de hierba que se curvaba para ceñirse al perfil de los negros acantilados y el inmenso mar que, bañado por el sol, llegaba hasta el horizonte.

Kirsty hizo una pausa mientras contemplaba el esplendor del paisaje.

—Ya está —dijo—. Tenemos todo el día para nosotras.

Aunque Sophia no se había sentido nunca confinada entre los muros de Slains y la condesa siempre la había tratado con una gran bondad, se sintió contenta también, en aquel momento, de que la señora estuviera fuera de casa y de que ella y Kirsty gozaran de semejante libertad.

Había, en efecto, innumerables vistas que admirar.

Pasaron por un enorme peñasco situado al borde del mar, coloreado por las deposiciones de una multitud de aves marinas que batían las alas al volver a sus ramas. A aquella roca, según explicó Kirsty, la llamaban Dunbuy, lo que en la lengua local significaba la roca amarilla; para muchísimos visitantes era algo digno de verse.

Al mastín también le parecía curiosa, aunque, por la forma como Hugo miraba a los pájaros, era evidente que le habría gustado quedarse un rato más a contemplarlos más de cerca, pero Kirsty sujetaba la correa con fuerza y lo obligó a seguir.

Algo más allá llegaron a una gran abertura circular, como la gruta de un gigante, excavada en el borde del acantilado, donde el mar había erosionado las colosales paredes de una cueva hasta hacer que se desmoronara el techo, dejando solo una estrecha franja de piedra que semejaba un arco de entrada; las olas pasaban por allí con tal fuerza, que el agua parecía hervir allá abajo. Sophia se atrevió a acercarse al borde para mirarlo.

Enseguida se unió a ella Kirsty, aunque permaneció un paso más atrás.

—Este lugar se conoce como los Bullers de Buchan —dijo refiriéndose a aquella extraña caverna sin techo—. Nosotros lo llamamos La Cazuela. Con frecuencia, un barco al que persiguen los corsarios pone rumbo a La Cazuela y se desliza en su interior para ocultarse.

Mientras observaba la furia de las olas que rompían dentro Sophia pensó que no sería la elección que ella tomaría para buscar refugio. Pero sin duda ningún corsario intentaría seguirla allí.

—Venid —dijo Kirsty tirando de la capa a Sophia—. No me perdonarían si os perdiera en La Cazuela.

Sophia se alejó de aquel lugar a regañadientes. Al cabo de un cuarto de hora más de camino, se hallaban ya en la casa de la hermana de Kirsty, sentadas junto al fuego y admirando al último sobrino de Kirsty, un chiquillo de diez meses, de ojos pícaros y sonrientes y mejillas con hoyuelos semejantes a los de sus dos hermanas y su hermano mayor, ninguno de los cuales había alcanzado aún los seis años de edad. La hermana de Kirsty parecía haber asumido con alegría el reto de tener tantos hijos. Al igual que Kirsty, era de facciones agradables, siempre presta a hablar y más aún a sonreír. Como le había prometido a Sophia, su guiso —el caldo que les ofreció a la hora de comer— era más sustancioso y aromático que cualquiera que la joven hubiera probado anteriormente.

Los niños estaban encantados con la presencia de Hugo, el mastín, y no hacían más que retozar y dar volteretas con él, sin mostrar ningún temor a unas mandíbulas que bien podrían destrozar a un hombre hecho y derecho. Hugo, a su vez, permanecía tumbado señorialmente en la estera de delante del hogar y aceptaba con paciencia estoica sus muestras de cariño y sus juegos.

El tiempo transcurrió placenteramente y cuando, a media tarde, Sophia se marchó con Kirsty, consideró bien empleadas las pocas horas pasadas allí.

—Tu hermana da la impresión de tener una vida feliz —le comentó a Kirsty.

—Sí. Eligió bien a su marido —respondió ella—. Es un buen hombre: su mundo no va más allá de su hogar y su familia. No anda en busca de aventuras.

Enarcando una ceja, Sophia preguntó:

—¿Y Rory sí?

—¿Por qué pensáis que me refería a Rory?

—Porque tengo ojos en la cara, Kirsty.

La muchacha se ruborizó.

—Sí, bueno. Sin embargo, no saldrá nada de ahí. Yo deseo tener hijos, una casa, un hogar, pero Rory sueña con cosas que están mucho más allá. Cuando mira la carretera solo se pregunta adónde lo llevará. No hay futuro con un hombre así.

—Mi padre era como él —dijo Sophia—, pero no lo atraían los vastos campos abiertos. La tentación, para él, era el mar. Siempre se maravillaba contemplándolo, viendo cómo aparecían incesantemente las olas y ansiando seguirlas hasta que rompieran en alguna costa lejana.

—¿Y lo hizo?

—No. —El mastín tiraba de la correa, con la cabeza inclinada para olisquear una mata de hierba, y la joven aminoró un poco el paso para permitírselo. La capa le pesaba sobre los hombros, y aprovechó la oportunidad para levantársela un poco—. Murió a bordo del barco que debería haberlo llevado al Darién. Arrojaron su cadáver por la borda.

La mención del desastre del Darién hizo que Kirsty se pusiera seria, como les ocurría a todos los escoceses al oírla. Debía de ser más joven aún que Sophia cuando aquello ocurrió, pero los trágicos detalles del Darién estaban grabados en la memoria de la nación que había puesto sus esperanzas de futura riqueza e independencia en los pocos barcos de colonos que

habían zarpado para fundar un asentamiento destinado a controlar la ruta comercial a la India a través de las Américas.

—Debió de ser un golpe muy duro para vuestra madre —dijo Kirsty.

—Nunca llegó a saberlo.

En efecto, pasaron muchos meses antes de que la triste noticia llegara a Escocia, junto con los rumores de que el asentamiento había sido un fracaso y los colonizadores habían tenido que abandonarlo. Para entonces ya había partido de Escocia una segunda oleada de animosos expedicionarios, entre los que se encontraba, bella y valiente, la madre de Sophia.

—Tuvo la fortuna —siguió contando Sophia— de no sobrevivir al viaje.

Porque al final, los supervivientes solo encontraron una amarga decepción: el asentamiento había sido abandonado, indefenso, y las tierras que les habían prometido que eran fértiles y ricas únicamente les ofrecieron epidemias y muerte.

James y Mary Paterson eran solo dos nombres más en la interminable lista de los que habían perecido por aquel ilusorio sueño que había sido el Darién.

—¿Cómo pudisteis superar una pérdida tan grande? —preguntó Kirsty.

—Yo era una niña entonces —respondió Sophia. Pero no le dijo que había tenido que sufrir mucho más en los tristes años que siguieron. Kirsty parecía ya demasiado apenada, y aquel no era un día para la tristeza—. En cierta ocasión oí decir a un sacerdote en un sermón que aquello no fue una tragedia, ya que sin duda el Señor tenía algún plan para hacer que de allí saliera algo bueno. Y aquí estoy yo ahora, así que debía de ser cierto.

De haber vivido mis padres, yo jamás habría venido a Slains y tú y yo no nos habríamos conocido.

Consolada, Kirsty respondió:

—Sí, eso sí habría sido una tragedia.

Y, tomando la mano de Sophia, la estrechó mientras las dos caminaban y charlaban de cosas menos desoladoras.

Pasaron por los Bullers y en esta ocasión no se pararon a mirar, pero cuando llegaban a Dunbuy y Hugo intentó conseguir de nuevo que aflojaran un poco la correa y le permitieran dar buena cuenta de un ave marina, Kirsty de detuvo, señaló la costa con el dedo y exclamó:

—¡Hay un barco frente a Slains!

Sophia miró y también lo vio. Las velas estaban recogidas y el casco se balanceaba y se movía en torno al ancla, a cierta distancia de la costa.

—¿Es el *Royal William*? —preguntó.

Kirsty se llevó la mano a la frente para hacer visera y sacudió lentamente la cabeza.

—No. No es un barco escocés.

Sophia sintió una presión en su mano, pero en esta ocasión no la ejercía Hugo, sino Kirsty.

—Venid, no podemos detenernos aquí. Debemos volver enseguida.

Sophia no entendía a qué venía tanta urgencia, pero pudo notarla en su propio ser mientras corría por el camino de los acantilados, jadeando para mantener el paso de Kirsty, con el mastín tirando de la correa e impulsándola a correr todavía más.

Pudo ver cómo los hombres del barco arriaban al agua una barca con varias personas a bordo, y su carrera, sin saber por qué, se transformó en una competición entre ellas y la barca para lograr llegar al

castillo antes de que los fuertes brazos de los remeros consiguieran dejar a los hombres en la playa.

Cerca ya de la tapia del huerto, el mastín se liberó de su mano rompiendo la correa con la que lo sujetaba, y corrió hacia las cuadras como una centella, con un único ladrido de bienvenida. Rory se hallaba de pie en el umbral, frotando con heno a su caballo para secarle los flancos sudorosos.

—Hemos visto las velas desde Dunottar. La condesa está ya en la casa —anunció.

—¿Y el barco? —preguntó Kirsty sin aliento—. ¿Es el...?

—Sí. Entrad enseguida, antes de que os echen de menos a las dos.

No dijo nada más, sino que volvió rápidamente a su tarea y Kirsty estrechó de nuevo la mano de Sophia.

—Venid —la urgió.

Sophia entró con ella por la puerta de la cocina sin saber qué le aguardaba dentro, ni por qué era tan importante aquel barco, ni si los hombres que remaban hacia la playa al pie del castillo, y que tal vez habían llegado ya a él, traían consigo algo agradable o algo que debería inspirarle temor.

8

Desperté en la butaca con la helada luz gris de la mañana y la sensación de un frío entumecedor. En la confusión de la recuperada conciencia, miré a mi alrededor y advertí que la lámpara que había dejado encendida la noche anterior estaba apagada, igual que la pequeña estufa eléctrica enchufada en la pared a mis pies. Después, al espabilarme un poco más comprendí lo que había ocurrido: una rápida mirada a la cajita negra colocada sobre la puerta me confirmó que el contador ya no daba vueltas. Las agujas estaban inmóviles sobre la zona roja. Había gastado todas las monedas y ahora me había quedado sin electricidad.

Y, lo que era todavía peor, me había quedado dormida antes de haber puesto carbón en la cocina para la noche, y el fuego se había apagado también. El horno, cuando me acerqué a tocarlo, no estaba ni siquiera tibio.

Solté un taco rotundo y sentido, aprovechando que mi madre no estaba allí para oírme, y poniéndome de rodillas comencé a rastrillar los carbones apagados y las cenizas que los cubrían, con la esperanza de que eso bastara para prender de nuevo el fuego.

Aún estaba en ello cuando vino a buscarme Graham para dar nuestro paseo. Debí de ser toda una visión para él cuando le abrí la puerta con el rostro tiznado y las ropas completamente arrugadas por haber dormido con ellas, pero fue lo bastante amable para no hacer ningún comentario al respecto; solo las arruguitas cada vez más marcadas que se formaban en torno al rabillo de sus ojos

mientras le explicaba la situación fueron el único indicio de que encontraba algo divertido en todo aquello.

—¡Y ahora resulta que no consigo encender el horno de nuevo! —concluí expresando mi frustración—. Como está conectado al calentador de agua, tampoco tengo agua caliente para lavarme, y…

Graham me interrumpió:

—Estás muy bien —dijo, tranquilizándome—. Por qué no vas a buscar algo de abrigo para ponerte encima de esa blusa, mientras yo me ocupo de todo esto, ¿de acuerdo?

Lo miré agradecida.

—De acuerdo.

Hice algo más que enfundarme simplemente un jersey; me restregué bien la cara, sin preocuparme por el agua helada, y empleé un peine mojado para devolver un poco de orden a mis cabellos. Cuando hube acabado, mi imagen en el espejo estaba algo más presentable. No era el rostro que yo había esperado mostrarle cuando llegara, pero al menos podía soportarlo.

Ya en la cocina encontré a Graham ocupado hirviendo agua en la pequeña estufa eléctrica. La atmósfera estaba algo más tibia por el fuego que había conseguido encender en la cocina económica y la lámpara que yo había dejado encendida en la habitación de delante junto a mi butaca daba luz de nuevo. Fui hacia ella para apagarla y me agaché para enchufar la estufa eléctrica.

—Muchas gracias —le dije.

—No hay de qué. No has desayunado, ¿verdad? Necesitarás comer algo antes de salir. Será un largo paseo. ¿Qué tomas, té o café?

Alargaba el brazo para buscar en los armarios, con la seguridad de alguien que sabe dónde estará cada cosa, y me pregunté si él, al igual que Stuart, se habría instalado allí alguna vez. Saber que Stuart había vivido en la casa a temporadas no me había afectado, pero pensar que Graham tal vez durmió en alguna ocasión en el pequeño dormitorio de atrás, en mi cama, era muy diferente. Alejé de mi mente aquel pensamiento perturbador y le pregunté:

—¿Cómo te las has arreglado para conseguir que funcionara el contador?

Lo cierto era que, en estos tiempos, la gente no solía ir por el mundo con los bolsillos llenos de monedas de cincuenta peniques.

—Es un truco —dijo sonriendo— que Stuie me enseñó en cierta ocasión y que yo le juré que jamás revelaría a nadie. No querría que los inquilinos de papá aprendieran la manera de hacerlo.

El agua de la jarra hervía ya. Él la apagó y me preguntó de nuevo:

—¿Té o café?

—Oh, café, por favor.

Eligió una sartén, me preparó unos huevos fritos y una tostada, y me lo sirvió todo junto con una loncha de queso.

—Es solo para cargarte con un poco de peso —me dijo—, para evitar que el viento te saque del camino.

Cogí el plato y miré a través de la ventana.

—Hoy no hace viento —observé.

—Vamos, desayuna.

Tras preparar otra taza de café para él, vació el resto del agua caliente sobre la sartén y la limpió mientras yo lo miraba y trataba de pensar en la última vez que un hombre había cocinado para mí y había lavado los platos después. Como la mente se me quedó totalmente en blanco, pasé a otra cosa.

—¿Qué tal está Angus? ¿Cómo tiene la pata?

—Ya no le duele tanto, pero, si tratara de recorrer todo el camino hasta los Bullers, volvería a dolerle. Por eso lo he dejado con mi padre durante el día. Estará la mar de bien. Papá siempre lo atiborra de salchichas.

Aclaró la sartén y la puso a secar en la escurridera.

Su mención de los Bullers hizo que me quedara paralizada a medio comer mi tostada. «¡Vaya por Dios!», pensé. No había puesto por escrito mi sueño. Había tenido un largo y maravilloso sueño esa noche con las acciones perfectamente concatenadas, y yo iba a dejar que todo aquello se desperdiciara porque no se me había

ocurrido anotarlo. Ahora se perdería por completo. Concentrándome mucho, tal vez podría reconstruir algunos fragmentos de él, pero el diálogo desaparecería sin más, a menos que lo escribiera sobre el papel enseguida.

Suspiré diciéndome que no debía preocuparme, que esas cosas pasan con frecuencia, sin que se pueda hacer nada para remediarlo. Me consolé porque, al despertar, el frío me había distraído por completo de todo y porque la necesidad más apremiante para mí había sido evitar morir congelada en la habitación principal de la casa.

Una habitación, por cierto, que ahora notaba mucho más caliente, aunque no sabría decir si era por el calor que desprendía la cocina o porque Graham Keith estaba a unos pocos pasos de mí; había cruzado la habitación y miraba los planos del castillo de Slains que yo había extendido sobre mi mesa de trabajo.

—¿De dónde los has sacado?

—Me los ha prestado el doctor Weir.

—¿Douglas Weir? ¿Te has puesto en contacto con él?

—Tu padre me concertó una entrevista.

—Ah, claro. —Su breve sonrisa expresaba indulgencia filial—. Papá tiene muchos contactos. Dale tiempo y te presentará a la mitad de los habitantes del pueblo. ¿Qué te pareció el doctor Weir?

—Me cayó bien. Y también su esposa. Me ofrecieron un whisky. —Después de decir eso me di cuenta de que sonaba como si los dos hechos estuvieran relacionados el uno con el otro, así que proseguí, tartamudeando—: El doctor me explicó un montón de cosas acerca de la historia del castillo y de los condes de Erroll.

—Sí, hay pocas cosas que él no sepa acerca del castillo.

—Eso mismo es lo que me dijo él de ti, y de los jacobitas.

—¿De verdad? —Sus cejas se alzaron, expresando interés—. ¿Y qué más te dijo acerca de mí?

—Solo que piensa que también eres un jacobita.

No diré exactamente que sonriera al oír mis palabras, pero las comisuras de sus ojos se arrugaron.

—Sí, hay algo de verdad en todo ello. De haber nacido en otra época podría haberlo sido. —Recorrió suavemente con el dedo una esquina del plano de Slains, y preguntó—: ¿A quién más te ha aconsejado mi padre que visites?

Se lo dije hasta donde me fue posible recordarlo, acabando con la visita al fontanero.

—Tu hermano dice que, en vez del fontanero, me llevará él a hacer un recorrido en su coche.

—¿Has visto cómo conduce?

—Le dije que preferiría poner mi suerte en manos del fontanero…

Graham sonrió al oírme.

—Si quieres yo te llevaré a hacer ese recorrido cualquier fin de semana —propuso.

—¿Eres un conductor más seguro?

—¡Por supuesto que sí! —respondió—. Que sepas que me paso todos los domingos llevando en coche a ancianitas hasta Kirk. No tienes nada que temer.

En realidad, iría con él a cualquier parte. Claro que si mi madre hubiera sabido que estaba a punto de ir a dar un paseo por un peligroso sendero de la costa con un hombre al que apenas conocía, le habría dado un ataque de apoplejía. Pero yo sabía instintivamente que Graham decía la verdad; que no tenía nada que temer estando con él. Que él me protegería.

Aquel era un sentimiento nuevo para mí; se instalaba en mi interior de una manera extraña, pero me gustaba la sensación que me infundía. Me gustaba su forma de caminar a mi lado, junto a mí pero sin atosigarme, y que me dejara ir delante de él por el camino, para que yo pudiera fijar el ritmo de la marcha.

Seguimos el camino que bajaba de Ward Hill hasta encontrarnos en el mismo barranco, con sus tranquilos árboles entrelazados y el arroyo, que había cruzado con Jane dos días atrás, cuando ella y yo subimos desde el pueblo hasta Slains. Hoy el terreno estaba algo más seco. Mis botas no resbalaron cuando cruzamos la pasarela y

subimos por la ladera hasta alcanzar de nuevo el nivel de los acantilados.

Podía ver al frente las alargadas ruinas de Slains, con la torre de planta cuadrada que se alzaba en su extremo directamente sobre el mar. Me fijé en las ventanas, intentando adivinar cuáles debían de ser las de la habitación de Sophia. Me habría gustado pasar unos minutos más en el castillo, pero esa mañana había otra pareja recorriendo el recinto exterior entre voces y risas; esos turistas hacían que la atmósfera no fuera la misma que la vez anterior. Graham también debió de acusar esa diferencia, porque no aminoró el paso; yo lo seguí dando la espalda a Slains para tomar de nuevo el camino que bordeaba la costa.

Encontré turbador el siguiente trecho del sendero. No porque caminara por él, ya que en realidad no resultaba tan difícil para alguien acostumbrado a pasear por zonas agrestes, sino por la sensación de que todo cuanto me rodeaba, todo aquel paisaje, me resultaba familiar. Yo ya había tenido en mi vida fogonazos de *déjà-vu*. Le ha pasado a la mayoría de las personas. Yo los había tenido de vez en cuando; la sensación fugaz de haber realizado determinada acción con anterioridad, o haber mantenido en otro momento la misma conversación. Pero esos fogonazos tan solo duraban un instante. Jamás había sentido esta larga y prolongada sensación, o más bien certeza, de que había pasado antes por aquel camino. De que allí mismo, si miraba a mi derecha, vería…

—Dunbuy —dijo Graham, que se había acercado para ponerse justo detrás de mí en el camino, en el lugar donde me había detenido—. Significa la…

—Roca amarilla —completé por él, lentamente.

—Sí. Lo que la hace amarilla es el guano de todas las aves marinas que anidan allí. En cuanto llega la primavera, Dunbuy queda totalmente cubierta por ellas; el ruido es ensordecedor.

La roca estaba casi abandonada ahora, en invierno, salvo por unas pocas malhumoradas gaviotas posadas encima y que ni

siquiera nos miraron. Pero en mi interior pude oír el griterío de todas aquellas aves de las que me hablaba. Podía verlas, recordarlas…

Fruncí el ceño, me volví y seguí adelante, todavía con la sensación de conocer ya todo cuanto veíamos. Podría hallarme en las calles de la ciudad donde había crecido, tan grande era mi seguridad.

Supe, sin que Graham me lo anunciara, cuándo estábamos llegando a los Bullers de Buchan. En un primer momento, no distinguí nada digno de interés; tan solo había diversas casitas bajas muy apiñadas, construidas al borde de otro profundo acantilado, y delante de ellas un sendero empinado y sinuoso que conducía a lo que parecía ser una simple elevación del terreno. Salvo que yo sabía, antes de que iniciáramos el ascenso por aquel sendero, qué era lo que nos esperaba al final. Sabía de antemano qué aspecto tenía, sin haberlo visto: una abertura circular, como la gruta de un gigante, tallada en el borde del acantilado, donde el mar había erosionado las paredes de una enorme caverna hasta hacer que se desmoronaran y se hundiera el techo, dejando solo una estrecha franja de piedra que semejaba un arco de entrada; a través de él penetraba con tal fuerza el oleaje, que el mar parecía hervir cuando me aproximé al borde para mirar hacia abajo.

Graham, que estaba de pie a mi lado con las manos en los bolsillos, parecía también formar parte de aquel recuerdo, hasta el punto de que me pregunté si aquello no sería lo que sentían las personas cuando empezaban a volverse locas.

Podía oír que me hablaba, aunque solo vagamente. Me contaba la historia de los Bullers y de cómo su nombre procedía probablemente de la palabra francesa *bouilloire* (cazuela), o de su equivalente inglesa, y de que en el pasado las embarcaciones pequeñas acudían a resguardarse allí del ataque de los corsarios, o para contrabandear y evitar las patrullas de los guardacostas escoceses.

Hasta cierto punto, yo me tomaba todo aquello con tranquilidad pero, por otra parte, mis pensamientos se agitaban tan

violentamente como las olas lo hacían abajo. No creía que Graham lo notara, pero mientras me contaba que en cierta ocasión él y su hermano habían rodeado con sus bicicletas el borde de los Bullers cuando eran más jóvenes e inconscientes y que él casi había perdido el control de la suya y había estado en un tris de caerse del delgado puente de tierra no muy lejos de donde ahora nos encontrábamos, interrumpió su relato y me observó con mirada penetrante.

—¿Estás bien? —preguntó.

Mentí, y le contesté:

—Es solo que no me gustan las alturas.

No se movió ni un centímetro, ni sacó las manos de los bolsillos, pero me miró con su sonrisa de pirata, y dijo:

—Bueno, no te preocupes. No permitiré que caigas.

Sin embargo, yo sabía que era demasiado tarde; ya había caído, aunque no podía confesárselo, y menos todavía contarle lo que había sentido durante nuestro paseo hasta allí, no lo que todavía sentía. Era una locura. Habría huido de mí corriendo.

La sensación de *déjà-vu* me acompañó durante todo el trayecto de vuelta y se agudizó aún más cuando vi los dentados muros de Slains; por eso me alegré de dejarlos atrás y de que nos adentráramos por el sendero dentro del bosque. En la pasarela que cruzaba el arroyo, me pareció que Graham vacilaba, y esperé que me propusiera tomar el sendero de la derecha y que nos detuviéramos en un pub a almorzar; pero seguimos caminando hacia Ward Hill y a través de la hierba hasta pararnos ante la entrada de la casa.

Estaba callado, por lo que me sentí en la obligación de llenar adecuadamente aquel silencio diciéndole que había pasado un rato muy agradable.

—Me alegro —respondió—. También lo ha sido para mí.

Me aclaré la garganta.

—¿Te apetece entrar a tomar un café o cualquier otra cosa?

Yo sabía que Stuart habría aprovechado de inmediato aquel «cualquier otra cosa», pero Graham lo interpretó sin malicia y

respondió:

—Hoy no puedo. Debo regresar a Aberdeen. Tengo un montón de papeles que esperan ser revisados.

—Oh…

—Pero el próximo fin de semana te llevaré a hacer ese recorrido en coche por la zona, si quieres.

—Sí, por favor —respondí, tal vez demasiado precipitadamente.

—¿Qué día te iría mejor, el sábado o el domingo?

—Cualquiera de los dos.

—Pues pongamos el sábado, entonces. Vendremos a buscarte a las diez, como hoy, si no te parece demasiado temprano.

—¿Vendremos? —repetí, extrañada.

—Angus y yo. A Angus le chiflan las excursiones en coche, y seguro que se quejaría si lo dejara en casa.

Sonreí, y le dije que las diez me parecía una hora excelente. Le di las gracias nuevamente, me despedí de él y entré en la casa.

Pero mi actitud desenfadada se evaporó en cuanto crucé la puerta; sonreí como una colegiala que regresa de su primera cita. De pie en la cocina, algo apartada de la ventana para que él no descubriera que lo observaba, vi cómo cogía un guijarro del camino, lo lanzaba hábilmente hacia el mar con gesto desafiante y después golpeaba con una de sus botas una mata de hierba, mientras con aire satisfecho bajaba por la ladera hacia la carretera.

No me sentía con demasiados ánimos cuando me senté a escribir.

Sabía que ya se habría ido. Que hacía mucho rato que mi sueño de la pasada noche habría desaparecido. Que no me serviría de nada intentar recordarlo.

Pero cuando me volví hacia la pantalla del ordenador y mis dedos tocaron el teclado, me llevé una sorpresa. Después de todo, no lo había perdido. Estaba allí, entero, y a medida que lo ponía por escrito, evocaba todos los detalles que había soñado. Aquello no me había sucedido nunca, que yo recordara, en todos los años que

llevaba escribiendo. Me sentía… bueno, como le había dicho a Jane, me sentía como debe de sentirse una médium cuando hace de conducto para que se expresen los muertos.

El relato fluía fácilmente desde mi subconsciente como una corriente rápida. Vi la cara burlona de Billy Wick, el jardinero, y la sonrisa de la hermana de Kirsty en su casita, con los niños jugando con el dócil mastín; sentí la tristeza de Sophia cuando hablaba de sus padres, su emocionada expectación cuando vio el barco anclado cerca del castillo, su confusión mientras corría hacia la casa con Kirsty, así como la advertencia de Rory de que entraran enseguida, antes de que la condesa las echara de menos.

Esa noche, lo que escribí fue más allá del sueño. Y hubo más cosas aún.

IV

No tuvo tiempo para cambiarse de vestido antes de que la condesa la llamara. Acababa de llegar a su aposento y había visto con sus propios ojos, en el espejo, el singular desorden de sus cabellos y el vivo rubor que la carrera a lo largo del borde de los acantilados había dejado en sus mejillas.

Y allí estaba Kirsty, jadeando también, que llamaba a su puerta para decirle que la condesa había pedido que Sophia se reuniera con ella en el piso de abajo, en el salón.

—No puedo presentarme así —se lamentó Sophia.

—Oh, estáis bien. Solo vuestro pelo necesita un retoque. —Con manos tranquilizadoras, la doncella ayudó a Sophia a domar sus rizos y a sujetarlos de

nuevo en la posición adecuada—. Y ahora id a verla. No debéis hacerla esperar.

—Pero mi vestido está manchado de barro...

—Ella no se dará cuenta —le prometió Kirsty—. Id.

Sophia fue a verla. En el salón encontró a la condesa en un estado de aparente calma, pero estaba de pie junto a las ventanas de la estancia, como si previera algo y no quisiera que la pillara sentada cuando sucediera. Tendió los brazos hacia Sophia, sonriendo.

—Venid junto a mí, hija mía. Hoy tendremos unos visitantes que tal vez se queden en casa durante un mes o más. Deseo que estéis a mi lado cuando les dé la bienvenida.

Sophia estaba asombrada y conmovida.

—Me hacéis un gran honor, señora.

—Sois un miembro de esta familia —siguió la condesa—. Es oportuno que ocupéis el lugar que ocuparían mis propias hijas si no estuvieran ya casadas y se hubieran alejado de mí. —Hizo una pausa como si lo que fuera a decirle a continuación requiriera pensarlo muy bien y sopesarlo—. En los próximos meses, Sophia, vais a ver y a escuchar muchas cosas entre estas paredes. Os ruego que tratéis de entenderlas y que encontréis el modo de que ninguna de ellas turbe vuestra conciencia.

Se oyeron pasos firmes en el vestíbulo, así como voces, y al momento entró Kirsty que anunció, desde la puerta abierta, a los visitantes:

—Señora, han llegado el coronel Hooke y el señor Moray.

Para Sophia, el instante que siguió a aquel anuncio quedaría para siempre grabado a fuego en su memoria. Jamás lo olvidaría.

Dos hombres cruzaron el umbral para entrar en el salón, pero ella no vio más que a uno. El que entró en primer lugar, con el sombrero en la mano, y que cruzó la estancia para acercarse a saludar a la condesa, podría haber sido meramente una sombra, pues no le prestó ninguna atención. Tenía los ojos clavados en el que iba detrás, que ahora estaba de pie a dos pasos del otro, con la actitud marcial de un soldado.

Era un hombre apuesto, no demasiado alto, pero con los hombros anchos y las piernas musculosas del que no lleva una vida de regalos y privilegios, sino que se la gana con su trabajo. Lucía peluca, como exigía la moda a cualquier caballero, pero mientras que las pelucas de la mayoría de los hombres eran largas y les caían aproximadamente hasta los hombros, la suya era corta por los lados y por la parte superior, estirada hacia atrás y atada con una cinta para formar una cola que le caía limpiamente por la espalda. Vestía una prenda de piel, sin cuello y sin mangas, abierta por los costados para permitirle montar a caballo, con una larga hilera de botones redondos por delante. También llevaba una capa negra, sujeta a los hombros, tan amplia que llegaba hasta la mitad de la espada que colgaba del amplio cinto dispuesto en bandolera sobre su hombro derecho. Las mangas de la camisa eran sencillas, al igual que el pañuelo que llevaba anudado al cuello, y sus ajustados pantalones terminaban a la altura de sus rodillas, donde se embutían en fuertes botas militares, no en zapatos con hebillas y medias.

A Sophia le pareció que componía la imagen de un hombre orgulloso e inflexible, aunque en aquel apuesto e impasible rostro sus ojos grises mostraban una expresión amable. Se cruzaron en silencio con los de

ella, y a partir de ese instante Sophia ya no pudo apartarlos de él.

Apenas podía respirar, en realidad. Por eso se sintió aliviada al oír que la condesa pronunciaba su nombre para presentarla al primer caballero, que ahora estaba de pie muy cerca de ella.

—Coronel Hooke, permítame presentarle a Sophia Paterson, la sobrina de mi difunto primo, que ha venido a vivir conmigo a Slains y a aportar un poco de luz a mis días.

El coronel Hooke era más alto que su compañero militar y sus ropas estaban mejor cortadas, con mangas de lienzo fino y ribetes de costoso encaje. Llevaba la clásica peluca alta que Sophia estaba más acostumbrada a ver, y sus modales eran los de un gentilhombre.

—A vuestro servicio —dijo él, inclinándose para besarle la mano. Sophia observó que tenía un agradable acento irlandés. Después, se dirigió a la condesa—: Y, a mi vez, desearía presentaros a mi compañero de viaje, el señor Moray, hermano del señor de Abercairney.

—Ya nos conocemos —observó sonriendo la condesa, y siguió dirigiéndose al silencioso señor Moray—: Aún no han pasado cuatro años, señor, creo que fue en Edimburgo. Vos viajabais con vuestro tío, y recuerdo que tuvisteis la amabilidad de traerme ciertas cartas para mi esposo.

Él asintió y cruzó la estancia para saludar respetuosamente a la condesa. Sophia, que aguardaba con los ojos bajos, escuchó de repente su profunda voz escocesa, diciéndole:

—Para serviros, señorita Paterson.

Asió firmemente con la suya la mano de la joven, y en aquel rápido y breve contacto se produjo una descarga

eléctrica y ardiente que recorrió el brazo de ella. Por toda respuesta, Sophia murmuró unas palabras incoherentes.

—¿Debo entender que vuestro hijo no se encuentra con vos en Slains? —preguntó el coronel Hooke a la condesa.

—No está aquí, en efecto. Pero lo esperamos en breve. Tengo varias cartas suyas que desea que os confíe. —Su tono se volvió serio de pronto—. ¿Sabéis ya que la Unión ha sido ratificada por el Parlamento?

Dio la impresión de que a Hooke no le sorprendía aquella noticia.

—Me lo temía —asintió.

—El hecho se ha producido con la decidida oposición y disgusto de nuestro pueblo; los pares y otros señores, juntamente con los miembros del Parlamento, han regresado ya a sus residencias en el campo. Tan solo mi hijo, el conde de Marischal y su excelencia el duque de Hamilton permanecen aún en Edimburgo. Pero, según me informan, los dos últimos se encuentran gravemente enfermos y no están en condiciones de viajar.

—Lamento oír eso —dijo Hooke frunciendo el ceño—. Escribí al duque de Hamilton antes de que nuestro barco zarpara, rogándole que enviara a alguna persona bien aleccionada que me esperara aquí.

La condesa asintió.

—Envió, en efecto, a un sacerdote, el señor Hall, que sirvió amablemente de guía a la señorita Paterson en su viaje al norte desde Edimburgo. El señor Hall accedió a permanecer con nosotros y os esperó durante un mes, pero no podía quedarse más.

Hooke no ocultó su decepción.

—Nos hemos visto retenidos en Dunkerque las pasadas semanas. Los vientos eran desfavorables.

Dunkerque, pensó Sophia. Así, pues, provenían de Francia. Y, a juzgar por la palidez del semblante de Hooke, su viaje no había sido precisamente placentero.

La condesa, a la que pocas cosas se le escapaban, debió de llegar a la misma conclusión, puesto que le aseguró al coronel Hooke que su demora no suponía ningún trastorno.

—Pero sin duda vuestras mercedes deben de estar muy fatigadas después de tan largo viaje. Leed las cartas, coronel, y reposad. Ya tendremos tiempo de charlar cuando hayáis descansado.

—Sois muy amable. Es cierto que los viajes en barco no contribuyen mucho a mejorar mi salud. Preferiría montar el caballo más indómito a surcar un mar en calma.

Sophia dirigió valientemente la mirada al lugar donde se encontraba el señor Moray, que guardaba un silencio paciente. Se fijó en que el mar no parecía haber afectado en absoluto su salud. Parecía acostumbrado a permanecer de pie todo el día, como estaba ahora, dejando que otros llevaran el peso de la conversación. Recordó una frase que solía decirle su padre: «Los hombres que observan y hablan poco son a menudo mucho más sabios que aquellos a los que sirven». Tenía la sensación de que, en el caso de aquel hombre, la opinión de su padre podía ser acertada.

Consciente de que la joven lo miraba, los ojos grises del señor Moray se movieron despacio hacia ella, y Sophia advirtió que no tenía ningún deseo de romper el contacto entre ambos.

—Venid, Sophia, dejaremos descansar un rato a nuestros visitantes —dijo la condesa, y salió de la sala tras despedirse amablemente de los dos caballeros,

seguida por Sophia, que hizo lo mismo sin atreverse esta vez a devolver la mirada del señor Moray.

La joven encontró refugio en el pequeño cuarto de coser, en el que, por espacio de una hora, más o menos, se debatió infructuosamente con su labor de punto de aguja intentando no pensar en ninguna otra cosa. Tenía los dedos doloridos por los pinchazos cuando al final renunció y fue a buscar a Kirsty, esperando que la compañía de esta tuviera éxito donde la soledad había fracasado.

Dada la hora del día, y con huéspedes en la casa, Kirsty debería estar poniendo la mesa del comedor para la cena, pero no se encontraba allí. Sophia permaneció aún en la estancia unos momentos, sin saber qué hacer, cuando el frufrú de un vestido de mujer, unido al eco de unos pasos varoniles y medidos que se acercaban por el pasillo, cortó sus pensamientos.

La voz de la condesa de Erroll era grave.

—Por lo tanto, coronel, os aconsejo que no os precipitéis. Comprobaréis que la situación de sus negocios ha cambiado notablemente en los últimos meses. Todo el mundo lo ha abandonado, y hasta los que estaban mejor dispuestos han roto abiertamente con él. Se sospecha que mantiene correspondencia con la corte de Londres, por lo que convendría que fuerais precavido antes de confiar en él.

Se hallaban junto a la puerta abierta del comedor. Sophia se alisó el vestido, enlazó las manos y se apresuró a preparar una explicación de su presencia allí, porque lo más probable era que entraran en el comedor de inmediato. Pero no lo hicieron. Los pasos y el roce del vestido de mujer pasaron de largo la puerta, y siguieron por el pasillo. Cuando Hooke habló de nuevo

estaba ya demasiado lejos para que Sophia pudiera distinguir sus palabras.

La joven se sintió aliviada. No había pretendido en absoluto escuchar una conversación privada, y habría lamentado tener que decirle a la condesa que la había oído, aunque fuera accidentalmente. Con los ojos cerrados, aguardó otro minuto antes de salir de nuevo al pasillo para ir a buscar a Kirsty.

No habría sabido decir de dónde venía el señor Moray, ni cómo era posible que una botas como las de él pudieran avanzar por el entarimado del suelo sin hacer ningún ruido. Solo sabía que, en cuanto salió al pasillo por la puerta del comedor, se lo encontró allí mismo y, de no ser porque él, en un rápido movimiento reflejo, la agarró por los hombros, la colisión entre ambos habría menoscabado algo más que su compostura.

Él tampoco esperaba encontrarla allí, evidentemente, porque su primera reacción fue proferir una maldición, que se apresuró a retirar pidiendo disculpas.

—¿Os he hecho daño? —preguntó.

—No, en absoluto —respondió Sophia, soltándose rápidamente (demasiado rápidamente, tal vez) de las manos que la sujetaban—. La culpa ha sido mía. No miraba por dónde iba.

El señor Moray parecía más alto visto tan de cerca. Si la joven mantenía la vista fija en línea recta, sus ojos quedaban a la altura de la garganta del soldado, por encima del nudo del pañuelo que llevaba al cuello. El se había quitado la chaqueta de piel para enfundarse una casaca de paño de lana verde oscuro, con botones de plata. Sophia no se atrevía a mirarlo a la cara.

Él pareció interesado por la voz de Sophia.

—Vuestro acento no parece de Edimburgo —observó.

A la joven no se le ocurría cuál podía ser el motivo de semejante extrañeza, hasta que recordó que aquella misma tarde la condesa había dicho a sus visitantes que el señor Hall había viajado con Sophia desde Edimburgo. Le sorprendió que el señor Moray hubiera caído en la cuenta de aquel detalle sin importancia.

—No. Edimburgo fue solo una etapa en mi viaje —aclaró.

—¿De dónde procedéis, entonces?

—De los condados del oeste. No os digo la ciudad porque no la conoceríais.

—Puede que os sorprendan mis conocimientos de aquella parte del país.

Se la mencionó y, en efecto, el señor Moray asintió.

—Sí, está cerca de Kirkcudbright, ¿verdad? —Sophia notó que el señor Moray la observaba con curiosidad—. Entonces, ¿sois presbiteriana?

No podía decirle que, en realidad, no era nada; que, con los años que había vivido en la casa de su tío, hacía mucho tiempo que había perdido la fe. Sin embargo, respondió:

—Mis padres lo fueron, y yo fui bautizada en esa fe, pero mis tíos me educaron como episcopaliana.

—Eso lo explica todo.

La curiosidad movió por fin a la joven a levantar la vista, y se fijó en el rostro sonriente de él.

—¿Qué es lo que explica?

—Que no tengáis la cara larga y desaprobadora de una presbiteriana. Porque a una joven temerosa de Dios y que asiste habitualmente a las congregaciones presbiterianas no se le pasaría por la imaginación correr tan libre y atrevidamente por las colinas que dominan la playa, a la vista de Dios y de cualquiera. ¿O acaso no

erais vos la persona a la que he visto esta tarde cuando nuestros remeros nos conducían a tierra?

Ella se quedó mirándolo sin responder nada, porque estaba muy claro que no esperaba una respuesta.

—No temáis, muchacha —le dijo—. No hay razón para que pongáis esa cara. Aparte de que, aunque yo tuviera la descortesía de descubriros, nadie iba a castigaros por ello. Pero, en el futuro, si deseáis mantener en secreto vuestros placeres, haríais bien en quitaros las manchas de barro de vuestro vestido antes de recibir a vuestros invitados.

Tras darle este pequeño consejo, se despidió solemnemente de Sophia y la dejó en el pasillo, mientras ella...

El teléfono sonó con fuerza por segunda vez. Como tijeras que rasgan la tela, destruyó con absoluta eficacia el flujo de las palabras y mi disposición; con un suspiro, me levanté para ir a responder a la llamada.

—¿Llamo en mal momento? —preguntó mi padre al otro extremo de la línea.

—¡Claro que no! —mentí—. Acababa de terminar una escena. —Ahora que me habían sacado de mi trance de escritora era mucho más consciente de quién era yo, de dónde estaba y de quién se hallaba al teléfono. Comencé a preocuparme, porque mi padre no me llamaba casi nunca, así que pregunté—: ¿Ocurre algo malo?

—No, hija, estamos bien. Pero el otro día me devolviste a la pista de los McClelland. Últimamente no me he ocupado mucho de ellos, pero me dije que valdría la pena dedicar un minuto a buscar en internet y ver si había algo nuevo acerca de ellos en el IGI.

El IGI, o Índice Genealógico Internacional, es una de las herramientas más útiles para aquellos que investigan la historia de las familias. Fue creado, y está puesto al día, por la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cuyos miembros

recorrieron el mundo entero buscando todos y cada uno de los registros de matrimonios y de nacimientos de todas las iglesias que habían podido encontrar. Habían pasado a microfilm las páginas de esos registros, las habían transcrito y las habían catalogado. Ahora, con la llegada de internet, para gran satisfacción de mi padre, era mucho más fácil que antes acceder a esos índices.

Los índices se actualizaban constantemente. La última vez que mi padre los había consultado en busca de McClelland no había podido encontrar ninguna entrada que correspondiera a nuestros McClelland, los mencionados en la antigua Biblia de la familia. Pero en esta ocasión…

—¡Lo he encontrado! —anunció mi padre, con la satisfacción del que ha hecho un descubrimiento que le consta que su interlocutor entenderá y compartirá—. Han incluido datos de algunas iglesias más desde la última actualización y, cuando me conecté anoche, estaba allí: la boda de David John McClelland con Sophia Paterson, celebrada el 13 de junio de 1710 en Kirkcudbright. ¡Ese es nuestro nombre! Pediré una copia del microfilm para examinarlo. Aunque probablemente no encontraré mucho más. Si los registros escoceses son semejantes a los de Irlanda del Norte, no mencionarán a los padres de la novia ni a los del novio, pero nunca se sabe. Podemos albergar alguna esperanza.

—¡Es magnífico, papá! —Aunque, de algún modo, en consonancia con lo que yo acababa de escribir, no me gustaba que me recordaran que, en la vida real, Sophia Paterson había entroncado probablemente con una aburrida familia presbiteriana.

—Y aún hay algo más —aseguró mi padre—. Por eso te llamo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Recuerdo que me dijiste que pensabas atribuir a tu Sophia, la de tu nuevo libro, una fecha de nacimiento en torno a… ¿cuál era? ¿1689?

—En efecto.

—Bien, pues en el IGI también he encontrado el registro del bautismo de una Sophia Paterson en Kirkcudbright en diciembre de

1689. ¿Qué te parece esa coincidencia? No tengo el modo, por ahora, de asegurar que se trata de nuestra Sophia. No tenemos nada que nos permita establecer una referencia cruzada con ella. Pero si al menos conociéramos el nombre del padre de nuestra Sophia, podríamos ver si coincide con el que figura como tal en la partida de su bautismo.

—James Paterson —murmuré yo automáticamente.

—Es James, en efecto —dijo mi padre.

Pero había una nota de humor en su voz que expresaba su incredulidad acerca de que yo hubiera pronunciado ese nombre en serio. Solíamos bromear diciendo que siempre que descubríamos un antepasado nuestro, su nombre tenía muchas probabilidades de ser John o James o, en menor medida, David. Aquellos nombres eran muy comunes, por lo que era difícil seguirlos a través de los que constaban en los registros. Podía haber incontables James McClelland entre los censados en una población y eso nos obligaba a buscar detalles de cada uno de ellos antes de dar con el que perseguíamos. «Lo que necesitamos —solía decir mi padre— es un Octavius o tal vez un Horatio».

Me lo repitió ahora:

—He echado un vistazo rápido al registro escocés de últimas voluntades, pero, por supuesto, hay una larguísima relación de James Paterson y no tenemos forma de reducirla. No sé en qué fecha murió. Y, aunque lo supiera y consiguiese bajar de internet el testamento correspondiente, todavía faltaría que hubiese legado algo a David John McClelland o mencionado a una hija, Sophia McClelland, para que pudiéramos establecer una conexión entre ellos.

—¿Recuerdas si alguno de esos testamentos fue ejecutado en torno a 1699? —pregunté, casi sin querer conocer su respuesta.

Mi padre hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Por qué 1699?

Yo estaba pensando en mi personaje, Sophia, cuando describía a Kirsty el tipo de hombre que había sido su padre y cómo había

muerto a bordo de un barco que iba hacia el Darién. Si no me fallaba la memoria, las primeras expediciones escocesas al Darién habían comenzado en 1699.

—No, nada. No tiene importancia. Olvídalo —le pedí, y traté de desviar la conversación.

No siguió al teléfono mucho rato. Cuando nos despedimos, fui a prepararme una taza de café, pensando que tal vez, con la ayuda de un poco de cafeína, conseguiría empalmar de nuevo en el punto en el que había quedado interrumpido mi relato.

Pero no funcionó.

Estaba sentada simplemente ante el ordenador, viendo cómo parpadeaba el cursor en la pantalla, cuando mi padre volvió a llamar.

—¿Qué es lo que sabes que yo no sepa? —me preguntó.

—¿Perdona?

—He vuelto a consultar la página web de últimas voluntades de ciudadanos escoceses y he encontrado un testamento de 1699 suscrito por James Paterson, por el que legaba un tercio de sus bienes a su esposa, Mary, y otro tercio a dividir entre sus dos hijas, Anna y Sophia. —El silencio de mi padre sonaba a acusación—. Cierto que esto no significa que estuviera relacionado con nosotros, ni que su Sophia fuera la que se casó posteriormente con David John McClelland, pero aun así… ¿Por qué te interesaste por ese año en particular?

Me aclaré la garganta.

—¿A quién le correspondió el tercio restante?

—¿Qué?

—El último tercio de la herencia. ¿A quién se lo legó?

—A un amigo suyo. No recuerdo. Ah, sí, aquí está: John Drummond.

Fue mi turno de guardar silencio.

—¿Carrie? —preguntó mi padre—. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí, papá.

Pero no era del todo cierto, porque una parte de mí —lo sabía muy bien— se estaba deslizando hacia atrás en el tiempo, a través

de la oscuridad, hacia una niña llamada Sophia, que vivió con la severa familia, falta de amor, de su tío John —John Drummond— mientras soñaba con la hierba de los prados que en otros tiempos se mecía ante ella cuando los cruzaba, en el aire de la mañana impregnado de felicidad, y en la madre que ya solo vivía en su recuerdo.

9

Castle Wood estaba en silencio a aquella hora de la mañana. No había grajos revoloteando sobre las copas de los árboles, aunque vi unos pocos posados en algunas ramas altas, desnudas y retorcidas, que me observaron en silencio cuando pasé.

Los gnomos del jardín, más acogedores, me recibieron sonrientes desde el lugar donde se apiñaban junto al camino de acceso a la cuidada casa pintada de blanco. El doctor Weir pareció encantado de que hubiera ido a visitarlo.

—¿Qué tal marcha su libro? —preguntó, al tiempo que me introducía por la puerta principal en aquella atmósfera confortable y tradicional.

—Muy bien, gracias.

Colgó mi chaqueta en el perchero del vestíbulo.

—Pase al estudio, por favor. Elsie acaba de marcharse con una amiga de tiendas a Peterhead. Sentirá haberse perdido su visita.

Era evidente que el doctor lo había preparado todo para disfrutar de su día de soledad; junto al sillón orejero de piel del estudio había un ordenado montón de libros, y sobre la mesita de fumar aguardaba uno de aquellos grandes vasos de cristal tallado en los que habíamos bebido la otra noche, en el cual se había servido un generoso chorro de whisky.

—Es mi alimento de la mañana —se justificó el doctor Weir—. Siempre he opinado que la antigua forma de comenzar el día era mucho más interesante; mejor que los copos de maíz remojados en leche.

Sonreí.

—Siempre había creído que cuando aquí hablaban de desayuno se referían a tomar una tostada con una cerveza fuerte.

—Ya he comido la tostada. Pero en Escocia hacemos las cosas de una manera algo distinta —dijo—. Un hombre puede desayunar perfectamente una tostada y cerveza, pero no es un hombre cabal si no lo remata con un trago de buen whisky escocés.

—¡Caramba!

Respondió a mi exclamación con una sonrisa.

—Pero podría prepararle un té si lo desea.

—La verdad es que no me importaría tomar yo también uno de esos desayunos, si le parece a usted correcto.

—¡Por supuesto que sí!

Sus cejas se enarcaron durante una fracción de segundo, pero no dio la sensación de sorprenderse en absoluto cuando me vio instalada, como en la anterior ocasión, en el sillón tapizado junto a la ventana y con mi propio vaso de whisky en la mano.

—Veamos —prosiguió—. ¿Qué la trae a usted aquí esta mañana?

—En realidad venía a hacerle una pregunta.

—¿Algo acerca de Slains?

—No. Sobre una cuestión médica.

Aquello lo pilló por sorpresa.

—Oh, ¿sí?

—Me estaba preguntando si… —No iba a ser tan fácil como había imaginado. Tomé un sorbo de whisky—. Tiene que ver con la memoria.

—¿De qué se trata, concretamente?

No podía responder hasta ponerlo en antecedentes, y por eso empecé hablándole del libro y de cómo el proceso de escribirlo estaba siendo para mí algo completamente distinto de cuanto había experimentado hasta entonces, puesto que en ocasiones me sentía no tanto como quien crea una historia y la escribe sobre un papel, sino como quien intenta continuarla. Le hablé de cómo había elegido

a Sophia Paterson, mi antepasada, para que fuera el personaje que expresara mi punto de vista.

—No había nacido aquí —le dije—. Llegó de los alrededores de Kirkcudbright, en el oeste. La escogí porque necesitaba a alguien, a una mujer, que aglutinara a todos los personajes históricos.

Como todos los buenos médicos, el doctor Weir se había acomodado en el respaldo de su butaca para dejarme hablar sin interrumpirme. Pero asintió para hacerme ver que me comprendía. Yo seguí adelante:

—El problema está en que algunas cosas sobre las que escribo parecen ser algo más que mera ficción.

Y le puse algunos ejemplos: mi correcta suposición del nombre de pila del capitán Gordon y del de su barco, así como el nombre del capitán Hamilton, o cómo mi imaginado plano de las dependencias del castillo había coincidido tan exactamente con el que él me había facilitado. Le hablé también de mi paseo del día anterior por el sendero de la costa, aunque no le conté que no había ido sola, sino que me limité a darle cuenta de mi sensación de haber hecho antes aquel mismo recorrido.

—No pasa nada —le dije—, porque sé que probablemente existe alguna explicación sencilla para todo esto. He investigado mucho para este libro. Probablemente habré leído esos detalles en alguna parte, habré visto fotografías, y ahora puede que esté sencillamente recordando cosas que he olvidado que sabía. Pero, aun así… —Me pregunté cómo decírselo sin que sonara a locura—. Aun así, algunas de las cosas que he escrito son detalles que no puedo haber leído en ninguna parte. Cosas que no podía saber de antemano. —Le puse como ejemplo la fecha del nacimiento de Sophia, la muerte de su padre o el testamento en el que había hecho constar el nombre de su tío—. Mi padre consiguió dar con esos datos, con esos documentos, porque yo le dije dónde tenía que buscar. Pero ignoro cómo sabía dónde debía mirar. Es como si… —Me callé de nuevo, buscando las palabras, y luego, como no podía hacer otra que tomar aliento y lanzarme de cabeza a la cuestión, continué—: Mi padre

dice siempre que a mí me encanta el mar porque lo llevo en la sangre, ya que nuestros antepasados fueron constructores de barcos llegados de Belfast, en Irlanda del Norte. No lo dice literalmente pero, en vista de lo que me ha estado ocurriendo, me preguntaba si sabe usted si existe algo así como una… «memoria genética».

Detrás de las gafas, los ojos del doctor se tornaron pensativos.

—¿Me está preguntando si es posible que tenga usted recuerdos de Sophia?

—Sí. ¿Puede ser?

—¡Interesante pregunta! —dijo, y durante unos momentos permaneció en silencio, pensando. Luego respondió—: La memoria es algo que, hoy por hoy, la ciencia no comprende del todo. No sabemos exactamente cómo se forma un recuerdo, ni cuándo empiezan nuestros recuerdos, si en el nacimiento, en el vientre materno o si, como usted insinúa, los seres humanos heredamos recuerdos en nuestros genes. Los psicólogos de la escuela de Jung defenderían, en un sentido amplio, la existencia de semejante fenómeno: que algunos de nosotros compartimos conocimientos basados no en la experiencia, sino en el aprendizaje de nuestros antepasados comunes. Una especie de instinto profundo o, como Jung lo definía, el «inconsciente colectivo».

—Ya he oído antes esa expresión.

—Se trata de una teoría controvertida, aunque, hasta cierto punto, podría ser la explicación de las acciones de ciertos primates, chimpancés, que, criados aislados del grupo para que no pudieran aprender directamente algo de él, muestran ciertos conocimientos que los investigadores no saben cómo explicar, como emplear una piedra para abrir nueces con las que alimentarse, y otras habilidades semejantes. Pero buena parte de las teorías de Jung no son susceptibles de experimentación. Por ejemplo, su idea de que el recelo a las alturas propio del ser humano, podría haber llegado hasta nosotros a través de un pobre e infeliz antepasado prehistórico que se precipitó por un despeñadero y vivió para sacar una lección de aquel hecho. No es más que una conjetura —sentenció el doctor

—. Aparte de eso, la idea del «inconsciente colectivo» no alude a la posibilidad de recordar hechos concretos.

—Pues estos son sumamente concretos —observé.

—Así me lo parecen. —Me dedicó una nueva mirada, escrutándome como si fuera una de sus pacientes—. Si solo se tratara de una sensación de *déjà-vu*, le diría que fuera a ver a un especialista mañana mismo. El *déjà-vu* puede ser un efecto colateral de ciertos tipos de epilepsia o, más raramente, indicio de una lesión en el cerebro. Pero, por lo que usted me dice, deduzco que se trata de algo más. ¿Cuándo empezó?

Reflexioné antes de responder.

—Creo que fue la primera vez que vi el castillo.

—Muy interesante.

—¿Por qué se lo parece?

—Bien, decía usted que su antepasada procedía de la costa oeste de Escocia, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, es improbable que hubiera visto Slains.

—Bueno, sabemos que nació cerca de Kirkcudbright. Sabemos que se casó allí. En aquellos tiempos la gente no se dedicaba a viajar por todo el país.

—Eso es cierto. Entonces, puede que no se trate de un recuerdo, después de todo. ¿Cómo podría conservar usted recuerdos de Slains si ella no estuvo nunca aquí?

Yo no tenía respuesta para esa pregunta, y no me había acercado a ninguna cuando dejé la casa poco después, algo confusa, aunque menos por el contenido de nuestra conversación que por haber bebido whisky antes de mediodía.

Casi tropecé con Jimmy Keith cuando salía por la puerta de enfrente de su casa, sin duda de camino para su almuerzo diario en el hotel Saint Olaf.

—¡Hola, hola! —fue su animado saludo—. ¿Cómo le va hoy?

Yo no sabía exactamente cómo me iba, pero le respondí:

—Muy bien, gracias.

A continuación intercambiamos algunas palabras acerca del tiempo, que era gris y desapacible.

—Debe de tener casi vacío el contador de electricidad. No se lo he rellenado aún esta semana.

Lo había olvidado.

—Sí, casi no me quedan monedas.

—Iré luego y se lo rellenaré. No querrá encontrarse en un día como este con todas las luces apagadas.

Lo miraba de soslayo mientras subíamos por Ward Hill, intentando determinar cuál de sus hijos se parecía más a él. Stuart tenía su nariz recta y su encanto natural, mientras que Graham había heredado su rudeza, su fuerte constitución física y su manera de caminar. Pensé interiormente que eran muy extraños los mecanismos de la genética, la forma en la que un hombre podía transmitir a sus hijos rasgos tan diversos.

Estaba claro, sin embargo, que ninguno de ellos le había explicado a su padre cómo hacer que el contador que había sobre mi puerta funcionara sin la clave. Una vez dentro de la casa, vació las monedas y me las devolvió; yo, a cambio, saqué un billete de diez libras y se lo entregué dándole las gracias.

—No tiene importancia. No se moleste. —Miró a su alrededor—. Está bien aquí, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias.

Por detrás de él, a través de la ventana de la habitación principal de la casa, podía ver cómo Slains se extendía hacia el norte. Aparté la vista deliberadamente para no mirar. No era que deseara escapar de mi libro, pero las cosas que habían ocurrido en los últimos días me habían, por así decir, abrumado, y necesitaba desesperadamente una vía de escape.

—Jimmy… —empecé, casi sin pensar.

—¿Sí?

—Puede que esté fuera unos días.

—Oh, ¿sí? ¿Irá usted muy lejos?

¿Adonde iría? Una buena pregunta.

—A Edimburgo, quizá. Necesito investigar algunas cosas para el libro.

—Entonces estará ya de vuelta para el fin de semana, ¿verdad?

Pensé en la excursión en coche que me habían prometido para el siguiente sábado.

—Sí —respondí con firmeza.

—Se lo preguntaba porque Graham, el chiflado de mi hijo mayor, me ha dicho que vendrá el próximo fin de semana y he pensado que le gustaría conocerlo. Es profesor de historia, como le dije, y apuesto a que sabrá algunas cosas sobre Slains que tal vez puedan serle útiles.

Mi primera reacción fue de sorpresa porque Graham no le hubiera mencionado que ya me conocía, pero hice lo que pude para ocultarla. Sin duda debía de tener sus motivos para actuar de ese modo.

Jimmy, sin advertir mi desconcierto, dijo:

—Estaba pensando que podría usted venir a almorzar con nosotros el domingo. Nada extraordinario, no crea. Si tengo suerte, podría cocinar asado, pero no prometo más que eso.

Era imposible resistirse a aquella sonrisa.

—Allí estaré —respondí.

La verdad era que, en cualquier caso, no me habría resultado fácil rechazar una posibilidad de pasar un rato con Graham. Pero eso no se lo dije a su padre.

—¡Fantástico! —exclamó Jimmy, complacido—. Vaya usted a Edimburgo, si quiere, querida, y no se preocupe. —Terminó la frase con unas palabras en el dialecto local.

Nada más decirlas, se calló, como si acabara de recordar que yo no era de allí, y comenzó a reformular la frase en inglés, pero yo lo interrumpí:

—No, está bien. Lo he entendido. Perfectamente.

—¿Sí? ¿Ha entendido todo lo que le he dicho?

—Me ha dicho que no me preocupara, que mantendría la casa en orden y la cocina encendida.

Jimmy sonrió.

—¡Dios bendito! Domina usted la mar de bien nuestro dialecto para tratarse de una joven que no lo ha oído nunca.

Yo no había pensado nunca en ello, pero supuse que tenía razón. Además, puestos a decirlo todo, en mi mente, algunos de mis personajes —como los criados de Slains— se expresaban en el dialecto dórico, pero yo modificaba su forma de hablar cuando la transcribía, para que mis lectores no me maldijeran, aunque entendía perfectamente sus palabras. Del mismo modo que entendía todo cuanto decía Jimmy Keith.

Era casi como si ya lo hubiera oído hablar antes. Como si lo hubiera oído tan a menudo, que ahora volvía fácilmente a mi memoria.

Mi mirada quedó atrapada de nuevo en la ventana y en Slains.

Jimmy dijo jovialmente:

—Bien, ya es hora de que me vaya a casa. Le deseo mucha suerte en su investigación.

Yo le di las gracias.

Sin embargo, una parte de mí no estaba tan segura de que, en aquel momento, necesitara buena suerte. Tenía otra cosa que hacer, pensé: plantear preguntas y buscar respuestas. Aunque pudiera ser otro quien, de hecho, las encontrara.

Al final, decidí que el duque de Hamilton sería el sujeto menos comprometido de mi investigación. Necesitaba saber más cosas acerca de aquel hombre, puesto que todo apuntaba a que iba a desempeñar un papel capital en mi novela, ya fuera en la escena o entre bastidores. Y sabía que en Edimburgo no iba a costarme nada obtener información acerca de él.

Ya había estado allí varias veces, investigando para mi libro, pero siempre había volado desde Francia y me había quedado unos pocos

días en el piso que Jane tenía aún en la ciudad y en el que se instalaba una vez al mes para trabajar fuera de su agencia literaria. La suya era una agencia importante y tenía las oficinas centrales en Londres, pero Jane había trabajado para ella tanto tiempo y con tanta eficiencia que, cuando se casó con Alan, crearon específicamente para ella una sucursal en Edimburgo. Desde entonces, varios agentes se habían trasladado para trabajar en Escocia, por lo que Jane no se veía obligada a viajar desde Peterhead tan a menudo como lo hacía antes, aunque sí lo bastante como para necesitar aquel piso.

Era un apartamento pequeño, acogedor, de dos habitaciones, muy bien situado. Si hubiera querido, habría podido recorrer caminando la corta distancia que lo separaba de Holyroodhouse, que se alzaba desde hacía siglos en su imponente parque tras las grandes puertas de hierro. Habría podido rodearla e incluso tratar de obtener permiso para visitar las antiguas habitaciones del duque de Hamilton y obtener más detalles para narrar las escenas ocurridas allí entre Sophia y el duque al comienzo de mi relato.

Pero no lo hice.

Nunca lo había admitido, pero si me mantenía lejos de ese lugar era, en parte, porque no necesitaba saber cómo eran aquellas habitaciones y porque no quería correr el riesgo de que también ellas fueran exactamente como las había imaginado.

En vez de ello, me dije a mí misma que esa semana no tenía tiempo para dedicarme a estudiar localizaciones, puesto que tenía demasiados documentos que revisar.

Fue así como aquel miércoles por la mañana me instalé en la sala de lectura de la oficina de registros, un lugar confortable y familiar para mí, para hojear a mis anchas la correspondencia privada del duque de Hamilton.

Las cartas que el duque había escrito y había recibido me daban una imagen más clara del hombre, de su doble vertiente de patriota y traidor, aunque dudaba mucho que él alguna vez se hubiera visto a sí mismo de esa forma. Pensé que, simplemente, se había

aprovechado de las circunstancias antes de que lo hicieran otros. Sus decisiones políticas y personales, que tantos de sus amigos decían en sus cartas que no podían entender, se reducían con precisión matemática a un común denominador: el de ser las más convenientes para las ambiciones del duque.

Siempre con problemas de dinero, se había casado con una rica heredera con grandes propiedades en Inglaterra, por lo que era muy improbable que hiciera algo que pudiera irritar a los ingleses y cortar la fuente principal de sus rentas. Pronunciaba discursos contra la Unión en el Parlamento, pero cuando otros querían oponerse a ella con la fuerza, en lugar de hacerlo con palabras, los frenaba con vanas promesas hasta que se perdía la oportunidad, con lo cual se aseguraba de que la Unión siguiera adelante. No era un estúpido y en sus cartas no podía encontrarse ninguna prueba clara de que hubiera sido sobornado por Inglaterra para apoyar el voto favorable a la Unión, pero, conociendo su carácter, yo estaba convencida de que no habría arriesgado su reputación si no hubiera tenido algo que ganar en ello.

Sabía exactamente a quién se había referido la condesa en su conversación con Hooke en la última escena que yo había escrito, cuando le dijo: «Se sospecha que mantiene correspondencia con la corte de Londres…».

Alguien tosió a mi lado.

Levanté la vista de los papeles que estaba leyendo y vi a una joven empleada que me miraba, nerviosa.

—Perdone que la interrumpa. Usted es Carolyn McClelland, ¿verdad?

—Sí, en efecto —sonreí cortésmente, comprendiendo que se trataba de una admiradora.

—He leído todos sus libros —me dijo—. Del primero al último. ¡Son maravillosos!

—Se lo agradezco. Es muy halagador oír eso.

—Me encanta la historia. Bueno, me encantaría conocerla bien. Por eso trabajo aquí. Pero usted consigue hacer que cobre vida, de

verdad lo logra.

Le di las gracias una vez más, sinceramente. Siempre valoraba que alguien se tomara la molestia de pararse a decirme que le habían gustado mis libros. Dado que escribía desde una situación de aislamiento, a solas con mi ordenador, era bueno que me recordaran que, al final del proceso, había unos lectores que disfrutaban con mis relatos. Y que, gracias a personas como aquella joven oficinista, mis libros tenían éxito.

Dejé el lápiz sobre la mesa y le pregunté:

—¿Cómo se llama?

—Kirsty.

—A uno de los personajes de mi nuevo libro lo he llamado Kirsty —dije.

Se le iluminó el rostro.

—La investigación que está haciendo ahora… ¿es para ese nuevo libro? ¿Los papeles de Hamilton? —preguntó observando lo que tenía sobre mi mesa.

—Sí, el cuarto duque de Hamilton es otro de mis personajes. Por eso intento contrastar bien todos los hechos.

Las personas que se hallaban a nuestro alrededor estaban empezando a recoger sus cosas. Eché un vistazo a mi reloj. Era casi la hora del cierre. Me sorprendió lo rápido que había pasado el día.

—Me siento como si apenas hubiera comenzado a trabajar —le dije a la muchacha llamada Kirsty, que sonrió al oírme—. Me temo que tendré que volver mañana por la mañana.

La expresión de la chica se tornó expectante.

—¿Cree usted…? —empezó; interrumpió la frase y lo intentó de nuevo—. Si le trajera mañana uno de los libros que tengo de usted, ¿tendría…?

Sabía lo que me estaba pidiendo.

—¡Por supuesto! Traiga usted todos los que tenga y tendré mucho gusto en firmárselos.

—¡Oh! ¡Sería maravilloso!

Expresaba tan sinceramente su alegría, que me marché de allí sintiéndome feliz yo también, y como si acabara de recibir una lección de humildad.

Cuando a la mañana siguiente volví a la oficina de registros, me aguardaba allí una nueva lección de humildad. Aquella muchacha no solo había llevado mis novelas para que se las firmara —todas ellas ejemplares en rústica, obviamente leídos y releídos muchas veces—, sino que además se había tomado el trabajo de reunir material que pensó que podría serme útil en mi investigación.

—Son, en su mayoría, papeles y documentos de la familia que guardan alguna relación con su duque de Hamilton. Las cartas no están escritas por nadie famoso y muy poca gente sabe que se conservan, pero recuerdo que el año pasado estuvo aquí una persona interesada por el duque y comentó que le habían sido de mucha ayuda.

Aquello me emocionó, por lo que puse especial cuidado en firmar todos sus libros, expresándole mis mejores deseos y mi gratitud por su colaboración.

Descubrí que los documentos que me había buscado tenían mayor interés que las cartas escritas por el propio duque. Siempre se aprende más acerca de alguien sabiendo cómo lo ven los demás. Hacia el final de la mañana conocía tantas cosas, que no me parecía posible que aún quedara algo que pudiera sorprenderme.

Hasta que comencé a leer la siguiente carta.

Era una de las que había escrito un médico de Edimburgo a su hermano menor, y estaba fechada a 19 de abril de 1707. Después de referirse durante media página a un paciente fallecido, decía:

> Al volver a casa conocí al señor Hall, a quien estoy seguro que recordarás de nuestra comida con su excelencia el duque de Hamilton, y que es ahora una persona muy apreciada y querida por el duque. El señor Hall estaba muy pálido, pero cuando le pregunté por su palidez me aseguró que se encontraba bien, que solo estaba agotado por un viaje que había emprendido por encargo de su excelencia. Acababa de regresar tras cinco jornadas a caballo de Slains, el castillo del conde de Erroll en el norte, adonde había ido

> el mes anterior escoltando a una joven emparentada con el conde, recién llegada de los condados del oeste. Esta dama, cuyo apellido no es Hay, sino Paterson, había causado una excelente impresión al duque de Hamilton, tanto por su carácter cuanto porque sus padres habían muerto en la aventura del Darién, que para su excelencia es una de las grandes tragedias de nuestra nación. Por ello, el duque hizo todo cuanto estuvo en su mano para ayudar a la dama en su viaje al norte, y a tal fin encargó al señor Hall que le hiciera de guía.
>
> Con semejante acto de bondad, su excelencia muestra de nuevo su benevolencia hacia cuantos recurren a él solicitando ayuda…

La carta continuaba elogiando ampliamente al duque de Hamilton a lo largo de una página más, pero pasé por encima del resto de los elogios, para volver a leerla desde el principio.

Tuve que releer el pasaje varias veces antes de convencerme de que las palabras y los hechos que tenía delante de mí estaban allí realmente y de que todo cuanto yo había escrito en mi libro era cierto hasta el último detalle y no mera ficción.

Pero la línea divisoria entre ficción y realidad estaba tan borrosa a esas alturas, que apenas tenía una clave para saber dónde empezaba una y dónde terminaba la otra. Era algo que no sabía exactamente cómo dilucidar.

Mi primer pensamiento fue compartir la noticia con el doctor Weir. Decirle que había encontrado lo que me parecía que era una prueba de que Sophia Paterson había estado en Slains. No solo eso, sino que, además, había estado allí en la época y en las circunstancias que yo había descrito en mi relato. Pero cuando lo llamé por teléfono, el doctor no estaba en casa. Y, según me dijo Elsie, probablemente no estaría hasta el domingo por la tarde; había ido a ver a su hermano, que vivía cerca de Glasgow.

—¡Oh! —se me escapó.

—Si es importante, podría…

—No, no, no se preocupe. Puedo esperar hasta el domingo —dije. Pero me parecía mucho tiempo, una espera demasiado larga. Habría podido seguir el consejo y los ánimos que me habría dado el

doctor cuando regresé a Cruden Bay el viernes por la noche, demasiado cansada, sin embargo, para tomar conciencia del sentimiento de recelo que me asaltó, como de costumbre, en mitad del camino que conducía a mi casa desde el puerto.

Era una noche serena. La luna invernal iluminaba lo suficiente el camino. Al acercarme a la casa vi que Jimmy había dejado encendidas las lámparas del interior y que su luz acogedora salía por las ventanas de la habitación delantera. Dentro lo encontré todo tal como lo había dejado. Pero las voces de mis personajes comenzaban a susurrar en mi mente toda suerte de advertencias. Oí la voz de la condesa, que me decía claramente: «Has cambiado mucho desde la última vez que estuviste en Slains».

Sin duda tenía razón.

Me acerqué a mi ordenador, que me aguardaba pacientemente sobre la larga mesa de madera encerada. Y lo conecté.

V

Durante toda la semana habían tenido visitantes.

Llegaban a caballo, uno a uno, procedentes de las brumosas tierras del norte y el noroeste. Sophia sabía, a juzgar por su apariencia y su porte, que eran hombres de cierta importancia. Y, aunque se los presentaban nada más llegar, como si hubieran acudido sin más razón que la de darle la bienvenida a la región, ella se daba perfectamente cuenta de que aquello no era más que un pretexto, porque cada visitante era conducido inmediatamente a presencia del coronel Hooke y conferenciaba con él en privado durante un buen rato.

El primero en llegar había sido anunciado como lord John Drummond; ese nombre sobresaltó el corazón de Sophia durante un terrible momento hasta que se tranquilizó diciéndose que su tío John no podía haber salido de la tumba para perseguirla cruelmente hasta Slains. Pero, para entonces, la propia condesa se había dado cuenta del equívoco y se había apresurado a añadir:

—Se trata de mi sobrino John, Sophia.

Era un hombre joven y de trato amable. Más tarde se enteró también de que era el segundo hijo del mismo duque de Perth —el hermano de la condesa—, de quien se decía que gozaba de la confianza del rey en el exilio; por su parte, el joven lord no ocultaba que también él era un jacobita.

Sophia ya sospechaba, desde el día que la condesa le había advertido que tal vez oiría y vería cosas que podrían pesar sobre su conciencia, que la llegada del coronel y del señor Moray tal vez implicaba la existencia de un complot entre los nobles que deseaban la vuelta del rey Jacobo a Escocia y su restauración en el trono.

Jamás se hablaba de estas cuestiones en su presencia, pero ella había advertido que, aunque la condesa y los dos hombres nunca brindaban por la salud del rey en el comedor, sí pasaban de vez en cuando sus copas, como al azar, por encima de la jarra del agua: un gesto que, como la joven sabía desde que había vivido en la casa de su tío, significaba que brindaban por él «por encima del agua», aludiendo con ello al rey que estaba exiliado al otro lado del canal de la Mancha.

Lo sabía, pero refrenaba su lengua porque no deseaba incomodar a la condesa revelándole que entendía lo que estaba sucediendo en Slains. La condesa estaba tan ocupada y atareada con sus

invitados y con los mensajeros que iban y venían del castillo a todas horas, que Sophia entendió que su obligación era mantenerse al margen de todo aquello y hacer feliz a la condesa fingiendo ignorancia.

Era consciente de que el coronel Hooke la creía, en efecto, ajena a todo ello, pero no estaba tan segura de lo que pensaba el señor Moray. Sus grises ojos solían mirarla con una serena concentración que no parecía flaquear en su propósito, aunque Sophia no podía decir cuál era aquel propósito. Solo intuía que era muy perspicaz y que no se dejaba engañar fácilmente. Pero, en tal caso, y si era un hombre tan inteligente como ella pensaba, habría visto que los sentimientos de Sophia simpatizaban con los suyos y que no tenía que preocuparse de que ella los traicionara. En todo caso, supiera lo que supiese el señor Moray, no hacía nada para intentar que la admitieran en su compañía.

Así pasaron los primeros días, durante los cuales llegaron visitantes que pertenecían a las grandes familias del norte: el señor de Boyne y, después, lord Saltoun, el cabeza de una rama de la casa de Fraser. Y tras ellos llegó el propio lord gobernador en persona, el conde de Erroll.

A Sophia le impresionó más que su retrato: joven, pero cuidadoso en sus actos y en sus palabras, y con el espíritu independiente de su madre. Emanaba de él una indiscutible energía, como la de un incendio sofocado que en cualquier momento pudiera reavivarse.

Contrastaba vitalmente con el pobre coronel Hooke, cuya salud, desde su llegada al castillo, seguía despertando preocupación.

Al advertirlo, el conde de Erroll se interesó por su estado, y el coronel le respondió:

—Me temo que aún no me he recuperado de mi viaje. La verdad es que me he sentido indispuesto desde que dejamos Versalles.

Era la primera vez que el coronel aludía abiertamente a la corte del rey de Francia, y, como si cayera en la cuenta de su indiscreción, miró rápidamente a Sophia, igual que los demás que se hallaban presentes, excepto el conde de Erroll, que continuó:

—Confío en que dejarais a sus dos majestades, el rey de Francia y nuestro rey Jacobo, en perfecto estado de salud y de ánimo. ¿Fue así?

Hubo un instante de silencio y, después, la condesa advirtió a su hijo:

—Charles...

—¿Qué sucede, madre? —Recogiendo su capa, se volvió y miró a Sophia, como habían hecho los demás, solo que su rostro no mostraba ninguna preocupación—. Es un miembro de nuestra familia, ¿no?

—Por supuesto —dijo la condesa—, pero...

—Bien, entonces yo diría que tiene suficiente entendimiento para saber cómo están las cosas entre nosotros. No parece boba. ¿Sois boba, muchacha? —le preguntó a Sophia.

La joven no sabía qué responder con tantos ojos fijos en ella, pero irguió levemente la barbilla y sacudió con vigor la cabeza.

—¿Y os habéis formado alguna idea de por qué han venido estos caballeros a Slains?

Aunque interpelada por el conde de Erroll, no eran sus ojos los que Sophia sentía sobre ella en aquellos momentos, sino los del señor Moray, cuya mirada inflexible no consentiría ninguna falsedad, así que respondió:

—Entiendo que han venido aquí desde Francia para tratar con los jacobitas, señor.

El joven conde sonrió, como si su sinceridad lo complaciera.

—¿Lo veis? —dijo a los demás. Volviéndose de nuevo hacia Sophia, le preguntó—: ¿Nos denunciaríais a los agentes de la reina Ana?

Obviamente se divertía provocándola. Sabía cuál iba a ser la respuesta. Pero Sophia la expresó claramente:

—Yo no haría tal cosa.

—Estoy seguro de ello —dijo el conde en un tono que zanjaba la cuestión—. Por consiguiente, me siento a gusto diciendo lo que pienso en presencia de esta joven dama. Como deberíais sentiros todos los demás.

Aunque el coronel Hooke parecía dudar, sus recelos quedaron compensados, en opinión de Sophia, por la leve sonrisa de aprobación que apareció en la cara del señor Moray. La joven no intentó averiguar por qué le importaba tanto su opinión; volvió su mirada y sus oídos al coronel Hooke, que finalmente había cedido en su desconfianza y respondía al conde acerca de la salud de las personas a las que había visto recientemente en la corte en el exilio de los Estuardo en Saint-Germain, en Francia.

—Me alegra oír que el joven rey Jacobo está bien —respondió el conde—. Este país lo necesita apremiantemente.

Hooke asintió.

—Es consciente de ello. Está más convencido que nunca de que ha llegado el momento de que Escocia se levante.

—Si no recuerdo mal, ya estaba convencido de ello hace dos años, cuando iniciamos esta aventura —observó el conde, que prosiguió con expresión paciente

—: Pero tal vez sea bueno que haya dudado, porque ahora son muchos más los que están totalmente dispuestos a apoyarlo, convencidos de que, en el peor de los casos, ganarán más empuñando la espada que aceptando lo que les ofrece esta unión con los ingleses.

—¿Es verdad que los presbiterianos del oeste tal vez se unan a nuestra causa?

—He oído algunas voces en este sentido. Los presbiterianos estaban molestos por la Unión y, ciertamente, como se cuentan entre las fuerzas mejor armadas y menos divididas del país, pretendían manifestar su ira marchando sobre Edimburgo para forzar la disolución del Parlamento.

El señor Moray, que hasta entonces se había mantenido en segundo plano, no pudo reprimirse al oír eso.

—Pero, si lo hubieran hecho, ¿no habrían impedido que culminara la Unión?

—Sí, casi con toda seguridad. Precipitadamente —observó el conde—, porque había no menos de cuatro nobles de los condados de Angus y de Perth que proponían adoptar la misma medida.

—¡Por los clavos de Cristo! —juró el señor Moray—. ¿Y por qué no lo hicieron?

El joven conde y su madre intercambiaron una fugaz mirada antes de que él respondiera:

—Porque los disuadió un hombre al que tenían en gran estima.

—¿Qué hombre?

—Su excelencia el duque de Hamilton.

Hubo una rápida respuesta por parte del coronel Hooke:

—Jamás creeré eso.

—Podéis tenerlo por seguro —dijo el conde—. Y sabed también que vuestro amigo el duque, que durante estos meses ha mostrado tanta impaciencia ante vuestra llegada, ha cambiado su tono ahora que estáis en tierra escocesa. Dice a cuantos quieren oírlo que llegáis demasiado tarde, que el rey ya no piensa en esta nación y que no podemos esperar su regreso.

—Mentís.

La mano del conde se dirigió instintivamente a la empuñadura de su espada como respuesta al insulto, pero la condesa se interpuso entre los dos hombres recordando con calma:

—Ya os dije, coronel, que han cambiado mucho las cosas desde la última vez que visitasteis Slains.

—Eso parece —replicó Hooke, y volvió la cabeza con el rostro tan demacrado y pálido que difícilmente podía atribuirse exclusivamente a su enfermedad.

—Me hago cargo, coronel, de vuestra larga amistad con el duque —dijo el conde—, pero su discurso ha ofendido a muchos y sus intrigas secretas con el comisionado de la reina Ana en Escocia no hacen más que aumentar la desconfianza de nuestros nobles amigos. El primero en descubrir esa intriga y reprochársela fue el duque de Athol, a quien sin duda tendréis por un hombre honrado. Hamilton, al principio, lo negó pero, como el duque de Athol probó claramente sus acusaciones, se vio forzado a confesar, aunque intentó convencer a Athol de que su objetivo era solo confundir a los ingleses. Como comprenderéis, esta excusa no satisfizo a nadie. El resultado es que la mayoría de sus antiguos amigos han roto abiertamente con él y solo unos pocos de nosotros toleramos aún sus visitas. El crédito que conserva entre el pueblo proviene ahora principalmente de vuestra corte en

Saint-Germain. El rey Jacobo ha dejado claro que nadie debe declararse en Escocia hasta que lo haga el duque de Hamilton y que todos deberíamos seguir su criterio, puesto que goza del favor de nuestro rey.

—Creo que esas órdenes fueron reiteradas en una carta que se os envió a vos y a otros para informaros de mi viaje —dijo Hooke.

—Sí, lo fueron. Y yo sigo dispuesto, como siempre, a obedecer a mi rey. Pero querría hacerle saber que lo que nos escribió en confianza ya ha sido transmitido por un traidor a nuestros enemigos, porque yo mismo he visto otra carta, escrita por el secretario al comisionado de la reina Ana en Escocia, en la que se habla también de vuestro viaje y de vuestros objetivos aquí. Y se menciona el nombre de la persona que viaja con vos.

Hooke apenas podía articular palabra.

—Pero...

—No pretendo juzgar la conducta del duque de Hamilton, ni querría que lo dejarais de lado en vuestras negociaciones Os diré simplemente que se trata de un hombre inescrutable y que haríais bien en emplear lo que os he contado para manteneros en guardia y ocultarle los acuerdos a que podáis llegar con los otros señores.

El intervalo entre el momento en el que acabó de hablar el conde y el instante en el que Hooke asintió y replicó no fue mucho más largo que el tiempo que se tarda en tragar saliva. Sophia no veía la cara de Hooke, pero supuso que en aquel breve plazo Hooke había sopesado mentalmente las cosas, como hacía su tío John cuando valoraba cualquier nuevo hecho y lo utilizaba en su provecho. Cuando Hooke habló, el tono de su voz le recordó al de su difunto tío, y por tanto le pareció escasamente convincente.

—Milord gobernador de Escocia —dijo Hooke—, vuestro consejo me será muy útil. Os doy las gracias por él, y tomaré las medidas que me aconsejáis.

Sophia no tenía ninguna prueba de que el hombre mentía, ni se encontraba en situación de decir nada en una reunión como aquella, pero, si hubiera sido un hombre, habría prevenido al conde de Erroll de que su excelencia el duque de Hamilton no era la única persona de la que no debería fiarse.

—Parecéis turbada —le dijo la condesa.

Cuando Sophia levantó la vista para responder, la aguja con la que estaba bordando se deslizó por debajo del nudo en el que trabajaba y la pinchó dolorosamente debajo de una uña. Apretando con fuerza la mandíbula, consiguió mantenerse en silencio hasta que remitió el dolor; solo entonces dijo:

—No estoy turbada, os lo aseguro. Es solo que este bordado es demasiado difícil para mí y no consigo hacer que mis puntadas resulten iguales.

La condesa hizo una pausa. Cuando finalmente habló, había afecto en su voz:

—Mi hijo ha hecho bien en confiar en vos. No podéis decir una mentira, querida, sin que se manifieste claramente en vuestro rostro. —Volviendo a su propia labor, añadió con decisión—: Pedimos demasiado de vos al querer que guardéis nuestros secretos. Es la opinión del coronel Hooke y yo creo que acierta.

Sophia dio un paso cauteloso en el hueco que se le ofrecía.

—Creo entender que el coronel Hooke es un buen amigo de vuestra familia.

—Un buen amigo de mi hermano James, el duque de Perth. En los últimos tiempos han trabajado mucho por un objetivo común. Hace ya dos años que mi hermano envió al coronel Hooke desde Francia para que nos visitara en Slains y empezara a buscar apoyo para nuestra empresa entre los nobles de este país. Los tiempos eran otros entonces. La Unión era algo de lo que solo se hablaba y nadie creía que fuera a darse nunca. Nadie pensó que los guardianes de este país venderían la independencia de Escocia para llenarse los bolsillos. No había ninguna sensación de urgencia como la que se da ahora entre nosotros. Porque, si la reina Ana falleciera, cosa que, por su mala salud podría ocurrir pronto, moriría también la línea de los Estuardo al trono británico. Los ingleses pretenden dar la corona a un extranjero, el príncipe de Hanover, a menos que consigamos traer sano y salvo de Francia al rey Jacobo para que ocupe el lugar que le corresponde. Toleramos los reinados de María y de Ana porque las dos eran hermanas del auténtico rey, nacidas de la estirpe de los Estuardo, pero el trono pertenece a Jacobo y no a Ana. Debe volver a él cuando Ana muera, porque Escocia entera se opondrá a una sucesión de los Hanover. —La condesa remató su labor con un fuerte nudo, mordiendo el hilo para cortarlo. Luego siguió—: Sin duda el coronel Hooke tendrá más suerte esta vez al tratar con nuestros nobles y persuadirlos para que lleguen a un acuerdo con nuestro amigo el rey de Francia, quien solo espera para prestarnos su ayuda a que nosotros nos levantemos en armas.

Sophia no cuestionó el intento del coronel Hooke. Era solo su intuición la que le hacía sospechar que sus propósitos pudieran no ser los que los demás creían que eran; pero su intuición, aunque habitualmente certera,

no era suficiente para justificar que acusara a un hombre al que no conocía. Además...

—Dice que se marchará pronto, ¿verdad?

—Sí. Mañana partirá hacia la residencia de lord Stormont, en Scone, y verá al duque de Athol. Le han pedido a mi hijo que vaya también, pero él opina que no es prudente emprender ese viaje cuando acaba de regresar a casa después de una sesión que ha durado más de seis meses. Si volviera a Edimburgo tan pronto, y con semejante grupo de conocidos jacobitas, el gobierno podría sospechar que estaba en marcha algún complot. Ya es bastante arriesgado que, con el Parlamento disuelto y los principales hombres de la nación dispersos en sus diferentes condados, el coronel Hooke deba viajar personalmente por gran parte del reino para entrevistarse con nuestros nobles. Creo que se propone dividir el país en dos circuitos; él visitará uno de ellos y el señor Moray recorrerá el otro. Pero mi hijo también ve este plan con algún recelo.

—¿Por qué? —preguntó Sophia.

La condesa estaba enhebrando su aguja con hilo de seda de color rojo oscuro, como de sangre.

—El señor Moray es un proscrito —dijo, como si nadie pudiera ver algo vergonzoso en semejante calificativo sino que, muy al contrario, fuera un orgullo—. Durante los últimos tres años, los ingleses han puesto precio a su cabeza. Han ofrecido, a través de proclamas, la suma de quinientas libras esterlinas a quienquiera que consiga apresarlo.

Sophia erró la puntada de nuevo y se clavó la aguja en el dedo cuando dejó caer las manos en su regazo.

—¡Quinientas libras! —exclamó. Jamás había visto semejante suma de dinero; solo un tercio de esa cifra supondría una fortuna para la mayoría de los hombres.

Los nombres de aquellos que atentaban contra la Corona se hacían públicos a menudo; por ello sabía que el ofrecimiento de cinco libras por su captura, la cantidad más habitual, bastaba a menudo para que una persona honrada traicionara a un amigo. ¿De qué amigos podría fiarse el señor Moray, se preguntó la joven, cuando se ofrecían quinientas libras por su cabeza?

—Es una persona muy conocida al sur del Tay, en su tierra —dijo la condesa—, pero al coronel le parece que podría moverse con seguridad por las provincias del norte y concertar un acuerdo con los habitantes de las Highlands.

Sophia frunció el ceño.

—Pero ¿por qué...? —Se interrumpió a media frase.

—¿Sí? —la instó la condesa.

—Os pido disculpas, señora. No es asunto mío. Pero me estaba preguntando... Seguramente habrá otros hombres que podrían acompañar en su viaje al coronel Hooke. ¿Por qué el rey Jacobo iba a enviar a Escocia precisamente al señor Moray, poniéndolo ante un grave riesgo de muerte?

—Algunos hombres escogen voluntariamente la senda del peligro.

Sophia sabía que era verdad. Su propio padre había sido uno de esos hombres.

—Pero, si lo apresaran... —comenzó y calló de nuevo, porque no quería pensar en lo que podría ocurrirle si lo reconocían y lo apresaban.

La condesa, sin demostrar ningún apego personal, dijo:

—Si lo apresaran, tal vez se descubrirían nuestros planes.

Había acabado la flor que estaba bordando, y mordió con precisión el extremo del hilo rojo. Después miró a Sophia con algo semejante a la satisfacción de un maestro por un alumno aventajado que ha demostrado su valía en la clase.

—Eso precisamente —añadió— es lo que intranquiliza a mi hijo.

También Sophia se sentía interiormente intranquila cuando despertó a la mañana siguiente. Había estado soñando con caballos que piafaban nerviosos en los terrenos de alrededor del castillo, con su aliento caliente formando nubes de vaho al resollar, así como con voces de hombres llamándose los unos a los otros, impacientes. Despertó en la semioscuridad, y desde la ventana pudo ver un palidísimo trazo de luz rosada a través del horizonte gris oscuro del agua, por lo que dedujo que faltaba aún otra hora, o más, para que la familia y sus huéspedes comenzaran a levantarse y se iniciara la rutina diaria de bebidas y desayunos matinales. Pero su desasosiego era intenso y en cuestión de minutos se había levantado, vestido y dejado su habitación en busca de compañía humana.

La cocina estaba desierta. La señora Grant había puesto a hervir una olla, pero no había ni rastro de ella ni de los demás que ayudaban en la cocina. Tampoco de Kirsty. Pensando que quizá había ido a visitar a Rory en las cuadras, Sophia cruzó el patio para ir a mirar, pero al único que encontró fue a Hugo, que yacía indolente en su yacija de lana y paja. No había caballos al cuidado del mastín, salvo la yegua con la que Sophia había viajado de Edimburgo a Slains y de cuya silla se había caído cuando cabalgaba con la condesa. La yegua dormitaba

ahora de pie, como si le deprimiera ver vacíos los compartimientos situados a uno y otro lado del suyo. Cuando Sophia tocó su morro aterciopelado, los ojos del animal apenas se movieron para recibir la caricia.

—Se han ido —dijo Sophia.

Así que no había sido un sueño. No del todo. En un estado de semiinconsciencia, realmente había oído el ruido de las patas de los caballos y las voces de los hombres, cuando el coronel Hooke y el señor Moray habían partido antes del alba para sus respectivas misiones. Hooke hacia el sur, y el señor Moray hacia el norte.

Sintió en su interior una punzada, una súbita sensación de pérdida, aunque no había motivo para ello. A menos que fuera porque no había tenido la oportunidad de decirle adiós, ni la posibilidad de desearle que le fuera bien y prevenirle para que procurara guardarse las espaldas en aquella tierra de hombres salvajes, a quienes quinientas libras les parecerían el tesoro de un rey.

Inclinó la cabeza contra el blando hocico de la yegua, sin dejar de acariciarla, y diciendo:

—¡Que Dios lo proteja!

Una voz masculina sonó a su espalda.

—¿Me diréis, señora, qué hombre merece vuestras oraciones?

Sophia se volvió. No era ningún fantasma. En la entrada de la cuadra se hallaba el señor Moray, con un hombro apoyado en la pesada jamba de la puerta y los brazos cruzados e inmóviles sobre la chaqueta de cuero. Hugo no se había movido ni había ladrado como solía hacer cuando entraban extraños en los establos, y la suave cabeza de la yegua seguía inmóvil entre las manos de la sorprendida joven.

—Pensé que os habíais ido —balbució, aunque luego, nada más pronunciar las palabras, se dio cuenta de que era una locura. Para algunos oídos podían revelar más de lo que ella deseaba mostrar, así que recuperó la compostura y respondió a la pregunta del caballero con otra pregunta—: Entonces, ¿el coronel Hooke se ha llevado los dos caballos castrados?

—Se llevó el negro. El joven caballerizo montó el otro para ir a realizar un encargo del conde. Y a mí, como podéis ver, me han dejado atrás.

Dijo la última frase en tono burlón, pero a Sophia le dio la sensación de que no estaba nada conforme con ello. Sus rasgos eran más serios e inflexibles que nunca, pero se suavizaban cuando la miraba y, aunque no se había movido para cruzar el umbral, pareció que daba un paso adelante en el momento en el que inclinó la cabeza y le preguntó:

—¿Acaso en los condados del oeste tenéis la curiosa y extraña costumbre de hablar con Dios y con los caballos cuando apenas ha despuntado el sol?

La joven desvió la cara y mantuvo la mirada fija en el animal.

—No podía dormir —dijo—. He oído los caballos.

—Sí. Hubo un poco de jaleo cuando se marcharon. Os confieso que yo mismo he elevado el tono de mi voz una o dos veces. Así que es posible que haya sido yo quien os ha despertado. —Calló unos instantes, y luego añadió—: La yegua parece quereros mucho.

—Nos entendemos —dijo Sophia sonriendo—. Me arrojó al suelo en una ocasión, pero reconozco que casi toda la culpa fue mía.

—Me sorprendéis. Parece un animal demasiado dócil para espolearlo y no os creo capaz de tratarlo con demasiada rudeza.

—No. Solo me caí porque no pude contenerla cuando corría. Tiene mucho genio, pero lo esconde tras su aspecto dulce.

—Sí, como ocurre con muchas mujeres.

El señor Moray se movió. Sophia escuchó el roce de sus botas sobre la paja húmeda y, cuando se atrevió a mirarlo de soslayo, tenía la pechera de cuero de su chaqueta a la altura de su hombro. Alargó el brazo para acariciar el cuello arqueado del animal.

—Es mejor para ella que yo no parta esta mañana porque, por dura que se crea, dudo que le apetezca hacer un penoso viaje por los caminos de las Highlands, y tampoco creo que esté dispuesta a llevar una carga tan pesada como la mía.

Así que, pensó Sophia, esa era la razón de que no se hubiera puesto en camino: no había montura para él.

—Entonces, ¿debéis esperar y partir en cuanto vuelva Rory con el otro caballo castrado? —preguntó.

—No, señora. No me voy. —Dejó caer el brazo, se volvió para inclinarse y apoyó los codos en la divisoria de la cuadra, de forma que un pliegue de su capa negra, al inclinarse, rodeó a Sophia y descansó finalmente sobre una de sus mangas—. A los demás les ha parecido mejor que me quedara en Slains.

A la joven la tranquilizó saber que, por lo menos, había prevalecido la razón. El conde debió de haber convencido a Moray de que quedarse allí disminuiría el riesgo de ser apresado; y aunque estaba claro que a él no le habría complacido esta decisión teniendo en cuenta las reacciones que le había visto en los días anteriores, sabía que el honor lo movería a actuar como mejor sirviera a los propósitos del rey exiliado.

Como no estaba muy segura de si quería decirle que estaba al tanto de que habían puesto precio a su cabeza,

la joven solo dijo:

—Sin duda estaréis más seguro aquí.

—Sí. —Dio la impresión de que le divertía pensar en su seguridad—. Pero lo que me preocupa ahora es que aún no me hayáis dicho por la seguridad de quién estabais rogando a Dios.

Pensó que se estaba burlando de ella. A él no podía importarle en absoluto por quién había estado rezando ella en el silencio del establo. Pero no podía controlar su voz para imitar el tono intrascendente de la de él, al igual que era incapaz de evitar que su barbilla se alzara para que sus ojos se cruzaran con los ojos grises de él. Y entonces vio que no se reían; que su expresión era realmente de curiosidad.

No podía decirle una mentira. Pero tampoco podía hablar; se le había formado un nudo en la garganta, y su corazón latía con tanta fuerza que le era imposible articular las palabras.

Lo cual fue una suerte, porque no podía decirle: «Sois vos». No en aquel establo, cuando sentía sobre el brazo el calor que desprendía su capa, con los anchos hombros de él casi tocándola y su rostro apenas a unos centímetros del de ella. El tiempo parecía en suspenso, y ella deseó que aquel momento se prolongara y durara para siempre; pero la yegua, relegada, metió entre ambos su morro suave e inquisitivo, y dio a Sophia la posibilidad de recuperar una voz testaruda.

—La condesa estará esperándome —dijo.

Y, dando un apresurado paso para retroceder en el establo, tan brusco que el adormilado Hugo, soñoliento en su lecho de paja, se puso inmediatamente alerta, se volvió y salió de la cuadra, abandonando al vigilante mastín, a la yegua y, sobre todo, al hombre cuya mirada ardiente aún podía sentir como un fuego en su espalda.

10

Sabía que me estaba mirando.

La lluvia caía ahora con más intensidad. Golpeaba el cristal con la fuerza de cincuenta tambores, y los limpiaparabrisas ya no podían enjugarlo con suficiente rapidez para permitirnos ver bien la carretera. Graham aparcó en un área de descanso y dejó el motor al ralentí. Se volvió en su asiento y observó mi rostro mientras yo miraba por la ventanilla.

—Lo siento —dijo—. No es una gran excursión con este tiempo. Todo el campo parece igual cuando llueve.

—No importa. Es imposible controlar el tiempo.

—Podríamos esperar a que escampe.

Pero por su tono dubitativo supe que estaba convencido de que aquel aguacero se había instalado sobre nosotros para durar un buen rato, y que él no era un hombre al que le gustara esperar.

Yo había aguardado esa mañana con más expectación de la que quería reconocer. Había estado mirando el reloj hasta que él se presentó media hora antes y me condujo caminando hasta el puerto, donde se hallaba aparcado su maltrecho Vauxhall blanco, con Angus moviendo la cola feliz en la parte trasera. Pero apenas habíamos recorrido un corto trecho cuando los nubarrones que habían estado ocultando el sol matinal empezaron a descargar de golpe. Ahora estaba claro que tendríamos que poner fin a nuestra excursión antes incluso de haberla iniciado. Traté de ocultar mi decepción.

Sin embargo, Graham debió de notarla, porque metió de nuevo una marcha, puso los limpiaparabrisas a la máxima velocidad y

regresó a la estrecha carretera.

—Te diré qué haremos. Tengo unos amigos que viven en una granja no muy lejos de aquí. Nos detendremos a hacerles una visita, ¿te parece? Pasaremos un buen rato hasta que amaine la lluvia.

Angus, que estaba tendido en su manta sobre el asiento trasero, levantó la cabeza para que supiéramos que se había dado cuenta de nuestro cambio de rumbo; para cuando nos adentramos por el largo camino que llevaba a la granja, estaba ya de pie en el asiento, moviendo la cola, obviamente complacido de ver dónde se hallaba.

El camino, que tenía surcos profundos y estaba lleno de barro, terminaba en un patio cuadrado con una fila de cobertizos bajos delante de nosotros, graneros a nuestra derecha y un edificio rodeado por una pequeña tapia encalada a la izquierda, con una puerta de color azul vivo.

—No te muevas —dijo Graham, poniéndose la capucha de su chaqueta—. Iré a ver si están.

Se plantó ante la puerta de la granja, bajo el agua que caía a raudales sobre sus hombros desde un canalón, y llamó. Nadie salió a abrir, por lo que, tras encogerse de hombros y dirigirme una sonrisa animosa, corrió a través del patio de tierra apisonada y cruzó la puerta del granero más próximo.

No exageraba cuando me había dicho que a Angus no le gustaba nada que lo dejaran atrás. El perro había permanecido sentado y gimoteando tan solo mientras su amo golpeaba la puerta azul, pero en cuanto Graham desapareció en el interior del granero, el spaniel se incorporó y comenzó a arañar la ventanilla del asiento trasero, emitiendo un aullido tan lastimero que era imposible no hacerle caso. Solo fui capaz de resistirlo durante un minuto; luego me volví y lo agarré por la correa.

—De acuerdo —le dije—, de acuerdo. Iremos a verlo. Pero no te sueltes.

Mi chaqueta no tenía capucha, pero me había puesto botas, cosa que agradecí porque tras los primeros pasos me encontré hundida hasta los tobillos en un charco de agua de lluvia. Con Angus tirando

con fuerza de la correa, nos desplazamos a través del patio a una velocidad casi de récord olímpico y logramos cruzar la puerta y entrar en el granero antes de que la lluvia me hubiera calado por completo.

La atmósfera era caliente dentro, polvorienta por el heno y por el movimiento de los animales, con un marcado olor a paja y a estiércol. Después de lo que había escrito la noche anterior, me pareció en cierto modo muy apropiado encontrarme ante una hilera de pequeños compartimientos para caballos —tres ocupados y un cuarto vacío—, y que uno de los tres rostros equinos que se volvieron para mirarme se pareciera singularmente al de la yegua que yo había creado para Sophia, con los mismos ojos acuosos, las crines negras como el carbón y unos rasgos dulces.

No había rastro de Graham. Supuse que habría recorrido toda la longitud del granero y habría doblado la esquina hasta los cobertizos que, tal como podía ver ahora, se hallaban adosados al otro extremo. Angus lo habría seguido de inmediato, pero yo lo retuve un momento, deseosa de estar un par de minutos con los caballos.

Me encantaban los caballos. Me habían dicho que les ocurría a todas las niñas, y lo cierto es que yo jamás había superado por completo esa fase. Mis lectores más perspicaces me han comentado alguna vez que siempre me las arreglo para introducir caballos en mis narraciones. Y aunque por lo menos puedo alegar que difícilmente me sería factible escribir novelas históricas sin que apareciera algún caballo, reconozco que siento debilidad por ellos.

En ninguno de los compartimientos del establo había un gran castrado negro, como el que le había asignado a Nathaniel Hooke, ni tampoco otro bayo; solo un caballo de caza de pelaje castaño y gran alzada, que me observaba distante, y otro, de un gris extraño, en el compartimiento del fondo. Entre los dos estaba la yegua, o lo que yo creía que tenía que ser una yegua, ya que se parecía a la que yo había imaginado. El animal alargó el morro mientras yo le ofrecía mi mano y, gozosa, daba unas palmaditas en el aterciopelado pelo de sus ollares sintiendo sobre mi piel el calor de su aliento.

—Se llama Tammie —dijo Graham.

Tal como había pensado, había ido a los cobertizos y ahora regresaba de allí con su calmosa zancada.

—Tienes que mimarlo; es un donjuán.

Me volví, sorprendida.

—¿Es macho?

—Sí.

Se acercó y me quitó la correa del perro, dejándome libres las manos. Yo acaricié el cuello de Tammie.

—Es demasiado bonito para ser un macho —declaré.

—Sí, pero si dices eso, herirás su orgullo. —Me observó, interesado—. ¿Montas?

—En realidad, no.

—¿Y eso qué significa? —preguntó sonriendo.

—Significa que puedo sentarme en los caballos, si me lo permiten. Y que incluso soy capaz de sostenerme sobre la silla si van al paso. Pero si pasa del trote, soy una inútil. Me caigo sin remedio.

—Vaya, puede ser un problema, sí —admitió.

—Supongo que no hay nadie en la casa.

—No. —Miró un instante a través de la doble puerta abierta, donde la lluvia caía ahora tan tupida como si fuera una cortina; luego volvió a mirarme y, al darse cuenta de lo absorta que estaba acariciando a Tammie, añadió—: Pero podemos esperar. No tenemos prisa.

Con el pie atrajo hacia sí un tosco taburete y se sentó en él, mientras Angus se tendía a su lado en el suelo cubierto de paja.

«Es casi como en mi libro», me dije. Las cuadras, la yegua —bueno… Tammie, con su aspecto de yegua—, yo, y Graham, con sus ojos de color gris claro que, y no por coincidencia, tanto se parecían a los del señor Moray. Incluso teníamos el perro, enroscado y dormido en la paja. «La vida imita al arte», pensé y sonreí ligeramente.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. ¿Montas a caballo?

—Sí. Gané algunos premios de joven. Me sorprende que mi padre no te los haya mostrado.

Su voz, detrás de aquel tono seco, mostraba tal afecto hacia su padre, que me trajo algo a la memoria.

—Tal vez me las enseñará mañana —aventuré—. ¿Sabes que me ha invitado a almorzar?

—Me lo mencionó, sí.

—¿Estarás también?

—Sí.

—Me alegro. Tu padre está tratando de ayudarme todo lo que puede en mi investigación, y parecía muy interesado en que nos conociéramos para poder hablar de historia. —Fingiendo estar profundamente interesada en la cara del caballo, le pregunté sin volverme—: ¿Por qué no le dijiste que ya nos conocíamos?

Durante el largo minuto de pausa que se produjo, me habría gustado ver su rostro y adivinar qué estaba pensando. Pero, cuando habló, su voz no resultó fácil de interpretar. Se limitó a devolverme la pregunta:

—¿Por qué no lo hiciste tú?

Yo sabía por qué había guardado silencio, y no había sido porque no quisiera contradecir su relato, o su silencio. Fue porque… Graham, como los caballos, era también mi debilidad. Cuando estaba cerca de mí, hacía que me sintiera electrizada, confusa, excitada como una adolescente que sucumbía a un nuevo enamoramiento; había querido que esa sensación se prolongara, deseaba guardarla para mí sola y no permitir que nadie se inmiscuyera en ella. Pero, puesto que no podía decírselo, respondí:

—No lo sé. No sabía qué pensar. —Después, como había hecho él, le devolví la pelota—. Supuse que tenías tus razones para no decírselo.

Cualesquiera que fuesen, no me las explicó. Prefirió cambiar de conversación.

—Dime, ¿cómo va el libro?

«Un terreno mucho más seguro», pensé.

—Está yendo realmente bien. Esta noche me ha tenido despierta hasta las tres de la madrugada.

—¿Siempre escribes de noche?

—No siempre. Cuando llego a la última parte del libro, lo hago a todas horas. Pero cuando rindo más es a última hora, por la noche. No sé por qué. Quizá porque entonces estoy medio inconsciente. —Pronuncié esta última frase en tono jocoso, pero él asintió, considerándola.

—Es posible —dijo—. Tal vez por la noche predomina tu subconsciente. Tengo un amigo pintor que me dice lo mismo: le resulta más fácil trabajar por la noche, cuando su mente comienza a derivar y está casi dormido. Dice que entonces ve las cosas con mayor claridad. Sin embargo, yo soy incapaz de ver ninguna diferencia respecto de las que ha pintado durante el día; todas me parecen grandes manchones de color.

Tras lo ocurrido la semana anterior y con lo que había averiguado a propósito de Sophia Paterson, me había formado algunas ideas sobre el pensamiento subconsciente y sobre cómo regía mi actividad como escritora, pero me las guardé para mí.

—En mi caso es, principalmente, una costumbre. Cuando empecé a escribir, a escribir en serio quiero decir, no por diversión, estaba aún en la universidad. El único tiempo de que disponía era por la noche.

—¿Y qué estudiaste en la universidad? ¿Literatura inglesa?

—No. Me encanta leer, pero en la escuela aborrecía cuando nos hacían leer un libro y analizarlo. Winnie de Puh como alegoría política, o todas esas monsergas. Jamás funcionaron conmigo. Hay un pasaje en *Las vírgenes de Wimpole Street*, ya sabes, la obra de teatro, en el que Elizabeth Barrett está intentando averiguar el sentido de uno de los poemas de Robert Browning y se lo enseña; él lo lee y le dice que, cuando escribió aquel poema, solo Dios y Robert Browning sabían qué significado tenía, y ahora solo lo sabe Dios. Pues así es como me siento a propósito del estudio de la literatura inglesa. ¿Quién sabe en qué estaba pensando el escritor, y por qué

debería importar? Prefiero leer solo por diversión. Así que estudié política.

—¿Política?

—Tenía ideas acerca de cómo cambiar el mundo —admití—. Y en todo caso, creía que podría ser útil de alguna manera. Todo es política.

No me lo discutió. Pero quiso saber.

—¿Y por qué no historia?

—Supongo que por lo mismo. Yo leía sobre todo por diversión. Los profesores, de alguna manera, siempre despojan de vida cualquier tema que tocan. —Recordé entonces cómo se ganaba él la vida, e intenté suavizar mi juicio—. Bueno, no todos los profesores, naturalmente, pero…

—No, no, ahora ya no vale. Lo has dicho —Se echó hacia atrás en la banqueta y me observó divertido—. Trataré de no tomármelo a mal.

—Pero yo no quería…

—Solo conseguirás empeorarlo —me advirtió.

—En todo caso, no acabé la universidad.

—¿Por qué no?

—Porque antes terminé mi primera novela, y se vendió; después, las cosas siguieron su propio curso. A veces me fastidia no haber podido licenciarme, pero, por otra parte, no puedo quejarme. Escribir me ha dado muchas satisfacciones —dije.

—Bueno, tienes talento.

—He recibido críticas de todo tipo —Hice una pausa porque acababa de darme cuenta de lo que él había dicho y de como lo había dicho—. ¿Por qué piensas que tengo talento?

Lo había pillado.

—Tal vez porque la semana pasada leí uno de tus libros.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Mencionó el título.

—Disfruté leyéndolo. Y me impresionó la forma como describías las escenas de batalla.

—Vaya, te lo agradezco.

—Además, hiciste un excelente trabajo de investigación. Aunque creo que fue una lástima que el héroe tuviese que morir.

—Lo sé. Puse todo mi empeño en conseguir un final feliz, pero así es como sucedió en realidad, y no me gusta cambiar la historia.

Afortunadamente, muchos de mis lectores habían aprobado mi elección y, según las cartas que había recibido de ellos, habían disfrutado con el trágico final e incluso habían llorado.

—A mi madre le habrían encantado tus libros —dijo.

Con la mano aún apoyada en el cuello del animal, me volví hacia él.

—¿Os dejó hace mucho?

—Murió cuando tenía yo veintiún años.

—Lo siento.

—Gracias. Yo también. Mi padre ha estado como perdido durante estos últimos quince años. Creo que se siente culpable de su muerte.

—¿Por qué?

—Padecía del corazón. Está convencido de que debería haberla obligado a aflojar un poco el ritmo de vida. —Sonrió—. Pero habría sido como intentar detener un torbellino. Mamá estaba siempre en danza.

De ella debía de haber heredado su impaciencia, pensé. Pero él desvió de nuevo la conversación hacia mí.

—¿Tus padres viven?

—Sí, y también tengo dos hermanas.

—¿Residen aún en Canadá?

—Una de mis hermanas vive en Estados Unidos, y la otra está en China, enseñando inglés. Papá dice que nuestra sangre escocesa nos impulsa a viajar.

—Puede que esté en lo cierto. Entonces, ¿dónde tienes tu hogar?

—No tengo ninguno, en realidad. Viajo a los escenarios de mis libros, y vivo allí mientras los estoy escribiendo.

—Como una zíngara.

—Más o menos.

—Debes de haber vivido aventuras curiosas, y conocido a mucha gente interesante.

—Algunas, sí. —Solo fui capaz de sostener su mirada un momento; después me volví para seguir acariciando la frente de Tammie, que me reclamaba, lo cual me hizo decirle a Graham—: Estabas en lo cierto. Es un donjuán.

—Lo es. Tiene una cara preciosa, y sabe cómo sacar partido.

Graham miraba de nuevo a través de la puerta abierta la lluvia que seguía acribillando el suelo duro del patio.

—Me parece que no hemos elegido un buen día para hacer turismo.

Tenía razón, y yo lo sabía, pero no dije nada.

Para ser sincera, a mí no me habría importado pasar el resto del día en aquel establo, con Graham y Angus como única compañía. Pero él no era un hombre al que le gustara permanecer tanto rato sentado; por eso, cuando se levantó, di una última palmadita al caballo, me subí el cuello de la chaqueta y, a regañadientes, eché a correr bajo la lluvia hacia el lugar donde habíamos aparcado el Vauxhall.

En esta ocasión logré ocultar mejor cómo me sentía. Al poco rato ya nos rodeaban las casas y las tiendas de Cruden Bay y llegábamos al comienzo del sendero que subía hasta mi casa. Él aparcó y salió del coche para ayudarme a bajar. Despojándose de su impermeable, lo extendió encima de nuestras cabezas para que nos protegiera a los dos.

—Subiré contigo.

Dejó a Angus dentro del coche, lo que significaba que no pensaba entrar en la casa. Me dije que era lo correcto y que no tenía ninguna razón para sentirme decepcionada. Ya habría otras ocasiones.

Pero, aun así, noté un pequeño vacío en mi interior y tuve que forzar una sonrisa cuando llegamos ante mi puerta y me volví para darle las gracias.

Graham volvió a ponerse el impermeable que había extendido sobre nuestras cabezas.

—Probaremos en otra ocasión —dijo.

—Por supuesto.

—Nos vemos mañana, entonces. A la hora del almuerzo.

—De acuerdo.

Se entretuvo todavía un instante, como si quisiera decir algo más, pero al final se limitó a ponerse la capucha, sonrió y comenzó a bajar por el camino mientras yo me daba la vuelta para meter la llave en la cerradura de la casa.

Tenía las manos frías y mojadas y no podía dar con la ranura, entonces se me cayó la llave y oí cómo golpeaba contra la piedra. Tuve que agacharme a buscarla y, cuando la encontré, ya estaba realmente empapada.

Me levanté y, para mi sorpresa, vi que Graham se hallaba de nuevo a mi lado. Pensando que había vuelto para ayudarme, le dije:

—Ya está. La he encontrado. —Y levanté la mano para mostrársela.

Pero, cuando intentaba otra vez encajarla en la cerradura, él alargó la mano y me alzó la cara. Noté el calor de sus fuertes dedos en mi mandíbula, mientras él iba siguiendo suavemente con el pulgar la línea del hueso.

—Verás… —dijo—. No se lo conté a mi padre porque no quería compartirte. Todavía no.

Tuve la sensación, en un primer momento, de que no había oído bien sus palabras. Pero, aunque las hubiera entendido, no habría sabido qué responder. Otra cosa habría sido que yo escribiera esta escena, me dije, pues entonces no habría tenido problemas. Era fácil escribir diálogos para los personajes en mis libros, pero en la vida real las palabras no me salían nunca tal como yo quería expresarlas.

Él interpretó mi silencio de otra manera.

—Estoy seguro de que te parecerá una locura, pero…

—Yo tampoco deseo compartirte —le interrumpí.

Considerando la forma como se la solté, no era precisamente la cautivadora respuesta que yo había estado buscando, aunque segundos después eso había dejado de preocuparme.

El beso fue breve, pero no me dejó la menor posibilidad de malinterpretar sus intenciones. Porque, en aquel vertiginoso momento, todo lo que sentí fue él: su ardor, su roce, su fuerza, y cuando levantó la cabeza yo me quedé danzando sobre mis pies, a punto de perder el equilibrio.

Él me miró de arriba abajo, como si sintiera también el poder de aquel contacto. Y después, refulgió la blancura de sus dientes sobre el fondo oscuro de su barba. El guiño de una sonrisa avivó sus ojos grises.

—Escribe eso en tu libro —me desafió.

Luego se volvió y, con las manos metidas en los bolsillos, se alejó silbando por el embarrado camino, mientras yo me quedaba allí, inmóvil y sin habla bajo el aguacero.

VI

—Habéis perdido el juicio —dijo Kirsty—. Pero es un hombre apuesto. Si yo fuera de su condición, también sonreiría pensando en él.

Los labios de Sophia se curvaron en una leve mueca.

—Dudo mucho que eso le agradara a Rory. Además, decías que querías un hombre capaz de situarse en la vida y darte hijos. No creo que el señor Moray lleve una vida tranquila.

—Yo me encargaré de sus hijos —replicó Kirsty—. O de hacérselos, en todo caso. —Se pasó la mano por los cabellos y sonrió pícaramente—. Pero creo que voy a

escandalizaros hablando con tanto descaro. Y está claro que vuestro señor Moray no es ningún granjero.

Se hallaban fuera, en el pequeño huerto de la cocina, donde Sophia había encontrado a Kirsty, que estaba cogiendo hojas de menta para sazonar el plato que la señora Grant preparaba. La mañana era suave; el sol calentaba y soplaba una agradable brisa en lugar del ventarrón que había estado sacudiendo violentamente las ventanas los tres días anteriores y levantado en el mar olas tan grandes que a Sophia le habían parecido de la estatura de un hombre. ¡Menudo tiempo para mayo!, había pensado. La joven prefería los días como este, que le permitían salir de la casa y alejarse de la confusión de sentimientos que la atenazaban cuando estaba confinada allí dentro con la cercana presencia del señor Moray.

—¿Sabíais que era coronel por derecho propio? —preguntó Kirsty—. Teniente coronel al servicio del rey de Francia. Me lo ha dicho Rory.

—No, no lo sabía.

Pero sí sabía cuál era su nombre de pila, puesto que había oído al conde de Erroll llamarlo por él: John. Un nombre adecuado, sencillo y fuerte: John Moray.

Ahora le añadió mentalmente el título de «coronel», mientras Kirsty le dedicaba otra mirada de incredulidad.

—¿Por qué dijisteis que no queríais montar a caballo con él? —preguntó.

—Yo no dije que no quería. Le dije que esta mañana estaba ocupada con otras cosas.

Kirsty puso los ojos en blanco.

—Sí, claro. Tan importantes como ver cómo recojo menta.

—Tengo mi labor de bordado.

—Y el cielo sabe que las mareas interrumpirían su flujo si por ventura la abandonáis aunque solo sea una hora. —La muchacha hizo una pausa para aguardar la siguiente excusa y, como esta no llegaba, añadió—: Está bien. Decidme por qué no quisisteis cabalgar con él. La verdad.

Sophia estuvo a punto de alegar que no creía que la condesa lo aprobara, pero esa tampoco era la razón y dudaba que lograra engañar a Kirsty.

—No sé —dijo finalmente—. Hay algo en él que a veces me asusta.

Kirsty pareció sorprendida.

—¿Se ha mostrado descortés con vos?

—No, nunca. Siempre ha sido todo un caballero conmigo.

—¿Por qué lo teméis, entonces?

Sophia no podía responder a eso, no podía explicar que no era el hombre quien le infundía temor, sino el efecto que ejercía sobre ella; que, cuando él se hallaba en la habitación, ella notaba como si todo se removiera en su interior, cada vez con mayor rapidez y como si temblara por efecto de la fiebre. Por eso contestó una vez más:

—No lo sé.

—Nunca superaréis vuestros temores hasta que os enfrentéis a ellos —le aconsejó Kirsty—. Es lo que me dice siempre mi madre. —Había encontrado ya la menta y empezó a arrancar las hojas que necesitaba. De repente se detuvo—. La próxima vez que el señor Moray os lo pida, deberíais ir pensando en decirle que sí.

Una semana atrás, Sophia la habría seguido al interior del castillo y habría pasado un rato agradable charlando con los sirvientes en el calorcillo de la cocina, pero el protocolo de la casa había cambiado desde que

el conde de Erroll había vuelto a Slains. Aunque el conde jamás había hecho ningún comentario al respecto, estaba claro que, mientras él se encontrara en su residencia, los sirvientes debían atender más estrictamente sus obligaciones.

Por eso, una vez se hubo marchado Kirsty, Sophia se quedó fuera paseando por el jardín. Allí, al menos, había aire fresco y paz. Los pájaros revoloteaban en un bullicioso y sonoro trajín, construyendo nidos en las sombreadas rendijas de los muros, y las flores danzaban entre las hierbas que se mecían suavemente junto a los senderos. Las fragancias de la tierra calentada por el sol y de las plantas que crecían en ella eran gratas para sus sentidos; cerró un instante los ojos para retrotraerse a sus recuerdos de los días de primavera durante su infancia y de los campos que descendían por las laderas extendiendo una alfombra verde hacia el río Dee.

Una mano se cerró de improviso en torno a su brazo.

Abrió los ojos, sobresaltada, y vio junto a ella la cara angulosa del jardinero. Sintió la súbita e instintiva reacción de temor que debe de experimentar todo animal en presencia de un depredador. Pero al instante, puesto que no quería demostrar su temor a Billy Wick, atemperó su impulso, aunque él se había dado cuenta y había sentido evidente placer al observarlo.

—Ve con cuidado —advirtió. Su voz no era la voz rasposa que habría podido asociarse a su rostro; era menos hiriente, pero para los oídos de Sophia su tono sonaba, a pesar de todo, desagradable, como el siseo de una serpiente—. Deberías tener los ojos bien abiertos cuando caminas por mi huerto.

La joven mantuvo la serenidad.

—Lo tendré en cuenta, señor Wick.

—Sí, hazlo. No quisiera ver que una chica tan guapa como tú sufre algún daño.

Sus negros ojos la desnudaron con una lenta mirada mientras la retenía sujeta por el brazo.

Ella luchó para librarse, pero él no la soltaba y la joven se dio cuenta de que su resistencia solo conseguía complacerlo más. Así que, manteniéndose inmóvil, le pidió:

—Soltadme.

—Parece que te sientes insegura sobre los pies —dijo él, sonriendo—. No querría que te cayeras. Porque eso es lo que le diré a la condesa si se te ocurre hablarle en mi contra. He vivido en Slains bastante más tiempo que tú, muchacha. Mi palabra tiene credibilidad para la condesa.

Con la otra mano buscaba el talle de Sophia mientras hablaba. La joven se dio cuenta de que, en el lugar donde se hallaban, estaban lejos de la vista de cualquiera que estuviera en el interior de la casa. Sintió que una oleada de pánico y de repugnancia le subía como bilis por la garganta y ahogaba las palabras mientras repetía:

—Soltadme.

—Me parece que no voy a hacerlo por ahora. —La mano había alcanzado su cintura, se aferraba a ella y seguía subiendo—. Prefiero asegurarme de que no te haces ningún daño.

Afortunadamente, unos pasos en el camino lo interrumpieron. Al instante, Billy Wick dejó caer sus manos y se apartó de la joven, de manera que no hubo nada raro en el aspecto de la escena que encontró el señor Moray cuando se acercó a ellos. Pero él aminoró el paso tras una breve mirada a la cara de Sophia; se

detuvo en seco mientras sus ojos, fríos y recelosos, se fijaban en el jardinero.

—Buenos días, señor Wick —dijo; pero sin dar tiempo para que el otro respondiera, añadió—: Estoy seguro de que esta dama no quería distraeros de vuestro trabajo.

El jardinero frunció el ceño, pero se llevó respetuosamente la mano al sombrero y, tras recoger las herramientas que había dejado al borde del camino, se escurrió tan hábilmente como una víbora entre la hierba.

Los hombros de Sophia se relajaron un poco con cierta sensación de alivio. Al notar de nuevo los ojos de Moray sobre ella, aguardó sus preguntas, pero estas no llegaron. Él solo quiso saber una cosa:

—¿Va todo bien?

Podía haberle contado lo que había ocurrido, pero no se atrevió, porque debajo de su apariencia calmada sintió que era muy capaz de ejercer la violencia por una causa justa, y no quiso darle ningún motivo para que saliera en defensa de su honor, y todavía menos que, con esa actitud, atrajera la atención hacia él. No quería que lo descubrieran.

—Sí —contestó finalmente. Y se alisó el vestido con manos apenas temblorosas—. Gracias. Todo va bien.

Él asintió.

—Entonces no os entretendré, porque veo que esta mañana estáis, ciertamente, muy ocupada.

Había pasado ya junto a ella cuando encontró suficiente valor para llamarlo.

—Señor Moray...

De nuevo él se detuvo y se volvió.

—¿Sí?

—La situación ha cambiado —dijo intentando mantener la calma—. Si aún deseáis dar un paseo a

caballo, podría ir con vos, si queréis —concluyó, consciente de que él la miraba fijamente.

Él se paró un momento a considerarlo.

—Sí, señorita Paterson. Me encantaría —respondió.

No se entretuvo en cambiar su vestido por el traje de montar prestado. El polvo y las crines del caballo no podrían dañar el tejido de sus faldas más de lo que ya lo habían dañado los años. Aquel vestido no era el más viejo que poseía, pero lo había llevado a lo largo de varias temporadas y lo había arreglado con cuidado, porque su color, antaño violeta y ahora un pálido tono lavanda, contrastaba con sus cabellos dorados de un modo que la favorecía.

Ya en las cuadras, Rory sacó su yegua y pasó las manos por la ancha cincha de la silla para cerciorarse de que estuviera segura. Pero fue la mano de Moray la que ayudó a Sophia a subir a su montura.

La joven sintió de nuevo a lo largo de su brazo la descarga que había notado cuando se habían tocado por primera vez. Mientras ella retiraba la mano, él le dijo:

—Deberíais poneros guantes.

—Estoy bien así. Mis manos no son tan delicadas.

—Lo son para mí —replicó el señor Moray, y le tendió unos guantes que llevaba colgando de su cinto antes de encaramarse a la silla de su corcel, en la que se sentó con tanta soltura que parecía formar parte del animal. Después, dirigiéndose a Rory, dijo—: Si la condesa te pregunta, dile que no iremos lejos y que cabalgaremos todo el rato siguiendo la costa. La muchacha estará segura conmigo.

—Sí, coronel Moray. —Rory se apartó para dejarles paso y los siguió con la mirada. Aunque no hizo ningún comentario, por la expresión que Sophia vio en su cara, supo que Kirsty no tardaría en enterarse de su aventura.

Pero, si bien Kirsty la aprobaría sin ninguna duda, Sophia ignoraba qué opinarían la condesa o su hijo acerca de aquella salida. Ciertamente la condesa se encontraba presente en la estancia cuando Moray le había propuesto a Sophia ir a dar un paseo a caballo después del desayuno, pero la joven se había apresurado tanto a declinar su ofrecimiento, que no había dado ocasión a la condesa de expresar su opinión. Sin embargo, Sophia supuso que difícilmente podía presentar alguna objeción. El señor Moray era un hombre honorable y de buena familia: una mujer que se pusiera bajo su protección podía estar segura de no sufrir ningún daño.

Se repitió a sí misma esta afirmación para fortalecer su confianza. Ya estaban más allá del castillo, cabalgando hacia el sur. Él llevaba su caballo a un cómodo trote de paseo, aunque Sophia tenía la sensación de que, de haber ido solo, lo habría puesto a un paso más en consonancia con su impaciencia. Tenía que resultarle difícil, se dijo, siendo como era un soldado, nacido y entrenado para la acción, estar encerrado en Slains durante unos días. Había visto a menudo que se refugiaba en la biblioteca, entre los estantes llenos de libros, como si a través de la lectura pudiera dar a su mente, al menos, cierta sensación de libertad. Pero la mayoría de las veces le recordaba a un animal enjaulado que tan solo podía recorrer la finca y los pasillos, sin ningún objetivo que mereciera la pena.

Incluso ahora daba la impresión de no tener ningún destino en su mente, como si le bastara aquel breve paseo para respirar el aire del mar y ser libre.

No parecía tener muchas ganas de romper el silencio y ciertamente no pronunció palabra hasta que las patas de los caballos hubieron chapoteado en el arroyo,

pasaron el grupo de casitas que se apiñaban más allá de él y dirigieron sus monturas hacia donde las blandas hierbas de la playa brotaban sobre las dunas de arena. Entonces le preguntó:

—¿Cómo os encontráis con esos guantes?

A Sophia le parecían calientes, excesivamente grandes y ásperos al tacto de sus dedos, pero aquella sensación le proporcionaba asimismo cierto pecaminoso placer, como si las manos de él se cerraran sobre las suyas; una sensación que ella hubiera deseado que no desapareciera jamás.

—Son de mucha ayuda —dijo—. Aunque os confieso que tengo la sensación de que, para hacerles justicia, debería llevar un halcón posado en mi mano.

La joven nunca le había visto sonreír de aquel modo: franca, abiertamente, mostrando la dentadura, divertido sin duda. Su impetuoso estallido la dejó casi sin aliento.

—Sí —reconoció—, no son la última moda en guantes. Me los envió como regalo de Navidad mi hermana Anna, que tiene gran afición por las leyendas de adalides y caballeros, y que sin duda escogió estos guantes guiada por semejante inclinación.

—Mi hermana se llamaba también Anna —dijo Sophia, sonriendo.

—¿Se «llamaba»?

—Murió el año pasado.

—Lo siento. ¿No tenéis más familia?

—No.

—No tenéis más que pedirlo, y podéis serviros de parte de la mía. —Su tono era seco—. Tengo dos hermanas y tres hermanos.

—Debe de ser duro para vos no poder verlos mientras estáis ahora en Escocia.

—Sí. Mi hermano mayor, William, que es el señor de Abercairney, tiene un bebé que aún no ha cumplido dieciocho meses y para quien debo de ser un perfecto desconocido. Había pensado que podría ponerle remedio este mes, pero, por lo visto, no tendré esa posibilidad.

La joven trató de aliviar su decepción.

—Pero un niño tan pequeño, aunque os viera, no os recordaría.

—Yo lo recordaría a él.

Hubo algo en el tono de su voz que hizo que Sophia lo mirara y se preguntara si realmente se le hacía tan duro vivir en Francia, tan lejos de las personas a las que amaba. No era raro para un escocés vivir en el extranjero, y a menudo los segundos hijos de las familias nobles, sabedores de que nunca heredarían las tierras de la familia, escogían servir en ejércitos del continente y abrirse camino lejos de las costas de Escocia. Era precisamente lo que había hecho, según había oído contar, el irlandés coronel Hooke, que tenía una esposa e hijos esperándolo en Francia. No estaba segura de que John Moray no hubiera hecho lo mismo.

—¿Tenéis hijos, coronel? —inquirió intentando restar importancia a la pregunta como si la respuesta fuera intrascendente para ella.

Él la miró de refilón.

—No, no tengo hijos —respondió—. Y tampoco hijas. O, por lo menos ninguna mujer se ha presentado ante mí alegando haberlos tenido conmigo. Además, supongo que mi madre preferiría que me casara antes de aportar nuevos vástagos a la familia.

—Oh... —exclamó Sophia, tal vez porque no se le ocurrió nada más que decir.

Era consciente de que el coronel la observaba y, aunque él no había alterado su expresión, podía darse cuenta de que su confusión lo divertía. Por eso encauzó la conversación hacia otra cuestión.

—¿Vivís en la corte? —preguntó.

—¿En Saint-Germain? ¡Dios me libre! No es lugar para mí. Me alojo donde al rey de Francia le place enviar mi regimiento, y me satisface esa situación, aunque confieso que, cuando alguna vez me reclaman en Saint-Germain, encuentro muy divertida la corte del rey Jacobo.

Sophia había oído hablar mucho del joven rey Jacobo —Bonny Blackbird (el «lindo mirlo negro»), como lo llamaban por su prestancia y sus negros cabellos—, de su hermana menor la princesa Louise-Marie, y de las magníficas y alegres fiestas de su corte exiliada en Francia, pero nunca había tenido la oportunidad de conocer a alguien que hubiera estado allí, por lo que deseó enterarse de algunos detalles.

—¿Es verdad que el rey y la princesa se pasan la noche bailando y dedican toda la mañana a la caza?

—¿Y a pasear las primeras horas de la tarde? —Había una amable expresión burlona en los ojos del caballero —. Sí, yo también he oído esos rumores que corren, muchacha. Y es verdad que los dos son jóvenes a los que, ocasionalmente, les apetece disfrutar de algún placer, ya que pueden permitírselo; nadie está en situación de reprochárselo después de todo lo que han vivido. Pero, a decir verdad, la princesa es una muchacha encantadora y sensible, que se comporta modestamente en todo, y el joven rey Jacobo dedica la mayor parte del tiempo a ocuparse de sus asuntos de negocios, domésticos y en el extranjero, con la diligencia propia de un rey. Aunque —añadió, para no

decepcionarla— recuerdo que en la última noche de Reyes hubo un baile en Versalles al que el rey Jacobo y la princesa acudieron pasada la medianoche y que a las cuatro de la madrugada todavía seguían bailando. La princesa lucía un vestido de terciopelo amarillo, con joyas y diamantes prendidos en sus cabellos, y a su alrededor habían encendido unas dos mil velas para dar luz a los que bailaban. Cuando el baile acabó y el rey y la princesa salieron a la luz de las antorchas a la Cour de Marbre, la guardia suiza del rey de Francia los escoltó hasta su carruaje y regresaron a Saint-Germain rodeados de una compañía de jinetes espléndidamente ataviados, luciendo en sus sombreros la pluma blanca de los Estuardo.

Sophia cerró los ojos un instante y suspiró imaginando la escena. ¡Era tan romántico todo aquello y estaba tan alejado de cuanto ella había conocido! Se dijo que sería increíble tener de nuevo al rey en Escocia. El primer rey Jacobo había huido al exilio el mismo año en el que nació Sophia y desde entonces no había habido ningún rey de Escocia en el antiguo trono de Edimburgo. Pero ella había escuchado, arrobada, a sus mayores cuando le hablaban de los tiempos en los que el destino de Escocia había dependido de ellos.

—¿De verdad volverá? —preguntó.

—Sí. Volverá y pisará suelo escocés —respondió Moray—. Y yo me encargaré de procurar que este esfuerzo no le cueste la vida.

A Sophia le habría gustado preguntarle más cosas acerca de la corte de Saint-Germain, pero la mirada de Moray se había desviado hacia el mar; de pronto, tiró de las riendas de su caballo y lo obligó a parar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sophia, deteniéndose a su vez.

Sin embargo, fuera lo que fuese lo que había visto John Moray, decidí que tendría que aguardar hasta más tarde. A desgana, pulsé las teclas adecuadas para guardar mi trabajo y apagué el ordenador.

Casi se me había hecho tarde para el almuerzo.

11

Angus dio el aviso al oír el primer golpe en la puerta y comenzó a ladrar impacientemente hasta que alguien acudió a responder. Jimmy abrió la puerta de par en par con una sonrisa de bienvenida.

—Adelante, adelante, querida. Pase y no se preocupe por el perro. Es Angus. No la morderá. Por aquí. Denos su abrigo y el paraguas. Los colgaré para que se sequen.

Era agradable pasar de la bruma gris y la lluvia al calor del estrecho e iluminado recibidor con su papel de pared amarillento. Esta vez no persistían los olores rancios de la cocina, sino solo un aroma fuerte y de algo recién hecho. Por lo visto, Jimmy había mantenido su promesa de cocinar rosbif, y el denso olor de la carne asada llegó hasta mí y me recordó que había estado tan absorta escribiendo que había olvidado desayunar y ahora estaba hambrienta.

Angus, al verme, había dejado de ladrar y se había puesto a mi lado, moviendo la cola y olfateando alrededor de mis piernas en demanda de un poco de atención. Yo me agaché y empecé a rascarle las orejas.

—¡Hola, Angus! —lo saludé.

Pero enseguida me contuve y retrocedí mentalmente varias frases en la conversación para asegurarme de que Jimmy había mencionado el nombre del perro. Lo había hecho, en efecto, pero pensé que iba a tener que ser más cuidadosa si se suponía que debía fingir que era la primera vez que veía a Graham.

—¿Tomará una copita de jerez? —ofreció Jimmy—. A mi mujer le gustaba siempre beber un sorbito de jerez antes de almorzar los domingos.

—Sí, por favor.

Cuando lo seguí hasta el salón sentía en la boca del estómago un nudo de expectación, así que tuve que respirar profundamente para prepararme. Puede que no fuera la primera vez que fijaba mis ojos en Graham, pero sería la primera que lo vería después de que me hubiera besado y solo pensarlo me ponía sumamente nerviosa.

Si no hubiera estado tan ocupada escribiendo la noche anterior, probablemente habría analizado aquel beso hasta el agotamiento. En aquellos momentos ya sabría si lo había hecho a propósito o si tenía segundas intenciones acerca del cambio de rumbo que habíamos dado a nuestra relación.

Graham tenía hábitos heredados de su padre. Al entrar en la sala se puso inmediatamente de pie, y cuando sus ojos se cruzaron con los míos acabaron con todas mis dudas. Parecía que fuéramos las dos únicas personas que había en la habitación.

Pero no lo éramos.

No me di cuenta de que otra persona se hallaba de pie a mi izquierda hasta que una mano se acercó para tocar mi hombro; entonces noté en mi mejilla el roce de la respiración de Stuart, que se inclinaba sonriendo y me saludaba con un beso que olía levemente a cerveza.

—¿Lo ves? Ya te dije que no estaría mucho tiempo fuera. —Después, todavía con la mano en mi hombro, dijo—: Esta es Carrie, Graham. Carrie, permíteme que te presente a mi hermano Graham.

Desconcertada por aquel nuevo giro de los acontecimientos, pasé por las formalidades de aquella presentación hasta que el firme apretón de manos de Graham actuó en mí como una descarga eléctrica que me serenó. Cortés, pero deliberadamente, di un paso adelante que me llevó lejos del alcance de Stuart, y elegí un sillón próximo al que ocupaba Graham. Después dirigí mi sonrisa, más allá de los dos hermanos, al padre de ambos, que había cruzado la

habitación para ofrecerme la copa que había llenado cuidadosamente con lo que parecía una botella de jerez seco recién adquirida, que dejó en un lado del aparador.

—Gracias —le dije a Jimmy—. El asado huele maravillosamente.

—No sé si seguirá elogiándolo usted igual después de que lo haya comido.

—Por eso quiere que primero bebamos —dijo Stuart sosteniendo su vaso medio vacío de lo que parecía cerveza fuerte.

Haciendo caso omiso de mi maniobra con los asientos, ocupó el que había enfrente de mí, estiró las piernas e hizo a un lado a Angus. El perro se movió gruñendo.

—Veamos —preguntó jovialmente—, ¿cómo te ha ido esta semana sin mí?

—Bueno, me las he arreglado.

—Ha estado en Edimburgo —dijo Jimmy.

Sentí sobre mí la mirada de Graham antes incluso de que Stuart preguntara:

—¿En Edimburgo? —Enarcó las cejas con curiosidad—. ¿Para qué?

—Para investigar.

—Sí —dijo Jimmy—. Pasó allí casi toda la semana y no volvió hasta el viernes a última hora. No me gusta que una joven viaje sola de noche. ¿Por qué no aguardó y volvió por la mañana? —preguntó.

—Ya estaba lista para volver a casa. —Fue toda la explicación que pude dar, sin revelar que lo único que pretendía era volver a tiempo para mi excursión prevista con Graham el sábado por la mañana.

Si él lo sospechó, optó por no demostrarlo.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Graham, y mientras yo volvía la cabeza, aclaró tranquilamente—: De tu investigación, quiero decir.

—Algo encontré, sí. —Y, puesto que aquello me daba algo útil en lo que centrar la conversación, le conté algunas de las cosas que había leído en los papeles de Hamilton.

Reclinando la espalda en su asiento, Stuart preguntó:

—¿Quién era ese duque de Hamilton?

—James Douglas —le respondió Graham—. El cuarto duque de Hamilton.

—¡Ah! Naturalmente.

Stuart entornó los ojos mientras su hermano le decía:

—No seas paleto.

—No todos nos dormimos leyendo libros de historia.

—El duque de Hamilton —empezó Graham despacio, como si se dirigiera a un niño— fue uno de los personajes más destacados de Escocia en el paso del siglo XVII al XVIII. Se declaraba un patriota y ocupaba un lugar en la línea de sucesión al trono escocés. De hecho, algunos protestantes, incluido él mismo, opinaban que habría sido mejor candidato para el trono que cualquiera de los Estuardo que estaban exiliados.

—Sí, bien. Cualquiera habría sido mejor que los Estuardo —sentenció Stuart; pero la curva de sus labios, mientras levantaba su copa, reveló que estaba provocando a su hermano a propósito.

Sin hacerle caso, Graham me preguntó:

—¿Tiene un papel importante el duque en tu libro?

—¿El duque? Está presente en el fondo de toda la trama. La narración, hasta ahora, se ha desarrollado en gran parte en Slains, pero hay una escena al principio en la que él conoce a mi heroína en Edimburgo y habla brevemente con ella. Y todos los personajes, claro está, tienen opiniones acerca de la postura del duque con respecto a la Unión.

—Como ocurre entre algunos historiadores.

Stuart apuró su vaso.

—Me he perdido de nuevo —dijo—. ¿De qué Unión habláis?

Graham hizo una pausa y, después, con voz seca, se dirigió a mí:

—Te ruego que disculpes a mi hermano. Sus conocimientos acerca del pasado de nuestro país empiezan y acaban con *Braveheart*.

Stuart hizo lo que pudo para mostrarse ofendido, pero no lo consiguió. Con su carácter campechano, dijo:

—Está bien, ilústrame.

La mirada de Graham mostraba indulgencia.

—Roberto Bruce salía en *Braveheart*, así que supongo que sabrás quién fue, ¿no?

—Sí, el rey de Escocia.

—Su hija se casó con el alto senescal de Escocia, y de ese linaje arranca la dinastía escocesa; senescal, en inglés, es «steward», y aquel título hereditario había pasado a ser el nombre de la familia, Stuart o Estuardo. Tendremos dos Robertos más y un montón de Jacobos hasta llegar a María Estuardo, reina de Escocia. De ella habrás oído hablar…

—Una buena mujer, pero mal casada —respondió Stuart, repantigándose para seguir con su papel.

—El caso es que el hijo de María, otro Jacobo, se convirtió en el heredero de la reina Isabel de Inglaterra, que murió sin descendencia. De manera que fue así como nos encontramos con un Estuardo rey de Escocia y de Inglaterra, aunque actuó más como inglés que como escocés, hasta el extremo de que apenas puso los pies en estas tierras. Lo mismo que su hijo, el rey Carlos I, al que se le subieron a la cabeza sus poderes y tuvieron que presentarse Oliver Cromwell y sus hombres diciendo que ya estaban hartos de reyes; depusieron a Carlos I y le cortaron el pescuezo.

—Hasta aquí te sigo.

—Tras unos años de guerra civil, y gobernados durante un tiempo por Cromwell y su Parlamento, los ingleses decidieron que, después de todo, les había ido mucho mejor con los reyes e invitaron al hijo del antiguo rey, Carlos Estuardo, o Carlos II, a que regresara y ocupara el trono. Cuando este murió en 1685, le sucedió en el trono su hermano Jacobo, lo cual no presentaba ningún problema, de no ser porque Jacobo era católico. Muy católico. Tanto, que los ingleses no solo temieron que intentara poner cortapisas a su duramente ganada fe protestante, sino que, además, se alió con el católico rey de Francia, al que consideraban su peor enemigo.

Graham hizo una pausa para beber un trago de su vaso que, como el de su padre, contenía whisky solo. Y siguió con la historia:

—En Inglaterra, la aristocracia ya empezaba a plantearse librarse de Jacobo y poner en el trono a alguien que fuera protestante como ellos y enemigo de los franceses. Tenían delante al candidato perfecto, porque María, la hija mayor de Jacobo, estaba casada con un protestante que llevaba años guerreando contra los franceses y que tenía puestos los ojos desde hacía mucho tiempo en el trono inglés: el príncipe Guillermo de Orange. No importaba que fuera holandés, porque era el marido de María y, si esta se convertía en reina, solo haría falta una disposición del Parlamento para que pudiera gobernar como rey junto a ella.

»Pero, mientras los aristócratas hacían todos estos planes, la segunda esposa del rey Jacobo dio a luz a un niño. En ese momento los ingleses tenían un serio problema, porque los herederos varones pasaban por delante de las mujeres en la línea de sucesión. Así que hicieron correr el rumor de que el príncipe recién nacido no era un príncipe, sino un bebé plebeyo al que Jacobo había introducido en la habitación de su reina en un calentador de cama para darse un heredero. No era una historia demasiado convincente, pero sí suficiente para los que querían levantarse contra Jacobo.

»Lo que siguió no fue propiamente una guerra, sino más bien una partida de ajedrez, con caballeros y nobles cambiando de bando. En cuestión de seis meses Jacobo, su reina y su pequeño heredero habían escapado a Francia. No era la primera vez que Jacobo hacía ese viaje: cuando era un muchacho y su propio padre, Carlos I, estaba en plena guerra civil, su madre lo llevó a Francia para que estuviera a salvo. Y aunque su padre murió decapitado y los Estuardo tuvieron que vivir algún tiempo en el exilio, al final, los ingleses les pidieron que volvieran y ocuparan el trono. Jacobo recordaba todo eso y confiaba en que volvería a ocurrirle lo mismo si agachaba la cabeza y aguardaba a que se aclararan las cosas. De manera que se llevó a la reina y al príncipe a Saint-Germain, donde él mismo había vivido su exilio de muchacho. En la primavera de

1689 su hija María y Guillermo, el marido de esta, ocuparon el trono de Inglaterra, en tanto que Escocia, tras una votación, se declaraba también a favor de Guillermo.

»En consecuencia —prosiguió Graham—, nuestro país se dividió en dos bandos: los que, siendo en su mayoría presbiterianos, toleraban tener a María por reina por su condición de escocesa (y además protestante), y los que pensaban que no tenía ningún derecho a reinar, ya que la precedían su padre y un hermano en la línea de sucesión. A este segundo grupo, los que querían que el rey Jacobo volviera al trono, se les llamó "jacobitas" por el nombre del rey.

Stuart levantó la mano.

—¿Puedo tomar otra copa? —preguntó.

—Claro —respondió Graham sonriendo, y también él tomó un trago mientras su hermano salía de la habitación y volvía a los pocos instantes con un vaso lleno y una pregunta para su padre.

—¿Tiene que seguir encendido el horno?

—¡Dios, no! —exclamó Jimmy levantándose y abandonando la sala a toda prisa.

Mientras Stuart ocupaba de nuevo su asiento, me dijo:

—Nunca he visto que no se le queme un asado hasta dejarlo irreconocible.

Graham rio el chiste y se encogió de hombros.

—Aun así, nos lo comemos igual.

—Solo estoy previniéndola —dijo Stuart—. En fin, ¿por dónde íbamos? Yo había preguntado, creo, por la Unión, pero hasta ahora no has mencionado ni una palabra de eso. —Después, dirigiéndose a mí como en un aparte, comentó—: Estos académicos siempre se van por las ramas.

—El caso es que, con Guillermo en el trono —siguió Graham, recapitulando pacientemente—, nos encontramos con que Escocia estaba hecha un lío y padecía una larga cadena de desgracias. En los últimos años del siglo, las cosechas fueron tan escasas que la gente se moría de hambre a carretadas, mientras que las leyes y

tasas inglesas asfixiaban el comercio y la navegación escoceses. Cuando una compañía escocesa reunió capital suficiente para invertir en una colonia en el Darién, en Panamá, para quitarle a Inglaterra una pequeña parte del comercio de la Compañía de las Indias Orientales, los ingleses respondieron con dureza cortando los suministros y la asistencia que podrían haber ayudado a los colonos a sobrevivir. Con el fracaso del Darién, los inversores lo perdieron todo. Escocia no solo se arruinó, sino que quedó extremadamente endeudada. Y ya no nos quedaba nada que vender, salvo nuestra independencia.

»Para entonces, Guillermo ya había enviudado, pero seguía luchando contra Francia. No quería morir dejando al rey francés ninguna carta con la que pudiera jugar y, puesto que Escocia era un país independiente, siempre existiría la amenaza de que el rey Jacobo Estuardo o su hijo el joven Jacobo, pudieran regresar, con el apoyo de Francia, y causar problemas a los ingleses. En la mente de Guillermo, tenía sentido que, puesto que los tronos de Inglaterra y de Escocia habían estado unidos unos cien años atrás, ahora el Parlamento debía unirlos de nuevo y hacer de ambos un solo país: Gran Bretaña.

—Ah… —dijo Stuart comenzando a entender.

—De manera que, cuando Guillermo murió, pasó la política de Unión a manos de la reina Ana, la hermana de su esposa y segunda hija del viejo rey Jacobo. Ana era un poco más amable que su hermana María. Por lo menos reconocía en privado que el joven Jacobo era su hermanastro, por lo que había grandes esperanzas de que, puesto que no tenía ningún hijo vivo, lo designara como heredero suyo. Pero sus consejeros tenían otros proyectos y se apresuraron a influir en ella para que eligiera como heredero a otro pariente suyo, de la casa alemana de Hanover.

»El Parlamento escocés replicó que no aceptaría la sucesión de un Hanover a menos que Escocia tuviera libertad para rechazar las políticas que fueran en contra de nuestros intereses, como la guerra que la reina Ana mantenía aún contra los españoles y los franceses.

—Mucho me temo que eso no debió de hacerles ninguna gracia a los ingleses —aventuró Stuart.

—Respondieron con la Ley de Extranjería —dijo Graham—, según la cual, a menos que los escoceses acudiéramos a una mesa para discutir la propuesta de la Unión, todo escocés que residiera en Inglaterra sería tratado como un extranjero, se repatriarían los bienes propiedad de los escoceses en Inglaterra y prohibirían nuestras exportaciones.

—No teníamos elección, entonces —dijo Stuart.

Su hermano se quedó mirándolo.

—Siempre hay una elección. Pero, como siempre, había nobles escoceses acaudalados a uno y otro lado de la frontera y muy pocos de ellos optaron por arriesgar sus fortunas, por lo que, finalmente, accedieron a sentarse alrededor de una mesa. Nuestro amigo el duque de Hamilton propuso que la elección de los comisionados para tratar acerca de la Unión se dejara en manos de la propia reina Ana. Hizo que se votara por sorpresa en el Parlamento, cuando los que formaban la oposición no habían ocupado aún sus asientos, y así fue aprobada por unos pocos votos, lo cual significó que virtualmente todos los comisionados estaban a favor de la Unión. Esta es solo una de las pequeñas trapacerías que hizo.

—¿Estás diciendo que salió adelante el proyecto de la Unión?

Graham sonrió al oírlo.

—¿No lo has estudiado en la escuela? —preguntó.

—Bueno, ahora tenemos nuestro propio Parlamento…

—Sí, pero se trata de algo muy reciente. ¡Por Dios, Stuie! ¡No eres tan crío! ¿Acaso no recuerdas la campaña que se montó por todo el país a propósito del autogobierno? ¿Del partido nacionalista escocés? ¿De las manifestaciones en las que desfilaba todo el mundo? —Cuando se dio cuenta de que Stuart lo miraba con cara inexpresiva, sacudió la cabeza, diciendo—: Eres un caso perdido, ¿verdad?

Encogiéndose de hombros, Stuart encajó el rapapolvo.

—Probablemente estaba fuera del país cuando todo eso ocurría.

—O, más probablemente, en algún pub.

—Es posible —admitió Stuart—. ¿Importa mucho?

—No, a menos que algún día tus hijos te pregunten dónde estabas el día en el que nuestro Parlamento volvió a reunirse tras casi tres siglos.

En mi fuero interno, me sentía inclinada a pensar que no sería ningún problema. Stuart Keith no era el tipo de hombre que se casaba y tenía hijos. La vida con él era divertida y alegre, pero permanecer junto a una mujer mientras ella envejecía o cuidaba a unos bebés llorones no entraba probablemente en sus planes.

Había sido interesante estar sentada allí y observar a los dos hermanos mientras Graham daba su lección de historia. Eran dos hombres con personalidades tan diferentes… Por debajo de las bromas se detectaba auténtico afecto y respeto, y estaba claro que los dos se llevaban muy bien.

Cuando Jimmy volvió para decirnos que el almuerzo estaba listo, se completó el triángulo. Por la forma como los tres hombres se comportaban quedaba claro que aquel había sido siempre un hogar feliz.

También pude ver que hacía mucho tiempo que allí no había un toque femenino. Era una casa de solteros, desde los platos de la vajilla de loza, desparejados y prácticos, hasta la mesa simple y funcional en la que comíamos.

Desde el aparador nos sonreía a todos una fotografía en un marco de plata. Jimmy me sorprendió mirándola.

—Es mi mujer —dijo—. Isobel.

La habría reconocido sin que él me lo dijera, puesto que ya estaba muy familiarizada con unos ojos que, como los suyos, tenían el tono gris del mar del Norte en invierno.

—Parece encantadora —dije.

—Sí. Lo era. Es una pena que no esté ahora aquí. Habría tenido un montón de preguntas que hacerle acerca de sus libros. Todos queríamos que ella escribiera uno.

—Puestos a decirlo todo, probablemente habría podido ayudarte en tu investigación —dijo Graham—. La familia de mi madre es de las más antiguas de aquí.

—Así es —asintió Jimmy—. Le habría contado muchas historias, querida. Y le habría ofrecido una comida mejor.

—No hay nada de malo en esta —aseguré.

Tal como nos había prevenido Stuart, el rosbif estaba un poco chamuscado y seco, pero con la salsa pasaba muy bien, y las zanahorias y las patatas asadas del acompañamiento, aunque demasiado hechas también, tenían un sabor excelente.

—No lo animes —me aconsejó Stuart.

Se había sentado a mi lado y, de vez en cuando, su brazo rozaba el mío. Yo ya sabía que aquella muestra de intimidad no era casual, pero a menos que desplazara mi silla a otro lado, no había gran cosa que pudiera hacer. Solo esperaba que Graham, que se hallaba sentado frente a mí al otro lado de la mesa, lo comprendiera.

Aunque no sabía qué estaría pensando.

No era así como había esperado que transcurriera aquella tarde. Creía que estaríamos solos Jimmy, Graham y yo; que tendríamos la oportunidad de charlar; que, después, tal vez Graham me acompañaría caminando hasta casa, y que… bueno, ¿quién sabe lo que podría ocurrir luego?

Pero Stuart tenía sus propias ideas. Si se había conformado con permanecer sentado en silencio durante la lección de historia de Graham, ahora parecía decidido a no dejarse arrebatar el protagonismo. Cada vez que la conversación se desviaba del tema al que él la había llevado, volvía a encauzarla hábilmente mientras Graham, tranquilo y callado, lo dejaba hacer.

Cuando terminó la comida, yo estaba molesta por la actitud de los dos: con Stuart, porque no hacía más que marcar su territorio a mi alrededor como un perro, para advertir a su hermano que no se le ocurriera invadirlo, y con Graham por estar tranquilamente sentado y permitir que Stuart se saliera con la suya.

En atención a Jimmy, me quedé con ellos hasta que acabamos el café y él comenzó a llevarse los platos para fregarlos. Me ofrecí a ayudarle, pero él sacudió firmemente la cabeza.

—No, ni se le ocurra, querida. Guarde sus energías para escribir.

Su comentario me dio pie a darle las gracias por el almuerzo y anunciar que debía irme:

—Esta mañana he dejado el libro en mitad de un capítulo, y debo volver a terminarlo.

—De acuerdo. Permítame que deje todo esto en la cocina —dijo Jimmy, que tenía los brazos cargados con el montón de platos. Luego se dirigió a Stuart—: Vamos, Stuie. Levántate, muchacho, y ve a buscarle el abrigo.

Stuart salió, y Jimmy se fue a la cocina, con lo que Graham y yo nos quedamos solos en el salón. Noté que él me miraba. Yo tenía los ojos clavados en el mantel delante de mí; estaba sentada eligiendo las palabras y enseguida descartándolas, pensando cuidadosamente en lo que quería decir.

Pero Graham fue el primero en hablar:

—Los planes mejor pensados fracasan, tanto si son obra de ratones como si son de hombres.

Sabía que con aquello quería hacerme reír. Pero no lo hice.

—¿Te das cuenta de que Stuart te considera suya?

—Ya lo veo —respondí. Erguí la cabeza y busqué sus ojos—. Pero no lo soy.

—Lo sé. —Su voz era tranquila; deseaba que lo comprendiera—. Pero Stuie es mi hermano…

¿Y qué importaba eso?, pensé. ¿Qué se suponía que quería decir? ¿Que porque su hermano tenía unos planes tan claros acerca de mí, Graham no se creía con derecho a interferir? ¿Que no importaba lo que yo prefiriera, o que, ante el hecho de que parecía que estaba surgiendo algo entre nosotros, Graham creyera que lo mejor sería olvidarlo, renunciar a ello, porque su hermano tal vez se opusiera?

—¡Aquí lo tengo! —exclamó Stuart, irrumpiendo en el salón con mi abrigo en la mano.

Pensé que la única ventaja de los hombres que se creen el centro del mundo es ser capaces de no ver cuanto los rodea. Cualquier otra persona que hubiese entrado en la habitación en aquel momento sin duda habría notado en el ambiente que había algo entre Graham y yo. Pero Stuart se limitó a tenderme el abrigo justo cuando volvía Jimmy y me decía:

—¿Quiere usted que alguno de los muchachos la acompañe a casa?

—No, no hace falta. —Le di de nuevo las gracias por el almuerzo, me puse el abrigo y, todavía de espaldas a Stuart, conseguí dedicarle a Graham una media sonrisa—. Estaré bien sola.

No había ningún problema, me dije. Había ido a Cruden Bay a trabajar, a escribir mi libro. Y, en cualquier caso, no tenía tiempo para una aventura.

El agua de la bañera estaba más bien tibia, pero me metí dentro hasta la barbilla. Como siempre, mis personajes empezaron a hablar mientras estaba bañándome, pero intenté acallar sus voces; en particular la voz tranquila de John Moray, cuyos ojos grises y vigilantes daban la impresión de estar mirándolo todo a mi alrededor.

Lamentaba haberle dado la apariencia de Graham. Ahora ya me resultaría demasiado difícil cambiarlo; había asumido una forma y no la cedería aunque lo que menos necesitaba en ese momento era recordar continuamente a un hombre que me había dejado plantada.

La voz de Moray musitaba algo. Suspiré y alargué el brazo para alcanzar el papel y el bolígrafo que tenía junto a la bañera.

—Está bien —dije—. Adelante.

Anoté sus palabras y enseguida escuché la voz de Sophia respondiéndole. En menos de un minuto, ya había quitado el tapón del desagüe, había salido de la bañera y estaba abrochándome la

ropa para poder sentarme ante el ordenador con una sonrisa en los labios ante la constatación de cómo a veces los peores momentos de mi vida me inspiraban los mejores giros en mis tramas.

El día anterior, mientras hablaba con Graham en las cuadras, rodeada por los caballos y con el perro hecho un ovillo en el heno, prácticamente tal como lo había descrito en mi libro, pensé que la vida imitaba al arte.

Pero ahora, había llegado el momento de que el arte fuera un trasunto de la vida.

VII

Moray se quedó mirando el mar; de pronto, tiró de las riendas de su caballo y lo obligó a pararse.

Deteniéndose también, Sophia preguntó:

—¿Qué sucede?

Pero mientras lo decía, también pudo verlo: un barco acababa de aparecer doblando el escarpado promontorio del sur. Aún no podía distinguir sus colores, pero algo en la forma como parecía acechar la línea de la costa le inspiró un mal presentimiento.

Moray, sin cambiar lo más mínimo su expresión, hizo dar media vuelta a su caballo.

—Es hora de volver —dijo.

La joven no discutió y también dio la vuelta. Mantuvieron el mismo lento y medido paso con el que habían subido a la pequeña colina antes de divisar el silencioso y tenaz avance de aquellas velas desplegadas. Sophia era consciente de que él avanzaba a aquel paso en atención a ella, y que su educación de caballero le

impedía acelerarlo, así que decidió espolear a la yegua para que avivara el trote y llegaran antes.

Moray, que no lo esperaba, se quedó atrás un momento, pero enseguida la alcanzó. Cuando llegaron al establo de Slains, alargó la mano para tomar la brida de la yegua y sujetarla mientras Sophia se detenía.

No sonreía exactamente, pero sus ojos expresaban diversión cuando le dijo:

—Yo creía que lo adecuado antes de iniciar una carrera era informar al adversario de cuándo empieza.

Bajó de la silla y pasó las manos alrededor de la cintura de la joven para ayudarla a desmontar.

—No pretendía desafiaros a una carrera. Yo solo... —se excusó Sophia.

—Sé lo que pretendíais.

Sophia ya estaba en el suelo, pero él no la soltaba. Sin embargo, sus manos la sujetaban de una manera muy diferente a como lo habían hecho las de Billy Wick; eran suaves, y la joven sabía que no tenía más que moverse para soltarse de ellas, pero no sentía ningún deseo de hacerlo. A su espalda, el caballo, resoplando aún por la carrera, era como una pared viva que le impedía ver cualquier otra cosa que no fueran los hombros de John Moray y la expresión con la que él la miraba.

—Si alguna vez consideráis que mi paso es demasiado lento para vos —susurró—, no tenéis más que decírmelo.

Sophia se dio cuenta de que no le estaba hablando de su galopada. Notó que el rubor comenzaba a subir por su garganta, por su cuello, por sus mejillas mientras su corazón palpitaba con fuerza contra el pecho a causa de... ¿de qué? No por temor, sino por algo extrañamente

parecido a la emoción. Pensó qué podía decirle, en caso de que le diera alguna respuesta.

—¡Coronel Moray! —Se oyó ruido de pasos y Rory llegó corriendo hasta ellos, apenas sin fijarse en lo cerca que ambos se hallaban el uno del otro. Tenía preocupaciones de mayor importancia—. La condesa pregunta por vos. Desea veros de inmediato.

Sophia notó que las manos soltaban su cintura mientras Moray le dedicaba una inclinación de cabeza y se despedía de ella.

—¿Tendréis la bondad de excusarme?

—¡Naturalmente!

Sintió alivio al ver que aún tenía voz y que sonaba casi normal, pero más aún al descubrir, cuando dio un paso, que sus piernas temblorosas aún podían moverse y sostenerla.

Todavía llevaba puestos los guantes de Moray. Se los quitó con desgana, pero cuando se volvió para devolvérselos, él ya se había ido y estaba a mitad de camino del patio, con la capa negra que llevaba prendida a los hombros agitándose al ritmo de sus zancadas militares. Sophia apartó la mirada de él, sujetando en la mano los dos guantes de cuero, y después se volvió con la intención de preguntarle a Rory si sabía cuál era aquel barco que se estaba acercando a Slains. Pero él también se había marchado y ya estaba a punto de entrar por la puerta del establo llevando de la brida a los dos caballos.

De pie en el patio, sola, tuvo un instante de pánico, que la impulsó a levantarse las faldas y a correr con la inconsciencia de una chiquilla hacia la gran puerta que Moray acababa de cruzar.

La súbita penumbra del interior le impidió ver nada durante unos momentos, por lo que tropezó contra un hombre. Pero no era Moray.

—Prima —dijo el conde de Erroll con su voz agradable—, ¿adónde vais con tanta prisa?

—Perdonadme —se disculpó Sophia, ocultando a la espalda la mano en la que llevaba los guantes—. Hay un barco...

—El *Royal William*, sí. Precisamente iba yo a veros, pues mi madre me ha informado de que el capitán tiene interés por vos y seguramente deseará que lo esperéis con el resto de la familia cuando baje a tierra. —Su sonrisa era bondadosa y burlona como la de un hermano —. Querréis cambiaros de vestido, supongo.

Sophia se alisó la tela con la mano libre, consciente del polvo que se le había pegado durante el paseo, pero cuando sus dedos tocaron su cintura, recordó la sensación cálida de la mano de Moray en ella y de pronto no deseó cambiarse aún de ropa, porque si lo hacía tal vez perdería el recuerdo de su tacto.

—Os lo agradezco, pero no es preciso —respondió, y apretó con más fuerza la mano con la que sujetaba los guantes de cuero.

—Entonces, venid —dijo el conde ofreciéndole el brazo—. Aguardaremos al capitán Gordon en el salón.

Minutos después se reunió con ellos la condesa.

—El señor Moray —anunció— accede a permanecer en su aposento hasta que nos cercioremos de que el capitán Gordon viene solo.

—Es lo más prudente —admitió su hijo—. Aunque no estoy seguro de que ni siquiera debiéramos recibir al capitán Gordon. ¿Y vos?

—Es un amigo.

—Y quinientas libras son quinientas libras —le recordó el conde—. Hombres de más valía se han dejado tentar por fortunas menores.

—Thomas Gordon no es un traidor.

—Entonces, como siempre, debo inclinarme ante vuestro buen criterio. —Con las manos enlazadas a la espalda, cruzó la estancia para colocarse junto a la ventana y miró hacia el barco anclado a cierta distancia de la orilla—. Observo que el *Royal William* no luce ya la enseña de la Cruz de San Andrés sobre el fondo azul de la bandera.

Su madre se acercó a mirar.

—¿Qué bandera es esa? —preguntó.

—La bandera de la nueva Unión, con las cruces de San Andrés y de San Jorge combinadas —respondió su hijo, con la voz endurecida por la amargura—. Lo que significa que nuestra armada escocesa ha dejado de existir.

—Ah, bueno —suspiró su madre—. Eran solo tres barcos.

—Sí, pero esos tres barcos eran nuestros —dijo el conde—, y ahora nos los han quitado también. Me pregunto si nuestro amigo, el duque de Hamilton, se da cuenta del precio que hemos pagado para que él conserve sus tierras en Lancashire.

Mientras ellos hablaban, Sophia había estado pensando qué haría con los guantes del señor Moray que aún asía en su mano. No creía que la condesa o el conde se ofendieran porque hubiera cabalgado con aquel hombre, pero quizá le preguntarían por qué se hallaba en posesión de sus accesorios personales. Al no ver ningún lugar donde poder esconderlos, los dejó sobre el asiento de la silla y se sentó encima.

Aún seguía sentada cuando anunciaron la llegada del capitán Gordon.

Entró en la estancia con el porte arrogante que Sophia recordaba, elegante con su larga casaca azul, galones dorados y resplandecientes botones sobre el

paño oscuro. Tras saludar primero a la condesa y después al conde, se acercó a tomar la mano de Sophia y acercarla a sus labios mientras hacía una profunda reverencia y le dedicaba una encantadora sonrisa.

—Confío, señorita Paterson, que os habréis recuperado por completo de vuestro último intento de dominar a un caballo.

—Así es, señor. Muchas gracias.

—Me alegra oírlo.

Mientras él se erguía y soltaba la mano de la joven, el conde le preguntó directamente:

—¿Habéis venido solo?

—Sí. El capitán Hamilton se encuentra todavía a unas horas de distancia.

—Entonces —dijo la condesa—, tendréis tiempo de comer con nosotros.

—Será un honor. —Mirándola con naturalidad, comentó—: Me habían informado de que tal vez tuvierais otro visitante.

—Lo tenemos.

—He venido en cuanto me ha sido posible.

Antes de proseguir, dirigió una mirada a Sophia. El conde, al observarlo, se apresuró a decir:

—Podéis hablar con toda libertad cuando la señorita Paterson esté presente, como si lo hicierais con nosotros a solas. Goza de toda nuestra confianza. —Mientras hablaba, el conde se adelantó para colocarse junto a la silla de Sophia y puso la mano en el respaldo para apoyar sus palabras. Después continuó—: El coronel Hooke llegó hace unos días, pero ahora está de viaje recorriendo el país para tratar con los nobles que simpatizan con nuestra causa. Sin embargo, ha dejado con nosotros a una persona que, si lo deseáis, podría familiarizaros con el pensamiento de nuestro joven rey.

El capitán Gordon frunció el ceño.

—¿Quién es esa persona? —preguntó.

La voz del señor Moray sonó serena desde el umbral.

—Creo que se refiere a mí —dijo. Y, después, dirigiéndose a la condesa—: Os ruego que me perdonéis, pero desde la ventana de mi aposento he visto que el capitán había desembarcado solo.

El capitán entrecerró un poco los ojos esforzándose en reconocer al que hablaba.

—Soy vuestro servidor, ¿señor...? —inquirió.

—Moray.

Una vez seguro de su identidad, el capitán Gordon dijo:

—Creo que nos conocimos hace tres años, antes de la muerte de vuestro padre.

—Recuerdo nuestro encuentro, en efecto.

Pero la voz de Moray, aunque serena, no expresaba ninguna cordialidad; a los oídos de Sophia sonó un poco a reto.

—Si no recuerdo mal, estabais entonces al servicio del rey de Francia —prosiguió el capitán tras reflexionar unos instantes.

—Sí, y todavía lo estoy.

—¿Fue él quien os ordenó viajar a Escocia, sabiendo que han puesto precio a vuestra cabeza?

—No es propio de un soldado poner reparos cuando recibe una orden —replicó Moray—. Mi deber me exige meramente obedecerla. No podía negarme, al igual que vos no habéis podido negaros a izar en vuestro mástil la bandera de la Unión.

La condesa intervino:

—Thomas, el señor Moray es consciente de los muchos peligros que entraña su presencia aquí. Por eso

decidió que lo mejor sería quedarse en Slains con nosotros.

Su voz, como siempre, apaciguó las aguas.

—No he pretendido insinuar que fuerais un inconsciente —dijo el capitán Gordon al señor Moray.

—¿De veras?

—No. —Y, con una encantadora sonrisa, el capitán añadió—: Y estáis en lo cierto. Si pudiera elegir, jamás navegaría bajo la enseña de la Unión. Es más, en confianza, puede que tal vez no navegue mucho tiempo bajo ella.

—¿Por qué decís eso? —preguntó el conde.

—Porque quizá pronto me vea obligado a abandonar el servicio —respondió el capitán al tiempo que alzaba levemente los hombros y los encogía en un revelador gesto de pesar—. Debido a la Unión, pronto seré requerido, como los demás oficiales, a prestar juramento de que renuncio al rey Jacobo y afirmo que no tiene ningún derecho al trono.

—¡Oh, Thomas! —exclamó la condesa.

—He llevado este uniforme con orgullo durante muchos años, pero no iré en contra de mi conciencia ahora —dijo el capitán Gordon—, y no prestaré ese juramento.

—¿Qué haréis, entonces? —le preguntó la condesa.

El capitán miró de nuevo al señor Moray y por un momento Sophia pensó que, como había temido el conde, tal vez estaba pensando en aquellas quinientas libras y en la vida de comodidad que le reportarían. Pero los pensamientos del capitán eran muy diferentes.

—Si creyera que el rey de los franceses aceptaría mis servicios, gustosamente pondría mi fragata rumbo a Francia al menor indicio de contar con su beneplácito.

Rodeando la silla de Sophia, el conde se acercó a él.

—Podría ser que os encontrarais al servicio del rey de Escocia, si Dios nos favorece —le recordó.

—Esperemos que así sea —dijo el capitán, tras lo cual desvió la conversación a otras cuestiones—. ¿Qué ha sido del buque francés que trajo al coronel Hooke y al señor Moray?

—Deseábamos que su capitán lo llevara a Noruega y regresara desde allí dentro de tres semanas. Confiábamos en que pudierais evitar interceptarlo —respondió el conde.

Una mueca de preocupación cruzó el rostro del capitán.

—Puedo prometeros —aseguró— que no me veréis aparecer por esta costa en los próximos quince días, y os ruego que hagáis lo posible para que vuestro capitán francés no permanezca mucho tiempo en estas aguas, porque si nos encontráramos con demasiada frecuencia, no me cabe duda de que el joven capitán Hamilton, que navega detrás de mí en el *Royal Mary* y que no comparte mis lealtades, sospecharía algo. Como haría también mi tripulación. Llevo a bordo de mi barco a un oficial, tres sargentos, tres cabos y dos tamborileros, junto con cuarenta y un excelentes centinelas, que deben permanecer a mis órdenes mientras dure mi periplo. No será fácil mantener en la ignorancia a tantos hombres. —Tras pensarlo un momento, prosiguió—: La última vez que el coronel Hooke vino a Slains, indiqué al capitán de su embarcación ciertas señales que debería exhibir para que pudiera reconocerlo si nos encontrábamos en alta mar. ¿Las recordáis?

El conde no pareció demasiado seguro de ello, pero la condesa asintió:

—Sí, las recordamos.

—Entonces, si comunicáis esas señales al capitán de vuestro barco francés cuando vuelva, yo intentaré evitarlo si nos encontramos. —Dicho esto, se volvió y dedicó una calurosa sonrisa a Sophia—: Pero nuestra conversación, como de costumbre, se está haciendo demasiado aburrida para una compañía tan gentil. Preferiría oír narrar a la señorita Paterson sus aventuras en Slains.

La joven vio que la condesa sonreía y parecía complacida por la atención que recibía del capitán.

—No he tenido ninguna aventura, señor —dijo Sophia.

—Entonces —replicó el capitán—, debemos procurar que tengáis alguna.

Moray estaba en pie y observaba la escena inexpresivo, pero Sophia notaba el peso de sus ojos grises fijos en ella. Se sintió aliviada cuando apareció en el umbral una joven doncella anunciando que la comida estaba lista para ser servida.

Sin embargo, su alivio no duró mucho, porque el capitán le ofreció su brazo.

—¿Me permitís que os acompañe?

No podía negarse sin ofender a casi todos los presentes, así que asintió y se levantó; pero olvidó que se hallaba sentada encima de los guantes de Moray. Cuando se puso en pie, uno de ellos cayó al suelo y el capitán Gordon se inclinó para recogerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

A Sophia no se le ocurrió ninguna respuesta. Atrapada, clavó la vista en las tablas del suelo mientras buscaba desesperadamente una explicación plausible. Pero, antes de que encontrara las palabras, vio que dos botas avanzaban para situarse delante de ella. Era

Moray, que cruzaba la estancia para recoger el otro guante de la silla en la que Sophia había estado sentada.

—Me estaba preguntando qué se habría hecho de ellos —dijo Moray.

—¿Son vuestros? —preguntó el capitán Gordon.

—Sí. No se os habrá pasado por la cabeza que pertenecían a la señorita Paterson, con unas manos tan pequeñas como las suyas, ¿verdad?

El tono de voz del señor Moray zanjaba la cuestión de que Sophia tuviera relación alguna con aquellos guantes, pero no impidió que el capitán lo observara con renovado interés, como un espadachín que valora la fuerza de un nuevo competidor.

El capitán sonrió casi sin despegar sus finos labios.

—No —admitió. Y, levantando los dedos de Sophia hasta tocar los suyos, dijo—: Unas manos así merecen una protección más suave. —Luego tendió a Moray el segundo guante, diciéndole—: En el futuro poned más cuidado en el lugar donde los dejáis, si no queréis perderlos.

—No hay peligro de que eso suceda —replicó Moray que, tomando el guante de las manos de Gordon y doblándolo junto con el otro, los sujetó a su cinturón—. No pierdo con facilidad lo que me pertenece.

Dicho lo cual, dio un paso atrás para dejar que Sophia pasara su brazo por el del capitán Gordon y les siguió con una leve sonrisa en el rostro.

12

Y «a está», pensé con satisfacción al pulsar la tecla para imprimir las páginas que acababa de escribir. Ahora la vida amorosa de Sophia estaba tan patas arriba como la mía. De la misma manera que yo había tenido que enfrentarme al regreso de Stuart, ella se había visto obligada a afrontar el del capitán Gordon, aunque había que reconocer que la reacción de John Moray a aquel reto había sido muy distinta de la que había tenido Graham. La ventaja de novelar era que podía forzar a mis personajes a hacer cosas que las personas reales no hacían jamás en la vida.

La impresora dejó de zumbar y yo apagué el ordenador y me arrellané en el respaldo de mi silla para estirar la espalda con los brazos en alto.

No sabía qué hora debía de ser. Hacía ya un rato que se veía luz en el exterior, pero el cielo estaba completamente gris y no tenía ni idea de a qué altura se había elevado el sol por detrás de las nubes.

Solo podía decir que era por la mañana, que no me había acostado y que lo único que necesitaba era una tostada, un vaso de zumo y varias horas de sueño. Por eso, cuando una sombra pasó por delante de mi ventana, mi primer impulso fue dejar sin responder la llamada y fingir que no estaba en casa. Pero la curiosidad me venció.

—Te he traído el almuerzo —dijo Stuart, de pie en el umbral de mi puerta, con una sonrisa irresistible y algo envuelto en papel de periódico con un olor tan apetitoso que despertó todos mis jugos gástricos.

No era exactamente una ofrenda de paz, porque estaba segura de que Stuart no era consciente de haber hecho algo que la requiriera, pero a cambio del pescado y las patatas fritas recién hechas, decidí que podría perdonarle el mal rato que me había hecho pasar.

—Pasa —dije, abriendo la puerta de par en par—. Reconozco que llegas en el momento más oportuno. Aunque he de confesarte que para mí es la hora del desayuno.

Stuart enarcó una de sus cejas oscuras.

—¡Son casi las doce y media!

—¿Tan tarde?

—¿Nunca te vas a la cama?

Tomé de sus manos el pescado y las patatas fritas y fui a la cocina mientras él se quitaba el abrigo junto a la puerta. Mientras distribuía la comida en los platos, le expliqué:

—Anoche me dejé llevar por la inspiración. No quería parar.

Sus ojos danzaron como si acabara de decir una procacidad.

—A mí también me ocurre eso a veces. No cuando escribo, claro —admitió con una sonrisa de Casanova—, pero me pasa alguna vez.

Disculpándolo, pasé por alto el doble sentido y le tendí su plato.

—Tendrás que comer de pie o sentado junto a la chimenea —me excusé—. Como ves, no hay sitio en la mesa.

—Ya veo. —Eligió un sillón y se arrellanó en él; después señaló con un gesto el montón de papeles que cubrían mi escritorio—. ¿Por dónde vas ya? —preguntó.

—Quizá por la tercera parte. No lo sé. Nunca sé qué extensión tendrá un libro hasta que lo he terminado.

—¿No lo escribes siguiendo un plan?

—No. Lo he intentado pero no sirvo para eso.

Mis personajes se negaban a ser incluidos en un guion previo. Eran más dichosos cuando trazaban ellos mismos el desarrollo de la acción a través de la página.

—Yo tampoco soy demasiado bueno haciendo planes —dijo Stuart sonriendo—. Graham es el único organizado de la familia. —

Me miró y a continuación preguntó—: ¿Qué te ha parecido?

—¿Graham? —Abrí la portezuela de la cocina y aticé los carbones con demasiada fuerza antes de responder—: Me ha parecido agradable.

—Sí, lo es. —Por lo visto, mi elección de las palabras había complacido a Stuart—. Para serte sincero, la única vez que le he visto perder los modales fue cuando jugaba al rugby. E incluso entonces no dudo de que pedía disculpas a todos contra los que chocaba.

No me había equivocado, pues, al pensar que Graham era un atleta.

—¿Jugaba al rugby?

—Oh, sí. Casi se hizo profesional.

Cerré de golpe la puerta del horno de la cocina y fui a reunirme con Stuart llevando mi plato en la mano.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí. Lo habían fichado y ya tenía los papeles a punto para firmarlos, pero entonces murió mamá, y papá… bueno, lo estaba pasando bastante mal. Jugar al rugby habría significado que Graham tendría que ir a vivir lejos, así que rechazó la oferta y siguió en la universidad hasta que lo contrataron allí como profesor. No creo que esa hubiera sido su elección, pero lo cierto es que jamás he oído que se quejara. Es demasiado responsable. Considera que su obligación es cuidar de papá, eso es todo. Viene a verle todos los fines de semana. —Miró de soslayo y dejó escapar una sonrisa, antes de añadir—: Ya ha renunciado a cuidar de mí.

Hubiera podido decirle que no, que no lo había hecho, pero mantuve toda mi concentración en el plato.

—Deduzco que no se ha casado.

—¿Quién? ¿Graham? Nunca se lo ha planteado siquiera. —Aquella idea pareció divertirlo, pero esta actitud inicial cambió lentamente hasta convertirse en algo parecido a la suspicacia—: ¿Por qué me lo preguntas?

—Simple curiosidad. —Con todo, para aliviar su ego herido, añadí —: ¿Y qué me dices de ti? ¿Te has casado alguna vez?

Ya de vuelta a su tema favorito, sacudió la cabeza:

—No, todavía no. —Incapaz de pasar por alto una ocasión para flirtear, buscó atrapar mi mirada con sus ojos y soltó—: Esperaba encontrar algún día mi media naranja.

Tampoco caí en aquella trampa.

—¿Cómo te fue en Londres? —pregunté.

—Fatal. Tenemos muchísimo trabajo estos días. Mañana por la noche tengo que viajar a Amsterdam, y después, desde allí, a Italia.

Al menos, se parecía al «capitán Gordon» de mi novela en que se presentaba en el momento y el tiempo precisos para influir en la trama antes de desaparecer corriendo otra vez.

Empezó a contarme lo que había estado haciendo en Londres, pero yo solo lo escuchaba a medias, intentando reprimir un bostezo que taponaba mis oídos. Stuart, sin advertirlo, no paraba de hablar y, aunque yo intentaba seguirlo por cortesía, me estaba venciendo rápidamente el embotamiento de toda una noche sin haber dormido. Apoyé la cabeza en el respaldo de mi silla, iba asintiendo simplemente a todo lo que Stuart me decía.

Esto fue lo último que puedo recordar de aquella conversación.

Mi siguiente recuerdo es que desperté sentada en mi silla; el sillón que tenía enfrente estaba vacío. La luz del sol se había transformado en crepúsculo. Al moverme, descubrí que Stuart era bastante más caballeroso de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer; había sacado una manta de dentro del armario y me había tapado con ella para que estuviera más cómoda. Después, cuando fui a la cocina y abrí la nevera, vi que mi plato de pescado y patatas fritas, a medio comer, estaba cubierto con plástico transparente, a la espera de que lo recalentara para cenar.

Por mucho que Stuart me hubiera irritado la tarde anterior, era imposible seguir enfadada con él si hacía cosas como esa. Aunque reconozco que tuve que dominar una leve exasperación cuando, un poco más tarde, me telefoneó el doctor Weir y me contó:

—Me he encontrado con Stuie Keith cuando salía del Killie, y me ha dicho que la había dejado dormida, así que he pensado que sería preferible telefonearla primero.

«Para que me fíe de Stuart; cualquiera puede interpretar equivocadamente ese comentario», pensé. Pero me alegró oír por fin la voz del doctor.

—He estado unos días fuera —me dijo—, visitando a mi hermano, pero aun así he procurado leer algo acerca de la memoria genética y he encontrado algunas cosas que tal vez le interesen. Podría ir a verla ahora mismo, si le parece bien.

Más que bien, me parecía. Había estado deseando que llegara el momento de hablar con él, impaciente por oír su opinión acerca de lo que había descubierto en Edimburgo. No había nadie más con quien pudiera comentar realmente aquello, nadie me escucharía con la actitud paciente y libre de prejuicios de un médico experimentado y capaz de ver las cosas desde una perspectiva profesional.

Había preparado ya el té cuando llegó con una carpeta llena de lo que parecían páginas fotocopiadas de una selección de libros. Pero antes de que pudiera decirme lo que había encontrado, yo le di la noticia de mi hallazgo de la carta relativa al señor Hall, en la que se describía cómo había acompañado a Sophia al castillo de Slains.

El doctor Weir se mostró encantado.

—¡Eso es maravilloso! ¡Maravilloso, querida! Nunca habría pensado que podría encontrar semejante cosa. ¿Y se afirma, expresamente, que procedía del oeste y que sus padres habían muerto en circunstancias relacionadas con el Darién?

—Sí.

—¡Increíble! —Sacudiendo la cabeza, añadió—: Bien, aquí la tiene. Aquí tiene la prueba de que no se está volviendo usted loca. —Sonrió—. ¡Simplemente, conserva usted los recuerdos de su antepasada!

Yo sabía, en lo más profundo de mí, que el doctor estaba en lo cierto. Compartía incluso su entusiasmo por mi hallazgo, aunque moderado por cierta sensación de duda. No estaba segura de querer

semejante don, ni sabía cómo manejar todas sus implicaciones. Mi mente se resistía aún a aquella idea.

—¿Cómo puede ocurrir algo semejante? —pregunté.

—Bueno, tiene que ser de origen genético. ¿Sabe usted algo acerca del ADN?

—Solo lo que he podido ver en programas de televisión.

—¡Ah! —Se arrellanó y dejó su carpeta sobre el amplio brazo de la butaca—. Empecemos por el gen, que es la unidad básica de herencia. Un gen no es más que un fragmento de ADN, y tenemos miles de genes en nuestro cuerpo. La mitad de ellos los hemos heredado de nuestra madre —dijo— y la otra mitad de nuestro padre. La combinación es única, y determina muchas de nuestras características: el color de los ojos, el de los cabellos, si uno es zurdo o diestro… —Hizo una pausa—. Innumerables cosas, incluso la probabilidad de desarrollar algunas enfermedades, pasan a uno a través de los genes de los suyos, que a su vez los han heredado de sus padres, y así sucesivamente. Su nariz, por ejemplo, puede tener la misma forma que la de la tatarabuela de su abuela. Y, si es posible heredar una nariz, ¿quién sabe cuántas otras cosas pueden serlo?

—Pero sin duda la nariz no es lo mismo que los recuerdos.

El doctor se encogió de hombros.

—Se ha descubierto que existe un gen del que en parte depende que una persona busque emociones. A mi hija mayor, por ejemplo, siempre le ha gustado correr algún riesgo, desde que nació. Siempre se encaramaba a todas partes, y teníamos que sujetarla al cochecito. Saltaba de la cuna, se subía a las estanterías, a todas partes. Ahora que es mayor, escala montañas y salta desde aviones en paracaídas. ¿De dónde le viene esto? No lo sé. Por supuesto que no procede de su entorno —añadió sonriendo—. Mi mujer y yo difícilmente damos el tipo que usted definiría como «montañero».

Compartí su sonrisa al imaginar al poco atlético doctor o a su esposa suspendidos de una roca con cuerdas y arneses.

—Lo que quiero decir —siguió— es que algunos aspectos de nuestra naturaleza, de nuestro temperamento, los llevamos en nuestros genes. Y que la memoria, ciertamente, no es más intangible que el temperamento.

—Pienso que está usted en lo cierto.

Alargó el brazo para abrir su carpeta y empezó a seleccionar las páginas fotocopiadas.

—He encontrado algunos artículos muy interesantes sobre la cuestión. Por ejemplo, este está escrito por un profesor norteamericano que opina que las capacidades de algunos sabios autistas, que están mental y socialmente aislados del resto de nosotros, pero que tienen extrañas e inexplicables dotes en algún área, como la música o las matemáticas, por ejemplo, podrían ser producto de alguna forma de memoria genética. De hecho, este es el término que emplea al referirse a ello.

»Y aquí tengo otro texto que me ha cautivado. He intentado mantenerme estrictamente en el ámbito de la ciencia pero, aunque se trata de una visión un tanto revolucionaria, plantea ciertas posibilidades que me parecen válidas. Sugiere que ese fenómeno de una "vida anterior", a la que la gente accede a través de una regresión hipnótica que les permite recordar lo que creen que son vidas anteriores en otros cuerpos, tal vez consista, en realidad, en recuerdos de las vidas de sus antepasados. —Me tendió la carpeta y se apoyó de nuevo en el respaldo para observarme mientras yo hojeaba los artículos. Luego preguntó—: ¿Cree usted que debería empezar mi propio estudio remontándome tan atrás?

—¿Empleándome a mí como conejillo de Indias, quiere decir? —La idea me divirtió por un instante—. No creo que fuera de mucha utilidad para la ciencia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no habría forma de probar qué parte de esta historia provendría de mi memoria, y qué parte sería fruto de mi creación —dije, pensando en lo deliberadamente que había reintroducido en la trama al capitán Gordon como un recurso para enturbiar las aguas.

Porque aquello ciertamente no era un recuerdo de Sophia, sino la consecuencia de mi frustración con Stuart y Graham—. Los detalles de la historia de la familia pueden ser comprobados, sí, pero si se trata de otras cosas, como los diálogos…

—Partiría de la idea de que hay una mezcla de recuerdos y de inventiva de escritora en todo ello. Pero ¿qué importa? Siempre estamos manipulando nuestros recuerdos. Les añadimos adornos, que aumentan nuestros logros o empequeñecen nuestros fracasos. Pero el hecho en sí, lo fundamental, es como es. Por mucho que lo intentemos, no podemos transformar los recuerdos tristes en recuerdos felices. Así que apostaré a que lo que usted escribe acerca de Sophia es, en esencia, la verdad.

Pensé en estas últimas palabras cuando el doctor se hubo ido y yo estaba sentada ante mi escritorio mirando la pantalla de mi ordenador mientras el cursor parpadeaba expectante.

Esa noche no estaba inspirada. Mi mente primaba sobre todo y podía sentir cómo oponía resistencia a los caracteres que yo pulsaba cuando mis dedos recorrían el teclado; se negaban a seguir el rumbo que yo intentaba imprimirles. Quería haber descrito la escena de la comida, con el capitán Gordon sentado a la mesa con John Moray y Sophia, para que los dos hombres pudieran seguir manifestando su rivalidad.

Pero ninguno de los dos tenía ganas de hablar, y al final tuve que levantarme a ir a buscar el libro de *La antigua armada escocesa* que me había prestado el doctor Weir, pensando que tal vez encontraría en él algún interesante suceso naval que el capitán Gordon pudiera contar para animar la conversación.

No había tenido ánimos para volver a coger el libro desde aquella primera noche en la que, al abrirlo, había visto que todos los detalles que había escrito acerca del capitán Gordon eran hechos reales y no fruto de mi imaginación. Aquel descubrimiento había sido excesivo

para que pudiera procesarlo entonces, por eso había dejado el libro intacto en la mesilla al lado de mi cama.

Pero ahora, la desesperación me llevaba a consultar el índice en busca de alguna referencia al capitán Gordon que pudiera darme lo que necesitaba. Y encontré un documento añadido como apéndice al texto, que parecía estar fuera del lugar que le correspondería por su fecha. Comenzaba así:

> Mientras Hooke se hallaba en Edimburgo, el capitán Gordon, comandante de las dos fragatas escocesas que patrullaban la costa (una de 40 y la otra de 28 cañones) había desembarcado para ver al conde de Erroll…

Podía notar el ya familiar escalofrío entre mis omóplatos.

Estaba allí, claro como el agua.

La promesa que el capitán había hecho al conde de que se mantendría alejado de la costa durante quince días, el intercambio de señales que utilizaría en el caso de que se encontrara con el barco francés, y el hecho de que el capitán Hamilton pudiera sospechar si el barco francés permanecía demasiado tiempo en aguas escocesas… Incluso la afirmación hecha por el capitán Gordon de que quizá tendría que abandonar pronto el servicio en la armada, si no quería prestar juramento contra el rey Jacobo.

Lo leí con la misma sensación de irrealidad que había sentido cuando estaba en aquella sala de lectura en Edimburgo con la vieja carta que hablaba del señor Hall. Tenía la certeza de que jamás había leído aquel documento. Durante mi primera lectura no había avanzado tanto en el libro; me había asustado y lo había cerrado, como acababa de cerrarlo ahora, apartándolo lejos en la mesa.

—¡Increíble!

Sinceramente creía que la escena era fruto de mi invención, que había hecho que el capitán regresara solo con el propósito de complicar la trama. Y me sentía muy orgullosa de cómo me había quedado la escena. Pero ahora descubría que no había hecho nada.

Era como si tuviera que reconocer que el doctor Weir había dado en el clavo mucho más de lo que a mí me habría gustado. Que quizá yo no tenía arte ni parte en la creación de mi novela.

Tal vez todo cuanto podía hacer era relatar la verdad.

Borré los párrafos artificiosos que acababa de escribir, para que el cursor se situara en el inicio del capítulo, cerré los ojos y sentí que el silencio de la habitación presionaba sobre mí como algo vivo.

—De acuerdo —murmuré—. ¿Qué escena debería escribir?

VIII

Sonriendo, la condesa miró a su alrededor cuando Sophia cruzó el umbral de sus aposentos privados.

—¿Habéis visto por casualidad al señor de Ligondez, querida?

Se refería al capitán de la fragata francesa, la *Héroïne*, que aquella mañana, sin anunciarse, había vuelto de Noruega, siguiendo la costa tan sigilosamente que nadie en Slains había advertido su presencia hasta que la chalupa que llevaba al capitán había alcanzado a remo la playa. El conde, que aún no se había levantado de la cama, se había visto obligado a rogar al señor de Ligondez que disculpara el ratito que tardaría en vestirse, tomar su trago matinal y asearse.

La condesa había acabado de vestirse también.

Pero Sophia hacía rato que estaba levantada y sabía exactamente dónde se encontraba en aquellos momentos el capitán del navío francés.

—Creo que ahora está en el huerto, paseando con el señor Moray.

—Entonces, os agradecería que tuvierais la bondad de ir a buscarlo y decirle que mi hijo y yo estamos ya preparados para recibirlo.

Sophia titubeó. No había estado en el huerto en los últimos tres días, desde que Billy Wick le había puesto las manos encima, y no tenía ningún deseo de volver allí por temor a que lo intentara de nuevo. Pero no podía negarse a una petición de la condesa. Irguiendo valientemente la barbilla, respondió:

—Sí, por supuesto. —Y fue a hacer lo que se le había pedido.

Era otra hermosa mañana de primavera. Los pájaros cantores la saludaron con trinos mucho más animados que los chillidos de las gaviotas que sobrevolaban, como puntos blancos, los acantilados que había más allá de la tapia del huerto. Tocó con el hombro una enredadera que despidió una dulce fragancia desconocida y mientras caminaba su vestido rozó levemente las campánulas azules que crecían a escasa distancia del suelo.

En esta ocasión no se entregó a ensoñaciones, sino que permaneció con los ojos muy abiertos y con los oídos alerta. Podía escuchar, no muy lejos de allí, la conversación en voz baja del señor de Ligondez y Moray, aunque no comprendía sus palabras, por lo que supuso que debían de estar hablando en la lengua de los franceses. Dirigió sus pasos hacia el lugar de donde provenían las voces; sabía que estaba tan cerca de su objetivo que bajó un poco la guardia. De repente, escuchó tras ella unas fuertes pisadas en el camino.

Se dijo que esta vez no demostraría temor. Sin mirar a su alrededor, cuadró los hombros y se dirigió con decisión hacia las voces, irrumpiendo entre los dos

hombres que hablaban, como un faisán al que los perros han hecho salir de entre la maleza.

El capitán del barco francés se detuvo en medio de una frase, sobresaltado. Moray se volvió para mirar primero a Sophia y, más allá de ella, al jardinero, que había cambiado de dirección, sin precipitarse, para no tropezar con ellos y ahora se dirigía hacia la maltería del castillo.

Enseguida, para disipar su mirada de extrañeza, Sophia dijo:

—La condesa me ha enviado a buscaros.

Los ojos grises de Moray se fijaron una vez más en el rostro de Sophia.

—¿Os lo ha pedido? ¿Ahora?

—Deseaba informar al señor de Ligondez que ella y el conde de Erroll están listos para recibirlo ahora.

Moray tradujo el mensaje al francés, que hizo una reverencia y los dejó.

Moray no se movió para seguirlo. Desviando la mirada hacia el cielo, comentó:

—Es un día precioso.

Sophia no podía hacer otra cosa que mostrarse de acuerdo con él.

—Sí, lo es.

—¿Habéis desayunado ya?

—En efecto, señor.

—Pues, entonces, acompañadme a dar un paseo.

No era una invitación, pensó la joven, sino un reto. Tampoco le ofreció formalmente el brazo, pero movió la mano con la que asía con firmeza la empuñadura de su espada, de forma que el codo se alzara un poco con respecto a su cuerpo.

Ella consideró su ofrecimiento. Había observado que existían caminos en la vida que uno iniciaba por propia

elección, pero que conducían a metas muy distintas de las que habría encontrado si se hubiese aventurado por otro. Esta era una de tales encrucijadas. Si le decía que no y renunciaba a dar un paso adelante, conservaría la comodidad de su mundo y, probablemente, estaría más segura. Si le decía que sí, tenía una idea bastante clara de adónde la llevaría aquel camino, pero, aun así, sentía en su interior el acicate de la sangre inquieta de su padre y ansiaba, como él, surcar mares que aún no figuraban en ningún mapa.

Alargando el brazo, rodeó con la mano el codo de Moray; la mirada que él le dedicó por unos instantes fue afectuosa.

—¿Adónde queréis ir? —preguntó Sophia.

—Lejos de aquí.

Era cierto que el ordenado huerto parecía demasiado pequeño para él. En su interior, era como un oso enjaulado que la joven había visto en cierta ocasión y que no dejaba de dar vueltas en torno a los fuertes barrotes de su prisión. Pero las tapias del huerto fueron más fáciles de sortear que los barrotes de hierro, y en unos instantes pasaron sus límites y alcanzaron la verde extensión de la ladera que descendía hacia el pueblo y, más allá, hacia las arenas rosadas de la playa.

Era temprano aún, y Sophia no distinguió rostros curiosos que, asomados a las ventanas de la aldea, observaran su paso. Como si todo el mundo estuviera aún en la cama, pensó, y se felicitó de que así fuera. Pero sus miradas no habían pasado inadvertidas. Sonriendo, Moray le preguntó:

—¿Teméis que ser vista conmigo dañe vuestra reputación?

—No, no es eso —replicó, sorprendida—. Es solo que...

Calló porque no podía decidirse a hablarle de su verdadero temor: de que tal vez, tras las cortinas de aquellas ventanas, incluso a aquellas tempranas horas, hubiera alguien dispuesto a denunciarlo. Había oído hablar de otros jacobitas apresados y torturados cruelmente por agentes de la Corona que metían al hombre en un cepo y, si no confesaba, le apretaban los tobillos hasta destrozárselos. Y no podía imaginarse a Moray como un delator.

Bajando la vista, finalmente dijo:

—No temo vuestra compañía.

—Me alegra saberlo. —Apretó el brazo contra su costado, manteniendo cerrada la mano de la joven ahora más próxima a él mientras dirigía sus pasos entre las casas bajas dormidas y después por la playa.

Se divisaba nítidamente el horizonte sobre el mar. Desde allí, Sophia no podía ver los mástiles desnudos del barco francés, que se hallaba a cubierto tras los acantilados de debajo del castillo. Solo tenía frente a ella el cielo brillante y el mar, con las incesantes olas que llegaban hasta la playa en hileras de rulos moteados de blanco, se transformaban en espuma al alcanzar la arena y se retiraban de nuevo hacia el horizonte.

Mientras las miraba, volvió a notar en sus venas el latido de la sangre de su padre y preguntó impulsivamente:

—¿Qué se siente navegando en un barco?

Él se encogió de hombros.

—Depende de si tenéis una constitución adecuada para ello. El coronel Hooke no dudaría en afirmar que es una horrible manera de viajar, y yo no le llevaría la contraria; ir encerrado junto a tantos hombres en un espacio tan reducido y mal ventilado no va con mi temperamento. Pero cuando se está en cubierta todo

cambia. Cuando el barco navega velozmente, con las velas desplegadas e hinchadas por el viento... —eligió las palabras— la sensación que uno siente es como si volara.

La joven no creía haber sentido jamás esa sensación, y así se lo dijo.

—Uno nunca puede decir qué camino seguirá en este mundo —respondió él—. Si a mí, de muchacho, me hubierais dicho que alguna vez dejaría los campos de mi hogar para combatir junto a un rey extranjero, os habría llamado loca. —Le dirigió una mirada bondadosa, y añadió—: Quizá, después de todo, algún día caminaréis por la cubierta de un barco —Luego miró al frente y aventuró como al azar—. Sin duda el capitán Gordon lo hará posible, si vos se lo pedís.

Sophia alzó la mirada enseguida, buscando en su expresión alguna clave de su evidente antipatía hacia el capitán. Se daba cuenta de que quizá entre los dos hombres había algo más de lo que se le había dado a entender.

—No os cae bien el capitán —dijo.

—Muy al contrario. Siento por él una gran admiración.

—Pero no os cae bien.

El señor Moray dio unas cuantas zancadas en silencio.

—Hace tres años vine aquí por orden del rey Jacobo, en compañía de Simon Fraser. ¿Os suena ese nombre? —preguntó finalmente.

Ella lo conocía bien, como todo el mundo en Escocia. Incluso en una nación como la suya, en la que la ruda violencia del pasado seguía fluyendo como una corriente sumergida bajo los asuntos cotidianos de los hombres, un malvado como Simon Fraser se distinguía por su

depravación. Para obtener el título de lord Lovat, había intentado secuestrar y casarse con su propia prima, la heredera del difunto lord, pero el plan había fallado y, en lugar de la hija, había raptado a la madre, viuda. Sin arredrarse, decidió que la madre era tan útil como la hija para sus propósitos y, tras pedir a sus gaiteros que tocaran con todas sus fuerzas para ahogar los gritos de la dama, la violó brutalmente ante testigos y reclamó por esposa a la llorosa mujer.

Fraser no consiguió retener mucho tiempo su título pues sus actos le supusieron ser declarado fuera de la ley. Tuvo que huir al exilio antes de obtener finalmente el perdón, pero la negra mancha de su villanía no se borraría tan pronto.

La palidez del rostro de Sophia mostraba a las claras que sabía perfectamente de quién le estaba hablando.

—Sí —siguió Moray—, fue como estar aliado con el diablo, pero el diablo sabe bien cómo encantar cuando conviene a sus propósitos, y aquel año a la mayoría de cuantos estaban en Saint-Germain les parecía que Simon Fraser era la clave para levantar a Escocia en favor del rey. Decía que tenía un plan y convenció de sus virtudes a la mismísima madre del rey, por lo cual ella lo envió aquí para sondear el terreno. Me eligieron para acompañarlo porque, como me contaron después, creyeron que mi honor y la reputación de mi familia facilitaría el acceso de un hombre como Fraser a todos aquellos con los que deseáramos entrevistarnos. Estaban en lo cierto. —En este punto, el recuerdo arrojó una sombra sobre su rostro—. Nos recibieron muchos hombres honorables. Pero Simon Fraser los traicionó a todos. Y me traicionó a mí. —Su sonrisa se convirtió en un rictus—. Durante nuestra visita se dedicó a revelar todo cuanto sabíamos a los agentes de la reina Ana.

Sophia pensó que esa debía de ser la razón de que Moray hubiera sido declarado traidor a la reina y por la que habían puesto precio a su cabeza.

—Yo no tenía el menor conocimiento de todo aquello. Fue el capitán Gordon quien me lo reveló —dijo—. Cierto día que estábamos sentados a la mesa con mi padre, me llamó insensato, y cosas aún peores, por haberme dejado utilizar de ese modo por un individuo que, con su traición, causaría dolor y la ruina de hombres mucho mejores que él. Eso fue lo que ocurrió finalmente. Vi hombres buenos, conocidos míos, apresados, apaleados y sentenciados a la horca. Y, aunque yo logré escapar, mi padre acarreó con mi vergüenza y la llevó consigo a la tumba.

Sophia sintió una punzada de dolor.

—Lo siento mucho —dijo.

—No —dijo Moray—. Gordon no se equivocó; fui un insensato. Pero la vida nos da muchas lecciones. Jamás desde entonces he dejado que me engañaran con tanta facilidad.

La joven escogió cuidadosamente sus siguientes palabras, porque no sabía si Moray compartía sus recelos a propósito del coronel Hooke.

—Está claro, entonces, que el coronel Hooke no es como Simon Fraser.

—No lo es, en efecto. —Echó otra mirada de soslayo a la joven, con la que parecía intentar valorarla—. Pero el plan del coronel Hooke es restaurar a un rey en el trono de Escocia, y apostaría lo que fuera a que le importa poco si es el joven rey Jacobo o su excelencia el duque de Hamilton quien ocupe el trono. Creo que Hooke ha ido a sondear a quién son leales vuestros paisanos de los condados del oeste, porque nuestra rebelión, tal como está planeada, depende de los presbiterianos; ellos

están bien organizados y la Corona no ha confiscado sus armas porque hasta el presente no han supuesto ningún peligro. Si se declaran en favor del joven rey Jacobo, todo irá bien. Pero si lo hicieran a favor de Hamilton, desconozco en qué bando se pondría Hooke.

Aquella perspectiva turbó a Sophia.

—¡Pero eso significará la guerra civil!

—Sí, muchacha. Y quizá esta sea la intención que desde el principio tenía el rey de Francia —dijo cínicamente Moray.

Sophia arrugó el ceño. Habían llegado caminando por la playa hasta los montones de arena acumulados por el viento que marcaban los bordes de las dunas. Tardó un momento en darse cuenta de que ya no avanzaban, pero entonces Moray liberó la mano que ella le pasaba por el codo y, ante la sorpresa de la joven, comenzó a quitarse las botas.

Mirándola directamente a los ojos, Moray dijo:

—No voy a violaros. Solo quiero probar cómo está el agua. ¿Queréis acompañarme?

Al principio, Sophia no le entendió, y tartamudeó alarmada:

—¿Vais a daros un baño?

Su tono provocó una de aquellas raras y fugaces sonrisas que iluminaban el rostro del soldado cuando algo lo divertía.

—¡Por Dios! Si la visión de mis pies descalzos os impresiona hasta ese extremo, no me arriesgaré a quitarme nada más. —Después, viendo que ella se ruborizaba, añadió—: Quiero mojar mis pies en las olas, nada más. —Le tendió la mano—. Venid. Aquí estaréis segura. Habéis dicho que no me temíais.

Sophia se daba cuenta de que estaba poniéndola a prueba. Era uno más de los retos que parecía dispuesto

a plantearle, como si tratara de descubrir hasta dónde podía llevarla más allá de lo decoroso.

La joven irguió la barbilla.

—Tendré que descalzarme.

—Me parece lo más aconsejable.

Moray volvió la cabeza y miró las colinas mientras ella se quitaba también las medias y las metía dentro de sus escarpines, que dejó en la arena al lado de las botas de él. Pensó que no sería indecoroso caminar descalza. Había conocido a grandes damas que iban descalzas en sus hogares e incluso en presencia de visitantes, aunque tenía que reconocer que lo hacían por ahorrar y no porque quisieran demostrar a un hombre que no iban a quedarse a la zaga.

Al final, aunque lo había hecho a regañadientes, caminar de ese modo por la arena resultó para ella el mayor placer que recordaba desde su niñez. El agua estaba tan fría que al principio le cortó el aliento, pero al cabo de unos pocos minutos su piel la notó más caliente, disfrutó con la sensación de hundir los pies en la arena húmeda y se sintió como nueva. El vestido y las enaguas eran un impedimento, así que los levantó con ambas manos para que las olas no alcanzaran los bajos; como si fuese una niña, no le preocupó que con ello ofreciera una visión inadecuada de sus tobillos desnudos. Dio la impresión de que Moray ni siquiera se fijaba en su actitud; seguía caminando despacio en el agua, con la mirada baja.

—¿Estáis buscando algo? —preguntó Sophia.

—Cuando yo era niño mi madre me decía que tuviera los ojos bien abiertos, ya que si encontraba una piedrecilla con un agujero en su interior podía llevarla colgada del cuello como un amuleto que me protegería de todo daño. No era más que un cuento, probablemente

inventado por ella para mantener ocupado a su travieso hijo y alejarlo de los fondos resbaladizos. Pero reconozco que no he sido capaz de dejar de buscarla.

Sophia lo miró, descalzo en el mar y con la cabeza inclinada en actitud de concentración, y no le resultó difícil ver en él al chiquillo tenaz que debió de ser en otros tiempos. Quizá caminando en una playa como aquella, con el tibio sol dándole en los hombros, los pantalones remangados hasta las rodillas y sin más preocupación en su mente que la de encontrar un guijarro con un orificio en su interior.

Él la observó a su vez.

—¿Os reís de mí? —le preguntó.

—No —respondió la joven, bajando también la mirada—. No, es solo que... —Se calló mientras algo, en el agua, atraía su vista.

Se agachó rápidamente para cogerlo antes de que la arena volviera a taparlo de nuevo. Había soltado un lado de su vestido para tener libre una mano, y ahora dejó caer los dos para emplear la otra mano y dar la vuelta al objeto en su palma.

Tenía el brillo mate de la obsidiana negra. Era un guijarro rectangular de la mitad del tamaño de su dedo pulgar, que Sophia depositó en el centro de la palma de su mano, rodeado de granos de arena mojada que se le escurrían entre los dedos.

Moray se volvió.

—¿Qué es? —preguntó.

Sophia, con una sonrisa triunfal, extendió la palma de la mano hacia él.

—Mirad.

Él soltó una exclamación y volvió sobre sus pasos chapoteando para examinarlo mejor. No le quitó la piedra, sino que rodeó con la suya, más grande, la mano

mojada de la joven y, con delicadeza, movió la piedra tal como antes lo había hecho ella para observar el orificio que, por un capricho de la naturaleza, parecía horadado exactamente en el centro.

—Ahora ya tenéis vuestra piedra —dijo Sophia.

—No. Esta os pertenece. —Con sus dedos cerró los de la joven y sonrió—. Haréis bien en cuidar de ella porque, si lo que mi madre decía es verdad, será un talismán contra todos los males.

Tenía las manos calientes y el calor que despedían se extendía por el brazo de ella, de forma que apenas podía notar el frío de las olas que empapaban y hacían más pesadas sus ropas. Pero entonces se estremeció y el señor Moray lo notó.

—¡Por Dios! —exclamó—. Estáis completamente empapada. Salid y permitid que el sol os seque; de lo contrario, la condesa pedirá mi cabeza por causaros un resfriado.

Fue a sentarse al abrigo de las dunas y extendió su vestido sobre la arena mientras Moray volvía a ponerse las botas y luego se sentaba a su lado.

—Tened —dijo, depositando en el regazo de Sophia sus escarpines y sus medias—. Será mejor que os pongáis también esto. El viento es helado. —Desvió la mirada de nuevo para no incomodarla, pero comentó—: Si zurcís estos escarpines una vez más, los dejaréis en un puro hilo.

—Eran de mi hermana —se limitó a decir.

Pero tuvo la sensación, por su silencio, de que él entendía la razón por la que había procurado conservarlos enteros. Su siguiente pregunta, escueta, lo confirmó:

—¿Cómo murió?

La joven tardó tanto en responder, que supuso que él dudaría de si lo había oído, pero lo cierto era que no sabía cómo contarle toda la historia. Finalmente, lo intentó.

—Anna tenía trece años, dos más que yo, cuando mi madre se embarcó para viajar al Darién. Entonces vivíamos con nuestra tía, la hermana de mi madre, una mujer de gran corazón. Y con mi tío, que era... —se le quebró la voz y se quedó mirando el ilimitado mar—, que no se parecía en absoluto a mi tía. Era un Drummond, y debo decir que, si hoy me encuentro en Slains, es gracias a su parentesco con la condesa. Pero jamás tuvo conmigo ningún gesto de bondad, y este no me lo dio hasta después de muerto. En cambio, me dejó esto —dijo, levantando una manga de su vestido hasta la altura del codo para que él pudiera ver la cicatriz de una quemadura.

Vio cómo una sombra negra pasaba por los ojos de Moray.

—¿Os quemó él?

—Tardé demasiado en llevarle la cerveza que me había pedido. Y ese fue mi castigo.

—¿No había nadie allí que pudiera ayudaros?

—Trataba a mi tía de la misma manera. Había tenido mucho cuidado de no hacerlo cuando mi madre vivía con nosotros, porque mi padre le había dejado dinero para nuestra manutención y no quería perder lo que, para él, era una importante fuente de ingresos. Pero en cuanto llegó la noticia de que mis padres habían muerto... —Se encogió de hombros en un gesto que intentaba ocultar que el dolor no se había aliviado—. Su ira aumentó con la enfermedad y la muerte de mi tía, pero fue mi hermana quien sufrió lo peor al intentar protegerme. Mi hermana era encantadora. Habría sido

la esposa ideal para cualquier hombre. —Se mordió los labios, reuniendo el valor para proseguir—: Si mi tío no hubiera abusado de ella como lo hizo.

No miró a Moray, y este no dijo nada, pero en el silencio que se hizo entre ambos pudo intuir su muda pregunta.

—A mí no me tocó nunca como la tocó a ella. A cambio de su silencio, mi hermana lo obligó a prometer que me respetaría y, a pesar de su vileza, mantuvo su palabra. —La siguiente parte de su relato resultó más difícil aún—. Anna esperaba un hijo cuando murió; un hijo de mi tío. Él no quería que los vecinos lo supieran, por eso recurrió a las artes de una mujer que decía ser capaz de impedir que el bebé naciera. —Había luz en el horizonte, pero los ojos de Sophia, mientras lo miraba, solo veían la negrura de aquella horrible noche; a aquella sucia y burlona mujer con sus malolientes pócimas. El terror de Anna mientras su tío la inmovilizaba. Sus gritos. El hedor de la muerte. Sophia concluyó con unas palabras pronunciadas en voz baja—: Si todavía creyera en Dios, debería decir que se apiadó de mi hermana llevándosela consigo.

Moray, que la observaba fijamente, no decía nada; ella apretó con fuerza la piedra que tenía en la mano hasta notar la dureza de su forma.

—Es una historia horrible —dijo—, y sé que probablemente no debería habérosla contado.

—Supongo que, después de eso, no quisisteis permanecer en aquella casa.

—No tenía elección. Pero tío John cayó enfermo poco después y perdió toda posibilidad de hacerme daño.

Moray no la tocó, pero la joven tuvo la sensación de que lo había hecho.

—Os doy mi palabra —le oyó decir con serena firmeza— de que mientras yo viva jamás volverá a haceros daño nadie. —Sus ojos duros y negros expresaban ira, aunque no hacia ella—. Y ya podéis decírselo a ese jardinero de Slains, porque si...

Sophia lo interrumpió, alarmada:

—¡Por favor, señor! Tenéis que prometerme que no os enfrentaréis con Billy Wick.

La mirada de Moray se endureció todavía más.

—¿Lo protegeríais?

—No, pero tampoco querría que, por mi culpa, tuvierais por enemigo a un hombre así, porque él querría vengarse y vos tenéis mucho que perder.

La piedra que sujetaba en la mano empezaba a hacerle daño. Aflojó la presión y se enfrentó a la mirada de Moray. Él la observaba y en sus ojos grises había aún una nota de oscuridad, pero ya no de ira. Cuando habló, el tono de su voz fue amable.

—¿Os preocupa mi seguridad?

No tenía palabras para responderle. Se limitó a asentir en voz baja.

—Muchacha... —De repente, vio que se abría paso en él un recuerdo y que le preguntaba despacio, como si aún no pudiera creerlo—: Decidme, ¿era por mí por quien rezabais la otra mañana en los establos?

La joven intentó desviar la mirada, pero él extendió el brazo para alcanzar su rostro con la mano y obligarla a volverlo. Después repitió la pregunta en voz baja, como si se tratara de algo sumamente importante para él:

—¿Era por mí?

«Está demasiado cerca», pensó Sophia. Su mirada estaba fija en ella; la tenía atrapada de manera que no podía desviarla, moverse o respirar acompasadamente.

Como no podía pensar en otra forma de defenderse, replicó:

—No rezaba. —Aunque su voz era insegura y falta de convicción—. No creo en Dios.

Él sonrió, con aquel rápido y cegador destello que la dejaba sin palabras.

—Sí, ya me lo habéis dicho.

Y, tomando el rostro de Sophia entre sus manos, lo atrajo hacia sí y la besó.

No fue un rudo beso de soldado. Su boca se acercó a la de la joven con cuidado, incluso con reverencia, consciente de que nunca la habían tocado antes. Fue como si una ola del mar la arrancara a sus profundidades. En un momento de arrebato ella solo lo sintió a él —su calor, su tacto, su fuerza...—, y cuando alzó la cabeza, se apoyó en él, incapaz de mantener el equilibrio.

Él la miró, como si hubiera sentido también el poder de aquel contacto.

Sophia sintió una urgente necesidad de hablar, aunque no sabía qué decirle.

—Señor Moray...

Los ojos oscuros de él la detuvieron.

—Tengo un nombre, muchacha —replicó—, y me gustaría oírtelo decir.

—John...

Pero en el instante de pronunciar esa palabra, Sophia se dio cuenta de que cometía un error, porque de nuevo la interrumpió con un beso que conmocionó sus sentidos más profundamente aún que el primero y se sintió incapaz de decir nada más durante un buen rato.

13

Mi padre, en el otro extremo de la línea telefónica, no tenía ni idea.

—No sé —me dijo—. Creía que lo había leído en alguna parte. ¿No había un cuento en uno de los libros de Greg Clark donde se hablaba de una piedrecita agujereada?

—*El Talismán* —precisé, citando el relato de uno de mis autores canadienses favoritos—. Sí, pero el abuelo no lo sacó de ahí. ¿Recuerdas que nos decía siempre que le encantaba esa historia porque su padre también se lo había dicho: que si encontrabas una piedrecilla con un agujero, esta te protegería y te mantendría a salvo de todo mal?

—Bueno, ahí está. Mi padre nunca me habló de la forma como os hablaba a vosotras, las chicas; pero si decía que su padre se lo había contado, ahí tienes la respuesta, ¿no?

—Pero ¿desde cuándo? —insistí—. ¿Desde cuándo circula esa historia en nuestra familia? ¿Quién fue el que la inició?

—No sabría decírtelo, cariño. ¿Es importante?

Bajando la mirada, pasé el pulgar por el gastado guijarro que tenía en la mano. Lo había encontrado el año anterior en España, aunque llevaba mucho tiempo buscándolo, desde que mi abuelo me había contado esa historia, cuando era niña. Él jamás había encontrado la suya. A menudo lo había visto paseando por la orilla del mar con la cabeza inclinada, y sabía qué estaba buscando. Me dijo que si encontraba una debería llevarla colgada del cuello. Pero yo no lo había hecho aún. Temía que el hilo que había pasado a

través del agujero se rompiera, por eso la guardaba en la cajita que empleaba como joyero cuando viajaba, confiando en que seguiría cumpliendo su misión desde allí.

Cerré la mano en torno a ella, un instante. Y volví a colocarla entre los collares.

—No, no es importante —respondí a mi padre—. Solo era por curiosidad.

Había estado preguntándome si aquella superstición habría llegado hasta mí a través de los labios de una joven rubia a quien se la contaron cierto día, hacía muchísimo tiempo, mientras caminaba por la playa con un soldado…

—¡Por cierto…! —dijo mi padre cambiando de tema y deseoso de compartir la satisfacción de su descubrimiento—. He logrado retroceder una generación más en nuestra rama de Kirkcudbright. ¿Te acuerdas de Ross McClelland?

—Sí, claro.

Teníamos un antepasado común, y mi padre, que había dado con Ross en los años sesenta, con ocasión de un viaje a Escocia que hizo en su juventud, se había carteado con él desde entonces. Yo nunca lo había visto en persona, pero recordaba sus tarjetas de Navidad.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Bien. Me ha parecido entender que su mujer no lo está tanto, pero ya sabes cómo es Ross; nunca se queja. En todo caso, lo llamé la semana pasada para decirle que he vuelto a trabajar en esa rama del árbol genealógico de la familia y que hemos encontrado datos acerca de los Paterson. No es que exista una conexión real con él pero, aun así, le pareció muy interesante. Y cuando le dije que había solicitado una copia de la fe de bautismo de Sophia Paterson a través de la biblioteca de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días de aquí, y que estaba esperando recibirla, me dijo que él tenía algún tiempo libre y, puesto que se encontraba allí mismo, haría algunas indagaciones a ver qué averiguaba.

Me pasé el teléfono al otro hombro, sonriendo ante la ligera envidia que había notado en la voz de mi padre. Sabía lo mucho que

le gustaría ponerse también él a buscar en los archivos de iglesias y salas de lectura. Con eso, un bocadillo para almorzar y una taza de café de vez en cuando, mi padre estaría en la gloria.

—Ha sido muy amable por su parte —fue todo lo que dije.

—¡Qué me vas a decir a mí! El caso es que acaba de llamarme. Verás —y empezó a darme todos los detalles—: Sophia Paterson. Bautizada el 13 de junio de 1689. Hija de James Paterson y de Mary Moore. Figuran también los nombres de sus abuelos: Andrew Paterson y William Moore, cosa que no había visto nunca en una fe de bautismo. —Lo notaba entusiasmado, ciertamente—. Ross no ha encontrado aún el certificado de matrimonio entre James y Mary, pero sigue buscando y, con todos esos nombres confirmados, será fácil verificarlo.

—¡Es estupendo! Magnífico de veras —dije con toda sinceridad; pero había otra cosa que me rondaba por la cabeza—. Pero me estaba preguntando si…

—¿Sí?

—Si podrías pedirle que buscara también en esos registros el correspondiente a una defunción… la de Anna Paterson.

—¿De quién?

—De la hermana de Sophia. Aparecía mencionada en el testamento de su padre, ¿recuerdas?

—Ah, sí, Anna. Pero no sabemos cuándo murió.

Me mordí el labio.

—Probad en el verano de 1706.

Hubo una larga pausa.

—Carrie…

—¿Sí?

—¿Por qué no me dices de dónde estás sacando tú todo esto?

—Ya te lo he dicho, papá —dije, deseando poder mentirle de una forma más convincente—. Es tan solo un presentimiento.

—Sí, de acuerdo, pero es que hasta ahora todos tus presentimientos han dado en la diana. No estarás tratando de hacerte la adivina conmigo, ¿verdad?

Intenté utilizar un tono que descartara tal cosa.

—¡Papá, por favor!

—Está bien —se rindió—. Le pediré a Ross que eche un vistazo a eso. No sabrás, por casualidad, dónde la enterraron exactamente, ¿verdad?

Esa última frase suya encerraba cierto sarcasmo, pero a pesar de todo respondí:

—No, no lo sé. Pero no creo que fuera en la población misma. Quizá fuera de Kirkcudbright, en algún lugar en el campo.

—De acuerdo. Pero escucha, Carrie, si aciertas en esto también, tú y yo vamos a tener que charlar largo y tendido acerca de tus presentimientos.

La semana transcurrió más rápidamente de lo que había esperado. Mi narración avanzaba sin pausas ahora; escribía hasta que el sueño me dominaba, y dormía hasta mediodía, para despertarme y volver otra vez a la tarea. Rara vez me preocupaba de hacer comidas a horas regulares, y me alimentaba de tazones de cereales y latas de pasta precocinada, que comía directamente del bote con una cuchara; cosas, en suma, que podía tomar mientras trabajaba y que, además, no requerían luego fregar muchos cacharros. Las tazas de café y las cucharillas comenzaban a amontonarse en el fregadero y hacia el final de la semana ya no me molestaba en buscar una blusa limpia, me contentaba con ponerme la que había llevado el día anterior y había dejado colgada en el respaldo de la silla del dormitorio.

No me importaba. Ya no estaba en el mundo real. Me había perdido en mi libro.

Como alguien que vive una alucinación, caminaba entre mis personajes de Slains, y sentía una admiración creciente por la condesa y su intrépido hijo al ver cómo se implicaban cada vez más profundamente en los preparativos secretos para traer de vuelta al rey Jacobo. Ese aspecto de la trama, como siempre, me tenía

fascinada. Pero a lo largo de esa semana la narración incidía cada vez más en el creciente amor entre John Moray y Sophia.

No sabría decir cuánto de todo aquello era recuerdo y cuánto mi manera de imaginar la aventura romántica que yo misma habría podido vivir, pero la relación entre ambos se desarrollaba con tal facilidad que era como si mi novela siguiera su curso impulsada por un viento de popa.

No eran amantes todavía. Por lo menos, aún no habían compartido una cama. Y en el castillo, en presencia de los demás, no hacían nada que pudiera descubrir sus sentimientos. Pero fuera de los muros de Slains, paseaban, conversaban y atesoraban todos los ratos de los que podían apropiarse.

A mí no me gustaba repetir escenas, por eso no había vuelto a situarlos en la playa aunque tenía la sensación de que habían ido más veces allí. Podía verlos mentalmente con tanta claridad, siempre en el mismo sitio, que, cuando una mañana desperté inquieta, más temprano de lo habitual —a las nueve en vez de al mediodía—, me puse la chaqueta que estaba colgada en la percha y salí a ver si podía encontrar el lugar.

No había salido de la casa en varios días. Mis ojos no estaban acostumbrados a la luz y tenía frío a pesar del grueso suéter que llevaba. Pero mi mente, fija en el pasado, hizo caso omiso de estas cosas. Vi las dunas situadas en la parte de arriba de la playa, pero no estaban en los mismos lugares donde se hallaban trescientos años atrás; los vientos habían dispersado y cambiado de lugar las arenas, y las mareas habían acudido para reclamarlas, dejando pocos elementos que yo pudiera emplear para identificar una posición. Pero en el interior había unas colinas que me resultaron familiares.

Estaba estudiando la más cercana de ellas cuando por delante de mí pasó como una exhalación una mancha color castaño y blanco, que levantó de la arena algo amarillo, giró rápidamente para cambiar de dirección y saltó sobre mí, con las patas mojadas y meneando la cola.

Me puse tensa nada más verlo. Me pillaba por sorpresa, desprevenida. Sabía que Graham volvería a visitar a Jimmy, pero confiaba poder evitarlo. Y, por como habíamos dejado las cosas, estaba segura de que él también procuraría evitarme.

El spaniel buscaba mi rodilla con su insistente hocico.

—Hola, Angus —dije.

Me incliné, le rasqué las orejas, cogí la pelota de tenis que me ofrecía y la lancé de nuevo lo más lejos que pude. Cuando se alejaba feliz persiguiéndola, llegó desde mi espalda la voz que estaba preparándome a afrontar.

—¡Qué bien! ¡Estás levantada! Precisamente queríamos ir a buscarte.

Su tono era tan condenadamente normal como si hubiera olvidado por completo lo que me había dicho en casa de su padre. Volví la cabeza y lo miré como si creyera que estaba loco.

Se disponía a decirme algo más pero, al ver mi cara, se interrumpió como quien acaba de pisar un terreno poco seguro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

El perro había regresado. Me volví de nuevo para agarrar la pelota y arrojársela de nuevo hacia la playa, dando gracias por tener una excusa para desviar mi mirada de los ojos escrutadores de Graham. Sacudí la cabeza y me mordí la lengua para evitar decir algo que después habría lamentado. Pero enseguida se me pasó el enfado y dije:

—Dejémoslo, ¿vale? Si no deseas volver a verme, por mí está bien. Lo entiendo.

Se produjo una pausa y entonces él dio la vuelta a mi alrededor y se plantó delante de mí, tapando por completo mi campo de visión.

—¿Quién ha dicho que yo no quiera verte? —preguntó tranquilamente.

—Tú mismo.

—¿Yo? —Frunciendo el ceño, se movió un poco como si necesitara espacio para concentrarse y descifrar algo que le hubieran comunicado en código—. ¿Cuándo he dicho yo eso?

Yo empezaba a sentirme menos segura de los hechos.

—En casa de tu padre, después del almuerzo, ¿no lo recuerdas?

—No muy bien, me temo.

—Me dijiste que Stuart era tu hermano.

—¿Y bien? —Lo dijo lentamente, instándome a seguir.

—Pues…

—El domingo Stuart se mostró tal como es. Es decir, estuvo haciendo el bobo. Pero estaba claro que lo hacía para impresionarte, y a mí me faltó valor para descorazonarlo. Eso es lo que creí que te había dicho. —De una sola zancada anuló el espacio que había entre nosotros; después levantó una mano enguantada para tocar mi cara y evitar que desviara la vista—. ¿Qué creíste que quería darte a entender?

No era que no quisiera decírselo, pero su proximidad tenía el poder de magnetizar las ondas de mi cerebro, de manera que me resultaba imposible pronunciar una frase coherente.

—¿Pensaste que iba a plantarte para dejar el campo libre a Stuie? —conjeturó Graham. Había una nota de incredulidad en su voz, que solo desapareció cuando yo respondí con un leve gesto de asentimiento.

Él se rio.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡No soy tan noble!

Acercó sus labios a los míos y me besó apasionadamente para demostrarlo.

Pasó un buen rato antes de que me soltara.

Para entonces, el perro nos había dejado por imposibles y se había ido trotando a cierta distancia para explorar la hilera de dunas que bordeaban la playa. Graham se volvió y, pasándome un brazo por los hombros, hizo que nos encamináramos en aquella dirección.

—Entonces, ¿hemos hecho las paces? —preguntó.

—¿A ti qué te parece?

—En este momento me parece preferible no suponer nada.

—Hemos hecho las paces tú y yo —dije—, pero no sé si Stuart…

—Deja que yo me encargue de Stuie.

Decidí que debía mencionarle algo:

—Ha estado intentando dar la impresión a todo el mundo de que viene a arroparme por las noches.

—Sí, eso he oído.

Me apresuré a mirarlo, pero no fui lo bastante rápida para pillarlo sonriendo.

—Conozco a mi hermano, Carrie. No será ningún problema. Deja que pase un poco de tiempo —dijo. Me estrechó más contra sí y cambió de conversación—. Si no habías venido a buscarme, ¿qué te ha hecho bajar a la playa?

—Estaba intentando captar el paisaje —contesté—, para una escena que estoy escribiendo.

Miré las dunas y la áspera hierba ondulante y, más allá, las altas rocas de los acantilados, pero tuve la extraña sensación de que faltaba algo; una parte del paisaje que estaba presente en mi mente cuando escribía las escenas entre John y Sophia.

Entrecerré los ojos frente al viento mientras intentaba recordar.

—¿No había una roca allí cerca? ¿Un enorme peñasco gris?

Tras volver la cabeza hacia allí, me observó con curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

No quise decirle que había heredado el recuerdo de su presencia allí.

—El doctor Weir me prestó algunas de sus viejas fotos.

—Muy antiguas tenían que ser —dijo secamente—. Esa roca no ha estado aquí desde el siglo XVIII.

—Debió de ser un dibujo, entonces. Lo único que recuerdo es haber contemplado una vista de esta costa con una gran roca justamente allí.

—Sí, la peña gris de Ardendraught. Se hallaba en aquel campo, en la granja de Aulton —dijo, indicándome un punto alejado, sobre la curva de la playa—. Un enorme peñasco granítico, tan visible que los marinos lo utilizaban para situarse.

—¿Adónde fue a parar? —pregunté, observando la vacía ladera de la colina.

Graham me sonrió y silbó para llamar al perro.

—Ven. Te lo mostraré.

La antigua iglesia se alzaba en un pequeño claro entre árboles, con campos en barbecho a su alrededor y sin más edificios en las proximidades que una casa sencilla y otra más señorial construida de granito rojo. Esta se alzaba en el lado opuesto de la estrecha y serpenteante carretera que lindaba con el alto muro de granito del patio de la iglesia y tan cerca de él que Graham tuvo que aparcar el coche algo más abajo, junto a un pequeño puente.

Bajó un poco los cristales de las ventanillas en atención a Angus, que parecía cansado después de corretear por la playa y contento de permanecer en el asiento trasero, aunque lo dejáramos allí para caminar un trecho por la sinuosa carretera.

Era un lugar apacible; no se escuchaba ningún ruido de tráfico, tan solo pájaros. Graham abrió la verja pintada de verde y dio un paso atrás para que yo pasara primero al interior del silencioso patio.

Era una iglesia original, construida con torres redondas, rematadas en punta, en ambos lados, lo que le daba cierto parecido con los grabados antiguos que había podido ver de la fachada victoriana de Slains. En torno a la iglesia y por la parte trasera de esta, las lápidas se alineaban ordenadamente en hileras, aunque algunas de ellas eran antiguas y estaban deterioradas por las inclemencias del tiempo o estaban cubiertas de líquenes; algunas aparecían inclinadas y otras se habían caído por el peso de los años y habían sido trasladadas al interior del patio de la iglesia.

El marco me resultaba familiar; sin embargo, había algo que no encajaba.

A mi espalda, Graham comentó:

—Toda la iglesia se construyó con sillares extraídos de la gran roca de Ardendraught, lo cual te dará una idea de lo enorme que era.

Y también explicaba por qué no la había reconocido. Aquel peñasco estaba aún en la colina que dominaba la playa cuando Moray y Sophia caminaban por allí. Todavía no la habían tallado los martillos de los canteros.

—¿En qué año se construyó la iglesia? —pregunté.

—En 1776. Hubo otra iglesia anterior por aquí, pero nadie sabe exactamente dónde.

Yo habría podido decírselo. Habría podido trazar el perfil de sus muros bajo los actuales. Pero permanecí en silencio, pensando, mientras Graham me mostraba las particularidades más interesantes de aquella parroquia.

No seguí todas sus explicaciones; mi espíritu entraba y salía una y otra vez de mis ensoñaciones. Pero algunas cosas sí se me grabaron. Como cuando me mostró una lápida de mármol, traída de allende del mar para señalar la tumba de un príncipe danés muerto en la batalla que había dado nombre a Cruden Bay en el siglo XI.

—Cruden significa «la muerte de los daneses» —me explicó Graham—. Se llamó Cruden Water al río que corría junto al campo donde se libró la batalla.

Dirigí la mirada hacia el tranquilo arroyo que pasaba bajo el puente donde habíamos aparcado el coche: un puentecillo sin pretensiones, de un solo arco, que pulsaba intensamente alguna cuerda en mi memoria mientras lo contemplaba desde aquel ángulo.

—¿Es antiguo ese puente? —pregunté con curiosidad.

—El puente del Obispo, sí. Supongo que estaría ya aquí por la época en la que sitúas tu novela. ¿Quieres que vayamos a verlo de cerca?

Quería, en efecto. Así que abandonamos el silencioso patio de la iglesia y caminamos por la pronunciada curva que trazaba la carretera hasta el mismo puente. No tendría más de tres metros de anchura, con pretiles de gastada piedra llena de incrustaciones, que le llegaban a Graham a la altura del codo. El río Cruden, que corría por debajo, era un curso de aguas embarradas, no exentas de

remolinos, pero que discurrían perezosamente a lo largo de las orillas cubiertas de cañas bajo las ramas desnudas de los árboles.

Graham se detuvo en medio del puente y se inclinó sobre el pretil como un escolar para mirar cómo fluía el agua por el sombrío cauce.

—Lo llamaron el puente del Obispo por el obispo Drummond, ya que fue quien ordenó su construcción, aunque no lo acabaron hasta 1697, dos años después de que muriera él. Se había retirado a Slains —añadió.

Pero aquello correspondía a unos tiempos anteriores a los que me interesaban. El obispo Drummond debió de morir más de diez años antes de la llegada de Sophia al castillo. Por otra parte, no había nada en su nombre que hiciera sonar ninguna alarma dentro de mí. Otro nombre, sin embargo, estaba surgiendo en mi mente y, con él, la imagen nebulosa de un hombre de rostro bondadoso y mirada cansada.

—¿Existió un obispo Dunbar?

En el instante de pronunciar su nombre, supe ya de algún modo que sí. Lo supe antes de que Graham respondiera:

—Sí, William Dunbar. Fue el párroco de Cruden hacia 1708. —La mirada que me dirigió expresaba que sabía que estaba llevando a cabo una investigación exhaustiva para mi novela—. Según todos los testimonios, fue un hombre muy querido. Hubo cierto revuelo cuando la Iglesia lo forzó a abandonar la parroquia.

—¿Por qué lo obligaron?

—Era episcopaliano, como su antecesor Drummond y como lo eran también tus Erroll de Slains. Si te asomas un poco, podrás ver lo que queda del escudo de armas del conde de Erroll, grabado en este lado del puente. ¿Ves aquel cuadrado?

Me asomé, inclinando el cuerpo todo lo que pude, mientras Graham me tenía sujeta por el hombro, y vi el cuadrado al que se refería, aunque la representación estaba tan gastada que no conseguí ver los detalles. Iba a decirlo cuando un súbito movimiento del agua debajo, me trajo el repentino recuerdo de otro curso de agua, de otro puente y de algo que había sucedido allí.

«¡Al diablo el obispo!», dijo serenamente la voz de Moray. Intenté captar el resto, pero en aquel instante Graham tiró de mí hacia atrás. Cuando estuve derecha de nuevo, preguntó:

—¿Trata de eso tu libro? ¿De las divisiones religiosas?

Me costó un momento recuperar el hilo de mis pensamientos, pero mi voz sonó normal cuando respondí:

—En cierto modo. Tienen que formar parte de él.

—La mayoría de mis estudiantes, cuando empiezan a venir a mis clases, no se dan cuenta de la importancia que tenía esa cuestión —dijo Graham, y añadió—: Las numerosas guerras que se iniciaron solo porque alguien rezaba con el devocionario equivocado. Si tú y yo hubiéramos vivido entonces, y tú fueras presbiteriana y yo episcopaliano, no habríamos podido estar juntos en este puente.

Personalmente, yo no estaba tan segura de ello. A pesar del temor a la condenación y al fuego del infierno, apostaría que mi versión del siglo XVIII sentiría la misma debilidad que yo ahora por los ojos grises de Graham.

La dura piedra del puente había traspasado su frío a mis dedos; los apreté contra mi pecho.

—Lo soy, en realidad —dije.

—¿Qué?

—Presbiteriana.

Él sonrió al oírme.

—Ahora aquí la llamamos la Iglesia de Escocia. Y yo también lo soy.

—Entonces, tenemos derecho a estar en el mismo puente.

—Sí —dijo Graham en tono afectuoso—. Supongo que sí. —Me miró de nuevo—. ¿Tienes frío?

—No, en realidad, no. Solo en las manos.

—Deberías habérmelo dicho. Ten, póntelos. —Se quitó los guantes y me los tendió.

Los miré, recordando cómo, en mi libro, Moray tenía un gesto muy parecido la primera vez que salía a montar a caballo con Sophia. Al ponerme los guantes los encontré calientes, demasiado

grandes y ásperos para mis dedos; una sensación que sin embargo me produjo cierto placer pecaminoso, como si las manos de Graham se cerraran sobre las mías.

—¿Mejor así? —preguntó.

Asentí sin palabras, sorprendida aún por las pequeñas conexiones que se establecían entre el mundo que yo había creado y el que existía en la realidad.

—Pareces helada —dijo—. ¿Quieres que vayamos a tomar una taza de café?

Mis pensamientos seguían aún con Sophia y Moray, en el momento en que él le había pedido que salieran a montar a caballo y ella se había dado cuenta de que estaba en una especie de encrucijada y de que su respuesta marcaría todo lo que sucedería después. Podía haberle dicho simplemente «sí», y habríamos encontrado algún lugar en el que detenernos para tomar un café en nuestro camino de regreso a Cruden Bay. Pero, como Sophia, decidí que ya iba siendo hora de elegir un camino desconocido.

Por ese motivo le dije:

—Tengo café en casa. Podría preparar unas tazas allí.

Él se quedó callado un momento, pensativo.

—De acuerdo —aceptó. Enderezó el cuerpo que aún tenía inclinado sobre el pretil del puente, me dio la mano y sonrió cuando yo la tomé. Después dejamos atrás la iglesita que en otros tiempos había sido la gran roca gris de Ardendraught, en aquella playa batida por los vientos y bajo cuya sombra otros amantes, no muy distintos de nosotros, se habían refugiado tres siglos atrás.

IX

La esperaba en la playa.

Se había tumbado completamente sobre la arena con las piernas cruzadas y los brazos bajo la nuca, de manera que cuando ella rodeó la duna cubierta de hierba estuvo a punto de tropezar con él.

—¡Estás ahí! —exclamó la joven riendo, y permitió que él tirara de ella para obligarla a que se echara a su lado.

—Llegas tarde —protestó perezosamente.

—La condesa quería conocer mi opinión acerca de un panfleto recién publicado sobre la Unión, que ha estado leyendo últimamente.

Los labios de Moray se curvaron.

—Es una mujer singular.

Sophia asintió. Jamás había conocido a una mujer tan inteligente, capaz o intrépida como la condesa de Erroll.

—No me gusta engañarla —confesó.

Él volvió la cabeza para mirarla.

—No tenemos elección —dijo.

—Lo sé —admitió Sophia, jugueteando con la arena caliente y haciendo que se escurriera entre sus dedos.

—Solo desea tu felicidad —le recordó— y, para ella, un soldado proscrito, que pronto regresará a Francia y al campo de batalla, difícilmente podría ser un partido tan adecuado como... como el comodoro de nuestra armada escocesa, por ejemplo.

—Que es ahora la armada británica —le recordó ella, reacia a imaginarlo combatiendo en la guerra—. Pero, por más que ella se decante por el capitán Gordon, esa no es mi elección.

En los labios de él brilló una sonrisa mientras se tumbaba de nuevo con los ojos cerrados.

—Y a mí me complace oírtelo decir, porque me resultaría muy duro descubrir que habían sido vanos

mis esfuerzos para conquistarte.

—¿Tanto has tenido que esforzarte? —preguntó ella asestándole, burlona, un golpe en el pecho.

—No puedes ni imaginarlo.

Se estaba burlando de ella, pero cuando la joven le miró a los ojos, descubrió un gran afecto en ellos y supo lo que iba a intentar antes incluso de que él moviera la mano hacia sus cabellos y la atrajera hacia sí. Sus besos tenían aún el poder de dejarla sin respiración, aunque se había ido acostumbrando a ellos y ahora sabía ya cómo devolvérselos.

Cuando terminó de besarla, Moray deslizó el brazo por la espalda de Sophia para mantenerla abrazada, mientras ella apoyaba la mejilla contra el fino tejido de la pechera de su camisa, escuchando los latidos de su corazón que resonaban fuertemente en su oído. Por encima de ellos, una gaviota planeaba en el viento, con las alas extendidas y sin agitarlas. Su sombra solitaria se proyectaba sobre la arena alrededor de la pareja.

Sophia era consciente de que aquel era un tiempo robado. Que no podía durar. Habría deseado no pensar en ello pero, puesto que él había planteado la cuestión, preguntó:

—¿Crees que tendrás que marcharte pronto?

Su hombro se contrajo en un leve gesto de duda.

—A juzgar por la última carta, Hooke debe de estar ya camino de Slains, y el capitán Ligondez, que manda nuestra fragata francesa, ha recibido instrucciones de mantenerse alejado de esta costa durante tres semanas y luego volver aquí, lo que significa que cabe esperar su vuelta cualquier día.

—Y entonces partirás.

Moray no dijo nada. La abrazó con más fuerza y Sophia, en silencio también, cerró los ojos e intentó

retener aquel momento. Se dijo que estaba acostumbrada a perder a las personas que amaba. Sabía que cuando él se fuera, el sol volvería a salir y a ponerse como siempre y que ella despertaría, viviría y dormiría al ritmo de su movimiento en el cielo. Pero esta pérdida, anunciada con antelación, provocaba en ella una tristeza distinta, y la joven era consciente de que le dejaría una huella más profunda que todas las demás.

Notó que él se movía su lado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Qué?

—Eso que llevas colgado del cuello.

La mano de Moray se acercó a la garganta de Sophia y bajó más aún hasta tocar el pequeño y duro objeto que se marcaba en la tela del vestido. Sus dedos encontraron el cordón que rodeaba su cuello y se movieron por él para tirar del improvisado dije. La joven, entretanto, había levantado la cabeza para observarlo y vio cómo cambiaba su expresión mientras estudiaba el pequeño guijarro de color negro brillante, caliente por el contacto con la piel de ella. Sophia había encontrado cordón de cuero para pasarlo por el orificio y lo llevaba metido bajo el corpiño, donde nadie pudiera verlo.

Pareció que Moray iba a decir algo, pero después se lo pensó mejor y preguntó en tono divertido:

—¿Qué tal va? ¿Funciona?

—Podría ser —respondió Sophia, enseñándole la mano como prueba—. Esta tarde ha sido, que yo recuerde, la primera vez que no me he dado un solo pinchazo con mi labor.

Él se apresuró a cogerle los dedos y a darles vueltas como si los examinara. Después colocó su mano sobre la de Sophia como si comparara la diferencia de los respectivos tamaños; ella notó la presión y la frialdad del

anillo que lucía siempre en el dedo meñique de su mano derecha: una joya maciza, con una piedra roja en el centro y montada sobre un ancho aro de plata. Le había dicho en una ocasión que era el anillo de su padre; un pequeño recuerdo de su familia que podía llevar consigo en el extranjero.

Sophia habría querido saber en qué estaba pensando Moray, mientras sus ojos grises estaban fijos con tanta seriedad en sus manos, pero él no hacía ningún comentario. Al cabo, se limitó a entrelazar sus dedos con los de la joven y a guiar la mano de esta para apoyarla sobre su corazón.

La luz cambiaba rápidamente a su alrededor, ya atardecía, y Sophia se dio cuenta de que no disponían de mucho tiempo antes de que los esperaran de vuelta para la cena.

—¿Quieres que vayamos de nuevo hasta Ardendraught? —preguntó.

—No. Hoy no. —No la había soltado, pero volvió a cerrar los ojos en un gesto que a Sophia le resultaba ya familiar por habérselo visto otras veces, y que indicaba que se hallaba sumido en sus pensamientos.

Aguardó hasta que él, finalmente, se decidió a hablar.

—¿Qué harás cuando me vaya? —preguntó.

Sophia intentó bromear.

—Me arrojaré a los brazos de Rory —respondió.

La risa sacudió el pecho de Moray, pero la obligó a mirarlo a la cara. Tenía los ojos muy abiertos.

—Lo decía en serio. La condesa querrá verte casada, pensando en lo que te conviene. ¿Tomarás un marido?

—John...

—¿Lo harás?

Lo empujó suavemente y logró que él la soltara; luego se sentó dándole la espalda, para que Moray no

pudiera verle la cara.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Porque creo que tengo algún derecho a hacerlo.

La voz de Moray era tranquila, y ella tuvo la esperanza de que también él viera con pesar la perspectiva de su marcha. Bajando la cabeza, Sophia respondió:

—No. Cuando te hayas ido, no me casaré con ningún otro.

—¿Por qué no?

Él no le daba tregua y Sophia se dio cuenta de que no dejaría de hacer preguntas hasta que obtuviera de ella una respuesta sincera.

Jugando otra vez con la arena, observó cómo escapaba inevitablemente de la palma de su mano, a pesar de su intento de retenerla.

—Porque —respondió— mi hermana me hizo prometer que jamás daría mi mano a quien no le entregara también mi corazón. Y es tuyo.

Abrió los dedos, dejando escapar el último puñado de arena, y Moray, apoyado ahora sobre el codo, le atrapó la mano de nuevo.

—Me das más de lo que merezco —dijo.

—Tienes muy mala opinión de ti.

—No, muchacha. Te soy sincero. —Con un oscuro velo de seriedad en su mirada, contempló por segunda vez sus manos entrelazadas y, después, con un rápido movimiento se puso en pie y la ayudó a levantarse y colocarse a su lado—. Ven —le dijo.

Sophia vio sus sombras alargadas sobre la arena y supo que el sol estaba bajando aún más en el oeste sobre la línea de las lejanas colinas. El astro encendía con un brillo de oro el cielo y las nubes, y colmaba su visión bajo una explosión de rayos. Moray la obligó

suavemente a volverse y, pasando la mano de ella por debajo de su brazo, la hizo caminar con él por la playa.

No la llevó por el camino principal que ascendía y pasaba por el bosque de los grajos, sino a través de la playa para subir luego la colina que se alzaba entre ellos y Slains. Desde allí vio el castillo, a lo lejos delante de ellos, así como los huertos que descendían hasta el palomar, atrevidamente colgado, entre aulagas y hierbas, al borde del abismo. Después, el sendero que bajaba los condujo al fondo del barranco, donde un silencioso bosquecillo de castaños, fresnos y sicomoros apagaba todos los sonidos salvo el de sus pisadas, el arrullo de las palomas torcaces y el murmullo del arroyo cuyas aguas desembocaban en el mar.

Cuando se acercaban al puentecillo que lo cruzaba, Moray le preguntó de improviso:

—¿Me amas?

Sophia detuvo sus pasos.

—John... —dijo.

—Es una pregunta sencilla, fácil de responder. ¿Me amas?

«Está loco —pensó Sophia—, completamente loco, por hacer semejante pregunta aquí fuera». Pero, al mirarlo a los ojos, no pudo expresar sus reparos.

—Sabes bien que sí —dijo.

—Entonces, puesto que ya tengo tu corazón, concédeme tu mano.

Ella se quedó mirándolo, diciéndose a sí misma que era imposible que hubiera oído bien. Que seguramente solo había dicho que le diera la mano para no caer, y no...

—Sophia... —Con extrema delicadeza, apartó de su rostro un mechón de cabellos y lo pasó por detrás de la

oreja para ver mejor su cara—. Estoy pidiéndote que te cases conmigo.

Sophia era consciente de que una mujer en su sano juicio habría tenido la sensatez de decirle que no tenían ninguna posibilidad de casarse, que la condesa y el conde no lo consentirían, que aquello era un sueño maravilloso, sí, pero nada más. Sin embargo, estando como estaban ahora los dos, viendo reflejado su rostro en los grises ojos de él, que la observaban con determinación, no podía aceptar que aquel deseo fuese imposible. Reprimió la súbita oleada de sentimientos que brotaba en su pecho y dio su respuesta con un mudo gesto de asentimiento.

Jamás olvidaría la sonrisa que se dibujó en los ojos de Moray.

—Entonces, ven conmigo —le dijo.

—¿Cómo? ¿Ahora? —Aquello bastó para despertarla del hechizo—. Oh, John, sabes que no podemos hacerlo. El obispo jamás accederá a...

—¡Al diablo el obispo! —fue su comedida respuesta—. No tiene nada que decir en nuestros asuntos.

—¿Y quién nos casará si no es el obispo?

—Mi hermano Robert trabaja en leyes, y te dirá que una promesa de matrimonio entre los contrayentes es tan firme como la contraída en una iglesia.

Ella lo sabía. Había asistido a matrimonios de ese tipo cuando era niña, y recordaba la explicación que le había dado su madre de que el sacramento del matrimonio era el único que no necesitaba la presencia de un sacerdote, porque el hombre y la mujer que lo contraían eran los ministros del sacramento y se ataban el uno al otro con sus mutuas promesas. Este rito no estaba bien visto en aquella época, pero seguía practicándose. Era una antigua tradición de los tiempos

en los que no abundaban los sacerdotes, sobre todo en poblaciones aisladas, y donde la unión de las manos de un hombre y una mujer era la forma más simple de matrimonio.

—Sophia —preguntó John Moray tendiéndole la mano—, ¿quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—El mejor lugar para hacerlo es sobre el agua.

Se detuvo en medio del puente y volvió su cara hacia él, mientras el agua del arroyo fluía bajo los pies de ambos, pasaba bajo el arco de madera y corría libremente hacia el mar.

Estaban los dos solos. John tomó las manos de Sophia en las suyas, más grandes.

—Te tomo por esposa —le dijo, con una voz tan suave que la corriente parecía cantar en ella—. Y ahora, muchacha, dime que me tomarás por esposo.

—¿Eso es todo?

—Sí, no hace falta nada más.

Sophia levantó su mirada hacia él.

—Te tomo por esposo —dijo. Y, después, como si le pareciera que faltaba algo, añadió—: En el nombre de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Pensaba que no creías... —observó Moray.

—No puede hacer ningún daño solicitar su bendición.

—No. —Los dedos de él apretaron levemente los de la joven, como si comprendiera su necesidad de aferrarse por todos los medios a aquel instante de felicidad—. No, no puede hacer ningún daño.

Sophia lo miró.

—Entonces, ¿estamos casados?

—Sí, lo estamos —dijo Moray, con una voz en la que ella percibió orgullo y una leve nota de desafío—. Y puedes decírselo así a la condesa cuando intente casarte

con otro hombre. —El beso que se dieron fue ardiente, profundo y también breve—. Eso es todo de momento. Para el resto tendremos que esperar, o llegaremos tarde a la mesa de los condes de Erroll.

Lo habían hecho, pensó Sophia. Una unión de manos por encima del agua, un beso, y todo había cambiado por completo. Era un pequeño gesto, pero ella sentía en su interior una conciencia tan viva del cambio, que estaba segura de que el conde de Erroll o la condesa se darían cuenta enseguida y se lo dirían. Pero la tarde pasó sin ningún incidente.

A la hora de la cena, Moray y Sophia ocuparon sus asientos habituales, el uno enfrente del otro, y se comportaron como si las cosas fueran exactamente iguales a como habían sido aquella mañana, aunque Sophia temió que, en su esfuerzo por no mirarlo y delatar sus sentimientos, hubiera pecado por defecto y no hubiera ni siquiera puesto los ojos en él una sola vez.

Kirsty fue la única que se dio cuenta de que sucedía algo raro. Concluida la cena, abordó a Sophia en el pasillo al pasar por su lado.

—¿Os habéis peleado? —preguntó.

—¿Cómo? —dijo Sophia.

—Vos y el señor Moray, quiero decir. ¡Habéis estado tan callados en la mesa! ¿Os ha molestado de alguna manera?

—¡Oh, no! En absoluto. No ha hecho nada que me molestara.

Kirsty, poco convencida, observó de hito en hito el rubor que encendía el rostro de Sophia.

—¿Qué sucede, entonces? Y no me respondáis de nuevo que «nada» —la advirtió en el instante en el que Sophia se disponía a responder.

Necesitaba desesperadamente decírselo, compartir con Kirsty parte de su felicidad, pero el temor de poner en peligro a Moray mantenía sujeta su lengua. Recurrió a una sonrisa de cansancio y dijo:

—Es solo que tengo dolor de cabeza.

—¡No me sorprende, con los paseos que dais últimamente haga buen o mal tiempo! Vais a enfermar —la reprendió Kirsty—. Y, por mucho que digan otra cosa los bardos, no hay ninguna gracia en morir por un hombre.

Fue simple instinto lo que hizo que Sophia alzara la cabeza.

—¿Quién te ha hablado de mis paseos con el señor Moray?

—Podéis culpar a Rory de ello. Ha estado viendo cosas, pero no se las cuenta a nadie más que a mí, y muy de tarde en tarde.

Mirando arriba y abajo por el pasillo para cerciorarse de que estaban solas, Sophia preguntó:

—¿Y qué es lo que te ha contado Rory?

—Pues que vos y el señor Moray estabais esta tarde en el puente que cruza el arroyo con las manos unidas y hablando muy serios. Por eso pensaba que debíais de haberos peleado, porque esta noche no parecía que... —Se calló de pronto, como si se le acabara de ocurrir una idea, y abrió los ojos de par en par.

—Por favor, Kirsty —rogó Sophia—, tienes que prometerme que no contarás a nadie lo que me has dicho. A nadie.

—¡Os habéis casado con él! —Las palabras salieron de los labios de la muchacha como en un murmullo, mitad acusador mitad arrobado—. Os habéis casado uniendo las manos, ¿verdad?

—Oh, Kirsty, ¡por favor!

—Nunca lo diré. No temáis. Ni siquiera se lo diré a Rory. Pero, Sophia —dijo en un murmullo—, ¿y ahora qué haréis?

Sophia tampoco sabía qué haría. No había planeado aquello. Había ocurrido de improviso, y apenas había tenido tiempo de pensar en el futuro.

Kirsty la observaba con simpatía, y un poco de envidia también. Entonces, dejando escapar una sonrisa, extendió una mano hacia ella.

—Venid conmigo. Tengo algo que me gustaría daros como regalo de bodas.

—Kirsty...

—Venid. Sus señorías el conde y la condesa están conversando en el salón con vuestro señor Moray. Nadie os echará en falta. Además, aún tenéis dolor de cabeza —añadió refrescándole la memoria a Sophia—, ¿no es cierto?

Las habitaciones de los sirvientes se hallaban en el extremo más alejado de la entrada del castillo. La ventana de Kirsty daba a los establos, y desde ella veía cada noche a Rory mientras se ocupaba de las cuadras y de los caballos. Debajo del marco de la ventana había una sencilla caja de la que Kirsty extrajo una hermosa y fina tela blanca. Cuando se la mostró, Sophia vio que se trataba de un camisón, delicadamente bordado con pálidas vides y flores entrelazadas, y con el cuello y las mangas adornados de encaje.

—Lo he hecho yo misma —dijo Kirsty, orgullosa—. Aún no he acabado de bordar todas las flores, pero creía que tendría más tiempo antes de que la condesa concertara vuestra boda. No sabía que vos estabais ya disponiéndola personalmente.

La tela de holanda tenía el tacto de la seda al pasar por entre los dedos de Sophia.

—¡Es precioso, Kirsty! —exclamó, tan emocionada que notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos—. ¿De dónde has sacado tiempo para hacerlo, con todas las obligaciones que tienes?

—Bueno, la verdad es que —respondió Kirsty con modestia— me ayuda a relajarme por la noche. Ya bordé uno para mi hermana cuando se casó, y vos habéis sido una segunda hermana para mí desde que llegasteis, así que pensé que debíais también tener uno. Ya sé que no podéis llevarlo en Slains, pero cuando os hayáis ido a Francia... —Hizo una pausa mientras Sophia bajaba la mirada al suelo—. Porque él os llevará a Francia cuando se marche, ¿verdad?

Sophia pensó en lo que John le había dicho en el puente cuando le había preguntado si estaban realmente casados: «Podrás decírselo así a la condesa cuando intente casarte con otro hombre». Con la mirada todavía en el suelo, respondió a Kirsty:

—No. No piensa llevarme consigo.

—Pero ¿por qué no?

Sophia no lo sabía. Solo tenía la certeza de que John no tomaba ninguna decisión a la ligera, sin que hubiese una razón. Levantó el rostro y mostró en él una sonrisa que no sentía.

—Basta con que me haya tomado por esposa.

Hermosas palabras, pensó para sí, y pronunciadas con valentía, pero no la animaron entonces, ni lo hicieron una hora después, cuando las evocó mentalmente de nuevo ya sola en su aposento.

El viento que soplaba del mar había cambiado y ahora era tan frío que, aunque estaban a principios de junio, habían tenido que encender las chimeneas. Sophia notó frío al quitarse el vestido, se acercó al calor de su pequeño hogar y dejó que el precioso camisón se

deslizara como satén por sus brazos y sus hombros, hasta que el bajo de la prenda rozó suavemente sus pies. Se colocó frente al espejo y observó su imagen reflejada en él, pero no se veía a sí misma, sino a una novia insegura de brillantes cabellos rizados, ojos centelleantes y mejillas tan arreboladas que las tapó con las manos para esconder su intenso rubor.

De pronto oyó una voz que surgía de la oscuridad.

—¡Dios santo! —exclamó Moray—. ¡Eres preciosa!

Sophia dejó caer las manos y dio media vuelta. No podía verlo con claridad; tan solo distinguía su silueta, en las sombras del aposento. Estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared, fuera del alcance de la luz parpadeante del fuego.

La joven sabía que su voz no podía ir más allá de los muros, por lo que se esforzó en mantener la suya tan queda como la de él.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

—No te pongas nerviosa. En mi opinión, no es pecado mirar cómo mi esposa se prepara para acostarse.

El rostro de Sophia se encendió más aún durante la pausa que siguió, mientras sentía sobre ella los ojos de John Moray.

—¿De dónde has sacado ese camisón? —le preguntó observándolo despacio y valorando la belleza de su confección.

—Ha sido un regalo de boda, de Kirsty —respondió Sophia, alisándose con las dos manos los suaves pliegues de la prenda.

—Entonces, ¿se lo has dicho? —Su voz tenía una leve nota de extrañeza.

—Lo sabía ya. Rory nos vio cuando estábamos en el puente.

—Bien, no dudo de que ambos guardarán el secreto. Y a ti te será de consuelo contar con Kirsty para tus confidencias... —No llegó a decir «cuando yo no esté», pero las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ambos como si las hubiera pronunciado en voz alta.

Sophia se rodeó el cuerpo con los brazos como si de pronto hubiera sentido un escalofrío.

—¿Por qué no te acercas a la luz? —preguntó—. No puedo verte. Es como conversar con un fantasma.

Escuchó el sonido entrecortado de la respiración de Moray, que le indicó que él también sonreía. Pero no se movió del lugar que ocupaba junto al muro.

—Hace dos años —dijo—, cuando el coronel Hooke vino aquí por primera vez para tratar con los escoceses, mantuvo una entrevista en secreto con el duque de Hamilton en Holyroodhouse. Una decisión arriesgada y peligrosa para los dos en el caso de ser descubiertos. Hooke me contó que, por orden del duque, la habitación en la que se encontraron se mantuvo a oscuras, para que luego, si se lo preguntaban, pudiera decir sin faltar a la verdad que no se había visto con Hooke.

—¿Y pretendes que nosotros hagamos ahora lo mismo? —preguntó jovialmente Sophia—. ¿Para que, si la condesa me pregunta, pueda decirle con absoluta tranquilidad de conciencia que jamás te he visto en este aposento?

—Algo así —respondió John, en un tono que revelaba su diversión—. Porque, la verdad, no tienes grandes dotes para la mentira, muchacha.

—Eso es porque nunca he necesitado mentir. Aparte de que ya me has dado permiso para decirle a la condesa que somos marido y mujer.

—Sí, así es, pero solo si pretende llevarte al altar con otro hombre. Hasta entonces, lo mejor es que lo

mantengamos en privado. Solo para nosotros.

Sophia oyó que los hombros de él se movían rozando las piedras del muro, y enseguida avanzó hacia la luz, sonriendo.

—Pero esta noche es solo nuestra —dijo John.

Ella cerró los ojos, aunque no pretendía hacerlo, y se quedó de pie temblando mientras John se acercaba y sus duras y ardientes manos le acariciaban con suavidad los cabellos, el rostro vuelto hacia el techo, los hombros. Se detuvieron un instante para luego deslizarse bajo el encaje que ribeteaba el cuello de su camisón. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro de Sophia, con la mandíbula apoyada en la mejilla de la joven y la boca pegada a su oreja, de forma que recibía en sus cabellos su cálido aliento.

—¿Por qué estás temblando? ¿Tienes miedo? —preguntó él.

Dudando de su voz, Sophia sacudió la cabeza.

—No querría que tuvieras miedo de mí —dijo John.

—No lo tengo. —Ella había recuperado la voz, pero todavía temblaba—. No te temo, John. Te amo.

Los labios de Moray se abrieron en una sonrisa que recorrió las mejillas de Sophia, y de nuevo las manos de él se movieron por debajo del camisón; el sedoso tejido se deslizó susurrando hasta el suelo. Cuando la levantó en brazos, la boca de John buscó la de Sophia con tal ansia y sentimiento, que el mundo, más allá de sus ojos fuertemente cerrados, comenzó a dar vueltas y dejó de ser un lugar oscuro para poblarse con las luces centelleantes del asombro.

—Chiquilla... —susurró él junto a los labios de Sophia —, te amo más todavía.

Pero había pasado la hora de las palabras.

Sophia despertó oyendo el rugido del mar bajo las ventanas y los embates del viento contra los muros que hacían que el gélido aire de la habitación fuera como un frío mordisco en su piel. El fuego casi había consumido los leños de la chimenea y tan solo quedaban pequeñas lenguas de llamas moribundas que proyectaban sombras vacilantes sobre el suelo y apenas luz para ver.

Se estremeció al escuchar los truenos de la tormenta que se alejaba y se movió en la cama para levantarse e ir a avivar el fuego, pero Moray la detuvo.

—Déjalo así —le murmuró en voz baja junto al cuello —. Tendremos calor suficiente.

Después, la rodeó con su brazo, fuerte, seguro, y la atrajo con firmeza hacia el refugio de su pecho, donde ella sintió paz; luego volvió la cara sobre la almohada y se durmió de nuevo.

14

Alisé con la mano el papel en el que había anotado aquellas pocas líneas que había escrito la última noche que pasé en Francia, nada más despertar del sueño que había tenido. Por una parte, me parecía como si hubiera transcurrido un siglo desde que lo había soñado; por otra, era como si lo hubiese soñado ayer mismo.

En aquel momento me había preguntado dónde encajaría ese fragmento, pero ahora lo sabía.

También sabía por qué esa noche había dejado un recuerdo tan poderoso que había viajado varios siglos para perseguirme en sueños.

—Buenos días. —La voz de Graham estaba ronca por el sueño. Se había puesto los vaqueros y una camisa, pero la llevaba abierta y tenía el tórax al aire y los pies descalzos—. ¿Has visto a Angus?

—Se ha levantado conmigo y ya ha salido —dije—. Está perfectamente.

El spaniel, enroscado debajo de mi mesa, movió los ojos sin cambiar su cómoda postura y, convencido de que nadie lo necesitaba, volvió a sumirse en sus felices sueños.

—Deberías haberme despertado a mí también —dijo Graham.

—Pensé que te iría bien descansar.

—¿Eso crees? —Sus ojos grises sonrientes se fijaron en los míos y consiguieron que me ruborizara—. Debido a todos mis esfuerzos de anoche. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Bueno, yo…

—No soy tan viejo —dijo, y se acercó para demostrármelo. Se apoyó con las dos manos en los brazos de mi silla, se inclinó y me dio un beso que me dejó sin respiración. Él se dio cuenta. Después se echó hacia atrás y sonrió como un muchacho desgreñado y feliz —. Buenos días —repitió.

De alguna manera me las arreglé para responder:

—Buenos días.

—¿Quieres café?

—Sí, por favor.

Graham se irguió y fue hacia la cocina. Las tazas que había sacado para nosotros dos el día anterior seguían intactas en la encimera junto al hervidor de agua. Nunca habíamos vuelto por ellas. Recordaba haber estado de pie en la cocina, en el mismo lugar en el que él se hallaba ahora, parloteando como una cotorra de espaldas a la puerta durante casi cinco minutos; lo siguiente de lo que tuve conciencia fue que él estaba junto a mí, que sus brazos me obligaban a volverme hacia él, que me besaba y que yo me sentía perdida.

Había sido inolvidable, en una palabra. Y no me sorprendería que el recuerdo de todo cuanto había compartido con Graham fuera a sobrevivirme con tanta fuerza como los recuerdos que tuvo Sophia de su noche con John Moray.

Ahora estaba observando su espalda y la forma cómo se movía cuando me preguntó:

—¿Has escrito mucho?

—En realidad sí. He terminado la escena.

—¿Aparezco yo en ella?

Sabía que me lo preguntaba en broma, pero le respondí sinceramente:

—Más o menos.

Graham se volvió a mirarme con la ceja enarcada.

—Ah, ¿sí? ¿Quién soy de todos ellos?

—Bueno, no eres tú exactamente… sino alguien que se parece mucho a ti.

—¿De quién se trata?

—De John Moray.

—¿Moray? —Tuve la sensación de que rebuscaba en su archivo de conocimientos.

—Sirvió en el regimiento de Lee, en Francia. Lo enviaron aquí con Hooke para preparar con los nobles el regreso del rey.

—Un soldado, entonces —dijo Graham sonriendo y volvió a ocuparse del agua—. Puedo vivir con eso.

—Era oficial, de hecho. Teniente coronel.

—Mejor, entonces.

—Su hermano mayor era el señor de Abercairney.

—¡Ah! De esa rama de los Moray, entonces —dijo Graham, asintiendo—. De los de Strathearn. No sé gran cosa acerca de esa familia, salvo que uno de los últimos señores, James Moray, se libró, según se cuenta, de intervenir en la batalla de Culloden porque su criado le escaldó los pies y no pudo combatir en apoyo del gentil príncipe Carlos… pero en la época de tu novela debía de ser solo un muchacho.

Me pregunté para mis adentros si aquel último señor podía ser el «bebé que aún no ha cumplido dieciocho meses» al que se había referido Moray el día de su primer paseo a caballo con Sophia, cuando se quejó de no ser para él más que un perfecto desconocido.

—Tendré que leer más acerca de la familia —dijo Graham— para averiguar qué tipo de personaje me has atribuido. ¿John Moray has dicho?

—Así es.

—¿Y qué papel desempeña en tu libro?

—Bueno, digamos que es algo así como el héroe.

El agua para el café hervía, pero Graham no le prestó atención. Me miró de nuevo, con expresión afectuosa en su rostro.

—¿De verdad? —preguntó.

Asentí.

—Pensaba que tu relato giraba en torno a Nathaniel Hooke…

—Hooke no estuvo aquí mucho tiempo. Se dedicó a recorrer el país, a visitar a los nobles. Moray, en cambio, permaneció en Slains todo el mes de mayo y parte de junio.

—Entiendo. —El hervidor emitió un hosco clic, como si supiera que tampoco esta vez íbamos a prestar atención a su aviso. Graham se dio la vuelta para mirarme cara a cara, con la espalda apoyada en la encimera de la cocina y los brazos indolentemente cruzados sobre la camisa desabrochada—. ¿Y a qué se dedicó tu John Moray durante el tiempo que permaneció aquí?

—Oh, a varias cosas… —Creo que no me sonrojé en esta ocasión pero, a juzgar por la expresión perspicaz de sus ojos, puede que sí lo hiciera.

—¿Hay alguna mujer en todo esto?

—Podría ser.

—Está bien, entonces. —Su intención fue muy clara incluso antes de apartarse de la encimera, pero eso no impidió que yo siguiera riéndome cuando me levantó en sus brazos como si no pesara nada y me atrajo contra su tórax medio desnudo.

—¡Graham!

Sus brazos me apretaron aún más.

—No. Tú misma me dijiste que querías que tus descripciones fueran muy precisas… —Se dirigió al dormitorio, añadiendo con una pícara sonrisa—: Y papá, por su parte, insistió en que debía ayudarte en todo lo posible con tu investigación.

Estaba sonando el teléfono.

Medio aturdida aún, me volví en la cama con el cuerpo atrapado bajo un lío de mantas y sábanas. Podía ver a mi lado en la almohada el espacio hundido donde había descansado la cabeza de Graham mientras dormíamos. Pero él ya no estaba.

Tenía el vago recuerdo de su marcha, del beso que me había dado al irse y de cómo me había arropado con las mantas, pero no recordaba en absoluto lo que me había dicho. Y tampoco tenía ahora

la menor idea de la hora ni del día que era. La habitación estaba casi completamente a oscuras.

El teléfono seguía sonando en la habitación de delante. Salté de la cama y fui a responder.

—Ah, ¡estás ahí! —dijo la voz de mi padre—. Te llamé antes, pero no estabas en casa. ¿Adónde habías ido?

No podía decirle dónde había estado en realidad o por qué no había hecho caso del timbre del teléfono cuando sonó, justamente después del almuerzo. Y me alegró que no estuviera presente en la habitación para ver mi cara cuando respondí:

—Oh, había salido.

—¿A investigar más?

Fue también una suerte que tampoco viera mi expresión al asentir:

—Algo por el estilo.

—Bueno, querida, tenemos que hablar. He recibido una llamada de Ross McClelland.

Preparándome para las preguntas que seguirían, me limité a decir:

—¿Sí?

—Ha encontrado constancia del enterramiento de Anna Mary Paterson, en agosto de 1706. No lejos de Kirkcudbright. En el campo.

—Oh.

—Así que ya va siendo hora de que me digas de dónde estás sacando tú todo eso.

—No puedo.

Mi respuesta lo desconcertó.

—¿Por qué no? —insistió.

—Pues porque pensarás que estoy loca.

—Cariño… —Podía notar la sequedad de su tono a través de la línea telefónica—. ¿Recuerdas la primera vez que te publicaron una novela y, al preguntarte yo de dónde sacabas tus historias,

respondiste que oías voces que hablaban dentro de tu cabeza y escribías lo que te contaban?

Lo recordaba, sí.

—Bueno —prosiguió—, si entonces no te envié inmediatamente al manicomio, ¿qué te hace pensar ahora que podría…?

—Es diferente.

—Ponme a prueba.

—Tú eres ingeniero, papá.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no puedo tener una mentalidad abierta?

—Significa que no crees en las cosas que son indemostrables.

—Ponme a prueba —repitió él pacientemente.

Tomé una gran bocanada de aire y se lo conté. Por si acaso, le solté por delante los detalles de la información que el doctor Weir había buscado para mí, con la esperanza de que pudieran dar al tema un aire más científico, pero en esencia le dije:

—En resumen, que parece que he heredado sus recuerdos y que mi presencia en Slains los ha hecho aflorar, de alguna manera, a la superficie desde el lugar que fuese donde estuvieran almacenados.

Siguió una pausa. Tras la cual dijo:

—Interesante.

—¿Ves? Piensas que estoy loca.

—¿He dicho yo eso?

—No hace falta. Recuerdo tu reacción cuando tía Ellen dijo que había visto un fantasma.

—Bueno, un fantasma es una cosa, y esto, en cambio, tiene que ver con el ADN —dijo—. Y con el ADN cualquier cosa es posible. ¿Sabías que ahora lo emplean en genealogía para detectar linajes específicos? Si analizaran la sangre de Ross McClelland y la mía, mostraríamos los mismos marcadores en nuestro ADN, porque los dos descendemos del mismo hombre.

—Del padre de David John McClelland —dije, pensativa.

—Así es. De Hugh. Tuvo dos hijos, David John y William, pero murió cuando ambos eran jóvenes, y los dos acabaron en Irlanda del

Norte. Supongo que los enviaron allí para que los educaran sus familiares. Los presbiterianos escoceses se habían establecido en el Ulster por entonces, pero aún les gustaba enviar a sus hijos a Escocia para que buscaran esposa, y es probable que este fuera el motivo de que nuestros McClelland regresaran a Kirkcudbright. William conoció allí a su esposa y jamás volvió a Irlanda. Y David encontró a Sophia.

Si yo no respondí inmediatamente fue porque no quería que me recordaran que Sophia no había acabado con Moray. Estaba tan absorta en su amor, que no quería para ellos ningún final que no fuera feliz.

—Es una lástima —dijo mi padre, no del todo en serio— que no hayas heredado los recuerdos de David. Me habría gustado averiguar algo acerca de sus primeros años en Irlanda, antes de casarse. La Biblia de la familia arranca con esa boda.

—Me lo imaginaba —dije, reaccionando más al tono de su voz que al contenido de sus palabras.

—¿Qué?

—No me crees, ¿verdad?

—Querida, no importa si te creo o no. Lo importante es que no soy capaz de ofrecer ninguna otra explicación a cómo has conseguido obtener, no se sabe de dónde, todos esos nombres y fechas que me has dado; así que imagino que esa teoría tuya de la memoria genética tiene tanto sentido como cualquier otra.

—Bueno, te lo agradezco.

—Reconozco que esperaba que hubieras encontrado un libro o algo por el estilo.

—Lamento haberte decepcionado.

—No me has decepcionado —replicó—. Me has permitido retroceder dos generaciones más en la genealogía de los Paterson. Y, como te he dicho, mantendré una mentalidad abierta.

Conocía lo bastante a mi padre para saber que cumpliría su promesa y que, si le comunicaba otros detalles de la vida de Sophia «recordados» por mí, buscaría pruebas documentales de ellos, como

habría hecho en el caso de estar obteniendo yo información en algún libro.

Pero preferí no decirle, de momento, que podría ser que el enlace de Sophia con nuestro McClelland no hubiera sido su primer matrimonio; que tres años antes se había casado, uniendo las manos, con un joven teniente coronel al servicio del rey de Francia.

Este era un dato que deseaba retener para mí algún tiempo más.

No había nada, en cualquier caso, que mi padre pudiera encontrar para verificarlo y, aunque lo hubiera, algo en mi interior me pedía que mantuviera el secreto de Sophia, como lo había guardado ella tantos años atrás.

Por eso obedecí a mi instinto, aun sabiendo que era irracional. Yo ya había escrito la escena y, cuando el libro se publicara, habría otras personas que la leerían y el secreto desaparecería. Pero durante aquel corto espacio de tiempo me sentía responsable ante Moray y ante Sophia de proteger aquella hora de felicidad, de ayudarlos a prolongarla un poco más; aunque sabía que, al igual que la arena de la playa que se escapaba entre los dedos de Sophia, iba a ser imposible retenerla.

X

Era, pensó Sophia, como esperar la caída del hacha del verdugo.

Había pasado solo un día desde que el coronel Hooke había vuelto al refugio seguro de Slains, aunque con el aspecto cansado y enfermo de alguien que había pasado días enteros a caballo recorriendo las casas de los nobles escoceses. Y esa misma mañana, poco después del amanecer, la *Héroïne*, la fragata francesa

del señor de Ligondez, reapareció navegando a toda vela frente a la costa, tras haber respetado rigurosamente las instrucciones de permanecer tres semanas en alta mar.

A Sophia, el corazón le pesaba como una piedra dentro del pecho. No podía mirar a Moray, sentado como de costumbre enfrente de ella a la mesa del comedor, porque no quería que él se diera cuenta de la terrible turbación que sentía. Afortunadamente, se dijo, todos los demás estaban tan absortos en la conversación que no cayeron en la cuenta de que ella no mostraba ningún interés por los exquisitos manjares que la señora Grant había preparado: ostras, carnero y aves en su salsa, una espléndida mezcla de olores que normalmente abrían su apetito, pero que en esta ocasión ni siquiera conseguían tentarla. Removiendo con desgana la carne en el plato, escuchaba en silencio mientras el conde de Erroll interrogaba a Hooke a propósito de sus entrevistas con los otros nobles.

—Casi todos —decía Hooke— han estampado su firma en un memorial por el que prometen al rey Jacobo sus espadas y su lealtad, y plantean sus necesidades de armas y de hombres para proteger a su majestad cuando desembarque. Si firmáis por vos y por aquellos otros que os han dado licencia para firmar por ellos, será un honor llevar este documento conmigo a Saint-Germain y entregárselo personalmente al rey.

El conde, reclinado en su asiento, miró pensativamente a Hooke.

—¿Quién no lo ha firmado? —preguntó.

—¿Perdón?

—Habéis dicho que lo han firmado «casi todos». ¿Quiénes optaron por no poner su nombre al pie del documento?

—Ah... —Hooke buscó en su memoria—. Tan solo dos. El duque de Gordon y el conde de Breadalbane, aunque ambos me prometieron su apoyo. El duque de Gordon dijo que su conciencia no le permitía firmar un documento que pide el regreso del rey Jacobo a Escocia pero que pone su vida en peligro.

El joven conde miró a través de la mesa al lugar donde se sentaba Moray y, con voz tranquila e impasible, le recordó a Hooke:

—Conozco a muchos en este país que arriesgan lo mismo por un provecho mucho menor.

Hooke asintió.

—Y yo soy muy consciente de ello. No he hecho más que repetiros las palabras del duque de Gordon. Pero mi opinión es que ni él ni Breadalbane firmarán, más por no arriesgarse que porque les preocupe la seguridad del rey.

El conde se encogió de hombros.

—Breadalbane ha logrado conservar la cabeza y la salud a lo largo de ochenta años, y no dudo que en todo ese tiempo habrá aprendido a ser lo suficientemente prudente como para no poner su nombre en algo que no sea su propia correspondencia.

—Puede que estéis en lo cierto —dijo Hooke, dirigiendo al conde una mirada cautelosa—. ¿Compartís vos su carácter precavido?

—Si lo hiciera —replicó el conde—, vos no estaríais aquí, ni habría ahora un barco francés anclado bajo mi castillo. ¿Creéis, sinceramente, que, en estos tiempos que corren, nadie le ha hablado a la reina Ana de nuestra implicación en alguna conjura? Estoy seguro de que ella conoce o sospecha nuestra actitud, y solo mi posición impide que sean confiscadas nuestras tierras. Sin embargo, en los últimos años, mi madre y mi padre,

que en paz descanse, y yo mismo ahora, lo hemos arriesgado todo para ayudar a nuestro rey.

—Y a mí me consta que el rey os está agradecido por ello —se apresuró a decir Hooke, como si pensara que había presionado al joven con excesiva firmeza.

Sophia pensó que era cierto. De no ser por la condesa y su hijo, al rey Jacobo le habría resultado más difícil enviar a sus agentes a Escocia para incitar a la rebelión. En Slains se les acogía y se les prestaba ayuda. La condesa había hecho venir, para consuelo de Hooke, a un viejo sacerdote católico que aún podía celebrar misa. Durante mucho tiempo, Sophia se había preocupado por Moray y por lo que podría ocurrirle en caso de ser apresado. Pero hasta entonces no se había parado a pensar en lo mucho que sufrirían el conde y su madre si eran declarados culpables de alta traición.

Se dijo que tendrían que pagar con algo más que con sus tierras. Una noble cuna jamás había sido una protección contra el riesgo de ir a parar de repente a prisión; simplemente hacía más dura la caída.

Desde la cabecera de la mesa, el conde se dirigió a Hooke:

—Leeré vuestro memorial y, si apruebo sus términos, lo suscribiré, pero solo por mí y por los que confían en mí. —Dicho lo cual, volvió a la comida, ensartando con la punta de su cuchillo una tajada de cordero asado. Como de pasada, añadió—: Confieso que me ha sorprendido que hayáis logrado convencer al duque de Hamilton para que firmara.

Hooke hizo una pausa. Su seguridad en sí mismo se tambaleó levemente, y aunque solo fue un instante bastó para que Sophia captara aquella vacilación. Después, sus rasgos se serenaron de nuevo y dijo:

—Cuando hablé de esos dos señores que no quisieron firmar, me refería a aquellos a quienes conocí y con los que tuve la oportunidad de entrevistarme. Lamento que el duque de Hamilton no se encontrara bien de salud para recibirme.

—Entonces, ¿no ha firmado? —preguntó el conde.

—No.

—Ya veo. En fin —comentó el conde sonriendo—, no cabía esperar otra cosa. —Ensartó otra tajada de cordero —. ¿Os ha dicho mi madre que hemos recibido una carta del amigo del duque, el señor Hall?

Hooke miró a la condesa, sorprendido:

—¿Ya os ha escrito?

—Tenéis que disculparme —dijo la condesa—. La recibimos anoche, mientras dormíais. Y con la llegada del señor de Ligondez esta mañana, había olvidado decíroslo. Pero, sí. El señor Hall escribió para pedirme un favor: que os diga que, por orden del duque, va a venir al norte para proseguir las negociaciones con vos; que confía en que no partáis antes de su llegada y que no concluyáis ningún acuerdo con el resto de los nuestros, porque está seguro de que os satisfarán las propuestas que os traerá.

—Excelente. —Los ojos de Hooke revelaban su interés. Tras pensar unos momentos, se dirigió al señor de Ligondez—: Me pregunto, capitán, si podríais seguir navegando frente a estas costas unos días más.

Sophia pensó que para el capitán de la nave francesa debía de ser irritante presentarse en Slains para luego recibir instrucciones de zarpar de nuevo y volver unas semanas después. No lo habría censurado si enviaba a paseo a Hooke, por más que a ella no le importaría que su barco permaneciera otro mes alejado de allí. Pero

cualesquiera que fuesen los pensamientos de Ligondez, no los dejó traslucir y asintió con un escueto:

—De acuerdo.

Pronunció las palabras en inglés, lenta y cuidadosamente, como si se viera obligado a pensar cada una de ellas, aunque Sophia intuía que su conocimiento de la lengua inglesa era considerable, ya que había seguido la conversación con facilidad; se había reído con todas las ocurrencias del conde, y sus negros ojos habían expresado admiración ante los inteligentes comentarios de la condesa.

También parecía tener un gran respeto por Moray, quien en ese momento preguntó a Hooke:

—¿No creeréis que el duque os dará satisfacción ahora, cuando os ha tenido en vilo durante tanto tiempo?

—Conocí al duque de Hamilton cuando los dos éramos mucho más jóvenes y compartíamos calabozo en la Torre de Londres —dijo Hooke en su defensa—. Conozco sus defectos, creedme, pero aún soy deudor en cierta medida de aquella amistad. Si me pide que permanezca aquí unos días más para oír sus propuestas, sin duda puede contar con que lo haré.

—Tal vez el duque tema que vuestro plan tenga éxito sin él, coronel Hooke, porque pienso que el miedo es lo único que puede moverlo a dar un paso como el de enviaros al señor Hall.

Moray, en efecto, había interpretado aquella maniobra de una forma distinta, y así lo dijo:

—¿No se os ha ocurrido pensar que el duque tal vez solo pretenda retrasarnos?

—¿Con qué objeto? —preguntó Hooke.

—El conde ya lo ha dicho: no hay seguridad en estas tierras. Y muchos de los hombres que han estampado su firma en vuestro memorial lo pagarían caro si ese

documento fuera a parar a manos de la reina Ana. —Su mirada buscó la de Hooke—. Mi hermano William lo ha firmado para vos, como señor de Abercairney, ¿verdad?

—Lo ha hecho, en efecto.

—Entonces, coronel, perdonadme que no crea que el mantener vuestra amistad con el duque valga lo que la vida de mi hermano. O la mía.

Hubo una pausa, durante la cual pareció que Hooke meditaba las palabras de su interlocutor.

—Me hago cargo de vuestra actitud, pero debo actuar conforme a mi conciencia. Esperaremos al señor Hall unos días más —dijo finalmente.

Aquello supuso un alivio para Sophia, aunque quedó atenuado por la certeza de que se trataba tan solo de algo temporal; unos pocos días para ensartar como cuentas de vidrio en la frágil sarta de recuerdos que serían el único gozo que le quedaría cuando él se hubiera ido. Porque sabía que, al final, el hacha caería, y no se presentaría ningún jinete portador de un último perdón capaz de aliviarla del dolor del suplicio.

John no la llevaría con él.

Se lo había pedido en un momento de locura mientras se hallaban los dos en el lecho la noche anterior, sabedores de que el regreso de Hooke significaba que se les agotaba el tiempo. Había estado un rato observándolo, intentando apasionadamente grabar en su memoria los rasgos de él, la imagen de su cabeza sobre la almohada, con los cabellos cortos, que sin duda se rizarían de forma natural si los dejaba crecer, pero no rapados con el sentido práctico del soldado que los llevaba así bajo la peluca. Ahora conocía la sensación de pasar los dedos por aquellos cabellos oscuros, y la de reseguir la línea dura de su mejilla, y la forma como descansaban sus pestañas en aquella

misma mejilla en los instantes de silencio cuando, agotado tras amarla, se tumbaba a su lado como un muchacho y respiraba acompasadamente, como si durmiera.

Pero no dormía. Con los ojos cerrados, y con una voz que era apenas un murmullo en la almohada, le preguntó:

—¿Qué miras?

—Te miro a ti.

—Suponía que en los últimos días habías visto más de mí de lo que debería haber visto una muchacha. —Entreabrió los ojos con una perezosa sonrisa—. ¿Tienes miedo de olvidar cómo soy?

Ella no podía responder en el mismo tono ligero. Rodando sobre su espalda, se fijó en una pequeña grieta que se había extendido por el techo como un desgarrón en una tela.

—John...

—¿Sí?

—¿Por qué no me has pedido nunca que te acompañe?

—Muchacha...

—Yo no tengo raíces en Slains. Apenas acabo de llegar aquí, y nadie me echaría mucho de menos si me fuera.

—No puedo llevarte conmigo.

Sophia podía sentir cómo empezaba a abrirse también una grieta en su corazón, igual que la que afeaba el techo. Moray alargó una mano para tocarle el pelo y volver su rostro hacia él.

—Mírame —le pidió y, cuando lo hubo hecho, dijo en voz baja—: No querría llevarte a Francia, o a Flandes, a un campo de batalla. Esa no es vida para la mujer que amo. —Ella sentía en la piel el calor suave de su tacto—.

Antes de que concluya este año, el rey pisará de nuevo suelo escocés, y yo estaré aquí con él; recuperará su corona y entonces, tú y yo tendremos la oportunidad de comenzar una vida juntos. No en Francia —dijo—, sino aquí, en casa, en Escocia. ¿Querrás aguardar hasta entonces?

¿Qué otra cosa podía hacer ella sino asentir y dejar que la besara? Porque, cuando la tenía entre sus brazos parecía que el mundo estaba muy lejos de ellos y que nada podía inmiscuirse en su sueño.

Habría dado cualquier cosa por tener esa misma sensación en ese momento.

En la mesa la conversación se centró en la guerra en el continente, en cómo le iban en ella las cosas a Francia y en la noticia, recientemente llegada de la otra orilla del mar, de que se había producido en Almansa una batalla decisiva para las fuerzas francesas y españolas.

—Fue obra del duque de Berwick —observó Hooke con admiración.

Todo el mundo admiraba al duque de Berwick. Era hermanastro del joven rey Jacobo, nacido del padre de ambos y de la amante de este, Arabella Churchill. Aunque debido a que era bastardo se le había negado cualquier pretensión al trono, por su valor y su inteligencia se había convertido en el mejor defensor de su hermano menor y, con ello, se había ganado el amor y el respeto de todos los escoceses.

El conde de Erroll asintió.

—¿Sabéis ya que nuestros nobles desean que el duque de Berwick tome el mando de las operaciones para conseguir la restauración del rey Jacobo?

—Es algo ya conocido en Saint-Germain —dijo Hooke —, y algunos de los jefes de las familias de aquí me lo han mencionado de nuevo cuando nos hemos visto.

—Él es la única elección posible. El rey tiene que comprenderlo —dijo la condesa.

—Y yo no tengo ninguna duda de que el rey lo elegirá para ello, si es a él a quien corresponde decidirlo —afirmó Hooke.

La condesa sonrió. Sophia sabía que cuando la condesa sonreía de aquella manera, lo hacía para ocultar su pensamiento a aquellos a quienes planteaba una pregunta.

—¿Y a quién, si no, iba a corresponderle elegir? —preguntó.

Hooke se encogió de hombros.

—El rey de Francia tendrá algo que decir al respecto, si tiene que proporcionarnos las armas, los barcos y el dinero necesarios para nuestro éxito.

—Ya veo. —La condesa, sonriendo aún, inquirió—: Y, decidme, coronel, ¿os parece que el rey de Francia desea que tengamos éxito?

No era la primera vez que Sophia veía que los ojos grises de Moray se fijaban silenciosamente en la condesa con expresión de profundo respeto. Después, todavía en silencio, volvió a clavarlos en el rostro del irlandés.

Hooke se mostró sorprendido.

—¡Pues claro que sí, condesa! ¿Por qué no habría de desearlo?

—Porque serviría igualmente a sus propósitos que se extendiera por Inglaterra el rumor de que planeamos el regreso del rey, ya que, en semejante caso, los ingleses harían volver del continente parte de sus tropas para protegerse, con lo que al rey de Francia le resultaría bastante más fácil combatir en el continente contra unas fuerzas inglesas debilitadas. No necesita intervenir en nuestra guerra; le basta con que lo insinuemos.

La condesa concluyó su observación ensartando limpiamente un trozo de ave, como si hubiese estado hablando de una trivialidad y no haciendo un análisis de la política exterior de Francia.

El conde intervino, con un tono divertido en su voz.

—Madre...

Pero ella prosiguió:

—Bien, ya iba siendo hora de que alguien se expresara con franqueza en esta mesa —fue su serena defensa—. Olvidáis que mi hermano es el canciller del joven rey y que estoy al tanto de que en la corte francesa hay personas que, por diversos intereses, desearían que esta empresa fracasara. No podemos pensar que es mera casualidad que en esta ocasión nos hayan enviado al señor Moray, cuando su captura habría podido acarrear el fracaso de todo. Pero hemos de dar gracias a Dios de que el señor Moray haya tenido la habilidad de reconocer cuándo le están tendiendo una trampa. —Al llegar a este punto, sus ojos se fijaron en el rostro de Hooke, con una paciencia que podía calificarse de maternal—. No todos los hombres tienen la misma perspicacia en estos asuntos.

El conde se adelantó de nuevo como si fuera a decir algo, pero ella lo detuvo con la mano.

—Un momento, Charles. Antes de que pongas tu firma en este memorial, arriesgando todavía más tu cabeza y la mía, querría preguntarle al coronel si, en su opinión, está convencido de que el rey de Francia respetará sus términos y hará que nuestro joven rey sea devuelto sano y salvo a nuestras costas.

Hasta el mismo señor de Ligondez volvió la cabeza para mirar a Hooke y aguardó a que respondiera. Hooke reflexionó unos momentos, y dio la impresión de escoger con sumo cuidado sus palabras.

—No puedo haceros ninguna promesa, condesa. Solo puedo deciros lo que he observado y lo que siento dentro de mi corazón. El rey de Francia ha educado al joven Jacobo junto con sus propios hijos, y le quiere como a uno de ellos. No creo que, por intereses políticos, fuera capaz de poner en peligro la vida del joven rey.

—Pero ¿arriesgaría las nuestras? —preguntó la condesa.

—No lo sé.

A Sophia le pareció una respuesta sincera. Pudo verlo en los ojos de Hooke, que no intentaban ya seducir sino que mostraban las dudas que se reflejaban en todos los que estaban sentados alrededor de la mesa.

—Solo sé que si no aprovechamos esta oportunidad, si no lo intentamos ahora, pasará y tal vez nunca vuelva a presentarse otra —prosiguió el coronel—. No creo que vuestro Roberto Bruce estuviera seguro de vencer cuando pisó el campo de batalla de Bannockburn; pero, aun así, lo pisó. Y eso es lo que debemos hacer nosotros.

Sophia sabía lo que quería dar a entender con aquellas palabras: que el camino seguro rara vez lleva a la victoria.

Ella pensó lo mismo el día que aceptó por primera vez la invitación de Moray para montar a caballo. Sabía que estaba eligiendo un camino no transitado, que no le prometía ninguna seguridad, pero lo había tomado y su vida había cambiado para siempre. No cabía la posibilidad de retroceder.

Notó una oleada de calor en su rostro y supo que él la estaba observando, por lo que alzó valientemente la barbilla, encontró la firme luz de sus ojos y sacó nuevo valor para seguir ardiendo por sí sola.

De nuevo se dijo que no había marcha atrás; aunque, como todos los demás de la mesa que elegirían el

camino aún no andado y seguirían al joven rey Jacobo, no era capaz de ver, siguiendo con la vista el sinuoso camino, adónde conducía.

El señor Hall se presentó dos días más tarde.

Estuvo encerrado algún tiempo con el coronel Hooke y después partió; solo se detuvo el tiempo necesario para presentar sus respetos a la condesa, que estaba leyendo con Sophia cerca de la luz que entraba por los ventanales del salón.

—Os quedaréis sin duda a comer, ¿verdad? —le preguntó.

—Perdonadme, pero me es imposible. Debo regresar tan pronto como pueda.

La condesa arqueó las cejas.

—Entonces, permitid al menos que mi cocinera os prepare algo para comer. Apenas tardará unos minutos, y estoy segura de que el duque no lo tomará a mal. —Llamó a Kirsty y, una vez dadas las instrucciones, rogó al clérigo que se sentara—. He estado leyendo a la señorita Paterson unas páginas del excelente relato que escribió el señor Defoe acerca del huracán que asoló Inglaterra hace unos pocos años. Llevaba una vida muy tranquila antes de venir a vivir con nosotros, y no había oído hablar con detalle de semejantes sucesos.

El señor Hall asintió.

—Sí —dijo—, fue el castigo de Dios a un pueblo pecador que ha rechazado a su rey legítimo y no quiere ver lo equivocado que está.

La condesa lo miró y, al alzar la vista, Sophia distinguió una nota de humor en sus ojos.

—Pero, mi buen señor Hall, vos no podéis pensar que Dios enviaría un viento tan terrible contra un país en

castigo por sus pecados. A fe mía que, si así fuera, el mundo entero se vería tan asolado por huracanes, que no habría casa que los resistiera, porque ninguno de nosotros está libre de culpa. No fueron los ingleses quienes vendieron la independencia de Escocia en nuestro Parlamento. —Sonrió para suavizar la alusión al voto del duque—. Aun así, si Dios nos enviara un viento tan poderoso, siempre podríamos esperar que soplara de popa en las velas de nuestro joven rey Jacobo, para traérnoslo cuanto antes. —Se fijó en el libro que tenía en la mano y comentó—: El señor Defoe es un excelente escritor. ¿Habéis tenido ocasión de conocerlo en Edimburgo?

—¿Daniel Defoe? Sí. He coincidido con él algunas veces —respondió el señor Hall—. Pero confieso que no es una persona que me agrade. Es astuto y observador. Demasiado observador, en mi opinión.

La condesa comprendió el sentido de lo que quería dar a entender.

—¿Creéis que es un espía? —preguntó.

—He oído decir que debe mucho dinero al gobierno de la reina Ana, y que no es de fiar. El duque comparte mi opinión acerca de él.

—No me cabe duda —dijo la condesa cerrando el libro y dejándolo a un lado—. Tal vez el duque encontrará la forma de avisarme si se entera de que hay otros espiando para la reina, para que pueda tomar precauciones de no recibirlos en Slains.

Sophia contuvo la respiración un momento, porque estaba segura de que, a juzgar por el suave tono de reto de las palabras de la condesa, el señor Hall no podía engañarse acerca de la opinión que la condesa tenía de su amo y de parte de quién se hallaban sus lealtades.

Pero dio la impresión de que el señor Hall no se daba por enterado.

—Se lo diré de vuestra parte, señora —prometió.

La condesa respondió con una sonrisa, como si fuera incapaz de discutir con un hombre tan sumamente amable.

—Os quedaría enormemente agradecida.

La conversación acabó en este punto porque reapareció Kirsty llevando un paquete con la excelente comida preparada por la señora Grant: fiambres y dulces, junto con cerveza, para que estuviera bien alimentado durante el viaje.

Salieron al patio para despedirlo, como hicieron también el conde y el coronel Hooke, e incluso Moray, que se mantuvo en segundo término. Hugo, el mastín, que se había acercado a él esperando recibir algunas muestras de afecto, se puso a dar vueltas a su alrededor y a ladrar para incitarlo a jugar, pero Moray solo le dio alguna caricia distraída. Tras observar cómo se perdían de vista el señor Hall y su montura, giró sobre sus talones y se despidió con un par de palabras; luego, dirigió una velada mirada de soslayo a Sophia que, como sabía ella, era su invitación tácita a seguirlo.

Hugo ayudó en ello. Estaba dando vueltas aún y la condesa, compadeciéndose de él, comentó:

—¡Pobre Hugo! Cada vez que el joven Rory está fuera, se siente abandonado.

No solo Hugo, pensó Sophia. También Kirsty había estado inquieta los dos últimos días, ya que habían enviado a Rory a entregar un mensaje a todos los nobles por quienes el conde de Erroll acababa de estampar su nombre en el memorial de Hooke, para darles cuenta de la conclusión del asunto. Pero, por lo menos Kirsty tenía

un trabajo en el que ocuparse y a Sophia para conversar con ella. El mastín se sentía perdido sin Rory.

—¿Os parece que lo saque a dar un paseo? —se ofreció Sophia a la condesa, en una súbita inspiración—. A él le gustará, y no iremos lejos.

La condesa dio su consentimiento y, tras ir a buscar a los establos la correa de Hugo, Sophia salió con el perrazo a su lado, poniendo cuidado en tomar otra dirección de la que había seguido Moray.

—Y ahora, Hugo —le dijo al mastín—, pórtate bien o me meterás en un apuro.

Pero Hugo, feliz por contar con compañía humana, parecía de lo más dispuesto a ir a donde ella quisiera llevarlo. Cuando por fin llegaron a la playa y descubrió a Moray, que estaba sentado entre las dunas esperándolos, la alegría del mastín se desbordó. Con un estallido de demostraciones de júbilo y meneando la cola se echó cuan largo era en la arena entre gruñidos de satisfacción y rodando para recibir caricias.

—¡Largo de aquí, bestia loca! —espetó Moray mientras rascaba su macizo corpachón—. A mí no me engañas. Me desgarrarías el cuerpo de parte a parte si alguien te lo ordenara, y no derramarías ni una sola lágrima.

Sophia tomó asiento junto a los dos.

—Hugo jamás te haría daño —dijo—. Le gustas.

—Eso no tiene nada que ver con los gustos. Es un soldado, como yo. Obedece órdenes.

Miró hacia el mar, y Sophia no le preguntó cuáles eran sus órdenes. Sabía que, una vez partido el señor Hall, no había ninguna razón para que el coronel Hooke se quedara más tiempo en Slains y que, en cuanto regresara el barco francés, zarparía llevándose a Hooke y a Moray a bordo.

Pero sin duda John no la había hecho ir allí para decirle lo que ya sabía, y Sophia lo conocía lo suficiente para darse cuenta de que había otra cosa que pesaba sobre su espíritu.

—¿Qué ocurre, John? ¿Te preocupan las propuestas que ha traído el señor Hall?

Aquella pregunta pareció procurarle cierta cínica diversión.

—Las propuestas del duque de Hamilton no eran más que un derroche de tinta y papel, y él lo sabía cuando las redactó. Eso es lo que me ha inquietado —contestó.

—¿Aún piensas que lo único que pretendía era demorar vuestra partida?

—Sí, tal vez. Pero hay algo más. No me cabe duda de que el duque se ha dejado conquistar por la corte de Londres y de que trata de jugar con nosotros como si fuéramos un mazo de cartas, pero no logro descubrir aún cuáles son sus triunfos y las reglas del juego. —La frustración que le producía semejante desconocimiento se plasmaba claramente en su rostro—. Sabe demasiado de nuestros planes, pero también es consciente de que no lo sabe todo; y me temo que eso pueda llevarlo a una nueva traición. Tienes que ser prudente, muchacha. Si se presenta aquí, vigila tus palabras y esconde tus sentimientos. Jamás debe saber que eres mía —insistió.

El fuerte y profundo tono protector con que pronunció aquella advertencia confortó el espíritu de la joven, aunque sus palabras le erizaron la piel; le parecieron más escalofriantes que la fuerte brisa del mar. No había pensado que hubiera ningún peligro para ella, aparte de él mismo. Pero tenía razón. Si se supiera que era la mujer de Moray, se convertiría en una valiosa presa para los hombres que desearan capturarlo.

Él sostuvo su mirada.

—No querría que sufrieras por mi culpa.

—Te prometo que iré con cuidado.

Satisfecho con aquella promesa, dio una nueva palmada al mastín tumbado a su lado y, en tono más distendido, añadió:

—Tenía pensado pedirte que mientras yo esté ausente no te alejes mucho de Slains sin ir acompañada de esta fiera pero, pensándolo mejor, creo que no te sería de mucha ayuda.

Sophia no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Pero si antes dijiste que no dudabas que te mataría si se lo ordenaran!

—Sí, pero míralo ahora. —Zarandeó al perezoso perro para demostrárselo—. Apenas se da cuenta de nada.

—Eso es porque confía en ti —dijo Sophia— y sabe que estoy a salvo. Pero si algo me amenazara realmente, sería el primero en protegerme.

—El primero, no —la corrigió Moray.

Miró a lo lejos de nuevo, hacia la línea del horizonte. La joven, también en silencio, siguió su mirada hacia allí y encontró cierta paz observando la rápida sucesión de nubes que, como pequeños copos blancos, danzaban libre y despreocupadamente por encima del agua compitiendo en velocidad y cambiando o reteniendo a capricho sus formas cuando se alcanzaban las unas a las otras.

De repente, atrajo su atención otra nube que parecía más estable y constante que las demás; aunque, al moverse, vio que no se trataba de una nube.

—John...

—Sí —respondió él—. Ya lo veo.

Hugo notó un cambio en el tono de Moray, y se desentumeció para ponerse sobre sus patas, con la nariz en alto para husmear el viento; el mismo viento que impulsaba ahora hacia ellos aquellas blancas velas hinchadas.

—Vamos —dijo Moray, ya de pie y ofreciéndole la mano—. Será mejor que regresemos.

Su voz sonó entrecortada, como si no quisiera perder ni un instante y temiera que, al llegar el momento en el que debía partir, a ella le decepcionara la reacción de él al avistar el barco.

—Había esperado que no te mostrases tan complacido al ver el regreso del señor de Ligondez —se quejó Sophia, dolida—. ¿Tantas ganas tienes de alejarte de mí?

La mirada de Moray estaba concentrada en la lejana nave, pero volvió a los ojos de la joven con paciente ternura.

—Sabes que no es así. Pero ese —añadió señalando el mar y las velas que se acercaban velozmente— no es el barco del señor de Ligondez.

La nave estaba demasiado lejos aún para que ella pudiera ver la bandera, pero se fio lo bastante de los ojos de Moray como para ponerse en pie de inmediato, tomar la mano que él le estaba ofreciendo, sintiendo lo que un zorro debía de sentir cuando huía delante de los perros, y seguirlo con Hugo por el sendero que ascendía a la colina por encima de la playa.

—Me pregunto por qué vuestro capitán Gordon no baja a tierra a visitarnos —comentó el conde de Erroll a su madre.

Al igual que él, estaba de pie frente a la ventana del salón, con las manos a la espalda y el ceño levemente fruncido mientras miraba con consternación el barco anclado frente a la costa.

—No lo sé —respondió la condesa con voz tranquila —. ¿Cuánto tiempo lleva allí, desde que apareció?

—Una hora, creo.

—Es muy extraño.

A Sophia no le gustaba la tensión que se notaba en la estancia. No la ayudaba en absoluto que Moray hubiera optado por permanecer tan cerca detrás de su silla; se le hacía del todo imposible no sentir la inquieta energía que brotaba en su interior, solo contenida por su fuerza de voluntad.

El coronel Hooke había renunciado a seguir de pie y se había sentado al lado de Sophia en un sillón con respaldo de mimbre, con el rostro marcado aún por las huellas de la enfermedad que lo había aquejado durante su viaje y que ahora sin duda empeoraría con la travesía por mar. Su humor había cambiado desde la entrevista mantenida con el señor Hall; parecía menos paciente y tenía el aspecto de una persona que ha sufrido una amarga decepción.

El nuevo giro de los acontecimientos, con la aparición no se sabía de dónde del barco del capitán Gordon armado con sus grandes cañones y sus cuarenta y tantos soldados para recalar entre Slains y las aguas abiertas del mar del Norte, no hacía más que agravar la ya herida susceptibilidad de Hooke y ponerlo al borde de un estallido.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. ¿No podríamos enviarle un bote nosotros mismos y preguntarle qué es lo que pretende?

La condesa se volvió y, en comparación con la impaciencia de Hooke, pareció más tranquila.

—Podríamos, pero hasta ahora jamás he tenido motivos para dudar de la lealtad del capitán. Si se mantiene lejos, estoy segura de que tendrá sus razones para hacerlo; un error por nuestra parte podría tener graves consecuencias.

Su hijo asintió.

—Lo más prudente es esperar.

—¡Esperar! —repitió Hooke, malhumorado—. ¿A qué? ¿A que lleguen soldados por tierra y nos atrapen aquí como pichones en un palomar, sin ninguna ventana por la que escapar volando?

La voz de Moray, por detrás de Sophia, sonaba serena.

—Si nos atraparan, no sería culpa de nuestros anfitriones —dijo, como si quisiera recordarle a Hooke sus modales—. Ellos no han tenido la culpa de que nos hayamos quedado en Slains unos días más de lo convenido. Os recuerdo que fue elección vuestra y haríais bien en tenerlo presente y responsabilizaros de ello, en lugar de intentar imputar la carga y las culpas a quienes tan solo nos han demostrado bondad.

A Sophia le pareció que aquel era uno de los parlamentos más largos que le había oído pronunciar ante otros; todos se mostraron sorprendidos por sus palabras. Pero había dado en el clavo y Hooke, escarmentado, asintió:

—Tenéis razón. —Disipada la ira de sus ojos, se volvió hacia el conde y añadió—: Os ruego me disculpéis.

El conde aceptó sus excusas y dirigió una mirada de agradecimiento a Moray antes de acercarse una vez más hacia el ventanal y a la vista que le ofrecía del mar.

Observó con atención un momento y después Sophia vio que fruncía el entrecejo.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó.

La condesa, que estaba a su lado, respondió:

—Se van.

Hooke se incorporó en su asiento.

—¿Y eso? —Saltó de él y fue a mirar personalmente —. ¡Santo Dios! Es cierto. ¡Están izando las velas!

Todos vieron cómo desplegaban las velas blancas y estas se hinchaban enseguida con el viento; el barco comenzó a alejarse de la orilla mientras sobre el inclinado puente se movían los hombres que se afanaban en fijar el rumbo. Sophia no logró distinguir entre ellos la casaca azul del capitán Gordon.

Moray fue el primero que vio el segundo barco, que apareció rodeando el promontorio del sur. Era otra fragata.

—Apuesto a que será la del capitán Hamilton, el colega del que nos habló el capitán Gordon la última vez que estuvo aquí —aventuró la condesa.

Sophia recordaba los temores que había expresado Gordon acerca de su joven compañero: dado que navegaba tan a menudo detrás de él, no tardaría en encontrar sospechosa la presencia demasiado frecuente de naves francesas delante de Slains, lo cual podría ser un problema.

—El capitán Hamilton —dijo la condesa, más relajada ahora— no simpatiza con los jacobitas. Esa es la explicación de que el capitán Gordon no haya bajado a tierra.

La segunda fragata pasó frente al castillo. Enarbolaba la enseña de la nueva armada británica unida, brillando en el cielo, y siguió rauda la estela del barco de Gordon. Era menor que este, pero para Sophia

tenía el aspecto de un depredador, por lo que se alegró de perderla de vista.

El conde de Erroll fue el primero que se apartó del ventanal.

—Por lo menos —dijo— ahora sabemos dónde están las fragatas y probablemente pasarán unos días antes de que regresen. El señor de Ligondez debería tener ahora más despejado el camino.

Aquello, sin duda, complacía a los demás, pero Sophia, que seguía de pie frente al ventanal, no encontró ningún consuelo en aquella certeza; el resplandor del sol sobre las aguas hería sus ojos.

Una mano sobre su hombro la despertó.

—¡Sophia! —La voz de la condesa repitió junto a su oído—: ¡Sophia!

Abrió los ojos pestañeando, confusa unos instantes, aunque su primer movimiento, una vez se desperezó, fue mirar a su lado, como si de repente recordara; pero Moray no estaba allí y la almohada apenas mostraba una huella en el lugar donde había estado apoyado. Hizo un esfuerzo para incorporarse y se encontró sentada entre un lío de mantas.

Hacía poco que el sol había salido y sus rayos entraban aún bajos por encima del antepecho de la ventana, con una luz todavía pálida y teñida con los esplendorosos tonos del alba.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ha llegado el barco francés.

Advirtió que la condesa, a pesar de lo temprano de la hora, estaba completamente vestida y totalmente despierta. Sophia, en camisón, saltó de la cama y cruzó despacio el aposento hasta la ventana. Vio los altos

mástiles de la *Héroïne* a cierta distancia de la orilla, pero acercándose ya hacia ellos.

—Vestíos y bajad —la instó la condesa—. Desayunaremos juntos por última vez y desearemos un venturoso viaje al coronel Hooke y al señor Moray antes de que partan.

Sophia asintió y oyó cómo la condesa cerraba la puerta al salir, pero ella tenía la vista clavada en las velas del barco francés, como si con ello pudiera detenerlo.

Estaba tan absorta, que casi le pasó inadvertido otro movimiento en un extremo de su campo de visión: el de otro barco que doblaba amenazadoramente la línea de la costa como la sombra oscura de un tiburón. Era la del segundo barco británico que habían avistado el día anterior, no el del capitán Gordon, sino el navío del capitán Hamilton.

También el señor de Ligondez lo había visto, y debía de saber que no le aguardaba un recibimiento amistoso por parte de aquella nave que se aprestaba a interceptarlo. Los barcos franceses que acudían a la costa de Escocia eran considerados corsarios, ricas presas cuya captura ambicionaría un hombre como el capitán Hamilton. Conteniendo la respiración, Sophia vio cómo la proa de la *Héroïne* empezaba a virar y cómo sus velas cambiaban de forma y se agitaban en un desesperado intento de volver a atrapar el viento.

—¡Adelante! —las instó—, ¡adelante!

Pero el capitán Hamilton se acercaba. Seguramente en unos momentos tendría a la *Héroïne* al alcance de sus cañones.

Los nudillos de Sophia estaban blancos por la fuerza con la que la joven se asía al marco de la ventana, como

si de esa forma pudiera controlar el timón de la nave francesa e imprimirle mayor velocidad.

De repente pareció que a bordo de la *Héroïne* aumentaba la actividad. Se arriaron las banderas del palo mayor y del de mesana y fueron izadas nuevas y diferentes enseñas para ocupar su lugar entre las velas. Sophia reconoció la bandera de Holanda y la antigua bandera azul y blanca de Escocia. ¡La señal!, recordó de repente. ¡La señal que habían convenido el señor de Ligondez y Gordon para que los barcos pudieran identificarse el uno al otro cuando se encontraran!

Salvo que el barco que ahora apuntaba a la fragata francesa no estaba al mando del capitán Gordon.

El capitán Hamilton no se dio por enterado, aparentemente, del cambio de enseñas sino que mantuvo el rumbo para acortar la distancia que separaba a su barco de la *Héroïne*.

Y, entonces, a través de las aguas, se escuchó el estrépito retumbante de un cañonazo.

Sophia no pudo evitar un sobresalto. Sintió el impacto dentro de su pecho y, en su impotencia, su mirada buscó la nave francesa para ver los daños causados.

Para su alivio, comprobó que la *Héroïne* navegaba tan veloz como antes y no parecía haber sufrido averías. De repente apareció en el horizonte, por detrás del promontorio del norte, un tercer barco, mayor que los dos anteriores, con las grandes velas hinchadas por el viento de la mañana, poniendo rumbo hacia ellos. De nuevo se escuchó otro gran cañonazo y esta vez Sophia pudo ver que el tercer barco, el que disparaba, no lo hacía hacia el barco del señor de Ligondez, sino hacia alta mar, aparentemente sin el propósito de alcanzar a nadie.

Vio que aquel barco era, en efecto, el del capitán Gordon, pero no comprendió su proceder hasta que la nave del capitán Hamilton comenzó a virar y a cambiar a regañadientes de rumbo. Entonces lo entendió: el primer cañonazo había sido un aviso para que Hamilton renunciara a la persecución. No podía ni imaginar cómo se lo explicaría Gordon a su colega, pero sin duda encontraría alguna excusa aceptable. Su barco navegaba ahora a lo largo de la costa de Slains, lo suficientemente cerca para que Sophia pudiera ver al capitán de pie a estribor del palo mayor. Después se volvió para dar una orden a su tripulación, y el gran barco pasó por delante dejando una enorme estela de espuma blanca; siguió rumbo al sur tras la estela del capitán Hamilton, mientras ya en alta mar las blancas velas de la *Héroïne* se mecían levemente en el reflujo de las olas.

—Nos van a oír, John.

—No lo harán.

La apretó fuertemente contra el muro del huerto, ocultándola con sus hombros a los ojos de todos, mientras a su espalda y por encima de sus cabezas los cubrían las ramas de una lila cargadas de flores, que impregnaban el sombreado rincón de un olor dulce y penetrante.

A su alrededor, las últimas luces del crepúsculo se extinguían para dar paso a la oscuridad y Sophia se dio cuenta de que no podía apartar los ojos del rostro de Moray, como alguien que se queda ciego y no desea renunciar a una última mirada a las personas y cosas más amadas antes de sumirse en la noche. Pero la noche estaba cayendo ya; Sophia lo sabía. La *Héroïne* había vuelto a la caleta formada por los acantilados bajo

los muros del castillo, surcando en silencio las olas. Cuando la noche fuera cerrada, la chalupa se acercaría a la playa para llevarse a Hooke y a Moray.

Sophia no quería que Moray recordara su rostro lloroso. Por ello, se obligó a forzar una sonrisa.

—¿Y si el coronel Hooke estuviera buscándote?

—¡Pues que me busque! Tengo mis propios asuntos que atender antes de que partamos esta noche. —Le tocó suavemente los cabellos con los dedos—. ¿Crees que podría separarme de mi mujer sin un beso de despedida?

Ella sacudió la cabeza, dejó que él le tomara la barbilla hasta que su boca quedó a la altura de la suya y le devolvió el beso con toda la intensidad que le salía del alma, con un silencioso deseo imposible de contener y que se apoderaba de ella como la marea. Era consciente de que le temblaban un poco los labios, pero cuando él alzó la cabeza, la joven había superado ya aquel temblor e intentaba mostrarse valiente.

Podía haberse ahorrado el esfuerzo. Moray la estudió en silencio unos momentos con mirada solemne y luego la estrechó contra su pecho pasándole un brazo por los hombros mientras su otra mano se enredaba en los cabellos de Sophia como si intentara hacerla parte de él. Después bajó tanto la cabeza que su aliento rozó las mejillas de la joven como una bocanada de aire caliente.

—Volveré por ti —prometió.

Sophia no podía hablar, pero asintió, y la voz de él adquirió mayor determinación.

—Créeme. A menos que el diablo me cierre el camino, volveré por ti —le aseguró—. Y cuando el joven rey Jacobo recobre su corona, dejaré de ser un hombre proscrito y habrán acabado las luchas. Tendremos una casa —le prometió—, e hijos, y podrás lucir

decentemente en el dedo un anillo para que el mundo sepa que eres mía. —Retrocediendo un paso, retiró de la mejilla de la joven un rizo de sus cabellos con un seguro gesto de propiedad—. Eres mía desde el primer momento que te vi —dijo.

Era cierto, pero Sophia no deseaba decírselo con su voz; quería que lo leyera en sus ojos.

Moray retiró la mano un instante y luego volvió a estrechar la de la joven presionando contra la suave palma de ella un pequeño objeto redondo, suave y caliente.

—Será mejor que guardes esto para que no se te ocurra dudarlo.

Sophia no necesitaba mirar para saber qué era lo que le estaba dando; sin embargo, lo levantó y lo sostuvo en alto a la luz del crepúsculo: una joya maciza con una piedra roja en el centro montada en una ancha banda de plata.

—No puedo aceptar el anillo de tu padre —protestó.

—Sí puedes —dijo John, y cerró con decisión los dedos de ella en torno al anillo—. Me lo devolverás cuando regrese y te dé en su lugar un anillo de oro. Hasta entonces quiero que lo tengas tú. Todos los que conocen a mi padre también conocen su anillo. Mientras esté ausente, si necesitas cualquier tipo de ayuda, no tienes más que mostrárselo a mi familia y ellos se ocuparán de ti. —Cuando vio que Sophia aún dudaba, añadió en tono menos serio—: En todo caso, guárdamelo. He perdido en los campos de batalla muchas más cosas de las que puedo recordar.

Ella cerró los dedos alrededor del anillo, rechazando el miedo a los muchos peligros a los que John se enfrentaría.

—¿Cuándo debes unirte a tu regimiento? —preguntó.

—En cuanto me lo ordenen. —Sus ojos se cruzaron con los de Sophia y él vio el temor en ellos—. No te inquietes, muchacha. Me he mantenido vivo hasta ahora, y eso fue mucho antes de tener conmigo la imagen de tu bello rostro para darme más motivos aún para no arriesgar demasiado la cabeza.

La joven sabía, empero, que él no haría tal cosa. No era propio de su carácter. Cuando combatía, lo hacía en cuerpo y alma, entregándose por entero, porque él era, como le había dicho en cierta ocasión la condesa, uno de esos «hombres que escogen voluntariamente la senda del peligro».

También se daba cuenta de que él solo estaba intentando aliviar un poco la carga de tristeza que pesaba sobre su corazón, y por eso fingió creerle, ya que de lo contrario lo cargaría con el peso de sus inquietudes además de las que ya llevaba sobre sus anchas espaldas.

—¿Me escribirás? —preguntó.

—No creo que fuera prudente. Además —añadió para animarla—, probablemente habré vuelto antes de que mi carta te encuentre aquí. Por eso quiero dejarte esta. —Sacó de su chaqueta unos papeles doblados y se los entregó—. Mis hermanas me han enseñado que a una mujer le gusta tener las cosas por escrito, para que le recuerden lo que siente por ella un hombre.

Sophia se sumió por segunda vez en un aturdido silencio, al tener en su mano aquella carta, lo más valioso para ella.

—Pero quémala si registran el castillo —prosiguió John—. No querría que los hombres de la reina Ana me creyeran demasiado sensible.

Con todo, tras su expresión severa, ella seguía notando su sonrisa y estaba segura de que lo complacía

ver cómo le brillaban los ojos.

No intentó leer la nota en ese momento. La luz era demasiado tenue y sabía que tendría más necesidad de ella cuando se hubiera ido, por eso la guardó en su mano junto con el anillo, que aún conservaba el calor de su dedo. Levantó la vista.

—Pero yo no tengo nada que darte a cambio —dijo.

—Dame esto, entonces.

Los ojos de John contenían toda la negrura de la noche cuando, inclinando una vez más la cabeza, buscó con sus labios la boca de Sophia en el perfumado refugio entre las lilas adosadas al muro del huerto. Su movimiento liberó una fragante lluvia de pétalos que cayeron suavemente sobre el rostro de Sophia, sus cabellos, sus manos. Ella apenas los notó.

Cuando, finalmente, John Moray levantó la cabeza, miró a la joven y sonrió en el crepúsculo.

—¡Ahora sí que pareces una auténtica novia! —exclamó.

Sophia no lo entendió al principio, pero, al darse cuenta poco a poco de su tocado de pétalos de lila, se los sacudió de encima.

John la detuvo.

—No, no lo hagas. Es así como querría recordarte.

Permanecieron ambos de pie en el silencioso rincón del huerto. Sophia sintió que el mundo se alejaba de ellos como se retira una ola de la playa, hasta que solo quedaron ella y John, juntas sus miradas y estrechamente unidos por las fuertes manos que le comunicaban su calor y las palabras que aún quedaban sin pronunciar entre los dos, porque no había ninguna necesidad de decir nada.

Había caído la noche.

Sophia oyó el ruido de una puerta que se abría y unas pisadas que se acercaban por la grava. Después, para su pesar, se escuchó la voz del coronel Hooke llamando a Moray.

John no hizo ningún movimiento para responder. Sophia trató de nuevo de dedicarle una sonrisa y, sacando fuerzas de flaqueza, dijo:

—Debes irte.

La joven se dio cuenta de que su intento de aparentar valor no había conseguido engañarlo pero que, aun así, lo había emocionado.

—Sí —asintió Moray—. Será por poco tiempo.

Sophia mantuvo una sonrisa que luchaba por desvanecerse.

—Lo sé —dijo—. Todo irá bien. Me he acostumbrado a vivir sola.

—Pero en esta ocasión no lo estarás —replicó John con voz tan suave que pareció mecerse en la brisa que acariciaba el rostro erguido de Sophia—. Me dijiste una vez que tu corazón era mío.

—Así es.

—Y el mío es tuyo. —Colocó una mano sobre la de ella y la apoyó contra su pecho a la altura del corazón, para que ella notara sus fuertes latidos—. No viajará conmigo a través de las aguas, muchacha. Se quedará contigo. Para que jamás estés sola. —Sus dedos se enlazaron con los más finos de ella—. Y yo no estaré entero hasta mi regreso.

—Entonces, ¡vuelve pronto!

No había pretendido que su voz susurrada se quebrara con estas palabras, ni que unas súbitas lágrimas anegaran sus ojos.

Hooke llamó de nuevo, desde cierta distancia detrás de ellos, y Sophia intentó dar un paso hacia un lado para

dejarlo ir; pero Moray todavía no había puesto fin a su despedida. Esta vez, su beso fue todavía más apasionado, lleno de sentimiento. En él Sophia notó la fuerza de su pesar y de su amor por ella; cuando concluyó, ella permaneció inmóvil junto a Moray un instante más, como si fuera incapaz de abandonar sus brazos.

Se había prometido que no preguntaría nada, que no lo abrumaría con su pesar, pero las palabras salieron sin poder evitarlo.

—¡Ojalá pudiera acompañarte!

John no respondió; se limitó a estrecharla con más fuerza.

La visión de Sophia se nubló y, aunque sabía que él no cambiaría de idea, sucumbió al impulso de decir:

—En una ocasión me prometiste que caminaría por la cubierta de un barco.

—Sí —murmuró él, notando contra su mejilla la frente enfebrecida de la joven—, y lo harás. Pero este no es el barco.

El suave beso que depositó en sus cabellos tenía por objeto consolarla, pero le partió el corazón.

Los pasos de Hooke se acercaban cada vez más por la grava.

Ya no había tiempo. Sophia, en un impulso, liberó sus manos y buscó con ellas el cordón atado alrededor de su cuello del que pendía la piedrecilla negra con el agujero que había encontrado en la playa.

Ignoraba si aquella piedra, como la madre de Moray le había dicho a él en cierta ocasión, tenía la magia de proteger de todo mal al que la llevara; pero, si era cierto, Sophia no dudaba de que John iba a necesitarla mucho más que ella. Sin pronunciar palabra, la apretó fuertemente en la palma de la mano de John y se apartó

de él antes de que las lágrimas la traicionaran; huyó en silencio entre las sombras hacia la puerta de la cocina.

A su espalda oyó la voz de Hooke repitiendo otra vez el nombre de Moray, más apremiantemente. Unos momentos después sonaron los pasos fuertes de John en el sendero del huerto, y su voz, más ronca de lo habitual.

—Aquí estoy. ¿Está todo listo?

Sophia no oyó lo que siguió luego, pues entró corriendo por la puerta de la cocina, pasó en silencio por delante de la señora Grant y de Kirsty, y corrió sin detenerse hasta llegar al solaz de su aposento.

Desde su ventana, vio el rastro de la luna sobre el mar y, elevándose sobre las aguas rieladas, los altos mástiles de la *Héroïne*, que izaba ya las velas para coger viento.

Notaba en su mano el bulto pequeño y tibio del anillo de John. Lo apretaba con tanta fuerza que le lastimaba la palma y le causaba dolor, pero era un dolor por el que se sentía agradecida; podía atribuirle las lágrimas que empañaban su visión.

Era consciente de que no ganaba nada llorando. Había llorado el día que su padre, con un último abrazo, zarpó hacia costas inexploradas, y había llorado, todavía más, el día que su madre partió tras él; pero sus lágrimas no les habían deparado una travesía segura ni habían conseguido devolverlos de nuevo al hogar. Había llorado aquella horrible noche en la que se llevaron de casa a su hermana parturienta entre gritos de dolor, pero su llanto no impidió que se quedara sola.

Por eso no lloraría ahora.

Sabía que Moray tenía que irse; comprendía sus razones. Y tenía su anillo, una carta no leída aún que le recordaría su amor y, lo que era todavía más importante: su promesa de que regresaría a ella.

Pensó que con eso debería bastar. Pero, aun así, notaba detrás de sus ojos una ardiente hinchazón. Cuando todas las velas de la fragata se tensaron por el viento y se orientaron hacia Francia, y cuando el oscuro barco se abandonó a las olas del mar, Sophia parpadeó de nuevo y una lágrima traidora se abrió paso a través de la barrera de las pestañas y se deslizó despacio mejilla abajo.

Después, otra encontró el camino que la primera había tomado. Y luego otra.

Estaba en lo cierto. No servía de nada. Aunque pasó mucho tiempo de pie junto a la ventana, mirando fijamente hasta que la última de las velas hinchadas desapareció entre las estrellas, y aunque durante todo el rato sus lágrimas resbalaron en silencio por su rostro hasta caer como una amarga lluvia entre los pétalos de lilas diseminados aún en su vestido, no hubo ninguna diferencia.

Porque él se había ido, y ella estaba sola.

15

Nunca he practicado mucho la jardinería. Mi madre sí, cuando yo era niña; pero, precisamente porque era pequeña, no le prestaba atención. Había dado por sentado que en invierno no había nada que hacer en el jardín, pero cuando fui a ver al doctor Weir por la tarde, después de almorzar, lo encontré agachado entre los arbustos y ocupado con ellos.

—No la hemos visto estos últimos días —dijo—. ¿Ha estado usted fuera?

—En cierto sentido. He estado en Slains —respondí—, en el Slains de hace trescientos años. Por eso he venido, porque un par de mis personajes (hasta ahora) han mencionado en mi relato la palabra «espías».

—¡No me diga!

—A Daniel Defoe, en particular.

—Ah… —Se irguió—. Tal vez pueda ayudarla en eso. Permítame un minuto mientras coloco estos rodrigones y sujeto a ellos la lila de Elsie. Anoche hizo mucho viento.

Lo seguí, interesada, hasta un arbusto casi desnudo, más alto que los demás, que crecía en el extremo más alejado del jardín, junto a una ventana de la casa.

—¿Es eso una lila? —pregunté.

—Sí, pero no he tenido mucha suerte con ella. Debería ser casi un árbol, pero me ha salido testaruda, no quiere crecer.

La corteza parecía lisa cuando la toqué con los dedos. Sin hojas, se alzaba hasta la mitad de la altura de la que crecía en el huerto de

Slains junto al muro en el que se habían despedido Moray y Sophia. Pero, aun así, fue como si pulsara una nota de tristeza en mi espíritu.

—Nunca me ha gustado el olor de las lilas —confesé—. A menudo me he preguntado por qué. Pero ahora creo haber dado con la respuesta.

—¿Sí? —El doctor se volvió. Por detrás de sus lentes, sus ojos expresaron interés—. ¿Cuál es?

Le conté a grandes rasgos la escena que acababa de escribir.

—¡Ah! —exclamó—. Eso es muy revelador. El olfato es un poderoso mecanismo desencadenante de la memoria.

—Lo sé.

Bastaba una vaharada de tabaco de pipa para transportarme de inmediato a mi infancia y al pequeño estudio de mi abuelo donde solíamos sentarnos los dos, comíamos galletas y charlábamos de lo que a mí me parecían cosas de adultos. Había sido allí donde me habló por primera vez de la piedrecilla con un agujero en medio y de cómo me protegería si alguna vez tenía la suerte de encontrarla.

—¿Qué ha sido de él, del soldado de su novela? —preguntó el doctor Weir.

—Todavía no lo sé. Pero supongo que no debió de volver, porque tres años después de haber abandonado Slains, la Sophia real estaba de regreso en Kirkcudbright, casándose con mi antepasado —contesté.

El doctor Weir se encogió de hombros:

—Bueno, eran tiempos peligrosos. Lo más probable es que encontrara la muerte en el continente.

—Usted no cree que muriera en 1708, ¿verdad? Participando de algún modo en el intento de invasión.

—No creo que muriera nadie en esa acción de 1708 —replicó frunciendo el ceño como si hiciera memoria—. He releído mis libros para cerciorarme, pero me parece que no murió nadie en aquella intentona.

—¡Oh!

Sin duda habría sido una excelente pincelada romántica en mi trama, pero no importaba.

El doctor concluyó su trabajo, se irguió y me miró con su cara redonda y sagaz.

—Y ahora entre conmigo a tomar una taza de té, y pregúnteme todo lo que quiera saber acerca de Daniel Defoe.

Elsie Weir tenía una opinión muy clara sobre el hombre que había escrito clásicos como *Robinson Crusoe* y *Moll Flanders*.

—Un tipejo desagradable, una especie de comadreja —lo definió.

El doctor tomó una galleta de la fuente que ella le ofrecía y protestó:

—¡Elsie!

—Lo fue, Douglas. Te lo he oído decir a ti mismo.

—Sí, bueno…

El doctor se arrellanó en su butaca y dejó con cuidado la galleta en el platito de su taza de té. Las cortinas de la pared del fondo del salón estaban descorridas esa tarde para dejar que entrara la luz del sol, que me proporcionaba un agradable calorcillo en la espalda. Yo también cogí una galleta desde mi asiento frente a la larga fila de estanterías acristaladas.

—Daniel Defoe —dijo el doctor Weir— estaba haciendo lo que le parecía justo. Eso es lo que motiva a la mayoría de los espías.

Elsie tomó asiento a mi lado, sin ocultar su incredulidad.

—Hacía lo que creía que le salvaría el pellejo y le permitiría llenarse los bolsillos.

Los ojos del doctor centellearon un instante, como si encontrara divertida la terca condena que hacía su esposa a Defoe. Después, dirigiéndose a mí, observó:

—Ni siquiera se aviene a leer sus libros.

—No, no lo haré —declaró Elsie con firmeza.

—Aun cuando el pobre hombre lleve criando malvas demasiado tiempo para obtener algún beneficio de sus *royalties*. —Sonrió y me

dijo—: Defoe fue un defensor a ultranza del rey Guillermo y no simpatizaba con los jacobitas. Pero cometió el error, a comienzos del reinado de la reina Ana, de publicar un panfleto satírico que disgustó a la reina, por lo que fue detenido. Por aquel entonces estaba en bancarrota, así que cuando el ministro Robert Harley le ofreció una alternativa a la prisión y a la picota, se apresuró a aceptarla. Harley, por supuesto, era el jefe de todos los espías de la reina.

Yo conocía su nombre por mis propias lecturas.

—Harley —prosiguió el doctor Weir— vio enseguida los beneficios que se podían derivar de que una persona como Defoe escribiera su propaganda. Por el hecho de ser escritor, Defoe se hallaba en una situación privilegiada para hacer mucho por el gobierno. Poco antes de la Unión, Harley lo envió a Edimburgo para que trabajara en secreto en su favor y desacreditara a los que se oponían a ella. Como tapadera, Defoe dio a entender que escribía un libro sobre la Unión y necesitaba ayuda para sus investigaciones. Algo no muy distinto de lo que está haciendo usted misma aquí, en Cruden Bay.

«Y, al igual que yo —pensé—, Defoe debió de encontrarse con que las personas, en general, estaban encantadas de entrevistarse con un escritor y contarle lo que sabían».

—No imaginaron que fuera un espía —dijo el doctor Weir—. Pero todo cuanto le decían llegaba a oídos de Harley, en Londres. Defoe era una persona experta en averiguar cosas, en observarlas y en manipularlas. No cabe duda que influyó en que se aprobara la Unión.

—¡Una comadreja! —repitió Elsie, a la vez que dejaba con fuerza su taza de té sobre la mesa.

—¿Es posible que estuviera alguna vez en Slains? —pregunté.

—¿Defoe? —El doctor frunció el entrecejo—. No lo creo, no. Quizá sabía lo que se tramaba allí y sin duda conocía al conde de Erroll, que iba a menudo a Edimburgo, pero no he oído decir nunca que Defoe acudiera a Slains. Cierto es que había otros espías, y no solo en Escocia —añadió—. Los ingleses tenían mucho interés por lo que sucedía en la corte de Saint-Germain; contaban con una red de

espías con base en París, y algunos también en Versalles, de gente del país. Cuando pudieron, introdujeron también sus agentes en Saint-Germain. Solían ser mujeres que se acostaban con personajes de la corte y regresaban a Inglaterra con todas las noticias que podían obtener.

—Un método probado y acreditado —comentó Elsie. Su humor había mejorado ahora que habíamos dejado de hablar de Daniel Defoe.

El doctor Weir siguió reflexionando:

—En cuanto a Slains… Tendré que leer un poco más, a ver si consigo dar con los nombres de uno o dos espías que se aventuraran tan al norte.

Tras esta promesa del doctor, pasamos a charlar de otras cuestiones.

Me quedé mucho más en su casa de lo que tenía pensado. Cuando me despedí de ellos, caía ya el crepúsculo. Los grajos se estaban congregando por encima de Castle Wood, grandes bandadas de pájaros negros que daban vueltas sobre el fondo azul oscuro del cielo, emitiendo roncos graznidos. Aceleré el paso. Más adelante podía ver las acogedoras luces del Kilmarnock Arms, que desde sus ventanas iluminaban la acera. Crucé la carretera y al volverme bruscamente hacia la calle Mayor, mis ojos distinguieron las confusas formas de las dunas que se alzaban en el lado opuesto del rápido torrente.

Era una noche ventosa. Podía oír, a lo lejos, el fuerte rumor de las olas que rompían en la playa y después se retiraban, recuperando fuerzas para volver a formarse y acercarse de nuevo a la orilla en un ritmo que evocaba un castigo eterno.

Tenía efectos hipnóticos. Cuando empecé a subir por el oscuro sendero de Ward Hill, mis pasos eran casi mecánicos y tenía la mente ocupada con ensoñaciones. Aunque no todas eran placenteras. Había algo extraño en aquel camino, no persiguiéndome, sino aguardándome. Mientras trataba con todas mis

fuerzas de combatir la creciente sensación de pánico que se apoderaba de mí, de pronto, al dar un paso, encontré el vacío.

Fue como bajar de un bordillo inesperado. El suelo estaba allí, pero más abajo de lo que yo creía. Y, cuando mi pie bajó hasta él, se encontró con un profundo surco bajo la gruesa capa de hierba; perdí el equilibrio y comencé a deslizarme hacia abajo.

No había tiempo para pensar. El instinto hizo que intentara agarrarme a cualquier cosa para detener mi caída, pero me di cuenta de que había dejado el sendero y me deslizaba peligrosamente por la abrupta ladera de la colina que se precipitaba hacia el mar. Afortunadamente, una especie de barandilla de cuerda, que era lo suficientemente fuerte, interrumpió la caída. Intenté recobrar el aliento.

Sentía en el tobillo un dolor atroz, candente como el fuego. Ya del todo consciente, miré hacia arriba, al lugar de donde había caído. ¡Qué estupidez!, me dije. El sendero se veía con claridad, a pesar de la oscuridad creciente. No tenía excusa. Salvo que…

Ahora que lo pensaba, no era la primera vez que se me nublaba la percepción del peligro. La única diferencia estaba en que en anteriores ocasiones, cuando había estado a punto de salirme del sendero, siempre había tenido a alguien caminando a mi lado para devolverme a él. Esta noche, en cambio, había sido distinto. Estaba sola y absorta en mis pensamientos, sin más guía que mi subconsciente.

Durante un instante olvidé el dolor de mi tobillo y miré por la vertiginosa pendiente que se desplomaba en el mar por debajo de donde yo estaba. Me pregunté qué aspecto tendría la costa en 1708. ¿Sería posible que mis pasos estuvieran recordando un sendero distinto, siguiendo un contorno del terreno que había desaparecido hacía tiempo a causa de la lenta fuerza de la erosión del viento y el mar?

Como en respuesta a ese pensamiento, me llegó una fría ráfaga de viento que me recordó que mi caída se había producido precisamente en un lugar que siempre había hecho que me sintiera

incómoda. Por eso, cuando distinguí por encima de donde yo estaba la confusa silueta de alguien que caminaba por el sendero, mi primera reacción no fue de alivio, sino de aprensión.

Me alegró ver que la silueta se concretaba en algo más familiar, por más que inesperado. Grité lo más fuerte que pude para llamar su atención.

—¡Dios santo! —exclamó Stuart Keith. Se apresuró a bajar por la ladera con la seguridad de una cabra montesa y en unos instantes estaba agachado junto a mí—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me he caído —dije—. No es gran cosa. Solo me he torcido el tobillo. Pero necesito un poco de ayuda.

Frunció el ceño y me palpó el tobillo.

—¿Crees que te lo has roto?

Sacudí la cabeza.

—Solo es una torcedura. Tal vez un esguince.

—Bueno, será mejor que eso lo decida un médico.

—No es tan grave, de veras —insistí ante la expresión dubitativa —. Ya me rompí una vez el tobillo y sé qué se siente. Esta vez no es igual.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Si me ayudas a levantarme… —dije, tendiéndole la mano.

—¿Crees que podrás arreglártelas? Porque podría llevarte en brazos.

—Estupendo. Así rodaríamos los dos por la pendiente. — Apretando los dientes, repetí—: Puedo subir yo sola. Lo único que necesito es que me ayudes a ponerme de pie.

Hizo más que ayudarme; prácticamente tiró de mí por la ladera hasta dejarme en el sendero. Después, pasándome el brazo por los hombros, aguantó mi peso mientras yo recorría cojeando el resto del camino hasta la casa.

—Ya hemos llegado —dijo Stuart, jadeando él también por el esfuerzo de sostenerme.

Aguardó hasta que abrí la puerta; después me ayudó a cruzarla y me condujo hasta uno de los sillones.

—Gracias —le dije de corazón—. No sé qué habría hecho si no hubieses aparecido.

—Sí, un rescatador de damas en apuros. Eso es lo que soy yo. —Su sonrisa era algo más inhibida que la de Graham—. Ahora mantén el pie en alto. Voy a buscar algo para aliviarte el dolor.

Lo único que tenía en el pequeño congelador de mi nevera era una bolsa de menestra de verduras, pero resultó útil. E hizo que mi tobillo se sintiera mejor. Me recliné en el respaldo del sillón y miré a Stuart.

—Y dime, ¿cuándo has vuelto? —pregunté.

—Ahora mismo. Había pensado esperar hasta mañana para venir a verte. Ha sido una suerte que no lo haya hecho.

Sonó el timbre del teléfono.

—No —dijo Stuart—, quédate quieta. Yo te lo traeré.

Era un teléfono de sobremesa, por lo cual yo esperaba que me lo trajera antes de descolgarlo; pero no, como se trataba de Stuart, respondió a la llamada. Esperé que no fuera mi madre o, lo que hubiera sido todavía peor, mi padre, cuando le oí decir en su tono más galante:

—No, está descansando un poco. No cuelgue. Enseguida le paso el teléfono.

Y, volviendo hacia donde yo estaba, me lo tendió.

Cerré los ojos, dispuesta a lo que fuera.

—¿Diga?

La voz de Jane era seca.

—¿Quieres que llame en otro momento?

—No, claro que no.

—Lo decía porque… parecías estar muy ocupada.

—Yo…

—No tienes que darme explicaciones —dijo, cortándolas—. Soy tu agente, no tu madre.

En realidad, para mí habría sido más fácil si la persona que estaba al teléfono hubiese sido mi madre, porque ella, por firmes que fueran sus opiniones, jamás se dedicaba a husmear, en tanto que Jane, por más que dijera que no le importaba, no dejaría correr el asunto hasta que le hubiera dado todos los detalles. Sin embargo, me conocía lo suficiente para no acribillarme a preguntas.

—De todos modos te dejaré en paz enseguida. Llamaba solo para quedar contigo para almorzar el sábado.

Vacilé. Los sábados y los domingos eran los días que yo pasaba con Graham, y no me gustaba perderlos. Pero también valoraba el tiempo que podía pasar con Jane y con Alan, y ahora con su bebé, y me dije que probablemente aquel sábado encontraría unas horas para ir a verlos.

—Sí, claro —dije—. Me encantará ir.

—Perfecto. ¿Necesitas que vaya a buscarte en el coche o tienes chófer ahora?

No mordí el anzuelo, y respondí escuetamente:

—Ya te lo diré.

—¿Es alguien de ahí?

—Jane…

—Vale, vale. Me mantendré al margen. Y ahora te dejo seguir con tu velada.

Noté en su voz cierto tono de conspiración mientras me daba las buenas noches y cortaba la comunicación.

Suspiré y colgué el auricular. Stuart ni se dio cuenta de ello. Estaba de pie junto a la puerta, debajo del contador de electricidad, haciendo algunos ajustes en él. Al percatarse de que yo ya había dejado el teléfono, se volvió sonriendo.

—No mires. Estaba casi en el límite de tiempo. Lo estoy arreglando.

—Tu hermano ya hizo eso una vez, y tu padre acabará dándose cuenta de que no estoy pagando lo que debería.

No pareció que le importaran las eventuales sospechas del padre. Pero algo de lo que yo había dicho, sí captó su interés.

—¿Graham ha estado aquí? ¿Cuándo?

Yo había cometido un desliz, y lo sabía.

—Oh, hace unos días —respondí—. Estuvo ayudándome con mi libro.

Y, antes de que a Stuart se le ocurriera hacer alguna otra pregunta, distraje su atención inclinándome para bajarme el calcetín y examinar mi tobillo.

Funcionó.

—¡Dios santo! Mira esto.

Estaba hinchado. El dolor, sin embargo, ahora que había dejado de caminar, se había ido calmando y ya no era más que una punzada continua, que me pareció fácil de controlar.

Stuart me miraba pensativo.

—¿Estás segura de que no quieres que alguien te vea eso?

—Mañana se lo enseñaré al doctor Weir —prometí—. Pero, créeme, no es más que una torcedura, como mucho. Nada que no puedan curar el descanso y unas aspirinas.

Decidí que su expresión compungida no se debía a que yo no quisiera acudir a un médico; probablemente tenía más que ver con la decepción de haber venido a hacerme aquella visita nocturna con una escena de seducción en su cabeza. Pero hasta Stuart, en el fondo, era demasiado caballeroso para intentar ponerla en práctica con una mujer lastimada.

Me trajo aspirinas y agua para tomarlas, me instaló en mi sillón con el teléfono al lado y después sonrió con la seguridad de un comandante que ha perdido la batalla del día, pero que tiene intactas las esperanzas de victoria para el día siguiente.

—Descansa —me dijo—. Te veré mañana.

Tenía la intención de descansar. Y así lo hice. En cuanto Stuart se hubo ido, me arrellané en el sillón e intenté mantener los ojos cerrados unos momentos. Pero entonces se levantó viento, que hizo vibrar los cristales de las ventanas y suscitó una especie de gemido grave alrededor de la casa, que después se convirtió en un murmullo

de voces entre las que una parecía advertir a las demás: «Perderá la oportunidad».

Así supe que debía renunciar a entregarme al descanso. Me costó incorporarme y llegar arrastrando los pies hasta mi mesa de trabajo, pero aún me habría resultado más difícil permanecer sentada en el sillón mientras mis personajes me llamaban.

Y yo sabía, en este punto del relato, que no era la única que tenía que enfrentarse al dolor.

XI

Kirsty puso delante de Sophia el tazón de caldo.

—Debéis comer —dijo.

Sophia no había tomado nada para el desayuno. Dio gracias de que la condesa, junto con el conde, su hijo, hubieran ido a Dunottar y no la hubiesen visto pálida y enferma como se sentía esa mañana.

Ella sabía bien la causa de su malestar. Al principio no había estado segura, pero ya era agosto, habían pasado casi tres meses desde su enlace con Moray y no podía haber otro motivo para aquella extraña dolencia que la aquejaba cada mañana y la retenía en la cama. Lo mismo había sucedido, lo recordaba bien, con su hermana Anna, cuando el pequeño había empezado a desarrollarse en su vientre.

Kirsty lo sabía también. Su mano fría refrescaba ahora la frente de Sophia.

—No estaréis mala constantemente. Se os pasará.

La joven no se sentía capaz de mirar la simpatía que mostraban los ojos de Kirsty. Volvió la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? —se lamentó.

—¿Por qué no se lo contáis a la condesa?

—Prometí no hacerlo.

Secamente, Kirsty observó:

—Pues dentro de unos meses va a resultaros muy difícil mantener esa promesa.

—Dentro de unos meses tal vez ya no hará falta —replicó Sophia.

Ciertamente no podía faltar mucho para que el rey volviera, y Moray con él, y entonces ya no habría ninguna necesidad de mantener en secreto su matrimonio.

Kirsty captó el sentido de aquellas palabras y asintió.

—Esperemos que estéis en lo cierto. —Pasó nuevamente su mano fresca sobre la frente de Sophia y, como obedeciendo a una súbita inspiración, dijo—: Preguntaré a mi hermana si conoce alguna poción que pueda ayudaros en este trance.

La mano de Sophia se movió sobre su aún liso vientre en un ademán protector.

—¿Pociones? —Recordaba la agonía de Anna, y a aquella malvada mujer sonriendo con sus frascos de pócimas—. No puedo tomar medicinas. No haré nada que pueda dañar a este hijo.

El hijo de John, pensó. Nacido de su amor por ella. Una parte de él, dentro de ella. Se sintió algo reconfortada con este pensamiento.

—No le harán ningún daño al pequeño —prometió Kirsty. Y añadió con una sonrisa—: Mi hermana ha pasado por esto más veces que la mayoría, y todos sus hijos han nacido llenos de vida y gritando al mundo con fuerza. Sabrá qué debéis hacer. Os ayudará.

Sophia pensó que ojalá fuera pronto, ya que en aquel momento otra oleada de náuseas la arrastraba,

impotente, y la obligaba a esconder el rostro hundiéndolo en la almohada con los ojos cerrados.

Kirsty se puso en pie.

—Le enviaré aviso —dijo—, a ver si puede venir antes de que haya regresado la condesa.

La hermana de Kirsty llegó antes del anochecer, como una tranquilizadora presencia de mirada comprensiva y gestos amables. Llevaba para Sophia unas hierbas secas envueltas en un paño, para preparar una infusión con ellas, como si fueran té.

—Esto aliviará mucho las molestias que tenéis ahora y podréis tomar algún alimento —dijo.

La ayudó, en efecto.

Tanto, que a la mañana siguiente se sintió lo bastante bien como para levantarse, vestirse y ocupar su lugar en la mesa. Era la única persona de la casa, aparte de los sirvientes, que ya estaba en el comedor, por lo que nadie pudo ver cómo se pasaba la mano por el vientre, con un gesto orgulloso y protector, antes de sentarse. No tenía mucho apetito aún, pero a pesar de todo desayunó, y después de comer fue a buscar un soleado rincón en la biblioteca para pasar la mañana leyendo.

Allí, sentada en el mismo lugar donde Moray lo había hecho a menudo, tratando de escapar de su forzosa inactividad en Slains, sentía cierta comunión con él mientras pasaba sus manos por las suaves y caras encuadernaciones de piel de los libros que a él le gustaba tanto leer.

Había un libro en particular, de entre todos ellos, que le proporcionaba una sensación de hallarse unida a él, como si la voz de Moray le hablara a través de sus palabras. Era un volumen reciente, encuadernado con sencillez, de la obra de Dryden, *El rey Arturo, o los notables británicos*. Las páginas tenían tan pocos

indicios de haber sido hojeadas que dudaba de que alguien más, aparte de Moray y ella misma, hubiera leído aquellos versos; pero ella estaba segura de que él los había leído porque, en la carta que le había dejado —aquella sencilla carta en la que sus sentimientos eran tan firmes y seguros que cada noche, cuando la leía, desterraban todas sus inquietudes—, citaba un verso de esta misma obra de Dryden. Escrito de su puño y letra, a Sophia le parecía como si lo oyera con sus propias palabras:

> *Adondequiera vaya, mi Alma estará contigo:*
> *es solo mi Sombra lo que puedo llevar lejos de ti.*

Los leía una y otra vez, y tocaba la página del libro con sus dedos, como si con ello pudiera acercarlo. Unas pocas semanas más, se decía. Unas pocas semanas más, un mes tal vez, y el rey estaría de vuelta.

En la casa no se hablaba de ninguna otra cosa. Los visitantes iban y venían con diversos grados de entusiasmo. Durante todo el verano Slains había parecido un lugar tan ajetreado como la misma corte real; en ocasiones, en su mesa se alineaban caras desconocidas, de hombres que habían viajado muchas millas llevando mensajes secretos de nobles al norte o llegados desde las Highlands.

Los nobles no se atrevían a acudir en persona. Una reunión de jacobitas no haría más que atraer la atención de la reina Ana, y era de sobra conocido que la corte inglesa tenía puesta la mirada en el norte, siempre vigilante, como un sabueso que hubiese olfateado en el viento algún nuevo rastro. Tal actitud no obedecía a una casualidad, a juicio de la condesa, que no intentaba

ocultar su opinión acerca del responsable de aquel cambio. Había aconsejado a todos los que acudían a Slains que debían mantener silencio y ocultar sus acciones de los ojos y oídos del duque de Hamilton.

—Si él pretende ser un lobo dentro del redil —decía —, haremos bien en dejarle que crea que somos ovejas.

El conde había sonreído al oírla, y había dicho:

—Eres muchas cosas, madre, pero ningún hombre que te haya conocido podrá considerarte jamás una oveja.

Sophia, en privado, estaba de acuerdo con él. La condesa, que tantas veces había demostrado la fuerza de su entendimiento, en el último verano estaba dando pruebas de una fortaleza física que Sophia, en plena juventud, no podía igualar. La dama dormía muy poco y se levantaba muy temprano para ocuparse de ponerlo todo en orden para la llegada del rey, de hacer de anfitriona de los muchos visitantes y de responder a su abrumadora correspondencia. No había una sola noche en la que la luz de la habitación de la condesa no ardiera hasta mucho después de que se hubieran apagado todas las demás.

El ritmo que se marcaba a sí misma, un ritmo que habría resultado agotador para cualquier hombre, aparentemente no hacía otra cosa que aumentar su impaciencia.

—¡Por el amor de Dios! —había explotado la semana anterior, cuando Sophia se hallaba de pie junto a ella ante el gran ventanal arqueado de la sala—. ¿En qué están pensando? Tienen que venir ya. Tienen que hacerlo, o perderán la oportunidad.

Sin embargo, en el horizonte no había rastro de nuevas velas, ni de barcos que trajeran noticias de Saint-Germain.

Sophia, como de costumbre, nada más despertar se había asomado a la ventana de su habitación, con la mirada puesta en el este, esperanzada, pero solo vio la luz del sol en el agua, dura y deslumbrante, hasta el punto de que al cabo de unos pocos minutos notó doloridos los ojos y tuvo que mirar a otro lado.

«Hoy tampoco habrá noticias», pensó. No en ausencia de la condesa y de su hijo, que seguían de visita en Dunottar, en las tierras del conde de Marischal. Por tanto, era un día para descansar y ocuparse en cosas que requirieran soledad. Sophia se instaló en un sillón con los libros y leyó, dejando que la tibia luz del sol que se colaba a través de la ventana le diera en la cabeza, en los hombros, la incitara a una suave modorra y, después, al olvido del sueño.

Despertó al notar que Kirsty le sacudía levemente el brazo.

—Tenéis que despertaros, Sophia.

La joven hizo un esfuerzo para despegar los párpados.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Más de mediodía. Tenéis un visitante.

Sophia enderezó el cuerpo en el sillón al darse cuenta del tono de urgencia de Kirsty.

—¿Quién es?

—Nada menos que su excelencia el duque de Hamilton. Ha llegado de Edimburgo en un carruaje.

Aturdida aún, con la mente abotagada por el sueño, la joven objetó:

—Pero habrá venido a ver a la condesa y al conde, no a mí.

—Sí, así es, y Rory está ya cabalgando hacia Dunottar para traerlos de vuelta. Pero, hasta que

lleguen, vos sois la única persona de la casa que puede recibir al duque. Venid, os ayudaré a vestiros.

Se vistió apresuradamente y después se miró en el espejo con desconfianza. Su rostro mostraba aún la palidez de la dolencia que acababa de superar, y hasta ella misma podía ver en sus ojos que estaba nerviosa.

No tenía ningún deseo de verse a solas con el duque de Hamilton. «Sabe demasiado de nuestros planes —le había dicho John—, pero también es consciente de que no lo sabe todo; y me temo que eso pueda llevarlo a una nueva traición».

De haber estado allí, la condesa habría sido lo suficientemente perspicaz para desbaratar cualquier falsa propuesta que él pudiera hacer. No se dejaría llevar inadvertidamente a revelar detalles que pudieran mermar las posibilidades del rey o perjudicar a quienes lo servían. En realidad, si estuviera allí, sería más probable que fuera ella quien manipulara al duque en vez de lo contrario.

Pero no estaba allí, y Sophia se daba cuenta de que esa tarde su ingenio iba a tener que brillar más que nunca. Porque era mucho lo que estaba en juego. Y no solo para el rey y para todos cuantos le eran fieles.

No era en la vida del rey y en su futuro en lo que pensaba cuando sus manos se movieron por debajo del corpiño de su vestido, como si quisiera asegurarse de que la diminuta vida que latía dentro de ella estaba enteramente a salvo.

Al advertir aquel gesto, Kirsty dijo:

—No se nota. No tenéis que temer que el duque se dé cuenta.

Sophia dejó caer las manos.

—Pero sí verá eso —añadió Kirsty, señalando el pesado anillo de plata que Sophia llevaba ahora colgado

del cuello de una fina cadena del mismo metal, y que podía ocultar fácilmente bajo sus ropas. La cadena había quedado por encima del escote del vestido, y Kirsty aconsejó—: Sería más seguro que no lo llevarais.

Sophia comprendió que Kirsty tenía razón. Por las historias que Moray le había contado de su infancia, sabía que su padre, que le había dado el anillo, había mantenido una estrecha amistad con la familia del duque, por lo que era probable que este hubiera visto de niño aquel anillo en los dedos del padre de Moray. Sophia no podía correr el riesgo de que lo viera y lo reconociera, porque no tardaría en deducir cómo había ido a parar a sus manos.

«Jamás debe saber que eres mía», la previno Moray desde el recuerdo, por lo que se quitó la cadena en contra de sus deseos más íntimos.

—Aquí lo tienes —le dijo a Kirsty tendiéndole el anillo.

—Os lo guardaré bien.

Sophia lo sabía. Pero mientras bajaba cautelosamente a la sala para recibir al duque de Hamilton, habría dado cualquier cosa por sentir el consuelo de aquel anillo sobre su corazón, dándole valor.

—Excelencia —¿era esta su voz, hablando en un tono tan formal?, se preguntó—, nos hace un gran honor visitándonos.

Parecía no haber cambiado mucho de como lo recordaba: las ropas elegantes, la peluca negra rizada que le caía más abajo de los hombros, según marcaba la moda. Pero le pareció que sus rasgos, aún bellos, se habían endurecido y en algunos aspectos eran menos agradables, como una máscara interesada que adoptara para sus propósitos. Sus ojos, aunque lánguidos, eran

ahora vigilantes y observadores; en un brevísimo movimiento de abrir y cerrar los párpados la había estudiado de arriba abajo. El duque la saludó con una inclinación y llevó a sus labios la mano de la joven.

—Señorita Paterson —dijo—, el honor es mío, os lo aseguro. —Su sonrisa, seductora como siempre, tenía por objeto hacer que ella se sintiera tranquila—. Debo decir que la vida aquí, en Slains, parece sentaros muy bien. Os encuentro todavía más encantadora de lo que os recordaba.

—Sois muy amable, excelencia.

Recuperó graciosamente su mano y ocupó un asiento para que él pudiera hacer lo propio. Le resultaría más fácil encararse con él estando sentados los dos.

—¿Me dicen que la condesa y su hijo no están en casa?

Su tono era despreocupado, pero a Sophia le pareció notar una pausa sagaz que pretendía que ella llenara. Y la llenó cautamente, manteniendo un tono informal.

—Esperamos su vuelta en cualquier momento. —Después, para invertir la situación, añadió—: Confío en que podréis aguardar aquí hasta que lleguen, ¿verdad? Sé que los apenaría sobremanera regresar y enterarse de que se han perdido vuestra visita, pues con seguridad no se habrían aventurado a viajar de haber sabido que veníais vos.

«Ya está —pensó—. Y que él explique ahora el motivo de su visita, y la razón de que se haya presentado aquí de esta manera, sin anunciarse de antemano». Si lo que la condesa se temía era cierto, probablemente habría ido a espiarlos y a formarse su propia idea acerca de los preparativos que se llevaban a cabo en Slains para la llegada del rey. Si así era, debía de sentirse enormemente afortunado de encontrar, en lugar de a la

suspicaz condesa y al joven y enérgico conde, a una simple muchacha sin recursos y que probablemente él veía como un corderillo que se dejaría llevar fácilmente.

—Sí —asintió—, lamento haber venido sin anunciar, pero hasta hoy mismo no he sabido que mis asuntos me obligarían a viajar tan al norte. Solo deseaba presentarles mis respetos; no pretendía incomodar a la familia quedándome. Sin duda han tenido muchas visitas últimamente.

Sophia pudo verlo esta vez: un mínimo destello de malicia tras la sonrisa de sus ojos. Se alegró de haberlo tratado con cautela.

—Ningún visitante tan apreciado como vuestra excelencia —fue la respuesta con la que se evadió de la trampa.

A renglón seguido le preguntó, como haría cualquier joven y cándida muchacha, qué noticias tenía de Edimburgo, qué se rumoreaba por la corte inglesa y cuáles eran las últimas tendencias de la moda.

Su conversación fue una especie de danza que a Sophia le pareció llena de complicados pasos. Pero, a medida que pasaba el rato, fue familiarizándose con ella; aprendía qué paso dar en cada ocasión, cuándo girar y cuándo, simplemente, permanecer inmóvil y esperar.

Él la llevaba con habilidad, sin hacer preguntas demasiado directas, pero de tal modo que ella fuera incluyendo pequeñas dosis de información. Sin embargo, Sophia mantenía alerta el ingenio y contraatacaba con respuestas aparentemente ingenuas que a él no le aportaban satisfacción ninguna.

La joven estaba segura de que él no se daba cuenta de que lo hacía deliberadamente —el duque no era un hombre que reconociera que alguien podía hallarse a su altura en aquel tipo de habilidad—, pero, aun así, a

medida que fueron pasando las horas, su actitud adoptó un leve tono de frustración, como el de alguien que cree estar realizando una tarea sencilla y se ve desconcertado.

Aun así, no se fue, ni siquiera cuando dieron las cuatro de la tarde y se sirvieron los habituales refrigerios: vino, cerveza y, en atención al visitante, pastelillos en lugar de pan. Sophia creía que, después, el duque se despediría y continuaría su camino hacia donde pensara pasar la noche, pero no lo hizo. Se limitó a arrellanarse más cómodamente en el sillón y a hablar prolijamente y con más encanto a fin de hacer los pasos de danza más intrincados todavía.

Sophia se oponía con todo su esfuerzo, pero le resultaba fatigoso. Cuando por fin el ruido de pasos y de voces procedentes del vestíbulo de la entrada le anunció que la condesa y su hijo habían llegado, el espíritu de la joven se hallaba al borde del agotamiento.

Fue una bendición para ella que la condesa, con su vibrante presencia, entrara en la sala.

—¡Este sí que es un inesperado placer, excelencia! —A juzgar por su amplia sonrisa, cualquiera habría pensado que lo decía de corazón—. Confieso que apenas podía dar crédito a los sirvientes cuando me dijeron que estabais aquí. ¿Habéis tenido que esperar mucho rato?

—Me han atendido muy bien —aseguró. Se había levantado del sillón para saludarla, y señaló a Sophia con un gesto de la cabeza—. La señorita Paterson y yo hemos pasado el rato conversando.

La mirada que la condesa dirigió a Sophia no dejó entrever ni una pizca de la preocupación que debía de causarle semejante revelación.

—Entonces estoy segura de que la habréis encontrado una compañía deliciosa, como lo es para mí.

Su presencia en esta casa es una fuente diaria de alegría, sobre todo ahora que todas mis hijas se han casado y se han ido de casa. —Volviendo su atención al duque, añadió—: Pasaréis esta noche en Slains, ¿verdad?

—Bien, yo... —inició una falsa protesta.

—Por supuesto que lo haréis. Casi está anocheciendo; no podéis poneros en camino tan tarde.

El conde de Erroll, que cruzaba en aquel momento el umbral de la sala, corroboró:

—No se hable más. —Saludó cordialmente al duque, demostrando con ello que sus dotes de actor no desmerecían las de su madre—. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que estuvisteis aquí. Acompañadme y permitidme que os muestre las mejoras que hemos estado haciendo en la casa.

Cuando los dos hombres se fueron, la condesa se hundió visiblemente, evidenciando la fatiga de su duro viaje desde Dunottar. Volviéndose hacia Sophia empezó a formularle una pregunta, pero la joven se le adelantó.

—Se presentó poco después del mediodía y ha estado conmigo todo este tiempo. Como vos sospechabais, parecía decidido a confundirme para que le contara los secretos de esta casa.

—¡Oh, querida! —exclamó la condesa con preocupación.

—No le he dicho nada. —Sentía algo más que cansancio; volvía el malestar de su estado, pero intentaba superarlo apoyándose en el respaldo del sillón para mantenerse derecha frente a la condesa—. He sido muy precavida.

—¡Oh, querida! —repitió la condesa, pero ahora en un tono de calurosa aprobación en su voz—. Lamento

muchísimo que hayáis tenido que sobrellevar sola semejante carga.

—No ha sido demasiado dura.

—Bobadas. Os ha agotado. —La condesa se adelantó a ayudarla—. Estáis pálida.

—No es más que un dolor de cabeza.

—Id a descansar. Os lo habéis ganado. —Una vez más, Sophia notó la suave caricia de los dedos de la dama en su mejilla, tan parecida al recuerdo que conservaba de la mano amorosa de su madre. La condesa sonrió—. Lo habéis hecho bien, Sophia. Muy bien. Ahora id y descansad un poco. El conde y yo estamos en condiciones de enfrentarnos a las tretas del duque. Sabemos de qué pie cojea, y no querría por nada del mundo que enfermarais por culpa de un hombre como él. —Su breve abrazo fue consolador—. Subid a vuestro aposento. Os enviaré a Kirsty para que os ayude.

Sophia se retiró feliz; después apenas recordaría nada de aquella velada, que pasó entre náuseas y a ratos profundamente dormida. Pero por la mañana, bien por el efecto de las infusiones que le había proporcionado la hermana de Kirsty bien por algún milagro, su malestar había desaparecido. Al igual que el duque que, en su negro carruaje, emprendió el camino por la carretera hacia el norte antes de que hubiera amanecido del todo y sin que su ocupante supiera más cosas de las que ya sabía antes de su llegada a Slains.

—No está roto —dijo el doctor Weir, moviendo sus tranquilizadoras manos por mi hinchado tobillo—. Si se lo hubiera roto, notaría el dolor aquí —apretó suavemente—, no aquí. Tan solo es un esguince.

Había vuelto con absoluta facilidad al oficio del que se había jubilado. Podría muy bien estar vistiendo una bata blanca con un estetoscopio al cuello e interrogar a uno de sus pacientes

quirúrgicos, en lugar de ocupar un sillón junto a mi chimenea llevando un suéter de pescador que aún retenía la humedad de la lluvia.

Mientras alargaba la mano para alcanzar el vendaje elástico, me observó desde debajo de sus pobladas cejas.

—Stuart me ha dicho que se cayó usted en el sendero.

Evidentemente, Stuart no se fiaba de que yo mantuviera mi palabra y fuera voluntariamente a mostrar al médico mi tobillo herido, por eso había organizado esta visita domiciliaria matinal. Por mi parte, sospechaba que su versión de mi accidente, sin duda adornada con una amplia mención de su rescate, habría ido mucho más allá del simple dato de que me había caído en el sendero, pero…

—Sí, eso es lo que ocurrió —asentí.

Esta vez su mirada fue de curiosidad.

—No es un camino peligroso —observó.

No vi ningún motivo para no explicarle lo que en realidad yo creía que podría ser la verdad.

—Iba un tanto distraída, sin prestar demasiada atención, y supongo que coloqué el pie donde creía que estaba el camino. —Busqué su mirada—. Donde recordaba que había estado.

—Comprendo. —Cayó en la cuenta de lo que significaba mi explicación—. Muy interesante.

Luego procedió a vendarme el tobillo muy prieto y después se reclinó en el asiento con la expresión del científico que piensa en una curiosa hipótesis.

—Es posible, claro. La ladera de la colina habrá cambiado mucho desde entonces por la erosión del viento y las mareas. Es posible que el antiguo sendero se haya hundido.

—Y que yo haya estado a punto de hundirme con él. —Con una compungida sonrisa, intenté girar el tobillo.

—Entonces tendrá que andar con mucho cuidado en Slains, ¿lo hará? Si le falla el pie allí, podría ocurrirle algo más grave que torcerse el tobillo.

Miré más allá de su hombro a través de la ventana, hacia aquellos muros rojos que se apiñaban tan peligrosamente en las rocas de los acantilados, a la sombra de las negras nubes que empezaban a acumularse en el cielo para ocultar el sol.

—No creo que pueda volver allí en unos cuantos días.

—¿Qué es lo que siente usted cuando está allá arriba, caminando por las habitaciones? —preguntó el doctor después de hacer una pausa.

No era fácil explicarlo.

—Es como si todos acabaran de salir de la habitación en el instante en el que yo entro. Casi puedo oír sus pasos, el frufrú de sus vestidos, pero nunca coincido con ellos.

—Creía que tal vez allí, en las ruinas, tendría destellos del pasado.

—No. —Miré unos momentos más y después aparté la vista de ellas—. Los recuerdos no están en Slains. Los tengo encerrados en mi subconsciente, y acuden a mí mientras escribo, aunque no estoy segura de que sean realmente recuerdos hasta que los he comprobado.

Le conté entonces cómo su libro sobre la antigua armada escocesa había demostrado que mis escenas acerca del capitán Gordon habían sido hechos reales.

—He decidido no leer el libro; lo utilizo solo para verificar los detalles después de haber narrado una escena —proseguí—. Pero no todo es tan fácil de probar. Por ejemplo, acabo de escribir que mi heroína está embarazada y, para probar que realmente lo estaba, tendría que encontrar una partida de nacimiento o una fe de bautismo en la que aparezca mencionada Sophia como madre. En los registros tan antiguos no siempre constan los datos que uno necesita saber, ni aun en el caso de que sea posible dar con ellos. Hay un montón de personas en el árbol genealógico de nuestra familia que mi padre no ha podido localizar, a pesar de que lleva años trabajando en ello.

—Pero usted debería tener alguna ventaja con Sophia Paterson —observó—. Tiene como una ventana sobre su vida.

—Así es. Ahora conozco las fechas de algunos acontecimientos, al igual que los lugares en los que sucedieron, y mi padre ha conseguido encontrar pruebas documentales de ellos.

La mención de mi padre captó su interés.

—¿Se lo ha dicho usted?

—¿Si le he dicho cómo obtengo la información? Sí. No tenía otra elección.

—¿Y qué opina de todo esto?

No sabía con seguridad qué era lo que pensaba mi padre.

—Me dijo que siempre mantendría su espíritu abierto. —Mi tono debió de parecerle un poco seco—. Creo que le habría parecido mejor que hubiera heredado los recuerdos del marido de Sophia, David McClelland. A papá le han quedado siempre muchas incógnitas por ese lado.

El doctor me observó atentamente durante un minuto.

—Yo diría que le tiene un poco de envidia.

—¿Mi padre?

—Sí. Y yo también. ¿Quién no se la tendría? La mayoría de las personas sueñan con poder viajar a través del tiempo.

Sabía que tenía razón. Se habían escrito tantas novelas en torno a esa posibilidad, y se habían hecho tantas películas en las que las personas viajaban al futuro o al pasado, que era evidente que se trataba de una fantasía reiterada y común a todos los seres humanos.

Y que el doctor, obviamente, compartía.

—Cuando pienso en lo que significaría tener los recuerdos de un antepasado, ver lo que ellos han visto. Le conté que uno de los míos fue capitán de barco, ¿verdad? Viajó a China en una ocasión, y a Japón. Tal vez yo haya heredado su amor por el mar, pero no conservo sus recuerdos. —Su mirada se tornó nostálgica—. Sus recuerdos, ¡imagínese! De tormentas en alta mar, de doblar el cabo

de Buena Esperanza, de haber visto la China en la gloria de su imperio. ¿Quién no desearía eso?

No pude ofrecer ninguna respuesta a su pregunta, pero quedó viva en mi espíritu cuando se hubo ido, así como también su mención del mar y de los hombres que habían buscado fortuna en sus olas. El viento arreciaba contra los cristales de mi ventana mientras una franja de nubes blancas comenzaba a cerrarse alrededor del castillo. Y en mi imaginación —o en mi memoria— empezó a adoptar una imagen muy diferente.

XII

Hacía tanto tiempo que el barco del capitán Gordon no se dejaba ver frente a la costa, que Sophia había empezado a preguntarse qué podía haber sido de él. De vez en cuando, algún huésped aludía en la mesa a los cambios que se estaban produciendo en Escocia y en Inglaterra a consecuencia de la Unión de ambas naciones. Por ello, la joven sabía que dichos cambios también afectaban a la armada escocesa y suponía que las órdenes del capitán Gordon habían sido alteradas de manera que no navegara ya siguiendo su trayectoria anterior.

Por ese motivo se sorprendió tanto cuando, al despertar una radiante mañana de finales de octubre, descubrió en el brillante azul del mar los ya familiares mástiles y la arboladura de su barco, anclado bajo los acantilados.

El capitán no había cambiado. Sus rasgos eran tan apuestos y su actitud tan galante como de costumbre.

—Os aseguro, condesa, que cada vez que vengo a Slains encuentro más encantadora a la joven señorita Paterson.

Le besó calurosamente la mano y, aunque Sophia no respondió a sus atenciones, sintió alivio al advertir que él, como todos los demás salvo Kirsty, tampoco se había dado cuenta de su estado. Porque, aunque no se le notara en absoluto, estaba ya de cinco meses. Seguía teniendo el vientre plano, aunque ya había comenzado a perder parte de su firmeza; afortunadamente, el corte de sus vestidos le permitiría llevarlos algún tiempo más antes de que delataran su embarazo. Por otra parte, se encontraba perfectamente y con una energía que irradiaba de su interior y la hacía sentirse feliz con el mundo. Pensó que tal vez era eso lo que había percibido el capitán Gordon.

Mientras cenaban y una vez sirvieron el vino, el capitán se puso en pie con la copa en la mano y brindó por el joven rey Jacobo.

—¡Dios quiera que regrese pronto!

La condesa bebió y dejó su copa sobre la mesa, sonriendo.

—Si solo de Dios dependiera, no dudo que el rey habría vuelto ya. Pero Dios pone sus designios en manos de los hombres, y es en ellos donde radica el problema.

—¿Qué opina el duque de Perth, vuestro hermano? —preguntó el capitán a la condesa—. Él está en Saint-Germain y goza de la confianza del rey, ¿verdad? ¿Cuál cree que puede ser la causa de su demora?

—No me cuenta gran cosa en sus cartas, por temor de que sean leídas por otros ojos que los míos. Pero está tan impaciente como todos nosotros —respondió—. Según mi parecer, el problema no está en

Saint-Germain, sino en Versalles. Después de todo, el rey de Francia es quien controla el dinero para esta empresa, y los barcos no pueden navegar sin su orden.

—En su defensa —observó el capitán— debo reconocer que los vientos no nos han sido muy favorables últimamente. El mes pasado, al zarpar desde Yarmouth, tuvimos que enfrentarnos a una galerna que nos causó daños tan graves que nos vimos obligados a regresar. Y semanas después, al entrar en Leith, encontramos unos vientos tan adversos que hasta al cabo de tres días de haber echado el ancla no pudimos desembarcar a remo en la costa. Aunque no es que me importara, porque se me habían agotado ya las artimañas para retrasar el viaje.

—¿Para qué desearíais hacer eso? —preguntó el conde.

—Pues para permitir a la flota francesa un acceso sin complicaciones a nuestra costa. Esperaba que realizaran antes la travesía con nuestro joven rey, porque desde hace tiempo mi barco y yo debemos ocupar nuestros puestos en la nueva armada real unida de Gran Bretaña. Tanto el capitán Hamilton como yo comparecimos ante el consejo de la armada en los primeros días de agosto para recibir nuestros nuevos destinos y los nuevos nombres de nuestros barcos, pues entre los ingleses existían ya otros llamados *Royal William* y *Royal Mary*. Mi barco es ahora el *Edinburgh*, en tanto que el del capitán Hamilton se conoce ahora como el *Glasgow*. Después fueron examinados para valorar sus condiciones para el servicio, cosa que llevó tiempo. Se nos ordenó llevarlos al dique seco para acondicionarlos, y durante este tiempo no se ha asignado ningún barco para patrullar por esta costa septentrional. El rey habría hecho muy bien en

aprovechar esta oportunidad. Pero —añadió, encogiéndose de hombros—, por razones que escapan a mi comprensión, no lo hizo, y a mí se me ordenó que regresara al norte. Había poco que yo pudiera hacer para retrasar mi llegada aparte de provocar una serie de desgraciados incidentes. Sin duda habrán oído hablar vuestras mercedes de lo que le ocurrió al *Edinburgh* en Leith, ¿verdad? —A su alrededor vio las caras expectantes de todos—. ¿No? Pues, en tal caso os han privado de conocer una historia divertida. Mi tripulación —dijo— se amotinó.

La condesa enarcó las cejas, asombrada.

—¿Vuestra tripulación?

—Ya sé. Cuesta creerlo, ¿verdad?, sabiendo cuánto me aprecian mis hombres. —Su sonrisa no podía ocultar cierta satisfacción—. Puedo aseguraros que no me resultó fácil —dijo, al tiempo que cortaba una tajada de carne y la ensartaba con la punta de su cuchillo—. Varios días antes, difundí el rumor de que, después de lo de Leith, íbamos a ser enviados a las Indias Occidentales. A mis hombres, que en su mayoría han sido obligados a prestar servicio y los han sacado de sus hogares en contra de su voluntad, no les hacía ninguna gracia la perspectiva de un viaje a las Indias, con todos los peligros y privaciones que entraña. Cuando llegamos a Leith, eran ya presa de la ansiedad. Yo bajé a la costa y permanecí allí algún tiempo con el pretexto de esperar a que el Tesoro liquidara mis atrasos, seguro de que, mientras yo me encontraba ausente, un centenar de mis hombres aprovecharían la oportunidad para escapar en las chalupas. —Sonrió—. Nos costó dos semanas reunirlos a todos y convencerlos de que volvieran a bordo. Ni que decir tiene que en todo ese tiempo no pude hacerme a la mar.

La condesa apenas logró fingir una expresión severa.

—Espero que no los castigarais después de que regresaran —dijo.

—¿A mis hombres? No, por Dios. Todo está perdonado y ellos han vuelto a sus tareas como antes, tras aconsejarles que en el futuro cierren sus oídos a rumores ociosos.

—¡Oh, Thomas! —exclamó la condesa ahora ya con una amplia sonrisa en los labios.

El capitán restó importancia a su mérito encogiéndose de hombros.

—No es una táctica que vaya a utilizar de nuevo, en todo caso. Difícilmente podría convencer a mis hombres de que se amotinaran por segunda vez sin que ello repercutiera en la opinión que se tiene de mí. Por mucho que ame a mi rey, no tengo el menor deseo de sacrificar mi reputación por su causa.

El tono ligero con que dijo estas últimas palabras hizo pensar a Sophia que, a pesar de parecer engreído, el capitán Gordon estaba dispuesto a sacrificar mucho más si era necesario, pues prosiguió diciendo:

—Tendré que encontrar otros medios para mantener despejadas estas aguas para él. No debería ser tan difícil. No tengo noticia de barcos que se dirijan hacia el norte y precisen escolta, y hace mucho tiempo que no se han avistado corsarios por aquí, así que no tenemos ningún motivo para prolongar esta travesía ni para mantenernos cerca de la costa. Sin duda me veré forzado por las inclemencias del tiempo a navegar por alta mar de vez en cuando —especuló completamente en serio— y la galerna en este extremo norte puede provocar tantos daños en un barco que, cuando regresemos a Inglaterra, es probable que haya muchas pequeñas cosas a bordo que necesiten alguna

reparación. Incluso es posible que el *Edinburgh* deba pasar por el dique seco; y, cuando esto ocurra, no me sorprendería que algún negocio personal me obligue a solicitar permiso para pasar algunos días en Londres. Es decir —concluyó—, que, con un poco de suerte, el rey puede contar con que tiene el camino expedito hasta Navidades.

Desde el otro extremo de la mesa, el conde preguntó, incrédulo:

—¿Podéis hacer eso?

—Puedo intentarlo.

—Pero debéis tener mucho cuidado —advirtió la condesa.

—Ya lo tengo.

—Sois una gran ayuda —lo elogió la dama—, y me encargaré de que el joven rey Jacobo lo sepa.

Gordon esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Quizá podría recompensarme nombrándome almirante —propuso.

Cuando hubieron terminado la comida, el capitán se reclinó en el respaldo de su asiento y se miró la barriga fingiendo consternación.

—Vuestra cocinera se empeña en hacer que engorde cada vez que me siento a vuestra mesa.

—No ha sido la cocinera —replicó la condesa— quien os ha obligado a repetir tres veces de pudín.

—Sí, tenéis razón. Pero, aun así, creo que me convendría hacer un poco de ejercicio para no hundir mi barco cuando vuelva a bordo. Me pregunto —dijo en tono informal— si vuestra encantadora señorita Paterson querría acompañarme a dar un paseo por el jardín.

Con tres cabezas vueltas para observarla, a Sophia no se le ocurrió ninguna forma amable de negarse. Podría haber alegado dolor de cabeza, pero no habría

sido convincente porque se había comportado con absoluta normalidad durante toda la comida. Además, la condesa la miraba con interés maternal. Sophia no podía decepcionarla tratando con rudeza a su huésped preferido. Así que asintió.

—¡Por supuesto!

Hacía fresco en el jardín. Los muros impedían el paso de las cortantes ráfagas del viento del mar, pero el aire otoñal era frío. Las flores que aún no habían caído empezaban a languidecer y todo daba una sensación de desolación. Tan solo un pájaro, desde lo alto de un muro, lanzaba trinos valiente, impertérrito.

Sophia no se había aventurado a salir al jardín a menudo desde que Moray se había ido. Había paseado con la condesa algunas veces, para admirar los vivos colores de las flores del verano, y en una ocasión había ido con Kirsty a recoger hierbas. Pero siempre había sentido la incómoda presencia de Billy Wick, tanto si este se hallaba trabajando al aire libre, como si se afanaba escondido en algún rincón lleno de malas hierbas. Su choza de piedra, dotada de una ventana negra, se agazapaba como un gran y asqueroso sapo al pie de los jardines, bajo los altos y retorcidos árboles que crecían junto al arroyo y que ella no podía mirar sin sentir un cierto temor en su corazón, como si algún mal estuviera acechando, esperándola.

Billy Wick estaba ese día a la vista, trabajando con unas podaderas entre las ramas de la lila; el mismo árbol bajo el cual se habían cobijado Moray y Sophia aquella última noche, cuando él la besó tras cubrirla de pétalos.

—Debo confesaros —le dijo Gordon— que cuando os conocí no sabía cómo os iría en Slains. Parecíais demasiado callada y la condesa es... —Hizo una pausa

buscando la palabra justa—. Una mujer de mucho carácter.

Sophia era consciente de que se lo decía como un cumplido pero, aun así, sintió la necesidad de salir en defensa de la condesa.

—Es una mujer de gran inteligencia y belleza.

—Lo es, en efecto. Y está muy claro que os ha enseñado a vos cómo serlo también. Habéis cambiado mucho en los últimos meses.

Podía haberle dicho que había cambiado mucho más de lo que él creía, pero que no había sido obra de la condesa; sin embargo, respondió educadamente:

—Para mejor, espero.

—¡Por supuesto! —Volvió la cabeza para que ella viera su sonrisa. No le había ofrecido el brazo, sino que caminaba tranquilamente a su lado—. Perdonadme si os digo que cuando llegasteis parecíais aún una niña, pero que ahora, en este breve tiempo transcurrido, habéis madurado hasta convertiros en una mujer. Es una transformación asombrosa.

Estaba halagándola deliberadamente; podría haberle dicho lo mismo a cualquier muchacha de la que se hubiese encaprichado. Sophia tenía que esforzarse para evitar extender una mano protectora sobre su vientre, como si temiera que descubriera realmente el secreto que la había cambiado.

—Me halagáis —dijo.

—Solo os digo la verdad.

Más allá del hombro de él, Billy Wick los observaba en un silencio furtivo, ocupado con sus podaderas. Ver cómo podaba la lila y cómo caían al suelo las ramas sin hojas fue más de lo que Sophia podía soportar. Miró a Gordon.

—¿Vamos por otro sendero? —le propuso—. Me está dando el sol en los ojos.

—Claro —se apresuró a decir, y escogió el camino que pasaba entre los rosales, con los pétalos de sus capullos abiertos diseminados bajo los espinosos arbustos. Buscó en su casaca, sacó del bolsillo un paquetito plano y estrecho y lo sostuvo en la mano—. Cuando estuve en Londres esperando que repararan el *Edinburgh*, los vi casualmente en el escaparate de una tienda. Me hicieron pensar en vos.

Quiso darle el pequeño paquete, pero ella vaciló.

—Capitán Gordon...

—Os lo ruego. —Dejó de caminar por el sendero y sonrió con su expresión más persuasiva—. Es solo una bagatela.

Dudando todavía, Sophia aceptó el regalo. Desgarró el envoltorio de papel y aparecieron un par de exquisitos guantes hechos de piel fina con botones de oro bordados. La joven los sostuvo, aturdida, rememorando la última vez que el capitán había estado allí, cuando ella se sentó en la sala sobre los guantes de Moray para esconderlos y ocultar que había montado con ellos.

—Recuerdo que os dije que vuestras manos merecían una protección más suave que los guantes del señor Moray —comentó.

Sophia recordaba también aquellas palabras.

—Sí, eso dijisteis. —Sintió en su mano unos momentos más el tacto de los preciosos guantes y después hizo ademán de devolvérselos—. No puedo aceptarlos. No sería correcto.

—¿Y eso? —preguntó, divertido.

Sophia comprendió que aquella era una danza muy distinta de la que había ejecutado en otro momento conducida por el astuto duque de Hamilton; los pasos

eran más simples, pero aun así no podía permitirse dar ninguno en falso. El capitán Gordon era un hombre con una apostura y un encanto que sin duda le habían valido muchas conquistas, y ahora intentaba incluir a Sophia entre ellas.

Podía optar por seguirle el juego durante un tiempo, hasta que Moray volviera, pero sabía que ello pesaría gravemente sobre su conciencia. Por eso trató de hacérselo entender sin revelarle nada.

—Sois un hombre bondadoso, capitán, y es muy considerado por vuestra parte ofrecerme este regalo, pero intuyo que me lo ofrecéis dando por sentadas cosas que no son ciertas, y no querría insultaros recibiendo de vos un afecto al que no puedo corresponder.

Su ceño se arrugó levemente como si nunca le hubiera pasado por la imaginación que pudiera ser rechazado. Sophia pensó durante unos instantes que tal vez se sentía ofendido. Finalmente, él aceptó los guantes y dijo:

—Comprendo.

Ella tuvo la certeza de que realmente lo había entendido, ya que le devolvió la mirada con una débil sonrisa, reconociendo su derrota.

—Tal vez me equivoqué al suponer que los necesitabais. Supongo que los guantes del señor Moray os iban mejor.

Los ojos de Sophia la traicionaron dándole la confirmación de sus palabras, y la joven se dio cuenta de ello.

—Decidme —preguntó el capitán en voz baja—, ¿lo sabe la condesa?

Sophia sacudió la cabeza. Sintió un terrible escalofrío, el súbito temor de que se descubriera su secreto, y le preguntó con ojos implorantes:

—No se lo diréis, ¿verdad?

Él estuvo callado tanto rato que Sophia no estaba muy segura de cuál iba a ser su respuesta. Pero el capitán se guardó en la casaca los guantes finamente bordados y la miró de nuevo a los ojos con su anterior galantería.

—Os doy mi palabra —prometió. Y, ofreciéndole el brazo, añadió—: Ahora regresemos. Mi barco y mi tripulación esperan. Me temo que ya ha pasado la hora en la que debería haber vuelto.

Lo que más temía Sophia era la reacción de la condesa. Pero una vez que el *Edinburgh* hubo zarpado hacia el norte, el único comentario de la anciana dama fue:

—El capitán Gordon es un hombre encantador.

Tenía la cabeza inclinada, atenta a su labor, e hizo su comentario de forma abstraída, como si temiera romper la concentración de Sophia, pero esta advirtió la pausa que siguió y comprendió que le estaba pidiendo una respuesta.

—Sí —asintió—, es un hombre muy atractivo.

—Si yo fuera más joven, es probable que me hubiera enamorado de él. Pero eso no quiere decir que atraiga a todas las mujeres —añadió.

Levantó la vista y en sus ojos sonrientes Sophia vio comprensión y perdón. Y aunque en ningún momento hablaron expresamente de ello, tuvo la seguridad de que, de algún modo, la condesa conocía lo esencial de lo que había ocurrido entre ella y el capitán Gordon en el sendero del huerto y que, cualesquiera que fuesen las esperanzas que hubiera podido albergar, las había abandonado sin ningún reproche y jamás volvería a mencionarle la cuestión.

No necesitaba buscar en el libro de *La antigua armada escocesa* para estar segura de que lo que había escrito era cierto, pero, en cualquier caso, lo consulté. Y en efecto, tal como suponía, allí constaban el cambio de nombre del barco del capitán Gordon, el *Royal William*, por el de *Edinburgh*; su viaje al norte en octubre, y el amotinamiento de sus hombres en Leith.

Después, por lo visto, había procurado mantener su palabra de hacer cuanto pudiera para asegurarse de que su barco no se interpusiera en el camino del joven rey Jacobo y de sus invasores franceses, en el caso de que se presentaran.

«El barco —escribía en un informe—, ha sufrido muchos daños por culpa del mal tiempo que hemos encontrado en el norte, y necesita ser reparado». Más tarde, tras haber solicitado y recibido orden de llevar el *Edinburgh* al dique seco, escribía al Almirantazgo en diciembre: «Todos los diques secos de aquí están ocupados en la actualidad, y el carpintero mayor no sabe todavía cuándo quedará libre alguno de ellos». Después, ya en enero, informaba de que el carpintero mayor había examinado el barco y había concluido que el *Edinburgh* necesitaba una reparación importante, o una reconstrucción. «No se requerirá mi presencia aquí durante algún tiempo. Por consiguiente —concluía el capitán—, deseo que comuniquéis esto a su alteza real, con el fin de obtener su permiso para ausentarme y viajar a la ciudad».

Muy inteligente, pensé yo mientras cerraba el libro. Arriesgado, pero inteligente. Había logrado mantener expeditas las rutas marítimas del norte para su rey.

XIII

Empezó noviembre y trajo consigo una pesada semana de viento y de tormentas, y otro huésped inesperado. Llegó a caballo y entró en las cuadras empujado por las ráfagas de un viento racheado del norte, y por una cortina de lluvia que empapaba su capa y la hacía caer pesadamente sobre los flancos de su montura. Para Sophia, que pasaba el rato acariciando a la yegua de ojos bondadosos y alimentando a Hugo, el mastín, con sobras de la cocina, el extraño que irrumpió de ese modo le pareció traído por una fuerza sobrenatural. Se le antojó un ser más oscuro y grande que el diablo.

Mientras él desmontaba, la joven retrocedió un paso, sujetando con la mano el collar de Hugo. Le sorprendió que el perro no hubiera gruñido y que ni siquiera hubiese amusgado las orejas. Sophia midió mentalmente la distancia que la separaba de la puerta y calculó qué posibilidades tenía de pasar por delante del recién llegado sin que este se diera cuenta. El hombre se hallaba de pie de espaldas a ella; al verlo ante el caballo se dio cuenta de que no era tan alto como le había parecido al principio. En realidad, probablemente no era mucho más alto que ella; era su capa, con la capucha que le caía sobre la cabeza y protegía su rostro, lo que la había confundido.

Más tranquila, lo observó mientras el hombre se ocupaba del caballo; primero quitó la pesada silla y después frotó con paja los agitados flancos del animal, para secarlos. «Ningún demonio —se dijo Sophia—, lo habría tratado con tanto cuidado». Miró de nuevo a Hugo, que seguía tranquilo a su lado, y notó que sus temores disminuían; se desvanecieron por completo cuando el hombre se dio la vuelta por fin, se echó hacia atrás la negra capucha y mostró un rostro fino y curtido, de facciones agradables, enmarcado por una barba

castaña bien recortada en la que aquí y allá aparecían las grises huellas de la mediana edad. No lucía peluca; llevaba los cabellos, que comenzaban a encanecer también, recogidos a la espalda sin ninguna preocupación por la moda.

—Lamento si os he asustado. —Tenía una voz agradable con la cadencia de los habitantes de las Highlands—. Perdonad, muchacha, que al principio, entre las sombras, os tomara por un mozo de cuadras. ¿Hay alguno aquí?

—¿Un mozo de cuadras? —Sophia ignoraba dónde se hallaba Rory en aquellos momentos. Miró a su alrededor.

—De todos modos solo necesito una manta y un compartimiento en las cuadras, y ambas cosas puedo encontrarlas yo solo.

No muy lejos de donde se hallaba vio uno que se adecuaba a sus deseos; cuando al poco rato llegó Rory, el animal ya estaba instalado confortablemente con una manta que el recién llegado había descolgado de un colgador próximo.

Los ojos de Rory se iluminaron al reconocer al visitante.

—¡Coronel Graeme!

—Sí —admitió el otro, sorprendido—. No esperaba que me recordaran. Deben de haber pasado dos años desde mi última visita.

Pero Rory sí se acordaba de él, y el evidente respeto con el que lo trataba le dijo a Sophia que aquel coronel Graeme no era un huésped cualquiera.

El hombre aún seguía pensando en su caballo.

—Necesitará algo de comida que lo haga entrar en calor —le dijo a Rory—, si tienes forma de procurársela. Hemos cabalgado durante todo el día bajo la lluvia.

Rory asintió, pero su breve y silenciosa mirada mostró más preocupación por el coronel, que estaba empapado también y necesitaba ropa seca inmediatamente.

—Me ocuparé de él —prometió refiriéndose al animal —. Mientras, la señorita Paterson puede llevaros a la casa.

—¿La señorita Paterson?

El hombre la observó con evidente interés, y Sophia no pudo evitar una sonrisa. No era culpa del recién llegado haber supuesto que era una sirvienta, por la naturalidad con la que se movía en las cuadras y porque llevaba uno de sus vestidos viejos y los escarpines manchados de barro. Soltó el collar del mastín para hacerle una reverencia.

—Será un placer conduciros a presencia de la condesa y del conde de Erroll, coronel.

Sus ojos chispeaban, y se adivinaba una sonrisa a través de la barba en la que apuntaban las primeras canas.

—Y a mí me complacerá mucho seguiros, joven.

Sophia lo llevó por la puerta de atrás, a través de las cuadras y los almacenes, hacia el pasillo que bordeaba el patio. No se había equivocado respecto de su estatura; los hombros del recién llegado estaban a la misma altura que los de ella y era un hombre fornido, pero desprendía una sensación de fuerza y tenía los andares del soldado que no se pavonea pero que se muestra seguro de sí mismo. Le recordaba a Moray. Y, como Moray, el coronel Graeme vestía, bajo su capa, una sencilla chaqueta de gamuza sobre los calzones y las botas, con el tahalí de su espada cruzado por encima del hombro con la naturalidad de quien está acostumbrado a llevarla.

—Mi memoria ya no es lo que era —dijo, mirándola de soslayo—, pero ¿me equivoco o vos no estabais en Slains hace dos años? Aunque, ¿quizá os ocultabais como hoy entre los caballos?

A Sophia le agradaba su rostro y su actitud cordial.

—No, no estaba aquí entonces. Llegué la primavera pasada.

—Ah, ¿sí? ¿Fue antes o después de que estuvieran aquí el coronel Hooke y su compañero?

Habían dado ya la vuelta al patio y llegaban a la base de la escalera que conducía al castillo; y dio gracias por ir delante de él, de forma que no podía ver su cara mientras fingía ignorancia. Porque, aunque le agradaba aquel hombre, no podía olvidar que debía ser precavida.

—¿El coronel Hooke? —repitió, y después volvió la cabeza para añadir—: Lo siento, pero no me suena ese nombre.

—No importa.

Cuando llegaron al piso de arriba, estuvieron a punto de tropezar con el conde, que salía de la biblioteca.

—¡Coronel Graeme! —Mostrándose tan sorprendido y complacido como se había mostrado Rory, el conde alargó el brazo para saludar al coronel con un cordial apretón de manos—. ¿Podéis decirme de dónde salís?

—Os lo explicaré, conde, en cuanto me ofrezcáis un trago de whisky.

Sophia no había visto que ningún hombre, salvo al duque de Hamilton, se comportara con tanta familiaridad con el conde; se había dirigido a él en un tono familiar y afectuoso, como si lo hubiera llamado «muchacho». Pero la manera como aceptaba el conde aquel trato daba a entender que se conocían desde hacía muchísimo tiempo, lo que se confirmó cuando el duque

pasó el brazo por encima de los hombros del coronel y lo condujo hacia el salón, anunciando:

—Mira quién ha venido a vernos, madre.

La condesa se acercó, encantada.

—No he oído que nadie llamara a la puerta.

—Entré directamente desde las cuadras. La señorita Paterson ha tenido el valor de guiarme, aunque tengo el aspecto de un facineroso y aún no le he sido presentado.

La condesa sonrió.

—Pues permitidme que yo le ponga remedio. Este es el coronel Graeme, Sophia. Tal como él dice, es un sinvergüenza, pero muy bienvenido entre nosotros. —Después, volviéndose hacia el coronel—: Patrick, esta es la señorita Paterson, de nuestra familia, que ha llegado este año para vivir con nosotros.

—Un honor. —No se inclinó para besarle la mano, como era costumbre, sino que se limitó a estrechársela con firmeza con un sincero apretón e inclinó formalmente la cabeza en un gesto que tuvo el mismo efecto.

—Venid a sentaros junto al fuego, Patrick. Si os quedáis ahí de pie con estas ropas mojadas pillaréis un resfriado —dijo la condesa.

—¡Pero si no estoy tan mal! Es mi capa la que se ha llevado la peor parte. En cuanto al resto, estoy bastante seco.

Se quitó de los hombros la empapada capa negra para demostrarlo, y la condesa la tomó de su mano y la extendió frente al fuego.

—Aun así —insistió, y señaló con la mano un sillón junto a la chimenea, en un gesto que era mitad invitación, mitad orden.

El coronel cedió con un caballeresco encogimiento de hombros, pero aguardó a que la condesa y Sophia

ocuparan sus asientos antes de hacerlo él. El conde, que había salido un momento del salón, volvió con un vaso medio lleno de whisky, que colocó en la mano del coronel.

—Aquí tenéis vuestra bebida —dijo—. Y ahora contadnos qué os trae por aquí. Creíamos que estabais en Francia...

—Y lo estaba. Desembarqué hace un par de días al norte de aquí, y he venido tan rápidamente como me ha sido posible. Os traigo un mensaje de vuestro hermano —dijo, mirando a la condesa, y después dirigió una brevísima mirada a Sophia.

—La señorita Paterson es de la familia, y sabe guardar un secreto.

—Sí, ya he podido comprobarlo. —De nuevo se insinuó una sonrisa en su delgado rostro—. Cuando le pregunté si conocía al coronel Hooke, casi me convenció de que jamás había estado en Slains.

Sophia se ruborizó.

—No estaba segura de...

—No, no. Hicisteis muy bien, muchacha —dijo—. Nunca se puede ser demasiado precavido en estos tiempos. Fue culpa mía por haber olvidado que vos no sabíais quién era yo. Solo quería saber si habíais visto a mi sobrino y podíais decirme cómo estaba porque, aunque los dos vivimos en Francia, últimamente nuestros caminos no parecen cruzarse.

Sophia arrugó el ceño, confusa.

—¿El coronel Hooke es sobrino vuestro? —preguntó.

—Se refiere al señor Moray —aclaró la condesa y, después, respondió por Sophia—: Vuestro sobrino se encontraba muy bien mientras estuvo aquí.

—Me temo que no estaba muy contento conmigo —intervino el conde—. Habían puesto precio a su cabeza, y

yo no podía permitir que se arriesgara, como él deseaba, a viajar por las Highlands; así que tuvo que permanecer todo el tiempo aquí con nosotros.

—Comprendo.

La mirada del coronel se posó un instante en Sophia, y esta tuvo la sensación de que veía más de lo que ella habría deseado. Se alegró de que todavía le durara el rubor de su reciente confusión, porque así nadie advertiría el rojo más intenso que habían adquirido sus mejillas a raíz de aquella conversación acerca de Moray, ni su reacción ante la noticia de que el coronel Graeme era su tío.

—Aun así —dijo la condesa—, no se quejó mucho y pareció mantenerse ocupado. Aunque es cierto que lo encontré muy callado.

—No como yo. ¿Es eso lo que queréis decir? —preguntó el coronel, sonriendo—. Sí. John guarda para sí sus ideas y sus sentimientos, porque lo siente todo muy profundamente. Ha sido así desde niño, y los años que ha vivido como soldado no han hecho más que acentuar esa forma de ser.

—¿Dónde combate ahora su regimiento? —preguntó el conde—. ¿Están en Flandes?

—Sí, están allí, pero John no se encuentra con ellos. Hooke ha querido tenerlo cerca, en París. No permitirá que nadie que sepa algo de los planes del joven rey se aleje mucho de Saint-Germain estos días, por temor a que se corra la voz.

—¡Están locos si todavía no saben que la noticia está en el aire! —replicó secamente la condesa—. A fe mía que parece, a juzgar por los informes que nos llegan de allí, que la mitad de la corte de Saint-Germain está formada por espías de la reina Ana.

—Sí, probablemente. Lo cual sin duda es la razón de que vuestro hermano haya decidido enviaros su mensaje empleando esto —se dio una palmada en la cabeza—, en vez de recurrir al papel y a la pluma.

—¿Cuál es ese mensaje?

Durante esta última parte de la conversación, Sophia había estado escuchando solo a medias, tan grande había sido su alivio al saber que Moray no había corrido peligro todos aquellos meses en ningún campo de batalla, como ella temía, sino que se hallaba a salvo en París. Probablemente él no se sentía feliz al verse confinado de nuevo en lo que sin duda le parecería una cárcel con barrotes de oro, pero por lo menos estaba segura de que se encontraba bien y seguía con vida.

Ninguna otra noticia le parecía más importante en ese momento. Pero de pronto notó una gran expectación en el salón, lo cual atrajo de nuevo su atención hacia lo que el coronel estaba a punto de decir, porque se dio cuenta de que podía ser la noticia que llevaban esperando desde hacía tantas semanas.

Lo era, en efecto.

—Me han enviado a deciros que esperéis una fragata que partirá de Dunkerque y que arribará pronto como señal de que todo está listo para que dé comienzo la invasión.

La condesa batió palmas como una niña.

—¡Oh, Patrick! ¿Cuándo? ¿Cuándo llegará?

—Vuestro hermano cree que es solo cuestión de días y que deberíais estar preparados. El mensajero será Charles Fleming. ¿Os acordáis del joven Fleming?

—Sí, lo recuerdo —asintió la condesa.

—Es un buen hombre —lo definió el coronel Graeme —. Traerá instrucciones para vos dictadas por el propio rey, que llegará no mucho más tarde.

La mente de Sophia se evadió de nuevo, dejando que los demás continuaran con su animada charla. Volvió la cabeza hacia el gran ventanal y hacia el mar que se hallaba tras él, y sintió que ni siquiera aquella inmensidad de las aguas podía contener su creciente felicidad. «Es solo cuestión de días». Estas palabras eran como una música repetida en un gozoso estribillo que ahogaba todos los demás ruidos.

No fue consciente de que reclamaban su atención hasta que notó un golpecito en el costado, que la sacó de su ensimismamiento y la hizo mirar a su alrededor para pedir una disculpa por su distracción. Pero no había nadie tan cerca como para que pudiera habérselo dado. El conde, el coronel y la condesa seguían en sus asientos, ocupados en una animada conversación. Notó de nuevo aquella misma sensación, pero no contra su costado esta vez, sino más profundamente, en su vientre, y entonces se dio cuenta de qué se trataba. Su hijo comenzaba a moverse.

Este primer contacto con la vida que se desarrollaba en su interior la llenó de sorpresa. Aunque sabía que era mera coincidencia, pues la hermana de Kirsty llevaba semanas diciéndole que podría sentirlo en cualquier momento, no podía evitar pensar que era una buena señal que ocurriera precisamente ahora, como si la criatura también se alegrara de la noticia de que Moray no tardaría ya en reunirse con ellos.

La condesa se echó a reír tras un comentario que el coronel Graeme acababa de hacer; aquel estallido de risa contagió a Sophia, de forma que ella rio también.

El rostro enjuto del coronel se volvió hacia la joven admirativamente.

—¡Este sí que ha sido un sonido jovial! —dijo.

—Y que no habíamos oído mucho últimamente —añadió la condesa al tiempo que recuperaba el aliento y miraba con cariño a Sophia—. Me temo, Patrick, que tendremos que reteneros algún tiempo con nosotros porque, como veis, andamos muy necesitados de alegría.

El coronel se arrellanó en su sillón y sonrió.

—Seré feliz de poder brindárosla —aseguró—, mientras no falte el whisky.

En la puerta de entrada a la casa, Jimmy sostenía con las dos manos una bandeja tapada, como un rey mago portador de preciosos dones.

—Les conté a mis amigos del hotel Saint Olaf que había estado a punto de caerse ayer en la colina, querida, y me han dicho que tal vez necesitaría usted esto.

Me hice a un lado para dejarlo pasar. Aún estaba un poco desconcertada, porque llevaba rato escribiendo y de pronto, al entrar él, había visto que era de noche. Obviamente venía del hotel. Sus ojos chispeaban risueños y en su aliento se percibía un olorcillo a whisky, pero no podía ser muy tarde porque, en tal caso, un caballero como Jimmy Keith no se habría atrevido a venir a visitarme.

—Debería sentarse —me dijo, señalando con un gesto mi tobillo vendado, y liberó una mano para ayudarme a caminar cojeando hasta la silla más próxima.

El tazón que llevaba en la bandeja desprendía un rico y penetrante olor a azúcar moreno tostado.

—¿Qué es, Jimmy? —pregunté.

—Tan solo un pequeño capricho. Pero necesitará usted tenedor y cuchara —decidió, y fue a buscarlos a la cocina; después dejó el tazón en la mesa a mi lado y retiró la tapa para mostrarme una enorme porción de pastel de color caramelo tostado, bañado en un lago de nata—. Es un pringoso pudín de caramelo, pero le aseguro

que nunca ha probado otro mejor que este. Lo hacen en el Saint Olaf.

Tras el primer bocado tuve que reconocer que casi valía la pena haberme torcido el tobillo.

Jimmy rechazó amablemente mi agradecimiento.

—No ha sido ninguna molestia. Iba a subir aquí de todos modos para vaciarle las monedas del contador.

—Oh, todavía funciona —me apresuré a decirle—. Aún me quedan bastantes monedas.

No quería poner en un compromiso a ninguno de sus hijos y estaba segura de que si echaba un vistazo al contador se daría cuenta de que la aguja no marcaba el punto que debería marcar. Me alivió ver que aceptaba lo que yo le decía sin más comentario y que dirigía su atención a la cocina económica.

—Todavía tiene suficiente carbón, ¿verdad? —Había abierto la portezuela y examinaba el fuego.

—Sí, gracias. Stuart la llenó por mí.

—Sí. Ya veo —dijo en tono seco—. Es incapaz de encender un buen fuego. —Cogió el atizador y comenzó a mover los carbones hasta que quedaron a su gusto—. La verdad es que no es habitual ver a Stuie hacer alguna cosa por alguien que no sea él mismo. Usted ha inspirado a ese gandul.

Agradecí estar comiendo y tener solo que murmurar alguna evasiva con la boca llena de pudín antes de que comenzara a sonar el teléfono y me rescatara. Me acerqué cojeando para responder personalmente, y Jimmy no me lo impidió.

La voz de Graham sonó en mi oído, cálida.

—Hola.

Apreté el auricular contra mi oreja y bajé la voz.

—Hola.

A mi espalda, Jimmy cerró de golpe la puerta de la cocina económica, que resonó con un fuerte ruido metálico y permaneció de pie junto a ella.

—Iré a buscar un poco más de carbón ahí detrás —anunció, y pasó junto a mí silbando.

—¿Era mi padre? —preguntó Graham.

—Sí.

—Te cuidan bien, por lo visto.

—Sí. Me ha traído un pudín de caramelo.

—Es un buen hombre. ¿Cómo está tu tobillo?

—¿Cómo te has enterado?

—Tengo mis fuentes de información. ¿Cómo lo tienes?

—No demasiado mal. El doctor Weir dice que necesito guardar reposo un par de días.

—¡Ah!

—¿Por qué ese «¡ah!»?

—Porque tenía una proposición que hacerte, pero, si se supone que tienes que descansar…

—Es solo una torcedura, no está tan mal. —Miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba sola—. ¿Qué proposición?

—Pensaba que, puesto que mi hermano está en casa cuidando a mi padre y puesto que a mí me resulta difícil ir a verte con esos dos rondando por tu casa continuamente, se me había ocurrido que tal vez te apetecería venir a Aberdeen este fin de semana.

Esta vez me tocó a mí exclamar:

—¡Ah!

—Podrías traer el ordenador —me dijo—, así no perderías horas de trabajo. Yo también tengo algunas cosas que hacer con el mío.

—No es eso. Es, simplemente, que le prometí a Jane, mi agente, que iría a Peterhead a almorzar con ella el sábado.

No le dije que, indirectamente, Jane también lo había invitado a él, porque de momento no consideraba en absoluto la posibilidad de someterlo al escrutinio de mi amiga. Ella podía ser peor que mi padre cuando se trataba de ahuyentar a mis novios, y yo no quería que ahuyentara a Graham. Él era especial.

—No te preocupes —dijo—. Podría ir a buscarte después del almuerzo, y aún dispondríamos de la mitad de la tarde, de la noche

y de todo el domingo.

Planteado así, y con su voz tan persuasiva y próxima a mi oído, no encontré ninguna razón para negarme.

—De acuerdo. Me encantará.

—Estupendo.

Jimmy volvía, todavía silbando. Levanté la voz para hablar en un tono más normal.

—Está bien. Te telefonearé mañana y concretaremos los detalles.

—Yo te telefonearé —prometió.

Colgué el auricular de la manera más profesional que pude, por eso me pilló por sorpresa que Jimmy preguntara:

—¿Era mi hijo?

Afortunadamente Jimmy miraba el cubo del carbón que estaba llenando, en lugar de mi cara; no había visto cómo contenía la respiración. Sin levantar la cabeza, observó:

—Stuart es un buen muchacho, pero también puede ser un incordio.

Solté el aire y me relajé.

—No era Stuart. —Después, como me pareció que podía serme útil, añadí—: Era Jane, mi agente. ¿Se acuerda usted de Jane?

—Sí. No es el tipo de mujer que un hombre olvide fácilmente.

—Voy a ir a almorzar con ella este sábado, a Peterhead —dije. Y después añadí sin darle demasiada importancia—: Incluso puede que me quede allí a pasar el fin de semana con su familia.

A Jimmy le pareció una buena idea.

—No puede estar encerrada aquí eternamente. La gente se vuelve loca sin un poco de compañía.

Vi que levantaba el saco de carbón y volcaba ruidosamente en el cubo los restos que quedaban, y pensé en lo que debía de ser para él estar solo en su casa. Recordé lo que me había dicho Graham acerca de su padre y de lo solo que se había sentido tras la muerte de su esposa. Tenía a sus hijos y a su grupo de amigos en el Saint Olaf, pero no era lo mismo que convivir con una mujer.

Por eso, cuando acabó con el carbón y se disponía a marcharse discretamente, le pregunté si podía ponerme un poco de agua para hacer té y, después, si no le apetecería quedarse a tomar una taza conmigo. Pasamos dos horas charlando, riendo y jugando al gin rummy con la baraja que yo solía emplear para hacer solitarios.

Porque, como muy acertadamente había dicho Jimmy, a veces es mejor tener compañía que estar solo.

XIV

El coronel Graeme mantuvo su palabra y se quedó en Slains.

Sophia supuso que se quedaba porque quería estar allí para ver llegar la fragata que anunciaría el inicio de la invasión del rey y porque le gustaba la hospitalidad del castillo, pero en todo caso encontró un gran placer en su compañía. Llegó a envidiar a Moray por tener un tío tan simpático y tan diferente de su tío John Drummond; eran el día y la noche. Era más hablador que su sobrino y más agudo encontrando el lado divertido de los acontecimientos diarios, pero se parecía lo suficientemente a él para que, en su compañía, Sophia se sintiera cómoda y en un ambiente familiar.

Aportó animación a Slains porque, al igual que su sobrino, no sabía estarse quieto. Si su cuerpo dejaba de moverse, su espíritu se mostraba impaciente y buscaba diversión. Casi todas las noches jugaban a las cartas, y enseñaba los nuevos juegos de naipes que estaban de moda en la corte del rey de Francia y en Saint-Germain.

Una tarde lluviosa, hacia el final de la semana, empezó a enseñar a Sophia a jugar al ajedrez.

—Estoy seguro de que vos tenéis talento para esto —afirmó—. Y no hay muchas mujeres que lo posean.

Sophia se sintió halagada y deseó satisfacerlo. Vio con desánimo cómo disponía las piezas en el tablero de madera que había colocado entre los dos en la mesita de la biblioteca. Aquel montón de figuras, finamente talladas en madera y extrañamente pintadas en blanco o en negro —torres de castillo, cabezas de caballo, y mitras episcopales flanqueando dos piezas coronadas más altas que las demás—, parecían mirarla con aire de duda.

—Yo no tengo mucha suerte en los juegos —dijo Sophia.

—No es un juego de suerte —replicó él, a la vez que colocaba en una fila ocho figuras más pequeñas delante de las otras. Después, dirigiéndole una mirada tranquilizadora, insistió—: Es un juego de estrategia. Una batalla, si queréis, entre mis hombres y los vuestros. Mi ingenio y el vuestro.

Ella sonrió.

—Entonces ganaréis vos, sin duda.

—No debéis iniciar una batalla pensando que vais a perderla. Prestad atención y permitidme que os enseñe cómo se juega. —Él era soldado y por tanto le enseñó los diferentes movimientos desde el punto de vista de un soldado, comenzando por los de las líneas más avanzadas—. A estos hombres de aquí, los peones, no se les permite tomar decisiones. Solo pueden avanzar caminando un pie tras el otro, en línea recta hacia el enemigo, salvo cuando atacan: entonces siguen el impulso de su brazo armado con la espada, así, en la diagonal. —Se lo mostró moviendo su peón contra uno

de ella—. En cambio, los caballeros, que se encuentran detrás, pueden moverse con más rapidez, porque avanzan a caballo y son más osados.

Así, pieza a pieza, fue describiendo a todos los jugadores y fue colocándolos ordenadamente en el campo de batalla. Durante la primera partida, él se dedicó a explicarle cada vez todas sus opciones; qué movimientos podía hacer, con qué piezas, pero sin aconsejarla. La elección se la dejaba a ella y, o bien la acogía con aprobación, apoyando la espalda en su asiento, o bien, con una amable y divertida sonrisa, se apoderaba de la pieza que Sophia había puesto en peligro.

La joven intentó aprender de cada error y, aunque el coronel la venció, como ya había supuesto que ocurriría, sintió cierta sensación de triunfo por haberle presentado alguna apariencia de batalla. Su satisfacción se hizo mayor aún cuando el coronel le dijo:

—Lo habéis hecho extraordinariamente bien, joven, ¿No os había dicho que teníais talento para eso?

—Me gusta este juego.

—Sí, ya lo veo. —La observó sonriendo—. Tenemos tiempo para jugar una partida más antes de la cena, si queréis.

La habilidad de Sophia fue aumentando cada día.

—Os ganará, coronel —advirtió el conde cierta tarde que los vio jugar desde el sillón en el que estaba leyendo.

—Sí, puede que estéis en lo cierto.

Juntando los dedos, el coronel Graeme observó el tablero y silbó levemente entre dientes. Tardó un rato en decidirse. Finalmente movió una pieza. Sophia pensó que había cometido un error, porque dejaba un punto débil en sus líneas por el que ella podría atacar. Pero, cuando se aprovechó de aquella ventaja, vio que el error

había sido suyo, porque el coronel Graeme deslizó silenciosamente su alfil a través del tablero.

—Jaque.

No lo había visto venir, y se quedó mirando, incrédula, cómo el alfil amenazaba a su rey. Ante su expresión compungida, el coronel Graeme advirtió:

—Tenéis que vigilar todo el campo de batalla, muchacha, y emplear vuestro ingenio antes que vuestras armas. Cuando visteis que movía aquella pieza, vuestro primer pensamiento fue tomar la torre que yo había dejado sin protección, ¿verdad? Igual que la mayoría de los soldados que entran por primera vez en batalla creen que su principal misión es defender su posición, para lanzarse luego contra el enemigo y hacerle todo el daño que puedan.

—¿Y no es así?

El coronel sacudió la cabeza.

—No siempre. En la guerra, como en el juego del ajedrez, tienes también que defender a tu rey. —La sonrisa del coronel era sabia y comprensiva ante la juventud y la inexperiencia de la joven—. Ninguna batalla puede ser considerada una victoria si se ha perdido al rey.

Sophia hizo un gesto con la cabeza para mostrar que lo había entendido, pero seguía con el ceño fruncido y la vista fija en el tablero. No veía ningún movimiento que pudiera sacar a su rey del peligro y, sin embargo, sabía que tenía que haber uno, porque el coronel no había dicho «jaque mate», sino simplemente «jaque». Su terca concentración no cejó hasta que la condesa fue a buscar a los dos hombres.

Los rasgos de la condesa mostraban firmeza mientras decía a su hijo:

—Tenemos otra visita, una persona que, por cierto, no me ha caído demasiado bien. Viene con cartas de presentación del conde de Marischal, pero hay algo en su aspecto que no me inspira confianza.

El visitante aguardaba tranquilamente en el salón. Era un hombre de edad —parecía haber rebasado la sesentena—, corpulento, con una cara de rasgos marcados y unas manos que dieron la impresión de tragarse la del conde cuando este se la tendió formalmente para saludarlo. Era más alto que el conde, que rebasaba con creces el metro ochenta, llevaba el traje habitual de un montañés y habría mostrado una apariencia algo temible, de no ser por el cansancio que se advertía en una persona a la que había castigado el paso de los años.

—¡Por Dios! —exclamó el coronel Graeme nada más entrar en el salón siguiendo a Sophia—. ¡Capitán Ogilvie!

La condesa se volvió a mirarlo.

—¿Se conocen?

—Sí. Hemos servido juntos en Francia —dijo el coronel Graeme, que cruzó la estancia para saludar al anciano con evidente satisfacción—. Somos viejos conocidos. ¿Cómo diablos os va?

El capitán Ogilvie se mostró igualmente complacido de encontrar en la casa a un camarada y compañero de armas, pero se puso algo más tenso cuando respondió:

—Bastante bien, aunque ya soy demasiado viejo para combatir y he de ganarme la vida por algún otro medio. —Por su tono, Sophia dedujo que el cambio de vida había sido un trago amargo para él, que le resultaba penoso apurar—. ¿Qué es de vuestra vida? Pensaba que aún estaríais en Flandes.

—Solicité permiso para venir a Escocia por un asunto familiar —fue la fácil excusa del coronel—. Pero

regresaré pronto.

De pie a un lado, la condesa observaba aquella imprevista reunión con un rostro inescrutable que no daba ningún indicio de en qué podía estar pensando. Sophia no alcanzaba a ver qué era lo que turbaba tanto a la condesa con respecto a Ogilvie; su mirada le pareció bastante amable cuando la presentaron.

—Debéis de estar agotado, capitán —intervino la condesa—, si habéis venido cabalgando en una jornada desde las tierras del conde de Marischal. Tenéis que descansar en Slains hasta que os hayáis recuperado de vuestro viaje.

La reverencia de Ogilvie fue profunda y expresó su gratitud.

—Sois muy amable, condesa.

—En absoluto —replicó ella sonriendo—. Permitidme que llame a un criado para que os acompañe a vuestro aposento.

En cuanto el capitán hubo abandonado la sala, la sonrisa de la condesa se desvaneció y se volvió hacia el coronel Graeme, expectante.

—Y ahora, Patrick, contadme todo lo que sepáis de ese hombre.

—Merece toda vuestra confianza —respondió con rotundidad el coronel.

—¿Por qué?

—Porque lleva más tiempo que vos y que yo al servicio de los Estuardo. Hace veinte años combatió por el viejo rey Jacobo; y fue uno de aquellos valientes montañeses que cargaron con Dundee en el paso de Killicrankie y rompieron las líneas inglesas. Cuando se volvieron las tornas, se unió a aquel grupo de montañeses que escogieron seguir al viejo rey al exilio. Eran ciento cincuenta hombres, que sacrificaron todo lo

que tenían para servir al rey Jacobo y sobrevivir con la paga de un simple soldado. Hay una isla en el Rin llamada aún la isla de los Escoceses, porque la tomaron a la manera de los montañeses, de noche, vadeando el río uniendo los brazos, con el agua que les llegaba a los hombros y luchando contra una fuerza mucho más poderosa que ellos. El rey de Francia los considera una leyenda, como todo el mundo en Saint-Germain, pero pocos de ellos sobrevivieron. Cuando conocí al capitán Ogilvie, hace diez años, los ciento cincuenta habían quedado reducidos a veinte. Y ahora deben de ser muchos menos aún.

El relato pareció conmover al joven conde.

—He oído hablar de esos montañeses —dijo—, pero jamás pensé que uno de ellos buscaría refugio bajo mi propio techo. —Dando un paso adelante, se dirigió al coronel—: ¡Por supuesto que es bien recibido!

La condesa asintió.

—Sí, y gracias, Patrick, por haber disipado mis temores.

Pero Sophia vio que aún había cierta reserva en sus rasgos, como si todavía conservara alguna duda.

Sin embargo, estaba claro que el coronel Graeme no tenía ninguna. A la mañana siguiente, cuando él y Sophia se disponían a reanudar su interrumpida partida de ajedrez, se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Ogilvie. Viendo que estaban ocupados, se disculpó y comenzó a retirarse, pero el coronel Graeme no lo consintió.

—Venid y uníos a nosotros, capitán.

—Si estáis seguro de que no soy un estorbo...

—De ninguna manera. Incluso podréis mejorar nuestro juego, si nos hacéis de público.

Sophia dudaba de que hubiera algo que pudiera mejorar su juego esa mañana, atrapada como seguía y con su rey irremediablemente en jaque. Mientras el capitán Ogilvie se sentaba en una silla junto al fuego, aprovechó la oportunidad para estudiar de nuevo la posición de las piezas en el tablero, con la esperanza de dar casualmente con el movimiento que librara a su rey del peligro.

El coronel Graeme la observaba atentamente desde el otro lado de la mesa, sin intentar ocultar su diversión.

—Hay una forma de libraros de esta situación —dijo.

—Y vos no querríais indicarme cuál es, ¿verdad?

Jamás le había indicado qué jugada debía hacer ni le había aconsejado un movimiento concreto, pero mientras le enseñaba aquel juego la había ayudado a veces a encontrar la salida adecuada. También lo hizo esta vez.

—Tiene que ver con vuestra reina.

—Mi reina. —La miró, pero no vio ninguna escapatoria. Y, de repente...—: ¡Oh, sí! —exclamó, e hizo el movimiento.

—¿Lo veis? —La sonrisa del coronel Graeme mostró que se sentía orgulloso de su discípula—. Lo que os decía. Ahora vuestro rey está a salvo. De momento, al menos —añadió, burlón.

Ogilvie observaba el desarrollo de la partida con relativo interés, pero Sophia estaba segura de que el capitán no permanecería sentado allí mucho rato sin que lo venciera la tentación de narrar alguna anécdota. La noche anterior, durante la cena, los había tenido a todos pendientes de sus historias y contarlas parecía producirle un gran placer. Por su parte, Sophia tampoco ponía ninguna objeción a oírlas. Las encontraba fascinantes y cuajadas de atrevidas aventuras; aunque, a

decir verdad, también las habría escuchado en el caso de que fuesen aburridas, porque su buen corazón le impedía negar a un hombre como Ogilvie, cuyos días de grandeza y de gloria quedaban ya lejos, la posibilidad de revivirlos de nuevo en su memoria mientras los relataba.

—Sí —dijo Ogilvie arrellanándose en su asiento—. A menudo está en manos de la reina la posibilidad de salvar al rey. Nuestro joven rey Jacobo debe mucho a su madre. No estaría vivo de no haber sido por su valentía al llevarlo consigo a la otra orilla del mar.

El coronel Graeme también intuía que el capitán se disponía a narrar una anécdota y lo animó a seguir.

—Sí, deberíais contárselo a esta muchacha. En aquel entonces no debía de ser más que una niña.

Ogilvie miró a Sophia y, al verla receptiva, continuó:

—Veréis, el joven rey, que a la sazón era príncipe de Gales, apenas tenía seis meses. Era en esta misma época del año, los primeros días de diciembre, y en todas partes el tiempo era muy malo, frío y tempestuoso. Las cosas le estaban yendo mal al viejo rey ya que estaba perdiendo el control del reino. La mayoría de sus generales, Marlborough entre ellos, se habían pasado al bando de Guillermo de Orange, y su propia hija, Ana, acababa de huir en secreto. Aquello le había hecho mucho daño. Era una cruel herida que la hija a la que más quería lo hubiera traicionado. Después de aquello, perdió su espíritu de lucha y se desinteresó por lo que pudiera ocurrirle, aunque seguían preocupándolo mucho la reina y el pequeño príncipe de Gales. Sabía que el niño no estaría a salvo por culpa de todas las falsedades que habían difundido los whigs acerca de que el pequeño Jacobo no era, en realidad, hijo de la reina. Era una diabólica mentira —exclamó apasionadamente el capitán—. ¿Cómo podía soportar eso la reina, que

había dado a luz en una habitación llena de testigos, como hacen todas las reinas?

En este punto se le quebró la voz a causa de la emoción, impidiéndole añadir cualquier otro comentario.

Sophia se dio cuenta de que lo que había querido decir era que él no lo entendía. Que no sabía por qué María de Módena había soportado aquella calumnia. Pero lo que le resultaba inconcebible a Sophia era que una mujer, cualquier mujer, fuera capaz de resistirlo: engendrar un hijo, traerlo al mundo y, después, ver que es rechazado por aquellos que ella pensaba que... le parecía impensable. La joven resistió a duras penas el impulso de apoyar la mano sobre su propio vientre mientras Ogilvie, que ya se había recuperado, prosiguió:

—Pero el viejo rey había decidido que la reina y el príncipe de Gales salieran de Londres y fueran llevados a Francia. Una decisión que se mantuvo en secreto para todos, salvo para unos pocos.

La luz del fuego proyectaba sombras en su expresiva cara cuando se inclinó hacia ellos para hacerlos también partícipes del mismo secreto. Siguió con su relato como si él lo hubiera protagonizado en persona.

—Durante la cena, la noche en la que estaba prevista la huida, la reina ocupó su lugar en la mesa. Estaba tranquila y desempeñó su papel con tal perfección que nadie sospechó nada. Después se retiró a su aposento, cambió su precioso vestido por unas prendas vulgares y envolvió al príncipe en una especie de hatillo, como si fuera una simple criada que llevara ropas a lavar. Se le habían asignado dos caballeros fieles para protegerla y llevaba consigo a su doncella. Por pasadizos secretos salieron del palacio de Whitehall y, procurando no ser

vistos, se metieron en el carruaje que aguardaba para llevarlos río abajo.

Sophia tuvo que luchar contra el deseo de contener la respiración mientras su fantasía viajaba con la reina a través de las sombras. Se mordió el labio inferior.

—La noche era tan oscura —prosiguió el capitán Ogilvie—, que apenas podían verse los unos a los otros. La travesía del Támesis, bajo la lluvia y un fuerte viento, resultó peligrosa. Pero cuando, finalmente, cruzaron a la orilla opuesta, se encontraron con que el carruaje y los seis caballos que debían estar esperándolos no se hallaban allí. La reina se vio obligada a refugiarse del mal tiempo junto al muro de una iglesia, peligrosamente expuesta, mientras sus hombres iban en busca del carruaje. Estuvieron a punto de descubrirlos. Pero la Providencia los protegió, como hizo también luego, esa misma terrible noche, cuando casi los detuvieron camino de Gravesend. Escaparon de allí por los pelos y llegaron a salvo a la costa, donde se juntaron con otra gente para viajar por mar a Francia. Fue una travesía terrible, pero la reina no dejó escapar ni una queja. ¡Una mujer excepcional y valerosa —proclamó—, gracias a cuyo coraje tenemos hoy un rey, porque, de haber permanecido en Inglaterra, nada habría podido salvarlos!

El coronel Graeme, que como suponía Sophia, también recordaba aquellos días revueltos y llenos de traiciones, comentó asintiendo:

—Una historia muy emocionante, sí.

—Yo la escuché de labios del conde de Lauzon. Estuvo allí; fue uno de los dos hombres que guiaron a la reina María la noche de su huida de Whitehall, para cruzar el río, seguir luego hasta Gravesend y pasar a Francia. Vio cómo ocurrió todo, y lo conservó en su

memoria hasta que cierta noche, con algo de vino, yo lo ayudé a soltarlo. —El capitán Ogilvie sonrió, recordándolo—. Me contó otras muchas cosas, pero no puedo hablar de ellas en presencia de una muchacha.

Sin embargo, se acordó de otra que no era demasiado ofensiva y se arrellanó en su sillón para narrarla. Sophia la escuchó a medias y sonrió cuando se suponía que tenía que hacerlo, dado el escandaloso comportamiento del conde que la protagonizaba, pero su imaginación había quedado tan atrapada por el relato que acababa de oír sobre la huida de la reina María de Inglaterra a Francia, que todavía horas después seguía pensando en ella.

Aquella tarde pasó mucho rato ante el gran ventanal arqueado del salón contemplando el mar y preguntándose cómo debió de sentirse aquella mujer arrojada a merced de las impetuosas y violentas olas, sin saber con seguridad qué futuro aguardaba al pequeño que llevaba en sus brazos y temiendo por la seguridad del marido en aquel país que estaba abandonando y al que tal vez no volvería nunca más. ¡Cuán profunda debió de ser la desesperación de la reina!

No se dio cuenta de que alguien había entrado en la estancia hasta que el coronel Graeme, a su espalda, se dirigió a ella en un tono tranquilizador, como si supiera cómo se sentía por dentro e intentara animarla.

—No me sorprendería que tuviéramos nieve antes de que se acabe el día. Esas nubes parecen anunciarla.

Se adelantó y se colocó junto a ella, siguiendo con la suya la mirada de Sophia y sin decir nada, solo haciéndole compañía.

Sophia miró un instante los fríos nubarrones grises que se alzaban más allá de la ventana, y después, en aquel cómodo silencio, dijo sin volverse:

—A mi padre siempre le encantó el mar.

Él la observó con sus ojos astutos.

—Pero a vos no.

—No me fío de él. Parece agradable en verano, pero presenta un aspecto muy distinto, que no me gusta nada, en diciembre.

—Sí —asintió él—, no hay nada tan melancólico como el mar en invierno, porque nos dice que hemos llegado realmente al final del año, que han pasado todos sus días y que sus alegrías y penas no volverán jamás. —Se volvió a mirarla y sonrió—. Pero así es como cambian las estaciones, como debe ser, por el designio de la naturaleza. Los campos tienen que agostarse para el barbecho y los pájaros deben cesar un tiempo en sus trinos; todo cuanto crece debe morir y quedar en silencio bajo la nieve, igual que el mar en invierno muestra su rostro de tormentas, de muerte y de esperanzas hundidas; ese rostro que a vos tanto os disgusta. Pero así son las cosas y cuando seáis tan mayor como yo, tal vez incluso lo recibiréis con agrado.

—¿Recibir con agrado el invierno?

—Sí. —No se había movido, pero Sophia sintió su voz como un abrazo consolador rodeando sus hombros—. Porque si no hubiera invierno, jamás podríamos esperar la primavera. —Sus ojos le transmitían calor y sabiduría —. Vendrá la primavera. —Hizo una pausa y después añadió en el mismo tono lleno de confianza—: Y él también vendrá.

«Se refiere al rey, naturalmente», pensó Sophia. Decía que el rey volvería. Y, sin embargo, creyó ver un brillo fugaz en sus ojos antes de que se desviaran de los suyos para hacer otro comentario acerca de las nubes cargadas de nieve que se acercaban cada vez más a la

costa. En aquel instante se preguntó si no se estaría refiriendo a otra persona.

Jamás mencionaban el nombre de Moray. Tras saber que su sobrino se encontró bien durante el tiempo que permaneció en Slains, dio la impresión de que el coronel se contentaba con aquella seguridad. No había preguntado detalles de lo que Moray había hecho allí, como si creyera que no era asunto de su incumbencia. Sophia pensaba que los dos hombres eran muy parecidos; ambos se sentían atados por reglas de honor que les impedían inmiscuirse en la vida privada de otra persona y que los obligaban a proteger la suya.

También se alegró de que él no conociera cuáles eran sus pensamientos privados en aquellos momentos. Porque estaba pensando en la desesperada huida de María de Módena, en el temor, en la fe y en la esperanza que debían de haber impulsado a la reina a desafiar el invierno y hacer aquella travesía con su hijo de pocos meses. Y en que, en estos momentos, aquel mismo niño, nacido para ser rey, estaba dispuesto a jugarse la vida y la suerte en las mismas olas frías e implacables que parecían decididas a separar a los Estuardo de sus esperanzas y de su destino regio.

Intentaba ver, como le había aconsejado el coronel Graeme, la promesa que contenía el mar en invierno, pero no podía. Las aguas de un gris verdoso, estériles, se extendían hasta juntarse con los nubarrones que se acercaban hacia la costa y cuya oscuridad era el anuncio de inminentes tormentas.

En todo el tiempo que llevaba en Slains, y desde que había oído hablar por primera vez de la planeada invasión para que regresara el rey, Sophia jamás se había parado a pensar que el plan pudiera fracasar. Hasta aquel instante.

Desde mi ventana podía ver las olas que rompían contra el dique del puerto. El viento era fuerte aquella mañana, y las olas, altas y veloces, proyectaban una furiosa cortina de salpicaduras que quedaban colgando en el aire en forma de bruma y me impedían ver la curva de la playa nevada. No podía distinguir nada con claridad. Más allá, el mar había adquirido un gris más intenso a la sombra de los grandes nubarrones oscuros que ahora se acumulaban y ocultaban el sol.

No me resultaba difícil, mientras estaba allí de pie, sentir lo que debió de sentir Sophia. Aquel mar de invierno no era tan diferente del que yo había descrito a través de sus recuerdos. A través de sus ojos.

Tampoco me costaba intuir junto a mi hombro la sombra del coronel Graeme. Podía sentirlos a todos a mi alrededor, a todos cuantos habían vivido aquel invierno en Slains. Estaban conmigo constantemente, y lo realmente difícil era desprenderme, separarme de ellos. Me atraían hacia el pasado.

En particular esa mañana. Había pensado tomarme un descanso y recuperar algo que necesitaba imperiosamente: unas horas de sueño, pero lo único que había conseguido era hacerme una tostada y preparar una taza de café. Aún no había acabado con ambas cuando reaparecieron las voces, inquietas.

Podía haberles impedido el paso, pero tras el cristal de la ventana se levantó un viento que se transformó en un gemido y se abrió camino por el marco para envolverme como un torbellino frío y susurrarme: «No tienes elección».

Así era, en efecto.

XV

Había decidido pasar una hora en las cuadras, con los caballos, pero tuvo que renunciar al encontrar a Kirsty y a Rory, de pie con la espalda apoyada en la pared del establo y con las cabezas inclinadas y juntas en animada conversación. Por nada del mundo pretendía Sophia interrumpir aquel encuentro, así que se detuvo y volvió sobre sus pasos antes de que ellos la vieran. Poniendo cuidado en dónde pisaba para no hacer ruido y distraer a la pareja, tomó el camino más largo, que pasaba por la maltería y la lavandería.

Tal como había predicho el coronel Graeme, había nevado, y las ramas de los dormidos árboles que se asomaban por encima del muro del huerto estaban cubiertas de una gruesa capa de hielo. Más allá vio la fina columna de humo que se retorcía al salir de las chimeneas de la cabaña del jardinero, al final del huerto. No había visto a Billy Wick desde la visita del capitán Gordon, hacía ya varias semanas, y tampoco tenía ningún deseo de encontrarse con él; así que no le hizo ninguna gracia distinguir su encorvada figura de pie junto a un arbusto cubierto de nieve cuyas retorcidas ramas se arqueaban y parecían combarse hacia las colinas de tierra adentro, como en un intento de escapar de los fuertes vientos que soplaban del desolado mar del Norte.

Sophia también estaba a punto de escapar y seguir a lo largo del muro de la lavandería, para rodear la esquina hacia la cocina, cuando otro movimiento en el huerto hizo que se detuviera y mirara con más atención. Billy Wick no estaba solo. Un hombre mucho más corpulento y bien abrigado contra el frío, con una gruesa capa de lana a cuadros echada sobre la cabeza y los hombros, estaba de pie junto al jardinero. No había duda de quién era; la única pregunta que cabía hacerse era

qué demonios podía estar tratando el capitán Ogilvie con Billy Wick.

Fuera lo que fuese, emplearon algunos minutos en ello. El ceño de Sophia se frunció todavía más cuando vio que las manos de los dos hombres intercambiaban un objeto desconocido.

La joven no se movió de allí hasta que ambos se separaron y desaparecieron de su vista, ya que supuso que el capitán Ogilvie estaba volviendo hacia la casa y podía sorprenderla por la espalda en cualquier momento. Sus pies se hundían en la nieve hasta los tobillos, pero se movían rápidos y decididos, y las manos con las que cerraba su capa la ciñeron con más firmeza, tanto para protegerla del frío exterior como del que ahora sentía por dentro.

Encontró al coronel justamente donde esperaba encontrarlo: en la biblioteca. Al verla entrar sonrió sobre las páginas del libro que estaba leyendo.

—¿Tan pronto regresáis? Creía que vuestra derrota bastaría para teneros alejada del tablero durante todo el día.

Sin ni siquiera mirar el tablero, Sophia le preguntó:

—¿Podría hablar con vos, señor?

Él enderezó el cuerpo, captando inmediatamente su tono de urgencia.

—Sí, naturalmente.

—Aquí no —dijo, sabedora de que Ogilvie estaría pronto de vuelta y a menudo elegía aquella estancia para descansar. Necesitaba algún lugar privado, donde no corrieran el riesgo de ser interrumpidos. Como sus dedos sujetaban aún los gruesos pliegues de su capa, se le ocurrió preguntar—: ¿Querréis dar un paseo conmigo?

—¿Ahora? ¿Por el exterior del castillo?

Sophia asintió.

Enarcando las cejas en un gesto de resignación, el coronel Graeme echó una última mirada al fuego que ardía en la chimenea y cerró el libro:

—Sí, muchacha. Saldré a pasear con vos. ¿Adónde vamos?

La capa de nieve no era tan gruesa en lo alto del acantilado, donde el viento la había empujado hacia el interior y la había amontonado en agujeros en los que se iría fundiendo durante el día bajo el sol. Caía ya la tarde y las sombras se enredaban las unas con las otras bajo las nevadas ramas de los árboles que bordeaban el arroyo. El olor a leña quemada que salía de las chimeneas de las casas le resultaba acogedor a Sophia, y el humo que se enroscaba en blancas volutas por encima del bosque se asemejaba a su propio aliento.

En toda la larga y amplia curva de arena no se veía a nadie. A nadie que pudiera escucharlos. Sin embargo, Sophia siguió caminando, no tanto en busca de privacidad como de inspiración.

Mientras habían ido siguiendo el camino, Sophia había estado pensando cómo podía decirle que, en su opinión, su amigo el capitán Ogilvie quizá no era lo que aparentaba. No era fácil encontrar las palabras —lo sabía muy bien—, y tal vez no se lo mencionaría si no fuera porque sabía que aquello que había visto ya había ocurrido con anterioridad. Por tanto, se armó de valor, eligió lo que le pareció ser un buen punto de partida y comenzó:

—Cuando vuestro sobrino estaba en Slains, me habló en cierta ocasión de sus aventuras en compañía de Simon Fraser.

La mirada del coronel Graeme buscó los ojos de la joven con súbito interés.

—¿Eso hizo? ¿Y qué os contó al respecto?

—Que el rey lo envió aquí con Simon Fraser para descubrir cuántos hombres estarían dispuestos a alzarse si hubiera una rebelión y para entrevistarse con los nobles afectos a su causa en las Highlands y en Edimburgo.

—En realidad, fue la reina María quien lo envió, la madre del joven rey Jacobo, porque lo tiene en alta estima. ¿Os lo dijo también?

Sophia negó con la cabeza.

—Sí. No es alguien que se dé importancia, pero es la verdad —prosiguió Graeme—. De hecho, cuando Fraser regresó a Francia sin John, la reina se disgustó tanto que acusó a Fraser de haber actuado como un criminal e hizo todo cuanto le fue posible por enviarlo a prisión. La reina María es una mujer muy leal, y jamás olvida a sus favoritos.

Sophia ignoraba que Moray fuera un favorito de la reina, y se enorgulleció, pero no quería que aquello la distrajera de su propósito y se dispuso a hablar, pero el coronel Graeme se adelantó.

—La reina estaba en un error al acusarlo de criminal... Lo único cierto era que Fraser se había escabullido como una rata sin avisar a John de su partida, de manera que John tuvo que permanecer aquí, escondido, durante varios meses antes de encontrar una forma segura para pasar a Francia. Yo ya me había ido, de lo contrario lo habría ayudado, dado que la misión estaba en el aire y él se encontraba en grave peligro.

Distraída de nuevo, Sophia levantó la mirada y repitió:

—¿Os habíais ido antes?

—Sí —respondió y, como si fuera un hecho bien conocido, añadió—: También estuve aquí, enviado con Fraser, como John, por órdenes de Saint-Germain. ¿No

os contó que su tío había venido con él? —La expresión de Sophia le dio a entender claramente la respuesta, porque sonrió y dijo—: No, claro. Él no os lo diría. John es un hombre reservado, de pocas palabras. La persona ideal para guardar un secreto. —Miró a lo lejos, hacia las olas del mar, y por ello no pudo ver el cambio en el rostro de la joven—. ¿Os contó que Simon Fraser era un traidor?

—Sí.

—Aquello fue un golpe para él, porque John apreciaba mucho a Fraser. Pero, desde que llegamos, yo tuve cierta prevención hacia él. Algo no iba bien con Fraser desde el principio. Pero John... —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. En fin. John era muy joven entonces y consideraba a Fraser su amigo. Aquello le resultó muy duro.

—Pienso que todos los hombres se sorprenderían ante una traición así cometida por un amigo —dijo Sophia.

El coronel captó el tono de su voz y se volvió hacia ella.

—Pero supongo que no me habéis hecho recorrer todo este camino para hablarme de Fraser, ¿verdad, muchacha? ¿Qué os ronda por la cabeza?

Sophia respiró profundamente.

—Sospecho que el capitán Ogilvie podría ser un espía.

Había temido que el coronel se riera, o incluso que replicara con ira. Pero no hizo ninguna de las dos cosas; se limitó a preguntar:

—¿Por qué lo decís?

Entonces le contó lo que había visto y lo que pensaba que había visto: el paquete que había pasado de manos del capitán Ogilvie a Billy Wick.

—Quizá era dinero —concluyó.

—¡Mujer! —exclamó él dirigiéndole una indulgente mirada de soslayo.

—El jardinero es un mal hombre, y no está bien considerado por los demás sirvientes. No es una persona de fiar. No se me ocurre ninguna razón para que el capitán Ogilvie haya deseado hablar con él, salvo que quisiera alguna información sobre la casa y sus asuntos. —Con la mirada clavada en la arena, continuó —: Espero que no os ofendáis, coronel Graeme, si os digo que os parecéis mucho al señor Moray y que no querría veros sufrir como sufrió él por culpa de alguien que no merece vuestra amistad.

No hubo ningún sonido durante unos momentos, salvo el romper de las olas contra la orilla helada.

—¿De verdad estáis preocupada por mí? —preguntó finamente el coronel.

Se sintió tan conmovido como se había sentido Moray, meses atrás, al hacer un descubrimiento semejante. Sophia pensó que en aquella ocasión también había ocurrido allí mismo, en la misma playa, pero entonces el viento era más cálido, bajo un firmamento más azul, y el mar parecía un espacio lleno de esperanzas y de promesas.

—No os preocupéis por mí —respondió amablemente el coronel Graeme—. Y tampoco os inquietéis por Ogilvie. No es como Simon Fraser, y ha servido a los reyes Estuardo demasiados años para convertirse en un traidor ahora.

La joven levantó la cabeza y vio, por la expresión de su rostro, que el coronel no había tomado en serio su advertencia; pero la vocecilla intranquila que hablaba en su interior no se resignaba a callar.

—Aun así, ¿iréis con cuidado?

—Sí, muchacha. Por vos, y porque veo que os preocupa mucho, iré con cuidado. —Pero lo dijo igual que un rapaz travieso prometería ser bueno, y había algunas arruguillas en la comisura de sus ojos que le estaban revelando que no se tomaba en serio el asunto —. ¿Era eso todo lo que deseabais decirme?

Por el tono de su voz, Sophia pensó que el coronel esperaba algo más, pero cuando ella asintió con un gesto pareció que él se quedaba satisfecho.

—Bien, entonces regresemos. Por hoy ya he tenido toda la nieve que quería y puedo oír desde aquí la llamada de un trago de whisky que me está esperando junto a la chimenea en Slains.

Aunque decepcionada por no haber conseguido convencerlo acerca de Ogilvie, Sophia no pudo evitar sonreír.

—Id —dijo—, yo me quedaré un rato más paseando por la playa.

El coronel echó un vistazo a la arena sin ningún entusiasmo.

—Si tenéis la intención de quedaros, será mejor que yo también lo haga.

—No hace falta —respondió Sophia, y le devolvió al coronel su misma frase—: No os preocupéis por mí. Hubo un tiempo en el que venía a pasear aquí casi a diario.

—Ah, ¿sí? —A Sophia le pareció que sonreía, aunque no podía estar segura de ello—. Pero ¿no decíais vos misma que no os gustaba el mar en invierno?

—¿Y vos que, si me acostumbraba a mirarlo, tal vez acabaría viendo sus virtudes?

—Es verdad. —Esta vez la sonrisa del coronel fue inconfundible—. Os dejaré con él, entonces, pero

procurad no permanecer demasiado tiempo con este frío.

La joven le prometió regresar pronto. Miró cómo se alejaba caminando por la arena, con un movimiento de hombros tan parecido al de Moray que la semejanza le encogió un poco el corazón y la obligó a apartar los ojos; cuando volvió a mirar los tenía empañados. Se alegró de quedarse sola. Subió por las dunas y encontró el lugar donde ella y Moray se habían sentado a charlar tantas veces; y aunque ahora el terreno estaba cubierto por la nieve, se sentó en cuclillas bajo la capa y dirigió la mirada hacia el mar.

Habían transcurrido semanas desde la última vez que estuvo allí. En verano iría a menudo porque en aquellas arenas era donde sentía más intensamente el lazo que la unía a Moray. Hallaría consuelo pensando que cada ola que llegaba a la orilla había viajado desde la costa de Francia para extender su espuma en la playa, y que después volvería, con el inevitable ritmo de las mareas, a tocar de nuevo la tierra por la que caminaba Moray. Esa imagen, sencilla pero viva, había alimentado sus pensamientos los días que pasaba mirando el amplio horizonte en busca del atisbo de unas velas acercándose velozmente a tierra.

Pero no había llegado ninguno. Y, después, con las primeras molestias del embarazo, no se había sentido con fuerzas para llegar caminando hasta tan lejos. Además, el hijo que se desarrollaba en sus entrañas le había dado un nuevo tipo de relación con su esposo, alejado de sus brazos pero no de su corazón, de forma que ya no sentía la necesidad tan apremiante de pasear por la playa con sus recuerdos.

Ahora, en cambio, los encontraba allí de nuevo, esperándola. Por la fuerza de la costumbre, sus ojos se

volvieron hacia la lejana línea en la que el mar se juntaba con el cielo en el horizonte; aunque esta vez con más temor que esperanza. Temía lo que pudiera sucederle al barco enviado desde Francia como heraldo, si llegaba a Slains mientras Ogilvie se encontraba allí.

Porque, por más que no hubiera logrado convencer al coronel Graeme, y aunque el propio Ogilvie fuera un hombre aparentemente incapaz de causar ningún daño, Sophia no conseguía dejar a un lado su suspicacia ni olvidar las palabras que Moray le había dicho allí mismo, entre las dunas: «El diablo sabe bien cómo encantar cuando conviene a sus propósitos».

No se trataba únicamente de la conversación que había sorprendido esa mañana entre Ogilvie y Billy Wick. Ahora que había abierto su espíritu a semejante posibilidad, también le sorprendía que, a pesar de llevar ya algunos días en Slains, la condesa siguiera sin mostrar simpatía por el capitán y se mantuviera cortésmente distante. A juicio de Sophia, el instinto de la condesa era mucho más certero que el de todos los demás de la casa.

Miró de nuevo dubitativa hacia el frío horizonte, y de nuevo le pareció oír una voz, aunque no era la de Moray esta vez, sino la del coronel, diciéndole: «Es solo cuestión de días». Y, mientras el sol se ocultaba entre las nubes, supo lo que debía hacer.

No quería desengañar al coronel ni echarle aquella carga sobre los hombros; pero, si él no quería creerla y pasar a la acción, alguien debía hacerlo. Hablaría con la condesa, le contaría lo que había visto y dejaría que ella lo dispusiera todo como le pareciera conveniente.

Resuelta, Sophia se puso en pie y comenzó a bajar de las dunas para regresar por la playa; sus pasos se marcaban en la nieve. Vio las huellas dejadas por el

coronel Graeme, y otras mucho menos marcadas, de un pequeño animal, de un perro tal vez. Aquello le trajo a la memoria que Moray le había dicho que no se aventurara tan lejos de Slains sin llevar consigo al mastín.

Sonrió al recordar su preocupación, porque la playa estaba absolutamente desierta y la colina por la que empezaba a subir estaba tan falta de vegetación que no veía que allí pudiera ocultarse ningún peligro. Había seguido aquel sendero una docena de veces después de haber partido Moray. Podía recorrerlo con los ojos cerrados y jamás había tenido ningún tropiezo en él.

Por esa razón la pilló desprevenida sentir a mitad de la subida un repentino escalofrío que recorrió su espina dorsal y la hizo dudar y volverse a mirar atrás.

En la playa, las olas seguían rompiendo con perfecta inocencia. Las sombras suavizaban el perfil de las dunas, sin que nadie apareciera en ellas. Nada se movía, a excepción del agua y el viento, que recorría la orilla y agitaba las hierbas. Se relajó. Había sido solo fruto de su imaginación y creía oír fantasmas donde no los había.

Sonrió pensando en su locura; se volvió otra vez para seguir el sendero colina arriba, pero casi se dio de bruces con Billy Wick.

Aturdida por la sorpresa, le pareció que el hombre había surgido de la nada, que la magia negra lo había llevado a aquella colina para cerrarle el paso. Él le permitió dar un paso atrás y no intentó sujetarla, pero su sonrisa fue mucho peor que cualquier contacto.

—¿Adónde ibas con tantas prisas, chica?

Sophia se dio cuenta de que quería atemorizarla y por ello intentó ocultar su inquietud, aunque aferró sus ropas con las manos. Irguiendo la barbilla, le pidió sin alterarse:

—Dejadme pasar.

—Todo en su momento.

Nadie podía verlos donde se encontraban. Ni desde las casas ni desde los altos ventanales de Slains, porque la curva de la ladera de la colina los ocultaba de la vista de todos. Gritar sería una pérdida de aliento y de energía, porque nadie la oiría.

Sophia combatió contra su creciente pánico intentando desesperadamente pensar. Retroceder hacia la playa no le serviría de nada; solo podía intentar sortearlo y escapar corriendo. Tal vez no se lo esperara. Ni esperaría que ella se zafara yendo hacia el lado del mar. Probablemente suponía que ella intentaría escapar por el otro lado, el que daba a tierra, donde había nieve acumulada y donde los matojos de ásperas hierbas proporcionaban una mullida alfombra bajo los pies, en lugar de aventurarse a pisar la estrecha franja de terreno que descendía traicioneramente hacia las negras rocas y el gélido mar abajo.

Sophia se llenó los pulmones de aire y se arriesgó.

Estaba en lo cierto. Su opción por el lado del mar sorprendió a Bill Wick, con lo que ganó algunos segundos; incluso podría haberle permitido escabullirse por completo de él, si Wick no se hubiera recuperado enseguida y hubiera saltado con la velocidad de una serpiente para agarrarla por el brazo mientras se alejaba. Su propia inercia, frenada en seco por tan súbita acción, hizo que los dos perdieran el equilibrio, y Sophia cayó contra el helado suelo con un impacto tan violento que sacudió sus dientes y le hizo ver las estrellas.

Billy Wick se llevó un golpe todavía más fuerte, pero cayó encima de ella y la inmovilizó con su peso; ahora ya no sonreía. Estaban los dos caídos en mitad del sendero, y Sophia se dio cuenta de que, aunque el jardinero era

un hombre de pequeña estatura, era vigoroso y probablemente ella no tendría suficiente fuerza para vencerlo.

—¿Era esto lo que querías, chica? Yo solo deseo lo mismo que le dabas al señor Moray.

Lo miró fríamente y replicó:

—¡Estáis loco! —Pero el temor se había apoderado por completo de ella, y Billy Wick podía advertirlo.

—Me lo darás de buen grado, chica; de lo contrario le contaré al viejo capitán Ogilvie las cosas de las que hablaste con el señor Moray en el huerto la noche que él se marchaba. Una escena conmovedora, sí. Yo mismo casi lloré al oírlas, y no dudo que al capitán Ogilvie también le parecerán emocionantes. Me paga por contarle cosas así; la gente para la que trabaja hace mucho que querría tener a Moray en sus manos.

El viento frío soplaba alrededor del rostro de Sophia, y en su ulular la joven podía oír la voz de Moray repitiéndole: «Jamás debe saber que eres mía».

Aquellas palabras se las había dicho cuando hablaban del duque, y no de Ogilvie, pero Sophia sabía que el peligro era el mismo, puesto que Billy Wick le había dicho que Ogilvie estaba a sueldo de la corte de la reina Ana, y si ellos se enteraban de que era la mujer de Moray, la utilizarían para sacarle información. A ella no le preocupaba su propia vida; si la amenaza fuera solo dirigida a ella, sufriría con gusto por su causa. Pero no se trataba de ella únicamente. Estaba el pequeño. Su hijo.

Notó sobre su cuerpo las manos lascivas de Wick y se encogió tratando de evitarlas; después volvió la cara hacia el terreno nevado y cerró los ojos.

—Ya lo ves —dijo Wick, arrojándole a la cara su aliento caliente y viciado—. No tienes elección.

Se acercó más aún, presionándola bajo el peso de su cuerpo. Pero entonces, de pronto, dejó de estar allí; una fuerza violenta lo había alzado y lo había apartado del cuerpo de Sophia con un único y poderoso movimiento.

—Te equivocas. Creo que sí la tiene —dijo la voz del coronel Graeme, fría y cortante como una fina capa de hielo.

Sophia, casi sin poder dar crédito, se atrevió a abrir los ojos. Vio al coronel de pie detrás del jardinero, con el aspecto que debía de tener cuando estaba combatiendo en una batalla; con un rostro que ya no era amable, pero sí mortíferamente sereno. Sujetaba a Billy Wick retorciéndole un brazo por detrás, en una dolorosa presa, y con el otro rodeaba el cuello del jardinero. Vio en sus ojos el temor que a menudo inspiraba en otros, mientras el coronel lo atraía hacia sí de nuevo, acercaba su boca al oído del hombre y le musitaba:

—Creo que sí tiene otra elección.

Sophia vio que la mano y el brazo del coronel, en un rápido movimiento, agarraban la mandíbula de Wick y la giraban. Por cómo se desplomó el jardinero, comprendió que le había partido el cuello. El coronel Graeme arrojó sobre el cadáver de Wick una desdeñosa mirada de reojo.

—Ahora ve a decírselo al diablo —espetó, y, con la punta de su bota, dio un puntapié al cadáver, que rodó por la abrupta pendiente de la colina hacia las rocas y el mar más abajo.

Sophia asistió atónita a la escena. Jamás había visto cómo un hombre mataba a otro. No de aquella manera. Pero pensó que así era como debía de comportarse Moray en el campo de batalla; también él debía de mostrar aquella serenidad que dejaba a un lado la conciencia, y en sus ojos, como en los de su tío, debía de

arder un fuego que ella no conocía. La turbó observar aquella transformación.

Estaba aún mirándolo, en silencio, cuando los rasgos del coronel cambiaron de nuevo. Su rostro de soldado volvió a ser la cara que ella conocía, toda la furia se disolvió en sus ojos mientras se inclinaba para mirarla.

—¿Estáis herida? —preguntó, preocupado.

Alterada por el ataque de Wick y por la muerte que acababa de presenciar, Sophia era incapaz de formular alguna palabra para responder. Sacudió lentamente la cabeza. El dolor de aquella mínima acción se manifestó en una mueca.

El coronel pasó por su cabeza una mano suave, que dejó una sensación cálida sobre sus cabellos, y después la retiró. La joven pudo ver entonces que tenía la palma manchada de sangre. De su sangre.

—¡Dios! —Graeme miró a su alrededor y pareció decidir algo, pensando rápidamente. Después se inclinó y acercó la cabeza a ella—. Ahora tenéis que ser valiente por mí, muchacha. Hemos de regresar a la casa, y aunque podría llevaros, las personas que nos vieran pasar se darían cuenta de que estáis herida. Harían preguntas. ¿Comprendéis lo que os estoy diciendo? —Para asegurarse de que lo entendía, lo repitió más sencillamente—: Nadie ha visto nada. Nadie sabe que Wick está muerto. Y cuando encuentren su cadáver, si lo encuentran, pensarán que ha caído accidentalmente. En cuanto a Ogilvie —añadió—, él también lo creerá.

Sostuvo su mirada unos momentos, asegurándose de que entendía el sentido de sus palabras. Entonces Sophia se dio cuenta de que había oído las amenazas de Wick. Al menos, tenía algo que agradecer a Billy Wick: que hubiera logrado lo que ella no había conseguido. Sus palabras, en efecto, habían dado al coronel Graeme

la prueba de que Ogilvie, a pesar de sus años de servicio al rey Jacobo, se había acercado hasta ellos como un traidor y un espía.

Comprendía que el capitán Ogilvie no debía saber nunca la verdad de lo que había sucedido en la colina, porque eso le daría a entender que habían descubierto su juego.

Alzando la vista para mirar al coronel, Sophia respiró profundamente y al final logró decirle:

—Puedo caminar.

Él la ayudó a levantarse y la mantuvo sobre sus pies; después, con las mismas manos que hacía un instante habían dado muerte a un hombre, le puso suavemente la capucha de su capa, para ocultar la sangre que manchaba sus cabellos.

—Sois una joven valiente —dijo, con una nota de orgullo en su voz, y apoyó la mano de Sophia en su brazo—. Caminad despacio y mantened alta la cabeza. No vamos muy lejos.

Era mentira, y ella lo sabía perfectamente, porque el camino no era corto, pero la joven se las arregló para seguirlo; ni siquiera Ogilvie, si los hubiera visto subir por el sendero hacia Slains, se habría dado cuenta de que estaba herida. No lo vio por ninguna parte, pero no podía estar segura de que no estuviera tras los cristales de alguna ventana mirando hacia fuera, así que mantuvo la cabeza bien erguida como le había aconsejado el coronel Graeme, aunque sentía unas punzadas de dolor que le hacían temer que se desvaneciera en cualquier momento.

Los efectos del ataque se habían convertido en escalofríos que aún no se habían calmado y que hacían temblar sus miembros, pero el fuerte brazo del coronel

sobre el que apoyaba la mano le daba confianza. Ya faltaba poco para llegar a la escalinata de la entrada.

—¿Cómo lo supisteis? —le preguntó al coronel volviéndose a mirarlo con expresión de extrañeza.

—¿Que necesitabais ayuda? Lo supe en cuanto llegué aquí y vi que el jardinero se apresuraba a salir. Vi que se cercioraba de que regresaba yo solo, y pude darme cuenta de que planeaba alguna maldad. Por eso volví a buscaros, para traeros a casa.

Unos instantes más y el jardinero habría logrado su objetivo. Sophia luchó contra la creciente oscuridad que la envolvía y miró hacia arriba con la esperanza de que el coronel pudiera ver, más allá de su dolor, la gratitud que reflejaban sus ojos. Le supuso un esfuerzo intentar expresarlo con palabras.

—Coronel...

—¿Sí, muchacha?

—Os doy las gracias.

Por toda respuesta, el coronel Graeme puso la mano que tenía libre sobre la de ella y durante un instante apretó los dedos que Sophia tenía apoyados sobre su otro brazo; pero ya habían llegado a la entrada y no pudo decir nada más, porque el capitán Ogilvie los estaba esperando junto a la puerta para darles la bienvenida.

—Veo que habéis estado paseando.

—Sí —respondió el coronel Graeme con toda naturalidad—, pero me temo que he agotado a esta pobre criatura y que el frío le ha dado dolor de cabeza.

Sophia forzó una sonrisa y aprovechó la ayuda de su acompañante.

—Puedo aseguraros, coronel, que no es nada que no pueda remediar un pequeño descanso.

—¿Lo veis? —dijo Ogilvie—. Las jóvenes de esta época son de una raza más fuerte que aquellas que

destrozaban nuestros corazones.

—Sí, sí que lo son —asintió el coronel. Su mirada se posó con afecto en Sophia—. Descansad, entonces. Estoy seguro de que el capitán Ogilvie, por una vez, ocupará vuestro lugar al otro lado del tablero de ajedrez. —Enarcó una ceja de nuevo para retar al viejo capitán y le preguntó con naturalidad—: ¿Puedo tentaros a una partida?

El capitán Ogilvie, sin saber que las reglas habían cambiado, aceptó.

—¡Estupendo! —El coronel dio una palmada en el hombro de su viejo amigo, y dijo sonriendo—: Permitid primero que la acompañe al piso de arriba y busque a su doncella para que atienda su resfriado. Después, podremos jugar.

El doctor Weir se mostró encantado.

—Fantástico. Lo tiene mucho mejor. —Volvió a poner la venda alrededor de mi tobillo, satisfecho—. Mucho mejor, sí. Veo que siguió mi consejo y ha descansado.

Algo en su forma de decirlo me impulsó a preguntar:

—¿Creía que no lo haría?

Tras sus gafas redondas, los sabios ojos del doctor centellearon un instante.

—Digamos simplemente que el concepto que tengo de usted es el de una mujer a la que le gusta hacer las cosas a su aire.

Sonreí porque nadie hasta entonces había definido tan bien este aspecto de mi personalidad, aparte de mi maestra en el parvulario, cuando escribió en su informe de mi primer año: «Carrie escucha las ideas de los demás niños, pero le gustan más las suyas propias». No compartí con el doctor este recuerdo, tan solo dije:

—Sí, bueno. De vez en cuando sigo algún consejo. Y no me ha resultado duro tomarme ese descanso. El libro me ha mantenido ocupada.

—Eso está muy bien. ¿Sigue necesitando detalles sobre los espías? Se lo pregunto porque he leído algo sobre la cuestión y he encontrado a uno que puede resultarle interesante. ¿Recuerda que estuvimos hablando de Harley?

Robert Harley, conde de Oxford, un hombre poderoso en el gobierno de Inglaterra, que fue también el jefe de los espías de la reina Ana. Asentí.

—Estaba leyendo acerca de Harley —prosiguió el doctor Weir—, con el propósito de averiguar para usted algo más acerca de Defoe, cuando de pronto di con unas cartas de otro agente al que Harley envió a Escocia por entonces, y que estuvo precisamente en Slains.

La comezón que empezaba a sentir en mis omóplatos no era diferente de la sensación que percibía cuando intuía que alguien me estaba mirando subrepticiamente. Por eso no me llevé una gran sorpresa cuando el doctor Weir dijo:

—Se llamaba Ogilvie. Capitán Ogilvie. —Buscó en su bolsillo y sacó de él un papel doblado—. He copiado las cartas, aunque se trata de fragmentos, en realidad. No dicen gran cosa. Pero pensé que tal vez el nombre pudiera serle de utilidad.

Le di las gracias. Cogí los papeles que me tendía, los desdoblé y leí en silencio los extractos. Comenzaban con un relato de las breves visitas hechas por el capitán Ogilvie a los nobles del norte de Escocia y de lo que había sabido a través de ellos; después mencionaban Slains donde, según Ogilvie, había sido recibido con desconfianza por la condesa de Erroll, pero donde había coincidido con cierto «coronel Graeme», de quien escribía: «El y yo servimos anteriormente juntos en Francia, y fuimos camaradas durante mucho tiempo».

El doctor Weir, que observaba mi cara mientras yo leía, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Aparté la vista de los papeles.

—¿Usted los ha leído?

—Sí, claro.

Con una leve sonrisa en los labios, me puse en pie y atravesé la habitación para buscar entre el montón de páginas recién impresas que tenía junto al ordenador. Cogí los tres últimos capítulos que había escrito, volví y se los tendí.

—Entonces, tal vez debería usted echar un vistazo a estas páginas.

Así lo hizo y, cuando hubo terminado de leerlas, me miró sin decir palabra.

—Ya lo sé —dije—. Pero eso es lo que yo llamo una prueba. Cuando lo escribí, no tenía ni idea de que hubiera existido un capitán Ogilvie o un coronel Graeme. Los personajes se me ocurren así algunas veces; se presentan, sin más. En cualquier otro libro diría que mi subconsciente los había inventado para utilizarlos en mi trama. Pero en este libro no parece que esté inventando nada. Y ahora me da usted esto —dije agitando en la mano las cartas copiadas—, y tengo la prueba de que los dos hombres existieron en realidad y estuvieron en Slains.

Me daba cuenta de que el doctor seguía aún pensando en ello.

—Asombroso —dijo, y leyó mis capítulos por segunda vez—. ¡Lástima que el capitán Ogilvie no mencione a vuestra Sophia en sus cartas a Harley!

—Dudo que la considerara importante.

Los ojos del doctor Weir centellearon de nuevo con expresión de complicidad al devolverme mis capítulos.

—Pues, en tal caso, cometió un gravísimo error.

XVI

La condesa y el coronel se hallaban sentados junto a la cama de Sophia cuando esta despertó. Los oyó hablar:

—Es la decisión más prudente —decía el coronel Graeme—, porque él no puede seguir aquí cuando llegue el barco de Fleming.

—No. Sería un desastre. —A la suave luz de las primeras horas de la mañana no se apreciaba ninguna arruga en el bello rostro de la condesa. Parecía joven y decidida—. No. Reconozco que hay que sacarlo fuera de aquí. Pero dejad que sea otro quien lo haga. Que mi hijo se encargue de esa tarea; él está dispuesto a ocuparse y no querríamos que vos corrierais peligro.

—Vuestro hijo será más necesario aquí, con todo lo que va a suceder. Por otra parte, dudo que el capitán Ogilvie esté tan dispuesto a seguirlo como me seguirá a mí. Somos viejos amigos. —Remachó sus palabras con amargo cinismo—. Tengo su confianza.

La condesa esperó un momento antes de proseguir.

—Lo siento mucho.

—Y yo también. En otra época, fue un gran hombre.

—Debe de andar muy necesitado de dinero.

Sophia pensó que era muy propio de la condesa sentir suficiente compasión como para buscar excusas para un traidor. El coronel Graeme, en cambio, no compartía su generosidad.

—Cuando un hombre se encuentra en circunstancias difíciles, debería recurrir a sus amigos —dijo—. Pero nunca venderlos a sus enemigos.

La condesa no podía rebatir aquello.

—Tened cuidado de que no os venda también a vos —se limitó a decir.

—Oh, no os inquietéis. No tendrá la oportunidad. No me quedaré una vez lo haya llevado allí. Y vos sabéis bien que soy astuto como un zorro y que habrá suficientes madrigueras en Edimburgo donde pueda esconderme.

En la cama, Sophia recuperó totalmente el conocimiento y se movió; la condesa y el coronel se volvieron a mirarla. Le pareció ver una expresión de alivio en sus rostros.

—¡Vaya! —exclamó la condesa—. La hemos despertado. Ya os lo advertí. ¿Cómo os encontráis, querida?

A Sophia le dolía aún la cabeza, pero la sensación de mareo había pasado. Y, aunque todavía tenía partes del cuerpo doloridas y notaba los miembros rígidos y contusionados, no veía razón para quejarse.

—Estoy bien, gracias.

Un destello de admiración iluminó los ojos de la condesa.

—Sois muy valiente, niña —le dijo a Sophia, dándole un golpecito en el brazo—. Iré a decirle a Kirsty que estáis ya despierta, para que os traiga el desayuno.

Una prueba de la consideración en la que tenía al coronel Graeme fue que lo dejó solo con la joven en la habitación, sin que hubiera ninguna acompañante. Aunque, por la forma como él se sentó, con las botas cruzadas a la altura de los tobillos, apoyándolas en la barandilla lateral del lecho y con su enjuto cuerpo firmemente apoyado en el respaldo de mimbre de la silla, Sophia dudaba que existiera alguna fuerza en el mundo capaz de hacerle cambiar de postura.

Lo miró y le preguntó:

—¿Le habéis contado a la condesa...?

—Sí. Lo sabe todo. —Su sonrisa apenas asomaba a través de la barba—. Estoy seguro de que si yo no hubiera enviado al jardinero camino del infierno, ella misma se habría ocupado de hacerlo durante la noche.

—¿Y el capitán Ogilvie?

—He conseguido convencerlo para que me acompañe a Edimburgo. Le he dado a entender que corre la voz de que está a punto de suceder algo muy importante en lo que a él, como partidario del rey Jacobo, le interesaría participar. Ha sido como decirle a un lobo que hay un prado lleno de ovejas cerca y preguntarle si desea tomar parte en el festín.

—Entonces, os vais. —Tras haber dicho estas palabras en voz alta, la joven sintió una tristeza que no sabía cómo expresar; no quería pensar en cómo sería su vida en Slains sin aquel hombre que se había convertido para ella en un padre y un amigo.

Él no le respondió, se limitó a mirarla a la cara unos instantes, en silencio.

—Hay una cosa que querría preguntaros, Sophia. —Era la primera vez que se dirigía a ella llamándola por su nombre de pila, y por ello dedujo que la pregunta que deseaba hacerle era importante—. No es asunto mío, pero, en la colina, cuando Wick intentaba... —Calló, como si no le pareciera propio de un caballero referirse a las intenciones de Billy Wick, pero luego añadió—: Habló de mi sobrino y de vos.

La joven sostuvo su mirada sin desviar los ojos.

—Nos oyó hablar en el huerto.

—Sí, eso deduje. —Hizo una pausa e intentó elegir las palabras que quería decir—. Sé que no tengo ningún derecho a ello, pero me preguntaba...

—¿Os preguntáis si el señor Wick oyó esa noche algo que pudiera tener interés para el capitán Ogilvie?

Aliviado por la franqueza de Sophia, el coronel asintió:

—Sí. Eso es lo que quería decir más o menos.

Sophia alzó una mano para tocar la fina cadena que llevaba alrededor del cuello. Sacó lentamente el anillo

del lugar donde lo tenía oculto bajo su corpiño y lo sostuvo en alto para mostrárselo. No hizo falta que dijera nada más; la reacción del coronel Graeme al ver el anillo de Moray alrededor de su cuello fue más que suficiente.

Sonrió despacio.

—Debo confesaros que sospechaba que él se habría fijado en vos. No somos tan distintos John y yo; de haber tenido su edad, yo no habría dudado y habría intentado conquistaros para mí. Pero me alegra saber que se ha comportado honorablemente con vos. ¿Os casaréis?

—Nos casamos uniendo nuestras manos, poco antes de que tuviera que regresar a Francia. —Cerró la mano en torno al anillo y notó su calor—. La condesa no lo sabe. John pensó que era mejor mantenerlo en secreto hasta que volviera. Pero —prosiguió, para que el coronel no creyera que traicionaba los deseos de su sobrino— me dijo que podía mostrar este anillo a su familia.

—Bueno, ¡menos mal! —exclamó el coronel, fingiendo indignarse con un exagerado fruncimiento del ceño, pero sus ojos y sus palabras hablaban completamente en serio—: Os daréis cuenta, muchacha, que no hay ni uno solo de nosotros que no esté dispuesto a caminar sobre el fuego para manteneros sana y salva como os quiere John. No tenéis más que pedirnos lo que sea.

Moray ya le había dicho eso mismo, pero a Sophia la emocionó profundamente oírselo decir en voz alta a alguien de su familia.

—Ya habéis caminado sobre el fuego por mi causa, coronel —dijo en voz baja.

—Sí, lo he hecho. Y volvería a hacerlo —aseguró—, aun cuando no llevarais ese trozo de plata colgado del cuello.

Sabía que lo decía sinceramente. De pronto notó un húmedo escozor en sus ojos y, puesto que el coronel siempre había elogiado su valor, no quiso mostrarse débil ante él, por lo que inclinó la cabeza fingiendo concentrarse en esconder de nuevo el anillo de Moray para que no lo vieran otros ojos. Pero no se fiaba de su voz y no sabía cómo decirle al coronel el afecto que sentía por él y lo mucho que lo echaría de menos cuando se hubiera ido.

Él pareció darse cuenta sin necesidad de que ella se lo dijera, pues se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Y ahora, muchacha, despedid a vuestro tío Patrick con una sonrisa, si podéis.

Pudo sonreír, en efecto y, aunque su sonrisa no fue todo lo amplia que habría deseado, debió de expresar lo que sentía, porque el coronel tomó su mano entre las suyas y la acercó a sus labios.

—Estad segura de que no tardaré mucho en volver a veros.

—Eso espero.

—Las esperanzas rara vez intervienen en eso —dijo el coronel—. Es la acción lo que mueve el mundo. Aunque solo recordéis una cosa de lo que os he enseñado del juego del ajedrez, tened siempre esta bien presente: no podéis tener ninguna esperanza de vencer si mantenéis a vuestros hombres inmóviles en el tablero. Un soldado debe acudir al campo de batalla, si quiere combatir.

—Pero yo no soy un soldado —replicó ella, con la mano apoyada aún en la del coronel.

—¿Estáis segura? —Se inclinó para depositar un cálido y breve beso en su frente y después se irguió—. Hasta un peón puede tener un papel importante en la defensa de su rey.

Sophia sintió de nuevo una profunda emoción, el deseo de agradecerle todo lo que había hecho por ella.

—Coronel Graeme...

—¿Sí, muchacha?

Pero, igual que antes, no acudieron las palabras.

—Cuidaos, por favor.

—Oh, no tenéis que preocuparos por eso. —Soltó su mano, mostrando a la vez el destello de aquella sonrisa que tanto lo asemejaba a su sobrino—. He vivido un montón de años en el ejército rodeado de oficiales y he aprendido a evitar todo tipo de puñaladas por la espalda.

—¡Qué afirmación tan escéptica, Patrick! —dijo la condesa sonriendo desde la puerta.

Contumaz, el coronel se encogió de hombros.

—Gracias a ese escepticismo he logrado anticiparme al diablo hasta ahora. —Mirando a través de la ventana, observó la posición del sol sobre el mar y añadió—: Y si quiero seguir manteniendo esta ventaja tendré que irme ya.

Sophia observó con pesar cómo se despedía de ellas y dejaba la habitación; cuando se hubo ido, siguió unos momentos con el rostro vuelto hacia la puerta, para que la condesa no pudiera verle los ojos.

La condesa se sentó de nuevo en la silla al lado de la cama.

—Es un buen hombre, el coronel Graeme —comentó.

—Sí.

—Me recuerda mucho a su sobrino, ¿no os parece? —preguntó como al azar.

Sophia asintió cautamente:

—Son muy parecidos, en efecto.

Durante unos instantes reinó el silencio, roto únicamente por el golpeteo del viento en los cristales de la ventana y por el omnipresente rumor de las olas que

se estrellaban contra las rocas bajo la torre. Cuando la condesa habló de nuevo, su voz era tranquila, y las palabras simples:

—¿Lo sabe él?

Sophia volvió la cabeza en la almohada; su confusión era tan patente que la condesa se ablandó todavía más y repitió su pregunta con unos términos más sencillos todavía.

—¿Sabe el señor Moray que estáis esperando un hijo suyo?

Sophia sintió como si el corazón se le detuviera. Había ido con tanto cuidado que parecía imposible que la condesa pudiera haber llegado a adivinar la verdad. Pero después lo comprendió.

—Kirsty os lo ha dicho, ¿verdad?

En su desesperación, habría apartado de nuevo la mirada, de no ser porque la condesa apoyó su mano en la de ella.

—No, hija mía. Nadie me lo ha dicho. Olvidáis que yo también soy madre. —Había cierta sequedad en su tono —. Deberíais preguntar a mis hijos e hijas cómo les ha ido cuando han intentado ocultarme un secreto.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabéis? —preguntó Sophia hundiendo de nuevo la cabeza en la almohada.

—Hace ya unos meses.

—Pero no me dijisteis nada.

—No. Confiaba que acudiríais a mí, en su momento.

Sophia bajó la vista.

—Había esperado que John, comprendedme... Que él...

—¿No lo sabe?

La joven sacudió la cabeza intentando explicárselo, pero no sabía por dónde empezar.

La condesa le apretó la mano con un gesto tranquilizador.

—No debéis preocuparos, querida. El señor Moray es un hombre honorable.

—Es mucho más que eso. —Sophia levantó la mano y dejó escapar un suspiro—. Es mi marido.

Mientras la condesa la observaba, sorprendida, Sophia sacó por segunda vez el pesado anillo de plata que colgaba de la cadena y lo sostuvo en alto como prueba; de nuevo le pareció que su corazón se paraba mientras aguardaba la reacción de aquella mujer cuya opinión le importaba más que la de cualquier otra persona.

Pasaron unos momentos. Cuando Sophia pensaba que ya no podía soportar por más tiempo aquel silencio, la condesa habló por fin:

—Ya veo que aún hay algunos secretos que escapan a mi conocimiento. —Miraba a Sophia con una expresión en el rostro que ella no le había visto jamás—. Nunca imaginé que se os pasaría por la cabeza casaros sin solicitar mi permiso.

Sintiéndose culpable, Sophia intentó pensar alguna excusa. Habría querido expresarla, pero la condesa aún no había acabado. Alargando la mano, acarició maternalmente los cabellos de Sophia y los apartó de su frente.

—Cuando vinisteis a Slains, yo ya sabía lo mucho que habíais sufrido en los años que pasasteis en casa de vuestro tío. Es algo espantoso arrebatarle a una niña su inocencia. Por eso me complace ver que, por terrible que fuese lo que os hiciera, no mató vuestra alma ni vuestro espíritu independiente. —Sonrió—. Y, puesto que decidisteis pasar por alto los sabios consejos de vuestros mayores, reconozco que podíais haber hecho una

elección mucho peor que la de casaros con el señor Moray. En mis años mozos, a mí misma me habría parecido un partido estupendo.

Ahora le tocó a Sophia poner cara de asombro; no sabía qué decir. Había esperado un castigo, pero estaba recibiendo una bendición.

—Sin embargo —dijo la condesa—, hay un lugar para la independencia, y un tiempo en el que hay que tener suficiente prudencia para dejarla a un lado. —Su tono era amable, pero firme—. No es fácil tener una criatura. Sois demasiado joven, querida, para llevar vos sola esta carga.

Sophia sabía que no podía discutir con alguien que mostraba semejante decisión en sus ojos. Y tampoco tenía ánimos para hacerlo, porque sentía un gran alivio y una gran paz en su espíritu ahora que la condesa estaba al tanto de todo. Sus temores acerca de los meses siguientes comenzaron a desvanecerse como si no los hubiera tenido nunca.

Como si quisiera demostrar que el asalto de Wick no había causado ningún daño a la criatura que llevaba en su vientre, esta comenzó a darle pataditas. Sophia hizo acopio de la misma fuerza y miró a la condesa:

—Todo lo que deseo ahora es proteger a mi hijo de cualquier daño.

—Y así será —prometió la condesa—. Pero no podréis hacerlo vos sola. —Su expresión concentrada demostraba que llevaba tiempo pensándolo y que ya sabía qué hacer—. Vais a necesitar ayuda —concluyó.

16

Jane dejó las páginas a un lado.

—¿Y bien? —preguntó.

Levantando la vista de mi plato de postre, inquirí:

—Y bien, ¿qué?

—Estoy intrigada. ¿Qué va a pasar?

Confesé que aún no estaba segura.

—Pero, ni que decir tiene que en aquellos tiempos nadie podía tener un bebé sin que se lo descubriera alguien. Y, puesto que todos quieren mantener el matrimonio de Moray con Sophia en secreto, supongo que la condesa va a tener que enviarla lejos, a algún lugar seguro.

—¿Y adónde?

—No sé. Tendré que verlo.

—Pero el bebé nacerá en… —calló un momento, contando los meses— marzo, ¿me estás diciendo que Sophia no se hallará en Slains en la fecha de la invasión?

—No lo sé —respondí, ocupada en lamer el azúcar de mi tenedor.

Jane sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes escribir un libro sin tener un plan trazado?

—Siempre lo he hecho así.

—Pero no tanto como en este caso —me corrigió Jane, mientras pasaba el pulgar por el lado de las hojas para alinear bien el montón —. Jamás te he visto escribir un libro tan deprisa.

—Debe de ser cosa de los aires marinos de Escocia. Estoy inspirada.

Procuraba cuidadosamente dar un tono ligero a mis palabras. Jane solo conocía el episodio de los planos del castillo, que ya había atribuido a un exceso de trabajo por mi parte, y yo había dejado que pensara que esa era la causa de todo. Era extraño, pero me resultaba mucho más fácil hablar de lo que me sucedía con alguien a quien apenas conocía, como el doctor Weir, que contárselo a una persona más próxima a mí, como Jane. O como Graham. Tal vez porque me importaba más que creyeran que me había vuelto loca.

Y porque conocía a Jane lo suficiente para saber que en su ordenada vida no había ningún lugar para los fenómenos inexplicables.

—Si esto te inspira tanto, deberías mudarte a Escocia —me aconsejó—. Cómprate una casita. Hay una en la calle de al lado que van a poner en venta.

Alan, el marido de Jane, había estado lavando los platos del almuerzo, pero ahora sintió la necesidad de intervenir.

—No creo que quiera vivir en la calle de al lado, Jane —dijo.

—¿Por qué no?

—Pues porque tú difícilmente te harías invisible. Estarías allí cada día incordiándola: «¿Cómo vas con el libro?», «¿Cuándo lo acabarás?».

—Yo no haría eso —protestó, mostrando su más lograda expresión de indignación.

—Además, Carrie necesita privacidad.

—La tendría.

—Ah, ¿sí? —preguntó Alan mirando a su esposa de refilón—. ¿Pretendes que te crea, después del latazo que le has dado esta mañana?

—Solo he dicho que debería haber dejado que fuéramos a buscarla en lugar de venir en taxi.

—Imagínate. ¡Menuda excursión! —intervine sonriendo—. ¿Cuánto hay, en realidad? ¿Diez minutos?

—Esa no es la cuestión —protestó Jane.

—La cuestión es —dijo Alan— que creías que traería a un amigo con ella. —Y añadió dirigiéndose a mí—: Por eso ha hecho el pastel. Jamás se molesta en hacer un pastel cuando solo estamos nosotros dos.

Jane era incapaz de mostrarse realmente ofendida con Alan.

—¡Pues ya puedes esperar sentado a que prepare otro para ti, si esta es toda la gratitud que recibo! —Cambiando de frente, dirigió a su marido la misma mirada fulminante que solía dedicar a un editor fastidioso—. Y, para tu conocimiento, la última vez que hablé con Carrie me dijo que vendría con un amigo.

—¿Eso dije?

—Dijiste que me avisarías en caso de hacerlo —puntualizó Jane, encogiéndose de hombros como si la formulación concreta de las palabras careciera de importancia—. Viene a ser lo mismo. Solo quería ser una buena anfitriona, en el caso de que lo trajeras.

Su marido entornó los ojos mirándome en silencio, y yo sonreí. Jane no vio aquel gesto de complicidad entre Alan y yo, porque en aquel preciso instante, en el piso de arriba, el pequeño Jack prorrumpió en un súbito llanto para hacernos saber que había despertado de su siesta. Cuando su madre lo trajo con nosotros, el foco de atención se desplazó hacia él.

Era un bebé realmente encantador, espabilado e interesado por todo; tenía los ojos azules de Jane, los cabellos rojizos y un carácter alegre e intrépido.

—¡Qué personitas tan maravillosas son los bebés! —dijo Jane—. Tan pequeños y en cuanto entran en tu vida, te la cambian completamente. Toman el mando.

Lo cual nos llevó a hablar de mi personaje, Sophia, y de cómo cambiaría su vida en cuanto naciera su hijo.

—No creo que escriba una escena acerca del nacimiento propiamente —dije—. Es algo que yo no he experimentado.

—Harás bien. —La voz de Jane era seca—. Si he de serte sincera, no creo que alguien que haya pasado por esa experiencia desee realmente leer acerca de ella. —Y, abrazando al pequeño Jack,

continuó—: El resultado es perfecto, pero no tengo ninguna necesidad de que me recuerden el proceso. Gracias, de todos modos.

Sin embargo, logré convencerla de que me hablara un poco de ello, para tener alguna idea en caso de necesitarla. Cuando terminamos de conversar eran ya casi las dos, hora de que me marchara.

Llamé otro taxi, haciendo oídos sordos a las objeciones de Jane.

—Yo puedo llevarte —protestaba, mientras me acompañaba a la puerta y observaba cómo volvía a meter en el portafolios las páginas de mi relato.

Era un maletín de considerable tamaño, con capacidad suficiente para llevar en él mi ordenador portátil y un par de mudas de ropa. Sabía que a Jane no se le escaparía detalle, pero a mí ya se me había ocurrido una buena explicación.

Era un asunto peliagudo contarle mentiras a Jane: tenía unas antenas tan sensibles para detectarlas, que no podías engañarla. Por otra parte, hacía tiempo que me había dado cuenta de que lo más fácil era empezar diciéndole algo próximo a la verdad.

—Es que no voy a volver a casa ahora. Me acercaré a Aberdeen. Necesito investigar unos datos para el libro. Dependiendo de lo que me cueste encontrar lo que busco, me quedaré allí y regresaré a casa mañana.

Pareció que aceptaba mis explicaciones. Aguardó conmigo en el recibidor la llegada del taxi, y en el último momento me dijo:

—Espera un minuto, Carrie, ¿quieres? —Fue a la cocina y volvió con una fiambrera cuadrada de plástico—. Toma, aquí tienes.

—¿Qué es?

—No es para ti. Es para él.

—¿Para quién?

—Perderás el taxi —me advirtió, mientras bajaba corriendo conmigo la escalera hasta donde aguardaba el coche. Mantuvo abierta la puerta y, cuando me vio perfectamente instalada en el

asiento trasero, preguntó—: ¿Me habías dicho que él era de Aberdeen?

Me había pillado, y yo lo sabía, pero hice un último esfuerzo desesperado.

—¿Quién?

—El hombre que te llevó a pasear por el camino de la costa. Dijiste que era profesor, en Aberdeen. De historia, ¿no? —Su sonrisa era solo una expresión de autosuficiencia. Hizo un gesto señalando la fiambrera—. Que no se quede sin su ración de pastel.

Cerró la puerta del coche antes de que yo pudiera reaccionar y se despidió de mí con la mano mientras yo pensaba en la gran carrera que habría hecho si hubiese elegido trabajar de detective. Porque no me cabía la menor duda de que ningún criminal que se enfrentara con Jane se saldría con la suya.

La casa victoriana que estaba al final de la hilera de viviendas adosadas era de granito, como la mayoría de las casas de Aberdeen. Pero no del granito rojo de Slains, sino de una piedra granítica de tono gris pardusco, cálido, que daba a todos los edificios de la calle de Graham un marcado aspecto de permanencia y durabilidad. Un seto de acebo seguía el corto camino de acceso que conducía hasta los escalones de la entrada delantera. La puerta de madera, pintada de color azul, tenía una aldaba de latón pulido que no representaba la típica cabeza de león, sino la del poeta Robert Burns, pero no llegué a utilizarla. Cuando la puerta del taxi se cerró de golpe a mi espalda, Angus ya había empezado a ladrar y, al llegar al último peldaño de la entrada, la puerta estaba ya abierta.

Graham, enfundado en unos vaqueros y un viejo jersey negro que le daban el mismo aspecto de confianza y seguridad que inspiraba la piedra de la casa, me recibió con una sonrisa.

—Veo que has sabido encontrarla.

—Sin ningún problema.

Cogió mi maletín y miró con curiosidad la fiambrera cuadrada de plástico, que ya había despertado en el perro un entusiasmado afán de olfatear su contenido.

—Es un pastel —dije—. Para ti.

—¿Para mí?

—No hagas preguntas.

No las hizo. Dio un paso atrás para dejarme entrar, cerró la puerta a nuestras espaldas y se inclinó para saludarme con un beso. De pronto me invadió una sensación extraña al caer en la cuenta de lo mucho que lo había echado de menos, de que había encontrado a faltar el consuelo de su presencia, de su desinteresada presencia. Y de su ternura.

Levantó la cabeza.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Pasa. Te enseñaré la casa.

Me contó que la había comprado hacía solo un año, y que en algunos aspectos aún estaba en obras. Las habitaciones de delante, con sus altas y luminosas ventanas y sus techos adornados con preciosas molduras, estaban aún medio vacías y sin empapelar, aguardando una mano de pintura. Y en el piso de arriba solo estaba acabado uno de los dormitorios, el suyo, pintado en tonos verdes, relajantes y masculinos. En cuanto al resto de las habitaciones del piso superior, además del cuarto de baño, todavía tenía que decidir cómo decorarlos. Era como si estuviera viviendo en aquella casa como si fuera un traje nuevo que todavía requería algunos ajustes: demasiado holgado en algunos aspectos, apretado en otros. Salvo en la planta baja, en la parte trasera de la casa. Allí todo era Graham, todo encajaba perfectamente con su personalidad.

Había remodelado la cocina, conservando su encanto victoriano pero añadiendo todas las comodidades de la funcionalidad moderna; y también había derribado el muro trasero para añadir una galería acristalada, que permitía que la luz del sol entrara en diagonal y se derramara por el amplio entarimado del suelo. Stuart había dicho

que Graham sabía cocinar, y yo misma pude darme cuenta de ello al ver lo acondicionada y ordenada que estaba la cocina. Todo, desde el mantel de té a cuadros que se estaba secando encima de la puerta del horno, hasta la disposición de los cazos y los aparatos eléctricos, delataba un uso habitual y competente.

La manera cómo se tumbó Angus en el suelo de aquella galería, iluminada por el sol y amueblada sin pretensiones —un sólido sofá de respaldo bajo, un sillón con un taburete para los pies, y un montón de libros al lado, apilados hasta alcanzar casi la altura de la mesa—, demostraba que aquel era el lugar favorito de ambos y al que estaban más acostumbrados.

Podía entenderlo. Si aquella fuera mi casa, también me resultaría difícil irme de allí, con aquel sol y aquella vista del pequeño jardín trasero, donde había un comedero de madera para los pájaros colgado de la rama desnuda de un árbol. A todo ello había que añadir la acogedora cocina y el calor de la compañía que irradiaba Graham cuando se movía silbando entre los armarios mientras enchufaba el hervidor eléctrico y sacaba las tazas de té.

Me sorprendió lo seductor que resultaba todo aquello; lo fácilmente que podía imaginarme viviendo allí con Graham. Yo no había vivido con nadie desde que me marché de casa y siempre me había gustado tener mi espacio privado. Pero allí, viéndolo a él, me sorprendí pensando que era un tipo de vida al que podría adaptarme fácilmente. Y para siempre.

No era una sensación que hubiera tenido antes, así que tampoco sabía exactamente qué hacer con ella. Ese invierno estaba viviendo un montón de experiencias nuevas para mí.

—Excelente pastel —dijo Graham probándolo mientras aguardábamos a que hirviera el agua. Sosteniendo en la mano la fiambrera de plástico, me ofreció el tenedor—: ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Ya he tomado dos trozos durante el almuerzo.

—¿Y qué tal ha ido? El almuerzo, quiero decir.

—Ah, he pasado un buen rato. Siempre estoy a gusto con Jane. Hemos hablado largamente acerca del libro.

Miró mi portafolios, que había dejado junto al sofá:

—¿Te has acordado de traer tu ordenador?

—Pensé que no me dejarías venir sin él. —Cuando habíamos hablado por teléfono, insistió varias veces en que no lo olvidara.

—Ríete si quieres, pero me lo agradecerás cuando tengas una súbita inspiración en mitad de la noche y necesites ponerte a trabajar.

—Sí, papá.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad piensas que tendré alguna súbita inspiración en mitad de la noche?

Apoyándose en la encimera de la cocina con el trozo de pastel en la mano, esbozó una sonrisa pícara.

—Trataré de portarme lo mejor que pueda —prometió.

La habitación me resultó extraña. Cuando abrí los ojos al despertar, no reconocí las ventanas ni las paredes, y la luz era demasiado tenue para poder ver algo más. Durante un momento parpadeé confusa, hasta que noté en mi espalda el torso firme y cálido de Graham, sentí el rítmico movimiento de su respiración y supe dónde estaba.

Cerré los ojos, satisfecha, sin desear otra cosa que permanecer allí quieta, con su brazo rodeándome y su cabeza tan cerca de la mía en la almohada que su respiración movía mis cabellos. Volví a sentir, como había ocurrido en la cocina mientras lo miraba cuando preparaba el té, que podía vivir repetidamente esta escena y que jamás me cansaría de ella.

Pero incluso mientras esta soñolienta certeza se instalaba en mi mente, otra escena comenzaba a surgir y a cobrar forma, incitándome a despertar por completo. Luché contra ella, pero me plantó cara y, al final, suspirando, me rendí, aparté suavemente de mí el brazo de Graham, me deslicé, tiritando, de entre las ropas de la cama, me vestí y bajé la escalera.

La luna arrojaba sombras en el suelo de la galería de la cocina, donde yo había dejado mi cartera. Hacía frío. Colgada con las chaquetas en las perchas que había detrás de la puerta que daba al jardín, había una gruesa camiseta de rugby, de color azul marino, con rayas de color rojo y oro descoloridas y con aspecto de haber sobrevivido mil guerras. Pero parecía de abrigo; me embutí en ella y subí las largas mangas hasta los codos.

Angus, en el sofá, levantó la cabeza y me dedicó un meneo de cola de bienvenida mientras cruzaba la estancia para ir a sentarme a su lado; después rodó sobre el lomo y mantuvo en el aire las cuatro patas para que le rascara la barriga. Lo hice, aunque con aire ausente. Angus pareció darse cuenta de qué era estar absolutamente concentrada en algo, porque bostezó y rodó de nuevo para hacerse un ovillo a mi lado, con el morro y una de sus patas delanteras hundidas en los pliegues de la camiseta de rugby de Graham. Se quedó dormido en cuanto comencé a teclear.

XVII

Sophia se movió con cuidado en la cama para no perturbar el sueño del bebé. La sensación de tener aquel cuerpecillo descansando y caliente contra el suyo todavía era una alegría tan inesperada y nueva, que a veces embargaba su corazón y hacía que contuviera el aliento, maravillada. Habían pasado tres semanas desde el nacimiento, y cada vez que contemplaba la carita de su hija, su belleza la deslumbraba y le impedía ver cualquier otra cosa que hubiera en la habitación. La pequeña Anna era realmente preciosa. La había llamado así por la hermana de Moray y en recuerdo de su propia

hermana mayor. Cuando llegara el momento, la bautizarían adecuadamente como Anna Mary Moray, pero por ahora la pequeña parecía contenta siendo sencillamente Anna, con sus manitas y pies diminutos y perfectos, sus suaves cabellos castaños y unos ojos que comenzaban a cambiar ya de color para adquirir el gris verdoso del mar en invierno.

Cada vez que la mirada de Sophia se cruzaba con aquellos ojos pensaba en el coronel Graeme, de pie a su lado junto al gran ventanal arqueado de la sala de Slains, diciéndole que llegaría un día en el que vería la promesa del mar en invierno. Tal vez tenía razón, porque en los ojos infantiles de su hija veía la esperanza de una nueva vida brotando de las profundidades de aquella dura estación que desde hacía tanto tiempo mantenía al mundo en la escarcha y el frío de la desesperación; una vida que traía el anuncio de una próxima primavera.

Sophia pensaba que la primavera llegaría pronto allí. Estaban muy al sur de Slains, puesto que la condesa había pensado que lo mejor era enviarlas a un lugar donde el bebé pudiera nacer sin sobresaltos, al abrigo de miradas indiscretas. Para ello se había puesto en contacto con los Malcolm, un matrimonio amigo que a menudo había servido a los condes de Erroll y era leal a la familia. Vivían modestamente, muy cerca del amplio y activo estuario fluvial de Edimburgo, anegado en las pleamares por las aguas marinas. Cada día, Sophia podía oír desde la casa las ruedas de los carruajes que pasaban y el ruido de los jinetes que entraban y salían de la ciudad real.

Su lento viaje en carruaje al sur, los días siguientes a la Navidad y acompañada por Kirsty, no había sido fácil. En varias ocasiones, las ruedas se habían hundido tanto

en el barro formado en los profundos surcos de la carretera, que el cochero y el lacayo necesitaron horas de denodados esfuerzos para liberarlas. Sin embargo, fue peor todavía una ocasión en la que estuvieron a punto de volcar al querer sortear el barro. Sophia, preocupada por la seguridad del bebé, se alegró al notar unas fuertes pataditas en su vientre, que parecían protestar por la rudeza de aquel trato. Más todavía se alegró al llegar a la casa del matrimonio Malcolm, y ver que eran dos personas amables y que le prestaban una calurosa acogida.

No le hicieron preguntas. A sus vecinos les contaron que era una prima suya que vivía en el norte, cuyo marido, obligado a viajar a otra ciudad por un negocio urgente, había expresado su deseo de enviarla allí para que pudiera estar con la familia cuando diera a luz a su hijo. Sophia ignoraba si esta era la historia que les había contado la condesa o si eran ellos quienes la habían inventado. Pero poco importaba. Lo principal era que ella y Anna estaban a salvo y que cuando Moray llegara las encontraría allí a las dos, esperándolo.

A su lado, la pequeña bostezó, se movió y, dormida aún, se arrimó más a ella buscando calor; al hacerlo, levantó la manita hasta que los pequeños dedos encontraron el anillo de plata, con su cadena, que colgaba del cuello de Sophia, y se aferraron a él en un gesto posesivo. Le gustaba dormir con una mano cerrada alrededor del anillo y con los cabellos de Sophia cogidos en la otra, como si quisiera estar más cerca de sus padres.

Sophia acarició suavemente los rizos de su hija y contempló cómo dormía. Nunca dejaba de asombrarla que, si bien su amor por Moray seguía llenando por completo su corazón, este parecía haberse hecho más

grande y haber cambiado de forma para dar cabida también a este nuevo amor; un amor que hasta entonces jamás había sentido por un ser que era más enteramente suyo que cuanto pudiera serlo cualquier otro.

No sabría decir cuánto tiempo permaneció allí inmóvil, en silencio, escuchando el rápido y dichoso sonido de la respiración de Anna. Pero de pronto oyó que un caballo se había detenido fuera.

Escuchó la inquieta danza de los cascos del animal, un golpe en la puerta y ruido de voces: la del señor Malcolm, hablando con vehemencia, y la de otra persona que enseguida reconoció.

Sophia dejó suavemente a la pequeña Anna en su cuna, se apresuró a vestirse y cruzó la habitación para despertar a Kirsty.

—Ha llegado Rory —le dijo.

Fue maravilloso ver cómo se animaban al instante los ojos de Kirsty.

En cuanto salió y vio la cara de Rory, Sophia supo que era portador de buenas noticias. El señor Malcolm estaba ya con el sombrero en la mano, abrochándose la capa y disponiéndose a partir, sin duda para ejecutar las órdenes de la condesa y el conde que acababan de serle trasmitidas. La señora Malcolm, radiante, batió palmas y exclamó dirigiéndose a Sophia:

—¡Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir este día!

Sophia miró a Rory.

—Entonces, ¿ha empezado ya?

—Sí. El señor Fleming acaba de desembarcar en Slains, como el coronel Graeme dijo que haría, con la noticia de que el rey ha zarpado de Dunkerque y que estará dentro de muy poco en Escocia.

—Quizá todavía se encuentre en alta mar —dijo el señor Malcolm, mientras se encasquetaba firmemente el sombrero sobre la peluca—. Debo ir a buscar pilotos que puedan salir al encuentro de sus barcos y guiarlos para remontar el estuario.

El estuario... El corazón de Sophia dio un brinco de alegría al pensar que los barcos pasarían tan cerca de ellos.

Ciertamente, tenía sentido, porque el joven rey Jacobo tenía que llegar a Edimburgo lo más rápidamente posible y reclamar allí su trono, dado que serían pocos los que se opondrían a él en la capital. Por las conversaciones que había oído en los anteriores meses, Sophia sabía que en la ciudad había solo un puñado de soldados mal equipados y que probablemente se sumarían a las fuerzas del rey voluntariamente. Además, en el gran castillo de la ciudad había un premio adicional: el llamado «Equivalente» —el precio de la nación, como lo llamaban algunos—, que era el dinero enviado a Escocia por los ingleses el verano anterior, como parte de los compromisos adquiridos conforme a las cláusulas de la Unión. Se daría así la dulce ironía de que si Jacobo expulsaba de Escocia a los ingleses, lo haría empleando el dinero de estos para abastecer a las fuerzas escocesas.

Sophia sabía también que estaba previsto que llegaran más suministros desde el condado de Angus, en cuya costa había embarrancado últimamente una flota de navíos holandeses repletos de cañones, pólvora, armas y grandes sumas de dinero. Además el ejército inglés, gran parte del cual aún luchaba en el continente, estaba débil y mal preparado para presentar oposición. Para cuando se hubiera reforzado y marchara hacia el

norte, todo habría terminado: Jacobo VIII ocuparía su trono en Edimburgo y Escocia volvería a ser libre.

El señor Malcolm se despidió apresuradamente de ellos y dijo a Rory:

—Si traes cartas para personas de esta zona, mi mujer conoce bien a todos nuestros vecinos y podrá indicarte cómo llegar hasta ellos.

Rory le dio las gracias.

—No he traído más cartas para entregar que la vuestra. Y una para la señora Milton, aquí presente. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Sophia, que utilizaba un nombre falso para proteger su identidad mientras vivía con los Malcolm.

El señor Malcolm, que en aquellos momentos no sentía demasiado interés por los asuntos de su huésped, se marchó y Sophia, reprimiendo su impaciencia, preguntó a Rory:

—¿Puedo ver esa carta?

—Sí. Es de la condesa.

Sabía ya que no podía ser de Moray, porque él le había dicho que no sería prudente escribirle pero, aun así, sintió una punzada de decepción al tener la carta en la mano. La superó diciéndose que ya no pasaría mucho tiempo antes de que Moray regresara a casa tal como había prometido. Y entonces ya no habría más separaciones.

De pronto fue consciente de la presencia de Kirsty, que se hallaba de pie a su lado y mostraba en silencio, aunque a las claras, su pesar porque Rory, una vez entregados los mensajes, se disponía a marcharse. Sophia vio que también él miraba a Kirsty, y en aquella simple mirada intuyó la intensidad de su frustración y tristeza. Porque, de momento, los deberes de Rory estaban en Slains y los de Kirsty cerca de Edimburgo.

Sophia pensó que estaban tan separados como ella y Moray.

Cuando Rory ya daba media vuelta para irse, Sophia lo llamó.

—Cuando haya leído esta carta, desearía enviar una respuesta a la condesa. Te ruego que esperes para poder llevársela —dijo.

Rory se volvió a mirarla, un poco lento en comprender la razón de aquel inesperado regalo.

Sophia trató de representar el papel de una dama autoritaria.

—Si, como dijiste, has hecho ya todo lo que se te encargó, ¿verdad que no sería demasiado inconveniente demorar tu regreso a casa una hora más? —Advirtió un pálpito de esperanza en Kirsty, que se hallaba a su lado, y vio que una sonrisa de gratitud despuntaba un segundo en los estoicos rasgos de Rory.

—No —respondió este—, no sería ningún inconveniente.

—Debes de estar hambriento. ¿Por qué no lo acompañas a la cocina, Kirsty?

La sonrisa de la muchacha se volvió más amplia.

—Sí, señora Milton.

Cuando ambos se fueron y la señora Malcolm volvió a ocuparse de sus quehaceres, Sophia se sentó a leer la carta.

Estaba escrita con la letra clara de la condesa y con suma cautela, por si era interceptada por manos hostiles.

> Queridísima señora Milton:
>
> Nos ha alegrado mucho saber que habéis dado felizmente a luz a una niña. Estoy segura de que eso os llena de alegría y que pronto os preguntaréis cómo habíais podido vivir feliz antes de que ella llegara.

> Cuando podáis hacerlo, tenéis que venir con ella a visitarnos a Slains, porque nos encantaría veros a las dos. Os aconsejaría, sin embargo, que no emprendierais ese viaje hasta que el clima aquí sea más favorable. Acabo de recibir esta semana una nota del señor Perkins...

Como Sophia sabía muy bien, el señor Perkins era el nombre en clave que la condesa utilizaba para referirse al duque de Perth, su hermano, que ocupaba el cargo de canciller en la corte de Saint-Germain. El duque de Perth escribía regularmente a su hermana, enviando discretamente las cartas por mar mediante diversos mensajeros, para evitar que cayeran en manos de los agentes de la reina Ana. Sus noticias se referían sobre todo a la corte, pero esta vez parecían tener un carácter más personal. La condesa decía en su carta:

> Me escribe que casualmente coincidió con nuestro amigo, el coronel, que jugó con él una agradable partida de ajedrez y lo encontró perfectamente de salud y de ánimos. También dice que en la misma casa encontró a vuestro esposo, el señor Milton, que estaba bien y que le dijo que cualquier día de estos viajará a la costa y buscará pasaje para volver a casa en compañía del señor Johnstone.

Al llegar a este punto Sophia se detuvo y leyó el párrafo por segunda vez para cerciorarse de que lo había entendido bien. Sabía que con el «señor Johnstone», se refería al rey.

Entonces, era cierto. Moray iba a volver, y sería pronto. Sophia se sentó a escribir su carta de respuesta, aunque al principio no pudo hacerlo porque le temblaban las manos. Aquel temblor no obedecía a otra causa que a la felicidad que la embargaba, tan pura y poderosa que no podía contenerla y sentía necesidad de

compartirla. De forma que, cuando los temblores cesaron, escribió despacio, consciente de que Kirsty y Rory harían buen uso de aquellos momentos extra que pudiera darles. Había pasado bastante más de una hora cuando puso su carta en manos de Rory y lo vio partir a caballo de nuevo hacia el norte, hacia Slains.

En los días que siguieron, Sophia vigiló atentamente las aguas del estuario. Cada día se levantaba expectante, con los oídos alerta a los ruidos de ruedas y cascos que pasaban junto a la casa de Edimburgo.

Hasta el viento parecía distinto esos días, como si llevara consigo el humo de algún extraño fuego, a menudo olido pero nunca visto.

La niña estaba inquieta en su cuna y rechazaba todo consuelo, mientras que Sophia caminaba arriba y abajo en su aposento, yendo y viniendo de una pared a otra hasta que sus escarpines acusaron el desgaste. Pero seguía sin llegar ninguna noticia.

Hasta una noche en la que escucharon fuego de cañón.

Cinco disparos y, después, silencio. Nada más.

Cuando llegó el alba, Sophia no había dormido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kirsty, despertándose.

Pero Sophia no pudo decírselo. Solo sabía que esa mañana percibía algo extraño en el aire.

—¿Oíste el cañón?

—No.

—A última hora. Cuando dieron las campanadas de la medianoche.

—Debíais de estar soñando —dijo Kirsty.

—No. —Sophia interrumpió sus inquietas idas y venidas a la ventana y miró hacia fuera a través de la bruma gris que comenzaba a fundirse con las luces del amanecer, orladas con franjas de color rojo y oro que

resplandecían como sangre de reyes—. Creo que no fue un sueño.

Y tenía razón. Porque, al atardecer del día siguiente, el señor Malcolm, que había permanecido fuera durante algunas noches, volvió presa de una gran agitación.

—¡Traedme pan y ropas! —pidió—. Tengo que irme.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha...? —preguntó su esposa, sorprendida.

—¡Por Dios, mujer! Calla y apresúrate, si no quieres verme colgado de una soga con los demás.

Con ese exabrupto, el señor Malcolm fue a sentarse, abatido, en la silla más próxima, asiendo su cabeza con las dos manos. No se había molestado en quitarse la pesada capa; la humedad salina de los vientos marinos hacía que en ella se formaran regueros que caían sobre las tablas del suelo.

En un silencio lleno de preocupación, la señora Malcolm sirvió vino, y la historia comenzó a salir entrecortadamente de sus labios. Para Sophia, que escuchaba de pie, cada palabra era como una pedrada que destrozaba sus esperanzas.

Explicó que las cosas habían empezado muy bien. Dos días atrás, el primer barco francés, el *Proteus*, había entrado en el estuario; él había ido a recibirlo a dos leguas de allí y había subido a bordo con varios pilotos. El capitán le explicó que había habido una tormenta en el mar y que el *Proteus* se había separado de los otros barcos, por lo que habían supuesto que encontrarían a los demás navíos del escuadrón real en el mismo estuario, delante de ellos. Su aparición había excitado los ánimos de los habitantes de la costa y muchos de ellos habían subido a embarcaciones de pesca para recibirlos; sin embargo, aunque los habían estado

esperando toda la tarde y la noche entera, no llegó ningún barco más.

Al rayar el alba, el *Proteus* dio la vuelta y se dejó llevar por el reflujo de la marea hacia la gran boca del estuario, para ver si podía dar con los demás barcos franceses y proveerlos de pilotos.

Lo que el *Proteus* encontró allí aún turbaba tanto al señor Malcolm, que le costó algunos minutos sobreponerse para poder continuar.

Los franceses, contó, se habían congregado en la entrada del estuario la noche anterior y habían arrojado sus anclas, con lo que perdieron la oportunidad de entrar en el río con la pleamar. Al amanecer, la marea cambió y no les quedó más remedio que esperar.

—Entonces llegaron los ingleses —dijo—. ¡Casi treinta naves, y la mitad de ellas con cincuenta cañones o más! —El señor Malcolm sacudió la cabeza.

El *Proteus* no estaba bien equipado para el combate. Lo habían adaptado como barco de transporte, le habían quitado gran parte de sus cañones para dejar espacio a hombres y suministros. En esas condiciones, no podía hacer mucho más que observar el desarrollo de la batalla.

El señor Malcolm no tenía más remedio que mostrar su admiración por la táctica del comandante francés que, aunque atrapado, había vuelto las proas de sus barcos contra los ingleses como si se dispusiera a atacarlos. Desde su posición a bordo del *Proteus*, había visto cómo los franceses arrojaban por la borda todo cuanto podían, en un esfuerzo por aligerar las naves; mientras los ingleses respondían cerrando sus filas en orden de batalla, los franceses se apresuraban a virar rápidamente para poner rumbo al norte.

Algunas naves francesas quedaron atrás; una de ellas fue cercada tan estrechamente por los buques de guerra enemigos, que tuvo que combatir todo el día y parte de la noche hostigada por sus adversarios. Pero, por lo menos, el barco que llevaba al rey Jacobo había conseguido escapar.

Como también lo había hecho el *Proteus* que, tras hacer bajar al señor Malcolm a un bote de pesca que esperaba, había puesto rumbo valientemente hacia alta mar, con la esperanza de arrastrar en su persecución a algunas naves inglesas y dar así más tiempo al barco del rey para encontrar un puerto seguro en el norte.

—Entonces, el rey todavía vive —dijo Sophia.

Esta era, por ahora, su única esperanza. Porque si, como le había dicho en cierta ocasión el coronel Graeme, ninguna batalla podía considerarse una victoria si se perdía el rey, seguramente tampoco podía hablarse de una verdadera derrota si el rey vivía.

—Vive —asintió el señor Malcolm—, y Dios quiera que llegue a tierra, porque mi vida valdrá muy poco hasta que él lo consiga. Todavía ahora, los soldados ingleses están buscando a todos aquellos de nosotros que subimos a bordo del *Proteus*. En Leith tienen presos a la tripulación y al capitán de un barco, y quien reclama la recompensa por su apresamiento es el peor de todos ellos, ya que en otros tiempos fue seguidor del rey; sin embargo, su comportamiento actual partirá el corazón de la condesa de Erroll, que lo tenía en gran estima.

Sophia frunció el ceño.

—¿A quién os referís, señor? —preguntó.

—Al capitán inglés, ya que no puedo llamar escocés a este desalmado que ha traicionado a sus amigos volviendo sus cañones contra el mismo barco francés

que llevaba tanto tiempo cercado, con lo que ha forzado su rendición. Estoy hablando —dijo, escupiendo el nombre— del capitán Thomas Gordon.

Sophia dio un paso atrás, como si las palabras del señor Malcolm la hubieran desconcertado.

—No puedo creerlo —dijo.

—Yo tampoco lo creería si no lo hubiese visto con mis propios ojos. —La expresión de su rostro se tornó amarga—. Hoy he tenido ocasión de ver muchas cosas que preferiría no haber visto nunca. Pero, como os digo, el rey está vivo.

Sophia cruzó los brazos alrededor del cuerpo con más fuerza aún y deseó tener suficiente fe en Dios para pedirle que Moray siguiera también con vida. Pero, aunque así fuera, sabía que estaba más allá de sus plegarias; se había metido en unas aguas mucho más peligrosas.

—¿Por qué fracasó? —pregunté por curiosidad. Graham, sentado con sus papeles en el otro sofá, me miró.

—¿A qué te refieres?

—A la invasión. ¿Por qué no tuvo éxito, a tu juicio?

—Ah… —Dejó el papel que tenía en la mano y apoyó la cabeza en el respaldo para pensar.

Hasta entonces, yo nunca había sido capaz de escribir si había alguna otra persona en la habitación. Me distraía. Hasta mis padres habían aprendido a dejarme en paz. Pero, esta mañana, Graham había bajado la escalera cuando yo estaba profundamente concentrada y se había instalado allí sin que tan siquiera me diera cuenta de su presencia. No fue hasta después de haber escrito tres páginas cuando descubrí que estaba bebiendo una taza de café recién hecho que yo no había preparado; entonces miré a mi alrededor y lo vi repanchingado en el sofá de enfrente, con una taza de café olvidada a su lado y la cabeza inclinada sobre sus papeles.

Tras advertir su presencia, simplemente había vuelto a mi relato, a su trama, con una agradable sensación de continuidad. Nunca habría pensado que fuera posible. Pero ahí estaba ya, al final de la escena. Y también Graham, sentado cómodamente frente a mí en la habitación, en silencio, pensando en los motivos por los que el joven rey Jacobo no había tenido éxito en su primer intento de rebelión en aquella lejana primavera de 1708.

—La respuesta más sencilla —empezó— es que fracasó porque los Estuardo jamás tuvieron mucha suerte. Quiero decir que, desde María, reina de Escocia, en adelante, su historia no lleva el sello de la fortuna. No les faltó presencia o encanto, pero, por lo que fuera, las cosas nunca les resultaron fáciles.

—La mayoría de los historiadores dirían que se lo buscaron ellos mismos.

La mirada de refilón de Graham revelaba que aquello le divertía.

—Jamás te fíes de un historiador —dijo—. Particularmente de los historiadores protestantes cuando escriben acerca de reyes católicos. La mayor parte de la historia se fundamenta en la versión de los vencedores, que tienen motivos para pintar con oscuros colores al otro bando. Pero los Estuardo no fueron tan malos. Fíjate por ejemplo en el viejo rey Jacobo, que fue el padre del Jacobo al que aludes en tu novela. La mayoría de los libros que dicen que fue un mal rey, cruel y todo lo demás, se basan en una sola crónica escrita por alguien que no hacía sino referir rumores de cosas ocurridas mucho tiempo atrás. Si lees lo que escribieron realmente aquellos que vivieron con Jacobo, que vieron lo que hacía, solo dicen cosas buenas de él. Pero los historiadores optan por los rumores y, una vez están ya en letra impresa, los toman por el evangelio y son una «fuente» de investigación para los futuros historiadores, con lo que se repiten las mentiras y los errores. —Dicho esto, Graham añadió encogiéndose de hombros—: Por eso digo siempre a mis estudiantes que vayan a los documentos originales. Que no se fíen de los libros.

—Entonces, ¿me estás diciendo que fue solo a causa de la mala suerte de los Estuardo? —inquirí, volviendo de nuevo a mi pregunta.

—Esa es una respuesta. Otra es que eligieron pésimamente la ocasión.

Fruncí el ceño.

—Pero la ocasión no era tan mala en 1708. Con las tropas ingleses fuera, combatiendo en Flandes, con la Unión provocando aquí un malestar que incitaba a la lucha, y…

—En ese sentido tienes razón. Sí, de todas las rebeliones jacobitas, la de 1708 fue la única que debería haber tenido éxito. En cualquier caso, habrían tenido que enfrentarse a la flota inglesa, ya que no cabe pensar que pudieran enviar veintitantos barcos desde Dunkerque sin que los ingleses tuvieran información previa de su partida; pero tienes razón: se las arreglaron para adelantárseles un poco, y una vez desembarcaran aquí, apenas habrían encontrado resistencia. Digamos que estuvieron a punto de asaltar el Banco de Inglaterra, pero que se produjo un gran pánico cuando corrió la voz de que el rey Jacobo volvía. Un día más y las cosas se habrían puesto tan mal que la reina Ana se habría visto forzada a buscar la paz y nombrar sucesor a su hermano, aunque no fuera más que para salvar su posición. Pero no me refería a este tipo de ocasión histórica, sino a la particular combinación de las circunstancias concretas. Para empezar —siguió diciendo Graham—, el joven rey pilló el sarampión justo cuando estaban a punto de zarpar de Dunkerque. Eso los retrasó un poco. Lo siguiente es que se encontraron con una tormenta en el mar. Y que, a causa de ella, perdieron la referencia y acabaron desviándose varias millas al norte de la costa, lo que los obligó a volver atrás y perder todo un día en llegar al punto donde deberían estar. Más tarde, cuando iban a adentrarse en el estuario, no lo hicieron sino que echaron sus anclas, esperaron toda la noche y permitieron que los ingleses les dieran caza. La historia —concluyó Graham— no es en realidad más que una serie de «¿y si…?». ¿Qué habría pasado si el comandante francés de la flota no se hubiera salido del rumbo? Que se habrían adentrado en el estuario el día anterior, anticipándose a los barcos

ingleses. ¿Qué habría ocurrido si el primer barco que remontó el estuario, el…? No recuerdo cómo se llamaba.

—¿El *Proteus*?

—Sí, el *Proteus*. ¡Buena memoria! ¿Qué habría sucedido si ese barco no hubiera entrado en el estuario en primer lugar? Todos los pilotos escoceses se embarcaron en él, de forma que no quedó nadie para guiar el barco del rey cuando este llegó. Si los pilotos no hubieran estado ya en el *Proteus*, el comandante francés podría haber intentado remontar el estuario la primera noche, cuando la marea era favorable, en lugar de echar el ancla. Con lo cual, habría podido instalar al rey con todas sus tropas a la vista de todo Edimburgo, antes de que los barcos ingleses se presentaran a la mañana siguiente. Aunque, por otra parte —observó Graham—, no estoy muy seguro de que los pilotos hubieran cambiado las cosas.

—¿Por qué?

—Porque no estoy convencido de que el comandante francés no actuara precisamente como se le ordenó.

Capté su insinuación:

—¿Quieres decir que se pretendía que fracasara?

—No me sorprendería. Los jacobitas habían pedido que el duque de Berwick estuviera al mando de la invasión, pero el rey de Francia eligió a otro. Berwick estaba furioso. Escribió cosas muy desagradables en sus memorias acerca de ello, y afirmó que él habría llevado a Jacobo sano y salvo a Escocia, cosa que no dudo. Por otra parte, no todos creyeron que el cambio de rumbo de los barcos franceses obedeciera a un mero accidente. Tu coronel Hooke contó después la anécdota de que aquella noche no podía dormir y subió a cubierta; vio que navegaban a la altura de Cruden Bay, demasiado al norte de donde deberían estar. Corrió a decírselo al comandante, que se mostró enormemente sorprendido y le dijo que corregiría el rumbo enseguida. Más tarde, sin embargo, Hooke vio que volvían a dirigirse hacia el norte, y cuando se lo preguntó al timonel, este le informó de que aquella era la orden que se le había

dado. Por ello, Hooke fue a decirle al rey que estaba siendo víctima de una traición.

—No recuerdo haber leído eso.

—Está en Oliphant, creo. En el libro de Oliphant titulado *Nobles jacobitas de Gask*. Te lo buscaré.

No había muchas cosas relativas a Hooke que yo no hubiera leído, pero lo cierto era que se habían conservado muy pocas. La mayoría de sus escritos habían desaparecido. Tras el fracaso de la rebelión, todos los interesados se dedicaron a encubrir los hechos de tal modo que dejarían a los del caso Watergate como unos aficionados. La mayor parte de los escritos y notas de Hooke fueron confiscados. Solo escaparon a aquella purga dos pequeños volúmenes. Todo lo demás se perdió para la historia.

Probablemente mis ojos debían de haber empezado a cerrarse, porque Graham se levantó sonriendo y se dispuso a coger mi taza de café vacía.

—Voy a hacer más —dijo—. No me parece que hayas acabado todavía de escribir.

Me eché para atrás.

—No, lo siento. No he terminado aún, aunque, si estabas pensando hacer alguna otra cosa… —Vi un asomo de sonrisa en su boca, y me apresuré a añadir—: Lo que quiero decir es que…

—Sé lo que querías decir. —Había afecto en sus ojos—. Sigue escribiendo tu libro. No me molesta. Tengo más de veinte trabajos que calificar, y no conseguiré terminarlos si sigues haciéndome hablar de la invasión. Además, no es más que palabrería. Se trata solo de teorías mías. No puedo decir con seguridad qué es lo que falló, ni por qué los franceses tomaron las decisiones que tomaron. Nadie puede saberlo, en realidad —admitió—. Ya resulta bastante difícil juzgar los motivos de las personas que viven en nuestra época, así que no digamos los de aquellos que llevan trescientos años muertos. No pueden explicárnoslo, ¿verdad?

Le tendí mi taza de café, le di las gracias, me senté de nuevo, acaricié al spaniel entre las orejas y me sentí aliviada de que me

hubiera planteado esa pregunta de carácter genérico, sin esperar que yo se la respondiera.

XVIII

El puerto de Leith era un laberinto de barcos grandes y de pequeñas embarcaciones; unos anclados y otros en movimiento a su alrededor, a diversas velocidades y en distintas direcciones, de forma que el remero sentado en el bote enfrente de Sophia tenía que elegir el rumbo con cuidado y cambiarlo a menudo. Aquel era el puerto de Edimburgo, y estaba abarrotado en cualquier época del año, pero ese día el tráfico era tan denso que casi parecía posible caminar de una embarcación a otra sobre las verdes aguas y entre los gritos de ánimo de quienes se interpelaban al paso de las naves, con cordiales voces que la bebida hacía más ruidosas.

Sophia cerró aún más la capucha alrededor de su rostro e hizo un esfuerzo para no mirar el deteriorado casco del barco francés anclado allí cerca, marcado por las cicatrices de una dura batalla y con la arboladura hecha jirones. Lo había visto antes desde la orilla y ya entonces sintió lástima, pero era mucho peor estar tan cerca y distinguir los boquetes desiguales y de bordes carbonizados provocados por los cañonazos y pensar que los hombres que habían estado junto a ellos estaban muertos.

No apreció marcas semejantes en el barco al que se acercaban. Se mecía lánguidamente en el agua como el gran felino al que aludía su nombre: el *Leopard*. Parecía

dominar el puerto como lo haría un leopardo salvaje descansando de una cacería, satisfecho, ufanándose de permitir que pasara por su lado una presa menor. Había algo de depredador en la sombra que proyectaba sobre Sophia, y el roce de los dos cascos rechinó como una advertencia cuando el barquero acercó el bote a su costado. Se puso en pie para asir una escala de cuerda que colgaba por la borda y llamó a voces a un tripulante que se hallaba en cubierta.

—Traigo a una dama que viene a ver a vuestro capitán —gritó con una sonrisa que mostraba con claridad cuál pensaba que era el propósito de aquella visita.

Sophia no hizo nada para contradecir a aquel hombre; tenía tan claro su propósito que no le importaba lo que pensaran los demás. Pisó con decisión la crujiente cubierta y soportó con paciencia el lascivo escrutinio del marinero. Se limitó a recordarle, cuando le pareció que lo había olvidado, que el capitán estaría esperándola.

Sintió las miradas curiosas de los que pasaban y oyó las voces de los demás hombres llamándose a gritos, riendo y expresándose con un rudo y provocador lenguaje, pero no se fijó en ellos más de lo que lo hizo en el barco, en los grandes y altos mástiles, en los ruidos de las jarcias y en el olor de las húmedas velas amainadas. Se había preguntado muchas veces cómo sería poner el pie en un barco y caminar por su cubierta; sin embargo, ahora que lo estaba haciendo ninguno de sus sentidos cobró conciencia de ello. Podría haber estado caminando por una ciudad, y los pasos que la separaban de la puerta de la cabina del capitán podían ser, simplemente, los que había que dar hasta la entrada de una casa. Lo único en lo que pensaba Sophia era en el

hombre que estaba dentro y en lo que había ido a decirle.

La cabina tenía al fondo unas ventanas acristaladas por las que entraba generosamente la luz de las primeras horas de la tarde, que iluminaba las molduras de las paredes y se extendía sobre la lisa superficie del escritorio al que estaba sentado el capitán.

Este no había alzado la vista cuando llamó a la puerta el marinero: había dicho un simple «Entrad», y había seguido mirando los papeles que tenía delante y atraían toda su atención.

—Vuestra visita, señor —dijo el marinero, que tosió y se retiró discretamente.

Cuando el capitán levantó la cabeza con el ceño levemente fruncido y vio a Sophia delante de él, detuvo en seco la lectura como si la sorpresa lo hubiera desconcertado por completo.

—Capitán Gordon... —saludó sencillamente la joven.

Recuperado de la sorpresa, el capitán se puso en pie y se acercó para tomar su mano y llevársela a los labios, demasiado caballeroso para prescindir de las formalidades ni siquiera en circunstancias tan inesperadas. Pero era obvio que su presencia allí lo había sorprendido y no intentó ocultarlo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—No ha sido difícil —mintió ella. No iba a contarle los pretextos que había dado a la señora Malcolm, y a Kirsty después, acerca de la necesidad de ir a la ciudad, ni lo temprano que había tenido que ponerse en camino para alquilar un carruaje, ni las dificultades para abrirse paso por el activo puerto—. Pregunté cuál era vuestro barco y encontré un barquero dispuesto a traerme.

—Me refería a cómo habéis llegado a Leith. ¿Por qué no estáis en Slains?

Sophia retiró la mano.

—La condesa consideró que me convenía un cambio de aires. He pasado unas semanas con unos amigos suyos no lejos de aquí.

—Ah... ¿Qué amigos son esos?

En otras circunstancias, Sophia se lo habría dicho, pero no en ese momento.

—No creo que los conozcáis.

El capitán Gordon escudriñó su rostro.

—Venid, sentémonos —rogó.

La decoración de la cabina era masculina, pero exenta de lujos. Las sillas habían sido tapizadas con un rico tejido rojo, y en una bandeja de plata se reflejaban las piezas de una singular colección de tacitas y platos de porcelana colocados alrededor de una tetera con tapa.

—Habéis venido muy oportunamente —dijo el capitán —. Ayer no habría tenido gran cosa que ofreceros como refrigerio, pero hoy mi cocinero ha intercambiado algunas cosas con un barco holandés recién llegado de las Indias Orientales que se ha visto obligado a recalar aquí, en el puerto, y entre cuyos preciados bienes había un juego de porcelana para tomar el té, que es una bebida a la que mi cocinero quiere que me acostumbre. —Cogió la tetera de porcelana y vertió en el interior de una de las tazas un líquido de color marrón claro—. Debo confesaros que prefiero un buen whisky, pero me han dicho que beber té va a ponerse de moda. Tomad —le dijo, tendiéndole la taza—. Me parece que aún está caliente.

La joven cogió la taza y miró hacia las ventanas, a través de cuyos cristales aparecía el desarbolado barco francés, como si se tratara de un cuadro enmarcado y pintado para celebrar la victoria en la batalla naval

librada apenas hacía unos días y que había teñido de sangre aquellas mismas aguas Sophia encontró amarga la bebida.

—Me ha sorprendido encontraros en un nuevo barco —dijo.

—Sí, el *Edimburgh* no sobrevivió a las penalidades de mi último viaje. Como recordaréis, tenía mis dudas acerca de su consistencia —añadió, sonriendo como si recordara una broma privada.

Aquella sonrisa provocó en Sophia un impulso de ira que no consiguió reprimir.

—Recuerdo muchas cosas de vos, capitán. Decidme, ¿seguís pensando que el rey Jacobo os nombrará almirante cuando regrese? —Le planteó la pregunta como un reto, y después le indicó a través de las ventanas el barco francés—. ¿Creéis que os honrará por haber hecho eso?

Él no respondió, lo cual no hizo otra cosa que inflamar más la ira de Sophia.

—¿Cómo habéis podido hacerlo? Después de todo cuanto le dijisteis a la condesa y al conde, ¿cómo habéis podido hacer semejante cosa? ¿Cómo habéis podido traicionarnos así?

—Era mi deber —respondió el capitán en voz baja.

—Vuestro deber podía exigiros que os mantuvierais del lado de los ingleses, e incluso que hicierais fuego contra las naves francesas. Pero no sirve para excusarlo todo. Ningún otro barco inglés, salvo el vuestro, apresó a una nave francesa, y eso —remachó— no puedo creer que lo hicierais porque fuera vuestro deber.

Él la observaba con una expresión en sus ojos que ella era incapaz de sondear.

—No —dijo por fin—. Eso no lo hice porque fuera mi deber.

Levantándose de su silla, el capitán Gordon exhaló un profundo suspiro, dio media vuelta, cruzó la cabina y fue a colocarse de pie frente a las ventanas, mirando hacia fuera. No habló durante unos minutos.

—Si algún hombre me lo preguntara —prosiguió—, le diría que me siento más orgulloso de lo que hice ese día que de cualquier otra cosa que haya hecho en toda mi vida.

Había tanta intensidad en su voz, tal pasión en sus palabras, que la ira de Sophia comenzó a apagarse. Pero, aun así, no lo entendía.

Hasta que él le explicó por qué.

Le dijo que un hombre en su posición poco podía hacer para trazar su propio rumbo en estos tiempos, pero él había hecho todo lo posible. Había mantenido al *Edinburgh* en condiciones deficientes para navegar y había procurado estar en tierra todo el tiempo que le fue posible, con la esperanza de que el rey aprovecharía la oportunidad para realizar la travesía. Pero el rey no lo había hecho, y al final el capitán Gordon recibió nuevas órdenes: tomar el mando de un nuevo barco, el *Leopard*, y conducirlo al norte.

—Hasta los capitanes deben obedecer órdenes —le dijo a Sophia.

Al llegar a la boca del estuario, encontró a los barcos franceses en plena batalla y sometidos al fuego de los cañones. Mantuvo al *Leopard* en la retaguardia tanto como pudo y, merced a una serie de maniobras aparentemente torpes, se las había arreglado incluso para bloquear el fuego de la artillería contra el *Proteus*, para permitirle escapar por allí.

—Pero ya nada podía hacerse por ellos —dijo, echando también un vistazo al destrozado barco francés —. No hubo forma de salvar al *Salisbury*. Porque en

otros tiempos fue un barco inglés, ¿lo sabíais? Los franceses lo habían capturado a su vez de nuestra armada hacía algún tiempo. Fue su botín de guerra. Por eso, cuando el comandante francés hizo virar su escuadra y poner rumbo al norte, el *Salisbury* se hallaba en la retaguardia.

Estaba haciendo lo que se le había pedido: proteger la retaguardia de la escuadra, para que el rey pudiera escapar. Pero tenía que conseguirlo al doloroso precio de sucumbir, el barco y su valiente tripulación. No se les ofrecía ninguna otra posibilidad.

Los barcos ingleses tenían atrapado al *Salisbury*, y aunque otros dos barcos franceses retrocedieron para prestarle ayuda, no sirvió de nada. La batalla se volvió más encarnizada después del mediodía y al anochecer los otros dos barcos tuvieron que huir, dejando que el *Salisbury* se enfrentara solo a sus enemigos.

Al amanecer, el barco arrió sus enseñas; aquella rendición inflamó algo muy profundo en el espíritu de Gordon, algo que ni siquiera ahora podía explicar y que lo impulsó a entrar en acción.

—Se me ocurrió que, puesto que no podía salvarlo, tal vez podría prestar algún servicio a los hombres que transportaba. Que sería mejor que cayeran en mis manos que en las de aquellos hombres, que no simpatizaban precisamente con los jacobitas.

Gordon despertó entonces a sus hombres más fieles y les ordenó largar inmediatamente un bote al agua con él dentro; después remaron frenéticamente a través de la bruma y el humo de los restos carbonizados, adelantándose a los otros barcos ingleses, y él subió a bordo del *Salisbury* para reclamarlo como su presa.

El capitán del barco francés se mostró gallardo en la derrota. Parecía un hombre muy capaz y se comportó, a

pesar del cansancio y de las ropas ensangrentadas, con una exquisita cortesía.

—Es muy amable de vuestra parte haber pensado en ello —le dijo a Gordon cuando este le ofreció ayuda, dándole muestras de que los dos tenían lealtades semejantes—. Hay unas cartas que desearía enviar a Francia, a París, si fuera posible.

—Me ocuparé de que así sea.

—Hay una cosa más. Llevo a bordo de este barco a un pasajero noble, lord Griffin...

—¡Griffin! ¿Todavía vive?

—Resultó levemente herido ayer, y ahora descansa bajo los cuidados de nuestro cirujano. Pero temo lo que pueda ocurrirle cuando los ingleses lo hagan prisionero.

A los ingleses, pensó Gordon, no les haría ninguna gracia encontrar al anciano que había servido lealmente al viejo rey Jacobo, y que había vivido después en la corte de Saint-Germain. ¿En qué estarían pensando los franceses? ¿Cómo se les había ocurrido enviar a lord Griffin, a su edad?

—Fue su deseo —respondió su interlocutor, con un encogimiento de hombros muy propio de los franceses —. No le habían hablado de los planes del joven rey, y tampoco supo de ellos hasta que estábamos a punto de zarpar, momento en el que se mostró tan resuelto a tomar parte en la empresa, que compró un caballo, cabalgó hasta Dunkerque y se aseguró un lugar a bordo de mi barco. Es... ¿cómo dicen ustedes? ¡Todo un carácter! No me gustaría que le ocurriera ningún daño.

—¿Dónde está ahora?

—Venid, os llevaré hasta él.

Encontraron al anciano bajo cubierta, sentado tranquilamente entre el caos de hombres heridos y de muertos. A pesar de llevar la cabeza vendada, parecía

capaz e incluso animoso, como si lo atrajera la perspectiva de la aventura. Escuchó cortésmente los planes de Gordon.

—Oh, no tenéis que preocuparos por eso, muchacho —respondió—. Nadie me hará daño.

—Escuchad, señor. Si los ingleses apresan a un noble francés lo tratarán con respeto, pero si dan con un noble inglés como vos, considerarán su presencia en este barco una traición, y no tendrán piedad. Reclamarán vuestra cabeza.

Los ojos de lord Griffin mostraban toda la paciencia de un anciano que se dirige a un muchacho.

—Soy viejo, capitán, y os aseguro que mis huesos me dolerán lo mismo si duermo en un palacio que si tengo que hacerlo en una prisión. Pero, si eso os tranquiliza, muchacho, iré con vos.

Dio su consentimiento para ser transportado en unas parihuelas, de forma que pareciera más gravemente herido de lo que estaba en realidad y pudiera quedar al cuidado del cirujano, en el *Leopard*.

—Mi cirujano —explicó Gordon a lord Griffin y al capitán del barco francés— es un jacobita como yo, y colaborará para manteneros oculto hasta que podamos trasladaros a un lugar más seguro.

Alguien empujó a Gordon al pasar y, al hacerse a un lado, tropezó contra otro hombre herido que yacía inconsciente en cubierta; su respiración era tan tenue que apenas se traducía en algún movimiento de los sucios y ensangrentados harapos que inmovilizaban su hombro.

En la penumbra era difícil distinguir la cara pálida de aquel hombre, pero Gordon vio lo que necesitaba ver. Sin apartar la mirada, preguntó con voz tensa:

—¿Qué le ha ocurrido a este hombre?

Lord Griffin contestó:

—Lo hirieron cuando salvó la vida de un muchacho que no había tenido el buen juicio de esquivar la trayectoria de una bala de cañón. —Y, como Gordon no se movía, lord Griffin añadió—: El muchacho salió indemne. Yo estaba allí y lo vi todo, aunque confieso que la misma bala hizo que el techo se derrumbara sobre mi cabeza y apenas recuerdo nada más.

Se frotó la sien cuidadosamente vendada mientras el capitán del barco francés se fijaba con atención en el herido.

—No me resulta familiar su cara —dijo—, pero, a juzgar por su uniforme, parece ser un oficial de una de las brigadas irlandesas del rey. Llevamos varios de esos hombres a bordo del *Salisbury*.

—A mis paisanos —observó lord Griffin— tampoco va a hacerles ninguna gracia encontrar a esos hombres aquí.

—No. —El ceño del capitán Gordon se frunció más aún—. Ciertamente no les hará ninguna gracia —dijo, y pidió otras parihuelas—. Me llevaré también a este hombre.

—Pero, señor —protestó el capitán del barco francés —, ¿no atraeréis demasiado la atención si trasladáis a dos hombres heridos en vuestra pequeña embarcación?

La respuesta de Gordon lo dejó sin habla.

—Os recuerdo, señor, que esa «pequeña embarcación» obedece mis órdenes, igual que debe hacerlo ahora también vuestro barco, por lo que os agradecería que no cuestionarais mi mando.

No se dijo una palabra más hasta que las dos parihuelas se hallaban en su bote y remaban de vuelta hacia el *Leopard*. Los hombres de Gordon estaban absolutamente callados. Sus lealtades se hallaban en

total coincidencia con las de su capitán, por lo que este no temía que hablaran de lo que habían visto u oído. Para ellos, los dos heridos que transportaban en la embarcación eran invisibles.

La manta extendida sobre la camilla del oficial inconsciente comenzó a moverse y Gordon alargó el brazo para tirar de ella y remeterla bajo el brazo no herido del hombre. Al volverse vio que lord Griffin lo miraba desde la suya.

—Vos lo conocéis. —No era una pregunta.

—Sí —respondió Gordon.

—Por su voz, yo diría que es escocés. —Había cierta curiosidad en los ojos del anciano—. Un hombre capaz de luchar con tanta valentía en defensa de su rey ha tenido que hacerlo anteriormente en más de una ocasión.

—Así es. Y se ha ganado un precio por su cabeza que haría rico al soldado inglés que lo apresara.

Lord Griffin asintió.

—Entonces habéis hecho bien en librar a vuestro amigo de ellos.

Gordon se volvió y observó el rostro de Moray.

—Él no me contaría entre sus amigos —dijo.

—Pero vos lo admiráis.

Gordon reflexionó un momento.

—Es una persona querida para alguien a quien yo quiero —respondió—, lo cual nos une el uno al otro, aunque a ninguno de los dos nos guste.

Se sintió aliviado cuando poco después, a bordo del *Leopard*, su cirujano le aseguró que Moray no estaba gravemente herido. Bajo la luz oscilante de las lámparas, el cirujano se inclinó para mostrarle las heridas.

—Mirad. Aquí tiene una cicatriz de algo puntiagudo que le atravesó el hombro. No hablo de una espada, sino de algo más áspero, como un pedazo de madera astillado. Eso fue lo que le causó la hemorragia, pero ya se ha cortado y sanará perfectamente, al igual que la herida que tiene en el costado. Cuando recobre el conocimiento, apenas notará estas dos cicatrices más.

Lord Griffin, que había rechazado la hamaca que le había ofrecido el cirujano y ocupaba un asiento apoyado contra el curvo costado del barco, miró donde el médico señalaba y observó:

—Se diría que alguien está intentando con insistencia dar muerte a este joven...

También él había visto, como Gordon, las demás cicatrices que Moray tenía en el pecho y los brazos; marcas de años de cuchilladas y proyectiles recibidos en los campos de batalla. Colgado del cuello llevaba un cordón de cuero al que estaba atado un pequeño guijarro negro gastado y agujereado; ninguno de los presentes sabía cuál era su finalidad.

Lord Griffin, sin embargo, conjeturó que debía de tratarse de una especie de talismán.

—Los soldados son gente supersticiosa —apuntó.

—Me temo que tendrá que pasar un rato sin él mientras le curo y le vendo el hombro —dijo el médico.

Pero cuando se disponía a quitarle el cordón con la piedra una mano le agarró fuertemente la muñeca.

—Dejad eso —dijo una voz ronca, apenas audible.

Los párpados de Moray se abrieron lentamente a la vez que recuperaba el sentido. Tomó conciencia de dónde se hallaba, pero no soltó la muñeca del cirujano hasta que este dijo:

—Os han herido, señor. Debo curaros la herida, y esta piedra me estorba para hacerlo.

Al cabo de unos momentos, la mano de Moray aflojó su presa; asió el guijarro por el cordón, se lo pasó con cuidado por la cabeza, lo colocó en la palma de la mano y cerró los dedos sobre él en un sencillo acto de posesión.

—Por vuestro acento, deduzco que sois inglés —dijo con la mirada fija en el rostro del médico.

—En efecto, señor.

Solo Gordon vio que la mano del brazo izquierdo herido de Moray se movía hacia su muslo como si esperara encontrar su espada allí.

—¿Que barco es este? —preguntó.

Lord Griffin se adelantó para responder.

—No tenéis por qué preocuparos, muchacho. Estáis a bordo del *Leopard*, y a salvo entre amigos.

El sonido de la voz de lord Griffin pilló desprevenido a Moray, que volvió bruscamente la cabeza hacia él, pero Gordon se hallaba de pie entre los dos. El barco cabeceó, oscilaron las lámparas y, en las cambiantes zonas de luz y de sombra, la mirada de Moray se cruzó con la de Gordon en un duro y tácito reto.

—Entre amigos —repitió en un tono de voz dubitativo.

—Sí —confirmó Gordon—. Por el momento. Pero no puedo manteneros escondido aquí mucho tiempo. —Sus siguientes palabras se dirigieron al cirujano—. ¿Creéis que estará en condiciones de viajar cuando se haga de noche?

La mirada de Moray fue recelosa.

—Viajar, ¿adónde? —preguntó.

—Pretendo aprovechar los festejos que se celebrarán hoy en honor de esta jornada victoriosa. Aumentarán en gran medida la confusión que reina en estas aguas —dijo Gordon—. Con tantos navíos de guerra y demás tipos de

embarcaciones, y tantísimos hombres borrachos, tal vez será posible trasladaros a ambos a bordo de un pesquero que aguarda para llevaros a Francia.

—¿Y qué me decís de los hombres que esta mañana vieron que subíais a bordo dos prisioneros desde el *Salisbury*? ¿Se creerán que hemos desaparecido sin más? —preguntó lord Griffin.

Su voz era seca y su expresión manifestaba a las claras que, aunque admiraba el plan, tenía serias dudas acerca de sus posibilidades de éxito.

—Mis hombres vieron que subía a bordo a dos prisioneros —respondió Gordon—. Mañana por la mañana verán cómo celebro dos funerales cristianos en el mar, como es costumbre, por esos mismos prisioneros por quienes, lamentablemente, nuestro cirujano no pudo hacer nada. Amortajaremos los cuerpos y nadie sabrá que en su interior, en lugar de cadáveres, solo hay lastre. Ellos se quedarán satisfechos, y los dos habréis conseguido escapar de los ingleses.

—No, los dos no —dijo lord Griffin sacudiendo la cabeza—. No podéis darnos muerte a los dos, muchacho; no se lo creerán. Por otra parte, ¿qué opinión se formarían acerca de vuestro pobre cirujano? —Sonriendo, se plantó con los brazos cruzados—. No, señor. Os llevaréis a este muchacho y yo asistiré mañana a su funeral, lo lloraré y respaldaré vuestro relato con el mío.

Moray se incorporó en la camilla ante las protestas del médico, que aún no había acabado de vendarle el hombro.

—Milord Griffin, si solo puede escapar uno de nosotros, insisto en ser yo quien...

—Oh, no, muchacho. Ahorrad vuestro aliento. Vos sois joven y tenéis toda una vida por delante; en cambio la mía está tocando a su fin. Ya os he dicho —añadió, dirigiéndose a Gordon— que no tengo nada que temer aunque me apresen. Conozco a la reina Ana desde que estaba en la cuna. Pertenecí a la guardia de su padre. No consentirá que me ocurra nada malo. —Sonrió de nuevo —. Aparte de que la perspectiva de tener una habitación en el interior de la Torre, desde la que pueda ver todo Londres en mis últimos años, no me parece en absoluto desagradable. —Hizo una pausa mientras sus palabras se cargaban con el peso de los recuerdos—. Llevo tanto tiempo lejos de mi hogar... —concluyó.

Moray repitió tercamente sus argumentos en contra de que lord Griffin se quedara, pero el inglés no cedía. Al final, el asunto quedó zanjado cuando Gordon estalló:

—¡Por Dios, quizá yo mismo os entregue y reclame la recompensa si no cedéis de una maldita vez! —Después, recuperando la calma recordó a Moray—: En cierta ocasión me dijisteis que no era propio de un soldado cuestionar una orden, sino que debía cumplirla. ¿No podéis obedecer esta? —Y añadió en voz baja—: Si no se os ocurre otra razón, hacedlo al menos por ella.

Como adversarios enzarzados en una batalla de igual a igual, los dos hombres se miraron fijamente en silencio durante unos momentos. Moray levantó muy despacio la mano y volvió a poner el cordón con la piedrecilla negra alrededor de su cuello, como si fuera la única armadura que necesitara. Después, asintió con un simple gesto.

Sophia miró al capitán Gordon mientras este se hallaba de pie de espaldas a ella, apoyado en la curva del

mirador de popa en la cabina del *Leopard*. No había pronunciado ni una sola palabra mientras él refería su relato, agarrotada por el peso de sus emociones.

—Conseguimos sacarlo de allí sin problemas —añadió Gordon—. Con el ron que corría aquella noche, mis hombres no estaban en condiciones de atender a nada que no fuera su propia embriaguez. A estas horas habrá terminado ya la travesía y estará completamente recuperado.

Sophia era consciente de que nada de cuanto pudiera decir resultaría adecuado; sin embargo, sintió la necesidad de decir algo:

—Capitán Gordon —empezó, pero balbuceó cuando él se volvió, por lo que tan solo preguntó—: ¿Tenéis aún a lord Griffin a vuestro cuidado?

—No. Los soldados lo arrestaron esa misma mañana. Solo puedo rezar para que no se equivocara al pensar que la reina se mostraría clemente con él.

Al mirar su rostro, Sophia se sintió avergonzada de haber pensado que un hombre como él podía convertirse en un traidor.

—Capitán Gordon —comenzó de nuevo—, espero que podáis perdonarme por...

Él levantó la mano para interrumpir su disculpa.

—Está olvidado. —Y, mirando una vez más el destrozado casco del *Salisbury*, añadió—: En cualquier caso, teníais toda la razón en un aspecto. —Volvió a fijar intensamente su mirada en los ojos de ella—. Las cosas que hice esa noche no las hice porque fueran mi deber. Las hice por vos.

Sophia guardó silencio unos instantes ante aquella confesión. Se le hacía difícil oír que un hombre la quería tanto como para ser capaz de arriesgar su profesión y

jugarse incluso la vida, y saber que ella no podía corresponder a su amor.

—Lo siento muchísimo —dijo con voz queda.

Ambos sabían que se refería a algo mucho más profundo que a sus infundadas acusaciones.

Siempre caballeroso, el capitán Gordon quiso aliviar su carga.

—No debe apenaros. —Hizo una pausa y después añadió en un tono menos serio—: La verdad es que admiro vuestro valor por haber venido hasta aquí para retarme. Y tampoco dudo que habríais encontrado la forma de llegar hasta aquí desde Slains, si os lo hubierais propuesto.

La joven insinuó una sonrisa ante aquella suposición.

—Podría haberlo hecho, sí —dijo.

—Pero me alegra que ahora no estéis en el norte. —Cruzó la estancia para servir un vaso de clarete para Sophia y otro para él—. Y no lo digo solo por el placer que me ha producido vuestra visita, sino porque temo que los ingleses exigirán represalias por lo ocurrido aquí.

Sophia bebió tratando de eliminar de su boca el amargo sabor del té.

—El rey escapó —dijo—. Es posible que sus barcos lo lleven más al norte, donde tal vez encuentren otro lugar mejor para desembarcar.

—Tal vez —replicó Gordon. Su mirada parecía haber envejecido años en poco tiempo—. Pero, si fracasa, vendrán malos años y será mejor para vos que no estéis en Slains.

Graham, medio dormido, volvió su cabeza hacia mí sobre la almohada.

—¿Lord qué? —preguntó.

—Lord Griffin. Estuvo en el *Salisbury*, creo. Un anciano inglés que había residido en Saint-Germain.

—Ah, ese. —Situó el nombre mentalmente y rodó un poco más para rodear con el brazo mi cintura y apoyar en mí un peso que ya me resultaba familiar. Me gustaba sentirlo así, como también me gustaba notar el rumor de su voz sobre mi cuello—. ¿Qué quieres saber acerca de él?

—¿Qué le ocurrió una vez lo apresaron los ingleses? ¿Lo juzgaron por traición?

—Sí, y lo declararon culpable.

—¿Lo decapitaron?

En aquel entonces, la pena por traición era inexorable. Yo no sabía por qué me turbaba tanto aquel pequeño detalle, ya que en mis lecturas para documentar mis novelas históricas había tropezado con relatos de innumerables ejecuciones, y sabía que se trataba de una consecuencia más de las guerras y las intrigas de la realeza. Pero no podía pensar en esta, en concreto, sin representarme mentalmente a aquel anciano sentado con la espalda apoyada en la curvada pared interior del *Leopard*, y diciendo que se quedaría porque nadie le haría daño, ya que la reina Ana jamás consentiría…

—No —dijo Graham, cortando el hilo de mis reflexiones—. No lo mataron. Hubo algunos ministros de la reina Ana que instaron a que se ejecutara la sentencia, pero la reina no los escuchó. Lo mantuvo cautivo, pero le permitió conservar la cabeza y, al final, murió a una edad muy avanzada.

Aquello hizo que me sintiera un poco más feliz. Esperaba que, tal como deseaba, hubiera gozado de la vista de Londres desde su ventana. Ciertamente me constaba que las esperanzas del rey Jacobo no se habían llegado a cumplir. Persiguieron a sus barcos a lo largo de las costas del norte, hasta que, finalmente, el mal tiempo los obligó a renunciar al desembarco y los empujó de vuelta a alta mar y a Francia. Aquellos que, en la costa, habían esperado durante tanto tiempo su llegada, quedaron desprotegidos y a merced de los malos tiempos que el capitán Gordon había predicho.

—Graham…

—¿Sí?

—¿Dieron muerte a alguien más por haber participado en la rebelión?

—No, que yo recuerde.

Su voz sonaba completamente soñolienta y, de conocerlo menos, quizá habría sospechado que aquella «desmemoria» era voluntaria, que su propósito era lograr que dejara de hacerle preguntas.

—Pero los ingleses derrotaron a los jacobitas y los enviaron a prisión.

—Sí. La mayoría de los grandes señores y de los miembros de la pequeña nobleza fueron conducidos a prisión y de allí, cargados de cadenas, enviados a Londres para ser objeto de escarnio ante el populacho.

Guardé silencio un instante, imaginando la escena.

—¿Se hallaba entre ellos el conde de Erroll? —pregunté.

Graham asintió, pero incluso ese esfuerzo le resultaba excesivo, pues su voz empezó a hacerse más ronca, menos clara.

—Por lo visto, el cautiverio le sentó tan mal que se enfureció, arrojó una botella al conde de Marischal y a punto estuvo de partirle la crisma.

—Bueno, supongo que el conde de Marischal se lo habría ganado a pulso.

Noté que la boca de Graham se curvaba un instante sobre mi piel mientras me decía:

—Defendiendo a los tuyos, ¿eh?

No podía explicarle que conocía la forma de ser del conde de Erroll mucho mejor que cualquier historiador, que para mí no era una figura de la que tuviera conocimiento a través de la letra impresa, sino una persona de carne y hueso que ocupaba un lugar en mi memoria. Todos ellos lo ocupaban. Recordaba las caras de todos, sus voces.

Callé un momento, ensimismada en mis pensamientos.

—Graham… —me aventuré de nuevo.

Por toda respuesta, él acercó aún más su boca a mi cuello y emitió un ahogado sonido de interrogación.

—¿Hum?

—¿Qué ocurrió cuando los llevaron a Londres? Sé que, finalmente, los dejaron libres, pero ¿cómo?

Esta vez no obtuve ninguna respuesta, salvo el profundo sonido de su respiración. Se había quedado dormido. Yo permanecí un buen rato pensando en la oscuridad, con el brazo de Graham a mi alrededor infundiéndome seguridad y sintiendo en los pies el calor del cuerpo de Angus. Pero la duda me impedía descansar, y, que yo supiera, solo tenía a mi alcance una manera de salir de ella.

XIX

Aquellos días salió poco de casa. Aunque habían pasado dos meses y la primavera había suavizado la cortante aspereza de la brisa del mar, Sophia seguía encerrada en casa con la señora Malcolm, Kirsty y el bebé, y no la dejaba más que los raros días en los que la consumía el desasosiego y tenía la sensación de que si no salía al aire libre iba a volverse loca. Pero aun así, se mantenía tan lejos como podía de la carretera, consciente de estar viviendo unos tiempos peligrosos.

No habían recibido ninguna noticia del señor Malcolm, ni sabían dónde podía hallarse. Al principio pareció que a cada día que pasaba eran más numerosos los hombres encarcelados y, por la única carta que la condesa había podido enviarle, Sophia sabía que las cosas no iban mucho mejor en el norte. El único consuelo que le procuró aquella carta procedía de unas

pocas noticias que la condesa le contaba en ella; en concreto, que había recibido un mensaje del duque de Perth, su hermano, que residía en la corte de Saint-Germain. «El señor Perkins —escribió a Sophia en su meticuloso código— me cuenta que recientemente visitó a vuestro marido, el señor Milton y lo encontró muy recuperado de su enfermedad e impaciente por volver a veros». De lo cual Sophia dedujo, para alivio suyo, que Moray había logrado regresar sano y salvo a la otra orilla del Canal y que estaba convaleciente de sus heridas.

Saber aquello le hizo más fácil enfrentarse a la inseguridad que la rodeaba. Al igual que la visión de su hijita Anna, dormida en su cuna, pequeña, vulnerable y confiada, le daba cada mañana la resolución y la fortaleza de espíritu necesarias para comportarse con precaución y, así, proteger a la niña.

Por ese motivo, no se habría aventurado a salir a la carretera si no fuera porque, habiendo caído enferma la doncella de la señora Malcolm, era preciso que alguien fuera al mercado para procurarse los alimentos que necesitarían los siguientes días. Kirsty se había ofrecido a hacerlo, pero como ella se recuperaba también de la misma dolencia y se encontraba aún débil, Sophia no lo consintió. Ni tampoco que se encargara la señora Malcolm personalmente, pues en dos ocasiones la habían abordado soldados que andaban tras la pista de su marido.

«Iré yo», decidió Sophia. Se puso en camino antes del amanecer y durante un buen rato fue la única persona que caminaba por la carretera, lo que hizo que disfrutara mucho más de la sensación del aire fresco en su rostro y del vibrante colorido del alba. Era aún temprano cuando llegó a las primeras casas de las

inmediaciones de Edimburgo. La ciudad comenzaba a despertar a su alrededor, pero aún era pronto para que hubiera mucho movimiento en la carretera.

Por eso, cuando oyó ruido de cascos de caballos y de ruedas que se acercaban por su espalda, se volvió instintivamente sin pretender ocultarse; tan solo sentía curiosidad por ver quién se desplazaba a aquellas horas.

Era alguien importante, sin duda, porque se trataba de un carruaje caro; el cochero, ataviado con una rica librea, conducía unos caballos negros de preciosa estampa, pero tan desdeñosos que ni siquiera movieron los ojos cuando llegaron a la altura de Sophia.

En el interior del carruaje se escuchó de pronto una voz que ordenaba al cochero que parara; los cascos de los animales se detuvieron entre un torbellino de polvo. Por la ventanilla del carruaje apareció un rostro que Sophia reconoció enseguida.

—¡Pero si es la señorita Paterson! —exclamó el señor Hall con evidente sorpresa—. ¿Qué estáis haciendo aquí? Entrad, querida, entrad. No deberíais andar sola por estos andurriales.

Al ponerse en camino, le preocupaba que alguien la reconociera como la señora Milton, que vivía en la casa del señor Malcolm, y que la interrogaran por el paradero de este. Pero ni por un instante se le había pasado por la cabeza encontrarse con alguien que conociera su auténtica identidad. Era una complicación que no había previsto y que ahora no estaba segura de cómo afrontar. Pero, puesto que no había forma de rechazar la invitación del clérigo sin despertar sus sospechas, no tenía otra opción que darle la mano y permitir que él la ayudara a montar en el carruaje.

Ya dentro pudo ver que no estaban solos.

—Este sí que es un inesperado placer —comentó el duque de Hamilton con su voz meliflua.

Vestido de terciopelo azul oscuro y con una nueva y cara peluca cuyos rizos oscuros le caían por debajo de los hombros, estudió a Sophia desde el asiento opuesto al de la joven.

El rico interior del carruaje le pareció de pronto demasiado estrecho para ella. Bajando el rostro para ocultar su intranquilidad, respondió al saludo.

—Y también para mí, excelencia.

—¿Adónde vais tan de mañana?

—A ningún lugar en particular. Iba a echar una mirada al mercado.

Notó los ojos del duque fijos en ella en la pausa que siguió hasta que el señor Hall dijo:

—Al mercado, entonces. —E inclinó el cuerpo para ordenar al cochero que los llevara allí.

—No sabía que la condesa estuviera en Edimburgo —comentó despreocupadamente el duque.

Consciente de su falta de práctica en la lucha verbal a la que tan aficionado era el duque, Sophia respondió con cautela:

—La condesa de Erroll está en Slains, excelencia.

—No estaréis sola aquí, espero.

—Estoy en casa de unos amigos. —Y, antes de que el otro pudiera seguir preguntando, alzó una mirada de completa inocencia y añadió—: No alcanzo a deciros cuánto me alegra ver que os encontráis bien, excelencia. Oímos que los ingleses os habían apresado y temimos lo peor.

Notó su titubeo, y confió en que no sería capaz de resistirse al impulso de realzar su importancia narrando sus aventuras. Acertó.

El duque manifestó su gratitud con un leve gesto de asentimiento.

—Me conmueve vuestra preocupación, querida. La verdad es que consideré un honor ser detenido y poder sufrir las cadenas junto con mis queridos compatriotas por haber defendido con ellos la causa justa del rey.

Sophia sabía que no había ni una sola palabra de verdad en lo que decía. Sabía que había viajado a sus tierras de Lancashire por las fechas en las que el joven rey Jacobo intentaba desembarcar en Escocia. Y la propia condesa le había escrito que habían enviado un mensajero al duque con la noticia de que el rey se disponía a volver y que le pedían que regresara enseguida para tomar parte en aquella empresa. Pero el duque rechazó con la taimada excusa de que su regreso podría poner en alerta a los ingleses y continuó en Lancashire. Desde allí aguardaría el resultado, dispuesto ya fuera a prestar apoyo al joven Jacobo, si la invasión tenía éxito, ya fuera a distanciarse de ella si vencían los ingleses.

Por eso Sophia sintió al menos cierta satisfacción cuando se enteró de que, a pesar de todo, los ingleses también lo habían apresado. Aunque ahora podía ver que, con su habitual duplicidad, el duque se las había arreglado para lograr su liberación. «¿Cuántas vidas de otros —se preguntó— habrá vendido a cambio de la suya?».

Cuando acabó de narrar con dramático estilo la historia de su arresto y de su viaje a Londres no pudo evitar preguntarle:

—¿Visteis a los demás nobles allí? ¿Cómo les va a ellos?

Él la observó con una vaga expresión de sorpresa.

—¿No os habéis enterado, querida? Están todos libres. Salvo la nobleza del Stirlingshire, claro, pero no he podido hacer nada por estos. Se alzaron en armas, comprendedlo; hicieron uso de la fuerza, y no hubo forma de convencer a los ingleses de que no los juzgaran, aunque confío que serán tratados con justicia.

Inclinándose hacia ambos, el señor Hall explicó a Sophia:

—El duque asumió amablemente la tarea de abogar por la liberación de sus compatriotas prisioneros, y los ingleses no fueron capaces de contrarrestar sus argumentos.

Sophia recibió la noticia con una mezcla de gratitud y de profunda desconfianza. Por contenta que estuviera de que el conde de Erroll y los demás estuvieran libres y pudieran volver a sus hogares, no lograba evitar pensar que el duque no se habría decidido a hacer semejante esfuerzo, a menos que tuviera la seguridad de que sacaría provecho de algún modo. Y su sentido común seguía diciéndole que no estaba de su parte.

El carruaje se adentró ruidosamente por los adoquines de una calle atestada y se detuvo entre personas que se apiñaban a su alrededor, voces que gritaban y mil olores que se mezclaban en el aire.

—Aquí está el mercado —dijo el duque.

En su afán por dejar aquel lujoso espacio en el que se sentía ahogada y librarse cuanto antes del enojoso escrutinio del duque, Sophia se inclinó hacia delante con tal brusquedad que el cordón que llevaba alrededor del cuello se soltó de los alfileres a los que estaba prendido, se salió de su corpiño y el anillo de plata refulgió un instante antes de que ella se apresurara a agarrarlo con la mano y lo ocultara de nuevo.

Sin embargo, no fue lo bastante rápida.

Se dio cuenta, cuando miró al duque, de que este lo había visto. Y, aunque a los ojos de cualquier otro su expresión pudiera parecer la misma de antes, Sophia apreció un sutil cambio en ella. Notó una diferencia en su voz cuando él dijo:

—Tengo un asunto que atender, pero os enviaré a mi cochero de vuelta para que, cuando hayáis concluido aquí, pueda llevaros con seguridad hasta el lugar donde os alojáis con vuestros... amigos.

El énfasis que había puesto en su última palabra se le escapó sin intención de que ella lo advirtiera, pero, aun así, Sophia lo oyó y se le heló la sangre en las venas. A pesar de ello, trató de mantener sereno el rostro y que su voz sonara normal.

—Es muy amable de vuestra parte, excelencia, pero vendrán a buscarme y estaré bien acompañada, así que no tendré necesidad de vuestro cochero.

El duque entrecerró los párpados y su mirada se hizo más escrutadora.

—Debo insistir, mi querida señorita Paterson. No puedo permitir que vos, acompañada o no, paseéis por estas calles sin una escolta adecuada. El señor Hall, aquí presente, irá con vos y se encargará de que no sufráis ningún daño.

Estaba a su merced, y él lo sabía. Sophia lo notó por la sonrisa con la que el duque se arrellanó en su asiento mientras el señor Hall se ponía en pie y le ofrecía la mano para ayudarla a bajar del carruaje hasta la calle empedrada. En la penumbra del interior del vehículo los ojos del duque semejaban los de algún hábil animal depredador que hubiera atrapado a su presa y pudiera permitirse esperar antes de volver para devorarla.

—Soy vuestro servidor, señorita Paterson —dijo, y con un leve movimiento de la barbilla ordenó al cochero

que siguiera adelante.

—Bien —dijo el señor Hall mirando a su alrededor en actitud expectante, mientras el carruaje se alejaba, ruidoso, entre el gentío cada vez mayor—. ¿Qué era, en concreto, lo que deseabais comprar?

Los pensamientos de Sophia iban muy por delante de sus esfuerzos para ordenarlos, así que tardó medio minuto en responder. Alrededor de la plaza del mercado, los altos edificios cuyos pisos superiores proyectaban su sombra sobre la multitud daban la sensación de un espacio más cerrado aún. Por encima de los tejados podía ver la severa silueta del castillo de Edimburgo, asentado en lo alto de la colina como un centinela que vigilara todo cuanto sucedía allí abajo. En un primer momento, no vio ninguna escapatoria.

Pero después, descubrió un pequeño puesto no muy lejos, instalado en un estrecho hueco entre los edificios.

—Me gustaría echar un vistazo de cerca a aquellas cintas —respondió forzando una sonrisa.

—Como gustéis.

Siempre había creído que el clérigo era un buen hombre, y por este motivo se sentía un poco avergonzada de lo que iba a hacer, pero no tenía otra escapatoria. No podía arriesgarse a permanecer allí hasta que regresara el duque, y mucho menos aún cuando ni siquiera sabía qué pretendía. Recordaba las palabras que le había dicho Moray acerca del duque cuando se despidieron: «Jamás debe saber que eres mía».

«Demasiado tarde —pensó—. Demasiado tarde».

La reacción del duque al vislumbrar el anillo de Moray dejaba poco lugar a la esperanza de que no lo hubiera reconocido y de que no supiera a quién pertenecía.

Pero Sophia no iba a permitir que se enterara también de la existencia de su hija.

Había llegado ya al puesto donde los rollos de cintas, encajes y sedas componían un vistoso muestrario. Sophia dedicó un momento a examinar uno de ellos, y después otro, y entonces, en lo que pareció ser un accidente, golpeó tres rollos de cinta, que cayeron del tenderete y comenzaron a desenrollarse como rastros de color sobre los adoquines, provocando cierta confusión entre las personas que caminaban por la calle.

—¡Oh! —exclamó, fingiendo sentirse turbada y pidiendo disculpas.

—No tiene importancia —le aseguró el señor Hall, al tiempo que se agachaba para ayudar al vendedor a recuperar los enredados rollos—. No os inquietéis; tardaremos muy poco en dejarlo todo ordenado de nuevo.

Sophia realizó un par de nerviosas respiraciones, y cuando vio que todo el mundo estaba enredado en aquel embrollo, dio la vuelta, se escabulló por el sombrío hueco que quedaba entre las casas y echó a correr tan deprisa como pudo. El callejón tenía altos muros a ambos lados, y olía a desperdicios, pero, para su alivio, conducía a una calle en fuerte pendiente colina abajo, que parecía desierta. Desde allí siguió por estrechas y tortuosas callejuelas hasta llegar, por fin, al patio de una iglesia rodeado de un alto muro de piedra y provisto de una verja. Buscó cobijo, agazapándose todo cuanto le fue posible tras las sombras de las lápidas.

No se atrevió a intentar llegar a la carretera durante el día, porque sabía que, una vez dejara los límites de la ciudad, estaría más expuesta y vulnerable. Cuando le dijeran al duque que se había escapado, seguramente la buscaría en aquella carretera antes que en cualquier

otra. Más le valía esperar a que se hiciera de noche, y confiar en que, para entonces, él creyera que ya estaba muy lejos o escondida en algún lugar seguro dentro de la ciudad.

Fueron la tarde y la noche más largas que jamás había vivido. Le dolía la cabeza; el hambre arañaba como garras sus entrañas; tenía una sed terrible, y cada paso que oía en la calle, fuera del pequeño patio de la iglesia, hacía que su corazón se desbocara presa del pánico.

Pero al final se hicieron más oscuras las sombras y menos frecuentes los ruidos de la calle; respiró profundamente para hacer acopio de valor, estiró sus entumecidos miembros y se puso en marcha de nuevo.

Después apenas recordaría nada de aquel viaje de vuelta por la carretera, salvo que fue largo, tenebroso y estuvo plagado de terrores e imaginaciones terribles y que, para cuando llegó por fin a la casa de los Malcolm, se encontraba casi al límite de sus fuerzas.

Pero aún necesitaría algunas. Su entrada causó un gran revuelo en la casa; Kirsty y la señora Malcolm salieron a recibirla a la puerta haciéndole preguntas y mostrando su preocupación. Pero ella no atendió ni una cosa ni otra y tampoco accedió a tomar asiento a pesar de que la instaban a hacerlo.

Esforzándose en recobrar el aliento, fijó su mirada en Kirsty y preguntó:

—¿Ha venido hoy alguien aquí?

—No —respondió Kirsty, que añadió en tono temeroso—: ¿Qué ha ocurrido?

—Tenemos que irnos. —Sophia se dirigía ahora a la señora Malcolm—. ¿Podríais procurarnos caballos o un carruaje, a pesar de la hora tan avanzada que es?

—Puedo intentarlo.

—Anna... —Mirando con cara de preocupación la puerta cerrada del dormitorio, Sophia pidió a Kirsty—: Tendremos que abrigarla bien, porque la noche es fría.

—Sophia —insistió Kirsty con más firmeza—, ¿qué ha sucedido?

Pero ella no podía responder en presencia de la señora Malcolm, sin darle a conocer más cosas de lo que sería prudente.

—Ya no estamos seguras aquí —se limitó a responder.

—Pero...

—No estamos seguras —repitió Sophia, e imploró a su amiga con la mirada que guardara silencio.

Sabía que lo mejor era que la señora Malcolm no conociera los detalles de su viaje, porque así nadie podría forzarla a divulgar esa información. Aunque tampoco sabía cómo se las arreglarían ella, Kirsty y la pequeña para soportar el duro viaje al norte hasta Slains; pero de lo que estaba segura era de que debían hacerlo, por el bien de Anna.

Tenían que volver a Slains, con la condesa. Solo ella sabría cómo actuar.

Había empezado a nevar. Era el último débil embate del invierno antes de que reconociera su derrota frente a la primavera, pero el viento cortaba como el hielo la abertura delantera de mi chaqueta. Graham, colocándose delante de mí, bloqueó el frío mientras agarraba mis solapas con sus fuertes manos y las cerraba con el cuidado que pondría alguien al vestir a un niño pequeño para protegerlo de los resfriados. Sus ojos sonrieron ligeramente cuando se fijaron en el grueso tejido de su vieja camiseta a rayas de rugby que yo llevaba bajo mi chaqueta.

—Será mejor que no dejes que mi hermano te vea con esa camiseta.

Yo no había pensado en ello.

—¿De veras no te importa que te la haya robado?

—La has usado más tú este fin de semana de lo que yo lo he hecho en años. Y, en cualquier caso, el color te favorece.

En ese instante, una nueva ráfaga de viento cargada de copos de nieve se interpuso entre nosotros; él se acercó más a mí y me estrechó contra su cuerpo, apoyando su barbilla en mi sien.

Se me hacía extraño mostrarme tan afectuosa en público, en el andén de la estación de autobuses, a apenas unos pasos de distancia de otras personas. Me había acostumbrado a mantener en secreto lo que sentíamos el uno por el otro, pero allí, en Aberdeen, había experimentado por fin cómo podían ser las cosas. Cómo serían. Y me gustaba.

Graham se dio cuenta del sutil cambio que se insinuaba en mi actitud e inclinó la cabeza para preguntarme:

—¿Qué?

—Nada. Es solo que he pasado un maravilloso fin de semana.

—No tienes por qué irte.

Era como sentirme tentada por el diablo en el desierto. Pero resistí.

—Todos esperan que regrese hoy, tal como dije, y no querría preocupar a tu padre. —Dando un paso atrás para poder mirarlo a la cara, añadí—: No creo que quieras que le llame por teléfono para decirle dónde estoy, ¿verdad?

Graham sonrió.

—Papá no es tan puritano…

—Aun así. —Eché un vistazo al reloj del andén—. El autobús llega con retraso.

—No te preocupes.

—No tienes por qué esperar. Quiero decir que es un detalle que estés aquí fuera conmigo, aguardando bajo la nieve, pero…

—¿De quién es la culpa? Deberías haberme dejado que te llevara en coche.

—Y tú deberías haberme dejado pedir un taxi —repliqué—. Me lo puedo permitir.

—Sí, ya sé que puedes. Pero ningún escocés que se precie permitiría que su mujer se gastara treinta libras en tomar un taxi, cuando hay un autobús que puede llevarla al mismo sitio por cinco.

Estaba bromeando, por supuesto; tomar el autobús había sido una idea tanto mía como suya, porque a mí me encantaba el confortable anonimato de un trayecto en autobús y me gustaba observar a las personas que se sentaban a mi alrededor. Pero me pareció divertida la elección que había hecho de las palabras.

—¿Me estás diciendo que soy tu mujer? ¿Es eso?

—Sí. —Noté que la precisión de sus brazos se hacía más firme y la expresión de sus ojos era todavía más cálida—. Eres mía desde el momento que te vi.

Era difícil no sentir el efecto de aquellas palabras aunque fueran las mismas que yo había escrito en la escena de la despedida entre Sophia y Moray.

—¡Has estado leyendo mi libro!

—No. ¿Por qué lo dices? —preguntó en tono socarrón.

—Porque esas palabras son casi exactamente las mismas que mi protagonista dice en la novela.

—Tu protagonista… ¡Cielos! —exclamó Graham—. Lo había olvidado. Aunque, no… Aquí lo tengo. —Buscó en el bolsillo interior de su chaquetón y sacó de él un sobre alargado—. Esto es todo lo que he podido encontrar hasta ahora sobre los Moray. No es gran cosa; solo el registro de la familia, con nacimientos, muertes y matrimonios, por si te sirve de algo.

—Te lo agradezco mucho —dije mientras lo cogía.

—Por cierto, ya no estoy seguro de que me gustara ser John Moray. —Había una nota de queja en su voz—. Tu protagonista…

—No —lo interrumpí—. No me lo digas.

Me agaché a regañadientes para guardar el sobre dentro de mi portafolios y lo cerré. No quería oír de sus labios qué era lo que le

había ocurrido a Moray, aunque sabía que me enteraría en su momento… y sin duda antes de lo que querría.

XX

Llegó el verano y brilló brevemente en todo su esplendor antes de agostarse como las hojas, que se arrugaban en los árboles, caían, morían y dejaban que el mundo afrontara los vientos helados del invierno. Después, la primavera brotaría tímidamente y daría paso al verano, que lo marchitaría todo de nuevo. Durante todo aquel tiempo no llegó ninguna noticia acerca del plan de Saint-Germain para que el rey viajara desde la otra orilla del mar.

Aun así, cada mes llegaba puntualmente una carta del duque de Perth, en la que aseguraba a su hermana que sus planes no habían quedado reducidos a charlas y discusiones. Los mensajeros seguían yendo y viniendo entre los nobles escoceses y la corte del rey de Francia, en Versalles. En cuanto al joven rey Jacobo, parecía más decidido que nunca a prepararse para la guerra, tras haber declarado su intención de dirigir él mismo una carga en los campos de batalla de Flandes. «Por más que —como había escrito el duque de Perth en su última carta de finales de agosto— a algunos les parezca probable que se firme la paz antes de que se le presente la oportunidad».

Sophia habría recibido la paz como una buena noticia. A ella, la decepción del joven rey le importaba menos que el hecho de que Moray estuviera de regreso

en Flandes, combatiendo con su regimiento; cada día que pasaba aumentaba en ella la preocupación por su seguridad.

El único consuelo le llegaba en sueños, cuando podía oír de nuevo su voz y sentir sus caricias. Aún no habían pasado dos semanas desde que, una noche, despertó a altas horas convencida de que había estado con ella en la cama; incluso había sentido el calor de su cuerpo.

Lo sintió incluso cuando la luna se abrió paso entre los jirones de nubes e iluminó las sábanas para mostrarle que allí no había nadie más que ella.

A la mañana siguiente, cuando Kirsty vio que Sophia no había dormido bien, le dijo:

—Necesitáis pasar una hora con vuestra hijita Anna.

Aquella misma tarde, Sophia entró en la sala y la encontró animada por la presencia de la hermana de Kirsty y los niños. Los rizos castaños de Anna eran tan parecidos a los de las demás cabecitas que danzaban, que nadie que los viera diría que la pequeña no pertenecía a la misma familia.

En realidad, la propia Anna tampoco habría podido decir otra cosa, puesto que la habían instalado en la casa con ellos a los pocos días de que Sophia regresara a Slains, hacía ahora ya más de un año. Esta había sido la solución propuesta por la condesa, y hasta entonces había mantenido a Anna a salvo, porque nadie había descubierto que era la hija de Moray ni llegaría a saberlo mientras la hermana de Kirsty guardara el secreto.

—Esta es la ventaja de vivir en un lugar tan retirado —le había dicho a Sophia con una sonrisa—. Mis vecinos están tan acostumbrados a verme tener un hijo cada año, que nadie dudará de que es mía.

—Sí, pero vuestro marido...

—Hará gustoso cualquier cosa que le pida la condesa. —Y apoyando la mano en el brazo de Sophia, añadió—: No debéis inquietaros. Os prometo que hasta que vuelva vuestro esposo con nosotros estará segura.

La hermana de Kirsty había hecho todo lo posible para cumplir aquella promesa, de manera que la pequeña Anna crecía alegre y feliz y veía a menudo a Sophia, aunque, por precaución, no le habían enseñado a llamarla «mamá».

Tiempo habría para eso, pensaba Sophia. Y, aunque habría dado cualquier cosa por tener a su hija consigo a diario, si comparaba sus necesidades con las de la niña, las suyas le parecían pequeñas; estaba enormemente agradecida de que Anna estuviera tan bien cuidada.

Veía poco de sí misma en los rasgos de la pequeña; sus ojos, sus cabellos, su energía eran los de Moray, y a Sophia le daba una gran alegría verlos reproducidos con tal perfección en la niña.

Aquella breve visita había conseguido levantarle instantáneamente el ánimo, tal como había pretendido Kirsty.

Al igual que ahora, dos semanas después, mientras se encontraba sentada en su lugar habitual entre las dunas viendo cómo jugaban los niños con la hermana de Kirsty en la playa bañada por las olas, los negros pensamientos de Sophia se alejaron de ella como si hubieran sido meras sombras que ahuyentaban la luz brillante de los primeros días del otoño y el sonido de la risa de Anna.

La pequeña disfrutaba jugando con el gran mastín, Hugo, que había dejado a un lado su feroz apariencia para mostrar la auténtica bondad de su raza. El perro sujetaba suavemente con sus mandíbulas el palo que le tendía Anna.

Sophia estaba tan absorta en aquel pequeño simulacro de forcejeo, que casi no oyó el roce de las faldas sobre la hierba cuando Kirsty subió por las dunas para acercarse a ella.

—No es una lucha igual —dijo Kirsty—. El perro es demasiado fuerte para ella.

Sophia sonrió sin dejar de mirar.

—Pero, aun así, ella se saldrá con la suya.

—Sí, no lo dudo. Es capaz de conseguir cualquier cosa —asintió Kirsty—. Sobre todo después de haber visto con mis propios ojos cómo lograba que mi Rory corriera a cuatro patas por la casa haciendo de caballito. Él, que juraba que no tenía tiempo ni ganas de jugar con críos.

—Tal vez haya cambiado de opinión —dijo Sophia— y ahora desee formar una familia propia y llevar esa vida por la que tú suspiras hace tanto tiempo.

—¿Rory? ¡Nunca!

—No existe esa palabra —replicó Sophia, mientras un súbito estallido de risas hizo que volviera la cabeza hacia la playa, donde Anna había conseguido arrancarle a Hugo el palo de la boca y había echado a correr.

Había aprendido a caminar con soltura a los diez meses y, tras varias semanas de práctica, ahora corría sobre unos pies tan menudos y que tocaban tan levemente la brillante arena que no dejaban ninguna huella de su paso. Sophia recordó entonces a Moray, caminando descalzo por la misma playa como si fuera un muchacho. Aquel día, él le dijo algo que le pareció adecuado para ese momento, y por eso se lo repitió ahora a Kirsty en voz baja:

—Uno nunca puede decir qué camino seguirá en este mundo.

Notó la arena fresca bajo sus manos. Cogió un puñado y la dejó escapar distraídamente entre los dedos mientras sus ojos, por costumbre, oteaban el horizonte en busca de una vela. Pero no había nada a la vista en aquella vasta extensión azul, interrumpida solo por las finas y fugaces líneas blancas de las olas que rompían contra las rocas en el extremo más lejano de la playa.

Kirsty la observó con callada simpatía.

—Tal vez tengáis hoy noticias de Francia. La condesa ha recibido una carta.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Cuando yo salía.

—Otro mensaje de su excelencia el duque de Hamilton, sin duda —dijo Sophia secamente.

Desde la primavera, el duque había escrito a menudo a la condesa. Primero para expresarle su gran preocupación por el bienestar de Sophia después de que el señor Hall la hubiera perdido en el mercado, y después preguntándole si tal vez podría darle detalles de dónde se alojaba en Edimburgo, para ir a hacerle personalmente una visita y asegurarse de que estaba bien. Al leer la primera carta, la condesa había comentado:

—Seguramente le decepcionará descubrir que estáis ya de vuelta en Slains con nosotros, porque, aunque su influencia en la ciudad es grande, no se atreve a desafiarnos en nuestra propia casa. Lo único que puede hacer ahora es aguardar, vigilarnos y esperar que traicionemos los planes del rey.

Por eso habían comenzado a llegar cartas del duque dando testimonio de su amistad y llenas de sentimientos de lealtad hacia el rey; cada una de ellas tenía la virtud de sacar de quicio a la condesa y ponerla furiosa durante una hora o más.

—Esta no ha llegado de Edimburgo —dijo Kirsty—. La ha traído un pescador. El mismo que el mes pasado trajo la carta escrita en Saint-Germain por el duque de Perth. Y, en todo caso, la duquesa se ha mostrado contenta de recibirla.

—Me alegro —dijo Sophia—. A la condesa le gusta recibir noticias de su hermano. La animará.

Aquel pensamiento la puso de buen humor también; siguió jugando con la arena mientras miraba a la hermana de Kirsty y a los niños. Hugo había recuperado el palo de nuevo, y la falsa guerra comenzaba otra vez con risas cantarinas alzándose alegres por encima del ritmo constante de las olas.

Después el juego se convirtió en persecución y Kirsty, tan llena de energía que solía costarle permanecer mucho rato sentada en el mismo sitio, bajó desde las dunas para reunirse con los niños. Sophia se quedó sola y pensó en lo dichoso que se sentía su corazón en aquel instante; alzó su rostro hacia el sol y cerró los ojos.

Cuando los abrió momentos después no apreció ningún cambio. Más tarde pensaría que debería haberse producido alguno, al menos una nube que ocultara el sol y con su sombra oscureciera el mar brillante. Pero no vio nada.

Solo a la condesa, que bajaba por el sendero para reunirse con ellos en la playa.

La condesa salía tan raramente que Sophia ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había ocurrido tal cosa, pero pensó poco en ello hasta que la vio llegar a la parte inferior de la colina y detenerse allí un instante ante la hierba azotada por el viento. Solo entonces respiró profundamente, irguió los hombros y siguió caminando como si la extensión de

arena que había entre ellas se hubiera hecho más amplia y difícil de recorrer.

La condesa no intentó subir a la duna cuando llegó a ella, se quedó unos pasos más abajo, mirando hacia arriba. Al fijarse en su cara, a Sophia le pareció volver a ver los rostros de aquellas mujeres que tiempo atrás fueron a decirle que su padre y su madre nunca volverían a casa.

Notó que la sombra la cubría, aunque no pudiera verla, y dentro de ella sintió un gran vacío que consumía cualquier otro sentimiento. Pero no dijo nada porque no deseaba oír la respuesta a su pregunta no formulada.

—Oh, querida —dijo la condesa—. Os traigo malas noticias del señor Moray.

Sophia sabía cuáles iban a ser, y sabía también que debía ahorrarle a la anciana el dolor de tener que comunicárselas. Pero se había apoderado de ella un terrible entumecimiento que la hacía incapaz de pronunciar una sola palabra. Hundió los dedos en la arena y trató de centrar sus sentimientos mientras la condesa seguía despacio como si ella misma sintiera el dolor.

—Lo han matado.

Sophia se mantuvo en silencio.

—Estoy tan apenada... —dijo la condesa.

La luz del sol iluminaba los ojos de Sophia. ¡Parecía tan extraño que aún brillara el sol!

—¿Cómo ha ocurrido?

—Se libró una batalla —siguió la condesa—, en un lugar llamado Malplaquet. Una terrible batalla, según me cuenta mi hermano en su carta.

«Malplaquet... No es real —pensó—. Un lugar lejano, con un nombre tan extraño, impronunciable casi... No puede ser real».

Oía hablar a la condesa, pero no podía comprender las palabras y ni siquiera lo intentaba. Bastante hacía sentada allí, jugando con la arena y con la mirada perdida hacia la línea donde se encontraban el mar y el cielo, donde le parecía que en cualquier momento vislumbraría el primer temblor blanco de las velas de un barco que se acercaría rápidamente.

Las olas continuaban llegando suavemente hasta la playa y volviendo después para atrás, y en lo alto las gaviotas seguían suspendidas en el aire, girando y llamándose las unas a las otras con chillidos estridentes que se perdían entre las risas de los niños que jugaban al borde del agua.

Pero en aquel instante se alzó sobre todas ellas la risa de Anna y algo se desgarró en el interior de Sophia y la arrugó como un pedazo de papel que se tira. Quiso luchar contra ello, combatir la fuerza de las lágrimas que se desbordaban, hasta que su boca tembló por el esfuerzo. Pero no le sirvió de nada. Su visión se empañó hasta impedirle ver el lejano horizonte e incluso a la condesa, que se mantenía a su lado acompañándola en la pena. Ya no fue capaz de contener una primera lágrima, como tampoco el último grano de arena en sus manos, que se escurrió entre sus dedos sin que pudiera evitarlo.

Y se dejó ir.

No quería mirarlo. No quería hacerlo, pero sabía que no tenía elección. El sobre con los papeles estaba aún en la esquina de la mesa que me servía de escritorio, lo más lejos posible del lugar donde me sentaba para escribir. Había estado allí un día entero desde mi regreso de Aberdeen. Solo lo había sacado de mi portafolios porque echaba de menos a Graham después de nuestro fin de semana; encontraba cierto consuelo en mirarlo de vez en

cuando y leer las gruesas y firmes letras con las que había escrito mi nombre en la superficie rectangular.

Tampoco me había quitado su camiseta de rugby. La larga manga caía sobre mi mano cada vez que extendía el brazo sobre el escritorio. Me la arremangué hasta el codo, cogí el sobre y saqué los papeles que contenía con un movimiento decidido, como quien quita un esparadrapo.

En realidad no se trataba de un registro, como lo había llamado Graham. Un registro habría empezado a partir de un nombre y habría trazado solo una línea hacia atrás. Lo que Graham había encontrado era más útil en mi opinión. Era lo que mi padre habría llamado un «cuadro de descendientes» o un árbol genealógico, que comenzaba por el antepasado más antiguo del que teníamos conocimiento y se acercaba al presente, como los cuadros genealógicos de los reyes y reinas ingleses que se encuentran en los libros de historia y que muestran la amplia red de las relaciones de la familia, los hijos de cada unión, quién se casó con quién y en qué año murió cada uno.

Los Moray de Abercairney habían sido una rama muy prolífica y se habían necesitado varias páginas para recorrer su linaje hacia atrás hasta llegar a la fecha del nacimiento de John. Me resultó fácil encontrarlo en la sección en la que aparecían su hermano —el duodécimo señor—, sus hermanas Amelia y Anna, y otros dos hermanos. Concentré mi interés exclusivamente en su nombre.

Lo que podía leerse debajo era penosamente breve; tan solo el año y una anotación: «Muerto a causa de las heridas…».

No se hacía ninguna mención concreta a la batalla, pero a estas alturas yo había pasado ya mucho tiempo consultando mis recuerdos y sabía sin lugar a dudas que Moray había caído en Malplaquet. Este nombre no le había dicho gran cosa a Sophia, pero yo lo conocía muy bien. Recordaba perfectamente, por haberla leído, la vibrante descripción que había hecho Churchill de aquella batalla en la biografía de su antepasado, el duque de Marlborough. No podía recordar el número exacto de los hombres que murieron aquel día,

pero sabía que Europa entera se había horrorizado por aquella carnicería. El propio Marlborough, curtido en mil batallas, se había sentido tan profundamente afectado por la pérdida de vidas en Malplaquet, que, según Churchill, aquello lo había marcado para siempre. Pasarían otros cien años antes de que en un campo de batalla volviera a repetirse semejante cifra de víctimas.

John Moray había sido solo uno más entre los miles de muertos, y Sophia tan solo otra viuda de las muchas que habían perdido a su marido en la guerra. Seis meses atrás, yo habría leído esos papeles y habría anotado los hechos con el distanciamiento de una investigadora, sin volver a pensar en ello.

Pero ahora no podía hacerlo. Guardé los papeles en carpetas y las dejé cuidadosamente a un lado. La pantalla vacía del ordenador estaba a la espera de mi siguiente palabra, pero tampoco podía hacer eso. Todavía no. Así que me levanté y fui a calentar agua en el hervidor eléctrico para prepararme café.

Ya no era de noche, sino de madrugada, y el sol de invierno se mostraba remiso a dejarse ver. A través de las ventanas podía ver una luz grisácea que se extendía como bruma sobre el empapado paisaje, y en el mar, las líneas blanquecinas que coronaban las olas en la desierta curva de la playa.

Mentalmente, casi podía ver la solitaria figura de Sophia de pie en la arena, con sus brillantes cabellos ocultos por un chal y sus ojos tristes fijos todavía en el mar.

Incluso cuando el hervidor eléctrico dejó escapar su agudo silbido para avisarme de que el agua empezaba a hervir, y me obligó a apartar mi mirada de allí, seguí viendo aquellos ojos y supe que nunca me dejarían en paz hasta que hubiera concluido mi relato.

XXI

Sophia contemplaba su pálida imagen en el espejo mientras Kirsty la ayudaba a elegir entre los nuevos vestidos que últimamente le había entregado por encargo de la condesa. Había tres, de un tejido bellísimo, cuyo precio, a buen seguro, habría hecho dudar incluso a una persona como la condesa, que se había decidido a asumir ese gasto contando con la próxima llegada del rey. Aunque era consciente de que, si no llegaba pronto, las deudas de aquella noble casa podrían llevarla a la ruina. Pero la condesa no había hecho caso de las protestas de Sophia.

—Tengo la obligación de ocuparme de vuestro guardarropa —insistió—. Debería haberlo hecho en cuanto llegasteis. Porque, aunque una perla resplandezca a pesar de la fealdad de la ostra, muestra mejor su belleza cuando destaca en un estuche de terciopelo. —Después sonrió y acarició con ternura maternal la mejilla de Sophia—. Y yo querría, querida, que todo el mundo se diera cuenta de cuán resplandeciente puede ser vuestra belleza.

El vestido que Kirsty eligió era de un color gris claro, una delicada prenda de seda que se deslizaba levemente sobre unas enaguas ribeteadas de encaje plateado. Los volantes de encaje lucían delicadamente en el amplio escote redondo y en el dobladillo, y bordeaban las mangas, que se ajustaban con botones a los codos de la joven.

«Un estuche de terciopelo», pensó Sophia, pero al mirarse en el espejo no se vio a sí misma como una perla.

Los dos últimos meses la habían dejado más delgada, con los ojos hundidos y el semblante pálido. No había podido vestir prendas de luto ni expresar su dolor en público, pero llevaba claramente escrita en la cara su pérdida, e incluso aquellos de la casa que no sabían la verdad se daban cuenta de que algún pesar aquejaba a la señorita Paterson.

En cierto modo, había sido una ventaja para ella. Cuando se corrió la voz de que iba a irse de Slains, muchos pensaron que era porque había caído enferma y se veía obligada a buscar un clima más suave que el áspero de las tierras del nordeste.

—¿Os quedaréis hasta Navidades, al menos? —le imploró Kirsty, pero Sophia respondió que no podía.

—Es mejor que me vaya antes de que caigan las nieves —fue su explicación; era mucho más simple que decirle que no podía soportar la perspectiva de unas fiestas que celebraban una esperanza y una alegría que ella no sentía—. En cualquier caso —prosiguió—, me parece que vas a tener muchas cosas en que ocupar tu tiempo, ahora que Rory ha entrado por fin en razón.

Kirsty se ruborizó al oírla.

—¿Cuándo os casaréis? ¿Está decidido?

—En primavera. El conde le ha dado a Rory permiso para ocupar una casa junto al arroyo. Es pequeña y necesitará algunas reparaciones, pero Rory cree que estará lista para la primavera.

—Así que, después de todo, tendrás tu propia casa —dijo Sophia sonriendo y sobreponiéndose al dolor que sentía al pensar que iba a dejar a su mejor y más fiel amiga—. Me alegro mucho por los dos, de veras.

A Kirsty también le costaba controlar sus emociones. De vez en cuando le salía de dentro exclamar:

—¡Me gustaría tanto que pudierais asistir a la boda!

—Sabré de ella cuando llegue el momento —la tranquilizaba Sophia—. Porque estoy segura de que la condesa me escribirá a menudo. Y —le prometió— te enviaré el regalo de bodas más bonito que pueda encontrar en todo Kirkcudbright.

Dejando a un lado por unos instantes su tristeza, Kirsty la miró fijamente:

—¿Estáis decidida a volver allí, después de todo lo que habéis sufrido en aquel lugar?

—Yo no sufrí en Kirkcudbright.

Al principio no había pensado viajar al oeste, pero cuando la condesa empezó a buscar entre sus amigos y parientes un lugar que resultara adecuado para Sophia, puso el asunto en manos de la gran duquesa de Gordon que, aunque jacobita, era muy conocida y respetada por los presbiterianos de las tierras del oeste. Fue ella quien le propuso el lugar ideal, junto a una familia con la que mantenía amistad. A Sophia le pareció muy adecuado que su vida cerrara su círculo en el mismo lugar en el que había empezado. Guardaba buenos recuerdos de aquella población y de su puerto, donde había viajado con su padre en una ocasión, cuando la llevó a ver los barcos. Por eso le dijo a Kirsty:

—Todos mis sufrimientos fueron en casa de mi tío, al norte de allí, no en Kirkcudbright.

—Pero ¡está tan lejos!

Esas palabras quedaron flotando entre ellas mientras Kirsty se movía por detrás de Sophia para mirar la imagen de las dos reflejadas en el espejo y observaba en un tono que intentaba ser desenfadado:

—Haréis bien en vigilar que las doncellas que viajen con vos tengan dedos capaces de arreglárselas con todos estos botones.

—¿Tendré doncellas? —preguntó Sophia.

—¡Por supuesto! La condesa ha dispuesto que tengáis un séquito apropiado, para que, cuando salgáis, la gente piense que es la mismísima reina quien pasa. Ya está —concluyó al tiempo que abrochaba el último botón.

Probablemente aquella iba a ser la última vez que estarían las dos juntas en la habitación de Sophia, donde en ocasiones habían reído, charlado y compartido solemnes confidencias.

Volviéndose de espaldas al espejo, Kirsty inclinó la cabeza.

—Ahora debo preparar vuestras ropas. Vendrán a recogerlas luego.

Los vestidos viejos parecían andrajos comparados con los nuevos, pero Kirsty los había doblado cuidadosamente y había planchado las arrugas del tejido, poniendo especial cuidado con el que Sophia solía llevar más a menudo: un vestido sencillo y remendado que antaño había sido morado, pero cuyo tono se había apagado con los años hasta transformarse en lavanda pálido. Viéndolo, Sophia pensó en todas las veces que se lo había puesto y en los recuerdos que le traía. Lo llevaba el primer día que salió a cabalgar con Moray, cuando se protegió las manos con sus guantes, el día en el que había visto aflorar a sus labios aquella sonrisa de seguridad en sí mismo que ahora había quedado grabada para siempre en su recuerdo.

—¿Te gustaría quedarte con este? —preguntó.

Kirsty levantó la cabeza, sorprendida.

—Creía que era vuestro vestido favorito.

—¿Y cuál mejor, entonces, para que lo guarde mi más querida amiga? Tal vez, cuando me haya ido, servirá para que no te olvides de mí.

Kirsty se mordió los labios y, con voz temblorosa, prometió:

—Siempre estaréis en mis pensamientos, aunque no lo tenga. Cada vez que mire... —Se calló como si no quisiera hurgar en una herida que podría ser muy dolorosa. Bajando la mirada, dejó a un lado el vestido y concluyó sencillamente—: Os lo agradezco. Será un tesoro para mí.

Sophia apretó los párpados con fuerza en un intento de no perder la compostura.

—Una cosa más —dijo y, agachándose, sacó de entre el montón de ropas el camisón de holanda con sus bellos bordados de hojas de vid y sus ramilletes de flores entrelazados.

—No aceptaré eso —protestó Kirsty con firmeza—. Fue un regalo.

—Lo sé. —Sophia pasó la mano por el corpiño de la prenda, notó la suavidad de su tacto y recordó aquella misma sensación en su piel; recordó los ojos de Moray fijos en ella cuando se lo puso en su noche de bodas—. No es a ti a quien quiero dejarlo —dijo lentamente—. Es para Anna.

Y, entonces, incapaz de mirar a Kirsty directamente a los ojos, bajó la vista, alisó el precioso camisón y comenzó a doblarlo cuidadosamente, con manos hábiles aunque temblorosas.

—No tengo ninguna otra cosa mía que dejarle. Espero que jamás conozca la verdad y que siempre vea a tu hermana como su madre, aunque nunca podemos saber... —Se quedó sin voz un instante, luchó para recuperarla, y siguió luego en tono más quedo—: Nunca podemos saber qué es lo que nos depara el futuro. Por lo que, si alguna vez descubre quién es en realidad, no

querría por nada del mundo que pensara que no fue fruto del amor o que no la he querido profundamente.

—Sophia...

—Y, si no ocurre nada, cuando haya alcanzado la edad de casarse podrás dárselo, como a mí me lo diste en otra ocasión, y ella lo valorará como yo por venir de ti. —Doblado cuidadosamente, el camisón parecía más sutil aún en las manos de Sophia. Se lo tendió a Kirsty —. Te lo ruego.

Al cabo de unos momentos, Kirsty alargó lentamente la mano para aceptarlo.

—Para Anna, entonces. —Pero cuando sus dedos se cerraron sobre el fino tejido, algo se rompió dentro de Kirsty, como si ya hubiera callado demasiado tiempo y no pudiese seguir reprimiendo las palabras—: ¿Cómo podéis soportar iros —preguntó—, sin que ella sepa quién sois?

—Porque la quiero. —Fue la sencilla respuesta de Sophia—. Y porque no querría empañar su felicidad. Se ha educado en el hogar de tu hermana, y para ella los otros niños son sus hermanas y hermanos, y el marido de tu hermana es el único padre que ha conocido.

Aquello era lo que más le dolía a Sophia, porque sentía como si a Moray le hubieran arrebatado algo más que la vida: el derecho a ser recordado y a conocer a su hija. Pero, en definitiva, Sophia era consciente de que eso importaba poco, de la misma manera que su dolor no debía interferir en el futuro de su hija.

—Anna tiene una familia aquí, y es feliz. ¿Qué podría yo darle que igualara eso? —dijo Sophia tratando de hacérselo entender a Kirsty.

—No dudo que la familia del señor Moray, si conociera su existencia, podría ofrecerle también mucho.

Sophia ya lo había pensado. Había pensado en el anillo de Moray, que aún llevaba colgado del cuello, y en las palabras que le había dicho de que no necesitaría más que pedir ayuda a su familia, y ellos se la darían. Y también recordaba al coronel Graeme y su promesa de que cualquier miembro de esa familia caminaría sobre el fuego si con ello pudiera salvarla. Sin duda esa promesa se extendería también a la hija de Moray, a una pequeña que se parecía a él hasta ser casi su vivo retrato.

Pero al final Sophia había elegido no acudir a ellos ni solicitar ninguna ayuda de Abercairney. Era verdad que en el seno de la familia de Moray, Anna se habría beneficiado de una posición social más elevada, pero...

—Nunca la privaré de la única familia que ha conocido —le dijo a Kirsty—, para llevarla a vivir entre extraños.

—Son su familia —objetó Kirsty.

—Lo que no significa que la trataran bien —respondió Sophia en voz baja—. No olvides que yo también fui educada por un familiar.

Aquel recuerdo hizo que las dos se quedaran en silencio.

—Además —prosiguió Sophia en un intento de ver el lado bueno de las cosas—, me preocuparé menos sabiendo que está aquí. Si algo le ocurriera a tu hermana, siempre estaréis la condesa y tú para darle cariño y protección como si fuera vuestra propia hija.

—Sí —asintió Kirsty conteniendo las lágrimas—, de eso podéis estar segura.

—Sería muy egoísta por mi parte llevármela de aquí para encarar un futuro que, en el mejor de los casos, resultaría incierto, con una madre, pero sin un padre.

—Pero vos sois joven como yo —dijo Kirsty—. Podríais conocer a otro hombre y casaros, y entonces Anna...

—No. —La voz de Sophia era suave, pero muy segura. Sentía en su piel, sobre el corazón, el firme y constante calor del anillo de Moray cuando replicó—: No. Jamás encontraré a otro hombre con el que desee casarme.

Sin embargo, estaba claro que Kirsty no quería ver que su amiga renunciaba a toda esperanza.

—En una ocasión me dijisteis que la palabra «nunca» carecía de sentido.

Sophia lo recordaba. Pero el momento en el que se lo dijo le parecía tan lejano ahora, que ni siquiera sabía ya si aquello era cierto; quizá había ciertas cosas que jamás podrían remediarse una vez arruinadas. El barco de Moray no volvería nunca, y ella nunca despertaría de nuevo a su lado para sentir su caricia u oírle pronunciar su nombre, ni podría darle nunca la vida que su amor le había prometido.

Todo aquello había pasado, había desaparecido. Pero, aun así, se esforzó en esbozar una sonrisa para mostrarle a Kirsty que no quería que su partida fuera más triste de lo que ya lo era.

Todavía le quedaban otras despedidas.

Una hora después, en la biblioteca, la aguardaba la peor de ellas. Ese día el sol no brillaba, y por tanto no podía extender su calor por la tapicería de los asientos ni animar la estancia. En los vidrios de las ventanas había aún goterones de la lluvia helada que había estado azotándolos durante toda la noche impulsada por el viento del nordeste. Aunque luego había dejado de llover el viento seguía ululando, como si tratara de medir su fuerza contra la resistencia de los muros; su aliento era

tan frío que se habría necesitado mucho más que el pequeño fuego de la chimenea para contrarrestarlo.

Frente al fuego se hallaba el tablero de ajedrez de madera, que esperaba pacientemente en la mesita con sus ejércitos de figuras talladas. Al mirarlo solo pensó que aún no habían recibido ninguna noticia de Francia acerca del coronel Graeme, y que no sabía si se contaba entre los heridos o los muertos en Malplaquet. Recordó su rápida sonrisa y se volvió de espaldas al tablero para pasar la mano por las encuadernaciones de piel con letras estampadas de los libros de la estantería más próxima. Buscó entre ellos, por costumbre, el libro que había consultado más que ningún otro en los pasados meses: un volumen, bastante nuevo, encuadernado sencillamente, de la obra de Dryden, *El rey Arturo, o los notables británicos*. Las páginas que antes apenas habían sido hojeadas mostraban ahora huellas de frecuentes lecturas, porque aquel libro siempre había logrado el prodigio de acercarle de algún modo a Moray, a pesar de la distancia que hubiera entre ellos.

Todavía lo lograba. Sophia sintió la misma conexión con él que había sentido en otras ocasiones, y cuando escogió una página al azar y leyó sus versos, le hablaron con la misma fuerza y seguridad con la que siempre lo habían hecho, aunque en esta ocasión no hablaban de amor, sino de derrota; en consonancia con su estado de ánimo.

Arriemos nuestras enseñas y dejemos caer
nuestros tambores;
depongamos las esperanzas y abandonemos
esta costa fatal.

Oyó que a su espalda se abría suavemente la puerta y después se cerraba otra vez, y escuchó el lento y característico roce de un vestido por el suelo que indicaba que había llegado la condesa. Sophia, con la mirada baja y fija aún en el libro abierto, observó:

—He leído tantas veces esta obra que debería saberme de memoria los versos, como un actor, pero aun así sigo encontrando frases que me sorprenden.

Acercándose, la condesa preguntó:

—¿De qué obra se trata? —Leyó el título y enarcó levemente las cejas—. Sospecho, querida, que tal vez vos sois la única persona de esta casa que ha intentado leerlo. Si os atrae, lleváoslo con vos como regalo mío.

De tratarse de otro libro, la joven tal vez habría protestado, pero deseaba tanto tenerlo que se limitó a agarrarlo y a dar las gracias a la condesa.

—No me las deis, por Dios. Y, ahora que lo pienso, debéis llevaros algunos más —dijo la condesa, al tiempo que buscaba en las estanterías con un nuevo propósito —. La condesa de Gordon me asegura que os ha instalado con lo mejorcito de las familias de Kirkcudbright, pero todos ellos, querida, son devotos presbiterianos, seguidores del pastor Richard Cameron, por lo que probablemente harán poco uso de placeres tales como la lectura. Tenéis que llevaros algunos libros de aquí, porque allí solo tendréis para leer áridos escritos religiosos. —Eligió algunos volúmenes, los bajó y los apiló junto al tablero de ajedrez—. Haré que los pongan con vuestro equipaje. Y ahora dejadme también vuestro Dryden. —Alargó la mano para tomarlo de las de Sophia, que lo soltó a regañadientes, pero con el corazón rebosando gratitud.

—Sois demasiado buena conmigo.

—¿Pensabais que os dejaría partir de aquí sin nada? —Bajando la vista también, la condesa fingió ocuparse de alinear correctamente los cantos de los libros, como si aquella pequeña acción fuera algo de suma importancia—. Porque supongo que aún estáis decidida a marcharos, ¿verdad? No querría que pensarais que no podéis cambiar de idea. Aún no es demasiado tarde.

Sophia intentó sonreír.

—Dudo mucho que a los sirvientes que han estado trabajando todos estos días disponiendo las cosas para mi partida les complaciera verme cambiar de idea.

—No hay nadie que desee veros partir. Todos ellos se sentirían gozosos si os quedarais en Slains. —Buscó los ojos de Sophia—. Y yo también.

—¡Ojalá pudiera! —exclamó la joven, sintiendo el aguijón de la tristeza—. Pero aquí hay demasiados recuerdos de él.

—Lo entiendo. —La condesa parecía siempre tan fuerte que a veces era fácil olvidar que no hacía demasiado tiempo que había perdido a su marido, y que sabía lo que era vivir de recuerdos—. Pero quizá llegue un día en el que encontréis consuelo en ellos. —Sus ojos expresaban una infinita ternura cuando posó la vista en el rostro afligido de Sophia—. El tiempo lo hace todo más fácil.

Sophia lo sabía muy bien. Sabía, por haber perdido a sus padres y a su hermana, que el filo del dolor se embotaría a medida que pasaran los años, pero también que la pérdida de Moray había significado para ella una herida mucho más profunda que la de todos ellos juntos. Su muerte había hecho que se sintiera más sola que nunca y sabía que, aunque envejecería y moriría, no pasarían suficientes años para aliviar el dolor que ahora sentía en su interior.

Se oyeron unos pasos fuera, en el corredor, y un pequeño golpe en la puerta.

—¿Os sentís con suficientes fuerzas para hacerlo? —preguntó la condesa.

Sophia se mordió el labio y sacudió la cabeza antes de responder:

—Pero debo hacerlo.

—No, querida. No tenéis que hacerlo si os causa demasiado dolor. La pequeña aún no tiene dos años, y a esta corta edad no es probable que recuerde...

Sophia pensó que era el mismo argumento que ella le había ofrecido a Moray cuando él le había hablado de su sobrino, al que jamás había tenido la oportunidad de conocer. Ahora entendió su respuesta de entonces. Irguió la cabeza decididamente y, con voz suave, replicó:

—Pero yo la recordaré.

La condesa la observó unos instantes con cara de preocupación, pero luego asintió con un gesto y se acercó a la puerta para dejar entrar a la hermana de Kirsty, que llevaba a Anna de la mano.

La pequeña iba vestida como para ir a la iglesia y llevaba los cabellos adornados con cintas. No se atrevió a aventurarse mucho en la habitación; se quedó quieta, de pie, agarrada a las faldas de la hermana de Kirsty que miraba a Sophia como disculpándose.

—Anoche no durmió bien porque le están saliendo los dientes. Me temo que hoy está algo pachucha.

La sonrisa de Sophia fue breve y comprensiva.

—Ninguno de nosotros está hoy tan animado como debería estar.

—La dejaré aquí sola un momento con vos si queréis, pero...

—No hace falta —dijo Sophia sacudiendo la cabeza—. Debería bastarme con verla. Venid y sentaos conmigo.

Tomaron asiento junto a la chimenea, donde tantas veces Sophia se había sentado con el coronel Graeme; entre ellas estaba el tablero con las piezas del ajedrez perfectamente alineadas. Pareció que Anna se sentía fascinada por ellas. La hermana de Kirsty quería impedir que la pequeña las tocara, pero la condesa, que permanecía de pie junto a la repisa del hogar, insistió en que la niña no podía romper nada.

—Las figuras son de madera y no se rompen fácilmente.

«A diferencia de los soldados de verdad», pensó Sophia con una súbita punzada de dolor. Moray no vería jamás la cara de su hija, ni aquellos pequeños rasgos tan parecidos a los suyos cuando, con la misma concentración de su padre, alzaba del tablero uno tras otro los caballos y los alfiles, y los sujetaba con sus manitas.

Sophia la miraba en silencio. Había pasado los últimos días planeando aquella despedida, ensayando lo que quería hacer y decir, pero, ahora que había llegado el momento, todas las palabras le parecían fuera de lugar. ¿Cómo decirle a una niña que no sabía que ella era su madre, que quererla y dejarla era la mayor prueba de valor y lo más terrible que había hecho en toda su vida, y que la echaría de menos mucho más de lo que nunca habría podido imaginar?

Sophia se preguntaba si aquello tenía sentido. Sabía en lo más hondo de su corazón que la condesa estaba en lo cierto, que Anna era demasiado pequeña para conservar aquel recuerdo. Tan seguro como que el viento y las olas seguirían moviendo de lugar las arenas hasta que al año siguiente no quedara en la costa ninguna huella del año anterior, así el paso de los días

iría modelando el espíritu de Anna hasta que olvidara a Sophia.

Pensó que así era como debía ser; sin embargo, tuvo que morderse el labio inferior para contener un repentino e involuntario temblor.

Extendiendo el brazo, acarició los suaves cabellos de su hija y carraspeó ligeramente para aclararse la voz.

—Tienes unos rizos preciosos —dijo—. ¿Me darías uno?

La pequeña no dudó. Siempre estaba dispuesta a compartirlo todo. Como no podía ser menos asintió sin dudarlo y se acercó donde estaba Sophia. Ella escogió un pequeño rizo y con sus tijeras de costura, lo cortó con cuidado.

—Ya está —dijo.

Le habría alisado los cabellos de no ser porque la pequeña se estiró para pasar sus deditos por los cabellos de Sophia, imitándola.

Aquel pequeño contacto, tan inesperado, hizo que Sophia cerrara los ojos para contener la emoción.

En aquel breve instante sintió lo mismo que cuando estaban solas ella y la pequeña recién nacida en la cama en la casa de la señora Malcolm: la maravillosa sensación de tener a su hijita dormida y abrigada contra su cuerpo, junto con la de aquellos deditos enredados en su pelo y agarrando el anillo de plata de Moray. De pronto tuvo la certeza de que no iba a poder soportar lo que sabía que tenía que hacer.

No era justo. No era justo. Necesitaba que Anna volviera, que volviera a ser suya. Suya y de nadie más. Habría vendido su alma para que le fuera posible dar marcha atrás y recuperar a su hija, pero era imposible. Mientras el dolor de esta realidad la desgarraba como un cuchillo, oyó la voz de Anna que llamaba: «Mamá...»,

y la hoja se le clavó más profundamente todavía porque Sophia sabía que aquella palabra no iba dirigida a ella.

Respiró y tragó saliva, y cuando abrió los ojos de nuevo ya no había en ellos ninguna sombra que empañara su brillo ni delatara su debilidad.

Anna llamó por segunda vez a la hermana de Kirsty.

—¿Mamá...?

La mujer le preguntó con una voz singularmente ronca:

—¿Quieres tener un rizo de la señorita Paterson como recuerdo?

—Mis rizos no son tan bonitos como los tuyos —dijo Sophia.

Pero Anna siguió tirando de ellos con insistencia, por lo que Sophia levantó las tijeras hasta sus cabellos y cortó un mechón justo donde tan a menudo se habían enredado los deditos del bebé mientras dormía.

—Sí —dijo la hermana de Kirsty cuando la niña se volvió hacia ella para mostrarle su trofeo—. Es un regalo espléndido, y tendrás que guardarlo como un tesoro. Déjame que corte en dos mitades este lacito de tu pelo para que las dos podáis atar con él vuestros rizos y conservarlos mejor. —Mientras lo hacía, buscó con la mirada los ojos de Sophia por encima de la cabeza de Anna y dijo—: Os enviaré más.

A Sophia le temblaban tanto los dedos, que fue incapaz de hacer un nudo con la cinta y la guardó, junto con el rizo, en su pañuelo.

—No necesitaré ninguno más.

Los ojos de la hermana de Kirsty no sabían cómo expresarle toda su simpatía.

—Si hay algo que yo pueda hacer...

—Velad por que esté a salvo, nada más.

La hermana de Kirsty solo asintió, ya que tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. En el silencio de la habitación, las dos mujeres, y también la condesa, miraron a Anna que, con infantil curiosidad, había empezado de nuevo a mover las piezas en el tablero de ajedrez.

Con una voz que casi parecía firme, Sophia le preguntó:

—¿Cuál es la que te gusta de todas ellas, Anna? ¿Cuál es tu favorita?

Supuso que la pequeña elegiría un caballo —los caballos eran los que más habían atraído su curiosidad —, o tal vez una torre; pero la niña, tras pensárselo, escogió otra pieza y se la mostró extendiendo la mano: un sencillo peón.

Sophia pensó en lo que le había dicho el coronel Graeme cuando le enseñaba los rudimentos del juego: «A estos hombres de aquí, los peones, no se les permite tomar decisiones. Solo pueden avanzar caminando un pie tras el otro...».

Bajando la vista, vio las piezas de ajedrez dispersas sobre el tablero, yaciendo de costado como los soldados caídos en la batalla, y vio también que en medio aún quedaba una pieza derecha: el rey negro.

Miró de nuevo el peón que tenía Anna en la mano y pestañeó para contener las lágrimas, pero mantuvo su sonrisa:

—Sí —dijo—. Ese es también mi favorito.

Y, sin preocuparse en absoluto de las normas de la etiqueta, se agachó para rodear a Anna con sus brazos una última vez y estrecharla con fuerza. Para grabar para siempre en su memoria su olor, la sensación de tenerla abrazada, la suavidad del roce de sus rizos contra su mejilla, para tener al menos eso como

compañía durante el largo vacío de los años futuros. Después, rápidamente —porque la niña, asustada había empezado a retroceder—, Sophia depositó un beso en la cabeza de Anna, y la soltó.

—Está bien, querida, puedes irte.

Anna permaneció inmóvil todavía unos instantes, con la mirada en alto, como si sospechara que iba a ocurrir algo que no sería capaz de entender. En aquel instante, su expresión solemne y sus ojos alerta se parecían tanto a los de Moray que Sophia sintió una dolorosa punzada, como si una mano agarrara con fuerza su corazón y lo detuviera en mitad de un latido. Dejó escapar un tembloroso suspiro, con decisión, y el corazón recuperó de nuevo su ritmo.

Como debía ser.

Anna seguía allí de pie, mirándola en silencio, y Sophia intentó sonreírle de nuevo, pero no pudo hacerlo, ni alzar lo suficiente la voz para que fuera algo más que un susurro.

—Vete ahora —la instó con dulzura—. Ve con tu madre.

No lloró. No entonces. Ni siquiera cuando se llevaban a la pequeña, que le dirigió una última mirada que perseguiría a Sophia en sueños para siempre. No lloró. Tan solo se levantó y fue hacia la ventana, donde el frío viento del mar azotaba con fuerza los cristales y ululaba pidiendo entrar, mientras la lluvia de la pasada noche se cristalizaba en ellos como si fueran lágrimas heladas.

La condesa no decía nada ni abandonaba su lugar junto a la chimenea.

—Ya lo veis —dijo Sophia dirigiéndose a ella—, mi corazón es prisionero para siempre de este lugar. No

puedo dejarlo sin que la mayor parte de mí se quede con Anna.

—Las cosas no habrían cambiado aunque la hubierais dejado en otras circunstancias —replicó la condesa—. He tenido que decir adiós a mis hijas, una tras otra. —Su voz era dulce y sabia a la vez—. Y ahora a vos. —Sophia se volvió al oír eso, y vio tristeza en la sonrisa de la anciana—. Os aseguro que jamás es fácil decir adiós a un hijo.

Sentir sobre sí aquella serena mirada hizo que la barbilla de Sophia comenzara a temblar de nuevo y, mientras la estancia se desdibujaba a su alrededor, corrió a los brazos de la condesa.

—Querida niña... —La condesa la atrajo hacia sí y le acarició los cabellos como si fuera tan pequeña como Anna y tuviera una necesidad de consuelo aún mayor—. Os prometo que superaréis esto. Os aseguro que yo misma tengo mi corazón tan repartido por todo el país que me sorprende que aún tenga fuerzas para mantenerme de pie cada día. Pero lo hace —dijo y, dejando escapar un hondo pero firme suspiro, retrocedió un paso para alzar la mano y enjugar las lágrimas de Sophia—. Lo hace. Y también lo hará el vuestro.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

—Porque es un corazón, y no sabe hacer otra cosa. —Con los ojos húmedos también, la condesa alisaba los cabellos de Sophia para apartarlos de sus mejillas—. Pero cualquiera que sea la parte de vos que decidáis dejar con nosotros en Slains, yo cuidaré de ella —dijo—. Y espero que la gracia de Dios me permita vivir para ver el día que volváis a casa.

17

—No. ¡No! —protestó Jane—. No puedes acabar así el libro. Es demasiado triste.

Y, para recalcar su punto de vista, dejó caer de golpe las páginas finales del manuscrito sobre la mesa de madera oscura del reservado que ocupábamos en el Kilmarnock Arms, haciendo vibrar los platos de nuestro almuerzo.

—Pero ¡eso es lo que sucedió en realidad!

—No me importa.

No había forma de detener a Jane una vez se lanzaba, y me alegré de que solo estuviéramos las dos esa tarde en el bar. Para ser sábado, había habido mucha gente a la hora del almuerzo, pero ahora habían despejado ya todas las demás mesas y solo quedábamos nosotras. La chica que nos había servido se había retirado al rincón donde estaba el pub, pero incluso allí parecía reinar la tranquilidad y, a juzgar por el ruido de pasos que nos llegaba desde la acera, la mayoría de los habitantes de Cruden Bay debían de estar fuera de sus casas. La brisa del mar era fría, pero el sol lucía muy animosamente para la estación del año en la que estábamos. Desde donde yo estaba sentaba, junto a la ventana que daba a la calle, parecía casi primavera.

—Ya es bastante malo que hayas tenido que matar al marido de la pobre chica, y me va a costar mucho perdonártelo, pero ¡que tenga que abandonar a su hija…! —Sacudió la cabeza expresando su incredulidad.

—Pero, Jane…

—No está bien —dijo—. Una madre no haría jamás una cosa así.

—Bueno, no sé. —Me parecía haber entendido los motivos de Sophia, aunque yo no fuera madre, pero Jane hacía oídos sordos; no estaba de humor para escuchar.

—En cualquier caso —replicó—, es demasiado triste. Tendrás que cambiarlo.

—¡Pero no puedo!

—¡Claro que puedes! Haz que vuelva Moray de Francia, o de Flandes, o de donde sea.

—Pero él murió. —Cogí los papeles que Graham había encontrado para mí, y se los enseñé—. ¿Lo ves? Está aquí, en la página tres. John Moray, murió a causa de las heridas…

Jane me quitó los papeles de la mano y los miró sin dejarse convencer.

—Están todos aquí —le aseguré—. Mira, aquí está Moray, con sus hermanas, y el hermano de su madre, Patrick Graeme. No puedo cambiar lo que les sucede a las personas reales, Jane. No puedo cambiar la historia.

—Bien, pero Sophia no es historia —alegó Jane—. No es real, es solo un personaje que has creado tú. Seguro que encontrarás la manera de dejarla vivir un final feliz. —Firme en su opinión, empujó las páginas para devolvérmelas a través de la mesa—. Puedes intentarlo, al menos. Faltan aún semanas para la fecha en la que tienes que entregarlo. Y, a propósito —prosiguió, cambiando de asunto mientras se llevaba a los labios su taza de café—, ¿en qué les digo que trabajarás después, cuando me lo pregunten? Sé que habías pensado en algo acerca de Italia, pero no recuerdo los detalles.

Mi café hacía mucho rato que se había enfriado en la taza, pero, aun así, la cogí y me lo bebí, más que nada para tener una excusa que me permitiera no mirar directamente a Jane.

—En realidad —dije—, he estado pensando que quizá me quede algún tiempo en Escocia.

—Oh, ¿sí? —Todas sus antenas se habían desplegado; podía sentirlo.

—Se me ha ocurrido que tal vez podría escribir una novela acerca de uno de los primeros reyes de Escocia, Jacobo I. Reinó a principios del siglo XV. Tuvo una vida fascinante, llena de aventuras, y murió asesinado, víctima de una traición que se narra maravillosamente en un largo poema victoriano titulado *La tragedia del rey*. He pensado que podría contar la historia a través de los ojos de su esposa.

—¿También la asesinaron a ella? —preguntó secamente Jane.

—No.

—¡Menos mal! Temía que se convirtiera en una nueva constante en tus libros: matar a todos los personajes simpáticos. —Por encima del borde de su taza, me dedicó, a pesar de todo, una mirada elogiosa—. Pero reconozco que parece un buen argumento. A los editores les encantará. Escocia vende bien.

—Sí, eso me dijiste.

—Y, por supuesto, a mí me encantaría que vinieras aquí. Suponiendo que desearas quedarte en Cruden Bay, claro. —Lo dejó caer de pasada, como el veterano pescador que pone el cebo en el anzuelo.

—Me gusta mi casita.

—Sí, ya lo sé. Solo estaba pensando que tu trabajo de investigación te resultaría más fácil teniendo cerca una universidad que cuente con una biblioteca decente. —El anzuelo se balanceó todavía más cerca—. Como Aberdeen, por ejemplo.

No piqué. Estaba a punto de salirme por la tangente cuando un golpe contra el cristal de la ventana a la altura de mi hombro me interrumpió. En la acera sonreía y gesticulaba Stuart, indicando por señas que se disponía a acercarse.

Jane enarcó una ceja.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó.

—El hijo de mi casero.

—¿De veras?

Por su expresión podía verse con claridad a qué conclusión había llegado, y el demonio que había dentro de mí no me metía ninguna prisa para sacarla de su engaño. Sobre todo porque Stuart, cuando entró en el bar, no iba solo; tras él iba Graham, con la chaqueta por encima de los hombros. Buscó mi mirada con afectuosa indulgencia y se quedó a la sombra de su hermano mientras yo me ocupaba de las presentaciones.

Les hicimos sitio en torno a la mesa. Stuart se sentó a mi lado y pasó posesivamente su brazo detrás de mí, sobre la repisa de madera de la ventana.

—Me parece que ya hablamos por teléfono en una ocasión —le dijo a Jane, bajando la mirada hacia mí para explicarme—: la noche que te lastimaste el tobillo, ¿recuerdas?

—¡Ah! ¿Eras tú? —Jane pensó que ya lo tenía perfectamente identificado, por lo que apenas se fijó en Graham, aunque este se sentó en silencio enfrente de ella.

Graham se dio cuenta enseguida de lo que yo estaba haciendo. Pude leer en sus ojos su expresión levemente divertida cuando se hizo cargo de la situación: Stuart inclinado hasta prácticamente apoyarse en mí, y Jane preparándose para someterlo a un detenido examen. Cruzó una pierna hasta que su pie tocó el mío, y lo dejó así; un leve contacto, aunque para mí era el único que importaba.

—Decidme, ¿qué estáis tramando aquí? —preguntó Stuart.

Se refería a Jane y a mí, naturalmente. Respondí por las dos:

—Jane me estaba diciendo que no le gusta el final de mi libro.

Jane miró a Stuart.

—¿Lo has leído? —preguntó.

—No, todavía no. Es esto, ¿verdad? —Movió las páginas alrededor de la mesa—. No sabía que ya lo hubiera acabado.

—No lo ha hecho aún —puntualizó Jane, y yo tuve el buen juicio de no discutir—. Es demasiado triste. Deberías ayudarme a convencerla de que el final debe ser feliz.

—Puedo intentarlo. —Sonrió y se acercó más a mí.

La camarera, al ver que éramos más, se acercó a retirar los platos y a preguntar si queríamos alguna bebida. Los dos hombres pidieron cerveza. Yo pedí otro café, pero Jane rechazó el ofrecimiento con un ademán.

—Oh, no, no puedo. Tengo que volver ya. Le prometí a Alan que estaría en casa hacia las tres. Mi marido… —añadió dirigiéndose a Stuart, al tiempo que recogía sus cosas antes de levantarse de la mesa y decirle—: Me alegra haber podido conocerte por fin.

—Lo mismo digo.

—Y también a tu hermano. Graham, ¿verdad? —Y entonces, mientras se inclinaba sobre la mesa para estrechar su mano, Jane le preguntó—: ¿Te gustó el pastel?

Yo no había previsto algo así y contuve la respiración, pero Graham captó perfectamente la jugada y respondió con sus ojos grises riendo en su, por lo demás, imperturbable cara.

—Sí, mucho.

—Me alegro de veras. —Se volvió para dejar caer sobre mí toda la fuerza de su sonrisa triunfal—. Te llamaré luego, Carrie.

No me cabía ninguna duda de que lo haría.

—Una mujer simpática —comentó Stuart una vez se hubo ido. Por lo visto, su alusión al pastel lo había dejado totalmente indiferente, o quizá él había considerado que no tenía importancia puesto que no tenía nada que ver con él. Tamborileó distraídamente con los dedos sobre mi montón de páginas—. Pero ¿por qué quería que yo te convenciera de que el final debía ser feliz? ¿Hasta qué punto es triste?

—He matado al protagonista.

—¡Ah!

—Y he hecho que la heroína renunciara a su única hija y se fuera.

—Sí, claro… —dijo Stuart—, a eso debe de referirse. —Tomó un trago de cerveza, y sentenció—: Tienes que dejar que el protagonista viva.

—No puedo. Es un personaje histórico real. Muere cuando muere, y eso no puedo cambiarlo.

—Entonces, concluye el libro antes de que se muera.

Una respuesta simple. Y admitía que resolvería un montón de problemas. Pero la vida rara vez es simple.

Tuve que recordarlo una hora más tarde, cuando los tres dejamos el Kilmarnock Arms y caminamos hacia el puerto. Stuart no estaba bebido exactamente, pero las jarras de cerveza lo habían dejado alegre y relajado hasta el punto de que, mientras bajábamos, me pasó el brazo por los hombros; yo no encontraba ninguna forma amable de librarme de aquello. A Graham, que caminaba medio paso detrás de nosotros, no parecía importarle.

Como tampoco objetó nada cuando Stuart dijo que me acompañaría hasta mi casa.

—Ve tú —respondió a su hermano—. Yo iré a ver a papá. —Su mano apretó brevemente mi brazo, en un gesto tranquilizador, a la vez que me decía—: Te veré luego.

Stuart siguió hablando animadamente mientras subíamos juntos por el resbaladizo sendero y, una vez hube metido la llave en la puerta de la casa, entró detrás de mí con los zapatos chapoteando agua. Estaba contándome una anécdota.

—… Y entonces yo le dije…

Cortó tan bruscamente la frase, que tuve que volverme a mirar.

Se hallaba aún de pie junto a la puerta y tenía los ojos clavados en la mesa donde yo solía escribir. Bueno, no precisamente en la mesa, sino en la silla que estaba delante de ella. Y tampoco precisamente en la silla, sino en la camiseta colgada del respaldo; una vieja camiseta de rugby, de color azul marino, con rayas de color dorado y rojo.

Su mirada buscó la mía. Me tranquilizó no ver en ella una expresión de auténtico desengaño, sino únicamente de aceptación compungida de la realidad.

—No soy yo, ¿verdad? —preguntó—. Jamás he sido yo.

—Lo siento, Stuart —respondí con sinceridad.

—No, no, está bien —dijo, levantando la mano para impedir que siguiera. Se volvió para irse—. Y ahora, si me disculpas, voy a darle

un buen puñetazo a mi hermano.

—Stuart…

—No te preocupes. Le dejaré intactas sus partes vitales.

—¡Stuart!

Se paró a mitad de camino hacia la puerta. Miró hacia atrás y sonrió.

—Lo peor de todo es que no tengo ningún reproche que hacerle. Hasta yo sé que has elegido al mejor de los dos.

Después sonrió, dejó que la puerta se cerrara tras él y oí sus pasos que bajaban por el sendero.

—¿No te lo había dicho? —me preguntó Graham.

Estaba pensando su siguiente movimiento en el tablero de ajedrez que yo había descubierto en un armario de la parte de detrás de la casa. No se parecía en nada a aquel con el que habían jugado mis personajes en la biblioteca de Slains —ni siquiera se habían conservado todas las piezas, por lo que empleábamos una figurita de regaliz para mi alfil y otra para su torre—, pero cuando lo coloqué en la mesita redonda entre los sillones, junto a mi chimenea, resultó una buena imitación.

Miré a Graham:

—Entonces, ¿estará bien?

—¿Stuie? Esta noche se va a Peterhead, a buscar en los pubs a tu sustituta. Estará bien.

Había movido su caballo, y me vi obligada a pensar un momento mi siguiente movimiento. Yo no era ni muchísimo menos la mejor jugadora de ajedrez del mundo y trataba de concentrarme, con la esperanza de que algún recuerdo enterrado en mi memoria —de las enseñanzas del coronel Graeme quizá acudiera en mi ayuda.

Graham esperaba.

—He estado pensando en tu problema con el libro.

—Ah, ¿sí?

—¿Dices que, después de la muerte de Moray, su viuda se ve obligada a dejar también a su hija?

—Así es.

—¿No hay forma de que pueda quedarse con ella? Cuando papá perdió a mi madre la única cosa que le permitió seguir adelante fue tenernos a Stuart y a mí. Una persona afligida es como una persona que se mete en aguas profundas; si no hay nada a lo que pueda agarrarse, pierde las esperanzas. Se hunde enseguida.

Convine en que así era.

—Pero mi protagonista no lo tiene tan fácil. —Le expliqué la situación mientras ejecutaba mi movimiento en el tablero.

Él no se dejó convencer.

—Yo me quedaría con la niña de todos modos.

—Bueno, tú eres un hombre. Los hombres pensáis de otra manera. Y una mujer sola a principios del siglo XVIII no habría tenido fácil educar a una niña.

Reflexionó sobre ello mientras estudiaba la posición de las piezas en el tablero; después, movió su reina para tomar mi alfil de regaliz, que sostuvo en la mano unos momentos por encima del tablero; luego se lo llevó a la boca y se lo comió, todavía pensativo.

—¿Se puede saber qué vas a hacer —pregunté secamente— cuando mi peón llegue al otro lado y yo te pida que me devuelvas mi alfil?

Graham me dedicó una sonrisa maliciosa y, todavía con la boca llena, dijo:

—Tu peón no llegará nunca. ¡Jaque!

Había dicho jaque, sí. Y lo había hecho tan limpiamente que, a primera vista, no veía la forma de salvar mi rey. Pero no había dicho «jaque mate», así que la situación todavía no era desesperada, existía aún alguna manera…

—Lo que hay que hacer es buscarle a otro —dijo.

Tardé un momento en darme cuenta de que Graham seguía pensando en mi libro y en cómo terminarlo con un final feliz.

—Dale a otro al que pueda amar —insistió—. Haz que conozca a otro hombre.

—Pero ella no quiere otro hombre.

Esa era la verdad. Al minuto de haber pronunciado aquellas palabras, supe que la verdad estaba en ellas. Por eso, sabiendo que al cabo de un año Sophia había accedido a casarse con mi antepasado, no podía evitar preguntarme por qué lo había hecho.

Pensé que tal vez la respuesta a mi problema con el final no estaba en Slains. Lo vi claro. Hice un pequeño movimiento en el tablero, adelantando un peón para proteger mi rey y despejar la diagonal de mi otro alfil.

—¡Jaque mate!

Graham, con el cuerpo inclinado hacia delante, hizo un rápido análisis de la situación.

—¿Cómo diablos lo has hecho? —preguntó.

Para ser completamente sincera, no lo sabía. Pero de una cosa estaba segura: como Sophia, tenía que viajar hasta Kirkcudbright, porque el final de mi relato me aguardaba allí.

18

En Kirkcudbright no había estación del ferrocarril, así que tomé el tren para Dumfries, que se encuentra cerca. No sabía exactamente qué esperaba cuando bajé al andén. Una especie de epifanía, supongo; algo así como el despertar de todos mis recuerdos ahora que me hallaba en el lugar donde había nacido y crecido Sophia. Pero allí no había nada. Tan solo una pequeña y bonita estación con su vía, su andén y el centelleo de la luz del sol colándose a través de la marquesina de vidrio que se extendía sobre mi cabeza.

El tiempo estaba mejorando decididamente y la brisa era casi agradable cuando me daba en la cara. Retrocedí para dejar que pasara a mi lado otra mujer que llevaba una maleta con ruedas que producía un ruido estridente al rodar sobre las baldosas del pavimento.

—¡Carrie!

Cambié de mano el peso de mi maleta y eché un vistazo a mi alrededor. No había visto nunca a Ross McClelland, pero con los años me había ido formando un retrato mental de él; lo imaginaba como una versión de mi padre algo mayor que él, alguien a quien reconocería en cuanto lo viera por haber salido los dos de la misma cepa. Pero el hombre que se acercó a saludarme no se parecía en nada al que yo había imaginado. Era fornido, alto y de rostro rubicundo, con espesos y ondulados cabellos y una barba que, aunque ya gris, todavía se conservaba negra en los bordes. Jamás lo habría reconocido como alguien de la familia.

Él, sin embargo, me había reconocido a mí.

—Mi mujer compra todos tus libros —dijo—. Eres idéntica a la fotografía que ponen en la solapa de la sobrecubierta. ¿Es eso todo lo que has traído?

—Sí. ¿Cómo está tu mujer? —le pregunté mientras él cargaba con mi maleta quitándomela de la mano y me conducía hacia la zona de aparcamiento.

—Un poco mejor. Es la gota, ¿sabes? Le dan ataques tan fuertes estos días que casi no puede moverse; pero esta mañana se ha levantado de la cama y ha venido su hermana a hacerle un poco de compañía, así que todo va bien.

Yo no había aceptado el ofrecimiento de Ross de alojarme en su casa. Sabía que me lo propondría cuando le llamé por teléfono el domingo anterior, pero también sabía que su mujer no se encontraba bien y que lo último que necesitaban era la carga de tener una huésped. Sobre todo si era alguien que estaría levantada hasta altas horas escribiendo, rondaría por la casa cuando todos estuvieran dormidos y se levantaría tarde de la cama. Así que había reservado una habitación en un hotel y, aunque Ross protestó, tuve la sensación de que se sentía aliviado. Del mismo modo que ahora me parecía, por la manera de darme conversación mientras ponía mi maleta en el coche y se aseguraba de que llevaba el cinturón de seguridad abrochado, que se sentía feliz por alejarse por un día de sus deberes de atender a una enferma y pasar unas horas con otra persona que compartía su afición por la genealogía.

Me había prometido una excursión en toda regla, y eso era lo que se disponía a ofrecerme.

Fue un agradable trayecto desde Dumfries, a través de un paisaje que discurría entre verdes colinas y oscuros bosques; en algunos lugares, los árboles que se alineaban a los lados de la carretera se combaban por encima de ella dándole una apariencia de túnel. Había ovejas y curiosos rebaños de reses con manchas negras y blancas de la raza de Galloway, y cuando hicimos nuestra primera

parada en el cementerio de una pequeña iglesia local, los pájaros nos recibieron con sus alegres trinos.

—Aquí la tienes —dijo Ross, indicándome una pequeña y torcida lápida—. Aquí descansa tu Anna Mary Paterson.

Me agaché para mirarla más de cerca. Encima de la piedra había una gruesa capa de líquenes, y el paso de los años había borrado las palabras hasta el punto de que apenas se veían.

—Fue un golpe de suerte encontrarla. No hay muchas lápidas tan antiguas y, en las que aparecen, a menudo es imposible leer las inscripciones.

Yo sabía que tenía razón. Pero, a pesar de todo, tuve la sensación de que, de haberlo intentado, habría encontrado esa tumba yo sola. El pequeño cementerio de aquella iglesia rondaba vagamente por mi memoria. Poniéndome de pie nuevamente, miré hacia los campos y distinguí un lugar oscuro cerca de los lejanos árboles que hizo que me entrara frío, como si me hubiera metido bajo una sombra.

—¿Hubo allí alguna casa en otros tiempos? —pregunté.

Ross no supo decírmelo, pero yo tenía la certeza de que si alguna vez podía consultar un mapa antiguo de aquella zona, me encontraría con que hubo una casa en aquel mismo sitio: la casa de John Drummond. Me pareció bien que el tiempo también hubiera reclamado para sí aquellas piedras, sin dejar en ellas la impronta del mal que ocurrió allí.

Pasé suavemente la mano por la lápida de la hermana de Sophia y sentí como si cerrara un capítulo.

Nuestra siguiente parada fue también en el campo.

—¿Ves ese lugar? —me preguntó Ross indicándome una extensión llana en la orilla del río—. Tu antepasado y el mío, el viejo Hugh MacLellan, tuvo allí una granja. En ella nacieron sus hijos y falleció él antes de que los dos fueran enviados a vivir a Irlanda entre los escoceses del Ulster.

Yo conocía ya la historia. David John McClelland —de quien no sabíamos dónde ni cuándo cambió la forma de escribir su apellido—

había emigrado a Irlanda junto con su hermano William; allí se perdió el rastro de ambos hasta que regresaron a Escocia para casarse. William fue el primero en encontrar esposa y, en lo que debió de ser una decepción para los escoceses que se habían instalado en Irlanda, se quedó a vivir en Kirkcudbright. Aunque no por mucho tiempo, puesto que murió joven, dejando solo un hijo que lo sobrevivió y prolongó la rama de la familia de la que descendería Ross.

—¿Te gustaría ver la casa en la que vivió William tras volver de Irlanda?

No era mi rama de la familia, pero Ross parecía tan contento de tenerme de acompañante que le dije que sí, que iría gustosa. Así que recorrimos la pequeña distancia que nos separaba de Kirkcudbright.

Resultó ser uno de los lugares más pintorescos que había visitado nunca, con sus casas apiñadas y pintadas de amarillo claro y gris, rosa y azul; algunas encaladas, otras de piedra vista, rojiza u oscura; con los marcos de las ventanas cuidadosamente pintados, preciosas rejas de hierro y chimeneas con pequeñas hileras de sombreretes.

La calle Mayor tenía una nada habitual forma de «L», y aunque pude ver unas pocas tiendas y establecimientos comerciales, me pareció que casi todas las casas eran viviendas.

—Sí, siempre ha sido así —dijo Ross cuando se lo comenté.

Rodeamos y dejamos atrás con el coche la esquina del antiguo Tollbooth, que en su tiempo reunió las funciones de casa consistorial, tribunal y prisión, con su alta torre rematada por un pináculo cónico; la calle se estrechaba a causa de los numerosos vehículos aparcados a lo largo del edificio, pero Ross encontró un hueco para estacionar y salimos del coche.

La casa en cuestión era una construcción de piedra de planta rectangular, arrimada a los edificios vecinos, con la puerta pintada de color verde vivo y ventanas que estaban abiertas al calorcillo de la primavera.

Ross le echó un vistazo.

—Aunque no estoy totalmente seguro —dijo—, pero por unas cartas que he encontrado y que describían dónde estaba su casa, creo que es aquí donde vivió. Es una lástima que no vinieras el año pasado, porque habría podido enseñártela por dentro; entonces había un *bed and breakfast*. Pero ahora la ha adquirido un muchacho de Glasgow. Un artista. Hay montones de artistas viviendo aquí ahora.

Me detuve. La brisa, que empezó a soplar, despertó algo dentro de mí. Lo suficiente para que sacara mi cámara de fotos y tomara algunas instantáneas de la calle, la puerta, las ventanas, y de la última ventana, en particular.

—Tengo el pálpito de que David McClelland también vivió aquí, en algún momento —dije.

—Sí, es posible.

Pero era algo más que eso. Después lamenté que, un momento antes de que Ross reanudara nuestra excursión, no me decidiera a adelantarme y llamar a aquella puerta verde, para rogarle al joven artista de Glasgow que me permitiera mirar un instante las habitaciones que daban a la fachada y, en concreto, la de la esquina, cuya ventana parecía observarme como un ojo amable y cómplice.

Pasé una noche inquieta.

Había querido invitar a Ross a cenar para agradecerle nuestra excursión, pero él había rechazado jovialmente mi invitación.

—No, no hace falta. La hermana de mi mujer estará esperándome en la puerta, y se me ha hecho muy tarde. Pero de verdad ha sido un placer para mí haberte conocido.

Nuestro apretón de manos se transformó con toda naturalidad en un abrazo.

—¡Por cierto! —dijo, volviéndose para buscar algo en los bolsillos de su abrigo—. Casi lo olvidaba. Se suponía que tenía que darte un catálogo.

—¿Un catálogo?

—Sí. De una subasta. La semana pasada le envié uno a tu padre, pero pensé que tal vez también te gustaría tener uno. Es de los McClelland de Nueva York —añadió—. Tom y Clare.

—Ah, sí.

Tom era un primo lejano de papá; su linaje se remontaba, como el nuestro, a Sophia y a David. De una forma u otra, su rama había logrado ser propietaria de los principales recuerdos históricos de la familia, con la única y notable excepción de nuestra Biblia. Tom y su esposa habían adquirido la costumbre de disponer despreocupadamente de aquellos recuerdos para financiar su extravagante estilo de vida, lo que enfurecía a mi padre, porque a menudo no nos enterábamos de ello hasta después de la venta.

Miré la portada del catálogo para ver qué día iba a tener lugar la subasta; sería el viernes siguiente.

—Se lo envié por correo a tu padre en cuanto abrí el sobre —dijo Ross—. Tom ha hecho esto tantas veces ya, que he tenido que tomar medidas —me contó—, por eso he llegado a un acuerdo con la casa de subastas: cada vez que reciban cualquier cosa que tenga algo que ver con los McClelland, me enviarán el catálogo.

—Muy buena idea —asentí sonriendo—. Me sorprende que Tom y Clare tengan aún cosas que vender. Creía que a estas alturas ya lo habrían liquidado todo.

—Oh, no es gran cosa esta vez. Solo un par de mesas y algunas joyas. Pero, aun así, pensé que a ti y a tu padre os gustaría ver las fotografías, al menos.

Le di las gracias y metí el catálogo en mi bolso.

Después de cenar fui a dar un paseo y me senté durante una hora en un banco detrás de la iglesia de Greyfriars, junto al puerto. El puerto era tal como lo había imaginado después de todo cuanto había leído acerca de él en los libros de historia. Siglos atrás, el gran patriota escocés William Wallace zarpó, supuestamente, de aquí, tras su fracaso en Falkirk, huyendo en busca de la seguridad del continente, y el rey inglés Eduardo I desembarcó en cierta ocasión

en Kirkcudbright con una flota de sesenta y tantos barcos. Por todo ello, yo había imaginado un puerto parecido a los de las ciudades de la costa. Pero no se parecía en nada; prácticamente se limitaba a un muro, en cuyo extremo se amarraban las embarcaciones. Con la marea baja, estas quedaban varadas en bancos de cieno, cualquier nave algo mayor tendría que esperar anclada en el centro del río más profundo.

A pesar de todo, cuando agucé la vista, no me costó imaginar barcos surcando el río, llegados desde alta mar para buscar abrigo y descargar sus mercancías. La ciudad debía de haber cambiado mucho desde entonces. La planta de energía que veía a mi derecha y el puente que se alzaba en el recodo del río no debían de estar allí; pero, si dejaba a un lado todo aquello, tenía la sensación de estar viendo lo que Sophia habría podido ver si se hubiera sentado allí, bajo los árboles, hace trescientos años, mirando el río Dee. La otra orilla era aún tranquila y apacible, con sus colinas verdes alzándose con suavidad a través del verde más oscuro de los bosques por encima de una franja blanca y un pequeño bote de vela que pasaba llevado por la marea.

No tenía la misma certeza acerca de la iglesia que quedaba a mi espalda; Ross me había dicho que la habían reconstruido en algún momento del siglo XVIII y que, por lo tanto, no era la original. En cambio el castillo que se alzaba detrás, entonces más alto incluso, era el mismo que había conocido Sophia: el castillo de los MacLellan, llamado así por mi familia, aunque todavía no hubiéramos podido documentar ningún vínculo entre nuestros McClelland y el hombre que lo construyó. Al igual que Slains, aquel castillo había sufrido el ultraje de ser despojado de su techumbre y, por ello, se había transformado en ruinas. Aun así, considerando que el tejado del castillo de los MacLellan había sido destruido casi doscientos años antes que el de Slains, parecía que sobrellevaba su desgracia mucho mejor.

Ross me lo había enseñado durante nuestra excursión; habíamos rodeado su perímetro exterior caminando por los senderos de

gravilla que discurrían entre secciones de césped perfectamente cortado y parterres de flores, para mostrarme los escudos de armas cincelados sobre la puerta de entrada. Reconozco que había prestado poca atención, excepto a que las armas eran las del señor y las de su segunda esposa, con la que, por lo visto, había sido muy feliz: ese detalle me llevó a pensar en las segundas nupcias.

Ahí radicaba, como yo sabía muy bien, la esencia de mi problema.

Necesitaba que Sophia se casara de nuevo, como había hecho en la vida real, pero no veía cómo habría podido ser feliz con otro hombre que no fuera John Moray. Más aún. Tenía el temor de que, una vez me pusiera a escribir sobre ello, descubriese que no había sido feliz y que solo se había casado con mi antepasado buscando seguridad, bien para salir de Kirkcudbright, bien por cualquier otra razón de carácter práctico. Con lo que, una vez escrita esa escena, quedaría atada a ella. Ni podría cambiar lo que realmente ocurrió, ni satisfacer el deseo de Jane de darle a mi novela un final feliz.

Sonaría falso.

Por eso caminaba impaciente por mi habitación, incapaz de concentrarme para sentarme y escribir.

Nunca había experimentado el típico bloqueo del escritor, pero en ocasiones, cuando me acercaba a una escena que no deseaba tratar, tenía problemas para abordarla. Por eso presentía que emparejar a Sophia con David McClelland iba a ser, de alguna manera, más difícil aún que matar a Moray. Mi subconsciente intuía que eso era lo que iba a suceder, y se encogía ante semejante tarea, buscando cualquier excusa para no trabajar.

Una parte de mí deseaba sencillamente desconectar el ordenador, irse derecha a la cama y olvidar todo el asunto. Tal vez lo podría haber hecho de no ser porque en aquel momento la voz de Sophia comenzó a sonar en mi mente, con palabras débiles, pero insistentes.

Palabras que ya había dicho cuando habló con Kirsty antes de su partida de Slains. Y aunque cuando las pronunció se refería a su

infancia, ahora, en aquella habitación, en aquel lugar, pensé que significaban algo más y las sentí como una palmada en el hombro que me instaba a seguir.

«Yo no sufrí en Kirkcudbright», me recordó Sophia.

¿Y qué otra cosa podía hacer yo, sino tomarla al pie de la letra?

XXII

Después del primer mes allí, Sophia dejó de llevar la cuenta de los días; tan iguales eran, enteramente ocupados en plegarias, callado trabajo y conversación seria. Solo los domingos destacaban del resto, y era porque los encontró particularmente agotadores cuando se instaló a vivir entre los presbiterianos: levantarse temprano y rezar sus oraciones, ir a la iglesia a las diez, regresar de ella para un frugal almuerzo que consistía en pan y huevo antes de volver a la iglesia a las dos para asistir a los sermones durante toda la tarde: a cuya conclusión se sentiría demasiado cansada para disfrutar de la cena que se servía al caer la noche, o para tomar parte en las oraciones vespertinas y los cánticos antes de poder subir a su habitación a acostarse.

La condesa de Erroll, que era una mujer devota, organizaba los domingos al estilo de una buena episcopaliana: un servicio religioso matutino, seguido de una copiosa comida al mediodía que dejaba a todos satisfechos y contentos para pasar el resto del día en una dichosa holganza.

Los domingos era cuando Sophia echaba más en falta su vida en Slains, y aunque las personas de la casa

en la que vivía ahora —los Kerr— se habían mostrado con ella de lo más amables y acogedores, cuando llegaba el domingo sentía cierta añoranza. Trataba de ocultarla, pero sus sentimientos debían de traslucirse de algún modo en su rostro mientras se hallaba sentada con la familia tomando la comida fría del mediodía, pues la señora Kerr, que llevaba un buen rato observándola, dijo finalmente:

—Me temo, Sophia, que debemos de pareceros muy aburridos después de haber vivido en el norte. Me han dicho que en la casa del conde de Erroll y su madre llevan una vida sumamente animada.

A Sophia le agradaba la señora Kerr, una mujer de rasgos dulces que debía de tener diez años menos que su marido. El señor Kerr, hombre de temperamento afable y agradables modales, tenía cierto aire taciturno que no había contagiado a su esposa, más inclinada que él a sonreír. Precisamente, su sonrisa era lo que la diferenciaba también de la madre de su marido, la anciana señora Kerr, que, aunque en ocasiones mostraba un ingenio mordaz, no ocultaba su desaprobación del mundo en general.

—Yo diría que la señorita Paterson —intervino la anciana—, como cualquier mujer decente, debe de agradecer el silencio después de haber tenido que soportar el bullicio de una casa como Slains.

—Madre —la recriminó su hijo.

—No me vengas con esas, muchacho. Sabes perfectamente qué opino acerca de todas esas bobadas de hacer volver al rey, y lo que pienso de quienes alientan esa idea, incluido tú —replicó la anciana, dirigiéndole una mirada de soslayo para ponerlo en su sitio—. Escucha lo que te digo: puede que ahora nos prometa que no se inmiscuirá en nuestra religión, pero

en cuanto pise Escocia, tocará la gaita con otra melodía. Es un papista, y no hay que fiarse de un papista.

El señor Kerr le recordó que antes se fiaría de un papista que de un inglés.

—Allá tú, entonces —dijo su madre, y se volvió en su asiento para preguntarle a Sophia—: ¿Qué opináis vos, señorita Paterson?

Pero Sophia, que ya llevaba tres meses viviendo allí, sabía cómo evitar caer en la trampa.

—Me temo que no he conocido a muchos papistas. Y a ningún inglés.

La anciana señora Kerr no pudo reprimir una mueca que cambió por un instante la expresión adusta de su boca.

—Entonces habéis sido muy afortunada —dijo, y observó a Sophia con creciente interés—. Decidme, ¿cómo fuisteis a parar a Slains? La duquesa de Gordon nos ha dicho que vuestra familia procedía de este lugar y que vos habíais crecido no lejos de Kirkcudbright. ¿Qué os alejó tanto de vuestro hogar?

—Soy pariente de la condesa de Erroll —respondió con orgullo, y, a pesar de su cansancio, se sentó más derecha—. Fui allí porque ella me invitó.

—Comprendo. ¿Y qué os ha hecho volver?

Allí estaba de nuevo; aquel brusco pinchazo en su corazón. Aunque le resultaba tan familiar que había aprendido a superarlo sin problemas.

—Pensé que ya había permanecido demasiado tiempo en el norte —mintió con naturalidad.

—Me parece recordar que la duquesa de Gordon dijo que teníais ganas de volver al lugar donde habíais nacido —confirmó el señor Kerr.

Su esposa, la señora Kerr, estaba pensativa.

—¿No es papista la duquesa?

—La duquesa de Gordon —replicó con firmeza su madre política— es una mujer por encima de lo común. Tengo el convencimiento de que es presbiteriana de corazón.

Desde su llegada, Sophia había oído hablar mucho de la duquesa. Recordaba que el coronel Hooke se había referido largamente a su correspondencia con la duquesa, la cual, a pesar de su fe católica, se había ganado la confianza y la estima de los grandes señores de los condados del oeste. Estos, que eran fervientes presbiterianos, se habían sentido tan ultrajados por la Unión como los jacobitas y habían tratado de unir sus fuerzas en la lucha para salvaguardar la corona de Escocia contra los ingleses. Desde su casa en Edimburgo, había actuado de intermediaria, consciente de que la vigilaban estrechamente los agentes de la reina Ana y los menos visibles espías del duque de Hamilton.

Sophia sabía que el duque era visto con recelo tanto por los presbiterianos como por los jacobitas, puesto que había sido él quien impidió que se sublevaran en protesta contra la Unión cuando todavía habría servido de algo. También le habían contado que el duque envió entonces un mensajero a los jefes de los condados del oeste diciéndoles que servirían mejor los intereses de sus tierras dándole la corona a él, en lugar de a Jacobo, puesto que solo él podría protegerlos. Pero ellos no quisieron cometer semejante acto de traición, lo que les había valido la encarnizada enemistad del duque.

Corría el rumor de que en ese momento dirigía su mirada al oeste y de que sus espías seguían moviéndose entre las gentes de aquel condado, pero sin atreverse a dar ningún paso allí, sabedor de que el pueblo estaba en su contra. Sophia sabía, por tanto, que en Kirkcudbright

estaba segura. Máxime porque ahora, muerto Moray, ella apenas tenía valor para el duque.

En la cabecera de la mesa, el señor Kerr estaba ya cortando rodajas de fiambre para el siguiente plato cuando su mujer cambió de asunto.

—¿Habéis visto en la iglesia a la viuda McClelland? Ha dejado el luto.

Su marido se encogió de hombros.

—Sí. En fin, ha pasado ya casi un año.

—Aunque para mí —replicó su esposa— tiene que ver, sobre todo, con la llegada al pueblo del hermano de su difunto marido. Él no estaba en la iglesia esta mañana.

El señor Kerr observó que no podría identificarlo aunque lo viera.

—Me han dicho que no se encuentra bien.

Sophia se daba cuenta de que el señor Kerr intentaba evitar que la conversación degenerara en chismorreo, pero no lo consiguió. La mirada de su esposa brillaba con ese peculiar interés que se pone cuando se habla de las acciones de otro.

—Pues he oído que estaba suficientemente bien para decirle a la anciana señora Robinson que se metiera en sus asuntos.

—¿De veras? ¿Cuándo fue eso? —preguntó su madre política.

—Hará un par de días o tres, no estoy segura. Pero me han contado que la señora Robinson fue a visitar a la viuda McClelland para decirle que alojar a un hombre en su casa, pariente o no, podía ser motivo de escándalo.

—Claro —resopló, desdeñosa, la anciana—. Probablemente lo dijo por envidia, porque no recuerdo que la señora Robinson haya tenido alguna vez en su

casa a otro hombre, aparte de su marido, que por cierto no era gran cosa.

Sophia sonrió para sí mientras el señor Kerr exclamaba de nuevo:

—¡Madre...!

La anciana lo hizo callar con un gesto y siguió:

—Entonces, el señor McClelland, ¿cómo decís que se llama?

—David, creo —respondió la joven señora Kerr.

—¿Y decís que a David McClelland no le gustó tener conocimiento de aquel consejo?

—En absoluto —observó la joven señora Kerr, y añadió sonriendo—: Me han dicho que no tiene el aspecto agradable ni los buenos modales de su difunto hermano. El caso es que, sin rodeos, respondió a la señora Robinson que quienes veían algo pecaminoso en su cuñada tenían que llevar el pecado en sus propios corazones para desfigurar de esa forma la realidad.

La boca de la anciana se crispó.

—¿Eso dijo?

—Así es. Y después le aconsejó que se fuera por donde había venido.

—Si actúa de este modo no va a tener amigos —fue la adusta observación de la madre del señor Kerr—. Aunque debo decir que, por mi parte, eso hace que lo vea con buenos ojos. Prefiero a una persona que defiende el honor de una mujer que a la que intenta mancillarlo. Aunque, si tuvierais la ocasión de ver esta tarde a la joven viuda McClelland, tal vez querríais decirle con delicadeza que cuide las apariencias, porque no es prudente que abandone el luto tan pronto. Una esposa debería guardar luto por su marido como Dios manda.

Sophia sintió en su corazón otra punzada de tristeza. Los alimentos que había en su plato habían perdido todo su atractivo y no tenían ningún sabor. Intentó probarlos, pero con tan poca convicción que hasta el señor Kerr lo advirtió.

—¿Os ocurre algo, señorita Paterson? ¿No os encontráis bien?

La joven se llevó la mano a los ojos.

—Tengo un terrible dolor de cabeza. Disculpadme —se excusó, y agradeció aquella oportunidad para dejar la mesa y subir a su habitación.

Esa tarde no se vio con ánimos para ir a la iglesia. Oyó que los demás se marchaban mientras ella seguía echada en la cama, con los ojos secos, pero llorando de la única forma que podía hacerlo: en privado. Sin embargo, aun así, se vio interrumpida por una llamada a su puerta.

—Adelante —respondió, contrariada.

La doncella que entró, aunque joven, tenía un carácter completamente distinto del de Kirsty; era encogida, tímida y siempre intentaba evitar que se dirigieran a ella. Allí no había forma de hacer amistad con los sirvientes, que solo se relacionaban entre ellos. Sophia añoraba a menudo la risa de Kirsty, sus paseos, charlas y confidencias. Kirsty la habría animado descorriendo las cortinas para que entrara la luz por las ventanas, pero esta se limitó a quedarse junto a la puerta.

—Perdonad, señora. Ha llegado alguien que desea veros —dijo.

Sophia ni siquiera la miró.

—Preséntale mis disculpas —se excusó—. No me encuentro bien.

Probablemente se trataría de algún vecino curioso que, al no haberla visto en la iglesia, querría conocer el motivo de su ausencia. En los últimos meses había cubierto ya su cupo de visitantes curiosos que acudían a conocer a la joven forastera que había ido a vivir entre ellos, después de haberlo hecho tan abiertamente entre jacobitas. Al igual que a la joven viuda McClelland, a Sophia le habían ofrecido muchos consejos acerca de cómo debía comportarse, y ella los había escuchado y soportado con una sonrisa. Pero ese día no se encontraba de humor para ello.

La doncella seguía allí.

—Se lo he dicho, señora, pero parecía absolutamente seguro de que vos querríais verlo. Dice que es pariente vuestro.

Sophia se dio la vuelta en la cama al oírlo. No se le ocurría quién podría...

—¿Te ha dicho su nombre?

—No lo hizo.

Frunciendo el ceño, se levantó despacio y se alisó el vestido. Mientras bajaba la escalera oyó que alguien se movía en la habitación de delante; unos pasos lentos de un hombre calzado con botas. Él, o más probablemente la doncella, había tenido el cuidado de dejar abierta de par en par la puerta que daba al vestíbulo, ya que no había nadie en la casa que pudiera hacerle compañía. El hombre había cruzado la sala para detenerse frente a la chimenea, por lo que Sophia no pudo verlo hasta que entró en la estancia.

Le daba la espalda, y tenía la cabeza inclinada mientras miraba de cerca las miniaturas colgadas en la pared; su porte y su presencia eran tan parecidos a los de Moray que los recuerdos atormentaron de nuevo a Sophia durante un momento antes de darse cuenta de

quién era. Dejó escapar una gozosa exclamación y, mientras el coronel Graeme se volvía, sin pensar siquiera en si era o no correcto, corrió hacia él para lanzarse a sus fuertes brazos.

No hubo necesidad de palabras para expresar tristeza o simpatía. Hablaron en silencio, mientras ella hundía la cara en su hombro.

—Temía que os hubieran matado —susurró Sophia.

—Muchacha... —Aquella única palabra tenía cierta rudeza, pero expresaba a la vez cuán profundamente lo conmovía la preocupación de la joven—. ¿No os dije que mantendría a buen recaudo mi cabeza?

La estrechó entre sus brazos un momento, y después la empujó hacia atrás para poder verla.

—La doncella me ha dicho que estabais enferma.

Sophia miró hacia la puerta y vio que la silenciosa doncella seguía allí de pie. Sabiendo que cuanto se dijera en aquella habitación llegaría a oídos de los Kerr, controló sus emociones para recuperar una apariencia de compostura.

—Está bien. Puedes irte —dijo a la doncella—. Es mi tío, que ha llegado de Perthshire.

La doncella hizo un gesto con la cabeza y se retiró. Sophia se volvió de nuevo a mirar el rostro del coronel y lo encontró sonriente.

—Muy bien hecho —le dijo—, aunque habríais podido decirle que me trajera un trago de whisky antes de que se fuera. No he tomado ninguno aún y ha sido un largo viaje por carretera desde Perthshire.

—¿Venís realmente de allí?

El coronel sacudió la cabeza.

—Hice la travesía desde Brest, y llegué al puerto de Kirkcudbright el pasado sábado.

—Entonces, ¿lleváis aquí una semana? —No podía creerlo.

—Habría venido antes a veros, pero sufrí un ataque de vómitos a bordo del barco que no había forma de superar, y no deseaba contagiaros. En cualquier caso, ha sido una ardua tarea lograr venir a veros. Me pareció un golpe de suerte que los demás salieran en tropel hacia la iglesia sin vos, así que me dije que era la ocasión perfecta para haceros una visita.

Sophia no acababa de creer que el coronel estuviera allí realmente. Se sentó y le indicó con un ademán que hiciera lo mismo.

—Apenas hace tres días recibí una carta de la condesa y no mencionaba vuestro regreso.

—Sí, bueno —respondió él ocupando una silla próxima a la de la joven—, es probable que no se lo dijeran. Poca gente sabe que estoy en Escocia.

—Pero, entonces, ¿cómo supisteis que no estaba en Slains, sino en Kirkcudbright?

Hablaba en voz baja, como ella, con el propósito de que nada saliera de la habitación.

—No fue la condesa quien me dijo dónde os encontraría, muchacha. Fue la propia reina, en Saint-Germain.

—¿La reina? —Sophia sacudió la cabeza, perpleja—. Pero...

—Por lo visto un pajarito le dijo en cierta ocasión que erais la esposa de John, y puesto que él ha contado siempre con su favor, se tomó un particular interés en vuestro bienestar. Ella os trajo a Kirkcudbright.

—No. —Aquello era demasiado increíble—. Fue la duquesa de Gordon quien encontró este lugar para mí.

—Sí. Pero ¿quién habló de vos a la duquesa de Gordon? —La miró con expresión paciente—. Cuando se

os metió en la cabeza dejar Slains, la condesa escribió a su hermano, y este se lo dijo a la reina. Fue ella quien le preguntó a la duquesa si podría encontrar aquí una casa que fuera adecuada para vos. —La observó mientras ella encajaba aquellas revelaciones; después prosiguió—: Por eso, cuando se corrió la voz de que el rey había planeado enviarme aquí también, la reina se apresuró a decirme dónde estabais.

Sophia se sintió perdida de nuevo.

—¿Decís que el rey os ha enviado aquí?

—Exacto. —Se reclinó en el respaldo de la silla y añadió sin elevar el tono de voz—. He venido por orden del rey.

—¿Con qué objeto?

—Para no perder de vista a un espía.

—A un espía. —A Sophia no le gustaba aquella palabra—. ¿Como el capitán Ogilvie?

—No, querida. Este hombre arriesga su vida por nuestra causa. Tiene derecho a mi protección, y la necesita, porque, aunque los presbiterianos dicen apoyar los intereses del joven rey Jacobo, no tendrían en tan buen concepto a un presbiteriano como ellos que se ha hecho jacobita y trata de espiar a su gente.

Sophia recordó la expresión de los ojos de la anciana señora Kerr cuando se había referido al rey Jacobo; sabía que allí había muchos otros que pensaban como ella.

—Entonces, ¿os han enviado para protegerlo?

—Sí, mientras permanezca aquí, antes de cruzar hacia Irlanda, al Ulster, porque es allí donde el rey desea tener ojos, oídos y voces que consigan partidarios para su causa. Una vez allí, no me necesitará. Pero debemos esperar algún tiempo antes de hacer la travesía, porque la dolencia que me aquejó en el barco procedente de

Francia lo atacó a él con mayor virulencia y aún no está en condiciones de viajar.

De pronto se encendió una lucecita en la memoria de Sophia; algo que había dicho aquel mismo día el señor Kerr mientras estaban todos sentados a la mesa durante el almuerzo, acerca de un hombre que acababa de instalarse en Kirkcudbright y que no se encontraba bien de salud.

—Ese espía, coronel —preguntó, curiosa—, ¿no se apellidará McClelland, por casualidad?

Le bastó ver la reacción del coronel para saber que había acertado.

—¿Cómo diablos lo sabéis?

—Las personas de esta casa —explicó Sophia— se interesan mucho por sus vecinos. Y vuestro señor McClelland, por haber elegido alojarse en la casa de su cuñada, les ha dado mucho de que hablar. Tengo entendido que, a pesar de su enfermedad, defendió el honor de la dama con mucha decisión.

Al coronel se le escapó una sonrisa.

—Sí, no dudo que lo hiciera. Ella es una joven amable, que accedió a darle cobijo a pesar de que no se habían visto nunca y de que apenas cuenta con medios para mantenerse y vestirse ella y su hijo pequeño. ¿Quién atacó su honor?

—Una mujer mayor, de opiniones muy rígidas.

—Ya. Debería haber medido sus palabras, entonces. Pero, enfermo o no, no me cabe duda de que se habría batido con cualquier hombre que hablara mal de la joven. Supongo que aún no lo conocéis.

—No.

—Pues, entonces, permitidme que os hable un poco de David McClelland. Tanto él como su hermano son originarios de Kirkcudbright, o de un lugar próximo,

pero cuando eran niños, su padre cayó enfermo y murió, y los dos fueron enviados a Irlanda, donde tenían familia. El hermano de David, que era mayor, entró a trabajar de aprendiz de un tonelero, se instaló por su cuenta y volvió aquí hace varios años. Pero David —siguió el coronel— era de diferente pasta y tenía ansia de aventuras, por lo que se alistó en el Regimiento Real Irlandés y fue a luchar a Flandes. Luchó en el bando contrario al nuestro. Probablemente yo mismo me enfrenté un par de veces a él en el campo de batalla.

Sophia se había quedado callada; tenía la mirada baja y los dedos enlazados mientras reflexionaba.

—¿Estuvo en Malplaquet?

—Luchó allí, sí. —El coronel sintió los ojos de Sophia fijos en él—. Pero ningún hombre que combatió en Malplaquet salió de aquella batalla siendo el mismo que entró, y David McClelland cambió mucho más que la mayoría de los hombres.

Sophia asintió con un gesto. En los últimos meses había oído muchas anécdotas de aquella batalla, y se habían impreso y difundido ampliamente muchos relatos que después se comentaban en los salones. Por ellos sabía que había sido un choque brutal e inimaginablemente sangriento, que iba más allá de cuanto pudiera recordar el soldado más curtido. Por eso, aunque quizá alentaba cierto resentimiento hacia David McClelland por haber combatido en el bando contrario al de Moray, también sentía que cualquier hombre que hubiera luchado en aquella batalla era merecedor de su simpatía.

—Resultó gravemente herido en la batalla —prosiguió el coronel Graeme—, imposibilitado para continuar en su regimiento. Después de lo cual entró al

servicio del joven rey Jacobo y lo ha servido con una lealtad que nadie se atrevería a poner en duda.

Sophia recordaba anteriores traiciones que habían afectado al coronel y a Moray. Por eso preguntó:

—¿Estáis seguro de que es merecedor de vuestra confianza?

—Sí, muchacha, tan seguro como de mi vida. —Seguía mirándola—. Me gustaría que lo conocierais. ¿Queréis venir conmigo?

—¡Cómo! ¿Ahora? —Miró instintivamente hacia la puerta abierta que comunicaba con el recibidor—. No sería prudente que saliera de casa, cuando todos creen que tengo dolor de cabeza.

Con un pequeño guiño en las comisuras de los ojos, el coronel dijo:

—Ya habéis hecho cosas en el pasado que no eran prudentes, y habéis sobrevivido a ellas. Vamos. Pasarán dos horas antes de que los miembros de la buena familia que os acoge estén de vuelta de la iglesia, y podéis decir a los sirvientes que deseáis salir a dar un paseo con vuestro tío, lo cual es cierto. —Sophia conocía bien aquella mirada que la retaba a aceptar su desafío, sabiendo que lo haría—. Mi madre siempre decía que un paseo al aire libre es el mejor remedio para el dolor de cabeza. Decidles eso.

—Muy bien. Iré. —Irguió la barbilla con un resto de su antigua rebeldía.

—¡Buena chica! —exclamó asintiendo.

Fuera, bajó sobre su frente la suave capucha de la capa para ocultar el rostro, aunque no había nadie en la calle Mayor que pudiera verlos. Reinaba el silencio habitual de una tarde de domingo, cuando todos estaban en la iglesia, incluida probablemente la viuda McClelland.

—David McClelland, ¿no tiene ningún otro pariente en Kirkcudbright?

—No, ninguno. Ni tampoco en Irlanda. Todos sus familiares han muerto.

—Está solo, entonces. —Sophia sabía lo que era sentirse así.

Pensó en lo duro que debía de haber sido para él regresar a aquel lugar tras haber resultado herido en la guerra, y encontrarse enfermo y rodeado de extraños.

El coronel leyó sus pensamientos.

—Sois muy parecidos vos y él. Os hará bien conoceros.

Habían llegado donde torcía la calle Mayor, donde la vieja cruz de piedra de los mercaderes se alzaba, solitaria, sobre la desierta plaza del mercado.

—Quizá no desee tener visitas —dijo Sophia.

El coronel Graeme, en cambio, se mostraba seguro de que la recibiría con gusto.

—No es hombre al que le guste yacer tanto tiempo en el lecho. Se pone de mal humor. Y, aunque tengo una personalidad fascinante, sospecho que debe de estar bastante harto de mi compañía después de tantas semanas juntos.

Sophia sonrió al oír sus palabras, pero luego la asaltó un pensamiento más preocupante.

—¿Se ha recuperado de sus heridas? —preguntó.

El coronel se encogió de hombros.

—Padece una cojera que lo acompañará toda la vida, ya que estuvo a punto de perder la pierna. Y recibió un balazo debajo del corazón que le dejó los pulmones tan debilitados que la enfermedad que contrajimos en el barco lo afectó seriamente. Pero, a pesar de todo, tuvo mucha suerte. Fueron tantos los heridos en los bosques de Malplaquet que no sobrevivieron...

Dicho esto, guardaron silencio los dos.

No tuvieron que caminar mucho más para llegar a la casa, un edificio de piedra, de planta cuadrada, adosado a las casas vecinas, con las ventanas abiertas al aire tibio de la primavera.

—Quizá esté durmiendo —la previno el coronel cuando entraron.

Sophia se quedó detrás mientras él llamaba a la puerta de la habitación. Se escuchó una breve respuesta, que Sophia apenas logró oír, el coronel abrió la puerta de par en par y la invitó a pasar al interior.

La habitación estaba en penumbra, con las cortinas parcialmente corridas como si la luz del día no fuera bien recibida.

El hombre al que habían ido a ver se hallaba de pie ante la ventana, dándoles la espalda, de forma que Sophia solo pudo ver su silueta firme, sus hombros y sus cabellos castaños recogidos por detrás sobre el cuello de la camisa. No llevaba casaca, solo calzones y botas. La fina camisa blanca que vestía le daba el aspecto pálido e inmóvil de un fantasma bajo la escasa luz de la habitación.

Habló de nuevo sin volverse ni mirar a su alrededor, con una voz enronquecida por la enfermedad.

—¿La has visto? ¿Estaba bien?

—Lo estará ahora —dijo en voz baja el coronel, que retrocedió hacia el vestíbulo de entrada y cerró la puerta de la habitación después de salir.

Sophia no podía moverse de donde estaba. No daba crédito a sus ojos.

Luego él se volvió, ya no como un fantasma, sino como un hombre de carne y hueso; sus ojos apagados se encendieron de pronto, presa de una gran emoción mientras cruzaba en dos zancadas el espacio que los

separaba para tomarla entre sus brazos con la misma ternura que en su noche de bodas y con la misma desesperación con la que la abrazó en el momento de su despedida.

Sophia seguía sin poder moverse ni hablar, ni siquiera cuando él tomó su rostro con ambas manos, le enjugó las lágrimas y pronunció con una voz entrecortada que la joven creía que nunca volvería a escuchar:

—Te dije que volvería por ti.

Después, su boca se unió a la de ella en un largo beso, tras el cual ya no dijeron nada más.

XXIII

La aldea de Malplaquet se encontraba en la frontera entre Flandes y Francia, con densos bosques al norte y al sur. El 11 de septiembre, la mañana de la batalla, los franceses se habían atrincherado firmemente en aquellos bosques y aguardaban las primeras luces del alba para enfrentarse al ataque conjunto de las fuerzas aliadas, en las que ingleses, alemanes y holandeses combatían bajo el mando del gran duque de Marlborough.

Amanecía y se estaba formando una densa niebla que subía de los campos y se extendía sobre ellos, hacia el bosque, transformando en grises fantasmas a los hombres que se agazapaban allí, nerviosos por la escasez de suministros y por apenas haber dormido durante la noche. Los ejércitos aliados se valían de la

niebla para ocultar sus movimientos. Cuando clareó comenzaron a disparar; poco después dieron la señal y empezó la batalla en toda regla, lanzando contra el bosque todo cuanto tenían.

A Moray le pareció que por cada uno de sus hombres eran cuatro los adversarios. El aire se llenaba de humo, gritos y cañonazos, los linderos del bosque ardían bajo el fuego de la artillería y los hombres de uno y otro ejército caían bajo la furia de los cañones y el acerado brillo de las espadas.

Él mismo cayó hacia el mediodía. Primero fue un corte en la pierna, que lo obligó a caer de rodillas, de forma que apenas notó el proyectil que por poco le atravesó el corazón y que lo derribó en la hojarasca y el barro, entre muertos y moribundos. No podía moverse. El dolor que sentía en el pecho era tan lacerante que apenas podía respirar si no se concentraba en hacerlo. Y, aunque buscaba en sus brazos la suficiente fuerza para incorporarse, arrastrarse o lo que fuera, estos no le respondían.

Oyó ruidos de lucha que pasaban junto a él, dejándolo atrás: el choque de los hombres y el acero, gritos de sorpresa, ruido de pasos apresurados, el sonido de ramas que se partían y, más lejos, el retumbar del suelo, que se estremecía ante el avance de las fuerzas de caballería integradas por incontables efectivos, cuyos jinetes cargaban con los sables desenvainados en otro lugar del campo de batalla.

Poco después se hizo un silencio que a Moray le pareció más horrible que cualquier otro ruido de la guerra, porque no era realmente silencio. En la penumbra del destrozado bosque, donde el humo se elevaba aún a través de la pisoteada maleza y se mezclaban los olores del fuego y la sangre, podía oír los

gemidos y las angustiosas plegarias de los caídos. Unos hombres rezaban para que Dios les permitiera vivir y otros solicitaban la muerte, en lenguas tan diversas como sus uniformes: caídos los unos al lado de los otros, holandeses, alemanes, escoceses, franceses e ingleses se confundían, porque todos los hombres parecían iguales en la agonía.

A la izquierda de Moray yacía un muchacho que había caído muerto antes que él, por lo que se había librado del temor y del sufrimiento, pero a su derecha un soldado que lucía los colores del Regimiento Real Irlandés intentaba sin éxito rodar sobre su costado, con el rostro ceniciento y sudoroso por el esfuerzo.

—No os mováis —dijo Moray en voz baja.

Las palabras abrasaban su pecho, pero en algún lugar encontró fuerzas para volver la cabeza y cruzar su mirada con la de los ojos muy abiertos y atónitos del desconocido.

—Permaneced quieto —repitió—. Corréis el peligro de morir desangrado, y todavía tardarán algún tiempo en venir a ayudarnos.

Vio su mirada serena y cómo recuperaba el sentido. Era un hombre de su misma edad, un soldado como él, por más que hubieran combatido como enemigos. Moray se fijó en su uniforme y se dijo que era una jugada del destino que estuvieran luchando en bandos opuestos; su brigada también era irlandesa, aunque sirviera al rey de Francia y al rey Jacobo, en lugar de a la reina Ana.

El desconocido dejó caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Es inútil, de todos modos. No noto las piernas. ¿Las conservo aún?

Sin alterarse, Moray dirigió la mirada al charco de sangre que empapaba el terreno bajo las botas del otro soldado.

—Sí —respondió.

El hombre cerró los ojos un instante, ya fuera a causa del dolor o del alivio de saber que no estaba mutilado, y después los abrió de nuevo, decidido a no desmayarse.

—Vos sois escocés como yo. ¿Por qué lucháis en favor de Francia?

Hubo una pausa. A Moray no le apetecía hablar, pero también él notaba la mortal tentación de ceder al amodorramiento y sabía que hablar lo ayudaría a mantenerse consciente, lo ayudaría a seguir vivo.

—Lucho a favor del rey Jacobo —dijo.

—Por Jacobo...

—Sí.

—Jamás he conocido a un jacobita. Pensaba que todos teníais cuernos. —Sonrió al decir eso, pero estaba tan débil que incluso aquello le provocó dolor y lo hizo toser—. ¿De qué parte de Escocia sois?

—De Perthshire.

—Yo vengo del Ulster ahora, pero nací en Escocia, cerca de Kirkcudbright, en los condados del oeste.

Una brisa pasó sobre Moray como el recuerdo de una caricia.

—Mi mujer es originaria de los condados del oeste —dijo. Aún no le había hablado a nadie de su matrimonio, pero por lo que había visto de las heridas de aquel hombre sabía que poco daño le haría decírselo.

—¿Es presbiteriana? —preguntó el otro soldado, sorprendido.

Moray no estaba seguro de cómo habría respondido Sophia a aquella pregunta. Ella decía que no tenía fe,

pero rezaba cuando nadie la miraba.

—Es mi esposa —contestó simplemente.

—Yo no me he casado. —El otro hombre divagaba de nuevo. Se estremeció y dijo—: Mi hermano sí lo hizo. Era tonelero en Kirkcudbright, y ha dejado viuda y un hijo que siguen viviendo allí, aunque él murió antes del verano. Es la única familia que me queda. Si muero aquí, nadie me llorará.

—Lo hará vuestro sobrino, sin duda.

—Nunca he visto a mi sobrino, ni conozco a su madre. —Había tanta tristeza en su sonrisa que Moray sintió compasión por él, la suficiente para seguir dándole conversación, aunque solo fuese con la esperanza de que aquello aliviara sus sufrimientos.

Así permanecieron los dos en el suelo durante toda la tarde y hasta el anochecer, manteniendo a raya a la muerte y contándose el uno al otro anécdotas de su infancia y de su vida de soldado. Aunque Moray había escuchado más que hablado, había contribuido a que el otro siguiera con vida. Aunque al final, como ya sabía, no sirvió de nada.

Cuando cayó la noche se quedó solo para enfrentarse a la oscuridad, entre los gritos que delataban la matanza y el pillaje a los heridos por parte de los soldados todavía vivos. Se fingió muerto y sintió cómo el frío calaba en él mientras llevaba su batalla personal contra el delirio. En ocasiones creyó estar realmente muerto, pero después exhalaba un profundo suspiro para que el dolor le revelara que aún seguía vivo. En una ocasión cerró los ojos y por un momento sintió que estaba de nuevo en Slains, con Sophia, acostado junto a ella en su cama. Fue tan real que notó incluso su respiración y trató de abrazarla con más fuerza, pero la oscuridad lo arrastró de nuevo. Despertó temblando.

Alguien se acercaba.

Podía oír sus sigilosos pasos sobre la maleza. Cerró enseguida los párpados e hizo su respiración lo más leve posible. Las pisadas pasaron dejándolo atrás. Se pararon. Volvieron.

—¡Este hombre vive! —gritó una voz.

Reconoció la voz, que iba acompañada de una luz tan brillante que Moray se dijo que debía de estar muerto. Abrió los ojos con curiosidad. Reinaba aún la oscuridad en el bosque, pero alguien sostenía cerca una antorcha, y a su luz pudo ver claramente al hombre que se hallaba inclinado sobre él con los ojos nublados por la preocupación.

La cara del joven rey se veía pálida y cansada; llevaba el brazo vendado, pero el dolor que se manifestaba en sus rasgos no era por él mismo. Se inclinó aún más.

—Coronel Moray, ¿podéis oírme?

«Es solo un sueño», pensó Moray. Pero respondió:

—Sí, majestad.

Y se durmió con una sonrisa en los labios.

Tuvo conciencia de que lo transportaban, de una luz más suave, del sabor de algo amargo, de unas manos suaves que le limpiaban las heridas y de otras manos no tan suaves que se las vendaban mientras él se debatía en un doloroso sopor.

Oyó voces.

O, por lo menos, creyó oírlas. Sin embargo, cuando las escuchó, pensó que no podían ser reales, porque la primera de ellas era la del coronel Graeme, que no podía estar allí.

—Sí, me ocuparé de ello, majestad —creyó oír.

Y, después, la del rey, que tampoco podía encontrarse en aquel lugar.

—Mi madre no me perdonaría nunca, si él muriera.

—No morirá. Lleva sangre de los Graeme, y los Graeme no somos hombres a los que se nos pueda matar fácilmente. —Una pausa, y luego—: Vuestro brazo sangra, majestad.

—¡Al diablo con mi brazo! —Hubo ruido de movimientos y la siguiente vez que el joven rey habló, el sonido de su voz era distinto, como si se hubiera vuelto hacia otro lado—: ¿Acaso no habéis visto el campo de batalla? ¿Estos bosques? ¿Qué es mi brazo comparado con eso? ¿Comparado con lo que ha sufrido este hombre por mi familia?

—Lo sufriría de nuevo, y mucho más aún, majestad —dijo el coronel con voz queda.

—No deseo esto. Ni para él ni para nadie. No hay corona que valga lo que he visto aquí, en Malplaquet. ¿Qué es una corona? —Había dureza en sus palabras—. Un trozo de metal con unas cuantas piedras. ¿Con qué derecho puedo ordenar a un hombre que dé su vida para que yo pueda ceñírmela?

—Por el derecho que Dios os dio cuando os hizo rey —dijo tranquilamente el coronel, apelando a la realidad —. No hay ningún verdadero escocés que no os concediera lo que le pidierais, sin más motivo que el de que sois nuestro rey y os amamos por serlo. Y no se trata solo de nosotros. Me han contado que os encontrabais mal antes de la batalla que se libró en los campos ingleses, y que ellos también se sintieron orgullosos de vuestro comportamiento en el campo de batalla, igual que nosotros. Dirigisteis la carga en aquel campo una docena de veces. Os aseguro, majestad, que

ninguno de vuestros hombres dirá jamás que no os habéis ganado el derecho a llevar esa corona.

Reinó el silencio unos momentos y después se escucharon nuevos movimientos, como si los dos hombres se hubieran retirado hasta la puerta.

—Si vive, no podrá volver a luchar —dijo el rey.

—Encontrará otra manera de serviros.

Moray no escuchó nada más, porque se sumió de nuevo en la oscuridad. Cuando salió de ella otra vez, el dolor de su pecho era insoportable. Tuvo que apretar con fuerza los dientes para no gritar de dolor.

—Bebe, muchacho —dijo el coronel Graeme, que se hallaba a su lado.

Moray notó una copa en sus labios. El brandy quemaba, pero lo ayudó a distraerse del esfuerzo que le costaba respirar. Dejó caer de nuevo la espalda en el lecho y miró dónde estaba. No sabía adónde lo habían llevado. Parecía una vivienda o una casita particular, amueblada con sencillez, con las paredes y los suelos desnudos, y cortinas de encaje blanco que permitían el paso de la luz del día a través de ellas hasta alcanzar el sillón de madera en el que había estado sentado el coronel Graeme con los pies apoyados sobre la cama; todavía era visible en las mantas la huella hundida de sus talones. Moray, desorientado, se fijó en la casaca roja que colgaba del respaldo de aquel sillón.

—No es mía —dijo después de tomar aire.

—¿Qué dices? —La mirada de su tío buscó a su alrededor, vio la casaca y asintió con un gesto tranquilizador—. Ya sé que no es tuya. Se la quitamos al soldado que yacía a tu lado y la utilizamos como manta para traerte desde el bosque. Estabas helado, y aquel pobre chico ya no la necesitaba.

John Moray miró la casaca. Recordaba todos y cada uno de aquellos botones, después de haber estado mirándolos tantas horas.

—Era escocés —dijo exhalando aire con fuerza para pronunciar las palabras—. Se llamaba McClelland.

—A juzgar por esta casaca, luchaba en el bando equivocado. Es del Regimiento Real Irlandés. —El coronel Graeme levantó de nuevo la copa de brandy y lo observó con ojos comprensivos—. Murió hablando contigo, ¿verdad? Bueno, a veces ocurre, aunque me sorprende que tuviera fuerzas para hablar. ¿Viste sus piernas? —Al bajar la mirada vio la respuesta a su pregunta en los ojos de su sobrino—. ¿De qué hablasteis?

—De la vida. De su vida. Procedía de... ¡Dios, cómo me duele cuando hablo! Procedía de Kirkcudbright.

—Ah, ¿sí? —El tono del coronel Graeme mostraba un nuevo interés cuando volvió a fijar los ojos en la cara de Moray—. La última vez que visité Slains conocí allí a una joven que procedía de cerca de Kirkcudbright. Una muchacha muy bella, en verdad. ¿La conociste también?

Moray solo movió los ojos, fijándolos en silencio en el semblante de su tío.

—Tomé a mi cargo la tarea de enseñarle a jugar al ajedrez mientras estuve allí —prosiguió el coronel Graeme—. Y aprendió a hacerlo muy bien, aunque su única flaqueza era que intentaba proteger a sus soldados con el mismo esmero que ponía en proteger a su rey, y no le gustaba que se los ganara. —Esbozó una sonrisa al recordarlo mientras se servía otra copa de brandy y decía—: Si yo tuviera una mujer así, me bastaría pensar en ella para luchar con todas mis fuerzas por seguir vivo.

Moray intentó responder, pero estaba de nuevo a merced del dolor, y aunque no quería cerrar los ojos no

logró evitarlo.

La siguiente vez que los abrió, creyó que estaba reviviendo el sueño del primer día, pues allí estaban su tío y el rey conversando junto a la ventana, de espaldas a la cama.

—Sí, ahora está mucho mejor, majestad —decía el coronel Graeme asintiendo con la cabeza—. Creo que hemos logrado que superara lo peor.

El rey se mostró contento y añadió:

—Debo partir para Saint-Germain dentro de una hora, y me alegrará poder llevarle a mi madre buenas noticias.

La voz de Moray era más débil de lo que él deseaba pero, aun así, ellos lo oyeron cuando los llamó desde el otro extremo de la habitación.

—Majestad...

El joven rey se volvió, y Moray pudo ver que en verdad era el rey.

—Bien, coronel Moray —le dijo, acercándose a la cama—. ¿Necesitáis algo?

Aún le costaba hablar, pero se hizo el valiente.

—Tan solo mi espada, majestad.

—No vais a necesitarla durante un tiempo.

El coronel Graeme, que se había acercado por detrás del rey, lo expresó con mayor crudeza.

—Has recibido una grave herida en la pierna, muchacho, y jamás te recuperarás del todo de ella. Ya no serás soldado.

John Moray lo sabía. Aunque su espíritu se resistía a aceptar la verdad, su cuerpo no podía ocultarla.

—Hay otras formas de servir. —Su mirada se crispó dolorosamente cuando, moviéndose levemente hacia un lado, se dirigió al rey—: Aún no he perdido los ojos y los

oídos, y son también vuestros si juzgáis oportuno enviarme donde pueda seros de utilidad.

El rey lo miró; su rostro juvenil no traicionó la firme prudencia de su mirada.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, coronel —respondió—, pero, hasta que no esté de regreso en Escocia, no puedo consentir que volváis allí, dado el precio tan elevado que ofrecen por vuestra cabeza.

—No os hablo de Escocia, majestad —dijo Moray, sintiendo una nueva punzada de dolor en el pecho que lo obligó a dejar pasar un momento antes de que le fuera posible continuar—. El hombre que murió a mi lado procedía del Ulster. Estuvimos hablando. Recuerdo bien todas sus historias, todos los detalles de su vida. No tenía familia. —Fijó sus ojos en el rey—. Podría hacerme pasar por él durante un tiempo. Moverme entre los escoceses del Ulster. Informaros de sus pensamientos y planes.

Se dio cuenta de que su idea prendía. Los irlandeses eran importantes para la causa del rey Jacobo, y saber cómo pensaban los protestantes irlandeses podía ser muy valioso.

—¿Estaríais dispuesto a hacer eso? —preguntó el rey, despacio.

—Sí, majestad. Si eso acelera vuestro regreso a Escocia.

—Piénsalo bien, muchacho —interrumpió el coronel Graeme—. Piénsalo bien. Porque esto no es algo que puedas hacer a la ligera. Si tomas ese camino, nadie podrá saber nunca que estás vivo. Hasta que el rey haya vuelto, tu familia y todas las personas que amas deben creer que John Moray murió en aquel bosque infernal, y eso es lo que deberá decírsele a tu madre, y a tus

hermanos y hermanas. —Sus ojos grises se pusieron más serios cuando añadió—: Y a tu mujer.

El dolor lo atenazó con mayor violencia, aunque en esta ocasión no venía solo de sus heridas, sino de un lugar más profundo en el interior de su pecho, y que lo abrasaba con cada palabra.

—¡Es por ella por quien haría esto! ¡Para estar juntos un día! —casi gritó.

El rey lo observó con simpatía.

—Ignoraba que os esperara una mujer.

El coronel Graeme, al advertir que Moray había empezado a luchar contra la oscuridad y ya no estaba en condiciones de seguir hablando, bajó la vista para solicitar permiso a aquellos doloridos ojos antes de volverlos al rey y corregirlo.

—Tiene esposa, majestad —puntualizó.

La luz que iluminaba la habitación había cambiado durante la tarde, y ya no llegaba a la cama donde estaban tumbados los dos. Sophia tocó la piedra negra que descansaba ahora, colgada como siempre de su cuello, sobre el pecho agitado de Moray.

—Tú hiciste que viviera. —Tenía los ojos fijos en el rostro de Sophia—. Pensar en ti fue lo que me salvó y me mantuvo vivo durante estos meses, tal como mi tío dijo que ocurriría.

Ella no quería pensar en los últimos meses. Se acurrucó junto a él.

—Tu tío también me dijo que fue decisión de la reina que yo viniera a vivir aquí, a Kirkcudbright.

—Sí. La reina María tiene un gran corazón. Por lo visto, cuando supo que yo tenía esposa, pensó que lo justo era que tú me acompañaras en mi viaje a Irlanda;

aunque he de confesarte que en esto vi también la mano de mi tío. A él le parecía muy cruel que te dejara tanto tiempo sola.

Sophia cerró los ojos un momento, intentando decidir cómo se lo diría.

—No estuve sola.

No fue fácil hablarle de Anna, pero lo hizo, y él la escuchó en silencio y la consoló cuando lloraba. Al terminar, él guardó silencio durante un buen rato contemplando el ricito de Anna atado con su cinta, que descansaba suavemente en su callosa mano.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó Sophia.

Moray cerró la mano alrededor del rizo y rodeó a Sophia con el brazo, apretándola con tanta fuerza que nadie habría podido separarlos.

—Eso es lo que yo debería preguntarte —dijo con voz ronca contra sus cabellos—. Muchacha, no has hecho nada que requiera perdón.

La besó con ternura, aflojó su abrazo y abrió la mano, levantándola para mirar de nuevo aquel rizo oscuro que tenía el color de sus cabellos.

Sophia lo observaba, y sintió la batalla que se libraba en su corazón mientras su razón intentaba sobreponerse al dolor de saber que su hija jamás conocería su cara, y que debería vivir lejos de él. Lejos de su protección.

—Podríamos enviar a buscarla —dijo Sophia—. Ahora que has vuelto y estás vivo podría reunirse con nosotros.

—No —pronunció la palabra en voz baja, pero Sophia se dio cuenta, con solo oírla, de lo muchísimo que le costaba decirla—. No, hiciste bien dejándola donde está. Aún habrá peligro en Irlanda. —Cerró la mano con pesar sobre el pequeño rizo de pelo; después, esbozó una sonrisa y pasó suavemente los nudillos por la mejilla de

Sophia—. Tampoco tengo derecho a llevarte conmigo, pero me parece que me he vuelto un hombre egoísta y no puedo dejarte partir.

Ella sintió el calor de su abrazo.

—No tendrás que hacerlo.

—Pero tendré que hacerlo por esta vez —concedió—, porque de lo contrario, la buena y remilgada gente de la casa donde vives podría sentirse ofendida.

Sophia se había olvidado de ellos; había olvidado que los Kerr estarían pronto de vuelta de la iglesia y que verían que no estaba en casa.

—Pero, John —objetó.

Él cogió su cara entre sus manos y acalló su protesta con un beso y una promesa.

—Espera unos días y, cuando esté lo suficientemente bien, iré a hacerte una visita y te cortejaré en público. —Ella vio en sus ojos un destello de su antiguo humor; se burlaba de ella dulcemente—. ¿Aceptarás casarte conmigo por segunda vez, o ya te has dado cuenta de lo alocada que fue tu elección?

Esta vez fue ella quien lo besó para que no dudara de su respuesta. Notó en sus labios la sonrisa de él, y en aquel momento creyó entender por fin lo que le había dicho el coronel Graeme el día que estaban los dos juntos ante el gran ventanal arqueado de la sala de Slains contemplando el mar en invierno. Porque ahora sabía que el coronel estaba en lo cierto: «Los campos tienen que agostarse para el barbecho y los pájaros deben cesar un tiempo en sus trinos; todo cuanto crece debe morir y quedar en silencio bajo la nieve, igual que el mar en invierno muestra su rostro de tormentas, de muerte y de esperanzas hundidas...». Y, sin embargo, invisible bajo aquellas olas, había una corriente cálida que, en su momento, traería la primavera.

Podría ser que el rey regresara, o tal vez no lo haría. Pero eso le importaba poco en ese momento, porque Moray había vuelto. Le había prometido que volvería a ella, y lo había hecho. Le había prometido que algún día estaría de pie en la cubierta de un barco, y ahora estaba segura de que también lo haría y de que lo tendría a su lado. Cualquiera que fuese el lugar adonde los llevara aquel barco y por lejos que estuvieran de Escocia y de Slains, ella tendría esos lugares grabados en la memoria.

Vería en sueños los muros de color rojo oscuro del castillo que se alzaba tan orgullosamente en los acantilados, y escucharía el rugido del mar bajo su habitación de la torre, y oiría la animada voz de Kirsty despertándola por la mañana. Sentiría la tibia luz del sol entrando a través de las ventanas del rincón de la habitación de costura donde tan a menudo se había sentado con la condesa, y el cálido y cercano aliento de los caballos dormitando de pie en las cuadras, mientras Hugo montaba guardia fielmente junto a la puerta del establo.

No olvidaría aquellas cosas, del mismo modo que Slains no lograría borrar el recuerdo de ella y de Moray. Sabía que ellos habían dejado también su huella allí, tan profunda que, algún día, cuando Anna paseara por la playa, oiría, llevada por el viento, el eco de sus risas entre las dunas y distinguiría sus sombras sobre la arena de la playa; entonces se preguntaría quiénes fueron aquellos amantes que dejaron semejantes fantasmas atrás. Poco más sabría de ellos, salvo que habían sido felices. Y, en verdad, Sophia pensaba que no había nada más que saber.

Fuera lo que fuese de ellos, sabía que ya nada podría robarles aquella felicidad. Porque habían vivido su

invierno y la primavera había llegado por fin.

19

Hacía frío, pero al abrigo de las dunas no soplaba el viento, así que me senté allí durante una hora observando la salida del sol. Fue muy hermoso ver el primer destello dorado del sol que hendía las oscuras nubes por el este encima del agua, y cómo luego iba creciendo hasta prender fuego en el cielo e iluminarlo todo en un instante sobrecogedor.

Desde aquel lugar de la playa no podía ver los muros de Slains, pero me los imaginaba. En mi mente, puse un techo al castillo y lo devolví a la vida; también distinguí una pareja que caminaba por los senderos del huerto, y a la condesa bajando los escalones para recibir a sus últimos visitantes que, recién llegados tras un duro viaje a caballo, le llevaban de Francia la noticia esperada.

Después, al volver la cabeza, vi el fantasma de una vela proyectada sobre el gris horizonte, igual que las había visto tantas veces durante mi infancia desde otra playa. Entendí por qué la había visto, y por qué en ese momento sentía la extraña atracción del mar que me arrastraba como una mano tendida y me devolvía al lugar del que hacía ya demasiado tiempo que me hallaba ausente.

Mi padre tenía razón: yo llevaba el mar en la sangre. Lo habían introducido en ella los pensamientos de Sophia, sus recuerdos, todo cuanto ella había hecho viajar a través del tiempo hasta mí. Sentía el vínculo existente entre nosotras mientras estaba allí sentada viendo cómo la luz del amanecer se transformaba en luz matinal sobre un mar que parecía mudar su faz invernal y mientras las alargadas olas danzaban suavemente en la arena.

En ocasiones, cuando llegaba al final de un libro y tenía que despedirme de mis personajes, me sentía triste. Pero no podía encontrar nada triste en el final de esta historia y sabía que Jane tampoco lo encontraría y que le parecería bien tal como estaba. La sensación de placer se prolongó hasta que, finalmente, cedí a las exigencias de mi cuerpo medio congelado, me levanté y caminé despacio a través de la playa para subir por el sendero de la colina, al final del cual me aguardaba mi casa.

El día anterior, pareció contenta de verme a mi regreso de Kirkcudbright, y la misma sensación de bienvenida tuve cuando entré por la puerta, vi la cocina económica calentándolo todo a conciencia y mis papeles amontonados sobre la mesa en la que había pasado gran parte de la noche escribiendo. Aunque sabía que me mudaría pronto a Aberdeen, a casa de Graham —«nuestra» casa, como me había corregido él—, había acordado con Jimmy que la casita de la colina estaría a nuestra disposición cuando fuéramos los fines de semana. Había llegado a pensar en ella como si fuera de mi propiedad y, si bien era cierto que habría ido con Graham a cualquier parte —del mismo modo que Sophia siguió a Moray—, me alegraba saber que no perdería mis vistas de Slains y del mar.

Graham comprendería mis sentimientos, aunque no sabía qué los motivaba y tal vez no lo sabría nunca. Yo aún no había decidido si contarle o no lo que me había sucedido allí, porque estaba convencida de que, si lo hacía, se limitaría a reír, me besaría en la cara y me llamaría loca.

Ya era bastante duro tener que decirle a mi padre que, después de todo, no éramos descendientes de los nobles McClelland, sino de los Moray. Era aún demasiado temprano para telefonear a Canadá; estaría durmiendo, pero tenía que decírselo en algún momento. Lo leería en el libro cuando se publicara y, aunque no se trataba de algo que yo pudiera probar, lo conocía demasiado para no saber que, en cuanto él se centrara en semejante posibilidad, pondría todo su empeño en encontrar alguna prueba. A él siempre le habían encantado los retos. Se pondría a husmear en los registros del

Regimiento Real Irlandés y estudiaría la descendencia por línea masculina de los Moray de Abercairney para comparar el ADN de ellos con el suyo.

Sonreí para mis adentros mientras llenaba el hervidor eléctrico para preparar mi café de la mañana, pensando que, al menos, tal vez mi padre descubriría parientes algo menos excéntricos que los que teníamos, exceptuado a Ross McClelland, por supuesto. A él si quería conservarlo.

El día anterior, me despidió en la estación y me obsequió con un dulce casero del que me había olvidado por completo hasta aquel instante. Al recordarlo, fui a buscarlo a mi maleta, que seguía en el mismo lugar donde la había dejado caer al entrar en la casa, junto a la puerta. Busqué la bolsa en la que lo había metido y, cuando la sacaba, salió también el pequeño catálogo de la subasta que Ross me había dado. Aún no había tenido ocasión y no sabía de qué recuerdos familiares querían desprenderse esta vez nuestros McClelland neoyorquinos. Nada demasiado importante, supuse, porque de lo contrario mi padre me habría telefoneado para manifestarme su disgusto.

Mientras esperaba que hirviera el agua, mordisqueé el dulce y comencé a pasar las páginas del catálogo. No había gran cosa. Una mesa y un espejo, dos retratos en miniatura de los McClelland de una rama de la familia distinta de la nuestra, y diversas joyas: anillos, un collar de perlas de color rosa, un broche…

Me detuve, y en aquel momento sentí que un escalofrío recorría mi espina dorsal, como si una repentina ráfaga de viento soplara entre mis omóplatos y erizara el vello de mi cuello. Olvidando el hervidor y el dulce, me acerqué a la encimera para apoyarme en ella y miré de cerca la fotografía del broche.

Era muy sencillo: un pequeño pero pesado cubo de plata con una piedra roja en el centro.

«No —pensé—. No es posible». Pero allí estaba. Debajo de la fotografía había una breve descripción de la pieza; afirmaba que, en opinión del joyero que lo había tasado, parecía tratarse de un

antiguo anillo que había sido transformado en broche, muy probablemente en los últimos años del período georgiano.

Seguí con el dedo el perfil plano y cuadrado del anillo de Moray, pensando en todas las veces que lo había visto mentalmente mientras escribía, en todas las ocasiones en las que casi había sentido su peso contra mi pecho, en las que me había preguntado qué habría sido de él.

Ahora lo sabía.

Ella lo había conservado, y con los años había viajado a través de nuestra familia hasta que nadie pudo ya recordar de dónde venía, quién lo había llevado y qué significaba. Podía haber ido a parar a alguien de fuera de nuestra familia y haber sido vendido a algún extraño si yo no hubiera visitado Slains.

Pero había ido allí. El mar, la playa, los muros del castillo me habían llamado, y yo había ido.

Toqué la fotografía del broche con mis dedos, que se estremecieron un poco, porque el anillo de Moray también tenía voz; una voz muy queda, pero insistente que me llamaba a través del amplio mar y que, cuando la oía, no dejó en mi espíritu ninguna duda acerca de lo que se me pedía que hiciera.

Graham, aún despierto, leía cuando fui a acostarme. Había enchufado uno de los pequeños calefactores eléctricos para disminuir el frío de la habitación, pero resultaba insuficiente para luchar contra la galerna que soplaba con fuerza desde el mar, con tal fuerza que me había pasado toda la tarde temiendo que se cortaran las líneas telefónicas y me quedara sin mi prevista conferencia desde Nueva York. Sin embargo, mis temores habían resultado infundados.

Graham alzó la vista de su libro cuando entré en la habitación.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

Por mi sonrisa, adivinó la respuesta en cuanto me deslicé tiritando bajo las mantas.

—Sí.

No me molesté en decirle lo que había pagado por él, porque no importaba. Él sabía, cuando decidimos que yo asistiría a la subasta por teléfono, que no me detendría hasta que consiguiera el broche. El anillo. Aunque tampoco había habido mucha gente que pujara por él; solo dos personas, además de yo misma, y que no tenían los motivos que a mí me movían. Para ellas, no era más que otra joya, pero para mí era un objeto de Moray y Sophia que yo podía tener en mi mano, y que me acompañaría siempre para recordarlos.

—¿Qué lees? —le pregunté a Graham, y él volvió la cubierta para mostrármela.

—Las obras de Dryden. La que tú mencionaste —respondió—. La de Merlín. ¿Dónde diste con ella?

—Me la prestó el doctor Weir.

Dos días atrás había ido a tomar el té a casa del doctor Weir, y había visto el libro de Dryden en su estantería, un volumen moderno, no la edición antigua; pero le pregunté por él, y enseguida supo a qué obra me refería.

—Lo que ocurre con ella es que le cambió el título —me explicó —. Sí, esta es la que usted busca: *Merlín, o el mago británico*.

Yo no podía imaginar por qué Dryden habría cambiado en el título de su obra el nombre de Arturo por el de Merlín, pero se trataba, en efecto, de la misma. Había leído los versos con la misma grata sensación de reconocerla que sentía al releer una de mis novelas favoritas.

—Estoy llegando casi al final —dijo Graham—. El rey Arturo acaba de reunirse con su Emmeline. —Leyó en voz alta—: «Por fin, por fin puedo teneros en mis brazos; aunque nuestras malévolas estrellas han opuesto gran resistencia y nos han mantenido separados largo tiempo». Parece que habla de nosotros —dijo, y dejando el libro, apagó la lámpara y se volvió hacia mí mientras yo me acurrucaba a su lado en la oscuridad.

Me pareció que aquellas palabras se referían a otro.

—Nosotros no hemos tenido estrellas malévolas —dije sonriendo.

—Supongo que no. Quizá solo Stuie.

Se estaba durmiendo; podía notarlo en su voz. Siempre se quedaba dormido con la facilidad de un gato perezoso; no tenía más que cerrar los ojos y al cabo de unos momentos desaparecía de allí mientras mi mente seguía funcionando al ralentí con pensamientos e imágenes dispersos.

Notaba su respiración contra mi pecho, el calor firme de su cuerpo como un escudo para bloquear la violencia de la tormenta que todavía parecía querer abrirse paso a través de las ventanas de la casita. Yo seguía allí echada, pensando, cuando de repente oí un clic. Al principio no supe qué ocurría, hasta que vi que se apagaba el resplandor rojo de la resistencia eléctrica del calefactor.

—¡Oh, no! Se ha ido la luz. La tormenta…

—No es la tormenta —dijo Graham—. Es el contador. Estaba casi a cero esta tarde. Quería arreglarlo. Lo siento.

—Bueno, ahora lo pondré bien.

Pero Graham se apretó contra mí.

—Déjalo así —murmuró contra mi hombro—. Tendremos calor suficiente.

Cerré los ojos y comencé a dormirme también. Hasta que de pronto caí en la cuenta de lo que acababa de decirme.

Desperté de nuevo y me quedé mirándolo.

—Graham…

Pero él ya estaba profundamente dormido y no me oyó.

Me dije que quizá era solo una coincidencia que hubiera empleado ya en dos ocasiones las mismas palabras que yo había escrito en mi libro; las palabras que en otra ocasión le había dicho Moray a Sophia. Y que Moray se pareciera a él únicamente porque yo había hecho que se pareciera a él. Porque había sido yo quien había hecho que Moray se pareciera a Graham, ¿no? O podía ser que Moray tuviese en realidad los ojos del color del mar en invierno, el mismo que el de los ojos de Graham, y que el color de los ojos de la madre de Graham…

«La familia de mi madre es de las más antiguas de aquí», me había dicho.

Y entonces cruzó por mi mente la imagen de una niñita de cabellos rizados oscuros, que mucho tiempo atrás había corrido por la playa con los brazos extendidos. Una niña que habría crecido allí y que, presumiblemente, se habría casado y habría tenido hijos. «¿Habrá trazado alguien el árbol genealógico de la familia de Graham?», me pregunté. Y si intentaba hacerlo yo misma, ¿me encontraría con que incluía a la familia de un pescador que vivió en otros tiempos en una casa justo al norte de los Bullers de Buchan?

También aquello parecía imposible. Demasiado novelesco para ser verdad. Pero yo seguía viendo a la niñita que jugaba en la playa. El viento seguía arremolinándose hasta mi ventana con una voz que me resultaba familiar, y de nuevo oí la voz de Sophia diciéndome, como la había oído el primer día de mi estancia en la casa, que su corazón estaba atado para siempre a este lugar. Y podía oír la voz de la condesa diciéndole: «Cualquiera que sea la parte de vos que decidáis dejar con nosotros en Slains, yo cuidaré de ella. Y espero que la gracia de Dios me permita vivir para ver el día que volváis a casa». Mientras seguía echada, escuchando en la oscuridad la firme respiración de Graham, casi pude sentir cómo aquel pequeño fragmento perdido del corazón de Sophia se unía con el mío para formar un todo. A mi espalda, Graham se movió, como si él lo hubiera notado también. Su brazo me rodeó de nuevo, fuerte, seguro, y me atrajo con firmeza hacia el refugio de su pecho y sentí paz, volví la cara sobre la almohada y me dormí.

Sobre los personajes

Cualquier obra de narrativa histórica se basa en personajes reales. Con muy pocas excepciones —la pequeña Anna, los criados en Slains y Sophia—, los personajes del siglo XVIII de esta novela son reales, y sus acciones están sometidas a las limitaciones de lo que sucedió realmente.

No ha resultado fácil averiguar lo que ocurrió en realidad en el año 1708. Todos los bandos implicados, por sus propios motivos, se han esforzado en encubrir la verdad, e incluso lo que escribieron personas que vivieron aquellos hechos no siempre merece mucho crédito. Estoy en deuda con la magistral y sucinta historia de los hechos que rodearon la invasión escrita por John S. Gibson: *Playing the Scottish Card: The Franco-Jacobite Invasion of 1708*. Este libro fue el que me inspiró a escribir por primera vez acerca de aquel período histórico, al igual que las memorias del coronel Nathaniel Hooke, maravillosamente detalladas, acerca de aquel incidente, publicadas en 1760 con el título *The Secret History of Colonel Hooke's Negotiations in Scotland, in Favour of the Pretender*. Tuve la suerte de encontrar una copia original del relato de Hooke, que no solo se convirtió en uno de los tesoros de mi biblioteca particular, sino que resultó también valiosísimo para trazar los movimientos de mis personajes.

He intentado, siempre que me ha sido posible, buscar la mejor documentación: las cartas y transcripciones de la época. Si hay alguna constancia escrita de lo hablado entre dos personas, yo he hecho que dijeran lo mismo en mi libro. Si el barco del capitán

Gordon se encontraba determinado día en el puerto de Leith, yo lo he situado allí. He empleado esta norma incluso con los personajes menores: las visitas del señor Hall[1] a Slains, por encargo del duque de Hamilton, son un hecho cierto, así como el papel desempeñado por el señor Malcolm en la invasión y su fuga para ocultarse cuando fracasó.

Dicho esto, me he tomado un par de libertades. Pese a todo cuanto he investigado acerca de John Moray, no tengo la certeza de que estuviera en Malplaquet. Pero, puesto que la única referencia que he encontrado a su muerte coincide con la fecha de Malplaquet y, dado que convenía para mi trama que estuviera allí, lo he situado en aquel campo de batalla, precisamente en los bosques donde el Regimiento Real Irlandés combatió contra el Regimiento Irlandés, que luchaba a favor de Francia y del rey Jacobo.

Y si menciono el hecho de que el capitán Gordon apresó al *Salisbury* durante la invasión, y que fue el único capitán británico que reclamó su recompensa por haber capturado un barco francés, también hay pocas dudas de que Gordon fue un jacobita. Nadie salvo él sabe exactamente por qué tomó aquel barco, así que he tenido que imaginar una excusa que me parecía encajar con la personalidad de ese hombre, tal como he llegado a conocerlo.

Sus lealtades jacobitas se mantuvieron durante el resto de su vida. Cuando murió la reina Ana en 1714, y fueron a buscar al primer rey de la dinastía de Hannover, Jorge I, para sentarlo en el trono británico, Gordon se negó a prestar juramento de fidelidad y, a consecuencia de ello, fue expulsado de la armada. No tardó en aceptar un puesto en la armada rusa del zar Pedro el Grande, donde se distinguió en el servicio y llegó a ser almirante y gobernador de Kronstadt. Durante el tiempo que vivió en Rusia, siguió promoviendo la causa jacobita y mantuvo correspondencia con el rey Jacobo y sus partidarios. Cuando murió en la primavera de 1741, siendo un hombre rico y respetado, su obituario en *The Gentleman's Magazine* afirmaba que siempre había sido «un leal amigo de sus compatriotas».

Menos fortuna tuvo el duque de Hamilton. Hacia 1711, su ambición empezaba a dar frutos: había sido elevado a la alta nobleza británica por la reina Ana, y acababa de ser nombrado embajador en Francia. Pero, antes de que pudiera viajar a París para tomar posesión de su cargo, su prolongada rivalidad con lord Mohun culminó en un duelo. Los dos hombres se dieron cita al amanecer una mañana de noviembre en Hyde Park, en Londres. Se batieron con sus espadas y resultaron muertos los dos. El incidente provocó un gran escándalo y los detalles de lo que ocurrió realmente y del motivo del duelo han sido largamente debatidos desde entonces. Tanto durante su vida, como en su muerte, el duque sigue desafiando todos los intentos de un fácil análisis.

En cuanto al tío de Moray, el coronel Patrick Graeme, no resulta difícil seguir los primeros años de su vida en Escocia, donde sirvió como capitán de la Guardia de la Torre de Edimburgo hasta que su conciencia le dictó tomar las armas a favor del viejo rey Jacobo y seguirlo al exilio, a Francia. Pero aún no he descubierto cómo pasó sus últimos años después de la fracasada invasión de 1708. Sin embargo, puesto que creo conocer su personalidad, estoy segura de que se mantendría cerca de la acción; espero dar algún día con una carta o un documento que arroje luz sobre sus aventuras en la etapa anterior a su fallecimiento, en agosto de 1720.

Más luz se necesitaría también con respecto a Anne Drummond, condesa de Erroll, que se vuelve casi invisible en los años siguientes a 1708; tarea nada fácil para una mujer de carácter tan decidido.

Su hijo Charles, decimotercer conde de Erroll, siguió luchando por los derechos de sus compatriotas después de la Unión a la que tan apasionadamente se había opuesto. Aunque por su condición de lord gobernador de Escocia se esperaba que tomara parte en la coronación de Jorge I, se negó a asistir a la ceremonia. Falleció poco después, en 1717, a los cuarenta años de edad, soltero y sin hijos; era el último varón de su línea. Su título pasó a su hermana Mary quien, como todas las condesas de Erroll, fue una mujer de gran valor y defensora acérrima de la causa de los Estuardo.

Nathaniel Hooke, que había dedicado tanto tiempo y esfuerzos a organizar la invasión de 1708, se sintió profundamente decepcionado por su fracaso, y fue muy crítico con el comandante francés que la había dirigido. Aunque desempeñó una larga y brillante carrera diplomática al servicio de Francia, en sus últimos años se dedicó a rememorar los hechos de 1708 y, con ayuda de un sobrino suyo, empezó a reunir todos los papeles y periódicos que poseía relativos a aquella aventura. Murió en 1738, antes de haber podido finalizar aquella tarea; cuando, dos años más tarde, su hijo intentó vender aquellos papeles, se presentó en su casa un funcionario de la corte francesa para confiscarlos. Presumiblemente fueron destruidos y se perdieron para la historia. Pero hubo dos paquetes de documentos, escritos de puño y letra del sobrino de Hooke, que escaparon a la atención del funcionario francés quien, por fortuna para nosotros, no se dio cuenta de que contenían el relato del propio Hooke de sus negociaciones para el plan de invasión.

Con tan pequeños e inesperados incidentes se construye la historia.

Y nadie fue víctima de tantos como el joven Jacobo Estuardo, Jacobo VIII de Escocia y III de Inglaterra. Hay razones para sospechar que su hermanastra la reina Ana pensó seriamente en nombrar a Jacobo su heredero y que en los últimos años de su reinado se produjeron numerosas y discretas negociaciones con este fin. En mitad de estas, la guerra de Sucesión española acabó con el tratado de Utrecht, que exigía en una de sus cláusulas que Luis XIV expulsara de Francia a Jacobo. Este accedió gustoso a trasladar su corte a Lorena, donde pronto concedió a sus criados protestantes la libertad religiosa, algo que no había podido hacer cuando su corte tenía que ajustarse a las leyes francesas.

Pero Jacobo seguía siendo católico, y cuando murió la reina Ana en 1714, fue el pretendiente protestante, Jorge I, quien se alzó con la corona.

La respuesta fue otra sublevación jacobita en 1715, y aunque en esta ocasión Jacobo logró desembarcar sano y salvo en Escocia, en Peterhead, al norte de Slains, la oportunidad de oro de 1708 había pasado. Los presbiterianos de los condados del oeste, que tan dispuestos habían estado en 1708 a alzarse en favor de Jacobo, se opusieron a él esta vez. La sublevación fracasó. Jacobo se retiró a Lorena, pero el rey Luis XIV había muerto ya y sin él para consolarlo y prestarle apoyo, Jacobo vio cómo sus vecinos franceses lo recibían de mala gana, por lo que se vio obligado a trasladar su corte de nuevo, primero a Aviñón y, finalmente, a Roma.

Hubo otros dos intentos para recuperar el trono, con la ayuda de los suecos y de los españoles, pero quedaron en nada. Ni siquiera la boda de Jacobo en 1719 con la princesa María Clementina tuvo éxito; al cabo de seis años, ella se retiró a un convento, aunque después de haberle dado dos hijos. El mayor de ellos, Charles Edward, crecería y se convertiría en aquel Bonnie Prince («el gentil príncipe») cuyo agraciado rostro y buen carácter impulsarían a los jacobitas escoceses a tomar de nuevo las armas y marchar a su lado veinticinco años después. Pero esta es otra historia, y demasiado triste para narrarla.

Prefiero pensar en Jacobo VIII de Escocia y III de Inglaterra en sus años de madurez en Roma, dormitando tal vez al sol en una calurosa tarde italiana, soñando con la costa norte de Escocia y con los orgullosos muros rojizos de Slains tal como los vio en una ocasión desde el mar, y en la corona que debió ceñir y que, en algún momento, pareció tener tan a su alcance.



Susanna Kearsley nació en Brantford, Canadá, en 1966. Estudió ciencias políticas y desarrollo internacional en la universidad y luego trabajó durante un tiempo como conservadora en un museo, pero lo abandonó todo para dedicarse enteramente a su mayor afición: escribir.

Notas

[1] En *Playing the Scotish Card*, John S. Gibson afirma que el «señor Hall» fue el nombre en clave del padre Carnegy.